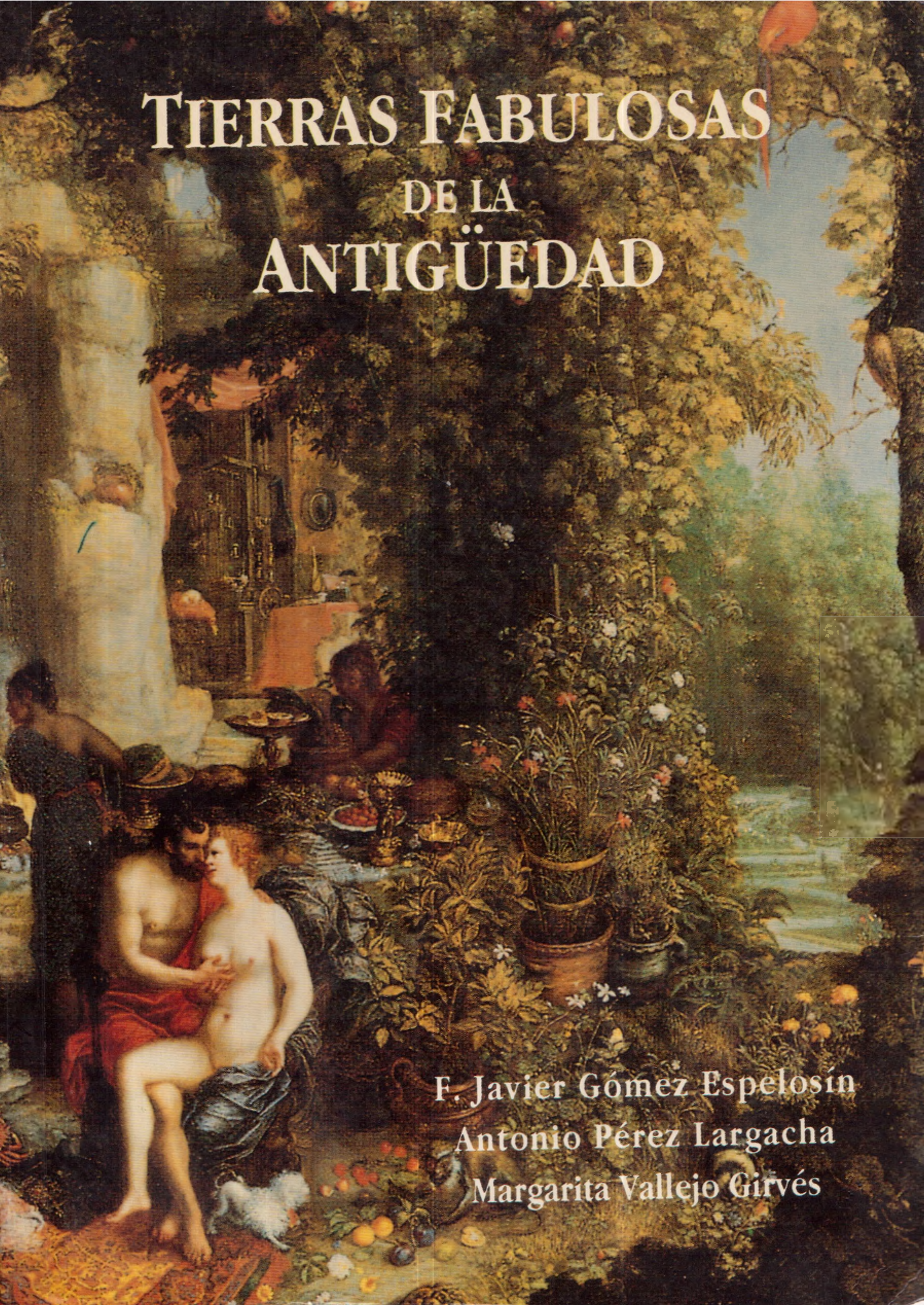
TIERRAS FABULOSAS DE LA ANTIGÜEDAD



F. Javier Gómez Espelosín
Antonio Pérez Largacha
Margarita Vallejo Girvés


UNIVERSIDAD DE ALCALÁ
SERVICIO DE
PUBLICACIONES

TIERRAS FABULOSAS
DE LA
ANTIGÜEDAD

F. JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN
ANTONIO PÉREZ LARGACHA
MARGARITA VALLEJO GIRVÉS

F. Javier Gómez Espelosín
Antonio Pérez Largacha
Margarita Vallejo Girvés

TIERRAS FABULOSAS DE LA ANTIGÜEDAD



Servicio de Publicaciones
Universidad de Alcalá

I.S.B.N.: 84-8138-084-9
Depósito legal: M-39.428-1994
Imprime: S.E.G.

INDICE

INTRODUCCION

Las tierras fabulosas, entendiendo bajo este término todas aquellas que han sido objeto de algún tipo de idealización, bien amplificando los rasgos realistas de un paisaje concreto históricamente existente o mediante la fantasía más disparatada y sin control, incluyendo también todo el elenco de países míticos que la imaginación humana ha sido capaz de idear desde el principio de los tiempos, son el tema de este libro. Sus pretensiones son las de abarcar todos aquellos casos que podrían incluirse bajo estos calificativos desde la civilización egipcia hasta la Antigüedad más tardía. La obra se halla por tanto dividida en tres partes fundamentales. La primera de ellas se ocupa de analizar las tierras míticas y fabulosas de las civilizaciones orientales, egipcia y mesopotámica, tratando de analizar el motivo por el que fueron considerados de esta forma dichos territorios dentro del marco de estas respectivas culturas. La segunda parte se ocupa del imaginario griego, quizá el más rico todos en este respecto y el que mayor número de casos presenta, dada la peculiar tendencia a la fabulación que desde antiguo fue característica de estas gentes. Por fin la tercera y última se ocupa de analizar la pervivencia de la herencia griega en la civilización romana, así como la posible creación de nuevos tipos de tierras fabulosas dentro de la cultura latina, enriqueciendo de esta forma el elenco del que ya disponían con anterioridad y su posterior trasvase al pensamiento cristiano.

Ciertamente existen numerosos estudios al respecto en casi todos los campos tratados, desde la geografía mítica a la idealización de territorios bien conocidos, pasando por las utopías y las fantasías más locas y disparatadas. Sin embargo la mayoría queda limitada a uno de estos aspectos sin ofrecer una visión de conjunto general y exhaustiva, tal y como es la pretensión que nos ha guiado a la hora de elaborar este estudio. Sin duda no todo son innovaciones respecto a lo que estaba hecho y en muchos casos nos hemos debido limitar a esbozar un simple estado de la cuestión, pues su tratamiento a fondo hubiera significado un crecimiento desmesurado e inabarcable de la extensión del trabajo, pues no se olvide que buena parte de los casos tratados han sido ya anteriormente objeto de importantes monografías de cierta envergadura. Somos pues conscientes de ciertas limitaciones, asumidas ya de forma inevitable desde el momento en el que iniciamos el largo camino a recorrer. Sin embargo el principal impulso que nos movía era el de recoger de una manera lo más amplia posible el abánico de casos existente en toda la literatura antigua con el

fin de ofrecer al lector curioso e interesado en estos temas un panorama completo de la extensión e intensidad con que la imaginación de los antiguos voló en busca de estas tierras imaginarias. Del mismo modo, pensamos que el libro podría tener también su utilidad para todos aquellos estudiosos, procedentes de tan diversos campos como la historia, la literatura, la filosofía, el arte o los estudios clásicos, interesados de alguna manera en el tema al aportarles de forma global una visión de conjunto que les permita completar a través de los análisis puntuales que se llevan a cabo y de la bibliografía fundamental que en cada apartado se proporciona un posterior y quizá más profundo adentramiento en el tema objeto de su atención.

Este trabajo es el resultado final de un proyecto de investigación subvencionado por la Universidad de Alcalá de Henares que ha sido desarrollado bajo mi dirección con la entusiasta y valiosa cooperación de Antonio Pérez Largacha, que ha tenido a su cuidado la primera sección de la obra, y de Margarita Vallejo Girvés, encargada de dar cierre a la misma con la tercera sección ya referida. La parte central del libro ha sido el objeto de trabajo de quien suscribe estas líneas. Hemos de agradecer desde estas páginas introductorias la colaboración de las bibliotecarias encargadas del Servicio de Préstamo, gracias a cuya diligencia y buen hacer hemos podido acceder a muchas de las obras que aparecen mencionadas a lo largo del libro. Así mismo deseamos manifestar también nuestro agradecimiento al Vicerrector de Extensión Universitaria, Dr. Alvar Ezquerra, por su favorable acogida a la hora de publicar el libro, así como a los miembros del equipo de Publicaciones de nuestra Universidad por la colaboración mostrada para su pronta aparición en el mercado.

F. Javier Gómez Espelosín
Alcalá de Henares, diciembre 1994

LAS PRIMERAS TIERRAS MITICAS

Antonio Pérez Largacha

TIERRAS MITICAS Y FABULOSAS EN LA CIVILIZACION EGIPCIA

Introducción

Viajar, conocer otras tierras, gentes y costumbres, constituye en nuestra sociedad una de las actividades más frecuentes y esperadas a lo largo del año, siendo normal que con posterioridad se intercambien experiencias e impresiones, creándose imágenes determinadas de gentes, pueblos y costumbres. Pero en la Antigüedad solamente unos pocos tenían el privilegio, o la desgracia, de poder viajar, siendo por ello que soldados y comerciantes puedan ser considerados los principales exploradores y viajeros del mundo antiguo. A pesar de ello, la curiosidad siempre ha llevado al hombre a emprender largos y peligrosos viajes, a adentrarse en tierras lejanas ajenas a su tradición cultural, religiosa o política, existiendo un denominador común a lo largo de toda la historia; cuanto más lejos se viaja, más historias, visiones idílicas o fantásticas se crean, más sorpresa causan las costumbres, ritos, vegetación o fauna con que se entra en contacto, dotándose a esos lugares de una imagen peculiar, extraña y fabulosa.

Si en nuestra sociedad contemporánea, donde "actuamos" racionalmente ante los fenómenos de la naturaleza o cualquier otra manifestación, no tenemos la misma actitud ante los elementos geográficos, dotándolos de características exóticas y extrañas al pensamiento e ideología que nos es propia, cuánto más las tierras lejanas, con accidentes geográficos extraños, vegetaciones desconocidas o pueblos diferentes serían dotadas en la Antigüedad de un halo fabuloso.

Como hemos mencionado, comerciantes y militares son los principales viajeros de la Antigüedad. Será en el mundo clásico cuando la exploración, conocimiento e integración de nuevas tierras, o de aquellas que habían tenido una larga tradición cultural, como Egipto, se convirtió en algo "frecuente", fomentado incluso desde instancias gubernamentales, siendo al regreso de estos viajeros cuando esos lugares visitados se impregnaban de un halo fantástico, mítico, pasando algunas regiones, pueblos y costumbres a la imaginación literaria o económica, bien como lugares donde sus gentes y hábitos constituían un choque conceptual, o como lugares donde podían obtenerse productos excepcionales y exóticos que rentabilizar económicamente con su comercialización.

Estos lugares siempre se localizan más allá de las fronteras culturales y religiosas de la cultura exploradora, ubicando en ellos animales fantásticos y grandes riquezas. Son tierras ignotas, donde las primeras personas que entran en contacto suelen ser dioses o héroes que, con sus viajes, integran dichos lugares en la koiné cultural, al mismo tiempo que contribuyen a que en la imaginación popular emerjan pequeñas islas culturales en medio de un mundo extraño y fantástico. Al mismo tiempo, esas hazañas divinas o heroicas pueden motivar la exploración, conquista y dominio de un territorio. Es por ello que en ocasiones estas leyendas e imágenes fantásticas de tierras y pueblos esconden una intencionalidad política, animando a que gentes y reinos emprendan el camino y acciones necesarias para alcanzar esos lugares, símbolo de riqueza para aquellos que logran sus objetivos. Ejemplos de ello pueden ser las primeras cruzadas o la misma imagen de riqueza que el mundo clásico creó en torno a los pueblos prerromanos de la Península Ibérica, intentando así propiciar la integración de esas tierras, con personas que se enrolaran en el ejército o emigraran a otras tierras[1], no debiendo ir muy atrás en nuestra historia para encontrar ejemplos de ello.

Por todo ello no es de extrañar que en todas las culturas, antiguas o no, encontremos referencias, creencias, tradiciones orales, etc., relativas a la existencia de unas tierras, pueblos y productos que son descritos de una forma fabulosa y fantástica, cuya existencia, formulación o concepción responde a múltiples y variados factores pero en las que, por lo general, encontramos siempre un mismo elemento: en ellas es posible obtener o comerciar con productos exóticos que son muy abundantes, de los que carecen los pueblos en cuya imaginación nace su consideración mítica y fabulosa. Esa rareza de sus productos también puede ser enmarcada con la idea de una gran fertilidad de sus suelos, vivir en ellas animales fantásticos que marcan el límite entre el mundo conocido y el inexplorado o haber tenido en ellas lugar acciones heroicas de alguna divinidad o héroe. Todos estos elementos pueden formar parte de una tierra *mítica,* pero no todos tienen que estar presentes al mismo tiempo. Pero, ¿qué explica que unas tierras, pueblos y gentes sean considerados míticos y fabulosos?.

A) Son tierras conocidas gracias a unos intercambios comerciales, que serán la base para una posterior penetración, asimilación y aculturación de las mismas en la koiné cultural que ha entablado contactos con esas regiones lejanas y ricas. Si esas tierras no tienen nada *exótico* que proporcionar, su conocimiento, exploración y explotación carece de sentido, por lo que no serán integradas en la koiné, siendo consideradas unas tierras bárbaras, atrasadas, como todas las que rodean el mundo civilizado pero que, a diferencia de otras, no tenían nada que ofrecer y cuyos habitantes no podrían beneficiarse de la aculturación.

B) Debido al interés, necesidad o beneficios que los productos o habitantes de esas tierras ofrecen, pasan a ser el escenario donde tienen lugar las acciones heroi-

[1] Garcia Moreno (1987).

cas y míticas de dioses, semi-héroes y, ocasionalmente, exploradores, cuyas hazañas no vienen sino a simbolizar la integración de dichas tierras en una unidad cultural, económica e ideológica. Excepcionalmente esas hazañas tendrán lugar en tierras bárbaras carentes de un interés comercial o estratégico.

C) El recuerdo de dichos países nos es transmitido gracias a la existencia de una literatura que, bien recogiendo tradiciones orales, bien intentando explicar las hazañas de dioses y héroes, nos revela unos paisajes, habitantes o fauna fantástica propia de unas tierras lejanas e ignotas por conocer. Igualmente, cuando dichas tierras son conocidas, exploradas o dominadas, esos recuerdos míticos y fantásticos de un primer contacto, permanecen latentes, tanto para justificar determinadas acciones políticas como para, más frecuentemente, mostrar los efectos benéficos que la presencia de la entidad integradora y civilizada ha tenido en esas tierras que, de otra forma, seguirían estando en la barbarie.

D) Por lo general, dichas tierras se encuentran en las cercanías del mar, lo que lleva implícita toda una concepción de fertilidad y riqueza de las mismas. Igualmente, ese océano o mar simboliza el límite entre el mundo conocido y el imaginario, entre lo real y lo fantástico.

E) Su localización suele venir determinada por la existencia de unos accidentes geográficos que marcan el límite de lo explorado y conocido; la montaña o el abismo marino suele ser un emblema asociado a la existencia de dichas tierras, siendo la población indígena la que se adentra en los peligros de lo desconocido para obtener los productos demandados por la entidad que los demanda.

Estas "*premisas*" suelen ir asociadas a las tierras fabulosas de la Antigüedad, pero también a las que la imaginación y literatura medieval o moderna desarrolló. Es por ello que, teóricamente, en la civilización egipcia deberíamos encontrar unas tierras fantásticas donde alguno de estos elementos estuviera presente. Sin embargo, no será hasta el Imperio Medio y, más claramente, en el Imperio Nuevo, cuando algunos de estos elementos puedan ser detectados en el corpus literario, epigrafico o artístico egipcio, y siempre asociados a una ideología de la realeza; los escasos ejemplos y menciones a tierras míticas en Egipto están destinados a glorificar, aun más, la figura del Faraón y justificar así la existencia de una realeza teóricamente divina.

Las referencias a unas tierras o pueblos fantásticos son escasas en la civilización faraónica, lo que puede explicarse por varias razones.

Hasta el primer milenio a.C., las exploraciones y contactos con el exterior eran una prerrogativa real, el Estado monopolizaba el comercio eliminando el componente aventurero y comercial que caracterizó al mundo mediterráneo a partir del primer milenio[2], por lo que la posibilidad de que un comerciante volviera con grandes riquezas de unas tierras lejanas no pudo desarrollarse. Por otra parte, el ejército, y en concreto el soldado, el principal explorador de la Antigüedad, no fue importante

---

2 Sherrat (1993).

cuantitativamente hasta ese primer milenio, surgiendo entonces con fuerza la figura del mercenario. Además, como veremos, en el caso de Egipto, el ejército tuvo una importancia relativa debido a la carencia de amenazas externas.

Otro aspecto importante a considerar es que tanto la civilización sumeria como la egipcia surgieron en áreas geográficas muy concretas y lejanas entre sí. Con el paso del tiempo, en especial en la cultura mesopotámica, podemos observar un mayor interés por integrar regiones más al Norte, aquellas donde podían obtenerse las materias primas de las que carecía la llanura aluvial mesopotámica, al mismo tiempo que la misma geografía del Próximo Oriente empujaba periódicamente a nuevos pueblos a las márgenes del Tigris y del Eufrates, ampliándose progresivamente las tierras conocidas o exploradas, llegándose así a la segunda mitad del II milenio, cuando las distintas culturas orientales entran en contacto y en disputa, pero lo hacen sobre un territorio conocido desde antiguo sobre el que no pueden construirse visiones fantásticas. Será con posterioridad a los Pueblos del Mar, como consecuencia de su irrupción y de la propia dinámica cultural, cuando todo el ámbito mediterráneo sea integrado en una misma unidad comercial y geográfica pero, para entonces, Egipto esta muy lejos de ser la cultura constructora de las pirámides o de los grandes templos.

Por tanto, Egipto tuvo carencias importantes para poder desarrollar el conocimiento y exploración de otras regiones, pero ello no implica que en la imaginación de sus gentes no se crearan unos mundos lejanos y desconocidos, donde la obtención de ciertos productos exóticos era posible, que no fácil. Pero esas tierras, su dominio y obtención de productos, se enmarca en la concepción del mundo y la realeza que tenían.

Desde los comienzos históricos de Egipto, toda empresa humana iba encaminada a, en primer lugar, glorificar al representante divino en la tierra, el rey, quien, a su vez, emprendió una política propagandística de sus acciones y, en segundo lugar, al mantenimiento del orden establecido por los dioses en la creación, orden que solo beneficiaba a Egipto frente al caos y desorden que caracterizaba al resto de pueblos. Es por ello que numerosos textos carecen de validez histórica, con menciones a acciones de gobierno que, en ocasiones, no tuvieron lugar pero que era necesario establecer por escrito para el buen funcionamiento del país ideológicamente. Ello explica, por ejemplo, el que en algunas menciones esporádicas al país de Punt, posteriores al reinado de Hatshepsut, sus productos sean presentados como tributo, a pesar de que, o bien no se realizó expedición alguna o, por el contrario, Egipto estaba muy lejos de dominar Punt[3].

Es cierto que desde el Imperio Medio existieron composiciones "*literarias*"[4], pero su contenido intenta justificar una forma de gobierno, limitando el poder de los nobles o, transmitiendo a la población una sensación de protección y seguridad,

---

[3] Säve-Söderbergh (1946).

[4] Parkinson (1991).

como el cuento del *ciudadano elocuente* o las conocidas *instrucciones*, géneros literarios que fueron posteriormente utilizados por los redactores bíblicos[5].

Por ello, antes de analizar los elementos característicos presentes en todo lugar mítico o fabuloso, y su posible reflejo en la concepción egipcia del mundo, debemos mencionar algunos aspectos generales sobre la concepción egipcia del mundo en que vivían y de los países extranjeros con los que tenían relaciones y donde, teóricamente, podía haber existido algún lugar fantástico.

Egipto, los países extranjeros y sus habitantes

Antes de analizar la concepción y actitud que Egipto, y en general las culturas próximo-orientales, adoptó hacia el mundo exterior, debemos tener en cuenta que en todas las sociedades, desde el mundo clásico hasta nuestros días, se han establecido diferencias entre lo que es la ciudad y su hinterland, a pesar de que ambos espacios pertenezcan a una misma unidad cultural, política e ideológica, diferenciación que es mas evidente en las sociedades orientales[6]. En la civilización egipcia hay dos diferencias claramente establecidas, primero entre lo que es el Valle del Nilo y las montañas que lo rodean y, en segundo lugar, entre lo que los egipcios llamaban *Kmt*, la tierra cultivable, y *dsrt*, el desierto, diferenciación expresada incluso en el simbolismo de los colores[7] y que, en el caso egipcio, no hace más que agudizar la diferenciación entre su mundo y el exterior, ya que el contraste es claro y evidente, algo que en Mesopotamia está algo matizado al ser una unidad geográfica con mayores diferenciaciones geográficas y estar más abierto al exterior[8]. Igualmente, no hemos de olvidar que en la mentalidad egipcia su país era el resultado de la unión de dos tierras, el Alto y el Bajo Egipto, cada una con sus características y diferencias.

Por ello, los egipcios consideraban que vivían en un país "*fantástico*", la llanura aluvial, bendecido por los dioses, donde éstos establecieron el orden cósmico reflejado en el carácter cíclico, regular y permanente de los fenómenos naturales que garantizaban el bienestar económico de sus habitantes[9]. Por el contrario, los pueblos que les rodeaban eran habitantes del caos, del desorden, donde los dioses egipcios ni se adentraban y donde la población en la mayoría de las ocasiones estaba muy lejos de tener asegurado el sustento económico, al vivir en el desierto, ser "*habitantes de*

---

[5] Gammie & Perdue -eds-, (1990), Shupak (1993).

[6] Aerts & Klengel (1990).

[7] Baines (1985).

[8] Sobre la diferenciación entre el mundo conocido o propio de cada cultura, y el que lo rodeaba, *cf.*, Liverani (1990), 33-43. Igualmente, esa división tan rígida entre la llanura aluvial y el desierto experimento cambios en el período tolemaico, cuando los intereses comerciales y militares obligaron a una mayor explotación de esas regiones, *cf.*, Dunand (1989).

[9] Allen (1988).

la arena" o, vivir en una sociedad donde los ritmos cíclicos de la naturaleza (crecidas de los ríos, período de la cosecha, etc.) son los opuestos a los que existían en Egipto. Significativamente, los egipcios serán posteriormente descritos como ellos lo habían hecho con sus vecinos: con características contrarias a las de otros pueblos y gentes[10].

Por todo ello, el mundo egipcio era etnocéntrico, pero también lo fueron otras culturas de la Antigüedad y éstas sí crearon visiones fabulosas de otras tierras. Además, el que sus vecinos fueran habitantes del caos, podría haber creado en la imaginación egipcia la idea de que en esas tierras habitaran o existieran animales fantásticos, fenómenos naturales inexplicables, gentes con unas características étnicas diferenciadoras o, cuando menos, la existencia en ellas de productos exóticos, siendo esto último lo único que podemos encontrar, y no de una manera clara y frecuente, en relación a Asia y Nubia.

Ese desprecio y carencia de "imaginación" hacia lo externo tenía connotaciones ideológicas y políticas. El orden establecido en la creación por los dioses necesitaba ser mantenido y defendido, ya que las fuerzas del caos y sus habitantes siempre acechaban y ponían en peligro la estabilidad del país; el dios sol Re era amenazado todas las noches por la gran serpiente Apopis en su viaje por el mundo subterráneo, el Nilo crecía todos los años gracias a los ritos celebrados para tal fin y el desierto amenazaba todos los días con extenderse a la rica llanura aluvial. Por ello el rey era el encargado de vigilar, mantener y defender ese orden frente a ese caos y sus habitantes, que no tenían nada que ofrecer a Egipto excepto su destrucción, como queda de manifiesto en el pasaje dedicado a los asiáticos en las instrucciones a Merikare:

> ...Además debe decirse esto acerca del extranjero: mira, el vil asiático es un miserable a causa del lugar en que se halla. Tiene problemas con el agua, dificultades con los árboles; sus caminos son múltiples y malos a causa de las montañas. no habita en un único lugar...combate desde el tiempo de Horus. Ni conquista ni tampoco es conquistado. No anuncia el día del combate[11], como un ladrón que se precipita hacia los conspiradores...[12].

Lógicamente, esta concepción fue evolucionando a medida que Egipto iba teniendo relaciones e intercambios comerciales o diplomáticos con otras culturas y pueblos que, en algunos casos, tenían una tradición y una cultura tan antigua y avanzada como la suya. Estos cambios se producirán, básicamente, en el Imperio Nuevo, y solamente respecto a sus vecinos próximo-orientales, ya que los pueblos y

---

10 Hartog (1980)

11 Esta es una característica que todas las culturas desarrolladas tienen en común respecto a los pueblos inferiores, ya que estos no se rigen por las normas de la guerra, ya que el combate, según la concepción próximo-oriental, debía ser pactado con anterioridad, no solo el lugar, también el día, debiéndose interrumpir el mismo al anochecer.

12 Helck (1977).

tierras de Nubia seguían siendo considerados atrasados[13], surgiendo entonces visiones universalistas de los principales dioses egipcios, no solo de Atón como se ha pensado tradicionalmente, sino también de Amón o Ptah[14].

Esta concepción ideológica y política, destinada a legitimar la institución monárquica, impide la aparición de cualquier individualismo, excepto el del rey. Es por ello que el arte, la literatura, la religión, etc., son manifestaciones concebidas para el mantenimiento de ese orden divino y de la institución real, impidiendo el acceso a personas individuales que hubieran podido expresar libremente sus pensamientos o experiencias propias[15]. Incluso en el Imperio Nuevo, cuando Egipto tuvo un mayor contacto con sus vecinos, la representación de sus habitantes respondía a modelos establecidos, con atributos étnicos y vestimentas determinadas, sin tener en cuenta si esas representaciones se correspondían con la realidad[16]. El artista egipcio y, por extensión, las personas que podían haber tenido la oportunidad de escribir relatos sobre los pueblos vecinos, debían delimitar sus composiciones en un canon artístico y describirlos según los estereotipos emanados de la corte egipcia. Por ello, composiciones artísticas "*extrañas*" a la mentalidad egipcia, como la reina del país de Punt representada en los relieves de Hatshepsut en Deir el-Bahari, o el arte amarniense, suscitan tanta sorpresa y admiración o, en el campo literario, el cuento del *Marinero Náufrago* y, más tardíamente, el *viaje de Wenamun*. Pero estas son las excepciones que confirman la regla, debiendo recordar que, incluso su composición puede entenderse como un medio de legitimar la figura real en un momento histórico determinado; en el caso de Hathepsut y el país de Punt, la extrañeza que sus habitantes y gobernantes causan a los egipcios puede esconder un componente ideológico en la expedición de Hatshepsut, al tener más mérito su integración en el orden.

Es por todo ello que la consideración de los egipcios hacia los extranjeros es despectiva, a pesar que muchos de ellos podían vivir en regiones no desérticas, como en los bosques de cedros y pinos del Libano, y tener por tanto un elemento para la consideración de esas tierras como algo distinto, bello y susceptible de ser consideradas de una forma fabulosa. Así, en otras culturas es precisamente ese paisaje diferente, desconocido en sus regiones de origen, lo que permite crear determinadas visiones fantásticas, pero en Egipto fue lo contrario; eran regiones que causaban terror.

Como ya hemos señalado, en el Imperio Medio y, especialmente, en el Imperio Nuevo, esa visión etnocéntrica ha de modificar algunos de sus planteamientos. Hay una presencia en el exterior, en Egipto existió una importante colonia de extranjeros y productos exóticos de muy variada procedencia llegaban al país que, sin embargo, crecen y existen en esos países para ser obtenidos por Egipto y poder así proporcio

---

13 Aunque recientemente ha habido intentos por revitalizar el papel de Nubia en el Imperio Nuevo, *cf.*, Morkot (1991), Smith (1991b).

14 Kemp (1978).

15 Schäfer (1986), Gaballa (1976).

16 Waschman (1987).

nar mayor esplendor a los templos donde moran los dioses; son productos que los dioses han puesto fuera de Egipto para que esos países tuvieran algún tributo que presentar al rey y los dioses:

> Los países extranjeros vienen a ti
> colmados de productos maravillosos,
> cada región está llena de temor de ti
> vienen a ti los habitantes de Punt
> verdea para ti la Tierra de dios[17] {Punt}
> Las aguas te llevan {barcos} cargados de resina
> para alegrar tu templo con fragancia festiva
> destilan bálsamo para ti los árboles del incienso...
> Crece para ti el cedro
> {con cuya madera} se construye tu barca
> La montaña te manda bloques de piedra
> hay barcos para ti en el mar,...[18]

El tema del tributo es una prueba más de cómo la ideología real presentaba sus relaciones con el exterior. En las tumbas privadas tebanas de la XVIII dinastía es frecuente encontrar la representación de extranjeros llevando productos exóticos o característicos de sus tierras (Creta, Asía, Libia, Nubia y Punt) como tributo, cuando la mayoría de esos productos eran obtenidos mediante el intercambio comercial[19], consideración como tributo que impide a nobles, comerciantes o viajeros establecer contactos con esas tierras y volver relatando las maravillas que han visto, los prodigios de que han sido testigos o, simplemente, los productos que allí se podían obtener.

Pero esos contactos continuados terminaron por dejar su impronta en los reyes de la XVIII dinastía, despertando su curiosidad por la flora y fauna de ese mundo exterior, como lo confirma el que Tutmosis III erigiera un gran jardín botánico con plantas y árboles desconocidos en Egipto en el interior mismo del templo de Karnak[20] o que, en la misma expedición a Punt de Hatshepsut se procediera a trasplantar árboles de Punt en el recinto de Amón. Pero, en definitiva dichas acciones no iban sino a mostrar de una forma más clara el poder de los dioses egipcios y su dominio sobre unas tierras lejanas.

A pesar de ese conocimiento cada vez mayor de lo extranjero, las costumbres y hábitos de esos pueblos siguen repugnando, como refleja el regreso de Sinuhé a Egipto tras sus años de exilio en Asia viviendo como un asiático y adoptando, consiguientemente, sus vestimentas y olor:

---

17 La mayoría de los autores suelen identificar la *Tierra del Dios*" con Punt pero, como veremos, en ocasiones pueden responder a dos realidades geográficas diferentes.

18 Mil Cantos en honor de Amón, Bresciani (1969).

19 Frandsen (1989).

20 Beaux (1990).

> ...Entonces su majestad dijo a la Reina: "Este es Sinuhé, llegado como un bedu, con la apariencia de los asiáticos". Ella lanzó un grito fortísimo y las criaturas reales clamorearon simultáneamente. Después dijeron a su majestad: "No es él, oh soberano, mi señor". Entonces su majestad dijo: "Ciertamente es él"[21]... Se me instaló en la casa de un hijo real...Se quitaron años a mi cuerpo. Fui depilado y me peinaron el cabello. Una cara de suciedad se dio al desierto y mis ropas (a) los Cruzadores de la arena...Entregué la arena a quienes están en ella y aceite de madera a quien con él se unge...[22].

Igualmente, los contactos comerciales establecidos por la corte requerían la existencia de mercaderes, funcionarios leales que cumplen con los deseos de su rey y cuya vida es satirizada:

> El mercader sale al desierto dejando sus propiedades a sus hijos, temerosos de los leones y los asiáticos. Se reconoce a sí mismo cuando está de vuelta en Egipto[23].

En esa misma línea, las escasas menciones fantásticas referidas a los habitantes de Siria-Palestina se enmarcan en obras satíricas, cuya verdadera intencionalidad es ridiculizar a los extranjeros: la existencia de beduinos de 3 metros de altura que, en otro contexto podía ser una indicación del carácter imaginario de sus habitantes, en realidad son menciones despectivas:

> El estrecho está infestado de {beduinos} shasu que se esconden en la maleza; algunos miden 4 ó 5 codos {2'5-3 metros} desde la cabeza a los pies; su rostro es feroz y su corazón no es blando y no prestan oídos a las bromas[24].

Todo ello favorece el miedo que los egipcios sentían a viajar por el extranjero que, en la mayoría de las ocasiones no está motivado por el carácter de los habitantes de esas regiones externas, sino por unas características medioambientales diferentes, como refleja la conversación entre dos escribas:

> Tú no has hecho el camino a Meger, en donde el cielo se oscurece de día y todo esta cubierto de cipreses, robles y cedros que llegan hasta el cielo. Allí hay más leones que panteras o hienas y se encuentra rodeado de beduinos por todos lados...Se apodera de tí un estremecimiento, {los cabellos} de la cabeza se te ponen de punta y traes el alma en un hilo. El recorrido esta lleno de piedras y peñascos, sin que haya ningún camino transitable, porque todos están cubiertos

---

[21] Comprobar en este pasaje como el rey es el único que, además de integrar en el orden a otros pueblos, no se asusta ante su apariencia.

[22] Lichtheim (1975), 222-35.

[23] Lichtheim (1975), 184-90.

[24] Papiro Anastasi I:23,7-24,4.

de cañaverales, de abrojos, de zarzas y de huellas de lobos. A un lado tienen el barranco y, por el otro, se elevan las montañas[25].

Miedo a un paisaje diferente que, significativamente, no se diferencia mucho del que podía sentir un habitante del Alto Egipto, habituado al desierto y a un paisaje repetitivo, cuando tenía que desplazarse al Delta, como queda de manifiesto en el propio cuento de Sinuhé:

> No sé lo que me ha sacado de mi sitio. Fue como un sueño, como si un hombre del Delta se encontrara en Elefantina[26].

o en las palabras dirigidas a un escriba que está aprendiendo:

> Vuestras palabras son confusas, y no hay intérprete que pueda explicarlas. Son como las palabras de un hombre del Delta para un hombre de Elefantina[27].

El establecimiento de un Imperio en Siria-Palestina en el Imperio Nuevo podría haber favorecido un intercambio de ideas y visiones sobre sus respectivos países o, sobre otros con los que las ciudades sirias tenían relaciones. Sin embargo, el soldado egipcio fue en gran medida mercenario y nunca existió una masiva presencia egipcia en el exterior en forma de guarniciones[28], no fomentándose la profesión de soldado desde la administración:

> Los levantan cuando aún es la primera hora de la mañana...Está hambriento, su cuerpo está lastimado, está muerto mientras está todavía vivo. recibe la ración de trigo cuando es relevado de su obligación...Son largas las marchas sobre las colinas y bebe agua cada tres días, pero es fétida, con sabor a sal. Su cuerpo es aniquilado por la disentería. Llega el enemigo y le rodea con flechas, la vida está lejos de él...[29].

Pero, a pesar del hermetismo y desprecio que se desprende hacia lo extranjero, Egipto no pudo impedir la afluencia de asiáticos, en un número importante, en el transcurso del Imperio Nuevo, bien como comerciantes o como prisioneros, y que

---

25 Papiro Anastasi I, 19.

26 Lichtheim (1975).

27 Papiro Anastasi I, 28.

28 Ello se explica por la misma concepción egipcia del mundo y de cómo debían establecerse las relaciones con los vasallos: pensaban que para esas ciudades y sus poblaciones ya era suficiente bendición estar bajo la órbita de su influencia y protección divina, por lo que esas mismas ciudades tenían que procurarse sus medios de defensa, que también eran los de Egipto, que esporádicamente podía enviar tropas para su protección, como confirma el archivo de el-Amarna, donde el envió de 10 ó 20 hombres es considerado suficiente para garantizar la seguridad de la ciudad ante un peligro.

29 Sátira de los oficios, Lichtheim (1975).

en algunos casos llegaron a ocupar altos cargos en la administración, existiendo en Menfis una importante colonia de asiáticos, lo que no podía dejar de tener sus repercusiones en algunas composiciones literarias. No hay que olvidar que esos extranjeros procedían de unos países donde la literatura mítica y heroica tenía una tradición que se remontaba al III milenio, sus dioses tenían mitos en los que se narran sus combates y hazañas contra fuerzas fantásticas de la naturaleza y, en ocasiones, fuera del mundo conocido[30]. Es por ello que, aparte de los textos oficiales egipcios, encontremos huellas de historias y mitos tan conocidos en el mundo asiático como la lucha entre el mar y la diosa en composiciones egipcias como el *Cuento de los dos hermanos*[31].

Esos asiáticos que vivían en Egipto, a pesar de que según los egipcios vivir en su país era una bendición y no un castigo, sentirían nostalgia por sus bosques, el mar con el que estaban en contacto muchas de sus ciudades, sus cultos y dioses y, lógicamente, intercambiarían sus experiencias con la población egipcia, que podría llegar a sentir cierto grado de fascinación por sus relatos y experiencias. Sin embargo, la ausencia de una literatura o, mejor dicho, de los soportes donde poder plasmar esa fascinación o relatos nos impide conocer el verdadero impacto que estos asiáticos y su visión del mundo pudieron causar en la sociedad egipcia, aunque podemos conjeturar que su imaginación se dejaría asombrar y cautivar por algunos de sus relatos.

Hasta el momento nos hemos centrado en las poblaciones con las que los egipcios tuvieron un mayor contacto y de los que mayor documentación tenemos, los asiáticos, pero, Egipto estaba rodeado por otros pueblos con los que mantenía relaciones y de los que también obtenía productos exóticos, en especial Nubia.

Es difícil creer que los contactos que Egipto mantuvo con las poblaciones nubias no dejaran algún signo de sorpresa o fabulación acerca de sus habitantes, características étnicas y la rareza de algunos de sus productos. Sin embargo, si exceptuamos textos como la *biografía de Harduf*, la propia expedición de Hatshepsut al país de Punt o el cuento del Marinero Náufrago, el reflejo de dicha sorpresa pasa inadvertida en los textos disponibles hasta nuestros días.

A lo largo de su historia, los pueblos que habitaban el sur de la primera catarata, límite fronterizo de Egipto como tierra bendecida por los dioses, recibieron distintos nombres, algunos de los cuales eran denominaciones genéricas aplicadas a Nubia y que iban alejándose de Elefantina a medida que la presencia y conocimiento de la región era mayor. Hasta prácticamente el Imperio Nuevo no existió una política de integración de esas tierras en Egipto. Sus poblaciones eran consideradas inferiores y lo único que interesaba de ellas eran sus productos, realizándose los intercambios en los puestos fronterizos egipcios y evitando cualquier tipo de contacto directo con

30 Como el mito de *Enki y el orden del mundo*, *cf.*, el capítulo dedicado a Mesopotamia.

31 Redford (1992a).

estas poblaciones que, en el Imperio Medio, tenían prohibido sobrepasar la frontera establecida por las fortalezas de la 2 catarata[32].

Lógicamente, este tipo de intercambio y contacto dificultó el conocimiento de sus costumbres y la posible formulación de visiones, de carácter fantástico o de extrañeza al menos, en torno a las mismas. Egipto solamente perseguía la obtención de productos destinados al rey y, por extensión, a los templos, donde la resina, perfumes, mirra o incienso eran necesarios para la realización de los ritos diarios de bañar la estatua del dios, perfumarla, embellecerla con vestimentas, etc.

Otra consideración a tener en cuenta es que a lo largo de su historia Egipto no tuvo que hacer frente a grandes desplazamientos de población, algo que sí ocurrió en Mesopotamia y que, según algunos, está en el origen mismo de la civilización sumeria y la consideración fantástica de Dilmun[33]. Egipto en ningún momento de su historia tuvo que ampliar sus horizontes culturales o políticos, algo que sí ocurrió con la colonización griega, la colonización fenicia como respuesta a unas necesidades políticas y comerciales o el propio comercio con Dilmun por parte de algunas culturas mesopotámicas.

Por todo ello, es significativo que mientras Egipto no mostró, públicamente, una admiración hacia los países extranjeros y asiáticos en particular, estos sí desarrollaron ciertas visiones de Egipto que pueden considerarse fabulosas, de una tierra donde la riqueza es abundante y la vida fácil. Al respecto no hemos de olvidar episodios como el de los patriarcas bíblicos, o la misma afirmación del rey de Mitanni en el sentido de que en Egipto el oro era más abundante que el polvo y la arena del desierto.

Un último aspecto a destacar es la propia ideología de Egipto, y en general de los Estados próximo-orientales, de que el dominio de sus entidades geográficas implicaba el control sobre lo civilizado, lo conocido, no siendo necesaria la exploración, conquista o asimilación de lo externo. Esta dinámica fue rota en el primer milenio, la amplitud de los contactos, las mejoras técnicas en la navegación y en los transportes, llevó a un deseo por conocer y dominar el mundo conocido, surgiendo tendencias universalistas, especialmente tras Alejandro Magno, siendo a partir de entonces cuando el dominio del mundo implicaba no solo la unidad territorial, cultural, ideológica o geográfica, sino de todo el mundo conocido, una exageración de términos y títulos como el acadio *kissati*, rey de la totalidad, el mesopotámico *Rey de las Cuatro Regiones* o el egipcio *Señor de todas las Tierras*.

Urbanismo y sociedad

En el mundo clásico, el conocimiento y descripción del mundo conocido y de sus confines fue una labor frecuente, posible en gran medida por la existencia de

---

[32] Sobre estas fortalezas y su función, *cf.*, Trigger (1982), Smith (1991).

[33] *Cf.*, el capítulo dedicado a Mesopotamia.

una sociedad urbana, con poleis y grandes ciudades que actuaban como centros de cultura y conocimiento. Dicha estructura urbana permitía que ciertas personas viajaran, describieran y relataran otras tierras y pueblos con los que se tenían relaciones[34]. Es por ello que en el caso de Egipto debemos rastrear la existencia de ciudades y de una clase urbana.

Desde la celebre afirmación de Wilson refiriéndose a Egipto como una civilización sin ciudades, esta idea ha sido mantenida a lo largo de los años[35]. Sin embargo, en el Imperio Nuevo existieron ciudades en Egipto, no solo la celebre Pi-Rameses mencionada en el relato bíblico del exodo, sino otras como Menfis o Tebas. En estas ciudades vivían nobles y altos funcionarios que se acomodan a una vida urbana, viviendo de unas rentas y cargos que les permitían la celebración de banquetes, reuniones o competiciones "deportivas". Muchas de estas personas eran militares, encargados de dirigir o acompañar al Faraón en sus campañas militares o de inspección por Siria-Palestina y Nubia. Por ello no resulta extraño encontrar algunas composiciones heroicas, pero estas, como era de esperar, van destinadas a demostrar la superioridad de Egipto y sus habitantes sobre los extranjeros, no a buscar nuevas tierras o productos que permitieran el establecimiento de contactos comerciales o de cualquier otro tipo. Un ejemplo de ello puede ser el cuento del *Príncipe predestinado* y la *captura de Joppa* o, en el Imperio Medio, la *historia de Sinuhe*[36].

Estos cambios también se reflejan en la institución real, lejos de la consideración divina que pudo tener en el Imperio Antiguo[37]. El rey es más humano, ha de presentarse ante la sociedad como capaz de mantener el orden cósmico y ello lleva hacia una consideración heroica de sus acciones, tendencia que, como todo en Egipto, es fomentada desde la misma realeza. Las acciones de Tutmosis III en la batalla de Megiddo o del mismo Rameses II en la batalla de Kadesh, esconden una consideración heroica y propagandística de la institución real[38]. Es cierto que ellos siguen dominando el Estado y son las únicas individualidades, pero nobles y altos funcionarios comienzan a una libertad impensable en períodos anteriores[39].

Por tanto, incluso en esta sociedad más urbana del Imperio Nuevo, donde existían asiáticos que ocupaban altos cargos en la administración y algunos de sus dioses fueron incluidos en el panteón egipcio[40], el sentimiento de desprecio hacia lo extranjero continuaba vigente algo plasmado, por ejemplo, en la misma incapacidad

---

[34] No podemos olvidar tampoco que estas descripciones y deseos de conocimiento podían llevar implícitos motivos políticos, reflejar las bendiciones de un sistema político sobre otro, o económicos.

[35] Wilson (1960). Sobre el problema del urbanismo en Egipto, *cf.*, Bietak (1979).

[36] Todos estos textos, aparte de la obra de Lichtheim (1975-78), pueden consultarse en Simpson (1972) así como en el reciente libro de Serrano (1993).

[37] Aún cuando existen dudas de que la realeza egipcia fuera considerada en algún momento divina; *cf.*, Posener (1960).

[38] Spalinger (1982).

[39] Sobre la literatura amorosa, *cf.*, Foster (1974). Por otra parte, esa individualidad dio lugar a la llamada *Piedad Personal Ramesida*.

[40] Especialmente en el ámbito popular, *cf.*, Sadek (1987).

de los extranjeros por hablar la lengua egipcia: "*el simio comprende palabras, aunque proceda de Kush*"[41].

Por tanto, estas composiciones, posiblemente leídas o relatadas en el transcurso de los banquetes y reuniones de nobles, siempre tenían una finalidad, demostrar la superioridad de la cultura y civilización egipcia. Es cierto que éste es el trasfondo también de muchos relatos clásicos referidos a tierras distantes, pero en el caso de la civilización egipcia en dichos textos no encontramos un afán investigador o etnográfico, posiblemente porque, en el fondo, conocían bien esas tierras y estaban cerca geográficamente, y no existía por tanto una lejanía y desconocimiento que permitiera distorsionar mucho, o algo, la realidad.

Tierras fantásticas como lugar de comercio y riqueza

En la milenaria historia del Próximo Oriente, detectamos que van produciéndose avances en el conocimiento geográfico al mismo tiempo que aumentan las necesidades comerciales de los Estados. Este proceso, teóricamente, podría haber favorecido la exploración y consideración de, al menos ciertas regiones, como tierras fabulosas y ricas, ubicadas en un mundo lejano y desconocido. Sin embargo, la mayoría de dichos productos eran obtenidos en lugares donde sus sociedades se relacionaban con una larga evolución cultural.

Podría pensarse que en la concepción egipcia están presentes dos elementos que definen una tierra fabulosa: la inferioridad cultural de las poblaciones y el carácter comercial de los contactos. Sin embargo, a pesar de lo que quería transmitir la ideología egipcia, sus contactos tenían lugar con pueblos civilizados y el carácter comercial de los intercambios puede ponerse en duda. Lo que Egipto pudo perseguir en su Imperio asiático era garantizarse la fidelidad de unas ciudades y territorios que tenían que asegurar el abastecimiento de las pequeñas guarniciones egipcias y del ejército que periódicamente se trasladaba a Siria-Palestina, siendo por ello que entre los tributos que Egipto imponía encontramos trigo, cebada, aceite, vino..., productos que Egipto producía y no necesitaba[42]. Por lo tanto, Egipto no tenía como meta obtener productos exóticos, o al menos escasos en el valle del Nilo[43], lo que impide la formulación sobre unas tierras ricas.

Por otra parte, las relaciones entre una cultura civilizada y otra inferior, donde se obtienen las riquezas, están basadas en la superioridad técnica de la primera, que es

---

[41] Papiro Bolonia 1094:3,9. Hay que recordar que *ns n rmt*, lengua egipcia, significa "*el lenguaje del hombre*", y que la incapacidad del simio para hablar egipcio no radica en que sea un animal, sino en que es de Kush.

[42] Redford (1992b), quién, aún reconociendo que dichos productos no eran *necesarios* para Egipto, piensa que lo que los egipcios demandaban del exterior eran esclavos, trabajadores.

[43] A excepción de la madera del Libano, cuya dependencia queda de manifiesto en el relato de Wenamun.

quien emprende el contacto y se beneficia de él. Egipto requería ciertos productos del exterior, en especial madera, vino y aceite, pero no puso los medios técnicos para llevar a cabo el comercio que, por ejemplo, en el caso de los cedros y madera del Líbano era realizado en barcos de la ciudad de Biblos (*Kbn*). Por otra parte, no podemos olvidar el componente ideológico de las expediciones comerciales, que eran enviadas por el rey al ser el comercio egipcio un monopolio del Estado, que en ningún momento protegió, fomentó o ayudó la existencia de empresas comerciales privadas, lo que si sucedió en Mesopotamia. El rey egipcio no podía permitir un acceso directo a los productos que él obtenía y que destinaba a ensalzar a sus hermanos los dioses o para formar parte de su ajuar funerario. Ello nos indica que el volumen del comercio era reducido y no destinado a un mercado[44]. Por todo ello, la existencia de empresas privadas o de una literatura que recogiera la existencia de unas tierras donde Egipto, el rey, obtenía unos productos exóticos, carecía de sentido.

Es cierto que Egipto, al igual que Mesopotamia, carecía de materias primas como la madera y algunos metales, en especial plata, pero su adquisición se realizaba mediante expediciones comerciales a regiones perfectamente conocidas, actuando éstas como intermediarias respecto a otras regiones aun más lejanas que, hipotéticamente, podrían haber sido consideradas fantásticas por los egipcios si hubieran tenido un contacto directo con ellas. En el caso de las relaciones diplomáticas de la segunda mitad del II milenio, Egipto llegaba a enviar cobre a Chipre o plata a Mitanni, productos de los que carecía, respondiendo ello a una política ideológica: no mostrar las carencias del país a pesar de requerir el envío de dichos productos[45], práctica que impedía aún más la consideración fantástica de dichos productos y sus lugares de procedencia.

Pero, a pesar de esa carencia de algunos productos, los egipcios no tuvieron que emprender una política comercial para lograr un nivel cultural. Disponían de los materiales necesarios para construir los templos de sus dioses y los recursos mineros estaban más o menos próximos a sus limites geográficos[46].

Igualmente, el que Egipto dependiera en la práctica totalidad de su historia de la marina de otras entidades políticas o culturales para la recepción de los productos, lleva implícita la inexistencia de composiciones o concepciones mágicas en torno al mar que, no hemos de olvidarlo, está en la base de la mayoría de las tierras fantásticas de la Antigüedad y que, significativamente, aparecerá asociado al país de Punt y en el relato fabuloso por excelencia de la civilización egipcia, el cuento del Marinero Naúfrago.

Esa carencia de una marina comercial, o de guerra, explica que Egipto no emprendiera la exploración de territorios ubicados a occidente. Es verdad que las

44 En la investigación egiptológica existe un debate sobre si puede hablarse de la existencia de mercados, *cf.*, Janssen (1975).

45 Liverani (1972).

46 Productos que eran obtenidos mediante las llamadas *expediciones reales*.

corrientes marítimas obligaban a la realización de un circuito comercial establecido pero, también es cierto, que su existencia podría haber implicado la pérdida, extravío por los vientos o corrientes, de alguna nave fuera de su ruta y entrar así en contacto con otras tierras, pero ello no sucedió, a juzgar por los textos, aunque no hemos de olvidar que si algún barco hubiera sido desviado de su ruta y hubiera alcanzado tierras más al occidente, como esas tierras no tenían nada que ofrecer, no hubieran sido exploradas ni integradas en el mundo civilizado y conocido. Por otra parte, no hemos de olvidar que hasta la colonización fenicia el occidente mediterráneo permaneció en la penumbra, lo que se explica en gran medida por la carencia de posibilidades económicas que ofrecía la costa africana, prácticamente deshabitada, con poblaciones que no podían ofrecer nada, ni siquiera como tributo.

Fuera de Siria-Palestina, Nubia era la otra región donde Egipto obtenía sus productos pero, si la concepción hacia los asiáticos era ya despectiva, la existente hacia las poblaciones nubias era mayor[47].

Respecto a tierras cómo Irem, Yam o el mismo Punt, lo que subyace es una política expansiva de un rey en un determinado momento y por unas necesidades concretas, apareciendo entonces unas denominaciones genéricas a unas regiones sobre las que Egipto establecerá su influencia pero sin ninguna intención de explorar lo que había más allá de esos límites.

Por todo ello, y recordando que según la mentalidad egipcia todos los países extranjeros debían presentar tributos al rey, aunque estos fueran obtenidos mediante una política comercial, la cultura egipcia en ningún momento de su historia se vio en la necesidad de constituir empresas comerciales privadas dirigidas a la obtención de productos exóticos. La figura del rey dominaba todos y cada uno de los aspectos de la vida humana, impidiendo de esa forma la individualidad, la inquietud que pudiera sentir el hombre por adentrarse en otras regiones y conocer nuevos mundos y, cuando algún oficial se interna en territorios "*hostiles*" y lejanos, lo hace por encargo del rey y formando parte de una expedición real, debiendo ser todos los productos obtenidos presentados ante la corte para su utilización en templos, divertimiento del rey o realización de emblemas de poder y funerarios.

A lo largo de la civilización egipcia, solamente conocemos a dos personas que se adentran en las tierras externas sin seguir las ordenes del rey, Sinuhé y Wenamun. El primero como consecuencia de inestabilidades políticas, subyaciendo en toda la narración dos aspectos: el sentimiento de superioridad hacia lo extranjero y la voluntad de volver a Egipto cuanto antes[48]. Respecto a Wenamun, este conocido texto ha sido tenido en consideración para explicar o apoyar muchos aspectos relativos a la colonización fenicia, pero el mismo no viene sino a reflejarnos cómo ese sentimiento de superioridad, fomentado desde hacia más de dos milenios, sigue

---

47 Trigger (1976).

48 Es por ello que estas dos composiciones, a pesar de tener elementos extraños a la ideología egipcia, no son incluidos, o considerados, como fabulosos, a pesar de las ideas de Otto (1966).

latente a pesar de que Egipto había dejado de ser, hacia tiempo ya, una potencia política, económica o militar.

Dioses y héroes. Las tierras míticas y los límites del mundo

En los relatos referidos al establecimiento de contactos y relaciones con otras tierras, suele ser normal encontrar cómo las primeras personas que entran en contacto con tierras lejanas son dioses o héroes que, simbólicamente, prestan a viajeros y comerciantes una protección y seguridad en los contactos y transacciones comerciales con la población indígena, al mismo tiempo que su dominio sobre los animales fantásticos o fuerzas desconocidas que habitan esos lugares allanan el camino a los hombres y sus limitaciones humanas, librándolos de peligros. Estas pautas, que encontramos en el mundo griego y mesopotámico, solo las encontramos parcialmente en Egipto, civilización de la que no conservamos ninguna composición épica relativa a sus dioses ya que éstos, como hemos señalado, no tienen que salir del país para obtener producto alguno, encontrando el principal paralelismo en la figura heroica encargada de integrar nuevas tierras en el orden de Egipto: el rey[49].

En Egipto dos dioses son los que están relacionados con el mundo exterior. Por una parte Hathor, diosa relacionada con la realeza y que era la encargada de proteger las expediciones reales al exterior, disponiendo de templos en aquellos lugares extranjeros donde la presencia egipcia era importante, como Biblos[50] y el Sinaí[51]. La otra divinidad es Seth, asimilado con el desierto y las tierras extranjeras[52].

En el terreno mitológico, los únicos mitos que sobre los dioses conocemos proceden de la época baja o romana, cuando el gusto de los griegos y romanos por dotar a sus dioses de historias míticas impregnó el panteón egipcio[53]. Por ello no debemos extrañarnos al leer a Heródoto y no encontrar ningún mito en su *logos* egipcio, a pesar de haber sido introducido en los secretos de la religión egipcia según sus propias palabras.

Egipto desarrolló dos concepciones relativas a los límites, una política o real, *tçs*, y otra mítica y fija, *drw*[54], límites sostenidos por 4 dioses que a su vez sustentan el cielo. Menciones referidas a que el rey llega a los confines del mundo mítico son

---

[49] Sobre los dioses egipcios, y el debate sobre si en algún momento se crearon mitos al modo y manera que los existentes para los dioses griegos, *cf.*, Baines (1991).

[50] Montet (1928).

[51] Gardiner (1951).

[52] Velde (1977). El papel de Seth debe ser matizado en muchos de sus aspectos. Baste señalar al respecto que, en la XIX dinastía, muchos faraones incluyen la partícula Seth en sus nombres, posiblemente como respuesta a una integración cada vez mayor de tierras extranjeras en el orden y los contactos continuados con otras tierras.

[53] El mejor ejemplo es el mito de Osiris transmitido por Plutarco.

[54] Hornung (1980).

abundantes en Egipto, pero siempre referidas a su papel de integrador de regiones, función que no tiene un final. En cierta medida es un proceso similar al experimentado por los mitos griegos, que van trasladándose a unos límites cada vez más lejanos debido al progresivo conocimiento e integración de regiones lejanas donde originariamente se localizaban esos límites. Como señala Liverani[55], la frontera movida por el rey no es simplemente un límite estatal, es la demarcación entre el orden y el caos, la paz y el desorden, la justicia y la violencia, la misma función que los mitos griegos. Por ello, la inspección del rey sobre unos territorios o el enviar una expedición comercial a algún lugar, tiene ideológicamente el valor de demostrar el carácter integrador del rey.

A lo largo del Imperio Nuevo, ciertas partes de ese desorden fueron incluyéndose en el orden de Egipto, bien por un dominio político o unos contactos comerciales, gracias a la acción benefactora del Faraón que con él llevaba la civilización y el orden. Esta concepción tiene su origen en el Imperio Medio, cuando los reyes egipcios comienzan a erigir estelas en los confines del mundo conocido que, en su concepción, se corresponden con sus dominios; estelas como las de Sesostris III en la XII dinastía levantada en la fortaleza de Semma, Nubia, o las más conocidas de Tutmosis I y III en el Eufrates, son un buen ejemplo de ello: señalan el final del dominio o influencia del rey y, por extensión, del mundo civilizado, fuera de esos límites el orden y la estabilidad no habían llegado:

> Su Majestad cruzó el curso del Orontes...Su Majestad alzó su brazo para ver el fin del mundo[56],

por ello en estas estelas se representa al disco solar, que protege las fronteras hasta las que el rey ha llegado, prestando así su bendición y protección.

El rey es el encargado de abrir los nuevos caminos, de facilitar el acceso a esas regiones que anteriormente estaban en el caos, bien construyendo pozos de agua, cazando hipopótamos o pisando caminos ignotos, como dice haber hecho Hatshepsut en su expedición a Punt.

Lógicamente, es el rey y Egipto la entidad que bendice con su acción a esas tierras, *Egipto conoce Punt para dominarlo y explotarlo, Punt conoce Egipto para ceder y proporcionar sus productos*[57]. Al igual que en el mundo clásico, ya constituía una bendición que el mundo civilizado se hubiera fijado en esas tierras atrasadas, pero ricas.

Pero, la principal diferencia entre ese límite egipcio y el clásico es que más allá de él no hay nada, los dioses, el rey, no habían tenido ninguna relación con ellas, mientras que en el mundo griego son símbolo de tierras fantásticas, míticas, donde habitan monstruos y seres fabulosos.

---

55 Liverani (1990), 57.

56 Breasted (1908), ARE II 784. En próximas páginas, su obra será abreviada ARE.

57 Liverani (1990), 65.

Lógicamente, algunos de los mitos y leyendas del mundo clásico también pueden esconder motivaciones económicas o políticas, animando a la población a una emigración para colonizar otras tierras y aliviar así la presión sobre la ciudad y su territorio o, por el contrario, obtener los hombres necesarios para ejercer un dominio real sobre esos territorios, pautas que en Egipto no se dieron.

Una prueba de la ideología egipcia expresada hasta el momento es que animales fantásticos o monstruos, propios de los que podían habitar los confines del mundo en otras culturas, solamente nos los encontremos bajo dos aspectos: uno terrenal, en tiempos anteriores a la I dinastía, cuando el hombre todavía no tenía un dominio del medio geográfico en que vivía, y otro religioso, cuando el hombre ya ha dominado la naturaleza, esas fuerzas extrañas dejan de habitar el mundo de los vivos para pasar a vivir en el mundo subterráneo, en el camino de la noche que el sol tenía que recorrer diariamente[58]. Una salvedad puede ser la serpiente protagonista del cuento del *marinero naufrago* así como las que protegían lugares concretos como el templo de Deir el-Bahari o la necrópolis del valle de los Reyes[59].

En relación con los dioses y su relación con un mundo exterior desconocido o con el que se tenían ciertas relaciones, debemos analizar también dos aspectos, la relación de los dioses con el comercio y el papel de los templos como integradores de un mundo externo.

Respecto a los dioses y el comercio, ya mencionamos que en líneas generales los productos existentes en otras tierras existen para ser llevados como tributo a Egipto. Sin embargo, en el mito de Osiris y Seth existe un episodio que debe ser mencionado, en concreto la mención a Biblos. Una vez que Seth encierra a Osiris en el sarcófago, éste llega a Biblos donde es rescatado por Isis. No hemos de olvidar que ya desde el Imperio Antiguo Egipto demandó de Siria-Palestina madera con la que realizar la barca solar y los sarcófagos reales, práctica que pervive en el relato de Wenamun. Esta mención a Biblos, ciudad mencionada también en los Textos de las Pirámides y en la Piedra de Palermo, se explica por un deseo de integrar a esta ciudad dentro de la órbita egipcia, ya que Biblos actuaba como intermediaria ante las necesidades, o demandas, de Egipto respecto a otras regiones como el norte de Siria y la ciudad-estado de Ebla[60], siendo significativo que con el mundo clásico, el comienzo de la navegación en Marzo estuviera marcada por las lamentaciones por la muerte de Adonis, dios con quien es identificado Osiris[61].

Igualmente, no podemos olvidar que en el mundo antiguo, y con posterioridad, las transacciones comerciales se realizaban bajo la protección de los dioses, cuyos templos o festividades servían de marco jurídico para los intercambios[62]. El templo de Heracles-Melqart en Cadiz, el de Barbar en Dilmun o el de Hathor en Biblos, son prueba de ello.

---

[58] Kemp (1989).
[59] Donohue (1992).
[60] Matthiae (1994).
[61] Griffiths (1970), 321-3.
[62] Silver (1985).

Respecto al papel del templo como símbolo del cosmos e integrador del mundo que va siendo conocido, explorado o dominado mucho ha sido debatido. La principal finalidad del templo egipcio era reflejar cómo había sido creado el universo y cómo éste había sido fijado[63]. Desde el sancta sanctorun, donde estaba la idealización de la colina primogénita, hasta los pilonos de entrada al templo, se simbolizaba la acción del demiurgo. Por ello, no resulta extraño que en el Imperio Nuevo, cuando Egipto tiene importantes relaciones exteriores y sus reyes actúan como integradores del caos en el orden, se proceda a representar en el interior de los templos la fauna y vegetación de ese mundo no egipcio. El jardín botánico de Tutmosis III en el templo de Karnak, la acción de Hatshepsut de trasplantar árboles del país del Punt en el templo, son prueba de ello[64].

Por último, no hay que olvidar que las acciones del rey, y de la sociedad, van encaminadas a resaltar la gloria de la divinidad, por ello no es extraño que ocasionalmente sea el propio dios quien "ordene" la realización de una campaña de exploración o de comercio, siendo un ejemplo de ello la expedición de Hatshepsut al país de Punt, realizada por las palabras emitidas por un oráculo. Es cierto que, como veremos, todos los textos de Hatshepsut van encaminados a reflejar su poder y valorar aún más su acción integradora en el orden del país de Punt, pero no deja de ser significativo que esa acción sea emprendida por el deseo de la divinidad que, a diferencia del mundo clásico, no participa directamente en la integración[65].

Literatura

Uno de los aspectos que definen a las culturas clásicas es la existencia de una literatura, no solo religiosa, sino en todas y cada una de sus manifestaciones, algo que no existía en las culturas próximo orientales si exceptuamos el ámbito religioso e ideológico. Sin entrar en la consideración de las dificultades que ya entrañaba para los propios egipcios el conocimiento de su escritura[66], no hemos de olvidar que el alfabeto y su difusión revolucionaron muchas manifestaciones culturales y de organización del Estado. Su dominio era más fácil, el funcionamiento de la administración más ágil, los mensajes podían ser entendidos por más gente.

La escritura, y su principal soporte, el papiro, era un monopolio del rey, por lo que éste no permitía la composición de obras fuera de sus intenciones. Este aspecto es muy importante porque a pesar del "exotismo" de su composición, obras como la

---

63 Finnestad (1985).

64 Sobre el jardín privado en Egipto, *cf.*, Moens (1984), donde puede observarse como esa acción integradora en el orden es incluso asumida por los nobles con sus representaciones funerarias, una prueba más del carácter diferenciador de la sociedad del Imperio Nuevo.

65 Aunque es cierto que, por ejemplo, muchas de las empresas coloniales griegas comenzaron, o se realizaron, con la consulta al oráculo de Apolo en Delfos.

66 Baines & Eyre (1989).

del Marinero Naufrago o la propia expedición al Punt de Hatshepsut deben entenderse en este contexto: textos creados por y para una ideología o intencionalidad política, la del rey y su gobierno sobre Egipto.

Fuera del círculo de la corte, muy pocas personas tenían acceso a la escritura. Una excepción la constituían los escribas y dibujantes que trabajaban en Deir el-Medina en la construcción de las tumbas reales[67]. Este núcleo podría haber sido uno de los que creara una literatura diferente, en especial al convivir con numerosos extranjeros con los que podían intercambiarse experiencias, relatos y leyendas sobre sus tierras respectivas. Pero esta posibilidad carecía de los soportes necesarios, debiendo expresar sus ideas, preocupaciones, deseos...en ostracas, pequeñas piedras de caliza cuyo tamaño impedía realizar composiciones relativamente extensas. Prueba de todo ello es la constatación de que algunos pocos papiros pasaban de generación en generación a los miembros de una misma familia, que reutilizaba o cortaban partes de los mismos cuando lo necesitaban[68].

Por ello, podemos decir que Egipto no desarrolló una literatura[69], debiéndonos contentar con aquellos fragmentos, muy escasos, insertados en composiciones destinadas a glorificar la acción del rey y los dioses. Ello seguramente no quiere decir que por el país circularan historias sobre otras tierras. La experiencia de soldados, miembros de expediciones comerciales y extranjeros irían transmitiéndose de forma oral, deformando las historias y creando verdaderas composiciones orales fantásticas. En ello también influiría ese miedo a viajar fuera del país que sentían los egipcios, lo que provocaría que sus experiencias fueran oídas y transmitidas pero, por desgracia, nada de ello se nos ha conservado.

Mar e islas

Algunos de los relatos fabulosos de la Antigüedad tienen como argumento la navegación siendo por ello que sean islas, o lugares costeros, donde recalaban muchos de los aventureros o comerciantes de la Antigüedad[70]. No hay que olvidar que en todas las culturas se tiene la impresión de conocer los límites terrestres, lo que explica que más allá de los mismos esté un gran océano o mar que define las fronteras del mundo y donde habitan todos los seres y animales propios de un lugar ignoto.

En el caso de Egipto el esquema se repite: las únicas composiciones fantásticas acontecen en el transcurso de una navegación y la imposibilidad de hacer frente a

---

67 Bogoslovsky (1980).

68 Janssen (1982).

69 Eyre (1993) piensa que al final de la civilización egipcia si existió una literatura, pero que con anterioridad estuvo limitada a una ideología.

70 Por otra parte, no podemos despreciar el hecho de que un asentamiento costero ofrecía mayores seguridades que uno terrestre, lo que explica la pauta de colonización seguida por fenicios y griegos.

las fuerzas de la naturaleza, concretamente una tormenta. Igualmente, el que estos relatos fabulosos solamente aparezcan en relación con el Mar Rojo y el país de Punt no debe extrañar, ya que la navegación y trafico comercial en el Mediterráneo era ejercido por las ciudades sirio-palestinas, pero en sus expediciones al Mar Rojo Egipto tuvo que recurrir a sus propios medios y experiencias. Seguramente, si los egipcios se hubieran embarcado en importantes expediciones marítimas por el Mediterráneo, composiciones similares a la del Marinero Naufrago hubieran sido creadas.

Por otra parte, el que el mar no aparezca en las composiciones egipcias encuentra también una explicación en su concepción del mundo que, al contrario que en Mesopotamia o Grecia, no iba de Este a Oeste, sino que el eje Norte-Sur era dominante. Es cierto que la idea de un gran océano, las aguas primordiales, está presente en la concepción egipcia, pero solamente como lugar donde el Nilo se regenera y vuelve a crecer. Egipto no era un país rodeado por océanos, éstos limitaban al Norte y al Sur comunicándose por el mundo inferior[71]. Por ello no es de extrañar que los egipcios sintieran miedo hacia la navegación[72], siendo por ello por lo que es en su concepción del más allá donde sí encontramos seres fantásticos, monstruos y peligros que el difunto ha de ir superando para alcanzar los campos Elíseos de Osiris.

En el caso de Nubia, donde el Nilo podría haber constituido un elemento de fabulación con sus cataratas y habitantes negroides, tampoco encontramos textos o experiencias exóticas, posiblemente por ser el curso del Nilo fijo y estrecho, y por ello conocido, por lo que la ubicación en su curso de islas o tierras fantásticas no encontraría justificación[73].

Nubia, el Mar Rojo y el país de Punt

A pesar de que los textos de que disponemos son escasos y fragmentarios, resulta difícil creer que los egipcios no concibieran ciertos lugares de una forma fantástica o mítica, máxime cuando el nombre mismo de algunas ciudades, o nomos, egipcias, pueden estar reflejando la sorpresa y consideración que ciertos productos *exóticos* tenían en Egipto: Nagada (*Ngd)* la ciudad del oro, o la misma Elefantina, cuyo nombre egipcio, *Abu* -ciudad elefante-, hacen referencia al interés que existió por los productos africanos, siendo referida en algunos textos como *Puerta del Sur.*

71 Jacq (1993).

72 Ver el apartado dedicado al Mar rojo y su exploración.

73 Por otra parte, y siempre que pudieron, los egipcios prefirieron realizar expediciones terrestres. A ello no solamente favoreció su miedo a la navegación, sino también las propias cataratas nubias. Así, la primera, en las proximidades de la isla de Elefantina, los rápidos solamente eran navegables durante la inundación, mientras que la segunda catarata fue prácticamente infranqueable, procediéndose a desmontar las embarcaciones y transportarlas por tierra y posteriormente reconstruirlas, *cf.*, Vinson (1994).

Igualmente significativo es que tanto Naqada como Elefantina constituían el final e inicio de sendas rutas comerciales que conducían al Mar Rojo y a Nubia.

Nagada se ubica a la entrada del Wadi Hammamat, la ruta de comunicación entre el valle del Nilo y el Mar Rojo, de donde Egipto obtuvo desde tiempos predinásticos productos exóticos destinados al ajuar funerario, en especial conchas marinas. A lo largo de toda la historia de Egipto, el Mar Rojo será una de las regiones comerciales y de exploración de la civilización egipcia y de tiempos posteriores, con los intentos de los monarcas helenísticos por acceder a productos africanos. Es por ello que las referencias a la *tierra del Dios* o *Punt* pueden ponerse en relación con un conocimiento progresivo del Mar Rojo y sus costas.

Respecto a Elefantina, constituye la vía de entrada y salida de Egipto hacia el interior de Africa, donde las expediciones descargaban sus productos para ser transportados posteriormente en barco hasta Menfis, donde se encontraba la corte.

Por ello, las próximas páginas están estructuradas en torno a tres grandes epígrafes: Nubia, el Mar Rojo y Punt. Esta última está en íntima relación con el Mar Rojo, pero sus menciones, características e importancia merecen un tratamiento especial.

Nubia

El territorio conocido como Nubia, el actual Sudán, ha sido conocido e interpretado desde la perspectiva de que era el lugar donde Egipto obtenía el oro y ciertos productos africanos. El término Nubia no es egipcio, sino romano, pudiendo encontrar en su etimología una prueba del interés que sus productos despertaban en la Antigüedad, al poder derivar de la raíz *nbw*, oro. Los egipcios se referían a esta región como *Ta-sety*, "tierra del arco", "las tierras del Sur" o "Kush", mientras que para griegos y romanos formaba parte de su Etiopía[74].

Los contactos de Egipto con esta región se remontan al período predinástico, existiendo por entonces un reino, el de Qustul, que actuaba como intermediario entre Nubia y los primeros reyes egipcios, proporcionándoles productos exóticos como huevos de avestruz, plumas o marfil[75]. Con el comienzo de la I dinastía, los reyes egipcios ejercieron directamente el control sobre la región, provocando el final del llamado Grupo A de Nubia y la existencia de un vacío político que perduró hasta la V-VI dinastías con la aparición del llamado grupo cultural C. Esta breve reconstrucción explica que con anterioridad a la VI dinastía las menciones de expediciones reales al Sur sean escasas; Egipto obtenía lo que quería directamente, sin grandes esfuerzos, pero la aparición de nuevas entidades políticas en Nubia obligó a los egipcios a modificar sus pautas de actuación, debiendo entrar ahora en contacto

---

[74] Además de las clásicas obras de Adams (1977) y Trigger (1976), una visión actualizada de las relaciones entre Egipto y Nubia puede encontrarse en O'Connor (1994).

[75] Williams (1986).

con los líderes políticos de Nubia para la obtención de estos productos. Por ello, no debe extrañar que sea en la V-VI dinastías cuando aparezcan las primeras inscripciones biográficas relativas a expediciones reales. Entre estas destaca la de Harduf, nuestra principal fuente de información sobre los pueblos nubios, y que como otros oficiales, era el líder de dichas expediciones.

Dentro de las entidades políticas que constituían el Grupo Cultural C, algunas de ellas son mencionadas en los textos, pero de forma muy fragmentaria. es por ello por lo que solamente nos referiremos a aquellas sobre las que nuestra información es mayor. No debemos olvidar que en Nubia existió una estructura de chiefdoms, o sociedades de jefatura[76], estableciendo los egipcios contacto con unos líderes encargados de proporcionarles los productos demandados. Ello explica, en parte, las luchas que los textos egipcios reflejan ocasionalmente entre líderes de distintos pueblos, ya que todos querían actuar como intermediarios.

Si durante el Imperio Antiguo se establecieron contactos y exploraciones, en el Imperio Medio la pauta seguida fue de dominación y explotación del territorio, mientras que en el Imperio Nuevo se procedió a la explotación y exploración, ésta última dirigida a la obtención de más y variados productos africanos que poder poner en circulación en el comercio internacional y diplomático de la segunda mitad del II milenio.

Si en Egipto la vida se circunscribe al valle del Nilo, en Nubia la dependencia hacia el Nilo era aún mayor, con una franja de tierra cultivable muy escasa. Ello explica que, a juzgar por los textos egipcios la principal región de intercambio, o de procedencia de los productos africanos, esté en las proximidades de la 5 catarata, en el área de Dongola, la región más fértil de Nubia.

Establecer una diferenciación entre Nubia, el Mar Rojo y Punt es muchas veces difícil, ya que los textos egipcios no son especialmente concretos a la hora de referirse a unas tierras externas a su orden, utilizando términos genéricos que hacen referencia a amplias regiones, muchas veces diferentes y superpuestas y que a medida que aumenta su conocimiento, van trasladándose con los límites de lo conocido, explotado o explorado.

Finalmente, no debemos olvidar que no hay nada en la civilización egipcia que nos indique un afán de conocimiento o investigación del mundo exterior. Lo único que preocupó a Egipto en el momento de establecer sus relaciones o ampliar su influencia fue lograr el dominio de unos territorios donde podía obtener unos productos que su sociedad, sus dioses o el comercio internacional demandaban. Su política no fue "comercial", sino de conquista y, por ejemplo, las numerosas campañas militares que los faraones del Imperio Nuevo realizaron en la región deben entenderse en este contexto. dominar unos recursos y evitar las perturbaciones que poblaciones nómadas pudieran causar en la obtención de los productos[77].

---

[76] O'Connor (1992).

[77] O'Connor (1987).

El país de Yam

La tierra de Yam, como otras mencionadas en los textos egipcios, hace referencia a territorios pertenecientes a la actual República de Sudán, cuya localización, límites y carácter es problemática[78], pudiendo ser identificado con el país de Irem del Imperio Nuevo.

Yam es solamente referido en textos del Imperio Antiguo[79], siendo nuestra principal, y prácticamente única, fuente de información las cuatro expediciones realizadas por Harduf, sobre cuyos viajes, punto de partida y de llegada, duración o medios técnicos utilizados -transporte por tierra o por barco-, existe un debate.

Edel[80], basándose en que Harduf haría diariamente unos 15 Kms, con una estancia en el país de Yam de 10 días, y teniendo en cuenta los 7 y 8 meses de duración de la expedición mencionados en su biografía, calcula que Harduh realizo 1500 (primera expedición) y 1725 Kms. (segunda expedición), cálculos que no son fiables al no poder concretar el tiempo de estancia en la tierra de Yam, las dificultades del camino, las paradas intermedias, etc.[81]. Las que sí parecen descartables son las hipótesis de Yoyotte[82] y Goedicke[83] de ubicar Yam en las proximidades de los oasis Kharet y Dakhleh, desierto occidental, ya que no tendría sentido que los egipcios dieran nombres diferentes a una misma región, por lo que una localización más al Sur parece probable, aunque la pretensión de O'Connor[84] de localizarlo al Sur de la 5 catarata es exagerada, al ser una región esporádicamente alcanzada por Egipto, incluso en el período de mayor actividad egipcia en la región, reinado de Tutmosis III.

En el relato de Harduf encontramos que soldados de Yam son enviados a Egipto lo que, además de indicarnos unas buenas relaciones, puede argüir en contra de una lejanía extrema[85]. Otra posibilidad, apenas tenida en cuenta, es que Yam haga referencia a una amplia región situada al Oeste del Nilo. No hay que olvidar que cambios políticos y demográficos se estaban produciendo en el sur, por lo que Egipto hubo de relacionarse con nuevas gentes que, por qué no, recibieran el nombre de Yam, diferenciando ocasionalmente a algunos de los pueblos que habitaban ese país de Yam.

---

[78] Zibelius (1972).

[79] Bakr & Osing (1973), Osing (1976). Del Imperio Medio solamente tenemos la referencia al país de Yam por parte del general Mentuhotep, en el reinado de Sesostris I, donde Yam, y otros pueblos, son representados derrotados. Esta mención debe entenderse como la utilización de un nombre anteriormente conocido por los egipcios y que lo aplican cuando retoman la acción en la región tras el Primer Período Intermedio.

[80] Edel (1955), 65-8.

[81] Por otra parte, tampoco podemos determinar si sus viajes comenzaron en Menfis, en Elefantina o, por el contrario, en la llamada ruta de los Oasis, *cf.*, O'Connor (1986).

[82] Yoyotte (1953).

[83] Goedicke (1981, 1988).

[84] O'Connor (1986).

[85] Dixon (1958).

Lo cierto es que estos primeros pueblos con los que Egipto entra en contacto sí debieron causar sorpresa y encontrarse bastante al sur, al precisar textos como los de Uni, (VI dinastía, reinado de Pepi I), el carácter negroide de sus habitantes:

> ...(ha estado refiriéndose a campañas militares contra diversos pueblos) *entre los negros Irthet, los negros Mazoi, los negros Yam, los negros Wawat, entre los negros Kau y en la tierra de Temeh*[86]

De las escasas referencias al país de Yam, y otros textos relativos a Nubia, podemos observar como las relaciones con el sur fueron cada vez más difíciles, no solo por la progresiva quiebra del Imperio Antiguo egipcio, también por el hecho de que esas unidades políticas iban estructurándose al mismo tiempo que luchaban entre sí por obtener un control sobre el territorio y su comercio y, no hemos de olvidarlo, la inestabilidad de una región es uno de los principales obstáculos en las transacciones comerciales. Así, Harduf ya tiene que viajar con una escolta y en uno de sus viajes tiene que ir a la búsqueda del jefe de Yam que está persiguiendo al líder de Tjemeh al Oeste del Nilo. A medida que avanza la VI dinastía la situación es más inestable y peligrosa para las expediciones comerciales egipcias que, a pesar de todo, siguen requiriendo productos de la región, prueba de la fascinación que estos productos exóticos causaban en la corte.

Del reinado de Pepi II, conservamos parte de la biografía de Sebni, uno de los líderes de expedición, que relata como tuvo que adentrarse hacia el Sur para recoger el cadáver de su padre y poder enterrarle en Egipto, prueba de la inestabilidad política al no poder ser trasladado el cuerpo de Mekhu, su padre, a Egipto cuando este murió. Pero, a pesar de su noble acción y aflicción por la muerte de su padre, los textos de Sebni están centrados en los productos obtenidos durante su expedición:

> *{Entonces yo tomé} un ejército de mi estado y 100 asnos conmigo llevando aceite, miel, ropas y {--} para llevar presentes a estos países {y yo fui a} estos países de negros.* (El resto de la inscripción es muy fragmentario, pero menciona el oro e incienso que trajo con él y que presentó a la corte)[87].

Posteriormente, otro noble, Pepinakht, en su segunda expedición convenció a dos líderes de líderes a visitar la corte y presentar sus tributos al rey, pero éstos eran dos entre muchos líderes. Por todo ello, podemos pensar que Egipto va entrando en relación con otros pueblos pero puede intuirse una política: contactar y viajar hasta el centro de la entidad política que es dominante en el momento, ya que Egipto solamente persigue la obtención de unos productos, no el dominio del territorio. Ello explica los diferentes nombres y pueblos con que son referidas las poblaciones del Sur: Wawat, Irtjet, Setju, etc., pudiendo referirse Yam a una amplia región, siendo identificado como su líder el jefe del pueblo que en ese momento disfrutara del con-

86 ARE I. 311.
87 ARE I. 365-374.

trol sobre la región. En cualquier caso, las relaciones en un primer momento son pacíficas, para ir deteriorándose con el tiempo.

La primera referencia a unos productos exóticos llevados a la corte egipcia la encontramos en la biografía de Harkhuf. Desde mediados de la V dinastía en Egipto existe un mayor interes por los productos que llegaban del sur. En su primera expedición Harkhuf fue acompañado por su padre, Iry, que seguramente le inició en las rutas a seguir para alcanzar el país de Yam, familiarizarse con sus gentes y costumbres, pero de expediciones anteriores a Harduf no tenemos referencias. En su tercera expedición Harhuf regresó con 300 asnos repletos con productos exóticos: incienso, ébano, colmillos de elefante, aceite, pieles de pantera...[88], pero su expedición más fructifera fue la cuarta, de la que regresó con un enano, que causó una gran expectación y excitación en la corte.

Por tanto, productos africanos y exóticos eran conocidos en la corte del Imperio Antiguo, pero en los escasos textos de que disponemos no encontramos ningún intento de intentar describir a esas gentes, sus costumbres y el choque que para Harhuf y sus hombres supondrían los habitantes de Yam, sus costumbres y rasgos étnicos. Lo que subyace de la biografía de Harduf es su alegría por haber traído el enano a la corte[89].

Enanos eran sobradamente conocidos en el país, como lo confirma la famosa estatua del enano Seneb que se construyó una gran tumba en Gizah, sin olvidar que los artesanos encargados de trabajar el metal solían ser enanos. Sin embargo, es significativo que tanto en el caso de Harduf, como en el posterior de Hatshepsut, uno de los motivos centrales de sus expediciones sean los pigmeos, por lo que seguramente estos no eran enanos, sino *dng*, un término egipcio que hacia referencia a poblaciones del Africa central[90].

Los productos obtenidos en Yam no son considerados como tributo, como sucederá con posterioridad al Imperio Antiguo, pudiendo responder el establecimiento de contactos a la necesidad que la corte egipcia tenía de productos exóticos.

Estas expediciones responden a una primera fase de conocimiento de la región y no hay un intento por integrar estas tierras en el orden divino, posiblemente porque en el Imperio Antiguo el rey no necesitaba medida propagandística alguna para justificar su figura y reinado. Así, las narraciones de Harduf dan la impresión de que su único propósito era alcanzar la tierra de Yam, obtener los productos y regresar a la corte, pauta que no pudo ser seguida en el tercer viaje.

En relación con la expedición a Punt de la reina Hatshepsut, es conveniente señalar algunos paralelismos. En primer lugar, existe un rey o líder en la tierra de

88 Pieles de pantera que pasaran a la iconografía de los habitantes de Nubia como su vestimenta diferenciadora, como reflejan las pinturas murales de los nobles tebanos de la XVIII dinastía.

89 Por otra parte, en la figura del pigmeo existe un trasfondo religioso, ya que los enanos estaban altamente considerados en la corte al poder realizar unos saltos acrobáticos que debían ser realizados en honor del dios sol Re.

90 El-Auizy (1985).

Yam y Harduf se hace acompañar por soldados. Ello nos indica que las relaciones no se remontaban en el tiempo y que los egipcios posiblemente entraban en contacto por primera vez con estas poblaciones, sin existir un deseo de conquistar o integrar dichos territorios, algo que hubiera sido imposible con la escasa fuerza armada que acompañó a Harduf o se desplazó a Punt.

Como era de esperar, Harduf dice haber abierto nuevos caminos y adentrarse en tierras donde nunca antes nadie había estado. Estas afirmaciones son extrañas para un noble, pero nos confirma que en el Imperio Antiguo los reyes no tenían necesidad de justificar sus acciones, eran dioses. Finalmente, debemos recoger la hipótesis de Goedicke[91] de que las expediciones de Harduf no deben considerarse comerciales sino políticas. Los cambios políticos en la región y la creciente presión de poblaciones nómadas del desierto occidental, obligaron a los reyes de Egipto a favorecer y establecer relaciones con uno de esos líderes que actuara como tapón ante posibles amenazas. En términos globales esta hipótesis parece descartable, pero lo que sí es cierto es que Egipto preferiría comerciar, negociar y relacionarse con una única entidad o líder político, que a su vez se encargara de reunir lo que Egipto demandaba.

Por otra parte, hay que entender los viajes de Harduf como una verdadera exploración de unos territorios anteriormente desconocidos. Pero este contacto con un pueblo o región de donde podían obtenerse preciosos y exóticos productos, no llevó consigo la aparición de una imagen mítica, fantástica de esos lugares y sus habitantes. Lo único que se recoge son las meritorias acciones del líder de la expedición, y cómo el rey premió a éste por sus esfuerzos. En ningún momento existe una preocupación por conocer y explorar mejor esas tierras.

El país de Irem

Con posterioridad al Imperio Antiguo, apenas aparecen términos o textos que nos revelen una exploración de las tierras al Sur de Elefantina. En el Imperio Medio habrá un deseo de dominar el territorio de la Baja Nubia, evitando en todo momento la integración o convivencia entre la población egipcia y la indígena.

En el Imperio Nuevo aparecen nuevos términos referidos a pueblos y habitantes de Nubia cuyas relaciones con Egipto son variadas. La primera mención importante a uno de estos pueblos se refiere al país de Miu, estela de Emhab en Edfu, cuya importancia es solamente histórica[92], desapareciendo poco después de los textos.

[91] Goedicke (1981), 18-9.

[93] Esta mención, del reinado de Ahmosis, fundador de la XVIII dinastía, nos informa acerca de la política de expansión y control del Sur de Egipto con posterioridad al Segundo Período Intermedio, sin que de ella deban extraerse intereses comerciales o el inicio de expediciones comerciales a la región, *cf.*, O'Connor (1987), 122-4.

El principal topónimo referido a Africa que encontramos a partir de la XVIII dinastía es Irem, país, región o tierra que mantuvo importantes relaciones con Egipto y que posiblemente tuviera las mismas características y connotaciones que el país de Yam en el Imperio Antiguo: la principal entidad política de la región actuando como intermediaria en los contactos y relaciones, no solo comerciales sino también militares, con Egipto.

La mayoría de los especialistas ubican Irem en la Alta Nubia[93], pero una localización más al Sur también es probable, en torno a la 5 catarata. Irem también es mencionado en la expedición de la reina Hatshepsut al país de Punt, lo que ha hecho pensar que Irem y Punt estaban cerca, algo negado por Priese[94] pero que O'Connor[95] defiende, ya que al viajar al país de Punt, los egipcios debían permanecer unos meses a la espera de los vientos para su regreso, internándose tierra adentro hacia el Oeste donde recogieron los tributos de Irem. Esto nos viene a demostrar que Irem no se localiza en la Alta Nubia sino al Sur de la 5 catarata.

Las menciones a Irem y otros topónimos nubios en el Imperio Nuevo, Kush, Ibbet, etc., lo único que reflejan es la actitud dominante del rey egipcio y la consideración como tributo de los productos que allí se obtenían, siendo difícil establecer si un topónimo responde a una entidad política, un nombre étnico o un lugar dentro de un itinerario[96]. No hay una consideración mítica o fabulosa de sus productos, conocidos en Egipto hacía más de un milenio, aunque sí se percibe cierto aprecio por su exotismo. Un ejemplo de la consideración que los egipcios tenían hacia estos territorios, y los productos que de allí obtenían, la encontramos en los anales de Tutmosis III y la presentación de tributos:

> ...oro, 300 deben; 60 negros; el hijo del jefe de Irem ---, total, 64; bueyes 180; {anforas} cargadas con marfil, ébano y todos los productos del país...[97].

Por tanto, y a pesar de que durante el Imperio Nuevo la presencia de Egipto fue más profunda en el Sur de Nubia, llegando hasta la cuarta catarata, con un mayor contacto con poblaciones "extrañas" que teóricamente pudo haber favorecido la mención a unas costumbres insólitas, lo único que encontramos es la consideración de los productos obtenidos como tributos y, eso sí, la representación en las tumbas privadas tebanas de una población negroide, con unas vestimentas, adornos y actitu-

---

93 Trigger (1976), 112; Kemp (1978), 29.

94 Priese (1974).

95 O'Connor (1987), 113-8.

96 Al respecto, los anales de Tutmosis III se han utilizado durante décadas como fuente histórica pero, al igual que los Textos de Execración del Imperio Medio, los nombres de pueblos, ciudades y pequeños asentamientos recogidos en dichos Anales pueden responder únicamente a itinerarios comerciales o de penetración hacia el interior, siendo algunos de los topónimos fantasías o realidades que en modo alguno deben identificarse con lugares y entidades políticas concretas, *cf.*, Redford (1982).

97 ARE II. 494.

des diferentes, pero todo ello enmarcado siempre en el contexto del tributo entregado a Egipto por los pueblos y países ajenos al orden.

Como conclusión podemos señalar que, a pesar de lo que cabía esperar, la imaginación y la literatura egipcia no llegó a desarrollar una visión fabulosa de las tierras ubicadas al Sur de la primera catarata, aun cuando existían algunos elementos para ello: lejanía, diferenciación étnica de sus habitantes y productos africanos dotados de exotismo. Esta ausencia de imaginación se explica por varias razones como hemos visto, pero la principal de ellas puede ser que la realidad geográfica, étnica y comercial de Nubia sería bastante conocida en Egipto debido a un contacto continuado en el tiempo que se remonta al VII o, incluso, VIII milenio B.C. Es decir, no existía el elemento sorpresa necesario para la formulación de concepciones fabulosas. Otra consideración diferente es la actitud despectiva ante las poblaciones del Sur, pero ésta era producto de una ideología.

Finalmente, a lo largo de la civilización Faraónica puede observarse la misma pauta: una entidad étnica, política o cultural es la que actúa como principal intermediaria en los intercambios comerciales. Qustul hasta la I dinastía, Yam durante el Imperio Antiguo e Irem durante el Imperio Nuevo.

El Mar Rojo

El conocimiento y exploración del Mar Rojo, que para los clásicos formara parte del mar Eritreo, ha sido una constante a lo largo de la historia debido a los importantes beneficios económicos que esperaban obtenerse gracias a su navegación. Los Faraones egipcios también emprendieron su exploración, pero ésta estuvo limitada a la costa occidental y siempre en relación con la obtención de productos en el interior de Africa, siendo con el mundo clásico, el fabuloso reino de Saba y la cultura de los Nabateos, cuando esta región comenzó a ser verdaderamente explorada, conocida e integrada en el mundo conocido.

Desde la cultura Badariense, V-VI milenio a.C., Egipto obtuvo productos del Mar Rojo destinados a formar parte del ajuar funerario, prueba que desde un primer momento los habitantes del valle del Nilo sintieron una fascinación y atracción por los productos que allí podían obtenerse[98].

De el Imperio Antiguo apenas disponemos de información sobre la realización de viajes en esta región. Posiblemente ello encuentre su explicación en que durante la práctica totalidad del Imperio Antiguo Egipto accedió directamente a Nubia, sin entidades políticas o culturales que obstaculizaran sus intereses. Será en el Imperio Medio cuando Egipto comience a desarrollar una política de exploración y comercio del Mar Rojo, debido a la existencia en Nubia de entidades políticas que, si bien no constituían un peligro o amenaza para su seguridad, sí podían dificultar el tráfico comercial.

---

98 Reese *et alli* (1986).

Esta primera fase de exploración y conocimiento responde a motivaciones comerciales. Como ya apuntamos, separar Nubia, el Mar Rojo y Punt como entidades geográficas distintas es difícil. La exploración del Mar Rojo se emprende con vistas a acceder a regiones donde obtener unos productos exóticos y, en ningún momento, debe entenderse como algo limitado a la costa, ni siquiera en la expedición de Hatshepsut al país de Punt, ya que la mayoría de los productos o maravillas que buscaban se encuentran en el interior de Africa, por lo que el conocimiento y exploración del Mar Rojo constituyó una vía complementaría a la ruta terrestre que partía de Elefantina hacia el Sur. Por tanto, las exploraciones y contactos que Egipto mantuvo con el Sur no deben entenderse como reflejo de dos rutas e intenciones diferenciadas, aunque ambas regiones recibieran nombres diferentes; el Mar Rojo *Tierra del Dios* o *Punt* y Nubia *Kush, Wawat*, etc.[99]

La investigación sobre Nubia en el Imperio Medio se ha centrado en la construcción y finalidad de las llamadas fortalezas de la Segunda Catarata, erigidas a comienzos de la XII dinastía y que marcan una presencia más hacia el Sur de Egipto que la que había tenido durante el Imperio Antiguo. Esta expansión hacia el Sur es más acorde con la localización geográfica de los recursos mineros existentes en la región, al mismo tiempo que motivada por el agotamiento de los recursos mineros conocidos en el Imperio Antiguo en el Desierto Oriental[100].

A lo largo de toda su historia, Egipto persiguió el control de los recursos y productos del Sur, relacionándose y mezclándose lo mínimo imprescindible con la población indígena. Las poblaciones locales eran las encargadas de explotar y llevar los productos a las fortalezas, siendo estos posteriormente transportados a los talleres egipcios. Las fortalezas nubias del Imperio Medio responden a una constante histórica a la hora de estudiar las relaciones de una entidad superior y otra inferior, centro-periferia: proporcionar un lugar seguro donde realizar las transacciones sin adentrarse en el territorio, respondiendo las expediciones marítimas al Mar Rojo al mismo esquema: lugares desde donde los egipcios pueden obtener los productos que buscaban sin adentrarse en el interior.

Por tanto, la exploración y navegación del Mar Rojo responde a una necesidad de buscar nuevas tierras donde obtener unos productos agotados en los territorios conocidos hasta entonces[101]. En este contexto, no debemos olvidar que en toda cul-

---

99 Como Kuentz (1920) puso de relieve, este término hace referencia a todos los países y tierras localizados al Este de Egipto.

100 Como agotamiento no debemos entender la total desaparición de los recursos, sino que las vetas superficiales se extinguieron y debieron buscarse otras fuentes. No hay que olvidar el celebre pasaje de Diodoro referido al trabajo en las minas egipcias, puesto como ejemplo de lo duro que su explotación, provocado en gran medida porque la civilización Faraónico agoto las vetas superficiales y debió procederse a la explotación subterránea.

101 Ello explica que en cada momento histórico la presencia egipcia en Nubia sea más profunda en la región, ya que motivaciones defensivas, salvo el reino de Kush en el segundo período intermedio, no preocuparon a los egipcios. Incluso el avance de Kush durante el período Hikso responde más a un abandono egipcio de la región que a una expansión política o militar.

tura la exploración o búsqueda de nuevos lugares suele realizarse mediante la navegación, bien de mares, océanos o ríos, debido en parte a los problemas que planteaban las comunicaciones terrestres, no solo por los costes sino también por el peligro que podía entrañar el entrar en contacto con pueblos y regiones desconocidas cuya actitud y receptividad eran una incógnita. Ello va a explicar, como veremos, tanto las navegaciones por el Mar Rojo del Imperio Medio como la expedición al Punt de la reina Hatshepsut, al tener lugar en dos momentos históricos que, debido a diversas circunstancias, obligan a Egipto a buscar bien nuevos productos, aumentar su obtención o explotar aquellos agotados en las regiones conocidas. Una vez explorada la costa y establecidos los primeros contactos, se procederá a la expansión terrestre y la paulatina sustitución de la ruta marítima por otra terrestre.

El Mar Rojo y su exploración en el Imperio Medio

Por lo dicho anteriormente, no sorprende que a comienzos del Imperio Medio encontremos las primeras evidencias de puertos en la costa del Mar Rojo y de navegaciones en el mismo, las primeras menciones a la *tierra del Dios* y a *Punt.*

En una estela encontrada en las cercanías de Wadi Gâsûs, un oficial de Sesostis II, Khnemhotpe señala cómo el Faraón erigió sus monumentos en la región de *Tanetjer*, el termino egipcio de "*Tierra del Dios*", mientras que un capitán del rey Amenenhat II menciona cómo volvió con éxito de una expedición al Punt. Estas menciones no son las únicas ni las más antiguas. Excavaciones llevadas a cabo en la región de Mersa Gawâsîs revelaron la existencia de pequeñas estelas en las que el personaje es representado en la típica actitud de adoración, con el término *Biç-n-Pwnt*, vía-Punt, por lo que Sayed[102] piensa que estas estelas pertenecen a marineros o soldados que, tras regresar de sus expediciones por el Mar Rojo expresaban su agradecimiento a la divinidad por haber vuelto sanos y salvos. En ellas no hay ningún elemento etnográfico o de sorpresa ante las experiencias vividas o los pueblos y lugares visitados, solamente constatamos ese terror que los egipcios sentían por la navegación, y que, por qué no, también puede esconder cierta inseguridad ante lo vivido o visto en dichos viajes.

Por tanto, a comienzos de la XII dinastía existía en la costa del Mar Rojo un puerto desde donde partían las expediciones a Punt, transportándose posteriormente los productos por vía terrestre hasta el valle del Nilo. Una vez explorada la región, comienzan a construirse las fortalezas nubias, desapareciendo las menciones a navegaciones por el Mar Rojo y la actividad del puerto.

Es en esta primera fase de conocimiento y exploración del Mar Rojo donde podemos encontrar el verdadero significado de una composición literaria fabulosa, el *Cuento del Marinero Naúfrago*, prácticamente la única que desarrolló la civilización egipcia.

---

102 Sayed (1977), 150.

El cuento del Marinero Naúfrago

Debido precisamente a ese carácter fabuloso de su narración, este cuento ha sido interpretado de múltiples formas, siendo comparado en ocasiones con Simbad el marino, pero el principal argumento es el de que se trata de un relato religioso[103]. A ello ha contribuido, por un lado el querer interpretar siempre cualquier resto material, epigrafico o artístico de la civilización egipcia desde una perspectiva religiosa y, en segundo lugar, por la mención en el mismo a la *isla del Ka*, llegando a ponerse en relación con la religión de Etiopía[104].

Solamente conservamos una copia del relato, Papiro Leningrado 1115, desconociendo su procedencia exacta. Sin lugar a dudas estamos ante una composición literaria extraña a la civilización egipcia, siendo las más parecidas en contenido, pero con un significado muy diferente, *La historia del pastor* y *Los tres cuentos maravillosos*, conocido este último normalmente como *El Rey Keops y los Magos*[105].

La mayoría de los estudios se han centrado en su traducción y análisis del lenguaje empleado[106] por dos razones. En primer lugar, al tratarse de una obra de comienzos del Imperio Medio, período considerado como el clasicismo egipcio en todos los aspectos y, en segundo lugar, por el hecho de que los términos empleados, la construcción de las frases y su contexto reflejan importantes diferencias con el lenguaje oficial algo que, al igual que la historia de *El Rey Keops y los Magos*, ha hecho pensar que estemos ante unas composiciones concebidas para ser expuestas oralmente, explicando ello la repetición de estrofas y su estilo fácil, tanto en vocabulario como en estructura[107].

Respecto a su datación, la mayoría de los investigadores están de acuerdo en ubicarlo a finales de la XI o comienzos de la XII dinastía período en el que, no debemos olvidarlo, el Mar Rojo comenzaba a ser explorado, y anterior a que Sesostris I y sus sucesores se embarcaran en la construcción de las fortalezas de la Segunda Catarata, aunque recientemente Parkinson[108] ha defendido la segunda mitad de la XII dinastía. Sin embargo, su composición en una fecha u otra no cambia el significado que, en nuestra opinión, tiene el cuento.

Ya hemos señalado que este cuento suele analizarse desde una perspectiva religiosa, la isla del Ka, la ubicación en los confines del mundo, la desaparición de la isla, los meses de estancia y de espera en la misma, el viaje de regreso... son ele-

---

103 Kurth (1987), 173-5 lo relaciona con el curso diario del sol, al igual que Goedicke (1974), mientras Derchain-Urtel (1974) piensa que la serpiente debe identificarse con el creador y la hija de la serpiente mencionada en el texto con Maat.

104 Lanczkowski (1955).

105 Simpsom (1972), Lichtheim (1975).

106 Blackman (1932), 41-8; Kurth (1987); Foster (1988).

107 Sobre la literatura egipcia, su estructura e interpretación, *Cf.*, Loprieno (1988), y sobre el cuento del Marinero Naúfrago, Baines (1990). Loprieno (1991).

108 Parkinson (1991), 115.

mentos que se han relacionado con el viaje diario del sol. Pero, en nuestra opinión, lo relatado en el Cuento puede ser interpretado desde una óptica diferente, en relación con las exploraciones que del Mar Rojo se estaban realizando por entonces, ya que como apuntó Simpsom[109], "*la verdadera importancia del cuento se nos escapa*".

De su lectura pueden deducirse algunos aspectos:

A) El lugar parece resultar desconocido para los egipcios en un primer momento algo que, debido a la fecha de su composición, finales XI-comienzos XII dinastía, resulta lógico.

B) Las riquezas que en esa tierra pueden encontrarse son numerosas, siendo los productos que Egipto buscaba en el exterior. La obtención de los mismos es fácil, al ser estos abundantes y crecer por todos sitios, como prueba la contestación de la serpiente a los productos que el marinero le dice le serán enviados. riqueza de las tierras que es enfatizada por la misma apariencia de la serpiente, oro y lapislázuli.

Igualmente, de la narración se desprende que todos los productos iban dirigidos al rey, por lo que el marinero reconoce su imposibilidad de obtener un beneficio, que solo le puede venir por la recompensa que le pueda dar el rey a su regreso.

C) Los barcos egipcios acceden a esa tierra en una época determinada del año, tardando dos meses en realizar el viaje de vuelta y, consiguientemente, el de ida, debiendo permanecer un tiempo en esa tierra para poder regresar, períodos que encajan con las prácticas de navegación por el Mar Rojo. Es una navegación de cabotaje, ya que la tormenta les sorprende antes de llegar a tierra para pasar la noche.

Según estos elementos, y otros que mencionaremos, todo parece indicarnos que estamos ante un cuento que puede esconder un "manual" de navegación hacia unas tierras lejanas, produciéndose el naufragio por haber emprendido la navegación en un época del año en que ésta resultaba inapropiada, no como los barcos que recogen al marinero, que parten en una época determinada, la indicada, y llegan tras el tiempo establecido de navegación.

No hemos de olvidar que no estamos ante una narración única, sino ante un cuento, dentro de un cuento, narrado por otro cuento. Es decir, tiene todos los elementos para ser considerado como una forma de reunir distintas experiencias o historias que circulaban por Egipto en relación con la navegación por el Mar Rojo y las experiencias acaecidas como consecuencia de las mismas.

Pero dentro del cuento hay otros aspectos a considerar: la serpiente, los límites del mundo conocido y las riquezas que pueden obtenerse.

A) La serpiente. Como señalamos con anterioridad, animales fabulosos aparecen en momentos muy determinados de la historia egipcia, pasando luego a habitar el mundo subterráneo[110].

---

109 Simpsom (1972), 50.

110 Algo que también ha contribuido a la consideración religiosa del cuento.

En primer lugar, la serpiente en ningún momento adopta una actitud agresiva con el náufrago, al contrario, le tranquiliza y le informa, con gran seguridad, del tiempo que ha de pasar en la isla. Igualmente, también debemos señalar que el marinero tampoco adopta una actitud heroica, sino de inseguridad e indefensión cuando aparece la serpiente, actitud lógica ya que el heroísmo era una virtud reservada a los reyes egipcios. Ambas actitudes pueden ponerse en relación con el hecho de que en esas tierras no existen peligros, la obtención de alimentos y agua está garantizada y por tanto no debe existir una actitud de recelo ante la posibilidad de alcanzar dichas tierras.

Al analizar la función y significado de la serpiente en el relato debemos tener en cuenta que su historia es una más dentro de la superposición de historias que forman el cuento. Así, la serpiente narra como ese lugar había sido habitado con anterioridad pero ahora permanece ella sola. Esta soledad de un animal fabuloso en un lugar distante, exótico y rico no debe sorprendernos, ya que será una constante en los relatos del mundo clásico. Su carácter fabuloso es ejemplo de la riqueza del lugar, al mismo tiempo que es el último guardián del lugar, función que sin embargo no es belicosa, al contrario, de bienvenida a los que llegan. La única diferencia que puede establecerse con otros relatos fabulosos del mismo tipo en otras culturas es que la entidad que va a integrar dichas tierras en su orden, en su mundo civilizado, Egipto, no necesita la acción de un héroe o dios. El simple deseo del rey de llegar a esas tierras es suficiente para su integración.

El que sea una serpiente la protectora del lugar puede sorprender en un principio, máxime cuando era una gran serpiente, Apopis, la que todas las noches amenazaba con engullir la barca solar de Re[111]. Sin embargo, no hemos de olvidar que la cobra era uno de los símbolos protectores del Faraón, el *ureus*[112] y, como recientemente ha mostrado Donohue[113], la gran necrópolis real del Imperio Nuevo en Tebas estaba protegida por una gran serpiente esculpida en la roca.

B) Los límites del mundo conocido. Según nuestro planteamiento, esta composición, como posteriormente la expedición de Hatshepsut, se enmarca en un momento histórico de exploración de nuevos lugares. Esta pauta lleva implícita, lógicamente, la extensión de los límites terrestres conocidos. Es en este contexto en el que algunas connotaciones religiosas pueden encontrar explicación, ya que esos límites son siempre el lugar donde habitan y se confunden lo conocido con lo desconocido, lo real con lo imaginario.

El que esa tierra o isla a la que llega el naúfrago marcaba la frontera de lo hasta entonces conocido queda plasmado en la frase de la serpiente, "*...esta isla desaparecerá...*", simbolizando con ello que esos lugares pasaban ya a formar parte de lo conocido, explorado o explotado, por lo que ella ha de ir a habitar otros lugares, razón por la que el marinero no volverá a verla.

---

111 Otro aspecto que ha servido para primar la interpretación religiosa del relato.

112 Johson (1991).

113 Donohue (1992).

C) Una tierra de riquezas. Siempre que una cultura emprende la exploración de nuevos lugares es porque sabe que allí existen los productos que demanda. En el caso de Egipto y Asia, existe un límite del mundo, pero en el fondo los egipcios sabían que más allá existían reinos y ciudades, como por ejemplo los mismos Hititas, por lo que esas menciones son ideológicas y propagandísticas. En el caso del Mar Rojo la situación es distinta; no se sabe realmente lo que hay más allá de lo conocido, se sospecha que existen las mismas riquezas que en las áreas anteriormente explotadas e integradas en el orden. Es por ello que las acciones de Egipto en la región sí van a tener un verdadero carácter integrador, no como en Asia donde es mera propaganda política. Es por ello, y por la regla de que toda tierra lejana, localizada en torno a una isla, que el lugar adopta una naturaleza exótica, de riqueza y abundancia.

Igualmente, debemos tener en cuenta que la serpiente se denomina como reina de Punt, lugar con el que Egipto se reconocía a unas regiones donde diversos productos exóticos crecían y eran abundantes, siendo ello una prueba más de que el término Punt no es un lugar concreto, sino una referencia a unas tierras localizadas al Sureste de Egipto y cuyo límite iba trasladándose a medida que el conocimiento y presencia egipcia en la región aumentaba.

Finalmente, podemos señalar que este cuento, como la posterior expedición al Punt de Hathepsut, son las dos únicas composiciones verdaderamente fabulosas que la larga tradición egipcia creó, lo que no debe sorprendernos al ser el Mar Rojo el único lugar donde realmente Egipto pudo desarrollar una labor de exploración e integración de unas tierras en su orden.

Como conclusión podemos señalar que la exploración del Mar Rojo durante el Imperio Medio fue motivada como respuesta a unas necesidades de obtener productos exóticos en unas tierras nuevas, ubicadas más al Sur que el límite establecido durante el Imperio Antiguo. Lo realmente interesante es constatar como en un momento histórico en el que Egipto necesita emprender el conocimiento de una nueva región, y hacerlo por sus propios medios, surge una composición como la del Marinero Naufrago, del mismo tipo que los relieves y textos de la posterior expedición de Hatshepsut.

Ese afán explorador queda de manifiesto además en el papel que, a partir de la XII dinastía, adquiere Hathor como diosa relacionada con el comercio exterior. Así, el nombre Sesostris de los reyes de la XII dinastía significa "*hijo de Wosret*", una forma tebana de Hathor, por lo que estrecha relación entre los reyes y la diosa puede ser el resultado de las exploraciones e intereses exteriores que Egipto tenía durante la XII dinastía.

Finalmente, hemos de recordar que la actividad en el puerto del Mar Rojo finaliza con Sesostris III, es decir, justo hasta el momento en que las primeras fortalezas nubias de la segunda catarata comienzan a funcionar, supliendo así la función que hasta entonces pudieron tener las expediciones marítimas del Mar Rojo que no nos proporcionan una descripción de pueblos o habitantes, sino solamente de las rique-

zas del lugar, algo equiparable a los mitos y primeros viajes recogidos en la literatura clásica respecto a Tartessos.

El país de Punt

El país de Punt es el ejemplo más claro de tierra fabulosa que podemos encontrar en la civilización egipcia. Destino de la famosa expedición de la reina Hatshepsut (XVIII dinastía), el carácter fabuloso de esta tierra se ha visto acrecentado por el hecho de que fuera una reina quien mandara realizar la expedición, prueba para muchos del pacifismo que caracterizó su reinado respecto a los de los demás faraones de la XVIII dinastía[114], todos ellos guerreros y símbolos de atletas[115].

En los textos el país de Punt también puede ser denominado *Tanetjer* (*la tierra del Dios*), también utilizado, como hemos visto, para referirse al Mar Rojo o las tierras situadas al Este del Nilo, mientras que en el mundo clásico fue conocido como *Opone*[116].

Durante muchos años se ha considerado que la expedición de Hatshepsut significó el primer contacto importante que Egipto estableció con Punt. Ello se ha debido en gran medida al deseo de la historiografía, no solo egipcia sino también clásica, de delimitar y fijar de una forma clara todas y cada una de las menciones a lugares míticos o fabulosos mencionados en los textos, originándose arduos y bizantinos debates, alejando a la investigación de la verdadera intencionalidad y significado de estas tierras y sus nombres.

En primer lugar, Egipto estableció contactos con una tierra denominada Punt desde el Imperio Antiguo (expedición de Harduf), disponiendo por tanto de referencias que ayudan a entender el verdadero significado de la expedición de Hatshepsut, así como los fines y política que Egipto tuvo hacia estas lejanas tierras denominadas genéricamente Punt.

Un segundo factor que ha influído en la interpretación de esta expedición, y de los relieves conmemorativos, son las "cambios" artísticos que en la representación de dicha expedición pueden observarse en relación con el canónico y rígido arte egipcio. Es por ello que la investigación, ávida de novedades y aspectos diferenciales, ha tomado los relieves de dicha expedición y al arte amarniense como bandera de unas épocas ajenas a la tradición, bien por ser una reina la que gobernaba en el país o por querer introducir una nueva religión, visiones que están muy lejos de la realidad.

---

114 Ratie (1979), Martinez (1993).

115 El Habaschi (1992). Nuestro conocimiento y valoración sobre el Imperio Nuevo egipcio es muy diferente al que se ha venido defendiendo hasta hace pocos años. Sea suficiente señalar que hasta el reinado de Hatshepsut ningún reinado puede calificarse de militarista, y que la actitud de Faraones como Tutmosis III o Rameses II respondió a factores diversos y concretos.

116 Sobre la etimología de la denominación Punt, *cf.*, Vycichl (1970) y Herzog (1968), 22.

Lo que sí es cierto es que reuniendo los textos y relieves que Hatshepsut mandó realizar en el templo de Deir el-Bahari, de los mismos se desprenden algunos elementos característicos de unas tierras míticas: el país de Punt está lejos, su acceso debe realizarse por mar y en una época determinada del año, se ha de permanecer en él varios meses antes de emprender el regreso a Egipto, sus productos son considerados por los propios egipcios como "*maravillas*" y la forma de representar a sus habitantes y líderes parece reflejar la sorpresa que causo a los egipcios entrar en contacto con el país de Punt. Sin embargo, y como ya señaló Säve-Söderbergh[117], la información que sobre el país de Punt tenemos es más abundante en el pretendido reinado militarista de Tutmosis III que en el "pacífico" de Hatshepsut.

Los relieves y textos del templo de Deir el-Bahari, publicados por vez primera por Dümichen[118] y posteriormente por Naville[119], despertaron desde su publicación el interés y la sorpresa de los investigadores, que pronto formularon diferentes hipótesis en relación a la localización, características y consideración del país de Punt, así como el medio por el que los egipcios accedieron a él. A pesar de todo, nuestra información sobre esta tierra lejana, rica y exótica es escasa[120].

Referencias a Punt anteriores a Hatshepsut

Aparte de la mención a las riquezas de Punt realizada en la biografía de Harduf, otras son también conocidas en el Imperio Antiguo:

1. Piedra de Palermo, año 13 de Sahure, V dinastía: *Punt, 80.000 medidas de mirra, {6000} de electrum, 2600...* [121].
2. Biografía de Pepi-Nakht, funcionario de Pepi II, VI dinastía: *La Majestad de mi Señor me envió al país de los Asiáticos para traerle al comandante de marineros, el conductor de caravanas, Enenkhet, que estaba construyendo un barco para Punt cuando los Asiáticos pertenecientes a los habitantes de la arena le mataron...*[122].
3. Tumba de Khui, también del reinado de Pepi II: *Yo fui con mi señor {referencia a Kush}...a Punt 11 veces. Yo volví indemne tras haber visitado estos países.*

---

117 Säve-Söderbergh (1946).

118 Dümichen (1868).

119 Naville (1898).

120 Herzog (1968). Aunque se trate de un libro relativamente antiguo, ninguna otra obra de conjunto ha sido emprendida desde entonces, encontrándose en él todas las referencias históricas al país de Punt y un análisis detallado de las mismas, habiéndose centrado la mayoría de las investigaciones posteriores en apoyar o no las interpretaciones de Herzog.

121 ARE I. 161.

122 ARE I 360.

De estas referencias se desprende que Punt ya era considerado un país, o región, donde exóticos productos que dedicar a los templos podían ser obtenidos, al mismo tiempo que a finales del Imperio Antiguo no era un lugar seguro, lo que hay que poner en relación con la evolución política de Nubia mencionada al referirnos al país de Yam.

Las menciones más interesantes son las dos últimas. La segunda hace mención a un barco destinado a ir a Punt, siendo ésta la primera referencia sobre un acceso por mar, al mismo tiempo que se mencionan a los habitantes de la arena, que no son los habitantes de Punt, sino poblaciones del Desierto oriental. Esta referencia posiblemente anticipa la pauta seguida en el Imperio Medio y analizada al estudiar el Mar Rojo; el acceso a Punt podía realizarse tanto por mar como por tierra, eligiéndose una u otra según las circunstancias. La aparición del Grupo C en Nubia en la VI dinastía dificultaría las comunicaciones y expediciones al Sur, pudiendo ser la referencia a una navegación el primer intento por buscar una ruta alternativa a la terrestre que estaría llena de peligros, como recoge la última inscripción o los episodios mencionados de Sebni y cómo tuvo que volver a recoger el cadáver de su padre. Pero, por desgracia, en los textos dichos peligros no son encarnados por una raza étnica o unas gentes feroces, como así podría haber sido realizado.

En definitiva, Punt era una región conocida en el Imperio Antiguo, donde podía obtenerse mirra y electrum, y posiblemente otros productos africanos, cuyo acceso podía realizarse por mar y tierra, en opinión de Herzog posiblemente una ruta terrestre que unía el Alto Nilo con Punt[123].

En el Imperio Medio las menciones a Punt adquieren un semblante diferente, al aparecer los productos o tributos que Egipto obtiene en Punt como consecuencia de su dominio y comercio con Nubia, una prueba más de que Punt hacía referencia a una extensa región que abarcaba desde la costa del Mar Rojo hasta el curso del Nilo.

Productos del país de Punt

Como país lejano y mítico, Punt disponía de unos productos exóticos y abundantes de los que carecía el valle del Nilo, en especial el incienso y la mirra, siendo sus productos denominados "*las maravillas de Punt*", reflejo de la impresión que causaban a los egipcios. No hemos de olvidar que la costa de la Península Arábiga, y el Mar Rojo en general, fueron sinónimos en la Antigüedad de lugares donde podían obtenerse diversos y variados productos, como refleja el mismo relato bíblico relativo a la visita que la reina de Sabá hizo a Salomón[124].

El exotismo y valoración de sus productos es tal que no debe sorprender que aparezcan incluso en el Libro de los Muertos: *Recubri tu cuerpo, las uñas de tus*

123 Herzog (1968).

124 Reyes I.10; Cr. II. 9,1-12.

dedos, las extremedidas de tus miembros. Fuiste impregnado con pérfume del Punt[125], mientras que Egipto, como lugar central y civilizado, ofrecía productos de un ínfimo valor a juzgar por los textos de la expedición de Hatshepsut: anillos de metal, una espada y collares de cuentas. No hemos de olvidar que según la mentalidad egipcia los habitantes de Punt habían sido bendecidos por el hecho de que extendieran su presencia hasta esas lejanas tierras.

Aparte de los perfumes y plantas aromáticas, de los relieves de Hatshepsut también se desprende que Egipto obtenía animales, no solo jirafas, sino también ganado con pequeños cuernos, animales que no habitaban en la costa sino en el interior de Africa, siendo característicos del país de Irem[126], lo que no viene sino a confirmar la identificación de Punt con la costa del Mar Rojo y la región oriental de Africa.

La consideración de sus productos es confirmada por su mención en el Festival de Min[127], así como las menciones a los olores de Amón, similares a los de Punt, en el mito del Divino nacimiento del Faraón[128].

Localización y acceso

El carácter africano de muchos de los productos obtenidos en Punt ha servido de argumento para su localización en la costa africana, concretamente en Somalia, pero referencias a los perfumes y plantas aromáticas han hecho pensar también en que Punt puede hacer referencia también a la Península Arabiga, posiblemente por influencia del relato de la reina de Sabá y la localización de la bíblica Ophir. Sin embargo, *"la combinación de plantas, animales, productos naturales y gentes hablan claramente de una localización en Africa y excluyen Arabia"*[129], mientras que Herzog señaló que Punt debe localizarse en el Nilo Azul o blanco, o incluso en el rio Atbara[130].

Respecto a su acceso, Herzog arguyó contra un acceso por el Mar Rojo y defiende una ruta por el Nilo, basándose principalmente en la total ausencia de información sobre la existencia de puertos en el Mar Rojo, por lo menos hasta época tolemaica[131], premisa que la investigación posterior ha mostrado errónea, además de que una lectura de los textos muestra la existencia de una ruta terrestre que iba hasta Koptos y de allí hacia el Sur navegando el Mar Rojo. Lo cierto es que reuniendo toda la información, ambas rutas son posibles y coherentes con lo que los egipcios entendían como Punt.

---

125 Capítulo 167.
126 O'Connor (1987).
127 Gauthier (1931).
128 Brunner (1964).
129 Kitchen (1971), 185.
130 Herzog (1968).
131 Herzog (1968), 55-83.

Así, ya hemos visto al referirnos al país de Irem, como algunos de los animales representados en Deir el-Bahari son propios de Irem[132]. Pero, el acceso terrestre al Punt y sus productos viene confirmado por las escenas conservadas en algunas tumbas privadas de altos funcionarios egipcios en Nubia, donde constatamos como se está procediendo también a trasplantar árboles similares a los que la expedición de Hatshepsut llevó de regreso[133]. Si estos árboles solamente podían obtenerse en la costa, su representación en dichas tumbas es ilógica, por lo que parece lógico que podían también ser obtenidos en el interior de Africa, bien desde las rutas terrestres que partían de la Alta Nubia o durante los meses en que los miembros de las expediciones marinas debían permanecer en tierra a la espera de los vientos que les permitieran regresar a Egipto. Así, la mención del oráculo a que guiara la expedición por tierra y mar, puede confirmar lo dicho, aunque posiblemente la mención a una ruta terrestre haga más referencia a la utilizada entre el Mar Rojo y Koptos, ya en Egipto.

Ya hemos visto como la primera mención importante a Punt, biografía de Harduf, confirma que las riquezas de esta tierra podían obtenerse tanto por vía terrestre como marítima. La siguiente mención al Punt la encontramos excavada en la roca en el Wadi Hammamat, la ruta comercial que unía a Egipto con el Mar Rojo. Esa inscripción pertenece al *Gran Inspector*, y *tesorero* de la corte de Montuhotep, Henuy[134], y en ella dice haber recogido todos los productos que encontró en la costa así como bloques de piedra para la realización de estatuas. Aparte del problema de determinar si en realidad la expedición de Henu fue solamente a la costa del Mar Rojo, en su inscripción encontramos la referencia a 3.000 hombres participando en la expedición llevando consigo todo lo necesario para la construcción de los barcos con los que realizar el viaje, así como la construcción de 11 depósitos de agua, cifras que no concuerdan con una expedición realizada a un país lejano y exótico, sino a una región que, más o menos conocida por los egipcios, había tenido ya relaciones con el valle del Nilo y cuyos recursos habían sido explotados con anterioridad, lo que no concuerda con Punt. Más parece que la expedición de Henu iba destinada a poner bajo la órbita egipcia una región para su explotación futura, poniendo las bases para facilitar el desplazamiento a la misma.

En ningún texto encontramos una referencia relativa a la duración del viaje o a la localización exacta de Punt. El único dato es el expresado por la serpiente en el Cuento del Marinero Naúfrago, dos meses de navegación, dato confirmado más tarde por Heródoto (II.8): *En ese punto se interrumpe la cordillera que tuerce en la dirección que he dicho; y, según tengo entendido, allí donde alcanza su mayor extensión, supone dos meses de camino de levante a poniente, siendo sus confines, por levante, los países productores de incienso...*[135].

---

[132] O'Connor (1987), 917.

[133] Säve-Söderbergh (1960, 1963).

[134] Couyat & Montet (1912-13), nº. 114, 81-84.

[135] Heródoto libro I-II. Traducción C. Schrader.

Pero esos dos meses de navegación, o camino, no implican una misma distancia, ya que las técnicas de navegación egipcias fueron sustancialmente mejoradas con la presencia griega, acortándose la duración de los viajes.

Un problema es determinar en qué época del año podía realizarse la navegación al país de Punt, y que según Plinio[136] serían los meses de Julio y Septiembre, dato que concuerda con las corrientes existentes en el Mar Rojo y los vientos de la región[137], llegándose en unas fechas coincidentes con el mercado de la mirra, principal producto que Egipto buscaba en Punt.

Lo cierto es que Punt no parece hacer referencia a un lugar concreto sino, seguramente, a una región, más o menos extensa, cuyos límites iban desplazándose hacia el Sur a medida que aumentaba la presencia y conocimiento de la costa del Mar Rojo. Así, las especies acuáticas representadas en los relieves de Hatshepsut no responden a una región concreta, sino a todo el Mar Rojo[138] y el que estén representados hipopótamos, jirafas y otros animales confirma que, además de ser un lugar costero, tenía ramificaciones interiores.

En cualquier caso, y al igual que sucede con toda expedición en busca de productos maravillosos en una tierra extraña, Egipto buscaría un lugar donde poder permanecer durante unos meses sin peligro, por lo que las islas situadas frente a la costa del Mar Rojo, el archipiélago de Dahlak, pueden responder a esa intencionalidad, además de que la principal de esas islas, Dahlak Kebir es la única donde es posible obtener agua potable. Ello explicaría el carácter marítimo de la expedición, las especies marinas representadas y el que soldados formaran parte de la expedición, con vistas a una penetración hacia el interior de la costa y obtener los productos. Es decir, el esquema de un lugar donde estarían garantizadas las necesidades de la expedición, la seguridad y el acceso a los productos del interior, como en la colonización fenicia. Por otra parte, no hemos de olvidar que éste fue el esquema seguido por Egipto en el Imperio Medio cuando comenzó una verdadera explotación y colonización de Nubia, centros seguros defensivamente, donde además se almacenaban los productos agrícolas destinados a la alimentación, y otros más avanzados y pequeños encargados de las negociaciones con la población indígena.

Por todo ello, Panis, la isla que en época tolemaica constituyó la base del comercio con el Sur, pudo ser la isla a donde llegaban las embarcaciones egipcias, al mismo tiempo que Punt podría equipararse al reino Axumita de época helenística.

Punt, ¿tierra maravillosa?

La consideración de Punt como una tierra fabulosa tiene su origen, básicamente, en los relieves de la expedición de Hatshesut y en la consideración pacífica de su

---

136 Nat. His. VI, 26.104.

137 Kitchen (1971); Bradbury (1988), fig. 1.

138 Danelius & Steinitz (1967).

reinado. Sus productos, calificados de "maravillas", en verdad eran exóticos, radicando su importancia y valoración en su abundancia. Pero, dejando a un lado la visión "racional" e histórica, lo cierto es que algunos elementos que aparecen permiten pensar en una consideración fabulosa.

En primer lugar su olor, la fragancia del lugar. Esta es una característica presente en toda tierra mítica o fabulosa; sus productos, desconocidos, desprenden una atmósfera que no tiene más explicación que el exotismo y riqueza del lugar. Ejemplos de ello en el mundo clásico son abundantes, apareciendo en el carácter mismo del paraíso bíblico. Las fragancias de estos lugares no son sino signo de fertilidad, de una tierra ideal, bendecida por los dioses y donde pueden obtenerse los perfumes y plantas aromáticas destinadas a la divinidad[139].

Por ello, la Península Arabiga ha disfrutado a lo largo de la historia de una consideración fabulosa, de donde procedían y podían obtenerse perfumes y aromas escasos y exóticos en otros lugares y tierras, constituyendo, junto a la India, la tierra aromática por excelencia.

En segundo lugar su lejanía. No es la tierra de Punt que ya era conocida gracias a las exploraciones del Imperio Medio, el Punt de Hatshepsut y de sus sucesores estaba más distante, había que conocerlo e integrarlo en el orden, función como veremos reservada a los faraones, dioses en el mundo clásico, resaltando así la consideración, energía y valor de las expediciones que se realizaban.

Esa lejanía e integración en el orden explica la representación de la reina de Punt y sus habitantes. Aparte de que según la concepción egipcia ese lugar distante y exótico en productos había sido creado para que a Egipto llegaran los mismos, sus habitantes y gobernantes necesitan la integración, siendo por ello que una delegación de "puntitas" viaja a Egipto para presentar sus productos y ponerlos a disposición del rey, lo mismo que sucedió con los viajes de Colón.

Es por todo ello que en muchos aspectos, conceptos o valoraciones del Punt como tierra fabulosa se explican por el contenido ideológico que subyace.

Ideología del país de Punt

Aparte del exotismo de sus relieves, las escenas representadas en Deir el-Bahari no deben entenderse en términos comerciales, sino ideológicos: Egipto integró al Punt en el orden, la presencia de un pequeño "ejército" en la expedición sirve para fijar las nuevas fronteras del orden egipcio. Lógicamente, un aspecto es el contenido ideológico y otro la realidad, ya que las negociaciones llevadas a cabo en el lugar, y reflejadas en los relieves, no es la práctica de una entidad política que toma pose-

139 No hemos de olvidar que, en toda cultura o civilización, uno de los signos que delata la presencia de la divinidad es la fragancia que desprende la misma, bien en su morada terrestre, el templo, o cuando sale de la misma con motivo de una procesión.

sión de otra[140]. La pared Sur refleja como se realizaba el intercambio, mientras que las paredes Oeste y Norte como se presenta a la sociedad egipcia.

Este contexto ideológico explica que los productos de Punt sean presentados como tributo, *inw*, y que los líderes de Punt se dirijan al mensajero implica sumisión[141], algo implícito en el hecho mismo de que los regalos que llevan los egipcios no sean dejados a los líderes o población de Punt, sino a Hathor.

Pero el contenido ideológico del Punt queda plasmado en la ubicación misma de los relieves y su relación con el resto de escenas presentes en el templo de Deir el-Bahari que, en líneas generales es la afirmación de que las acciones de Hatshepsut están dentro del *orden cósmico* o *divino*.

— Las escenas de la expedición al Punt están ubicadas en una posición central en el templo.

— Están precedidas, en la primera columnata, por las escena en la que Hatshepsut consagra el obelisco a Amon con ocasión de su Festival Sed[142]. En la misma columnata se representan unas escenas de caza, que desde antes de la I dinastía simbolizan la protección de Egipto ante las fuerzas del caos que le rodeaban[143].

— Las escenas del Punt están situadas justo enfrente de las escenas que representan la teogamia, o nacimiento divino de Hatshepsut.

Por todo ello, la expedición al Punt fue considerada algo excepcional y no realizada con anterioridad. Sin embargo lo que las escenas están reflejando no es un país o región en concreto, sino una clase de país que reúne todas las características para ser calificado de mítico o fantástico[144], ya que todas las escenas están dirigidas a resaltar el exotismo del país[145].

Por último, la acción de llevar árboles del Punt para ser trasplantados en el templo de Amón, no viene sino a simbolizar la integración de esa tierra en el orden, tal y como ya analizamos con anterioridad.

Por tanto, Hatshepsut emprendió la expedición comercial como respuesta a una necesidad que iba en aumento: productos que poner en circulación en un mundo que iba extendiendo sus fronteras y donde los intercambios comerciales iban en aumento, al mismo tiempo que debido a las características que adoptó la realeza egipcia durante el Imperio Nuevo, todo rey tenía que emprender una acción diferente a los anteriores, que marcara su reinado y justificara su gobierno. Con posterioridad a Hatshepsut, el país de Punt fue integrado en la dinámica que caracterizó las relaciones de Egipto con sus vecinos, pasando a engrosar las tierras que entregaban tributo a Egipto, algo lógico si tenemos en cuenta lo expresado con anterioridad: las expe-

---

143 Liverani (1990), 242.

141 Sobre el papel y significado de estos mensajeros, *cf.*, Valloggia (1976).

142 Festival del que hay que recordar su simbolismo político, más que religioso, dentro de la sociedad egipcia.

143 Baines (1993).

144 Pirelli (1993), 386.

145 Posener (1973).

diciones comerciales, de exploración y contacto con el Mar Rojo responden a momentos históricos determinados, con posterioridad se pasa a la explotación de las tierras y sus productos, como reflejan las numerosas escenas presentes en tumbas privadas del reinado de Tutmosis III, y sus sucesores, donde estos productos son presentados como tributo:

> Recibiendo el tributo de las Tierras del sur, junto con el tributo de Punt, el tributo de Retenu, el tributo de Keftiu junto con el botín de todas las tierras extranjeras, traidos por el poder de su Majestad, el Rey del alto y el Bajo Egipto Tutmosis III [146].

Conclusión

Mientras que otras culturas nos han dejado relatos de viajeros y exploradores, la civilización egipcia carece de ellos en gran medida. Como hemos ido viendo, todas las empresas son emprendidas desde la corte y los productos son presentados al Faraón, que los utiliza para realizar las ofrendas a sus hermanos los dioses o para su uso personal. Sin embargo, ello no debe esconder la existencia de viajeros que entraban en contacto con otras tierras y gentes que, lógicamente, les causarian sorpresa, temor y fascinación, pero estaban al servicio de una empresa estatal, por lo que el componente de individualidad necesario para la formulación de leyendas y visiones fantasticas era inexistente.

Un aspecto a considerar es que, a diferencia de lo que suele pensarse, nuestro conocimiento sobre la civilización egipcia es escaso. Hasta nosotros han llegado las grandes edificaciones en piedra, informándonos sobre la religión egipcia, pero carecemos de archivos o textos que nos informen sobre la cotidaneidad. Así, hemos visto como el primer personaje del que tenemos referencias sobre sus experiencias en otras tierras es Harduf, pero el mismo, en su texto, nos da a entender que el viajar a otras tierras era algo normal, existiendo funcionarios cuya finalidad era dirigir expediciones para la obtención de productos exóticos:

> "My majestad me concedio grandes cosas, mas que al portador del sello del Dios Bawerded en tiempos del rey Izezi".

146 Davies (1908), 94, láminas XVII-XXIII.

BIBLIOGRAFIA

ADAMS, W. (1977), *Nubia. Corridor to Africa*, Londres.

AERTS, E. & KLENGEL, H. (Eds.) (1990), *The Town as regional Economic centre in the Ancient Near East*, Leuven.

ALLEN, J. (1988), *Genesis in Egypt*, Yale Egyptological Studies 2.

BAINES, J. (1985), "Color terminology and color classification. Ancient Egyptian color terminology and polychromy", *American Anthropologist* 87, 282-97.

— (1990), "Interpreting the Story of the Shipwrecked Sailor", *JEA* 76, 55-72.

— (1991), "Egyptian myth and discourse. Myth, gods and the early written and iconographic record", *JNES* 50, 81-105.

— (1993), "Symbolic Roles of Canine Figures on Early Monuments", *Archéo-Nil* 3, 57-74.

BAINES, J. & EYRE, C. (1989), "Interactions between Orality and Literacy in Ancient Egypt", *Literacy and Society*, Copenagüe, 91-120.

BARK, A. & OSING, J. (1973), "Ächtungstexte aus dem Alten Reich", *MDAIK* 29, 98-133.

BEAUX, N. (1990), *Le Cabinet de Curiosités de Thoutmosis III*, Leiden.

BIETAK, M. (1979), "Urban Archaeology and the Town problem in Ancient Egypt", *Egyptology and the Social Science*, K. Weeks (Ed.), El Cairo 97-144.

BLACKMAN, A. (1932), *Middle Egyptian Stories*, Bruxelas.

BOGOSLOVSKY, E. (1980), "Hundred Egyptian Draughtsmen", *ZAS* 167, 89-116.

BRADBURY, L. (1988), "Reflections on traveling to god's land and Punt in the Middle Kingdom", *JARCE* 25, 127-56.

BRESCIANI, E. (1969), *Letteratura e poesia nell'antico Egitto*, Turín.

BRUNNER, H. (1964), *Die Geburt des Gottkönigs*, Wiesbaden.

COURROYER, B. (1971), "La Terre du Dieu", *Revue Biblique* 59-70.

— (1973), *Revue Biblique*, 53-74.

COUYAT, J. & MONTET, P. (1912-3), *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du Ouâdi Hammâmât*, El Cairo.

COZZOLINO, C. (1993), "The land of PWNT", *Atti VI Congresso Internazionale di Egittologia*, Vol. II, 391-98.

DANELIUS, E. & STEINITZ, H. (1967) "The fishes and other aquatic animals on the Punt-reliefs at Deir el Bahari", *JEA* 53, 15-24.

DAVIES, N. DE G. (1908), *Rekh.mi-Re", Londres.*

— (1936), "Egyptian expedition 1934-35", *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art. Supplemet*, Nueva York.

DIXON, D. (1958), "The land of Yam", *JEA* 44, 40-55.

— (1965), "The trasplantation of Punt incense trees in Egypt", *JEA* 55,

DONOHUE, V. (1992), "The Goddess of the Theban Mountain", *Antiquity* 66, 871-85.
DUMICHEN, J. (1868), *Die Flotte einer ägyptischen Köniin aus dem XVII Jahrhundert vor unserer zeitrechnung*, Leipzig.
DUNAND, F. (1989), "Representations de l'espace en Egypte tardive", *Dialogues d'Histoire Ancienne* 15, 141-74.
EDEL, E. (1955), "Inschriften des Alten Reiches V. Die Reiseberichte des Hrw-Hwjf (Herchuf)", *Ägyptologische Studien*, O. Firchow (Ed.), Berlín 51.75.
EL-AVIZY, O. (1987), "Dwarfs and Pygmies in Ancient Egypt", *ASAE* 71, 53-60.
EL HABASCHI, Z. (1992), *Tutankhamun and the Sporting traditions*, Nueva York.
EYRE, J. (1993), "Why was Egyptian literature", *Atti VI Congresso Internazionale di Egittologia*, Turín, Vol. II 115-20.
FATTOVICH, R. (1993), "Punt: the archaeological perspective", *Atti VI Congresso Internazionale di Egittologia*, Turín, Vol. II, 399-406.
FINNESTAD, R. (1985), *Image of the World and symbol of the Creator*, Wiesbadem.
FOSTER, J. (1974), *Love songs of the New Kingdom*, Austin.
— (1988), "The Shipwrecked Sailor. Prose or verse?", *SAK* 15. 69-109.
FRANDSEN, P. (1989), "Trade and Cult", *The Religion of the Ancient Egyptians. Cognitive structures and popular expressions*, Acta Universitatis Upsaliensis 95-108.
GABALLA, G. (1976), *Narrative in Egyptian art*, Mainz.
GAMMIE, J. & PERDUE, L. -eds- (1990), *The Sage in Israel and the Ancient Near East*, Eisembraus.
GARCIA MORENO, L. (1987), "Presupuestos ideologicos de la actuación de Roma durante el proceso de conquista de Hispania", *Gerión* 5, 211-43.
GARDINER, A. (1952), *Inscriptions of Sinai*, Londres.
GAUTHIER, H. (1931), *Les fétes du dieu Min*, Cairo.
GOEDICKE, H. (1974), *Die Geschichte des Schiffbrüchigen*, Wiesbaden.
— (1981), "Herkhuf's travels", *JNES* 40, 1-20.
— (1988), "Yam-Meroe", *GM* 101, 35-42.
GRIFFITHS, G. (1970), *The origins of Osiris and his cult*, Londres.
HARTOG, F. (1980), *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París.
HELCK, W. (1977), *Die Lehre für König Merikaré*, Wiesbaden.
HEPPER, F. (1969), "Arabian and african frankincense trees", *JEA* 55, 66-72.
HERZOG, R. (1968), *Punt*, Glückstadt.
HORNUNG, E. (1980), "Von zweierlei Grenzen im altem Ägypten", *Eranos-Jahrbuch* 49, 393-427.
JANSSEN, J. (1975), *Commodity Prices from the Ramessid Period*, Leiden.
JOHNSON, S. (1990), *The cobra goddess of Ancient Egypt*, Londres.
KEMP, B. (1978), "Imperialism and Empire in New Kingdom Egypt", *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge 7-57.
— (1989), *Ancient Egypt: anatomy of a civilization*, Londres.
KITCHEN, K.- "Punt and how to get there", *Orientalia* 40, 1971.
KUENTZ, ch. (1920), "Autour d'une conception égyptienne méconnue: l'Akhit ou soi-disant horizon", *BIFAO* 17, 121-90.
KURTH, D. (1987), "Zur Interpretation der Geschichte des Schiffbrüchigen", *SAK* 14, 167-79.
LANCZKOWSKI, G. (1955), "Parallelmotive zu einer altägyptischen Erzählung", *ZDM* 105, 239-60.

LICHTHEIM, M. (1975-78), *Ancient Egyptian Literature,* Los Angeles.

LIVERANI, M. (1972), "Elementi irrazionali nel commercio armaniano", *Oriens Antiquus* 11, 297-317.

— (1990), *Prestige and Interest*, Padova.

LOPRIENO, A. (1988), *Topos und Mimesis*, Wiesbaden.

— (1991), "The Sign of Literature in the Shipwrecked Sailor", *Religion und Philosophie im alten Ägypten*, OLA 39, 209-17.

MARTINEZ, P. (1993), "Une expédition pacifique au lointan pays de Pount", *Les Dossiers d'Archaeologie* 187, 84-93.

MATTHIAE, S. (1994), "Ebla et Ëgypte", *Aegyptiaca Complutensia*, vol. III.

MOENS, M. (1985), "The Ancient Egyptian Garden in the New Kingdom", *Orientalia Lovaniensia Periodica* 15, 11-53.

MONTET, P. (1928), *Byblos et l'Egypte*, París.

MORKOT, R. (1991), "Nubia in the New Kingdom: the limits of Egyptian control", *Egypt and Africa*, W. Davies (Ed.), Londres 294-323.

O'CONNOR, D. (1986), "The location of Yam and Kush and their historical implications", *JARCE* 23, 27-50.

— (1987), "The Location of Irem", *JEA* 73, 99-136.

— (1992), "Early States along the Nubian Nile", *Egypt and Africa*, W. Davies (Ed.), Londres 145-65.

— (1994), *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Pennsylvania.

OSING, J. (1976), "Ächtungstexte aus dem Alten Reich (II)", *MDAIK* 32, 133-85.

OTTO, W. (1966), "Die Geschichten des Sinuhe und des Schiffbrüchigen als lehrhafte Stücke", *ZAS* 93, 100-11.

PARKINSON, R. (1991a), *Voices from Ancient Egypt. An Anthology of Middle Kingdom Writings*, Londres.

— (1991b), "Teachings, discourses and Tales from the Middle Kinggdom", *Middle Kingdom Studies*, S. Quirke (Ed.), Londres 91-122.

PIRELLI, R. (1993), "Egyptian myth and trade", *Atti VI Congresso Internazionale di Egittologia*, Turín, Vol. II, 383-90.

POSENER, G. (1960), *De la divinité du pharaon*, París.

— (1973), "Le pays de Pount", *L'Annuaire du Collège de France*, 369-374.

POTTS, D.T. *The Arabian gulf in antiquity*, Vol. I. From prehistory to the fall of the Achaemenid empire, Oxford 1990.

PRIESE, K.H. (1974), *Altorient Forschungen.*

RATIE, S. (1979), *La Reine Hatshepsout. Sources et Problèmes*, Leiden.

REDFORD, D. (1992a), "The Sea and the Goddess", *Studies in Egyptology presented to M. Lichthaim*, vol. II, Jerusalem 824-34.

— (1992b), *Egypt, Canaan and Israel*, Princeton.

REESE, D. *et alli* (1986), "On the trade of shells and fish from the Nile river", *BASOR* 263, 79-84.

SADEK, S. (1987), *Popular Religion in Egypt during the New Kingdom*, Hildesheimer Agyptologische Beitrage 27.

SALEH, A. (1972), "Some problems relating to the Pwenet reliefs at Deir el-Bahari", *JEA* 58, 143-5.

— (1973), "An open question on intermediaries in the incense trade during pharaonic times", *Orientalia* 42, 1973, 370-82.
SÄVE-SÖDERBERGH, T. (1946), *The Navy of the Eighteenth Egyptian Dynasty*, Uppsala.
— (1960), "The paintins in the tomb of Djehuty-Hetep at Debeira", *KUSH* 8, 25-44.
— (1963), "The tomb of the prince of Tehkhet, Amenemhet", *KUSH* 11, 159-74.
SAYED, a. (1977), "Discovery of the site of the 12th dynasty port at Wadi Gawasis on the Red Sea Shore", *RdE* 29, 140-78.
— (1983), "New Light on the Recently Discovered Port on the Read Sea", *CdE* 58, 23-45.
SCHÄFER, H. (1986), *Principles of Egyptian Art*, Oxford.
SERRANO, J. (1993), *Textos para la historia Antigua de Egipto*, Madrid, Ed. Cátedra.
SHERRAT, S. (1993), "The Growth of the Mediterranean economy in the Early First Millennium B.C.", *World Archaeology* 24, 361-77.
SHUPAK, N. (1993), *Where can wisdom be found? The Sage's Language in the Bible and in Ancient Egyptian literature*, Orbis Biblicus et Orientalis 130, Göttingen.
SILVER, M. (1985), *Economic structures of the Ancient Near East*, Londres.
SIMPSON, W. (1972), *The Literature of Ancient Egypt*, Yale.
SLEESWYK, A.- "On the location of the land of Pwnt on two Renaissance maps", *The International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration* 1983, 279-91.
SMITH, S. (1991a), "Askut and the role of the Second cataract forts", *JARCE* 28, 107-32.
— (1991b), "A model for Egyptian Imperialism in Nubia", *GM* 122, 77-102.
SPALINGER, A. (1982), *Aspects of the Military Documents of the Ancient Egyptians*, Yale.
STEVENSON SMITH, W. (1962), "The land of Punt", *JARCE* 1.
TRIGGER, B. (1976), *Nubia under the Pharaohs*, Londres.
— (1982), "The Reasons for the construction of the Second Cataract forts", *JSSEA* 12, 1-6.
VALLOGGIA, M. (1976), *Recherches sur les messagers WPWTYW dans les sources Egyptiens Profanes*, París.
VELDE, H. (1977), *Seth, God of confusio: a study of his role in Egyptian mythology and Religion*, Leiden.
VINSON, S. (1994), *Egyptian boats and Ships*, Londres.
VYCICHL, W. (1970), "Lag das Land Punt am Neer oder im Sudam?", *CdE* 45, 318-324.
WACHSMANN, S. (1987), *Aegeans in the Theban Tombs*, Leuven.
WILLIAMS, B. (1986), *Excavations between Abu Simbel and the Sudan Frontier. Pt 1. The A-group Royal cemetery at Qustul: cemetery L, OINE* III, Chicago.
WILSON, J. (1960), "Egypt throught the New Kingdom: civilization within Cities", *City invincible*, R. Adams & Kraehling (eds.). 124-36.
YOYOTTE, J. (1953), "Pour une localisation du pays de Iam", *BIFAO* 52, 173-8.
ZIBELIUS, K. (1972), *Afrikanische Orts und Völkernamen in hieroglyphischen und hieratischen Texten*, Wiesbaden.

Textos

Biografía de Harduf

El Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Unico, sacerdote lector, jefe de los interpretes, que trae para su señor los productos de todos los países extranje-

ros, que trae para el ornamento real los tributos de todos los países extranjeros, Superior de los países extranjeros del extremo Sur, que extiende el temor de Horus por los países extranjeros, que hace lo que es digno de alabanza por parte de su señor. El Canciller del Rey del Bajo Egipto, Compañero Unico, sacerdote lector, jefe de los intérpretes.

La majestad de Merenre, me envió junto con mi padre, el Sacerdote lector Iry, a Yam, para abrir la ruta hasta esta tierra. Lo hice en siete meses; traje de allí todo tipo de bellos y raros presentes. Fui alabado extremedamente a causa de ello.

Su majestad me envió por segunda vez, solo. Salí por la ruta de Elefantina y descendí por Irtjet, Makher, Terers e Irtjetj, en el espacio de ocho meses. Traje productos de este país en gran cantidad, cuyo igual jamás había sido traído hasta esta tierra anteriormente. Descendí hasta la proximidad de la mansión del príncipe de Setju e Irtjet y explore esas tierras extranjeras. No pude constatar que hubiera hecho ningún Compañero o Jefe de interpretes que hubieran ido a Yam anteriormente.

Me envió Su Majestad por tercera vez a Yam. Salí desde el nomo de Tinis por la ruta de los Oasis. Encontré que el príncipe de Yam había marchado hacia el país de Temehu para golpear a los Temehu, en la esquina occidental del cielo...

{Envié a} un hombre para hacer que la majestad de Merenre, mi señor, supiera {que había ido al país de Temehu} tras el príncipe de Yam...Descendí con 300 burros cargados de incienso, ébano, aceite hekenu, sat, pieles de pantera, colmillos de elefante y palos arrojadizos, así como todo tipo de presentes...

(La carta del Faraón) Año II, día 15 del mes tercero de la inundación. Decreto real para el compañero unico, Sacerdote Lector, Jefe de los interpretes Harduf. Se ha tenido conocimiento de tu carta que has dirigido al rey, al palacio, para hacer que se sepa que has regresado felizmente de Yam, junto con la tropa que estaba contigo. Dices en tu carta que has traído todo tipo de productos grandes y buenos...Has dicho en esta tu carta que has traído un pigmeo para las danzas del dios del país de los Habitantes del Horizonte, igual al pigmeo que el portador del sello del Dios Bawerded trajo del Punt en tiempos de Isesi. Has dicho a mi majestad que no había sido traído nada igual a él por ningún otro que haya ido a Yam anteriormente.

Tú sabes ciertamente hacer lo que tu señor quiere y aprecia. Pasas día y noche pensando en hacer lo que tú señor ama, aprecia y manda. Su majestad proveerá tus múltiples y honorables dignidades para el beneficio del hijo de tu hijo eternamente...

Ven hacia el norte, hacia la residencia, inmediatamente. Apresurate y lleva contigo a este pigmeo que tú has traído del país de los Habitantes del Horizonte vivo, sano y salvo, para las danzas del dios, para alegrar el corazón, para deleitar el corazón del rey Neferkare. cuando suba contigo al barco, haz que haya hombres capaces que estén a su alrededor de él en cubierta, para evitar que caiga al agua. Cuando duerma por la noche, haz que hombres capaces duerman alrededor de él en su tienda. Ve a controlar diez veces por la noche. Mi Majestad desea ver este pigmeo más que los productos de la tierra de las minas y del Punt... (Serrano 1993:74-80).

Cuento del Marinero Náufrago

Así pues voy a relatarte exactamente lo que me aconteció: yo viajaba hacia las Minas del Rey; había descendido al mar en un barco de 120 codos de largo por 40 de ancho. En él había 120 marineros, lo más escogido de Egipto: ya viesen ellos el cielo, ya viesen la tierra, sus corazones eran más bravos que leones; eran capaces de predecir una tormenta antes de que llegara, una tempestad antes de que se produjera. (Pero) una tormenta estalló, cuando estábamos en el mar, antes de que alcanzáramos tierra; el viento se levanto, bramando sin interrupción; surgió una ola de 8 codos, pero el mástil me la deshizo. Entonces el barco pereció, y de los que en él estaban no sobrevivió ninguno.

Fui depositado en una isla por una ola del mar. Pase tres días solo, con mi corazón como compañero, tendido durmiendo en el interior de un abrigo de ramas; me había desmayado. Estiré entonces las piernas para localizar algo que llevarme a la boca. Encontré higueras y parras, vegetales de todo tipo de excelente calidad, frutos del sicomoro, pepinos como si hubieran sido cultivados; también había peces y aves. No había nada que no se encontrara allí. Me sacie y tire por tierra...Después, tras cortar una rama apropiada, encendí una hoguera y ofrecí un sacrificio a los dioses.

Entonces oí el ruido de un trueno. Pensé que seria una ola del mar. Los árboles se quebraban; la tierra comenzó a temblar. Cuando descubrí mi rostro, encontré que se trataba de una serpiente, que venia avanzando. Media 30 codos, su barba era mayor que 2 codos; su cuerpo estaba recubierto de oro; sus cejas eran de lapislázuli autentico; estaba erguida hacia delante. Abrió su boca hacia mi, mientras que yo permanecía tendido sobre mi vientre ante ella, y me dijo: "¿quien te ha traído?, ¿quien te ha traído buen hombre?...Si tardas en decirme quien te ha traído hasta esta isla haré que te descubras reducido a cenizas, convertido en alguien que no se ve". (Yo respondí): "Tú me hablas no estoy comprendiendo. Estoy ante ti, pero he perdido el conocimiento".

Me puso entonces en su boca y me llevo al lugar donde vivía; me deposito sin daño alguno, sano y salvo, y sin que se me hubiera arrebatado nada. Abrió su boca hacia mi, mientras yo estaba tendido sobre mi vientre ante ella, y me dijo: "¿quien te ha traído?, ¿quien te ha traído, buen hombre?, ¿Quien te ha traído hasta esta isla del mar, cuyos lados dan a las olas?". Entonces le respondí, con mis dos brazos doblados ante ella, diciéndole: "Yo iba a la región de las minas en misión de mi soberano, en un barco de 120 codos de largo por 40 de ancho. En él había 120 marineros, lo más escogido de Egipto: ya viesen ellos el cielo, ya viesen la tierra, sus corazones eran más bravos que leones; eran capaces de predecir una tormenta antes de que llegara, una tempestad antes de que se produjera. Cada uno de ellos era de corazón más valiente y de brazo más fuerte que su compañero, y no había ningún incompetente entre ellos. Una tormenta estallo cuando estábamos en el mar, antes de que alcanzáramos tierra. El viento se levanto, bramando sin interrupción; surgió una ola

de 8 codos, pero el mástil me la deshizo. El barco pereció entonces, y de los que en el estaban ninguno sobrevivió, excepto yo, que me encuentro ahora ante ti. Fui traído a esta isla por una ola del mar".

Me respondió entonces: "No temas, no temas, buen hombre, no palidezcas, ahora que has llegado a mi. Es el dios quien te ha permitido que vivas, quien te trae a esta Isla del Ka, en la que nada hay que no se encuentre, llena como esta de todas las buenas cosas. Mira, vas a pasar mes tras mes hasta completar cuatro meses en esta isla. Entonces un barco vendrá de (tú) hogar, cargado de marinos a los que tu conoces. Volverás con ellos al hogar, y morirás en tu ciudad. ¡¿que feliz es, en verdad, el que puede contar lo que ha experimentado, una vez que las calamidades han pasado!. Así pues, voy a relatarte exactamente lo que aconteció en esta isla: yo vivía aquí con mis hermanos, entre los que había niños, sumábamos un total de 75 serpientes, contando mis hijos y mis hermanos; y eso sin mencionarte mi hija pequeña, que me llego gracias a oraciones. Entonces cayo una estrella y ellos ardieron por su causa. Eso sucedió no estando yo con ellos; se consumieron y yo no estaba en medio de ellos. ¡Creí morir a causa suya, cuando los encontré como un solo montón de cuerpos!...Si eres valeroso, controla tú corazón; abrazaras entonces a tus hijos, podrás besar a tu esposa, y veras tu casa. Eso es mejor que cualquier otra cosa. alcanzaras el hogar, y permanecerás en él rodeado de tus hermanos.

Entonces, extendido como estaba sobre mi vientre, toqué el suelo delante de él diciéndole: "Yo hablaré de tu poder al Soberano; haré que este al corriente de tú grandeza. Haré que se te traiga láudano, oleo-hekenu, perfume-iudeneb, e incienso de los templos, por medio del cual se complace cualquier dios...Haré que se te traigan barcos cargados con todas las riquezas de Egipto, como ha de hacerse para un dios que ama a la gente, en una tierra lejana que los hombres ignoran.

Se rió entonces delante de mi, ya que lo que le había dicho le pareció una simpleza, y me dijo: "Tu no tendrías bastante mirra. Yo soy el rey del Punt. La mirra me pertenece; y respecto al oleo-hekenu que has dicho seria traído, es el producto más común en esta isla. Además, sucederá que cuando te alejes de este lugar no volverás a ver nunca más esta isla, habiéndose convertido en agua".

Llegó después el barco, de acuerdo con lo que había profetizado. Fui, y me subí en un árbol alto; reconocí a los que iban en él. Entonces corrí a anunciarselo, pero encontré que ya lo sabia. Me dijo entonces: "Vete en paz, vete en paz buen hombre, a tu casa. Que veas a tus hijos. Haz que yo tenga un buen nombre en tu ciudad. Es lo que reclamo de ti". Me tendí sobre mi vientre, con los dos brazos doblados ante él. Me ofreció un cargamento consistente en mirra, oleo-hekenu, perfume-iudeneb, especia-khesayt, especia-tishepes, pan-shaas, pintura negra de ojos, colas de jirafa, grandes terrones de incienso, colmillos de marfil, perros lebrales, monos de cercopitecos, babuinos, además de todo tipo de riquezas. Todo ello lo cargue en el barco. Después, habiéndome colocado sobre mi vientre para mostrarle mi gratitud, me dijo: "Mira, alcanzaras el hogar en dos meses; abrazaras a tus hijos, rejuvenecerás en el hogar y serás enterrado. Baje entonces a la orilla, cerca del barco, y llame a la

tripulación que estaba a bordo. Ofrecí una acción de gracias para el señor de la isla, y los que estaban en él (barco) hicieron otro tanto.

Navegamos hacia el norte, hacia la Residencia del Soberano, y alcanzamos el hogar en dos meses, de acuerdo con lo que él había dicho. Me presente ante el rey y le ofrecí los presentes que había traído de la isla. El me mostró su gratitud ante el consejo de los príncipes de todo el país[147]...

La expedición de Hatshepsut al país de Punt

(El oráculo) El Soberano mismo, Rey del Alto y Bajo Egipto Maat-Ka-Re. La Majestad de la corte suplicó ante las gradas del señor de los {dioses. Una orden se escuchó desde el gran trono, un oráculo del mismo Dios; debían abrirse las rutas hacia el Punt, debían ser atravesados los caminos hacia las terrazas de la mirra: "Conduciré el ejército por tierra y por mar para traer las maravillas de la Tierra del Dios, para esta deidad, para la que creó su belleza". Se actuó de acuerdo con todo lo que había ordenado la majestad de este dios, según el deseo de su majestad, para que se le dé vida, estabilidad y dominio como re, eternamente...

...Navegando por el mar, comenzando el buen camino hacia la Tierra del Dios, navegando en paz hacia el país del Punt, por el ejército del señor de las Dos tierras, de acuerdo con la orden del señor de los dioses, Amón, señor de los tronos de las Dos Tierras, que esta al frente de Karnak, para traerle las maravillas de todos los países...

(Desembarco en el Punt) "Llegada del Emisario Real a la Tierra del Dios, junto con el ejército que le acompaña, ante los grandes del Punt, enviado con todos los buenos productos de la corte para Hathor, Dama del Punt...

...Llegada de los Grandes del Punt, inclinándose, con la cabeza gacha, para recibir a este ejército del rey. Entonan alabanzas al señor de los dioses Amón-Re...Ellos dicen, solicitándo la paz: ¿Por qué habéis llegado hasta aquí, hasta este país que la gente desconoce?, ¿habéis venido por los caminos del cielo?, ¿habéis navegado sobre las aguas, por la tierra y el mar de la Tierra del Dios? ¿Habéis marchado (por el camino) de Re?...

...Cargando los barcos pesadamente con las maravillas del País del Punt: todas las buenas maderas aromáticas de la Tierra del Dios, montonoes de resina de mirra, jóvenes árboles de mirra, ébano, marfil puro, oro verde de Amu, madera de cinamoro, madera-*hesyt*, incienso-*ihemut*, incienso, pintura de ojos, monos, babuinos, perros, pieles de pantera del sur y siervos y sus hijos. Jamás se trajo nada igual a esto para ningún otro rey desde el principio del tiempo

---

[147] Serrano 1993:261-5.

Navegando, llegando en paz, viajando hasta Tebas con el corazón alegre, por el ejército del señor de las Dos tierras, estando los Grandes de este país tras ellos. Ellos han traído aquello cuyo igual no fue traído para ningún otro rey, a saber, las maravillas del Punt, a causa del poder de este augusto dios, Amón-Re, señor de los Tronos de las Dos tierras"[148].

---

148 Serrano 1993:118-20.

LAS TIERRAS MITICAS DE MESOPOTAMIA

Introducción

Las distintas culturas mesopotámicas que se desarrollaron hasta el primer milenio a.C. presentan importantes diferencias respecto a la civilización egipcia, pero una de las más importantes es el medio geográfico, que explica su diferente actitud ante la vida, la concepción del más allá y, especialmente, la forma en que se irán estructurando los diferentes Estados a lo largo de más de tres mil años de historia. Por ello, la concepción que los mesopotámicos tenían del lugar donde vivían, la consideración y actitud que tuvieron hacia sus vecinos más próximos y las tierras más lejanas con las que tuvieron que ir entrando en contacto con el tiempo, fue muy diferente a la existente en el Egipto faraónico[1].

Esas características geográficas provocaron que fuera prácticamente imposible ejercer el dominio y control sobre toda Mesopotamia, desde el Golfo Pérsico a las costas del Mediterráneo, desde el Mar Superior al Mar Inferior, provocando ello la existencia de muchos y variados poderes que coexistían en el tiempo y que, forzosamente, tuvieron que entrar en contacto, comerciar, guerrear, etc. Pero esa diversidad geográfica también ocasionó que los habitantes de esta vasta región entraran en contacto con climas, vegetaciones y faunas diferentes, tierras que no siempre fueron consideradas despectivamente como sucedía en Egipto ya que, en ocasiones, pueblos como los Guti, los Amorreos u otros procedían de esas tierras limítrofes o de otras más lejanas.

Para analizar y comprender el significado y concepción de las regiones míticas y fabulosas que la imaginación mesopotámica desarrolló, hay que tener presentes dos aspectos: la carencia de materias primas -piedra, metales o madera- en lo que se conoce como llanura aluvial mesopotámica y, en segundo lugar, la contínua afluencia de gentes y pueblos que se integraban en la sociedad existente por entonces, aportando a esta nuevas ideas, pensamientos y visiones sobre el medio geográfico.

---

[1] La obra de Frankfort y Jacobsen (1954) sigue siendo ilustrativa de como el medio geográfico encuentra su expresión en las actitudes humanas del Próximo Oriente.

Carencia de materias primas

Una de las características que siempre se han resaltado de las primeras formas urbanas, sociales y económicas que aparecieron en el Próximo Oriente es que surgieron en regiones geográficas donde la revolución neolítica apenas tuvo incidencia[2]. Además, estos primeros estados carecían de materias primas que no fueran de tipo agrícola. Por ello, una vez que la ciudad-estado se estableció firmemente en la llanura aluvial mesopotámica, sus habitantes y líderes sintieron la necesidad acuciante de obtener materias primas con las que construir, o decorar, sus edificios y templos, emprendiéndose para ello largos viajes, a tierras lejanas donde metales, objetos preciosos como lapislázuli, madera o piedra podían obtenerse a cambio de textiles manufacturados o productos agrícolas[3].

Estos lugares fueron rápidamente dotados de una imagen de riqueza que permaneció en la mente de los gobernantes mesopotámicos, explicando ello que menciones a las montañas o bosques de cedros del Líbano, al lejano Irán o a las tierras localizadas en el golfo Pérsico aparezcan constantemente relacionadas a las grandes hazañas o virtudes de gobierno de reyes, príncipes y nobles: eran tierras lejanas y ricas, donde podían obtenerse las materias primas con las que los hombres -esclavos de los dioses en la tierra-, podían construir los templos, decorarlos o fabricar los ornamentos, símbolos de poder y status, etc.

El más importante de estos lugares, a juzgar por los mitos, documentos administrativos o económicos, fue Dilmun, ampliándose con el tiempo los contactos a otras regiones del golfo Pérsico aún más lejanas denominadas en los textos Magan y Meluhha, lugares todos ellos que permanecieron en la imaginación mesopotámica a lo largo de los siglos como lugares fabulosos, donde era posible la obtención de materiales exóticos, y cuyo interés, conocimiento y exploración perduró en época helenística y romana.

Dilmun, Magan y Meluhha eran los términos con los que se hacía referencia a islas y tierras ubicadas en el Golfo Pérsico y el valle del Indo, actual Pakistán, y la fascinación que sus productos despertaron no debe extrañarnos, permaneciendo en el tiempo hasta nuestros días, cuando países como la India siguen dotados en nuestra imaginación de un aura fabulosa y exótica, no debiendo olvidar la propia fascinación que este mundo despertó en la cultura helenística, el mundo árabe o en la Edad Media y Moderna, cuando el deseo de acceder a las Indias infundió a muchos viajeros, exploradores y gobernantes las fuerzas necesarias para ampliar el mundo conocido y acceder a unos mercados rentables.

Sin embargo, y a pesar de que la actividad en el Golfo no desapareció del todo en ningún momento histórico, ésta no era la única región donde podían obtenerse esas materias primas necesarias para cualquier Estado. Así, Dilmun, Magan o

[2] Maisels (1990).
[3] Crawfort (1973).

Meluhha se localizaban al Sur de Mesopotamia y la dinámica histórica de Mesopotamia iba en una dirección opuesta, hacia el norte. Problemas como el de la salinización de los suelos[4], o el deseo de acceder a la costa mediterránea e integrarse en sus ricas rutas comerciales con Anatolia, provocaron que paulatinamente el eje político y comercial fuera trasladándose hacia el Norte. En medio de este proceso centros como Mari se desarrollan y deben su prosperidad, entre otras razones, al hecho de actuar como centros intermediarios en la ruta comercial que unía al Mediterráneo con el Golfo Pérsico, período que coincidirá, como veremos, con la época de mayor esplendor de Dilmun.

Con posterioridad a la Babilonia de Hammurabi y la aparición de nuevos pueblos y Estados como Mitanni y Hatti en la segunda mitad del II milenio, el eje del mundo mesopotámico está ya en el Norte, provocando ello el declive de las regiones del golfo, pese a intentos como el de los Casitas por reanudar la actividad comercial en la región. Por ello el recuerdo de Dilmun va diluyéndose, ya no se envían expediciones para la obtención de sus productos, o de aquellos que Dilmun obtenía de otras regiones más lejanas, pero su imagen y recuerdo seguirán estando presentes en las culturas que habitan Mesopotamia, más como un deseo de relacionarse con un pasado glorioso que como una realidad. Deberemos esperar al primer milenio, y especialmente al período helenístico, para que estas tierras del Golfo recuperen su actividad económica y para que la exploración e interes de las mismas motivara la aparición de diferentes descripciones. La ampliación del mundo conocido, la puesta en circulación de nuevos productos y el deseo de todos los Estados del momento por participar en ese amplio mercado favorecerá la reapertura de Dilmun.

En ese proceso de traslación hacia el Norte del centro político de Mesopotamia, las nuevas regiones por las que se lucha por obtener su control no serán dotadas de una imagen fabulosa o exótica. Al igual que sucedía en Egipto, son tierras y poblaciones con una amplia tradición cultural, mayor incluso que la cultura mesopotámica al ser en ellas donde tuvo lugar la revolución neolítica, y los contactos con las mismas se remontan a los primeros estadios culturales con las llamadas colonias Uruk[5], e incluso antes, por lo que la creación de mitos y leyendas o viajes de exploración a dichas regiones no tienen razón de ser.

Respecto al Este, otra de las regiones donde era posible la obtención de esas materias primas, en ocasiones podemos intuir su consideración como una tierra fabulosa[6], pero las difíciles relaciones con los pueblos de esta región, las dificultades a la hora de establecer rutas comerciales y los costes de una ruta terrestre, harán que los Estados prefieran establecer relaciones marítimas con aquellos lugares del golfo cuya principal virtud, como veremos en el caso de Dilmun, fue actuar como centros receptores de productos lejanos que después ponían a disposición de los Estados mesopotámicos.

---

4 Powell (1985).

5 Alzage (1989, 1993).

6 Moorey (1993).

Por otra parte, esa carencia de materias primas favoreció desde muy pronto la realización de expediciones comerciales, junto a la creación de colonias o centros de intercambio, desde las colonias Uruk[7] hasta las creadas y desarrolladas por el Imperio Antiguo asirio en Capadocia[8]. Igualmente, la figura del comerciante cobró especial importancia en la sociedad mesopotámica[9], estando sus actividades reguladas dentro de los códigos legales que van sucediéndose en el tiempo. Esta dinámica permite también la aparición de verdaderas prácticas "*modernas*" de comercio, con la creación de empresas, la existencia de préstamos, el desarrollo de compañías donde los distintos aspectos relacionados con la actividad comercial están regulados -quién pone el capital, asume los riesgos, seguros, reparto de beneficios, etc.[10]. Todo ello favorece el conocimiento del otro, así como la difusión de ideas y visiones sobre esas tierras lejanas con las que se comercia. Igualmente, todo ello favorecerá que términos como *gal-Dilmun* en sumerio, o *Alik Tilmun* en acadio, gocen de una alta consideración social, así como la existencia de un proverbio que refleja perfectamente lo que los viajeros a tierras lejanas suelen describir, *El viajero de lugares distantes es un mentiroso permanente.*

En muchas ocasiones los medios económicos para la realización de una expedición comercial eran puestos por el templo, que posteriormente recibía parte de los productos obtenidos. Es precisamente en esos templos de donde conservamos algunos textos de comerciantes y marinos que realizan una ofrenda a su regreso en agradecimiento por haber vuelto sanos y salvos de lejanas tierras[11]. Pero, ocasionalmente, las expediciones podían realizarse individualmente, sin apoyo del templo o el Estado:

> {1} lingote de cobre de 4 talentos; 4 lingotes de cobre de 3 talentos; 11 shekels de piezas oblongas de bronce; 3 ojos de pez {¿perlas?}... 1 peine de marfil...de una expedición a Dilmun, décima parte para la diosa Ningal, de aquellos que fueron allí por su voluntad[12].

Nuevos pueblos ¿nuevas concepciones?

La historia de Mesopotamia ha sido descrita durante años como una contínua entrada y salida de pueblos, cada uno con sus dioses y propias concepciones, pueblos que, procedentes de las estepas, de los Zagros o del Taurus, van afluyendo a la

---

[7] Alzage (1993).

[8] Larsen (1976).

[9] Un trabajo reciente sobre los comerciantes, el comercio y los términos empleados es el de Hallo (1992).

[10] Leemans (1950).

[11] van de Mieroop (1989).

[12] Leemans (1960), 25-6.

llanura mesopotámica periódicamente atraídos por las posibilidades agrícolas de la misma. Pero estos pueblos, a diferencia de lo que muchas veces se señala y piensa, no siempre irrumpen violentamente, al mismo tiempo que casi siempre se adaptan a unas formas de gobierno más desarrolladas, presentándose en todo momento como los herederos de una tradición[13]. Es por ello que sus dioses, mitos y leyendas se funden con los existentes, provocando que imágenes y lugares distantes permanezcan vivos y presentes.

Sin embargo, en ningún momento puede hablarse con una certeza absoluta de que desde las tierras y aguas del Golfo se produjera un movimiento de pueblos, algo que sin duda favoreció que la imagen de Dilmun, y en menor medida la de Magan o Meluhha, permaneciera invariable a lo largo de los siglos. La mayoría de los pueblos y Estados que van sucediéndose en el gobierno de Mesopotamia intentan mantener, o reanudar, sus relaciones comerciales con el Sur ya que, al fin y al cabo, todo nuevo poder se enfrentaba a la misma problemática: la carencia de materias primas. Es por ello que, por ejemplo, Ur Nanmu, primer rey de la III dinastía de Ur, se vanagloria de haber reestablecido el comercio con Magan tras el lapso Guti[14].

Por tanto, los cambios políticos y étnicos en Mesopotamia poco influyeron en la consideración de Dilmun, que en ningún momento constituyó una amenaza militar, o política, para los gobernantes de Sumer y Accad.

Pero aunque la entrada de nuevas gentes suele conllevar la aparición de nuevas ideas y concepciones, formas de gobierno y de organización, nada de ello influyó en la imagen que de Dilmun se tenía. Como hemos señalado, los distintos poderes se presentan como herederos de una tradición anterior, sus dioses reemplazan a los anteriores, pero solo en el nombre. Los sistemas de gobierno y sus necesidades, comerciales o militares, apenas cambian.

Literatura

La existencia de una literatura, heroica y mítica, es otra de las diferencias importantes con el mundo egipcio. Mitos, leyendas o historias, como la del héroe mesopotámico por excelencia, Gilgamesh, son contínuamente redactadas y adaptadas al nuevo marco político. Ello se debe en parte a que esos pueblos que van penetrando en Mesopotamia intentan relacionarse con una tradición, no presentarse como invasores, sino como restauradores de un orden, introduciendo a sus dioses en las composiciones míticas existentes así como en la literatura heroica[15].

---

13 Liverani (1988).

14 En el prologo de su código legal, Ur-Nammu relata el regreso de barcos de Magan.

15 Un ejemplo de ello son Urnammu y Shuli, reyes de la III dinastía de Ur que, a través de la literatura épica que desarrollan o promocionan, intentan legitimar su gobierno relacionándolo con la ciudad de Uruk, *cf.*, Berlin (1983b), a cuyo rey Utuhegal había derrotado Urnammu.

Sin embargo, no debemos pensar en una literatura al modo y manera de la que desarrollaran los griegos. No hay un afan descriptivo, posiblemente porque toda Mesopotamia era conocida. El desarrollo de una literatura también se vio favorecido por la permanencia de una lengua, el acadio, que fue mantenida a lo largo de los siglos. Igualmente, y a pesar de que el acceso y el dominio de la escritura no fue amplio entre la población, la relativa sencillez del acadio respecto, por ejemplo, a la escritura jeroglífica egipcia, permitió que los comerciantes la utilizaran para realizar su contabilidad, y que la correspondencia entre los gobernadores y comerciantes de distintos lugares fuera una práctica relativamente común. Es por ello que, además de las inscripciones oficiales relatando la realización de campañas militares a Magan, o mitos donde dioses como Enki se relacionen con esas distantes tierras del Golfo, entre la documentación encontramos textos comerciales, donde se refleja el envío de productos y su intercambio por otros, el tránsito de caravanas desde Dilmun a Mari o Babilonia, etc[16]. Es cierto que estos textos comerciales nada nos informan sobre la geografía de Dilmun, sus habitantes o costumbres, pero constituyen una prueba más de que los productos de Dilmun, Magan y Meluhha gozaban de una alta consideración y circulaban por toda Mesopotamia.

Un debate abierto en la actualidad es si los nombres y relatos contenidos en composiciones como *Enmerkar y el Señor de Aratta*[17] deben interpretarse como reflejo de una actividad comercial o si por el contrario no tienen otro objeto que mostrar una ideología careciendo de validez histórica[18]. Lo cierto es que, por ejemplo, la composición de Enmarkar fue realizada en el período neo-sumerio, mientras que Enmerkar fue un rey del Dinástico Antiguo II (S. XXVI a.C.), por lo que la composición refleja una visión posterior, idealizada con vistas a legitimar el gobierno y su relación con un pasado mejor y glorioso[19].

La concepción del otro

Mientras que en Egipto todo hombre que no viviera en la llanura aluvial era considerado un bárbaro, habitante del caos y amenaza para la estabilidad cósmica, en el mundo mesopotámico encontramos una concepción diferente, aunque en el fondo subyace un sentimiento de desprecio y rechazo.

Tanto en sumerio como en acadio, el habitante de un país extranjero, extraño, es relacionado con el Este y las montañas, pero no con el oeste, la estepa o desierto; la

[16] Finalmente, debemos señalar la existencia de escuelas, *edubas*, en Mesopotamia donde se procedía a la educación de los niños, lógicamente de las clases altas de la sociedad. Estas escuelas también existirían en Egipto, pero apenas disponemos información de ellas, indicándonos todos los indicios que el acceso a la escritura era mayor en Mesopotamia.

[17] Kramer (1952).

[18] Sobre el comercio y la literatura, *cf.*, Kramer (1977).

[19] Sobre la tierra de Aratta, que algunos localizan en Afhanistan, *cf.*, Majidzadeh (1976).

palabra montaña sirve también para tierra extranjera mientras que el habitante de esos lugares es denominado como hombre de las montañas[20], siendo posiblemente la principal prueba de ello la diferente concepción que se desarrolló en torno a los Amorreos y los Guti.

Los primeros procedían del Oeste y eran considerados primitivos, atrasados:

> el que busca trufas a los pies de la montaña, que jamás dobla la rodilla, que come carne cruda, que no tiene una casa en vida, que no será sepultado el día de su muerte[21].

Por el contrario, los Guti, procedentes de los Zagros y destructores del Imperio Acadio, fueron descritos como salvajes y bárbaros a pesar de que habían sido enviados por los dioses como castigo por la actitud de los reyes acadios:

> que no conocen vínculos como pueblo, que tienen aspecto de hombres pero cuyas palabras son de la misma naturaleza que las de un perro[22].

Esta diferenciación entre el Oeste y el Este es importante ya que, como hemos señalado, todos los Estados tuvieron que hacer frente a la carencia de materias primas, siendo las regiones montañosas del Irán una de las más ricas en metales y piedra, al mismo tiempo que vía de acceso a productos de tan alta consideración como el lapislázuli. Pero a pesar de su riqueza, dichas regiones al Este del Tigris permanecieron, por lo general, en la sombra debido a que el conflicto militar siempre estuvo presente entre las ciudades mesopotámicas y el Irán. Igualmente, el transporte de mercancías con el Elam presentaba muchas más dificultades, debiéndose realizar mediante caravanas de asnos que siempre podían ser objeto de ataques y saqueos. Es por ello que regiones como el Golfo Pérsico o Anatolia se integraron en los intercambios comerciales, de donde los Estados mesopotámicos obtenían las materias primas. Además, en el caso del Golfo Pérsico no debemos olvidar las ventajas que representaba el transporte marítimo en volumen de mercancías y costes de transporte, a lo que hay que unir que el Golfo Pérsico nunca constituyó una amenaza militar.

Sin embargo, y a pesar de las tempranas menciones a Dilmun en las tablillas Uruk (3200 a.C), los primeros contactos se realizaron con el Elam y, solo cuando el clima de hostilidad y las dificultades fueron en aumento, las ciudades-estado sumerias intensificaron sus relaciones con el Golfo Pérsico[23].

Pero esos primeros contactos con el Este dejaron su huella en los textos, donde encontramos diferentes referencias a los productos obtenidos estando siempre dota-

---

20 Limet (1972), Steinkeller (1980).

21 Buccellati (1966), 92.

22 Cooper (1983).

23 Las relaciones entre Sumer y el Elam pueden definirse como arqueológicamente discontinuas y étnicamente duales, *cf.*, Amiet (1979, 1986 y 1993).

dos de una alta consideración[24]. Dentro de ese Este lejano, rico en productos y cuyos habitantes eran feroces y peligrosos, encontramos referencias a Marhashi, Parahshum en acadio, de localización problemática[25], pero que en los textos es mencionado como un lugar, o región, donde se obtenían exóticos y extraños animales, plantas y productos.

Estos intercambios comerciales están reflejados, según algunos especialistas[26] en composiciones literarias como la de *Enmarkar y el Señor de Aratta*, donde "*el aspecto más importante es lo que estos poemas nos enseñan acerca de la visión del mundo de los Sumerios: sus valores, concepción del pasado y, por extensión, la concepción de su destino nacional*"[27]. Así, pasajes de este poema, como el que hace referencia a los productos intercambiados, grano por piedras de las montañas o metales, ha sido generalmente señalado como prueba del tipo de comercio establecido entre las estados mesopotámicos y sus vecinos[28]. Sin embargo, y sin entrar en el debate existente, ha existido durante mucho tiempo la intención de considerar estos textos como una fuente histórica, algo que es difícil[29], como veremos.

Pero a pesar de esos intercambios, de su riqueza y exotismo, las tierras del Irán siguen siendo consideradas hostiles, creándose, en opinión de Moorey una visión similar a El Dorado, mitad mito y mitad realidad[30] donde, como sucede en casi todas las regiones adyacentes a Mesopotamia, los primeros reyes que se adentran militarmente son los acadios. Esa hostilidad y dificultades a la hora de obtener los productos queda reflejado en los textos, como en los de Gudea de Lagash, donde se establece una diferenciación entre los productos obtenidos pacíficamente, a través de los canales comerciales, y aquellos obtenidos por la fuerza de las armas, o en el poema de *Enki y el orden del mundo*, donde este dios bendice a Meluhha y Dilmun pero establece que Elam y Marhashi serán destruidas y sus riquezas llevadas a su ciudad santa, Nippur. Por todo ello, a partir de mediados del tercer milenio, las relaciones con el Golfo aumentan, diluyéndose lentamente los contactos con ese Este fabuloso pero peligroso.

Esa concepción de lo extranjero, extraño y peligroso, encuentra su manifestación en el ámbito mesopotámico en la asimilación de animales fantásticos con dichas tierras, encarnando dichos animales los peligros. La expresión de todo ello la encontramos en el texto relativo a la destrucción de Agade[31], donde se contraponen los animales urbanos, conocidos, con otros destructivos y fantásticos que encarnan los

---

24 Moorey (1993).

25 Steinkeller (1982), Vallat (1985).

26 Silver (1985).

27 Berlin (1983), 24.

28 Según el texto conservado, la ciudad de Aratta disponia de oro, plata y toda clase de piedras, mientras que la ciudad sumeria de Erech proporcionaba grano.

29 Michalowski (1986).

30 Moorey (1993), 38.

31 Cooper (1983).

peligros y salvajismo de los habitantes de las montañas. Es decir, al contrario que en el mundo egipcio, una vez que se ha logrado el control de los ciclos de la naturaleza, los animales que encarnaban el carácter impredecible de las crecidas y otros accidentes climatológicos o geográficos, pasan a encarnar las tierras lejanas, siguen habitando, pero no lo hacen en las tierras donde se obtienen pacíficamente los productos exóticos y fabulosos, Dilmun o Magan, sino en el Elam.

Pero a pesar de que los textos se nos presentan menos despectivos hacia lo extranjero que los egipcios, en ellos podemos observar, en líneas generales, la misma opinión e impresión hacia la población nómada. Este es un aspecto importante ya que esa visión despectiva del nómada, en Egipto y Mesopotamia, terminará por influir en las referencias que en la Biblia encontramos al mismo, bien como recuerdo de un pasado penoso o como anuncio y amenaza de algo por llegar si no se siguen los preceptos de Yahvé. No hay que olvidar que la documentación de todos y cada uno de los Estados mesopotámicos reflejan la existencia de contactos con nómadas, destacando la de la ciudad de Mari[32], y por ello no debe sorprender que en un momento histórico determinado, el período casita, encontremos noticias a nómadas actuando en Dilmun como en ellos es normal, saqueando:

> Los Akhlamu se han llevado los dátiles...no hay que permitir que se saquee un solo asentamiento..., o, los Akhlamu me hablan solo de violencia y saqueo[33].

Significativamente, en el I milenio muchas de las victorias y logros que obtengan los reyes Asirios o Babilónicos vendrán encarnados por los exóticos animales que llegan a sus cortes, incluído Egipto[34]. Posiblemente, no haya que descartar el mismo razonamiento que explica en Egipto el jardín botánico de Tutmosis III o los árboles que son trasplantados desde el Punt por Hatshepsut: esos animales y su fauna simbolizan las fuerzas dominadas y no vienen sino a exaltar la ideología y poder del conquistador, utilizándolos en los desfiles triunfales. Por otra parte, la cría o domesticación de estas especies era prácticamente imposible, siendo en muchas ocasiones estos animales sacrificados para gloria del dios.

Por tanto, el mismo deseo de integrar lo desconocido, lo que se iba conquistando, en el orden conocido, subyace en estos animales exóticos llevados como prueba de la victoria obtenida. Al mismo tiempo, y al igual que sucedió con los faraones del Imperio Nuevo, algunos reyes mesopotámicos parecen sentir curiosidad por la fauna y vegetación que bajo su gobierno estaban, destacando el zoológico de Assurnasirpal II o la reserva natural de Sennacherib, donde en el fondo subyace el dominio de aquellas tierras donde animales o plantas crecen.

Por tanto, en Mesopotamia existe también el deseo de integrar al otro en el orden. El ejemplo más claro de ello puede ser el de Dilmun, que analizaremos más

---

32 Kupper (1977).

33 Cornwall (1952).

34 Lion (1992).

adelante, y el de Gilgamesh. La historia de este mítico rey de Uruk nos ha sido transmitida en numerosas tablillas de diferentes períodos, pero lo que sí puede establecerse es cómo, a medida que el mundo mesopotámico va dominando, o entrando en relaciones con otras regiones, como el Líbano o el Golfo Pérsico, las aventuras de Gilgamesh tienen lugar en estos lugares. Ello no significa que su figura, papel e interpretación deba equipararse con las aventuras de Heracles en el lejano Occidente, pero posiblemente sí reflejen una ampliación geográfica de los contactos comerciales y la progresiva inclusión de esas tierras en el radio de acción de los reyes mesopotámicos, que llegaran a considerar la intervención en dichas tierras como algo legítimo.

Dilmun, Magan y Meluhha

En la literatura mesopotámica encontramos tres lugares que son referidos como lejanos, fabulosos y ricos en productos exóticos: Dilmun, Magan y Meluhha, todos ellos localizados en el Golfo Persico. El más importante de todos es Dilmun, teniendo noticias de su existencia y actividad comercial en el IV milenio a.C. Pero la prosperidad de estos lugares estuvo en íntima relación con los acontecimientos históricos que acaecían en la próspera llanura aluvial mesopotámica y, secundariamente, por el tipo de relaciones que podía entablarse con el Elam o Anatolia.

Geográficamente, y en términos generales, Dilmun se identifica con Bahrein, Magan con la Península de Oman y Meluhha con el Valle del Indo, el actual Pakistán.

Dilmun, Magan y Meluhha. Sus relaciones con Mesopotamia

En las próximas páginas no pretendemos profundizar en unas relaciones que se remontan al IV milenio, perduran en el Imperio Romano y contínuan con el mundo árabe[35]. Nuestra intención es reflejar cómo los contactos, declives y reapariciones de los contactos entre las distintas áreas del Golfo y las culturas mesopotámicas estuvieron determinadas por las necesidades de éstas últimas o por las dificultades y conflictos que existieron con las regiones al Este del Tigris, el Irán. Por otra parte, y al igual que en posteriores epígrafes, nos centraremos en lo acaecido hasta mediados del II milenio, ya que con posterioridad Dilmun siguió siendo una tierra donde teníanlugar intercambios comerciales, pero el carácter fabuloso y mítico que tuvo en períodos anteriores desapareció, posiblemente no por una ausencia de contactos y relaciones, sino por ser ya un lugar conocido. En cierta medida, el Golfo Pérsico

[35] Para analizar en conjunto las relaciones del Golfo Pérsico con las culturas mesopotámicas y el período helenístico, *cf.*, Roux (1981): Liverani (1988) y Potts (1990).

recuperó su consideración como un lugar fabuloso y exótico en época helenística, cuando la exploración y conocimiento de estas tierras y, especialmente, las del valle del Indo, preocupó y ocupó a distintos exploradores y geógrafos.

Durante muchos años Dilmun y las culturas que se desarrollaron en el Golfo, han constituído un misterio para la investigación, al centrarse ésta en excavar y conocer la arqueología e historia de la llanura aluvial mesopotámica, olvidando no sólo la historia del Golfo Pérsico sino la de todas las regiones limítrofes, tendencia que en los últimos años se ha invertido, por lo que nuestro conocimiento sobre Dilmun, Magan y Meluhha puede deparar en los próximos años importantes sorpresas[36].

Los contactos entre las culturas de Mesopotamia, la isla de Bahrein -Dilmun- y la costa occidental del Golfo se remontan a la cultura Ubaid, pero éstos fueron intermitentes, existiendo una ausencia de cerámica o material Ubaid en las rutas de comunicación y comerciales del interior[37]. En íntima relación con estos primeros contactos está el llamado problema sumerio y, seguramente, los inicios de una formulación fabulosa y fantástica de aquellos lugares del Golfo con los que se establecieron estas primeras relaciones.

Las primeras referencias escritas a Dilmun las encontramos en documentos económicos de época Uruk[38], que ya reflejan el carácter comercial de las relaciones, encontrando referencias a un objeto de metal de Dilmun o a un oficial relacionado con los productos procedentes de Dilmun[39]. Por desgracia, el documento más interesante en el que Dilmun es mencionado está muy fragmentado, tratándose de una lista de términos o nombres geográficos.

La cultura Uruk se caracterizó por ampliar las rutas y regiones con las que la cultura Ubaid ya había entrado en contacto, siempre persiguiendo la obtención de materias primas[40]. Sin embargo, hasta el momento ningún objeto Uruk ha sido encontrado en el Golfo. Hacia el 3200 a.C. se produce el final de las colonias Uruk del Norte de Siria, de donde las ciudades-estado de Sumer obtenían los productos

---

36 Lo que las investigaciones han demostrado es que el viejo planteamiento de Gordon-Childe de considerar las culturas de Mesopotamia y del Valle del Indo como focos culturales aislados no es válida. Sin embargo, en los últimos años ha existido una corriente historiográfica que, en cierta medida, puede considerarse tan extremista como la de Gordon-Childe, otorgando a las culturas del Golfo tanta importancia para el desarrollo de la humanidad como a los Sumerios, Acadios y demás pueblos mesopotámicos. En las próximas páginas intentaremos demostrar que un punto intermedio es posiblemente el más valido, debiendo tener siempre presente que, a pesar de la autonomía y valores que las culturas del Golfo pudieran desarrollar por sí mismas, su historia, prosperidad y existencia estuvo en gran medida determinada por la existencia de unos poderes políticos en la llanura mesopotámica que demandaran productos de dichas regiones, especialmente el cobre de las montañas de Magan.

37 Oates (1986).

38 Englund (1983), Nissen (1986).

39 Estos textos, como la mayoría de los procedentes de Uruk, tienen un marcado carácter comercial, *cf.*, Nissen (1986). En total Dilmun es mencionado en once documentos.

40 La importancia del comercio de este período queda de manifiesto en la amplitud geográfica de los mismos, desde el Golfo hasta Egipto, *cf.*, Moorey (1990).

demandados, algo que, lógicamente, no haría que éstas dejaran de buscar nuevas regiones donde obtener esos productos. Es así como comienzan a adquirir importancia los contactos con el Este, que suplen con cobre y piedra a las ciudades sumerias durante el Dinástico Antiguo I. Pero los contactos con el Golfo no desaparecieron, como demuestra el hallazgo de materiales sumerios del Dinástico Antiguo II en la península de Oman -Magan-[41]. Así, las ciudades sumerias obtenían la piedra en un arco que iba desde Anatolia hasta la península de Oman.

Sin embargo, a pesar de las referencias en los textos y del hallazgo de algunos materiales, poco conocemos sobre los contactos anteriores al 2500 a.C, lo que puede explicarse porque las relaciones con Susa y el Elam no eran del todo malas en este período o, como señala Potts, al cambio en el nivel de las aguas del Golfo que, al aumentar su caudal, ha sumergido los asentamientos históricamente anteriores[42]. Igualmente, existe otra posibilidad y es que, con anterioridad al período de florecimiento de Dilmun, finales del III milenio, los principales contactos se establecieran con la costa arábiga, explicando ello la mayor presencia de objetos mesopotámicos en esas costas que en la propia isla de Bahrein[43], algo que confirmaría que Dilmun no respondería a un territorio concreto, sino a una amplia región con la que se tenían contactos y que, en cierto momento histórico, tuvo su centro en Bahrein.

En este primer estadio de los contactos, es importante señalar que, posiblemente ya en este momento histórico el cobre de Magan, no mencionado en las fuentes, llegara a las distintas ciudades-estado sumerias a través de Dilmun.

A partir del 2500 a.C., los contactos e importancia de Dilmun serán más patentes, algo en íntima relación con las malas relaciones con el Elam, a pesar de la opinión de Rice de que las relaciones e intensidad de los contactos con Dilmun en ningún momento se vieron afectados por acontecimientos como la caída o desaparición de las colonias Uruk[44]. Así, T. Potts señala que el aumento de los intercambios con Dilmun está más en relación con las dificultades por obtener productos en el Este que con un deseo de incrementar los contactos con el Golfo[45].

Este último es un aspecto importante ya que, sin olvidar las posibles tensiones militares, no hay que olvidar que en el comercio antiguo los rendimientos y beneficios eran mayores si el intercambio se realizaba por mar. Las primeras menciones en los textos a Magan son del período acadio, lo que puede relacionarse con que la Península de Omán era la región más próxima a la costa del Irán, de donde con anterioridad procedían los productos. La inestabilidad política está reflejada en el mito de *Enki y el orden del mundo*, donde se recoge que el Elam era hostil al tráfico comercial del Golfo, por lo que Enki bendice en primer lugar a Meluhha y des-

---

41 Potts (1986).

42 Potts (1993a), 180.

43 Larsen (1983), 16-7.

44 Rice (1994).

45 T. Potts (1993), 394.

pués a Dilmun, terminando con la destrucción de las casas y murallas del Elam y Marhashi.

Durante el período acadio, tenemos las primeras referencias escritas a Magan y Meluhha en la famosa mención de Sargón de Accad, al mismo tiempo que Manihtushu y Naram-Sin obtienen piedras procedentes de Magan.

Pero a partir de este período acadio puede detectarse una nueva tendencia en las culturas mesopotámicas, haciendo cada vez más hincapié los textos en los productos que se obtienen mediante el botín[46]. A pesar de ello, a comienzos del II milenio Dilmun sigue siendo un próspero lugar, produciéndose entonces la colonización de la isla de Failaka, anteriormente deshabitada, probablemente por estar más próxima a las ciudades mesopotámicas y facilitar así el tránsito comercial. Al respecto, en este mismo momento histórico están presentes en las márgenes de Mesopotamia y del Golfo los Amorritas, apuntados por algunos como los verdaderos causantes de la aparición del Estado de Dilmun[47].

Respecto a Magan y Meluhha, son lugares mencionados en la fuentes acadias pero, arqueológicamente la influencia u objetos mesopotámicos hallados, por ejemplo en Magan, disminuyen, un fenómeno contrario a la que los textos reflejan[48]. Esta contradicción puede ser entendida como un ejemplo de los reyes acadios por recuperar tradiciones antiguas y presentarse como herederos legítimos en el poder o, símplemente, una prueba más de frases y conceptos inherentes a un imperialismo como el acadio.

Durante la III dinastía de Ur y el período de Isin-Larsa, el comercio con Dilmun es importante, como demuestran las menciones a expediciones y productos de Dilmun de Gudea de Lagash. Igualmente, es importante señalar el papel que en lapso de tiempo desempeñaron los Martu, que en la documentación aparecen íntimamente relacionados con Dilmun, sus productos y comerciantes[49].

Con la Babilonia de Hammurabi, el tráfico comercial continúa, apareciendo en estos momentos la ciudad de Mari. Así, una carta de Yasmah-Addu de Mari a Hammurabi nos indica como una caravana enviada desde Mari a Dilmun permanecía retenida en Babilonia.

Con posterioridad al período conocido como de Isin-Larsa y la época paleobabilonica -tiempos de Hammurabi-, (2000-1750), Dilmun desaparece de la documentación. En una inscripción de Samsuliluma (1744) encontramos, "*12 medidas de cobre puro de Alasia y Dilmun*", lo que refleja que el cobre comienza a ser obtenido de la otra gran fuente de la Antigüedad, esta vez en el Mediterráneo, Alasia -Chipre-.

Dilmun vuelve a recuperar su papel de centro comercial con los Casitas en la segunda mitad del II milenio, pueblo que se caracterizó por un programa de recons-

---

46 T. Potts (1993), 395.

47 Hojlund (1989).

48 Cleuziou (1986).

49 Zarins (1986).

trucción de antiguos templos pero, posiblemente, las relaciones que se establecieron entre las culturas del Golfo y los Casitas tienen mucho que ver con la dinámica internacional de la época ya que, no hay que olvidar, por entonces Egipto luchaba con distintos poderes por el control del norte de Siria y de las rutas comerciales, no pudiendo los Casitas acceder directamente al Mediterráneo, por lo que posiblemente tuvieron que abrir antiguas rutas abandonadas con el tiempo. A este período casita pertenece la ciudad III de Qal'at al-Bahrain, no pudiéndose determinar con exactitud si los reyes casitas establecieron un control militar o político en el Golfo.

Dilmun

A lo largo de toda la historia de Mesopotamia, Dilmun es conocida, mencionada y considerada como un importante centro comercial, apareciendo en los textos literarios, especialmente sumerios, como un lugar de prosperidad y alegría, pudiendo en ocasiones relacionarse con la vida eterna, algo que ha propiciado su equiparación, o comparación, con el paraíso bíblico[50].

Pero si algo ha contribuido al misterio de Dilmun, más que las menciones a sus exóticos productos, es el llamado *problema sumerio.* ¿Cuál fue el origen de la primera sociedad urbana de la humanidad?, ¿de dónde procedían los sumerios?. Estos interrogantes, planteados ya por Kramer[51] se han intentado resolver de variadas formas, siendo una de ellas la hipótesis de que los Sumerios procedieran de ese lugar mítico y fabuloso citado en sus textos, Dilmun.

Con el paso del tiempo, la denominación de Dilmun va cambiando al mismo tiempo que las lenguas dominantes en la región, por lo que en acadio será denominada Tilmun, término que ha contribuído al debate sobre el origen de los Fenicios, no solo por las similitudes lingüísticas con Tiro, sino por las propias afirmaciones de Heródoto y Estrabón al respecto.

Dilmun ha pasado a la historia como la región de donde Mesopotamia obtenía variados y exóticos productos; cobre, lapislázuli, madera, lino, dátiles... pero algunos de ellos, por no decir la mayoría, no procedían siempre de Dilmun, sino de lugares más lejanos, Magan y Meluhha.

Localización de Dilmun

Durante décadas, al igual que sucedía con el país de Yam o el de Punt en Egipto, la investigación ha querido ubicar, concretar o individualizar todos y cada uno de los términos geográficos que son mencionados en los textos. Es por ello que, si bien

---

[50] La forma sumeria de Dilmun es *NiTuk.*

[51] Kramer (1963).

Dilmun puede hacer referencia a la isla de Bahrein, algunos han planteado la posibilidad de que el término haga referencia también a regiones próximas a esta isla, englobando una amplia región de donde se podían obtener diversos y preciosos materiales con los que después comerciar[52].

El debate sobre la exacta ubicación de esta mítica tierra comenzó a finales del Siglo XIX, con el hallazgo de un cono de piedra por el Capitán Durand en la isla de Bahrein, lo que favoreció la identificación Dilmun-Bahrein[53]. Igualmente, las menciones de Heródoto y Estrabón respecto al origen de los Fenicios contribuyeran a fomentar la leyenda sobre unas regiones desconocidas arqueológicamente que, aparentemente, no habían desarrollado importantes formas políticas de poder, pero que a lo largo de la historia de la Antigüedad aparecían mencionadas siempre en relación con aspectos fabulosos y exóticos. Por último, el descubrimiento de las culturas predinásticas en Egipto y la constatación de unas influencias mesopotámicas en los primitivos estadios culturales de Egipto, provocó que Petrie, el padre de la Egiptología científica, apuntara las posibles relaciones entre el Golfo y Egipto para explicar dichas influencias mesopotámicas, hipótesis que en los últimos años ha recuperado Rice[54].

En los textos[55], como en un cilindro de arcilla de Assurbanipal, encontramos frases como *"Dilmun en el medio del Mar inferior"*[56], o en textos de Sargon II *"Uperi, rey del Dilmun, cuyo lugar de descanso esta a 30 horas dobles como un pez en el medio del océano del sol naciente"*, aplicándose la equivalencia con la isla de Chipre, también mencionada como en medio del mar. Es por ello que para Rice el hecho de que se haga la referencia a Tiro como en el centro del mar puede confirmar las opiniones de Heródoto y Estrabón sobre el origen de los Fenicios, tomando como apoyo la afirmación de Estrabón, en relación con la Odisea, de que los habitantes de Sidón citados no eran de dicha ciudad, sino del Golfo Pérsico[57].

Dilmun también puede hacer referencia a la isla de Failaka, donde existió un templo a Inzak[58], dios de Dilmun[59], pero Alster piensa que, si bien se trata de un templo para un dios de Dilmun, éste debe ponerse en relación con las expediciones comerciales a Mesopotamia siendo éste un templo donde pararían los comerciantes en su camino hacia Mesopotamia[60].

En cualquier caso, el término Dilmun seguramente no haga referencia exclusivamente a la isla de Bahrein, sino también a la costa oriental arábiga y, por supues-

---

52 Burrows & Deimel (1928).

53 Durand (1880), Rawlinson (1880). El debate en gran medida fue reavivado por Kramer (1963), 281-4 al pensar que Dilmun pudo hacer referencia a las culturas urbanas del Pakistan y la India.

54 Petrie (1939), Rice (1990, 1994).

55 Edzard *et alli* (1977).

56 Luckenbill (1970).

57 Rice (1994:20).

58 Nombre en acadio del dios sumerio Enshag.

59 Kjaerum (1980), Hojlund (1981).

60 Alster (1983), 45.

to, a la isla de Failaka. Así, los hallazgos de cerámica Ubaid o Jemdet Nasr en la costa de Arabia confirman que los contactos no sólo se establecieron con la isla de Bahrein. Todo parece indicar que Dilmun hacía referencia a una región donde podían obtenerse diversos productos, pero cuyos limites no son estáticos, sino móviles[61].

A la hora de analizar Dilmun o, por norma general, cualquier otra tierra fabulosa de la Antigüedad, sabemos cómo los mesopotámicos denominaban al lugar, pero no como se denominaban o qué pensaban los habitantes de dicho lugar. Es por ello que Nashef, piensa que Dilmun hace referencia a una ciudad, posteriormente aplicado de forma genérica a una región[62].

En íntima relación con esta problemática está lo que Gould y White denominan *mapas mentales*[63], y donde podría encuadrarse Dilmun y, por qué no, a Magan y Meluhha. Estos mapas mentales incluyen nociones, ideas y juicios de valor sobre lugares que los redactores o creadores de los mismos pueden no haber visto nunca o, en ocasiones, no haber existido nunca. Este último puede ser el caso de la ciudad de Arrata, mencionada en el título de una de las composiciones literarias sumerias más conocidas y cuya localización e historicidad ha preocupado durante décadas a la investigación. Sin embargo, y como señala Michalowski es una ciudad que puede no haber existido nunca, ya que lo que lo que la composición literaria persigue es demostrar la superioridad de la cultura de Sumer[64]. Ello no prueba que Dilmun no existiera, pero sí que posiblemente el término hiciera referencia a una región, prácticamente desconocida para toda la población de Mesopotamia, donde era posible la obtención de diversos productos, pero sin que ello implique unos limites fijos y estáticos a lo largo de la historia, sino cambiantes a medida que las circunstancias cambiaban.

Dilmun y el "problema sumerio"

Desde su descubrimiento, el origen de la primera cultura de la humanidad fue debatido. A ello contribuyó, por un lado, que la región donde se desarrollaron las ciudades sumerias apenas había estado ocupada en períodos anteriores y, especialmente, que muchas de las palabras sumerias que hacen referencia a la minería, actividades agrícolas, etc., denotaban un origen externo a los Sumerios. Sin embargo, en los últimos años ya es aceptado que los sumerios no eran extranjeros y que se

---

61 Un intento reciente ha sido el de Thapar (1975 y 1983) de identificar Dilmun, Magan y Meluhha con las Indias Occidentales, basándose que en las fuentes indias del Primer milenio los nombres sumerios de estas tierras podrían ser Aparanta, Surastra y Sindhu/Suvira, posibilidad criticada por During-Caspers y Govindankutty (1978).

62 Nashef (1983, nota 1).

63 Gould & White (1974).

64 Michalowski (1986).

remontan a la población Ubaid, a pesar de ello, Rice no ha dejado se apuntar los aspectos que pueden hacer pensar en una influencia del Golfo, y más concretamente de Dilmun, en los avances de la cultura sumeria[65].

En el centro de dicha polémica está el dios Enki, la principal divinidad sumeria cuyo culto tenía como centro la ciudad de Eridu. Sin embargo, Enki es el dios más sumerio de todos, por lo que defender, o intentar encontrar un origen externo de esta divinidad es difícil.

En mi opinión, la hipótesis de Rice descansa en una interpretación errónea de los mitos de Enki donde esta divinidad aparece relacionada con Dilmun[66]. Así, interpreta la actividad de Enki en una región externa a la llanura aluvial como prueba de un posible origen externo de su culto, pero el argumento puede ser el contrario: Enki aparece relacionado con Dilmun y la actividad comercial en el Golfo precisamente por ser una divinidad sumeria, integrando así esas regiones externas en el mundo conocido. Como veremos, las principales divinidades de Dilmun están íntimamente relacionadas con Enki, pudiendo ser manifestaciones suyas en esas tierras. Por otro lado, el que la ciudad de Enki sea Eridu, la más al Sur de todas las ciudades sumerias y, por ello, la que tenía mayores facilidades para acceder al tráfico comercial en el Golfo, no es una prueba de la relación Dilmun-Eridu en el sentido de un origen en el Golfo de la población sumeria.

Además, Rice no tiene en cuenta la posibilidad de que, a pesar de la fragmentación política existente a lo largo de todo el Dinástico Antiguo en Sumer y la existencia de contínuos y prolongados conflictos en el tiempo, en ocasiones acciones de gobierno como la política exterior, o la dilucidación de conflictos entre ciudades, pudieron ser decisiones conjuntas tomadas por representantes de todas y cada una de las ciudades sumerias[67], ya que si no no se entendería, por ejemplo, la extensión, tanto geográfica como de esfuerzo, que representaron acciones como la expansión Uruk, o el mismo establecimiento de relaciones con Dilmun.

Por último, y al igual que en muchos otros aspectos a lo largo de su último libro, Rice apunta posibilidades teóricamente planteadas por otros investigadores sin dar una referencia concreta de las mismas. Un ejemplo de ello puede ser lo dicho al referirse al crecimiento demográfico de la ciudad de Uruk en la segunda mitad del IV milenio[68], puesto en posible relación con una llegada de población del Sur, del golfo, y señalando la relación de Gilgamesh con Dilmun. Sin embargo, y a pesar de ser cierto el aumento demografico en Uruk, la historicidad de Gilgamesh es muy tardía, segunda mitad del III milenio, por lo que la inclusión de Dilmun en el ciclo de Gilgamesh puede responder más a la existencia de unos contactos comerciales y el deseo de integrar esa tierra que con la llegada de población del Sur.

---

[65] Rice (1994).
[66] Rice (1994).
[67] Postgate (1992).
[68] Rice (1994), 90.

Dilmun como tierra fabulosa y el tema del paraíso

A la hora de entender el significado y función que Dilmun tuvo en las culturas mesopotámicas, debemos tener presente que las referencias a Dilmun no solamente están presentes en textos míticos, sino también en documentos económicos, algo que, por ejemplo, no sucede con los países y regiones ubicados al Este de Mesopotamia.

La visión mitica, fabulosa y exótica de Dilmun tiene su origen en los mitos sumerios, apuntándose en ocasiones su identificación con el Eden o paraíso, al describirse a Dilmun como un lugar limpio donde los dioses habitan y descansan. Dilmun es denominada como "*el lugar donde el sol nace*", pero también como la tierra de los vivos, *Kirlu Ti-La* en sumerio. A esta imagen de Dilmun también ha contribuido, como era de esperar, el relato bíblico, ya que historias como la del Diluvio universal o la del paraíso entroncan con la tradición mesopotámica de dónde surgió el pueblo de Israel. En menor medida, el debate sobre el origen de los Fenicios también ha incidido en la consideración fabulosa de Dilmun, debido a lo expresado en el libro de Ezequiel (27, 3-4) sobre la equiparación de Tiro con el Eden, y la posibilidad de que Tilmun, la forma acadia de Dilmun, sea el origen de Tiro.

La consideración fabulosa de Dilmun viene motivada, principalmente, por tres aspectos: la creencia de ser el lugar donde se reposaba tras la muerte, ser el lugar donde reside Ziusudra, el único superviviente del diluvio y prototipo de la figura bíblica de Noé, y lo relatado en el mito de *Enki y Ninhursag*.

A) Dilmun como puerta de la inmortalidad.- Basándose en las composiciones míticas sumerias y en los miles de túmulos encontrados en la isla de Bahrein, datables a finales del III milenio y comienzos del II, el período de florecimiento de Dilmun, Lamberg-Karlovsky señaló que Dilmun debe considerarse como el lugar a donde iban a descansar los cuerpos y almas de los habitantes de las ciudades-estado sumerias, apoyándose en la mítica figura de Ziusudra que con posterioridad al diluvio habita en Dilmun, donde además irá el héroe mesopotámico por excelencia, Gilgamesh, en búsqueda de la planta que le otorge la eterna juventud[69].

En líneas generales esta hipótesis no ha sido aceptada. El número de enterramientos puede llegar y superar los 150.000 convirtiéndola en la necrópolis más grande del Próximo Oriente, existiendo en ocasiones la posibilidad de que se realizara más de un enterramiento en el mismo túmulo. Este elevado número de tumbas no influyó en la idea de Bibby de que esta inmensa necrópolis fue utilizada solamente por la población de Dilmun[70], pero Lamberg-Karlovsky lo utiliza como prueba de su hipótesis, ya que difícilmente la población de Dilmun sería tan numerosa. Los ajuares son muy pobres, lo que contrasta con la elaborada arquitectura en piedra con que están realizadas las tumbas, además de no encontrarse objetos mesopotámi-

---

69 Lamberg-Karlovsky (1982, 1986).

70 Bibby (1969).

cos en los ajuares[71]. Esta es una de las críticas realizadas a la hipótesis de Lamberg-Karlovsky: si Dilmun es sinónimo de riqueza, productos exóticos y lugar de descanso eterno, ¿por qué los ajuares son tan pobres?. Igualmente, muchas de las tumbas no presentan signos de haber sido nunca ocupadas, algo que Lamberg-Karlovsky explica por que eran realizadas para el espíritu de la persona, para servir de casa para la persona que moría lejos[72].

Las críticas a esta hipótesis han sido variadas, pero casi todas ellas coinciden en señalar que en ningún texto sumerio, o de otra cultura que haya tenido importantes contactos con Dilmun, se hace referencia a una posible emigración, o viaje, para ser enterrado en Dilmun. Pero, la crítica más importante es la referida a que si en verdad existió dicha práctica, ello implicaría una concepción del más allá muy diferente de la que siempre se ha señalado para las culturas mesopotámicas, donde el propio héroe Gilgamesh tiene finalmente que renunciar a sus aspiraciones de vida eterna y conformarse con sufrir las consecuencias de su tercera parte humana: la muerte e imposibilidad de acceder a una vida futura[73].

B) Según el diluvio sumerio, Ziusundra fue establecido en Dilmun por los dioses tras el diluvio que destruyó a la humanidad. Sin embargo, en ningún momento el mito hace referencia a la muerte de Ziusudra, él sólo vivirá allí eternamente[74], ningún texto menciona o relaciona a Dilmun como un lugar donde muere persona alguna.

C) El mito de Enki y Ninhursag ha sido interpretado como una prueba de la consideración, o equiparación, de Dilmun como el paraíso, pero el análisis de Alster da una interpretación opuesta[75]. Así, el celebre pasaje donde no hay ningún peligro o animal depredador, puede interpretarse en realidad como una situación en la que no existía nada. Así, piensa que el mito pudo tener como escenario los pantanos del Sur de Mesopotamia, más que Dilmun, simbolizando que el culto a Enki se extiende a Dilmun.

Por último, en relación a la consideración de Dilmun como el lugar donde estaba el paraíso y desde donde Enki creó el mundo, Rice apuntó las similitudes entre los mitos de creación mesopotámicos y egipcios, en el sentido de que la creación se había realizado desde una isla, en el caso de Egipto la llamada colina primogénita[76]. Sin embargo, estas similitudes en ningún momento deben interpretarse como prueba de unas relaciones o influencias de las poblaciones del Golfo en la filosofía y pensamiento de los egipcios.

---

[71] Al respecto podría aducirse que la mayoría de las tumbas han sido robadas a lo largo de la historia, pero aun así es significativo que no se encontrara un solo objeto ajeno a la tradición cultural de Dilmun.

[72] Lamberg-Karlovsky (1986).

[73] Además, las prácticas funerarias mesopotámicas están muy lejos de poder confirmar la teoría de Lambert-Karlovsky, *cf.*, Crawfort (1991), 103-24.

[74] Alster (1983), 53.

[75] Alster (1983), 55-60.

[76] Rice (1986).

Dilmun. Sus productos y dioses

Los productos obtenidos de Dilmun son variados: lino, madera, dátiles, perlas, cobre, etc., pero no todos ellos se obtenían en Dilmun, muchos procedían de otras regiones, actuando Dilmun como centro de intercambio.

En la mayoría de los textos referidos a Dilmun encontramos que uno de sus productos más exóticos era la palmera, que pronto se convirtió en un símbolo de fecundidad y como tal es representada en la glíptica[77], y sus frutos, dátiles, que eran muy importantes en la dieta alimenticia de los antiguos Sumerios. Con el paso del tiempo, y a pesar de ser cultivada en Mesopotamia, Dilmun seguiría siendo por excelencia la tierra de los dátiles y las palmeras, siendo un motivo presente cuando se quiere resaltar la antigüedad de una ciudad[78].

El conocimiento y valoración de los productos obtenidos a través de Dilmun no se limitó a Sumer, sino que alcanzó el Norte de Siria, siendo Dilmun mencionada en las tablillas de Ebla[79], constituyendo ello una prueba de la amplitud de los contactos en el mundo mesopotámico y un reconocimiento a Dilmun como centro comercial.

Con anterioridad ya nos hemos referido a la idea de que Mesopotamia pagaba sus importaciones o necesidades de materias primas con productos agrícolas, pero esta posibilidad ha sido negada por Potts[80] quién, al igual que Rice[81], tratan en sus obras de equiparar a las culturas del Golfo con las desarrolladas en Mesopotamia, no pudiendo aceptar por tanto la existencia de un intercambio tan desigual. Así, Potts ataca los planteamientos de During Caspers de que, por ejemplo, Magan no disponía de los recursos agrícolas necesarios para sostener a una creciente población embarcada en la extracción de cobre y su comercio con Mesopotamia[82]. Para ello, Potts se basa en los estudios realizados en los enterramientos de Oman que muestran una dieta alimenticia que nada tiene que ver con los cereales mesopotámicos. Sin embargo, sí acepta el envió de textiles manufacturados y aceite.

En relación con los productos comerciados encontramos en íntima relación a distintas divinidades, en especial a Enki, pero también a dioses de Dilmun que, no sólo son mencionados en los textos y mitos, sino de los que también tenemos conocimiento a través de sus templos o lugares de culto en distintas ciudades de Mesopotamia, e incluso en Susa[83], algo que no debe sorprender por cuanto en la Antigüedad, y pese a las legislaciones existentes protegiendo el comercio y las transacciones comerciales, los peligros seguían siendo muchos, más después de haber

77 Amiet (1980).

78 Kramer (1944).

79 Pettinato (1983).

80 Potts (1993b).

81 Rice (1994).

82 During Caspers (1989).

83 Vallat (1983).

realizado un viaje peligroso y largo, por lo que el intercambio es puesto bajo la protección divina.

Las principales divinidades de Dilmun fueron Inzak y Meskilak. El primero es generalmente denominada Inzak de Agaru, posible referencia a la región de Bahrein de donde procedía su culto, conociéndose una única mención a Inzak de Dilmun[84].

Pero la divinidad más importante, y que centra la atención de la investigación, es Enki, relacionado como hemos visto con el llamado problema sumerio. Nashef señala que nada indica la existencia de un culto a Enki en Dilmun[85], debiéndose entender las menciones en sellos de la isla de Failaka a Enki como resultado de la proximidad entre Eridu y esta isla, y la asociación entre Enki y Dilmun solo puede producirse tras un largo período de contactos comerciales, identificándose entonces a Inzak y Meskilak con Enki y Damgalnuna, la pareja divina de Eridu. Como señala Nashef al referirse a las menciones míticas sumerias respecto al paraíso de Dilmun, es claro que estas composiciones son el resultado de diversos procesos mentales y, difícilmente, son la fuente correcta para obtener una información histórica sobre Dilmun[86].

En el centro de estas consideraciones de Nashef, y otros investigadores, están dos composiciones literarias; *El mito de Enki y Ninghursa* y *Enki y el orden del mundo*[87]. En ambas composiciones, Dilmun es mencionada como una tierra bendecida por los dioses y en unos términos que han hecho pensar en una equiparación de Dilmun con el paraíso. Sin embargo, esta relación de Enki con Dilmun deben entenderse, en nuestra opinión, como el resultado del deseo de las ciudades sumerias, en especial Eridu, de integrar aquellas tierras del golfo con las que mantenían relaciones comerciales en el orden, en su mundo conocido, y no como prueba de un posible origen de Enki en el golfo. Dilmun está siendo integrada por una divinidad, pauta común en todas las culturas, al mismo tiempo que su relación con Dilmun garantiza la validez de los intercambios y los protege.

Dilmun como "port of trade"

Las islas que componen el archipiélago de Bahrein disfrutan de una posición estratégica en el Golfo Persico, convirtiéndolas en un centro indispensable para el comercio y el trafico marítimo a lo largo de toda la historia de la región. A su privilegiada geografía, hay que unir que sus tierras proporcionaban agua fresca y productos agrícolas con los que ayudar a los barcos que navegaban por esas aguas. Ade-

[84] Nashef (1983), 1-2.
[85] Nashef (1983), 6.
[86] Nashef (1983), 5.
[87] Berlin (1983).

más, su estrategica posición le permitía actuar como centro receptor de productos procedentes de lejanas tierras como Magan o Meluhha y distribuirlas posteriormente a los Estados mesopotámicos[88].

Analizando los mitos, observamos que Dilmun está dotado de un aura fabulosa, algo que no encontramos sin embargo en relación con Magan y Meluhha, lugares más lejanos y distantes y de donde, significativamente, provienen la mayoría de los productos que Dilmun proporciona a Sumer y Accad. Como apunta Michalowski la razón de ello puede estar en que Dilmun está lo suficientemente lejos para que casi nadie haya viajado allí nunca, aunque sí lo suficientemente cerca como para propiciar el contacto con Sumer[89], confirmando ello que Dilmun, a pesar de tener una localización concreta en algunos textos, es una construcción mental, un nombre sin una relación directa con un lugar concreto.

La consideración de Dilmun como un centro comercial que servía de intermediario en el tránsito de mercancías a Mesopotamia, encuentra un apoyo en el importante templo de Barbar de la isla de Bahrein[90], donde pudieron tener lugar muchos de los intercambios.

Referencias a comerciantes de Dilmun son conocidas en el archivo de Mari o el más importante de Ur. El problema esta en determinar si estos comerciantes eran de Dilmun o, por el contrario, eran mesopotámicos. Al respecto, es interesante la hipótesis de Potts de que la denominación del templo de Barbar es sumeria, llamada así por ser el templo de extranjeros en Dilmun[91]. Si ello es aceptado, el papel del templo de Barbar como lugar de adoración de los comerciantes que están lejos de su casa[92] y, lo que es más importante, como lugar donde se realizarían los intercambios, adquirirá una mayor consistencia[93].

En el templo, en sus diferentes fases, no se ha encontrado dedicación alguna. Sin embargo, arquitectónicamente, especialmente en lo referido a los Templos I y II, su forma oval recuerda a un estilo provincial sumerio[94]. Igualmente, las técnicas de masoneria del templo II, confirman que artesanos de Magan pudieron participar en su construcción, presentando similitudes con las técnicas utilizadas en las tumbas circulares y lugares de habitación rectangulares de Oman[95], algo que confirma el

---

[88] Es por ello que en los textos encontremos ocasionalmente a Dilmun asociado con productos como el cedro, cobre u otros que en realidad no podían obtenerse en él, algo que explica en gran medida el debate que siempre ha existido sobre la identificación de Dilmun.

[89] Michalowski (1986), 134.

[90] El papel de los templos como garantes de los intercambios ya ha sido mencionado,

[91] Potts (1983).

[92] No hay que olvidar que las principales divinidades de Dilmun tienen su contrapartida sumeria, *cf.*, Nashef (1983).

[83] La posibilidad de que Barbar sea un nombre sumerio se basa en la palabra sumeria *bar*, que significa extranjero, en acadio *barbaru*. Al respecto, hace años Weidner (1913) apunto la posibilidad que el término barbaro del mundo griego procediera de una duplicación del sumerio *bar*.

[84] Andersen (1986).

[95] Doe (1986).

papel de Dilmun como centro intermedio, no sólo en el trafico comercial, sino también en técnicas de construcción, etc.

Pero esa función de Dilmun como *port of trade* también puede ser aplicada, aunque en menor medida, a Magan si, como todo indica, muchos de los productos que en los textos aparecen como procedentes de Magan, en realidad procedían de Meluhha[96], siendo llevados a Magan para ser comerciados, siendo posteriormente trasladados al *port of trade* por excelencia, Dilmun.

Al respecto, puede resultar significativo que en todos los textos, el orden de mención sea Dilmun, Magan y Meluhha, del más próximo al más lejano, siendo la única excepción la mención de Sargón de Acad a los barcos procedentes de Meluhha, Magan y Dilmun, indicando en este sentido el trayecto de los barcos. No hemos de olvidar que es durante el período acadio cuando las relaciones, o al menos las menciones en los textos, con Magan y Meluhha están documentadas.

Pero el papel de Dilmun como *port of trade* está también confirmado por el hecho de que en ningún texto se hace referencia a Dilmun como un país montañoso o donde existan bosques, características propias de Magan y Meluhha, siendo por ello que en el propio mito de *Enki y el orden del mundo* se diga que Magan y Meluhha proporcionaban madera a Dilmun para la construcción de los barcos. Tampoco Dilmun tenía entre sus recursos o productos cobre ni madera, dos de los productos demandados por Mesopotamia y que sí eran abundantes en Magan y Meluhha, pero que en la imaginación quedaron ligados a Dilmun por ser allí desde donde se embarcaban camino de Mesopotamia, ya que el producto de Dilmun eran los dátiles.

Un aspecto a considerar es la estructura de los intercambios, los cuales presentan importantes diferencias con el comercio establecido por las colonias Uruk en el IV milenio. Así, no se han encontrado, todavía, ciindros sellos, tablillas o asentamientos sumerios en el Golfo, indicando ello que en ningún momento se establecieron colonias ni hubo, posiblemente, un desplazamiento importante de población hacia el Golfo. Por ello, el comercio pudo estar en manos de la propia población de Dilmun, adquiriendo así sentido las referencias a los barcos de Dilmun y las referidas a las caravanas de Dilmun. En íntima relación con esa ausencia de actividad colonial en el Golfo, puede estar ese aura de tierra fabulosa que Dilmun conservo con el paso del tiempo, ya que el desconocimiento físico de la misma propiciaba que su visión idílica se conservara.

Por último, debemos hacer referencia a los sistemas de medida empleados en las transacciones comerciales y que, significativamente, confirman la consideración de Dilmun como centro intermediario en el comercio. Según muchos de los textos conservados, además de los hallazgos arqueológicos, las unidades de medida utilizadas eran las de Harappa, es decir, Meluhha[97].

---

[96] Weiserber (1986).

[97] Roaf (1982).

Magan

Magan es una tierra a mitad de camino entre Mesopotamia y las civilizaciones del Valle del Indo -Meluhha-. Por lo general, estos dos nombres designan entidades históricas y geográficas concretas, pero ocasionalmente adoptan un aura legendaria y fabulosa, localizándose en los límites del mundo[98].

Identificada con la Península de Oman, también existe la posibilidad de equipararla con Makkran, en la costa del Iran. Al igual que sucedera con Meluhha, la documentación mesopotámica nos ilustra como términos utilizados para referirse a unas tierras lejanas pueden hacer referencia a tierras distintas y lejanas entre si, ya que en la documentación del primer milenio a.C, Magan será utilizado para referirse a Egipto y Meluhha a Nubia.

La primera mención a Magan en los textos se produce en la famosa mención de Sargon de Acad a los barcos de Dilmun, Magan y Meluhha, realizando posteriormente Manistusu y Naran-Sin campañas contra Magan[99].

Sin embargo, el botín teóricamente obtenido por Naran Sin durante su campaña a Magan puede entenderse como una prueba más de que los términos de Dilmun, Magan y Meluhha no siempre deben identificarse con lugares concretos y fijos. Así, uno de los principales objetos obtenidos como botin es el alabastro, pero la Península de Oman, la identificación de Magan, carece de este producto, lo que lleva a Potts a pensar que la campaña de Naran-Sin se realizó en realidad en la lado iranio del golfo, confirmando que Magan puede hacer referencia a ambas orillas[100].

Con posterioridad al Imperio Acadio, las relaciones comerciales fueron mayores, a juzgar por los textos de Gudea y de Ur Nammu, así como por los textos económicos de Isin-Larsa y del período Babilónico antiguo[101]. Así, en la III dinastía de Ur y en el reinado de Amar-Sin (2046-2038), encontramos la mención a un *Ensi* de Magan, algo que puede interpretarse como que Magan era en ese momento una provincia del imperio de la III dinastía de Ur.

Sin embargo, y a pesar de su creciente presencia en los textos, las influencias mesopotámicas son menores, así como el numero de objetos encontrados, algo que podría explicarse por el hecho de que Dilmun reforzaría su función de *port of trade*, siendo los contactos directos escasos o inexistentes.

En todos los estudios se señala que las menciones a Magan desaparecen tras la III dinastía de Ur, lo que no implica que productos de Magan dejaran de llegar a Mesopotamia, sino que éstos son obtenidos a través de Dilmun. Cuando en el 1700 a.C. Dilmun dejó de proporcionar cobre a Babilonia, la actividad en la península de

---

98 Gelb (1970).

99 La campaña de Naran-Sin, según reflejan los textos, fue como consecuencia de una rebelión contra los acadios, *cf.*, Grayson (1976). Sobre las inscripciones reales acadias, *cf.*, Sollberger & Kupper (1971).

100 Potts (1986b).

101 Cleuziou (1986).

Oman no se reanudó hasta mucho tiempo después, volviendo a aparecer en las fuentes con Tukulti-Ninurta I (1243-1207)[102].

Esta interpretación, basada en la ausencia de menciones en los textos y de evidencia arqueológica en la Península de Oman, puede cambiar en cualquier momento. Así, algunos hallazgos realizados en Tel Abraq pueden relacionarse con la existencia de contactos entre Magan y el Elam, al mismo tiempo que objetos familiares a una tradición procedente de Dilmun se encuentran en Magan a comienzos del II milenio[103]. Pero estos datos son escasos aún, y su interpretación difícil, pero la posible aparición de objetos con una tradición originaria en Dilmun no debería sorprender si recordamos que Dilmun actuó de intermediario.

Los principales productos que son obtenidos de Magan son el cobre y la diorita, siendo ésta última la piedra utilizada para las grandes obras artísticas, como la estela de Naran-Sin. Respecto al cobre, la importancia de Magan queda recogida en los textos que se refieren a esta tierra como *montaña de cobre*.

Meluhha

La localización de Meluhha parece estar en el valle del Indo, más concretamente en el actual Pakistán donde antiguamente se desarrolló la cultura de Harrapa, siendo los productos que de allí procedían los más variados y ricos: lapislázuli, cobre, oro y distintas clases de madera.

Al igual que sucede con Magan, las referencias a esta lejana tierra datan básicamente del período acadio donde, aparte de la famosa frase de Sargón, encontramos una tablilla en que se menciona a un hombre como *el que posee un barco de Meluhha* y en un cilindro sello *Su-ilisu, intérprete de Meluhha.* Los contactos continuaron con Gudea de Lagash, quien dice que de Meluhha vinieron hombres con madera y otros productos exóticos con los que construir el templo.

Con posterioridad, y a pesar de que en la III dinastía de Ur existen referencias en los textos a Meluhha, no hay dato alguno, arqueológico o literario, que confirme la existencia de contactos directos. Así, un análisis de los textos de Ur III[104] refleja que a diferencia de lo que sucedia con anterioridad, no hay referencia alguna a la llegada de barcos o productos de Meluhha, es más, todas las referencias hacen referencia a una villa de Meluhha donde se recogen distintas cantidades de grano como donaciones al templo, por lo que se ha pensado que estos hombres pueden ser los herederos de antiguos comerciantes, ahora establecidos en Mesopotamia y que en los textos aparecen diferenciados étnicamente[105], aunque algunos de ellos tengan nombres

---

102 Grayson (1987), 237ss.

103 Potts (1993b).

104 Parpola *et alli* (1977).

105 Parpola *et alli* (1977), 152.

sumerios. Cronológicamente, esta situación coincidiría con el final de las culturas urbanas en el valle del Indo, algo confirmado por el hecho de que las escasas referencias a productos de Meluhha se ponen en relación con los barcos de Tilmun.

En relación con esos posibles descendientes de antiguos comerciantes de Meluhha en Mesopotamia, Lamberg-Karlovsky ha introducido una variante que necesita aún confirmación pero que es plausible: los contactos de Meluhha con Mesopotamia coinciden con un período de florecimiento cultural en el valle del Indo, ¿no podría ponerse en relación el establecimiento de contactos con una expansión comercial, o colonial, de esas culturas y no como consecuencia de una ampliación del horizonte comercial mesopotámico?. En concreto Lamberg-Karlovsky equipara el proceso al que se produjo con las colonias Uruk del Norte de Siria y señala que mientras objetos del valle del Indo aparecen en Mesopotamia, no sucede al revés[106].

Meluhha puede ser uno de los mejores ejemplos de cómo muchos de los términos geográficos utilizados en la Antigüedad en relación a tierras lejanas, exóticas y fabulosas iban trasladándose según la actividad comercial, el conocimiento de dichas regiones y los contactos con otras culturas, pauta en íntima relación con los llamados *mapas mentales* mencionados al referirnos a Dilmun.

Así, Tosi ha apuntado la posibilidad de que el término Meluhha no indique un lugar geográfico concreto, sino una amplia región de lo que en las fuentes clásicas será el Mar Eritreo, llegando incluso a estar en relación con el cuerno de Africa e, hipotéticamente, llegar a tener un contacto con los barcos egipcios que iban a la tierra de Punt[107]. Esta posibilidad existe a juzgar por la documentación y la historia conocida de las culturas del Indo.

Tras las menciones a Magan y Meluhha en los textos oficiales acadios, estas regiones van desapareciendo de la documentación. En la segunda mitad del II milenio, la historia próximo oriental esta dominada por los intercambios comerciales, los tratados de paz, la lucha por ciertos territorios, etc., adquiriendo en Mesopotamia fama, o al menos cierto conocimiento, los productos que Egipto obtenía en el sur, en Nubia, lo que lleva a afirmaciones como la de Tusratta en el sentido de que en Egipto era más abundante el oro que el polvo, pero el termino Nubia o Punt no aparece en la documentación mesopotámica, pero si el de Meluhha al referirse a estos productos del Sur, confirmando que Meluhha hacia referencia, básicamente, a lo que en las fuentes clásicas se conocerá como Mar Eritreo, con especial incidencia en Nubia[108].

---

[106] Lamberg-Karlovsky (1986b).

[107] Tosi (1986), 107.

[108] EA 70,19; 95,40: 108,67; 112,20; 114,63; 117,81,91,93; 132,57; 133,17. En algunos textos Meluhha es descrita como la tierra de hombres negros. Sin embargo, no todas las referencias a estos hombres negros deben identificarse con Nubia ya que, por ejemplo, en la *destrucción de Agade* encontramos la siguiente mención: *Los Martu de las tierras altas que no conocían el grano...los Meluhitas, el hombre de la tierra negra*, en un período en el que no existía un conocimiento, o una relación, entre Egipto y Mesopotamia. Pero el debate continua, como lo confirma el último trabajo de Heinsohn (1993),

Esta traslación, o ampliación del término Meluhha, tiene su explicación en la concepción del universo mesopotámica, donde se pensaba que un gran océano rodeaba toda la tierra, aunque en realidad este se concretara en dos lugares, el mar superior -el Mediterráneo- y el mar inferior -Golfo Persico-. En este esquema mental, cualquier lago o región marítima con el que se entrara se consideraba una manifestación bien del mar superior o inferior[109], así el lago Van era una manifestación del mar superior y el Mar Rojo del mar inferior y, por extensión, del limite anteriormente establecido a ese mar, Meluhha.

Conclusión

Las diferencias entre la civilización egipcia y la mesopotámica son numerosas, pero en ambas podemos detectar una misma función de los términos que utilizan para designar las tierras lejanas donde obtenían productos fabulosos, ya que podían hacer referencia a amplias regiones, no siempre localizadas en un lugar concreto, al mismo tiempo que iban trasladándose a medida que los contactos se ampliaban o cambiaban. El Punt se refería al Mar Rojo y a la tierra situada entre la costa y el valle del Nilo en Nubia, teniendo un límite más al sur con el paso del tiempo. Respecto a Dilmun, es el único término que pudo tener unos límites más o menos establecidos, aunque no fijos, pero Magan y Meluhha, lugares que posiblemente pocos mesopotámicos visitaron, eran desconocidos, pasando con el tiempo a designar otras regiones y países con los que se establecieron contactos. Respecto a esto último, un detalle significativo es que a lo largo de más de tres mil años de historia, los mesopotámicos estaban dando forma a lo que en el mundo clásico se conocerá como el Mar Eritreo, a donde se dirigieron numerosas exploraciones, descripciones y campañas comerciales.

No quisieramos terminar nuestro viaje por estas tierras próximo orientales sin dejar en el aire una pregunta que futuras investigaciones podrán clarificar. El significado e historia de tierras como Magan y Meluhha se han analizado siempre desde la perspectiva del mundo mesopotámico, considerando que esas tierras fueron incluidas en las prácticas comerciales de Sumer. Ello se debe a que la historia antigua suele realizarse desde la perspectiva de unas entidades políticas dominantes, pero cabría preguntarse si las culturas urbanas del valle del Indo no pudieron desarrollar la misma política que aceptamos para Egipto o Mesopotamia: la exploración y obtención de productos exóticos en tierras lejanas, explicando ello la existencia de los contactos y la más que posible existencia de comerciantes de Meluhha en las ciudades sumerias. La cultura de Harappa y sus herederas, junto a las civilizaciones desarrolladas en China o Japón nos son totalmente ajenas, pero la impresión que de ellas se obtiene es que en muchos aspectos igualaron y superaron a las culturas que

109 Liverani (1990), 53.

nuestro mundo occidental considera como las primeras civilizaciones de la humanidad, Sumer y Egipto. Por ello, no deberiamos sorprendernos si en próximos años se presentaran pruebas que reflejaran la visión fabulosa, rica o, por el contrario, atrasada, de costumbres bárbaras, de las culturas mesopotámicas por parte de las civilizaciones del Valle del Indo.

BIBLIOGRAFIA

ALSTER, B. (1983), "Dilmun, Bahrain and the alleged paradise in Sumerian myth and literature", *Dilmun. New Studies in the Archaelogy and Early History of Bahrain*, D. Potts (Ed.), BBVO 2, Berlín, 39-74.

ALZAGE, G. (1989), "The Uruk expansion", *Current Anthropology* 30, 571-591.

— (1993), *The Uruk World System. The dynamics of Expansion of Early Mesopotamia civilization*, Chicago.

AMIET, P. (1979), "Archaeological discontinuity and ethnic duality in Elam", *Antiquity* 53, 195-204.

— (1980), *La Glyptique mesopotamienne archaique*, París.

— (1986), *L'âge des échanges inter-iraniens*, París.

— (1993), "The Period of Irano-Mesopotamian contacts 3500-1600 B.C.", *Early Mesopotamia and Iran. Contact and conflict c.3500-1600 BC.*, J. Curtis (Ed.), Londres 23-30.

ANDERSEN, H. (1986), "The Barbar Temple: stratiraphy, architecture and interpretation", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres 165-77.

BERLIN, A. (1983b), "Ethnopoetry and the Enmerkar epics", *JAOS* 103, 17-24.

BIBBY, T. (1969), *Looking for Dilmun*, Londres.

BUCCELLATI, G. (1966), *The Amorites of the Ur III Period*, Napoles.

BURROWS, E.. & DEIMEL, A. (1928), "Tilmun, Bahrein Paradise", *Or* 30,

CLEUZIOU, S. (1986), "Dilmun and Makkan during the third early second millennia B.C.", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 143-56.

COOPER, J. (1983), *The Curse of Agade*, Baltimore.

CORNWALL, P. (1952), "Two letters from Dilmun", *JCS* 6, 144-5.

CRAWFORD, H. (1973), "Mesopotamia's invisible exports", *World Archaeology* 5, 231-41.

(1991), *Sumer and the Sumerians*, Cambridge.

DOE, B. (1986), "The Barbar temple: the masonry", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 186-201.

DURAND, E.L. (1880), "The Islands and Antiquities of Bahrein", *Journal of the Royal Asiatic Society* 12, 189-227.

DURING CASPERS, E. (1989), "Some remarks on Oman", *Proceedings of the Seminar for Arabian Studies* 19, 13-31.

DURING CASPERS, E. & GOVINDANKUTTY, A. (1978), "R. Thapar's Dravidian Hypothesis for the locations of Meluhha, Dilmun and Makan", *JESHO* 21, 113-45.

EDENS, C. (1986), "Bahrain and the Arabian Gulf during the Second millennium B.C. Urban crisis and colonialism", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 195-216.

EDZARD, D. *et alli* (1977), *Répertorie géographique des textes cunéiformes*, Wiesbaden.
ENGLUND, R. (1983), "Dilmun in the Archaic Uruk Corpus", *Dilmun. New Studies in the Archaelogy and Early History of Bahrain*, D. Potts (Ed.), BBVO 2, Berlín, 35-7.
FRANKFORT, H., A WILSON & T. JACOBSEN, (1954), *El Pensamiento Prefilodofico*, Madrid.
GGELB, I. (1970), "Makkan and Meluhha in Early Mesopotamian Sources", *RA* 64, 1-10.
GRAYSON, A. (1976), "L'insurrection générale contre Naram-Sin", *RA* 70, 103-28.
— (1987), *Assyrian Rulers of the Third and Second Millennium BC (to 1115 BC)*, Toronto.
HALLO, W. (1992), "Trade and traders in the Ancient Near East: some new perspectives", *La Circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancien*, XXX-VIII Rencontre Assyriologique, París 351-6.
HEINSOHN, G. (1993), "Who were the Hyksos? Can archaeology and stratigraphy provide a solution to the "enigma of world history"?", *Atti VI Congresso Internazionale di Egittologia*, vol. II, Turín, 207-20.
HOJGAARD, K. (1984), "Dental anthropology in relation to the north-west coast of the Indian sub-continent in the third millennium BC", *South Asian Archaeology 1981*, B. Allchin (Ed.), Cambridge, 202-4.
HOJLUND, F. (1981), "Preliminary Remarks on the Dating of the Palace at Sa'ad wa Sa'aid on Failaka (Kuwait)", *PSAS* 11, 37-42.
— (1989), "The formation of the Dilmun state and the Amorrite tribes", *Proceedings of the Seminar for Arabian Studies* 19, 45-59.
KJAERUM, P. (1980), "Seals of Dilmun-Type from Failaka, Kuwait", *PSAS* 10, 45-53.
KRAMER, S. (1944), "The Death of Gilgamesh", *BASOR* 94, 2-12.
— (1952), *Enmerkar and the lord of Aratta*, Philadelfia.
— (1963), *The Sumerians*, Chicago.
KROLL, S. (1984), "Op zoek naar de koperindustrie van Makan", *Phoenix* 30, 10-25.
KUPPER, J. (1977), *Les Nomades en mésopotamie au temps des rois de Mari*, París.
LAMBERG-KARLOVSKY, C. (1982), "Dilmun: Gateway to inmortality", *JNES* 41, 45-9.
— (1986), "Death in Dilmun", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 157-64.
— (1986b), "Third Millennium structure and Process: from the Euphrates to the Indus and the Oxus to the Indian Ocean", *Oriens Antiquus* 25, 189-219.
LARSEN, C. (1983), "The Early Environmet and hydrology of ancient Bahrain", *Dilmun. New Studies in the Archaelogy and Early History of Bahrain*, D. Potts (Ed.), BBVO 2, Berlín, 3-34.
LARSEN, M. (1976), *The Old Assyrian city-state and itscolonies*, Copenague.
LEEMANS, W. (1959), *The Old Babylonian Merchant*, Leiden.
— (1960), *Foreign trade in the Old Babylonian period as revealed by texts from Southern Mesopotamia*, Leiden.
LIMET, h. (1972), "L'étranger dans la societé sumérienne", *Gesellschaftsklassen im Alten Zweistromland und in den angrenzenden Gebieten*, D.O. Edzard (Ed.), Munich 123-38.
LION, M. (1992), "La circulation des animaux exotiques au Proche-Orient antique", *La Circulation des biens, des personnes et des idées dans le Proche-Orient ancien*, XXXVIII Rencontre Assyriologique, París 351-6.
LIVERANI, M. (1988), *Antico Oriente: storia, societa, economia*, Roma.
LUCKENBILL, D. (1970), *Ancient Records of Assyria*, Londres.

MAISELS, C. (1990), *The Emergence of Civilization*, Londres.
MAJIDZADEH, Y. (1976), "The Land of Aratta", *JNES* 35, 105-13.
MICHALOWSKI, P. (1986), "Mental Maps and Ideoloy: reflections on Subartu", *The Origins of cities in dry-farming Syria and Mesopotamia in the Third Millennium B.C.*, H. Weiss (Ed.), 129-56.
MOOREY, P. (1990), "From Gulf to Delta in the Fourth Millennium BCE: The Syrian Connection", *Eretz-Israel* 21, 62-9.
— (1993), "Iran: a Sumerian El-Dorado", *Early Mesopotamia and Iran. Contact and conflict c.3500-1600 BC.*, J. Curtis (Ed.), Londres 31-42.
NISSEN, H. (1986a), "The occurrence of Dilmun in the oldest texts of Mesopotamia", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres,335-9.
— (1986b), "The Archaic Texts from Uruk", *World Archaeology* 17, 317-34.
OATES, J. (1986), "The Gulf in Prehistory", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 79-86.
PARPOLA, S. *et alli* (1977), "The Meluhha village. Evidence of aculturation of Harappan Traders in Late Third Millennium Mesopotamia?", *JESHO* 20, 129-65.
PETRIE, W. (1939), *The Making of Egypt*, Londres.
PETTINATO, G. (1983), "Dilmun nella documentazione epigrafica di Ebla", *Dilmun. New Studies in the Archaelogy and Early History of Bahrain*, D. Potts (Ed.), BBVO 2, Berlín, 75-82.
POSTGATE, J. (1992), *Early Mesopotamia. Society and economy at the dawn of history*, Londres.
POTTS, D. (1983), "Barbar Miscellanies", *Dilmun. New Studies in the Archaelogy and Early History of Bahrain*, D. Potts (Ed.), BBVO 2, Berlín, 127-40.
— (1986), "The booty of Magan", *Oriens Antiquus* 25, 271-85.
— (1993a), "The Late Prehistoric, Protohistoric and Early Historic Periods in Eastern Arabia (ca 5000-1200 B.C.)", *Journal of World Prehistory* 7, 163-212.
— (1993b), "Rethinking some aspects of trade in the Arabian Gulf", *World Archaeology* 24, 423-40.
POTTS, T. (1993), "Patterns of trade in third-millennium BC Mesopotamia and Iran", *World Archaeology* 24, 379-402.
POWEL, M. (1985), "Salt, seed and yields in Sumerian agriculture", *Zeitschrift für Assyriologie* 75, 7-38.
RICE, M. (1986), "The Island on the Edge of the World", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 116-24.
— (1986b), *Search for the Paradise Land*, Londres.
— (1990), *Egypt's Making. The origins of Ancient Egypt 5000-2000 BC*, Londres.
— (1994), *The Archaeology of the Arabian Gulf*, Londres.
ROAF, M (1982), "Weights on the Dilmun Standard", *Iraq* 44, 137-41.
ROUX, G. (1981), *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*, Madrid.
SILVER, M. (1985), *Economic Structures of the Ancient Near East*, Londres.
SOLLBERGER, R. & KUPPER, J. (1971), *Les Inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, París.
STEINKELLER, P. (1980), "The Old Akkadian term for 'Easterner'", *Revue d'Assyriologie 74, 1-9.*

— (1982), "The question of Marhasi: a contribution to the historical geography of Iran in the Third millennium BC", *Zeitschrift für Assyriologie* 72, 237-65.
THAPAR, R. (1975), "A posible identification of Meluhha, Dilmun and Makan", *JESHO* 18, 1-42.
— (1983), "The Dravidian hypothesis for the identification of Meluhha, Dilmun and Makan", *JESHO* 26, 178-90.
TOSI, M. (1986), "Early maritime cultures of the Arabian Gulf in the Indian Ocean", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 94-107.
VALLAT, F. (1983), "Le Dieu Enzak: une divinite Dilmunite veneree a Suse", *Dilmun. New Studies in the Archaelogy and Early History of Bahrain*, D. Potts (Ed.), BBVO 2, Berlín, 93-100.
— (1985), "Eléments de geographie élamite", *Paleorient* 11, 49-54.
VAN DE MIEROOP, M. (1989), "Gifts and tithes to the temples in Ur", *Sjöberg Festschrft*, Copenhagüe 397-401-
WEISGERBER, G. (1986), "Dilmun. A trading entrepôt: evidence from historical and archaeological sources", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 135-42.
ZARINS, J. (1986), "MAR-TU and the land of Dilmun", *Bahrein Throuhg the ages: the archaeology*, Al Khalifa & M. Rice (Eds.), Londres, 235-50.

Textos

Mito de Enki y Ninhursag

El lugar es puro
la tierra Dilmun es pura
la tierra Dilmun es pura, la tierra Dilmun es limpia
la tierra Dilmun es limpia, la tierra Dilmun es lo más resplandeciente
Cuando solos, se han asentado en Dilmun
el lugar en el que Enki se ha asentado con su esposa
ese lugar es limpio, ese lugar es lo más resplandeciente...
...En Dilmun el cuervo no profiere graznidos
el pájaro-*ittidu* no profiere el grito del pájaro-*ittidu*,
el león no mata,
el lobo no roba la oveja,
desconocido es el perro salvaje, devorador de cabritos
desconocido es el jabalí, devorador de grano
desconocida es la...viuda
la paloma no inclina su cabeza
el de ojos enfermos no dice "tengo mal en los ojos"
el de cabeza enferma no dice "tengo mal en la cabeza"
la vieja no dice, "soy una mujer vieja"

el viejo no dice "soy un hombre viejo"
la doncella no se baña, no se vierte agua resplandeciente en la ciudad
el sacerdote, lamentándose, no da vueltas a su alrededor
el cantor no profiere lamentos

Enki y el orden del mundo

...yo admiro sus florecientes cedros
Los países de Magan y Dilmun
me buscan a mi, Enki
Los barcos de Dilmun efectúan el amarre,
los barcos de Magan cargan hasta la altura del cielo,
los barcos *magilum* de Meluhha
transportan oro y plata
lo llevan a Nippur, para Enlil, el rey de todas las tierras...

...el marchó a la tierra de Meluhha.
Enki, el señor de Abzu, decreto sus destinos:
"Tierra negra", que tus árboles sean árboles altos, árboles de montaña
que tus tronos puedan ser tronos del palacio real,
que tus cañas sean cañas gigantes, cañas de montaña,
que tus héroes en el campo de batalla sepan empuñar las armas...
...que tu plata sea oro,
que tu cobre sea estaño para el bronce...

...El purificó, volvió espléndida la tierra de Dilmun...
...dio palmeras a su fecundo campo, comió sus dátiles

TIERRAS FABULOSAS DEL IMAGINARIO GRIEGO

F. Javier Gómez Espelosín

PRESENTACION

La imaginación del hombre griego siempre voló en busca de tierras fabulosas, ideales, míticas o fantásticas que compensaran las miserias y limitaciones de una existencia real, por lo general mucho más insatisfactoria y efímera que discurría en medio de un paisaje ciertamente singular pero duro y difícil para la vida diaria. Con escasos cursos de agua de cierta entidad y una vegetación más bien pobre, el hombre griego tendía a imaginar escenarios idílicos a la manera de verdes praderas surcadas por cauces de aguas trasparentes o de lugares boscosos en los que abundaban los árboles de todas clases. Unos lugares ideales en suma que permitieran llevar en ellos una vida placentera y feliz[1]. Esta clase de fabulaciones tendía por una parte a situarse en un pasado remoto al principio de los tiempos, en el que los hombres disfrutaban todavía de todas las bendiciones de la tierra sin esfuerzos ni fatigas en compañía de los dioses. El mito de la edad de oro, tal y como aparece en Hesíodo, fue seguramente recreado a menudo en la mente de los hombres a lo largo de todos las épocas en esa nostalgia infinita por algo que se ha perdido de manera irremediable[2].

Sin embargo esa misma nostalgia se trasformaba a veces en una esperanza firme en un futuro igualmente lejano e incierto donde podría volver a repetirse de nuevo aquella situación primordial de felicidad. En este segundo aspecto incidieron sin duda también de forma importante ciertas creencias religiosas de carácter escatológico que trasladaban la verdadera existencia del hombre a un paraíso ulterior a la muerte, conscientes de la falta de opciones que el mundo real ofrecía en este sentido y sabedores de las esperanzas que en el ser humano generan esta clase de expectativas[3]. Sin embargo, a pesar de la importancia de estas necesidades de tipo trascendente que ayudaran a soportar una vida difícil y llena de tribulaciones que culminaba de forma brusca con la muerte, la búsqueda obsesiva de esta clase de paraísos irreales se basaba a veces tan sólo en simples ansias de escapismo de una realidad opresiva y alienante. Estos deseos se traducían en la fabricación de tierras ideales

---

1 Sobre la percepción mítica del paisaje, Dowden (1992), 121-133 y Buxton (1994), 80-113, donde destaca la importancia de los factores culturales a la hora de percibir el paisaje.

2 Sobre el mito de la edad de oro, Gatz (1967).

3 Jackson Knight (1970).

allende los confines del mundo, lejos del todo del alcance de los hombres, o de forma algo más realista, en las regiones extremas del orbe, donde algunos privilegiados podían encontrar respuesta a sus más íntimas aspiraciones. Se dibujaba de este modo toda una geografía mítica y fabulosa que trascendía del todo los límites y fronteras del mundo real, si bien utilizaba a su favor algunas de las informaciones de que se disponía por aquel entonces sobre las zonas más apartadas, objeto de una exploración todavía incipiente y problemática, y sujetas por tanto a las más atrevidas y fantásticas especulaciones.

El griego, como todo ser humano en este sentido pero con una mayor capacidad quizá y una más amplia gama de recursos, dio rienda suelta a su imaginación a la hora de construir estos espacios ideales. Sobre una base que sólo de lejos reflejaba pálidamente una realidad material mal conocida y en consecuencia peor interpretada, se elaboró todo un escenario tópico casi siempre compuesto por los mismos elementos constitutivos. El paisaje ideal añorado, en abierto contraste con la realidad familiar más asequible, servía de morada a poblaciones fantásticas, dotadas por lo general de una fisionomía extraordinaria y organizadas en una forma de sociedad perfecta que a veces se reducía al simple estado natural sin otro tipo de convenciones, y a una fauna singular en la que convivían por igual los productos de la fantasía más disparatada o de los terrores más atávicos. Se establecía de esta forma un cierto equilibrio entre las expectativas ilimitadas y las frustraciones consiguientes a la incapacidad de alcanzar aquellas regiones. La riqueza proverbial en metales o plantas aromáticas se veía compensada por la vigilancia inexorable de seres monstruosos que tenían a su cargo el impedir con su presencia la fácil adquisición de tales productos por cualquier recién llegado hasta aquellos remotos confines. La situación de lejanía extrema, que exigía un viaje excesivamente largo y arriesgado, y la presencia cercana de accidentes geográficos tan emblemáticos y significativos como el Océano primordial que rodeaba la tierra o cadenas de montañas elevadas que resultaban infranqueables hacían el resto, convirtiendo estos lugares en verdaderas tierras fabulosas situadas por definición completamente fuera del alcance de los simples mortales[4].

Sin embargo los deseos de idealización no se detuvieron por ello y buscaron a veces una localización más próxima a las posibilidades reales del hombre. Se trataba en muchos casos de las regiones vecinas o al menos de aquellas otras que estaban localizadas en un horizonte conocido al otro lado del mar. De estos países llegaban noticias más frecuentes a través de los relatos de viaje de mercenarios, comerciantes, médicos o aventureros que se habían desplazado hasta ellas y habían conseguido volver rodeados de fama y expectación. Sin embargo los deseos de fabulación que normalmente acompañan a esta clase de relatos[5] desfiguraron completamente el cuadro real de estos países, acabando por convertirlos en un estadio inferior dentro

4 Sobre estos espacios de los confines, Romm (1992).

5 Adams (1962), Von Martels (1994) y Gómez Espelosín (1995b).

de la misma escala de tierras fabulosas urdida ya por el pensamiento mítico, dado que los aspectos puramente imaginarios y ficticios, construidos a veces sobre la deformación esperpéntica de una realidad mal conocida, predominaban de forma clara sobre una descripción más realista basada en una observación directa y veraz. Este modelo de percepción se vio todavía ampliado por los prejuicios etnocéntricos de una cultura como la griega, volcada sobre todo en si misma, y los estereotipos de percepción del "otro" que se desprenden de una visión del mundo basada en estos presupuestos. Se creó de esta forma un esquema abstracto, a veces puramente formal en el que se iban introduciendo pequeñas variaciones circustanciales, cuya principal finalidad no era otra que la de ejercer, a modo de un campo de pruebas, un profundo ejercicio de reflexión interior sobre la propia cultura helénica, trasladando a dicho espacio ideal todas aquellas preocupaciones y conflictos que de forma latente inquietaban el espíritu griego que trataba de hallar de este modo una solución dramaticamente ilustrada a esta tipo de problemas[6].

También la propia realidad inmediata favorecía a veces esta clase de idealizaciones. Algunas regiones de la Hélade permanecieron al margen de las principales corrientes del desarrollo histórico. Su posición geográfica o su especial topografía determinó una cierta sensación de alejamiento de los centros de cultura e hizo de ellas el lugar adecuado donde situar acontecimientos míticos primordiales como el nacimiento de las divinidades, su sede favorita o la realización de determinadas acciones fundacionales. La tendencia natural a situar más allá de los límites de la pólis, en aquellos parajes marginales que los griegos denominaban *eschatia* concretados en bosques, marismas o montañas de las regiones limítrofes, todos aquellos fenómenos extraordinarios que sobrepasaban la normalidad de lo cotidiano o constituían un riesgo importante para la vida civilizada como fieras descomunales en forma de jabalíes, leones o serpientes, o poblaciones salvajes de aspecto bestial como los centauros, se vió acentuada en estos casos por la limitación de las comunicaciones en un mundo donde el viajar constituía una experiencia excepcional[7]. Pero a veces era el propio orgullo patrio el detonante principal para proceder a la idealización de una tierra, magnificando ciertos rasgos de su paisaje real mediante el recuerdo de tiempos pasados más florecientes, que servían de punto de partida a ese sentimiento particular que tenía en la autoctonía uno de sus motores de acción principales, o a través de la recreación particular de un escenario idílico, donde pesaba mucho más el deseo de superar a través de los recursos de la imaginación las deficiencias implícitas que presentaba a este respecto el referente real inmediato[8].

Resta por fin el simple deseo de fabular, de inventar paisajes imaginarios poblados por toda suerte de maravillas, de recrear los viejos mitos con intenciones críticas y paródicas, que no ocultaban sin embargo este gusto por la fantasía libre que

---

6 Gómez Espelosín (1995d).

7 Marasco (1978) y André y Baslez (1993).

8 Jacob (1980/1).

desde siempre estuvo latente en la imaginación griega. Una imaginación desbordante, repleta de ingenio, capaz de recrear con ciertas bases reales escenarios completamente ficticios e ideales en forma de praderas umbrosas, bosques de densa y variada vegetación, jardines de flores multicolores, por los que discurrían corrientes de agua cristalina o de sustancias mucho más preciadas como el vino o la leche o la miel, y rodeados de un ambiente eternamente primaveral. Un cuadro paisajístico perfecto que constituía el marco adecuado para una existencia feliz, pero que a diferencia ahora de las distintas evocaciones de la mítica edad de oro, eran tan solo recreaciones paródicas llevadas a los límites del absurdo con el único objeto de divertir a un auditorio que apreciaba esta clase de fantasías o de poner freno, en esta forma crítica y decididamente escéptica, a todas estas fabulaciones.

Procederemos por tanto en las páginas que siguen a una revisión lo más amplia posible de todas aquellas tierras fabulosas, entendido el término en su más amplio sentido, que tuvieron una especial importancia o que figuraron al menos con insistencia a lo largo de la literatura griega, estableciendo al tiempo una clasificación de las mismas de acuerdo con los principios que hemos ido señalando hasta aquí.

ISLAS FABULOSAS

La fascinación por las islas parece una reacción natural dentro de la percepción griega del mundo. Situados en medio de un mar como el Egeo, casi humanizado por la constante presencia de archipiélagos desperdigados que servían de puente entre un continente y otro, las islas eran para cualquier griego un fenómeno bien palpable dentro del campo de la experiencia más inmediata. Al viajar de un lado a otro uno se iba encontrando a lo largo de la ruta con su presencia tranquilizadora que ofrecía lugares adecuados donde fondear las naves y las necesarias fuentes de agua con la que aprovisionarse durante la travesía. Incluso aquellos que temían aventurarse por las rutas marinas podían contemplar desde los promontorios costeros las numerosas islas que jalonaban el litoral continental en casi todos sus puntos. Las islas habían desempeñado también un papel crucial en el proceso de expansión colonial a lo largo del período arcaico. En una primera tentativa los recién llegados solían utilizar pequeñas islas cercanas a las costas o situadas en la desembocadura de un gran río como asentamientos más seguros hasta que hubieran podido cerciorarse de las buenas condiciones de la tierra a la que habían arribado o de las intenciones concretas, amigables u hostiles, de las poblaciones indígenas circundantes. No son raros en efecto aquellos casos en los que un establecimiento instalado inicialmente en una isla acabó trasladándose con el paso del tiempo a tierra firme, constituyendo allí ya el lugar definitivo de la colonia[1].

Pero es que además de ser una realidad geográfica familiar y cercana, una isla reunía una serie de características específicas que la convertían en el escenario adecuado para todo tipo de idealizaciones. Una isla era en primer lugar un espacio geográfico cerrado al que sólo se podía acceder por mar, con lo que tenía de esta forma garantizada del todo su seguridad desde el momento en que una potente flota era capaz de resguardar sus costas o que la simple distancia podía mantener alejado a cualquier tipo de visitante incómodo. La insularidad se convirtió así en el símbolo de la libertad dentro del pensamiento político griego, tal como nos ilustra Heródoto con el caso de Samos. Gracias a la posesión de una potente flota la isla se aseguró su hegemonía en la región frente a las pretensiones anexionistas de las grandes potencias continentales como Lidia primero y luego Persia.

---

1 Se pueden encontrar ejemplos en las páginas de Bosi (1982).

Esta valoración de las condiciones políticas y estratégicas de la condición insular las hallamos también en Tucídides y su esquema del desarrollo histórico que bosqueja en el inicio de su obra. La propia concepción periclea de la política ateniense en los primeros años de la guerra del Peloponeso apunta igualmente a esta clase de consideraciones cuando incita a los ciudadanos del Atica a buscar refugio tras la murallas de Atenas y dejar el campo expuesto a los ataques inmisericordes del enemigo. La estrategia fracasó al final pues a pesar de que todos los condicionantes apuntaban a ese objetivo, Atenas no era a fin de cuentas una isla en sentido estricto y esta circustancia acabó pasando factura a sus habitantes. De las ventajas que de la posición insular se derivaban para la pólis era también consciente un enemigo de la democracia como el Viejo Oligarca que expuso sus ideas en el pequeño panfleto que ha llegado hasta nosotros.

A pesar de la importancia que tuvo en el mundo griego la navegación, la extensión del mar abierto aterrorizó siempre a los marinos que en principio no solían aventurarse por estos derroteros salvo en caso de extrema necesidad, prefiriendo una navegación de cabotaje mucho más segura y tranquilizadora que permitía tener siempre a la vista en el horizonte un cierto punto de referencia[2]. El hecho por tanto de que una isla se encontrase situada en medio del mar o, todavía más, en pleno océano, se traducía dentro de la percepción helénica como un lugar apartado en extremo, fuera de las rutas habituales y por ello mismo lejos del alcance de la mayor parte de los mortales. Esta sensación de distancia, más o menos acentuada, convirtió a las islas en lugares ciertamente excepcionales en los que cabían toda clase de prodigios y maravillas al haber permanecido separadas del desarrollo histórico habitual de las tierras continentales.

Una isla conservaba un espacio primigenio de vida desde sus orígenes y por ello allí era factible que se dieran las condiciones ideales que en un momento dado de los tiempos pretéritos pudieron darse también en otros lugares del orbe. Sin embargo las relaciones incesantes entre unos pueblos y otros, las guerras, las migraciones, el comercio, habían ocasionado una cierta evolución histórica que había originado cambios profundos en las condiciones iniciales de toda sociedad humana. Esta degeneración progresiva desde un estado de cosas ideal hasta las penurias del momento presente había quedado reflejada en el mito hesiódico de las razas, donde se traducían los sentimientos de nostalgia por la felicidad perdida y un ansia de liberación de los males presentes. Sin embargo las islas, a causa precisamente de su aislamiento, habían conservado casi intactas las condiciones de ese universo primigenio, radicalmente distinto del actual, en el que las condiciones de vida se habían mantenido inmutables e incluso la propia naturaleza no se había visto obligada por la acción humana a variar su forma de comportamiento favorable para con los hom-

[2] Sobre la presencia del mar en la imaginación griega y sus temores y recelos ante él puede verse la obra de Lesky (1947) y más recientemente, Vryonis (1993).

bres, haciendo las veces de una madre pródiga más que las de un entorno hostil al que era preciso dominar para sacar el máximo partido.

Este carácter esencialmente arcaizante o primigenio de las islas se aprecia en el caso de Creta, una isla bien conocida y que desde un principio había desempeñado un papel fundamental en el desarrolo de la civilización griega. Creta había sido el escenario de mitos primordiales como el nacimiento de Zeus, constituido después en el padre de los dioses y garante del nuevo orden olímpico del mundo, o el rapto de Europa, origen de tantos conflictos entre Oriente y Occidente. De Creta procedían ambién personajes semidivinos como Cadmo el fundador de Tebas, el arquitecto Dédalo o la diosa de los nacimientos Ilitía. En Creta había tenido su sede la primera talasocracia de la historia, el imperio de Minos, que ejercía su dominio sobre todos los mares. La isla había sido también la meta de alguna de las grandes expediciones heroicas de la saga helénica como la del ateniense Teseo, encargado de liberar del minotauro a todos sus compatriotas que año tras año acudían a la isla como tributo a la bestia. En términos más propiamente históricos se describía a Creta como una tierra poblada de innumerables gentes de todas las razas, sede de cien ciudades, tal y como aparece representada dentro de la epopeya homérica. Entre sus reyes contaba el ilustre Idomeneo, uno de los héroes principales que habían combatido ante los muros de Troya bajo las órdenes de Agamenón. Por su situación, en medio del mar tal y como nos la describe Homero, - "tras de la cual no se veía tierra alguna, sino sólo cielo y mar"- Creta era por tanto un lugar apropiado en el que fijar toda clase de tradiciones arcaicas, vinculadas en una u otra forma con los orígenes del mundo y de la raza helénica.

Otras islas desempeñaron también un papel fundamental dentro de la mitología helena como sede del nacimiento de los dioses, morada de ninfas, escenario de grandes acontecimientos o simple refugio de seres monstruosos. Una isla como Chipre, también relativamente apartada en medio del mar y de la que se tenía una cierta impresión de mezcolanza racial, era el lugar donde había nacido una diosa primordial como Afrodita y en la isla se ubicaban también sus santuarios más célebres como el de Pafos. Apolo y Artemis habían nacido en Delos y Dioniso estaba vinculado a la isla de Naxos donde contaba con un importante culto. Hera se crió en Eubea y sus gentes pretendían que éste había sido también el lugar donde se consumó la unión divina entre la diosa y Zeus. En Rodas había tenido lugar el primer rito sacrificial a Atenea. Fue en una isla, Esciros, donde Tetis quiso esconder a Aquiles para evitar su temprano destino y en otra, Lemnos, donde el héroe Filoctetes fue abandonado por sus compañeros a causa del mal olor que despedía su herida. En islas tenían su morada seres como las Gorgonas, las Sirenas, Eolo, los Cíclopes o los Telquines. Una isla lejana como la mítica Eritía era también la sede del monstruoso Gerión y eran frecuentes las islas en las que habitaban diosas solitarias como Calipso o Circe, o las que estaban consagradas a determinadas deidades como Hécate, Ares o el Sol, o a héroes como Diomedes o Aquiles. Por fin fue debajo de islas donde Zeus sepultó a los gigantes tras su victoria sobre esta monstruosa estirpe en uno de los últimos intentos por cuestionar su evidente hegemonía.

Sin duda las islas tenían también una simbología cósmica. La isla representaba a fin de cuentas la misma situación, aunque a escala reducida, de la tierra en su conjunto que se hallaba rodeada por el océano. Se trataba por ello de un microcosmos que reproducía las condiciones del mundo según la concepción en voga[3]. Es esta la imagen que aparece representada en el célebre escudo de Aquiles en la *Ilíada* donde se despliegan ante nuestros ojos en cinco círculos concéntricos las diferentes escalas que componen el universo siendo Océano la más exterior de ellas. La insularidad habría sido en este caso un recurso intelectual para pensar el mundo en un momento en que la experiencia sensible no podía describirlo en su totalidad[4].

Incluso desde el punto de vista de la curiosidad científica la isla aparecía también como un objeto digno de atención particular. Ya Jenofonte destacó la originalidad de la fauna insular griega con respecto a la del continente y se había puesto en relación la emergencia de islas en el mar con las grandes catástrofes naturales que asolaron el mundo egeo en muchos momentos de la historia. Incluso la desaparición de continentes que había tenido lugar también a través de estos procesos geológicos había dejado huellas en ciertas islas que venían a representar los restos visibles de estructuras mucho mayores ahora sumergidas por las aguas[5].

Por todo ello no era de extrañar que cuando los griegos se pusieron a imaginar tierras extrañas en las que la naturaleza ofrecía toda clase de facilidades y la vida en ellas era por tanto dulce y agradable, en las que las penas y labores cotidianas no existían o lo hacían en su más reducida e imprescindible expresión, y en las que finalmente existía una forma de organización social perfecta en la que cada individuo recibía lo que le correspondía en justicia sin necesidad de altercados o conflictos mutuos, localizasen habitualmente esta clase de sociedades idealizadas y casi utópicas en una isla o grupo de islas. No resulta tampoco sorprendente el que esta clase de islas aparezcan situadas en una geografía difusa e indeterminada que no permite ni mucho menos su fácil localización. Ya los antiguos tuvieron serios problemas para ubicar dentro del mapa real algunas de estas islas y sus seguidores modernos en este arduo pero entretenido menester continúan teniéndolos a pesar de hacer gala de un voluntarismo más que optimista. La isla en definitiva se presentaba a los ojos griegos como el lugar perfecto, ideal, en el que gracias a su aislamiento protector no se había producido ningún tipo de corrupción de las condiciones de vida primigenias. Islas además apartadas del resto que no habían sufrido tampoco el declive moral y la mezcolanza racial que los contactos por mar provocaban habitualmente según una cierta corriente de pensamiento representada por Platón primero y más tarde por Cicerón o Séneca[6]. El mar abierto con la inmensidad de sus aguas por barrera protegía estos mundos ideales de toda otra interferencia y al tiem-

---

3 Vilatte (1991), 18.

4 Vilatte (1989), 8 y ss.

5 Gabba, (1981), 56-57.

6 Plat., *Leg*, IV, 705 a; Cic., *De Re Publ.*,II,4.

po los situaba en un punto casi inalcanzable que corroboraba su aspecto mítico y fabuloso. Del interés por las islas son buena muestra el que Diodoro de Sicilia consagrase todo un libro de su *Biblioteca* a las mismas y que sean un elemento constante de la literatura mitográfica y paradoxográfica que tanto éxito de público alcanzaron a partir del período helenístico. Una obra de esta clase como el tratado *Mirabiles Auscultationes,* falsamente atribuido a Aristóteles, dedica una parte considerable de sus noticias a las islas.

Nos disponemos ahora a pasar revista a las diferentes islas fabulosas que aparecen a lo largo de la literatura griega sin necesidad de establecer una clasificación pormenorizada de ellas de acuerdo con las características específicas que presentan[7]. Nuestra intención es recoger todos aquellos testimonios relevantes que afectan a tierras fabulosas que se han localizado en islas.

Esqueria: la patria de los Feacios

La isla de Esqueria, la patria de los feacios, se ha venido considerando, al igual que el resto de los escenarios donde tuvieron lugar las aventuras de Odiseo, un lugar puramente imaginario[8]. A pesar de los posibles indicios que podrían aludir a determinadas situaciones históricas como podrían ser la época minoica, a través del papel preponderante de la reina, o el primer período de la colonización griega, atendiendo a la actividad de Nausitoo como *oikistés*, el episodio en su conjunto presenta rasgos evidentes que incluyen la tierra feacia dentro de las tierras fabulosas. No en vano ha sido considerado como la primera utopía superviviente de la literatura europea[9].

Ciertamente dentro de la estructura general del poema el episodio desempeña una función un tanto especial. Esqueria es la tierra a la que arriba el naúfrago Odiseo como final de sus aventuras y allí mismo recuerda ante el rey todo el resto de sus andanzas por mar desde que salió de Troya y fue desviado de su ruta de retorno por la acción de los vientos. También será el pais feacio el punto final de partida para su viaje definitivo de regreso a su patria, Itaca, contando para ello con la colaboración inestimable de sus habitantes. Todo el pasaje guarda así un cierto carácter de punto de inflexión narrativo. Odiseo encuentra en Esqueria los primeros hombres civilizados a lo largo de su ruta después de haber afrontado sucesivos encuentros con ninfas, diosas, monstruos, poblaciones salvajes e incluso haber visitado el mundo de los muertos. Por otro lado, es allí también donde Odiseo recupera una identidad que se había visto obligado a perder o disimular anteriormente como forma de salvar su vida o por la fuerza de las circustancias. Cuando el protagonista

---

7 Esta labor la ha efectuado Martínez Hernández (1994a) y (1994b).

8 Una revisión sobre los diferentes intentos de localización y la propuesta de Corcira como lugar representado en la mítica isla pueden verse en los dos trabajos de Shewan (1919). También Moulinier (1958), 109-118. En general, Heubeck, West y Hainsworth (1988), 294.

9 Ferguson (1975), 14.

se dispone a narrar ante el rey feacio Alcínoo sus aventuras marineras comienza por reafirmar su personalidad verdadera, su nombre y procedencia, que le garantizan un lugar, ilustre además, dentro del mundo de los hombres. De esta forma el pasaje feacio podría interpretarse como una especie de puente de transición entre el mundo del mito y la fantasía por el que el protagonista ha andado vagando todos esos años desde que salió de Troya, y el mundo de la realidad en el que diferentes reinos se reparten a la largo y ancho de una geografía concreta en la que las referencias personales o locales tienen ya completo sentido[10]. Desde un punto de vista simbólico, la tierra de los feacios podría interpretarse como una especie de umbral que prepara al héroe para reingresar en el mundo de los mortales después de las experiencias vividas dentro de un universo sobrehumano como el de los Cíclopes, el de la ninfa Calipso o de la maga Circe, el enclave de las Sirenas, o la bajada al Hades. La escala descomunal de estas andanzas requeriría quizá un cierto adecuamiento, un "rite de passage" al mundo contingente de los humanos, de dimensiones mucho más reducidas, al que ahora se dispone a retornar.

Situada por tanto en un enclave tan particular, a medio camino entre lo sobrenatural y lo puramente humano, la tierra de los feacios presenta una curiosa mezcla de ambos elementos que convierten el pais en un escenario ambiguo cuyos precisos componentes se inclinan de un lado y del otro a la hora de intentar analizar su procedencia. De lo que no caben dudas es de su posición apartada "lejos de los hombres industriosos", "lejos en el brumoso ponto", dentro de una geografía indeterminada que apunta más bien hacia los confines del mundo. Los feacios son calificados efectivamente de ἔσχατοι, "los más apartados", tanto que su situación extrema impide la relación con el resto de los hombres y hace de la isla un lugar a salvo de cualquier incursión enemiga dentro de un agradable y seguro aislamiento[11]. No tiene apenas sentido utilizar las vagas referencias que el poeta suministra para tratar de localizar la isla dentro de un mapa real. Se nos dice así que Odiseo ha avistado las montañas de Esqueria tras diecisiete días de navegación desde que salió de Ogigia, la morada de Calipso. Sin embargo la más que problemática identificación de esta última nos sitúa ante uno de esos casos donde para explicar algo hemos de recurrir a un término también poco claro *-obscura per obscuriora-* dado que la citada isla se encuentra de lleno en el terreno de la geografía imaginaria sin que sirva de mucho la mención de las jornadas de navegación que ha necesitado el héroe hasta avistar las tierras feacias[12]. Tampoco la mención explícita de un viaje a Eubea que

[10] Sobre esta función mediadora de los feacios, Segal (1962).

[11] *Od.* VI, 8 ἑκὰς ἀνδρων ἀλφηστάων
VI, 204-205 οἰκέομεν δ' ἀπάνευθε πολυκλυύστῳ ἐνὶ πόντῳ
ἔσχατοι, οὐδὲ τι" ἄμμι βροτῶν ἐπιμίσγεται ἄλλος
VI, 279 ἀνδρῶν τηλεδαπῶν, ἐπεὶ οὐ τινες ἐγγύθεν εἰσίν

[12] Se ha tratado de identificar Ogigia con un lugar cercano al estrecho de Gibraltar, cf. Moulinier (1958), 107. Sin embargo no se olvide el carácter aleatorio que las distancias tienen en la narración épica sin que se correspondan normalmente con recorridos e itinerarios reales.

los feacios dicen haber llevado a cabo en algún momento, con el objeto de llevar hasta allí a Radamantis, utilizando para ello una sola jornada, nos sirve de mucha ayuda. La excepcional rapidez de sus naves y su carácter inteligente, que las convertía en una especie de ingenios mágicos, hacen posible este recorrido desde cualquier punto del orbe convirtiendo cualquier distancia en un dato absolutamente irrelevante a la hora de determinar con meridiana precisión la posible ubicación geográfica de Esqueria, que queda del todo circuscrita al terreno de lo imaginario.

La isla cuenta además con una historia mítica que refuerza en buena medida su condición de tierra fantástica, al sernos presentada dentro de un contexto divino en el que parecen irrelevantes cualquiera de las vicisitudes humanas. Los feacios no eran efectivamente una población autóctona de la isla. Al parecer habitaban en principio la tierra de Hiperea, vecina de los Cíclopes, circunstancia que los entronca de lleno con la geografía imaginaria en la que Odiseo había estado moviéndose hasta entonces. Sin embargo, como eran objeto de continuas injusticias por parte de tan terribles vecinos, Nausitoo, su rey, los trasladó hasta Esqueria para ponerles a salvo de toda injuria o daño[13]. La isla se hallaba por tanto lejos de los hombres, como ya se ha dicho, pero al parecer lejos también del alcance de razas monstruosas como los Cíclopes que componían un especial universo divino y primigenio. Su fundador Nausitoo era además un hijo de Poseidón y de Peribea, la hija menor de Euridamante que según nos dice el poeta "gobernaba entre los Gigantes". Esta circunstancia convertía por tanto a los feacios en descendientes directos de esta raza sobrehumana que compartía con los Cíclopes el universo preolímpico anterior al ordenamiento cósmico impuesto por Zeus. Su genealogía los situaba de lleno dentro de los πεἰρατα γαίης, los extremos de la tierra donde tenían su morada estos descomunales seres y por ende dentro del ámbito de un universo casi divino y sobrenatural, ajeno del todo al alcance del mundo de los hombres.

Esta conexión con el linaje de los dioses refuerza igualmente el alejamiento de los feacios del resto de los mortales. Pero no era sólo cuestión de genealogía. Su propio aspecto exterior, su carácter, las dimensiones magníficas de sus estancias, el extraordinario boato de sus pertenencias, su forma de vida muelle y relajada, su contacto habitual con la divinidad y la preocupación evidente que suscitaban en los inmortales, hacen de los feacios una raza aparte del resto de los hombres. Eran efectivamente "muy queridos de los dioses" y quizá por ello fueron trasladados de lugar ante la amenaza que para su seguridad representaba la vecindad de los Cíclopes. Su semejanza a los dioses impulsa a Atenea a agrandar a Odiseo en la forma adecuada con ocasión del banquete que los feacios ofrecen en su honor para que el huesped se ajuste a la nueva situación[14]. Comparten con los mismos dioses el lugar en los banquetes y reciben de ellos sobresalientes dones como las fuentes que manan en el huerto de Alcínoo o los perros de oro fabricados por Hefesto que custodian su

[13] *Od.*, VI, 4-7.

[14] *Od.*,VIII, 18-20.

palacio[15]. El mobiliario y los utensilios responden también a estos mismos parámetros y encontramos así un trono con clavos de plata, jarros de oro, una jofaina de plata o una mesa pulimentada.

El aspecto de la isla reune además todos los ingredientes de un paisaje idealizado. Homero no nos ofrece una descripción secuenciada de la misma y es solo a base de pinceladas intermitentes como llegamos a percibir su imagen. Sin duda hemos de contar con la evidente standarización del lenguaje épico con sus fórmulas fijas, que distan mucho de representar cualquier visión objetiva de la realidad y están más acordes con las necesidades de la "performance" oral o de las cuestiones del metro, pero a pesar de ello el poeta ha descrito el entorno circundante de los feacios con rasgos que reflejan una concepción idealizada de la naturaleza. La princesa Nausicaa poco antes de su encuentro con Odiseo se dirige hacia unos lavaderos que se nos dice son perennes y se encuentran en la "hermosísima corriente del río". Su agua podía incluso lavar la ropa más sucia y un río de hermosos torbellinos discurre entre unas orillas con "fresca hierba suave como la miel"[16]. Odiseo encuentra en su ruta hacia la ciudad un bosquecillo de Atenea donde mana una fuente y alrededor hay un prado. Allí se encuentra también el cercado de Alcínoo y la florida viña. Un gran huerto en las proximidades del palacio tiene árboles de todas clases de frutos perennes que se van sucediendo unos a otros con el correr de las estaciones de forma ininterrumpida. En el huerto hay también dos fuentes que surten de agua a los ciudadanos. Toda esta exhuberante y pródiga naturaleza de la que gozan los feacios es calificada por el poeta como dádivas de los dioses, que de este modo demostraban su afecto hacia el pueblo de los feacios[17].

Esta visión de una naturaleza armoniosa y en perfecta conjunción con el hombre se extiende igualmente a la ciudad que los feacios habitan. Es cierto que en principio podría tratarse simplemente de una pólis cualquiera pero no cabe ninguna duda de que sus rasgos fundamentales han sido magnificados y llevados casi al culmen de la perfección. La ciudad está rodeada por una elevada muralla y tiene a ambos lados un hermoso puerto que sirve de refugio a sus naves. En el centro de la ciudad se levanta un ágora construida con piedras gigantescas que hunden sus raíces en la tierra y en el medio se alza un hermoso templo de Poseidón. Que no se trata de una ciudad cualquiera similar a las muchas póleis existentes por todo el Egeo queda puesto de manifiesto por la admiración que tales construcciones suscitan en Odiseo, pues al decir del poeta constituían ciertamente una "maravilla de ver"[18]. También las estancias domésticas del palacio nos son presentadas bajo la misma luz. Su aspecto sobresaliente es tal que "hasta un niño pequeño podría conducirte pues no es nada semejante al resto de las casas de los feacios". La impresión que su vista

---

15 *Od.*, VII, 90-92.

16 *Od.*, VI, 85-90.

17 Schönbeck (1962), 70 y ss.

18 *Od.*, VII, 45.

causa en los sentidos se compara al resplandor del sol o de la luna y todo en él es esplendor y magnificencia.

> a ambos lados se extienden muros de bronce desde el umbral hasta el fondo en su torno un azulado friso; puertas de oro cierran por dentro la sólida estancia; las jambas sobre el umbral son de plata y de plata el dintel, y el tirador de oro. A uno y otro lado de la puerta había perros de oro y plata que esculpió Hefesto con ingeniosas artes para custodiar la morada del magnánimo Alcínoo - perros que son inmortales y no envejecen nunca- A lo largo de la muralla y a ambos lados, desde el umbral hasta el fondo, había tronos con ropajes hábilmente tejidos, obra de mujeres......Había también unas estatuas de jóvenes de oro sobre altares perfectamente construidos, portando en sus manos antorchas encendidas que alumbraban los banquetes nocturnos del palacio[19].

Un escenario por tanto considerablemente idealizado que se aleja a grandes pasos de una realidad habitualmente mucho más modesta. Basta con comparar estas estancias con las de los palacios de Menelao o del propio Odiseo, que disfrutan sin duda de ciertos lujos semejantes, para darse cuenta que el poeta nos presenta aquí un entorno que se aproxima más a la morada de los dioses que a la estancia de cualquier monarca mortal. La presencia de objetos excepcionales como los perros guardianes fabricados por Hefesto o las estatuas de los jóvenes portando antorchas y la extensión e intensificación del lujo que aparece por doquier marcan la distancia casi infranqueable entre un ámbito y otro.

Una visión idealizada que se extiende también a sus gobernantes. Alcínoo gobierna inspirado en sus designios por los dioses (VI, 12) y su pueblo lo escucha como a un dios (VII,11). Su esposa Arete es contemplada también como una diosa e imparte la justicia entre los hombres (VII, 71 y 73-74). De hecho es preciso que el héroe sepa ganarse la buena disposición de la reina para garantizar su regreso a la patria según le aconsejan sucesivamente a Odiseo, primero Nausicaa (VI, 310-315) y más tarde la propia Atenea(VII,75-77).

Nos hallamos por tanto ante una sociedad ideal enclavada también en un escenario idílico cuyas gentes de ascendencia divina comparten el favor de los dioses y hasta su compañía en frecuentes banquetes y disfrutan de un seguro aislamiento. Este aislamiento juega en cambio a su favor, pues de tener necesidad los abismos del mar no suponen para ellos ningún tipo de impedimento ya que disponen de unas naves inteligentes que

> conocen las intenciones y pensamientos de los hombres y conocen las ciudades y los fértiles campos de todos los hombres. Recorren velozmente el abismo del mar aunque estén cubiertas por la oscuridad y la niebla y nunca tienen miedo de sufrir daño ni de ser destruidas[20].

---

[19] *Od.*, VII, 84-102. (Traducción de Jose Luis Calvo, Ed. Nacional)

[20] *Od.*, VIII, 559-563.

Los peligros y terrores del mar quedan de esta forma neutralizados y lo que podría parecer en principio un medio hostil que sólo sirve para garantizar su seguridad queda así transformado en un espacio intermedio neutro que sólo del otro lado, el de los hombres mortales, adquiere una valoración negativa.

Existen a lo largo de toda la narración rasgos de corte realista que sin duda reflejan la experiencia histórica de un momento determinado. Hemos hecho ya alusión al acto de fundación de Nausitoo que recuerda la actividad colonial de los *oikistaí* o al papel prominente de la reina Arete que podría aludir a la supremacía femenina de la civilización cretense. Aparte de estas imprecisas alusiones encontramos también detalles que constituyen un reflejo evidente de la experiencia cotidiana del poeta como son las actividades usuales de las mujeres. Arete aparece así hilando a la cabeza de sus siervas y Nausicaa tiene a su cargo lavar la ropa. También Alcínoo debe acudir con regularidad al consejo para cumplir su función de gobierno. También la ciudad, como hemos señalado anteriormente, refleja en buena medida la estructura habitual de una pólis cualquiera. Sin embargo no debemos olvidar tampoco que nos hallamos dentro de un contexto épico en el que entran en juego determinadas expectativas que deben hacer su aparición manifiesta en cualquier clase de circustancia. Es normal por tanto el que Nausícaa, una princesa, evidencie cierto desprecio hacia el pueblo y tema ser objeto de comentarios amargos si es vista junto al recién llegado (VI,270 y ss.). Del mismo modo no sorprende que Alcínoo, el rey reconocido por todos, recibiera en un momento dado como recompensa por parte de su pueblo una sierva como Eurimedusa, al igual que los caudillos aqueos de Troya habían recibido también como regalo de sus súbditos siervas como Criseida o Briseida. Y de igual forma se explica la contienda entre Odiseo y los nobles feacios que le incitan a rivalizar con ellos en la carrera, dado que el héroe debe dejar constancia de su superioridad en cualquier tipo de circustancias y situaciones, por excepcionales que éstas puedan ser[21].

Tampoco el recelo ante el forastero resulta algo sorprendente en una sociedad de este tipo si tenemos en cuenta que eran bien conscientes de su supremacía en los dominios del mar y por ello mostraban sus sospechas ante la llegada de un extranjero que de no tener un poder equiparable o ser un dios habría tenido serias dificultades para llegar hasta ellos[22]. Ese es al menos el tenor que se desprende de la afirmación de Nausícaa ante Odiseo al poner en relación directa su actitud recelosa y poco amistosa con la confianza que despierta en ellos la posesión de sus rápidas naves (VII, 31-36). Esa misma actitud puede explicarse también a la vista del terrible final de los feacios por obra de Poseidón, que petrifica la nave que había conducido de regreso a Odiseo y cubre la ciudad con una montaña. Alcínoo alude de hecho, cuando conoce el destino sufrido por su nave, a un viejo presagio de su padre que augu-

[21] No olvidemos que Odiseo triunfa también en contextos mucho más sobrehumanos como son la mayor parte de sus aventuras por mar.

[22] Sobre la aparente hostilidad de los feacios Rose (1969).

raba tal final si seguían ejerciendo su labor de acompañantes o guías de los mortales e insta a su pueblo a cesar en esta actividad y hacer ruegos a Poseidón por si podían evitar el fatal castigo (XIII, 172-183). No es de extrañar por tanto que ante una perspectiva tan siniestra muchos de los feacios se mostraran reticentes ante la presencia de cualquier extranjero a la vista de las fatídicas consecuencias que ello podía entrañar para ellos.

Todos estos detalles realistas, que entroncan el episodio dentro del contexto épico o constituyen el lógico tributo dentro de la estética de la recepción, esencialmente realista, de aquellos momentos, no disminuyen el carácter idealizante de todo el episodio. Esqueria es a todas luces un escenario utópico a medio camino entre el mundo de los dioses y el de los hombres. Una posición intermedia que si bien da cuenta de sus condiciones de vida excepcionales resulta también a la postre ser la causa de su perdición. A la vista de su evidente conexión con los Titanes, que en cierto modo representan una época dorada de la humanidad suplantada de forma brusca por la aparición del nuevo orden olímpico y el establecimiento definitivo de las condiciones de vida actuales, los feacios quizá representan uno de los últimos eslabones de ese mundo feliz, identificado con la edad de Crono, en el que la humanidad disfrutaba todavía de una vida apacible y plena. Su drástico final a manos de Poseidón, uno de los Olímpicos, con el consentimiento de Zeus, por haber dado cordial acogida a Odiseo y haberle conducido de regreso a su patria, nos recuerdan también episodios similares en los que otros titanes como Prometeo sufrieron un cruel castigo por haber prestado sus favores a los humanos. Que sea precisamente esta la tierra a la que Odiseo arriba al final de sus andanzas y desventuras y que desde aquí también pueda alcanzar de nuevo Itaca en un tránsito apacible que nada tiene que ver con los traumáticos traslados que le han llevado de un lugar a otro a lo largo de su deambular por los mares, siendo ésta también la última aparición de los feacios, condenados después a vivir bajo un monte de la misma forma que lo habían sido antes los Titanes y Gigantes, se explica bien desde este punto de vista[23].

Eea, la isla de Circe

La isla de Eea, morada de la diosa maga Circe, figura también con pleno derecho dentro del catálogo de islas fabulosas. Cuenta en efecto con los elementos necesarios para ello. En primer lugar su situación en medio del mar en una ubicación desconocida que provoca la desorientación total de Odiseo y sus hombres, incapaces de saber la dirección en que deben continuar el viaje. Independientemente del carácter estratégico desde un punto de vista narrativo que pueda tener el discurso de Odiseo[24], lo cierto es que cuando decide partir de la isla debe previamente realizar

[23] Hemos tratado el tema en otro trabajo Gómez Espelosín (1995e).

[24] *Od.*, X, 190 y ss. Sobre la interpretación de este discurso dentro del esquema narrativo del poema. Heubeck y Hoeckstra (1989), 54.

el viaje al Hades con el fin de encontrar allí a Tiresias para que le informe de la ruta adecuada a seguir. En el extremo del mundo, bien hacia Oriente o hacia Occidente, la isla parece el lugar más alejado al que Odiseo llega en su deambular por los mares y su aparente proximidad al Océano la sitúa fuera de todos los ámbitos marinos habituales recorridos por los hombres[25]. Se ha apuntado incluso la posibilidad de que el episodio hubiera ya figurado en la saga argonaútica, dado el parentesco de Circe con Eetes, ambos hijos del Sol, lo que sin duda situaría la isla o su morada en el extremo oriental del mundo hacia el que se dirigía la expedición de Jasón[26]. De cualquier forma su localización mítica en los confines del mundo queda confirmada más adelante, a comienzos del canto XII, cuando Odiseo sitúa la isla

> donde se encuentran la mansión y los lugares de danza de Eos y donde sale Helios[27].

Su aspecto general es también un tanto enigmático, tal y como se desprende de la primera impresión que el héroe obtiene cuando observa la isla desde una altura nada más llegar a ella. Ante su vista sólo aparecía un espeso bosque en medio del cual se alzaba hasta el cielo el humo procedente del palacio de Circe[28]. También la isla aparece como un lugar misterioso y temible a la vista de los compañeros de Odiseo. La sola posibilidad de que se encuentre habitada, tal y como les apunta Odiseo, suscita en ellos grandes temores a la vista de su reciente experiencia con los Lestrigones o los Cíclopes[29]. Son efectivamente conscientes de hallarse dentro de un espacio excepcional en el que las tierras y gentes que encuentran solo les pueden acarrear desgracias terribles. Un carácter extraordinario que confirma la envergadura manifiesta del ciervo que captura Odiseo en su primera exploración de la isla, una bestia de un tamaño tal que suscita reiteradamente la admiración y sorpresa de sus compañeros en el momento de disponerse al banquete[30].

La morada de Circe se conforma también a este esquema. Edificada con piedras talladas se hallaba rodeada de lobos y leones domesticados por los brebajes mágicos de la diosa. La voz de Circe, imponente hasta el punto que el "piso se estremece con su sonido" era la única señal de su presencia para unos asustados compañeros que se veían rodeados de las bestias antes citadas que de forma inesperada se limitaban

---

[25] Una vez más dejamos de lado el problema de su localización, vano empeño en que han dejado su ingenio y energía importantes estudiosos. Al respecto, Moulinier (1958), 77-83 y especialmente Dion (1971), que aboga por situar la mítica isla en la zona de Málaga.

[26] Así lo sugirió Meuli (1921), 97-114 = (1975), II, 593-676 y más tarde Merkelbach (1969), 202.

[27] *Od.*, XII, 3-4.

[28] *Od.*, X, 149-150.

[29] *Od.*, X, 198 y ss.

[30] *Od.*, X, 161 y ss. De hecho Odiseo enfatiza en su relato la manera también excepcional en que debe disponer su forma de traslado. La misma expresión formular que describe a la bestia, μάλα γὰρ μέγα θηρίον ηεν, aparece utilizada en dos ocasiones casi consecutivas en los versos 171 y 180.

a juguetear a su alrededor moviendo sus largas colas. Este carácter maravilloso del lugar queda también subrayado por la magnificencia de los objetos de mesa y de los muebles, al estilo de los grandes palacios señoriales, o por la naturaleza de las siervas de Circe, nacidas de fuentes, bosques y ríos.

Por fin, la presencia de una diosa solitaria, dotada de ciertos poderes mágicos de los que los visitantes ocasionales de la isla se convertían en potenciales víctimas. En este sentido una más, al igual que Ogigia, de las islas misteriosas y mágicas que poblaban los mares en la imaginación de los navegantes. La actitud inicialmente amistosa de la diosa, que los acoge en su palacio y les ofrece alimentos, se torna enseguida hostil al mezclar brebajes maléficos en su bebida

> para que se olvidaran por completo de su tierra patria.

El peligro manifiesto de olvidar el retorno a la patria en los navegantes que se aventuraban en ultramar reaparece aquí de nuevo del mismo modo que se había dejado sentir en el episodio de los Lotófagos y en otra forma más tarde con motivo de las Sirenas. En este caso sin embargo son transformados en cerdos y encerrados en las pocilgas de la diosa. Cuando Odiseo es informado del asunto por uno de sus compañeros que se había librado del engaño por no haber entrado en el palacio, manifiesta una actitud desafiante que no sólo deja sorprendido a su aterrorizado informante sino incluso al propio dios Hermes cuando le sale al paso camino de la morada de Circe. La incapacidad humana de actuar con sus propios medios y recursos dentro de este espacio maravilloso, tierra de dioses y seres excepcionales, se pone así de manifiesto. Odiseo, que había echado mano de su espada a la manera convencional heroica cuando se trataba de afrontar un peligro, ve aquí sustituido este instrumento por un brebaje benéfico que consigue gracias a la ayuda de Hermes. Hechos como la existencia en la isla de esta planta mágica, la célebre *moly* tal y como la conocían los dioses, y la imposibilidad de extraerla del suelo para los hombres, confirman una vez más que nos hallamos dentro de un espacio fabuloso en el que sólo los dioses se mueven con comodidad sin afrontar los riesgos que la condición extraordinaria del lugar provoca.

El propio Odiseo, aún a pesar de su concienciación inicial y sus precauciones, sucumbe también finalmente a los encantos de la isla hasta el punto que debe ser persuadido a regresar por sus compañeros. La existencia allí se había convertido en efecto en una estancia placentera una vez que con la llegada de Odiseo y la argucia urdida por Hermes sus compañeros habían recuperado su estado inicial y se hallaban en condiciones de disfrutar de las atenciones de Circe. A tono con un lugar de características excepcionales los compañeros de Odiseo se convirtieron incluso tras la nueva transformación en

> hombres aún más jóvenes que antes y más bellos y robustos de aspecto.

La isla de Circe reúne por tanto todos los ingredientes necesarios de los lugares maravillosos, situados en una geografía mítica que todavía conserva algunas vincu-

laciones con el mundo real, habitados por dioses o seres monstruosos y en los que quedan compensados por un curioso balance final los aspectos prodigiosos y admirables con aquellos otros menos atractivos e inquietantes.

Ogigia, la isla de Calipso

La isla de Ogigia, morada de la ninfa Calipso, constituye quizá junto con la ya mencionada Esqueria el único espacio aparentemente idílico entre las tierras extrañas que Odiseo se vio obligado a recorrer a lo largo de sus aventuras por los mares lejanos. La isla reúne efectivamente todas las características de los paisajes utópicos[31]. La naturaleza aparece en todo su esplendor pero dentro de una disposición aparentemente ordenada y armoniosa que invita al pleno goce de todos los sentidos. La ninfa habitaba en una gran cueva rodeada de un entorno ciertamente idílico:

> un florido bosque de alisos, de chopos negros y olorosos cipreses, donde anidaban las aves de largas alas, los búhos y halcones y las cornejas marinas de afilada lengua que se ocupan de las cosas del mar. Había junto a la cóncava cueva una viña tupida que abundaba en uvas y cuatro fuentes de agua clara que corrían cercanas unas de otras, cada una hacia un lado, y alrededor, suaves y frescos prados de violetas y apios. Incluso un inmortal que allí llegara se admiraría y alegraría en su corazón (V, 63-74).

Sin embargo este escenario ideal, capaz de suscitar la admiración del dios Hermes cuando acude a la isla en cumplimiento de las órdenes dadas por Zeus y apto del todo para una vida apacible y muelle lejos de las preocupaciones y penalidades de los mortales, no satisfacía en cambio las expectativas de Odiseo que en el momento de la visita divina se encontraba

> sentado en la orilla lloraba donde muchas veces, desgarrando su ánimo con lágrimas, gemidos y pesares. Contemplaba el estéril mar derramando lágrimas (V, 82-84).

Los motivos de su disgusto son a todas luces evidentes si atendemos al contexto general del poema en el que el héroe se mueve casi siempre impulsado por la añoranza de su patria y su familia. Pero, con independencia de los condicionantes personales del héroe, la morada de Calipso presenta dos graves inconvenientes que parecen neutralizar en alto grado esa apariencia idílica que la sitúa como tierra ideal donde fijar la estancia definitiva. Es el propio dios Hermes, instado por Calipso a revelar las razones de su viaje hasta la isla, quien pone de manifiesto estas insufi-

[31] Al respecto, Porter y Lukermann (1976) y Bertelli (1990).

ciencias que convierten el lugar en un espacio más siniestro y temido que añorado o perseguido. En primer lugar su extrema lejanía en medio del mar - "¿Quién atravesaría de buen grado tanta agua salada, indecible?"- que en este caso parece más un factor de aislamiento que de seguridad tranquilizadora. En segundo lugar Hermes resalta la ausencia de vida humana en los alrededores - "No hay ninguna ciudad de mortales en la que hagan sacrificios a los dioses y perfectas hecatombes"- Se trata en efecto de un espacio divino, apartado de todos los hombres al que sólo el naúfrago Odiseo arriba tras haber perdido al resto de sus compañeros. Calipso de hecho afirma ante Hermes su deseo de haberlo hecho inmortal y sin vejez y se pliega, enojada y con disgusto evidente, al mandato de Zeus que le ordenaba dejar partir a Odiseo. Lejos de constituir por tanto el paraíso esperado por cualquier mortal, Ogigia se convierte para Odiseo en una prisión dorada donde el héroe resiste con fuerza todos los intentos de la ninfa por hacerle olvidar su patria y conseguir que se quede allí junto a ella de forma definitiva.

El episodio adquiere quizá cierto sentido contemplado a la luz de un relato de viaje, esquema narrativo sobre el que posiblemente se construyeron todas las aventuras de Odiseo. El protagonista se enfrenta a diferentes pruebas y dificultades a lo largo de su viaje y entre ellas se hallaba el secuestro por parte de la diosa solitaria que habitaba en una isla desierta. Este motivo representaba posiblemente en forma dramática uno de los peligros que acechaban a todo viajero en su andadura por mares y tierras lejanas: el olvido del retorno, atraído por las maravillas y seducciones que iba encontrando a su paso en los países allende los mares. Una de las pruebas que todo viajero debía afrontar y superar a lo largo de la ruta junto con toda clase de peligros y asechanzas era precisamente el evitar tales tentaciones y mantener vivo por encima de ellas el deseo de volver a la patria. Odiseo, que constituye el prototipo del héroe viajero y se convirtió en el modelo de esta clase de historias[32], ya supo salir airoso de esta prueba con ocasión de su llegada al pais de los Lotófagos, a diferencia de algunos de sus compañeros que probaron el pernicioso fruto que hacía olvidar el regreso. Su estancia en Ogigia no es sino un paso más, esta vez directo y personal, en esta misma dirección sin descartar desde luego toda la dosis de fantasía y fabulación que la presencia de islas desiertas a lo largo de las rutas marinas despertaba entre los navegantes, que de esta forma traducían también a su imaginación una realidad aparentemente ambigua que podía ser al tiempo escala salvadora y dispensadora de bienes o una ocasión más de peligro ante el miedo a lo desconocido.

Al igual que sucede con el resto de los episodios odiseicos que jalonan sus andanzas desde el cabo Maleas hasta su regreso a Itaca, carece de todo sentido tratar de hallar la localización precisa de la isla dentro de un mapa real[33]. La isla, en palabras de Atenea, se encontraba en el ombligo del mar, en un lugar por tanto lejos de

---

32 Gómez Espelosín (1994).

33 Sobre los intentos de localización, Heubeck (1988), 260.

cualquier intento de llegar hasta ella desde cualquier punto. Su posición extrema suscitaba incluso el desagrado de un dios viajero por excelencia como era Hermes, tal y como ya hemos comentado anteriormente. Calipso era además una diosa, hija de Atlante, uno de los Gigantes que tras ser derrotado por Zeus y los Olímpicos fue condenado a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste. La conexión genealógica de la ninfa con este ámbito divino preolímpico la sitúa también por tanto fuera de los confines humanos, en los extremos de la tierra donde habían ido a parar todos estos seres monstruosos que habían osado desafiar la supremacía de Zeus. Al igual que suele ocurrir con toda su descendencia, la morada de Calipso debía encontrarse para la imaginación griega dentro de aquellos contornos difusos que constituían los extremos del mundo - πείρατα γαίης- donde alternaban paisajes idílicos y paradisíacos como el Elisio con escenarios mucho más siniestros y aterradores como la morada de Hades. Al igual que Esqueria o la isla de Circe, en la que no aparecen sin embargo rasgos de idealización paisajística tan evidentes y el elemento siniestro se deja sentir con mayor fuerza a través de los encantamientos de la diosa, es muy posible que también Ogigia, la morada de Calipso, se hallase a medio camino entre unos y otros[34].

La isla Siría

Igualmente idealizada parece la imagen de la isla Siría, descrita por Eumeo, el porquerizo de Odiseo, en el canto XV de la Odisea[35]. Se trata en este caso de una rememoración de la patria lejana, llena por tanto de melancolía y nostalgia por lo que se ha perdido de forma definitiva. Eumeo cuenta que fue arrancado de allí a la fuerza cuando todavía era un niño y fue raptado por unos piratas[36]. La natural añoranza de la niñez feliz frustrada tempranamente junto con la inevitable sensación de haber perdido los privilegios inherentes a su condición de joven príncipe, todo ello en franco contraste con la situación posterior que le tocó vivir, hicieron que Eumeo forjara en su imaginación una visión ideal de su tierra patria. Pero aún contando con estos condicionantes, que ayudan a explicar en buena medida la visión de la isla que el porquerizo rememora ante Odiseo, su descripción comporta los rasgos suficientes de idealización como para figurar en cualquier catálogo de tierras fabulosas.

Quizá no es del todo casual el que Eumeo sitúe su patria perdida en una isla que, como se ha dicho, constituye el emplazamiento ideal para esta clase de idealizaciones. Su localización precisa permanece una vez más en la más completa indefinición a pesar de que se mencionan algunas referencias inmediatas como la presencia

---

34 Es de hecho a Esqueria donde arriba Odiseo tras haber abandonado la isla de Calipso tras haber navegado durante diecisiete días que es la travesía más larga que aparece mencionada de forma expresa en el poema.

35 *Od.*, XV, 403-414

36 *Od.*, XV, 449 y ss.

de los fenicios y se alude en particular a la ciudad de Sidón, de donde era originaria la esclava que cuidaba al joven Eumeo en su tierra natal[37]. Eumeo sólo indica que se encontraba "más allá de Ortigia donde el sol da la vuelta". Ello supone que debemos buscar una localización oriental pero sin mayores pretensiones de precisión a pesar de los intentos que algunos han llevado a cabo por encontrarle una ubicación más concreta y exacta dentro del mapa real[38].

La isla reúne aparentemente todas las bendiciones como espacio vital al proveer de forma abundante todo tipo de necesidades. Cría buenos pastos y buenos animales y tiene vino y trigo en abundancia. Sus habitantes no son numerosos pero se hallan a salvo de las calamidades que suelen asolar la vida de los humanos. La pobreza no existe y las enfermedades no les agobian. Incluso la muerte, azote inevitable para la raza humana, llega aquí de forma dulce y completamente indolora ya que Apolo y Artemis se encargan de llevar hacia su destino final a quienes llegan hasta la vejez "acechándolos con suaves dardos". La isla se halla además dividida en dos ciudades que se reparten por igual sus riquezas, ofreciendo una clara imagen de coexistencia pacífica entre sus habitantes sin necesidad de que existan guerras o litigios por cuestiones de tierras o fronteras.

Todos estos rasgos sitúan sin duda a esta isla dentro de los dominios de la utopía y de hecho muchas de las características descritas como la muerte dulce, la ausencia de guerra o la abundancia de recursos serán temas constantes en toda la literatura posterior de este género. Sin embargo hacen de nuevo su irrupción en el relato ciertos elementos de corte mucho más realista que contribuyen una vez más a entroncar el pasaje dentro de un contexto épico mucho más próximo a la realidad cotidiana. La presencia de una esclava de origen fenicio en el palacio del rey conecta en efecto la historia de Eumeo con la realidad conocida de los primeros viajes y expediciones coloniales de los primeros tiempos del arcaísmo en los que los fenicios aparecían de forma frecuente y casi siempre con coloraciones negativas dentro del horizonte griego[39]. Las condiciones ideales de vida que parecen reinar en la isla no impiden que la mencionada esclava fenicia desee conseguir el regreso a su patria por cualquier medio posible. Se explicaría así su traición al raptar al joven Eumeo si bien el poeta menciona, parece que con toda intención, la presencia de un factor distorsionante como el amor que podría haber constituído el verdadero impulso para la acción de la esclava[40]. De cualquier forma la simple presencia de la esclava y su alusión al temor de recibir un duro castigo por parte de su amo si llegaba a ser descubierta, son argumentos más que suficientes como para cimentar la realidad esencial de la historia.

---

[37] *Od.*, XV,415-419.

[38] Así Heubeck, West y Hainsworth (1989), 257; por su parte Ballabriga (1986), 16-22, la identifica con Siros siguiendo en esto las pasos que ya se dieron en esta misma dirección en la propia antigüedad.

[39] Sobre el papel de los fenicios en Homero, Nilsson (1933), 130-137. Sobre la imagen de los fenicios en la literatura clásica, Mazza (1988) donde se hallará mencionada la bibliografía anterior.

[40] *Od.*, XV, 420-423.

La imagen de Siría que Eumeo presenta parece corresponder más al retrato idealizado del estado bien gobernado que a la creación de una pura utopía fantástica. El rey gozaba sin duda del consenso de sus súbditos y les proporcionaba unas condiciones de vida agradables que sólo alteraban las inevitables relaciones de dependencia existentes en esta clase de sociedades arcaicas. Al igual que sucedía en Esquería son los súbditos los encargados de sufragar algunos gastos y de rendir tributo y homenaje a sus superiores por medio de donaciones especiales. Su justo gobierno además de ser la causa de la estabilidad social y la paz entre sus ciudades parece contar también con el favor continuado de los dioses que permite llevar a cabo la optimización de los recursos naturales y sacar el mayor partido posible de las propias capacidades humanas.

Eritía, la isla de Gerión

La isla Eritía, situada en el Océano, servía de morada al monstruoso Gerión, un personaje tricéfalo que habitaba allí con sus ganados. La isla aparece mencionada por primera vez en la *Teogonía* de Hesíodo donde se la califica como "rodeada de corrientes" - περίρρυτος-, ya que al parecer era necesario atravesar el Océano para llegar hasta ella[41]. Hasta allí viajó Heracles con el objetivo de apoderarse de los bueyes de Gerión en cumplimiento de uno de sus célebres doce trabajos[42]. Sin embargo la historia alcanzó su mayor desarrollo gracias a Estesícoro que la hizo objeto de todo un poema, la *Gerioneida*, llegado hasta nosotros en algunos fragmentos de papiro[43]. Si se acepta además la propuesta de Barret en el sentido de que el relato conservado al respecto en la *Biblioteca* de Apolodoro procede en sustancia de dicho poema, estaríamos en condiciones de hacernos una idea aproximada de su contenido[44].

A juzgar por estos testimonios no cabe ninguna duda de la situación "oceánica" de Eritía, a la que debe llegar Heracles de un modo extraordinario como fue navegando en la copa del sol. Según el relato de Apolodoro, el héroe habría recorrido previamente para llegar hasta allí todo el occidente del Mediterráneo, por el norte de Libia hasta Tartesos, límite extremo donde habría erigido las célebres columnas y desde donde habría emprendido la navegación hasta la mítica isla[45]. Es también en este mismo relato donde encontramos algunos datos sobre la topografía de la isla. Al parecer en ella había un monte llamado Abas y discurría un río denominado

---

41 Hes., *Teog.*, 290.

42 Sobre el mito de Gerión, que no es intención nuestra tratar aquí, Schoo (1969), 85-92; Burkert (1977), 273-283; del mismo autor, (1987), 134-137; Blázquez (1983).

43 Page (1973).

44 Page (1973), 144 y ss. Véase también la introducción al poema en la traducción de Adrados (1980), 187-190.

45 Apol., II, 5,10.

Antemunte, que evoca el nombre de la isla de las Sirenas que aparece en el *Catálogo de las mujeres* de Hesíodo[46]. Da la impresión, a juzgar por dicho testimonio, que la isla tenía ciertas dimensiones para que fuera posible la existencia de un monte y un río que además debían encontrarse algo alejados si atendemos al discurrir de la historia tal y como la relata Apolodoro. En efecto, fue en el monte Abas donde pasó la noche Heracles a su llegada a la isla. Fue allí donde el héroe dio muerte al perro Orto y al pastor Euritión que cuidaba los ganados de Gerión. Huyendo del lugar ya con los bueyes en su poder fue alcanzado, se nos dice, por el propio Geríon a la altura del mencionado río, donde ambos trabaron combate y Heracles acabó con la vida del monstruoso personaje. Gerión fue avisado del robo y del asesinato de su boyero por Menetes, pastor que apacentaba también allí las vacas de Hades. La condición "infernal" del lugar queda así confirmada y se explica en buena medida la excepcionalidad del medio que Heracles tuvo que emplear para llegar hasta allí, de la misma forma que Odiseo había debido recurrir a los consejos y disposiciones divinas para alcanzar el Hades. Uno y otro lugar, cercanos hasta el punto de que los ganados del dios infernal pastaban en la isla, se hallaban evidentemente en un espacio divino completamente fuera del alcance de los hombres. También la presencia del Sol caracteriza a la isla como un lugar más allá de los confines humanos. Efectivamente, no sólo Heracles encontró al Sol en aquellos confines, cuando le dio su copa como nave, sino que en otro pasaje de la *Biblioteca* de Apolodoro se nos dice que el gigante Alcioneo había expulsado de la isla las vacas del sol[47]. Una serie de asociaciones a las que se uniría el propio nombre de la isla, "roja", y el término con el que se describe a las vacas, "purpúreas", que como ha recordado Alain Ballabriga, pondrían de manifiesto el carácter ambivalente de la isla, a medio camino entre el dominio de la luz solar y las tinieblas ctónicas[48].

Sin embargo a pesar de esta evidente excepcionalidad, los intentos por localizar la isla dentro de una geografía más concreta y determinada se remontan al parecer muy atrás. El propio Estesícoro la habría situado en las cercanías de Tartesos, definido aquí como "río de plata de aguas inagotables"[49]. Esta indefinición, que ponía en relación la isla con una realidad geográfica todavía un tanto difusa en la imaginación griega asociada a la mitología de los confines donde se producen toda clase de riquezas, fue progresivamente concretándose a las proximidades de Gades, la ciudad fenicia del extremo occidente, y así la encontramos en Heródoto, o incluso asimilada del todo a ella, como sucede en Ferécides[50]. Hubo no obstante quienes se empeñaron en negar esta localización extremo occidental de Eritía y trasladaron la

46 Fr. 27 Merkelbach-West.

47 Apol. I,6,1.

48 Sobre la problemática de la isla, Ballabriga (1986), 45-53.

49 Stes. fr.7 = PMG 184. Véase al respecto Cruz Andreotti (1991a).

50 Hdt., IV, 8; Ferec., *FGrHist* 3 F 18 (b). Sobre la indefinición del extremo occidente en la imaginación griega, Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo Girvés (1995), donde se encontrará la bibliografía relevante al caso.

isla a un espacio mucho más próximo como las regiones occidentales de Grecia. Este parece que fue el caso de Hecateo de Mileto, quien según el testimonio de Arriano, afirmaba que Heracles no había sido enviado a la lejana Iberia sino a la región continental de Ambracia, donde Gerión era un rey de aquellos parajes[51]. De cualquier forma, su localización en aquellos contornos de la Grecia occidental no la privaba de su aspecto fabuloso si tenemos en cuenta las resonancias míticas de país infernal que toda esta región donde se ubicaba el río Aqueronte mantuvo a lo largo de la época clásica. Recuérdese a este respecto el *excursus* geográfico completamente excepcional con el que Tucídides ilustra su descripción de las operaciones bélicas por estos parajes occidentales[52]. De esta forma, Eritía siempre se localizó en el extremo del mundo, más cerca o más lejos del ombligo helénico, dentro de un ámbito fabuloso, donde dioses y monstruos convivían, sólo al alcance de héroes de la talla de Heracles, ayudado además por medios divinos, que debían viajar hasta aquellos confines llevados de una imposición superior[53].

La isla de las Gorgonas

Según la tradición más antigua con que contamos, la morada de las Gorgonas se situaba en una isla del Océano, llamada Sarpedonia. Hesíodo afirma que habitan

> al otro lado del ilustre océano en el confín del mundo hacia la noche, donde las Hespérides de aguda voz[54].

Esta localización en los confines del mundo aparece también en un fragmento de los *Cantos Ciprios*, donde se menciona el nombre de la isla y se la caracteriza como "rocosa", y en Ferécides[55]. Una tradición que confluye sin duda en Apolodoro, quien en su relato de las aventuras de Perseo hace viajar al héroe hasta los confines del océano, a donde debe llegar volando, en busca de la cabeza de Medusa[56]. Esta forma excepcional de viaje confirma la posición extrahumana de la morada de las Gorgonas, un lugar más allá del alcance de los hombres comunes al que sólo los héroes, ayudados por los dioses, consiguen llegar, de la misma forma que había sucedido con Heracles en su viaje hasta Eritía. Dentro de la saga de Perseo, que parece resumir Apolodoro, es ciertamente significativo a este respecto que el héroe,

---

51 Arr., *Anab.*, 2, 16,5.

52 Tuc., I, 46,4. Ballabriga (1986), 44.

53 De hecho ambos términos, el océano y el Aqueloo aparecen mencionados en un fragmento atribuido al poeta épico del s. V a.C., Paniasis, autor de una *Heraclea*, donde era Nereo y no el mismo Sol el que proporcionaba la copa al héroe para viajar hasta la mítica isla. *cf.*,Matthews (1974), fr.7 y 28.

54 Hes., *Teog.*, 274-75.

55 *Cipr.*, fr. 24 = Herodiano, II, 914 Lentz; Ferécides *FGrHist* 3 F 11

56 Apol., II,4, 2,

tras su huida de las Gorgonas, deba afrontar su aventura etíope con el episodio de Andrómeda, especialmente si tenemos en cuenta la ubicación meridional de la Etiopía mítica que abarcaba incluso los dos confines oriental y occidental, siendo por tanto la etapa normal de un viaje de retorno cuyo punto de partida era el extremo occidente[57].

Toda la tradición apunta a una localización en los confines si bien en Esquilo se asocia la morada de las Gorgonas a una llanura denominada Cistene que parece debía hallarse en el lejano oriente[58]. El lugar sin embargo aparece asociado en autores tardíos con el extremo occidente y lo encontramos aplicado a una montaña o a una ciudad de Libia, lo que nos da una idea de la preponderancia de la tradición que desde el principio fijó la residencia de estos seres monstruosos en los confines más occidentales del mundo. Asociadas a la leyenda de Perseo y sometidas por tanto a la creciente tendencia racionalizadora de esta clase de historias, las Gorgonas se incluyen como una más de las razas extraordinarias que habitaban la sorprendente Libia, en una zona especialmente apta para ello por su situación como eran sus confines más occidentales. Así aparecen en el relato de Dionisio Escitobraquión, tal y como lo ha conservado Diodoro, asociadas a las Amazonas, como uno más de los pueblos guerreros que habitaban estos contornos y que debieron ser sometidos por la acción pacificadora y civilizadora de héroes griegos como Perseo o Heracles[59]. Dentro de este mismo contexto las presenta Pausanias, quien ofrece sin embargo una versión alternativa que remite como fuente al misterioso escritor cartaginés Procles, según el cual se trataba de seres humanos salvajes propios de aquellos parajes que devastaban continuamente el lago Tritonis hasta que Perseo acabó con ellas, gracias a la ayuda de Atenea a la que estaba consagrado el pueblo que habita aquellos alrededores[60].

En un contexto algo diferente aparecen en Plinio el Viejo, que habla de varias islas en lugar de una sola y las denomina Gorgades[61]. Las localiza en un lugar concreto de la costa atlántica africana, frente al Cuerno de Occidente - *Hesperou Ceras*- e indica la distancia que media entre ellas y la costa, consistente en dos jornadas de navegación. Plinio atribuye su información a un tal Jenofonte de Lámpsaco, autor de un periplo de la época helenística dentro del que habrían figurado estos lugares fabulosos[62]. La cosa se complica todavía más cuando el enciclopedista latino relaciona estas islas con las que el cartaginés Hanón encontró a lo largo de su viaje por

---

57 De la supuesta presencia de etíopes en las costas occidentales africanas hay testimonios evidentes en toda nuestra tradición, especialmente a partir del siglo IV a. C. y así se refleja en obras como el *Periplo de Hanón* o algunos de los tratados y Periplos que han podido servir de fuente a escritores como Diodoro o Plinio el Viejo.

58 Esquilo, *Prom.*, 793, *cf.* el comentario *ad. loc.* de Griffith (1983), 229.

59 Diod., III, 55.

60 Paus., II, 21, 6-7.

61 Plin. *N.H.*, VI, 200

62 Sobre Jenofonte de Lámpsaco, Susemihl (1891), 692 y Gisinger (1967).

las costas africanas, quien siguiendo a Plinio habría referido que las mujeres tenían pelo sobre todo su cuerpo y los hombres eran tan veloces con sus pies que apenas podía dárseles caza. El almirante púnico habría depositado en un templo de Cartago las pieles de algunas de estas curiosas mujeres como testimonio palpable de la veracidad de su historia. La puesta en relación del célebre pasaje de los Gorilas que figuraba en el *Periplo de Hanón* con las islas Gorgades que habían sido la morada de las monstruosas Gorgonas ya había seducido a los antiguos, como luego continuaría ejerciendo esta misma seducción sobre algunos autores modernos[63]. Un tipo de argumentos que quizá ya habían manejado también otros como el no menos enigmático Estacio Seboso, a quien Plinio utilizó también como fuente. No tenemos intención de abordar aquí el espinoso problema de las fuentes de Plinio para estos pasajes[64], pues lo que decididamente importa a nuestro tema es que de una manera u otra, las islas de las Gorgonas, surgidas de la más antigua tradición mitológica que las había localizado en un brumoso occidente, en el Océano inmenso y primordial donde tenían lugar toda clase de maravillas y fenómenos extraordinarios, se habían ido manteniendo en la conciencia colectiva, si bien por el giro de las cosas que la nueva erudición mítica demandaba, se exigía que tuvieran unas coordenadas más reales, de ahí los datos precisos de un Jenofonte de Lámpsaco, o bien, todavía mejor, que se hallase documentada su presencia en un testimonio prestigioso del pasado que pretendidamente hubiera reseñado aquellos contornos extremoccidentales como se creía había hecho la expedición del cartaginés Hanón trasferida luego al relato griego conservado. Una operación en suma de camuflaje y adecuación a las nuevas exigencias de los tiempos en los que ya no resultaba creíble y no era por tanto de recibo la fabulación mítica de los viejos tiempos, desentendida del todo de los apremios de la geografía real y más preocupada en recrear todo un mundo completamente imaginario donde los confines borrosos empezaban nada más franquear el horizonte.

El mito de las Gorgonas conservaba de hecho toda esa ambigüedad latente que caracterizaba a las regiones de los confines del mundo y a los seres que habitaban en ellos. A los poderes terribles que tales monstruos tenían sobre los hombres se unían ciertas propiedades benefactoras que usadas del modo correcto podían provocar efectos mágicos positivos. Es el propio Apolodoro, quizá la fuente principal de todo este complejo mítico, quien nos informa de estos detalles. Atenea le dio al parecer a Heracles un rizo de la Gorgona que tenía la propiedad de poner en fuga a los enemigos cuando una ciudad era atacada, tal y como con el que quedó protegida Tegea contra los argivos[65]. También la sangre de la Gorgona poseía estas capacidades mágicas y según el mismo Apolodoro, la diosa Atenea se la entregó a Asclepio

[63] Desanges (1983). Sobre la problemática general del *Periplo de Hanón*, Desanges (1978), 39-85 y García Moreno (1989).

[64] Ya lo ha hecho con acierto García Moreno (1991).

[65] Apol., II, 7,3 y Paus. VIII, 47,5.

quien utilizaba la que había sido extraída de las venas derechas para dar vida a los muertos[66]. Una misma tradición recoge Eurípides en el *Ion* cuando atribuye este mismo don de la diosa a Erictonio, esta vez en forma de dos gotas, una de las cuales servía para causar la muerte y la otra para curar enfermedades[67]. Si a ello le añadimos la versión de la leyenda que presenta a la Gorgona Medusa como una mujer hermosa que fue seducida por Poseidón en un estadio anterior a haber adquirido el aspecto espantoso con el que aparece descrita habitualmente, la conjunción de los dos aspectos, el maravilloso y el terrorífico, que se daba en estas zonas liminales del orbe, situadas casi ya fuera del mundo de los mortales, aparece con cierta nitidez ante nosotros e integra las Gorgonas y su estancia en una isla dentro del universo imaginario donde cobraban vida esta clase de fabulaciones.

La isla de las Sirenas

Un caso algo diferente al anterior es el de las islas de las Sirenas. La isla o islas aparecen mencionadas por primera vez en Homero como una etapa más de las navegaciones de Odiseo dentro de un contexto mítico que las situaba entre la isla de Circe y el estrecho donde moraban Escila y Caribdis. Esta geografía relativa, unida a los procesos de traslación repetidamente aludidos aquí de las tradiciones míticas al mundo itálico y sus aledaños, llevó a localizar las islas en la cuenca del mar Tirreno junto a la costas itálicas[68]. Homero nos ofrece una somera descripción del lugar más bien siniestra. Alude en efecto a la existencia de un prado -λειμῶν-, que más adelante califica de florido, pero en él las sirenas se hallan sentadas en medio de

> un gran montón de huesos humanos putrefactos, cubiertos de piel seca

emiten sus fatídicos cantos con el objetivo de atraer hacia ellas a los confiados navegantes[69]. El ambiente contribuye igualmente a la condición excepcional del lugar, pues cuando la nave de Odiseo avista la isla, el viento que la impulsaba cesa de repente " y se hizo una bonanza apacible"[70]. Sin embargo la atracción residía en el sonoro canto de las Sirenas que prometían con su completa sabiduría agradar los oídos de quienes se detenían a escucharlas. Todo un paisaje maravilloso en el que de nuevo se alternan los atractivos aparentes de un canto armonioso dotado de todo el conocimiento posible con los peligros de quedar atrapado en sus playas, perdida la noción del regreso y, a juzgar por el dantesco espectáculo al que antes aludíamos, condenado a una muerte segura en un lugar aparentemente desolado.

---

66 Apol., III, 10,3

67 Eur., *Ion*, 1002 y ss.

68 Los intentos por situar las Sirenas sobre el mapa remontan al menos hasta Timeo. Se las localizó en las denominadas Sirenusas, las islas rocosas que se encuentran situadas entre Sorrento y Capri. Moulinier (1958), 97-98.

69 *Od.*, XII, 44-46.

70 *Od.*, XII, 168-169.

El nombre de la isla aparece en uno de los fragmentos de Hesíodo, donde se la denomina Antemusa, calificada además como "bella" en el lema que da entrada al escolio que contiene el mencionado paso[71]. Es probable sin embargo que el nombre proceda de un mal entendimiento del epíteto que Homero aplica al prado de las Sirenas en otro de los pasajes del mismo canto XII (v. 159). Con independencia de ello y del número de las Sirenas que pasó de dos a tres, la isla donde moraban pudo también haber sido trasferida a los confines del Océano donde solían encontrar fácil cabida todo este tipo de lugares maravillosos. El significado preciso que el episodio de las Sirenas tiene dentro del poema homérico ha sido un tema muy debatido[72], sin embargo es muy probable que se trate de la traducción a nivel literario de viejas obsesiones marineras que hablaban de apariciones de mujeres que trataban de desviarles de su ruta mediante cantos armoniosos que anonadaban el espíritu. La sensación de peligro ante lo desconocido, el cansancio de las largas jornadas en soledad, la añoranza de la patria y el hogar, y rumores más o menos infundados acerca de seres misteriosos con forma de mujer colaboraron sin duda a recrear el mito, que fue luego adaptado a los requerimientos y exigencias del relato de viajes.

La Tule de Píteas

La isla de Tule, conocida a través de las navegaciones atlánticas del masaliota Píteas a finales del siglo IV a. C., se presenta también a la imaginación griega con todos los visos de una tierra fabulosa al menos por todo el velo de misterio en que aparece envuelta desde un principio. No existen apenas dudas sobre su existencia real si bien difieren ampliamente las opiniones a la hora de concretar su nombre sobre un mapa y se barajan entre otras diferentes posibilidades como Islandia, la costa noruega o las islas Féroe[73]. No hay en cambio ninguna seguridad de que el propio Píteas hubiese llegado a pisar la isla con sus pies. Dada la confusión existente en torno a los escasos testimonios con que contamos acerca de este intrépido navegante, no estamos ni mucho menos en condiciones de afirmar que su testimonio sobre la mítica isla no fuera tan sólo el reflejo de noticias de segunda mano recogidas entre los indígenas britanos cuando alcanzó estas latitudes[74]. Sin embargo de

---

71 fr. 27 West-Merkelbach= Escolio a Apol. Rh., IV, 892.

72 Véase en general, Page (1973b), 83 y ss., Gresseth (1970) y Heubeck y Hoeckstra (1989), 118-119.

73 Sobre las diferentes propuestas, Cary y Warmington (1929), 36-37, Dion (1977), 200 y ss. y Aujac (1988).

74 Eso parece que se deduce de la afirmación de Estrabón, II, 4, 1 "dice que ha visto personalmente esa cosa parecida a la medusa pero del resto habla de oídas". No constituye un serio argumento en contra de esta afirmación el testimonio tardío y poco explícito a este respecto de Cleomedes, *De Mot. Circ. Corp. Cael.* I,7, donde al hablar de Tule se alude a la posible presencia de Píteas en la isla como un dicho de procedencia incierta - φασι-.

una u otra forma, a partir de Píteas, Tule constituyó dentro de la geografía griega un espacio mítico y misterioso que representaba el último confín septentrional del mundo del mismo modo que Etiopía lo fue para el sur o la India y la península ibérica para los extremos oriental y occidental respectivamente.

La tradición existente sobre el viaje de Píteas resulta efectivamente problemática. El relato de sus viajes, que el masaliota debió haber consignado por escrito en una obra que llevaba por título *Sobre el océano*, no ha llegado hasta nosotros[75]. Todo lo que tenemos en nuestro poder son testimonios tardíos o alusiones más bien críticas respecto a la veracidad de su historia por parte de historiadores como Polibio o Estrabón que nunca admitieron la posibilidad de que un simple individuo que no formaba parte de una expedición o de un proyecto más ambicioso hubiera podido llevar a cabo una empresa de esas características[76]. Su descrédito fue por tanto casi total a lo largo de la literatura que podemos manejar y sólo el interés de los modernos por su persona, al haberlo considerado como el más intrépido aventurero y descubridor de toda la Antigüedad, ha logrado revivir su fama, bien sea entre grandes zonas de incertidumbre y especulación[77]. No es éste el lugar adecuado para pasar revista a su increíble viaje a lo largo de las costas atlánticas europeas hasta abordar los mares del norte, ya que sólo el punto más extremo de su andadura, la mítica y misteriosa Tule constituye el objeto específico de nuestro interés[78].

No es mucho lo que sabemos a ciencia cierta de la isla. Como hemos ya anticipado, Píteas pudo tan sólo haber oído hablar de ella a lo largo de su recorrido por las costas de Gran Bretaña, donde debió entrar en contacto con los indígenas, o haberla simplemente avistado a lo lejos en su navegación más septentrional. Su exacta localización ha despertado gran interés entre los modernos estudiosos a la luz de las interesantes especulaciones astronómicas de que al parecer hizo gala el navegante masaliota que era también un reconocido experto en estas lides. Es así el fenómeno conocido como la noche ártica, en el que el sol apenas deja de verse a lo largo de las veinticuatro horas de un periodo del año que dura seis meses, el que suscitó especialmente la atención de Píteas y sobre el que seguramente insistió más extensamente en su relato de viaje. Píteas parece haber hecho en su relato mención explícita del lugar donde el sol se acostaba, tal y como le fue mostrado por los indígenas[79], sin embargo es posible que con ello se refiera a alguno de los lugares de la

75 Los fragmentos atribuidos a Píteas se encuentran reunidos en Mette (1952) y más recientemente en Roseman (1994).

76 Sobre la posición de Polibio sobre Píteas, Walbank (1972), 126-127. Sobre las pretensiones de Polibio de ser el pionero en el descubrimiento de Occidente, Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo (1995), cap. 2. Sobre la postura crítica de Estrabón, Aujac (1966), 40-48.

77 De hecho se le dedica todo un capítulo en modernas historias de la exploración como la publicada por la National Geographic Society (1987) y aparece también mencionado en obras como la de Pennington (1979), Keay (1991) y Favier (1991), 52 y ss..

78 Sobre todo su viaje, además de las obras ya mencionadas en las notas precedentes, pueden verse, Broche (1935), Carpenter (1966) y Hawkes (1975).

79 Gemino, *Elem. Astrom.*, VI.

costa británica donde efectivamente parece que estuvo, en lugar de a la isla de Tule. Destacaba también las especiales condiciones del mar que rodeaba la isla, compuesto al parecer de

> una cierta mezcla de estos elementos - tierra, mar y aire- parecida a la medusa y en la que afirma que la tierra, el mar y todo está suspendido y es como si aprisionase a todas las cosas y sobre la que no es posible ni caminar ni navegar[80].

Ambos eran fenómenos excepcionales que conectaban además con viejos mitos como el del carro del sol recorriendo la bóveda celeste desde su nacimiento en oriente hasta sumergirse en el confín occidental o con las historias extraordinarias que se contaban sobre el océano más allá de las columnas de Heracles donde toda navegación resultaba imposible y sólo los héroes o los dioses se aventuraban más allá de ellas. Esto fue quizá uno de los motivos principales que arrojaron el descrédito sobre el relato de los viajes de Píteas al asociar de forma indiscriminada sus noticias puntuales y concretas sobre determinados puntos del recorrido, posiblemente bien justificadas y presentadas dentro de un contexto que las hacía más inteligibles, con las patrañas y fabulaciones que discurrían desde antiguo, obra sobre todo de los poetas, acerca de los confines del mundo[81].

Píteas sin embargo trataba de ofrecer una visión aparentemente mucho más realista y veraz de su andadura por aquellas tierras del norte. Parece evidente en efecto que jalonó su narración con datos astronómicos de toda clase y no faltaban tampoco observaciones de estricto carácter científico que tenían que ver con fenómenos bien conocidos pero no explicados como las mareas. Por lo que respecta a Tule, indica la distancia precisa en jornadas de navegación que se precisaban para llegar hasta ella desde las tierras de Britania y su latitud, eliminando de esta forma toda sospecha que pudiera hacer entrar de lleno a Tule dentro del espectro de la geografía puramente imaginaria de poetas y fabuladores. Reflejaba igualmente las condiciones de vida de sus habitantes en consonancia con la situación de la isla próxima a la zona glacial que la privaba de cielos despejados aptos para el cultivo del grano o de la presencia de una buena parte de los animales domésticos que tenían su morada en zonas más cálidas y meridionales de la ecúmene[82]. Se veían así obligados a alimentarse de mijo, hierbas diversas, frutos silvestres y raíces, a trillar el trigo en grandes recintos cubiertos y tomaban como bebida una mezcla de trigo y de miel. Nada por tanto hasta aquí de fabuloso o extraordinario fuera de su especial ubicación geográfica o su condición particular de ser el último punto habitado. No encontramos por ninguna parte una concreción mayor de las maravillas y prodigios a que se alude en

[80] Estr., II,4,1 (Trad. de J.L.García Blanco, Biblioteca Clásica Gredos).

[81] Ya Heródoto desea mostrar sus distancias con respecto a esta clase de literatura al hablar del océano (II, 23) o del río Erídano en los confines de Occidente (III, 115-116).

[82] Estr., IV, 5, 5:

nuestra tradición de forma circunstancial[83]. De hecho uno de los reproches que Polibio hizo a Píteas fue el de que hubiera pretendido llegar hasta los confines del Universo, una circunstancia que en palabras del historiador aqueo "no podría creerse aunque lo dijera Hermes"[84]. En esa misma línea de crítica recoge también el testigo Estrabón cuando afirma frente a Píteas que los límites de la tierra habitada deben hallarse más al sur, pues según el testimonio de sus contemporáneos nada existe más allá de Yerne - Irlanda- excepto hombres salvajes que viven penosamente a causa del frío[85]. Muy probablemente haya que buscar el origen de su descrédito posterior en el atrevimiento singular de Píteas al exponer crudamente tales fenómenos excepcionales, que sólo él había podido contemplar directamente, y en sus pretensiones de pionero en estas regiones que chocaban frontalmente con el orgullo y los objetivos de un Polibio, que reservaba para sí una gloria semejante.

De cualquier forma, la aparición de Tule en escena no fue fugaz ni mucho menos, por el contrario se consolidó a lo largo del tiempo como el confín septentrional del orbe y ocupó su lugar dentro del imaginario griego como una tierra maravillosa envuelta en el misterio a la que prácticamente resultaba imposible llegar a causa de las características particulares del mar circundante. Enseguida quedó también asociada a toda la geografía mítica de los confines septentrionales, un tema que ya había adquirido prestigio literario en plena época arcaica con el poema de Aristeas de Proconeso y al que se vinculaban igualmente las tradiciones relativas al pueblo fabuloso de los Hiperbóreos. Un espacio difuso y completamente imaginario al que el nuevo descubrimiento daba calidad geográfica factual sin desprenderse del todo de ese velo de misterio y lejanía inalcanzable que toda geografía mítica precisa. La condición excepcional de sus estaciones, regidas por un ritmo completamente diferente del que regulaba la vida de la mayor parte de los mortales, el ser el lugar donde el Sol encontraba su lugar natural de descanso tras el largo recorrido por toda la bóveda celeste, su cercanía al mar helado que era también conocido como mar de Crono[86] y por último la presencia de la miel entre la dieta de sus habitantes como uno de sus principales ingredientes, asociada como estaba a la condición inmortal y cuya abundancia en torrentes, ríos o fuentes figuraba de forma invariable en todas las descripciones de tierras fabulosas, pudieron ser elementos más que suficientes para integrar a Tule dentro de este complejo imaginario. Seguramente no es casual que en autores tardíos como Diodoro, en el que se entremezclan las tendencias racionalizadoras con la erudición mitológica, aparezcan referencias al mito de Faetón asociadas a la descripción de estas regiones septentrionales o que en época ya bizantina Esteban de Bizancio sitúe la isla en plenas regiones hiperbóreas[87]. La pura

---

83 Así Servio en su Comentario a Virg. Georg. I, 30: *Miracula de hac insula feruntur.*

84 Pol., XXXIV, 5, 10.

85 Estr., II, 5, 8.

86 Plin., *N.H.*, IV, 104.

87 Diod., V. 23 y Est. de Biz., s.v. θούλη.

ficción de autores posteriores como Antonio Diógenes al situar en la isla fantasías de todas clases no hizo otra cosa que seguir un camino que ya era bien conocido.

Cerne: una isla de los confines del mundo

Dentro de las islas fabulosas debemos incluir también Cerne, una misteriosa isla situada generalmente en el Atlántico frente a las costas de Africa. Su primera mención sería la que aparece en el *Periplo del PseudoEscílax,* una obra de mediados del siglo IV a. C. que fue atribuida al navegante jonio Escílax de Carianda[88]. Según este autor la isla se hallaba frente a la costa occidental de Africa a la altura del promontorio Solunte en la región donde habitan los etíopes sagrados. La isla se hallaba evidentemente en alta mar a juzgar por la distancia que la separa del promontorio mencionado, siete días de navegación, cuando la que media entre dicho promontorio y las columnas de Heracles era de cinco jornadas, totalizando todo el viaje desde las columnas a Cerne las doce jornadas resultantes. El autor del *Periplo* nos informa también que no era posible navegar más allá a causa de las aguas poco profundas, del lodo y de las algas, constituyendo de esta forma la isla el punto extremo alcanzable en la ruta marítima occidental. Parece que la isla se encontraba habitada, pues el *Periplo* menciona la presencia de comerciantes fenicios que llegaban hasta ella con sus barcos mercantes e instalaban sobre su suelo sus tiendas. Sin embargo el texto prosigue con una alusión casi ininterrumpida sobre los Etíopes occidentales, que al decir del autor se hallaban instalados sobre el continente. No sabemos por tanto si también los habitantes de la isla con los que establecían relaciones comerciales los fenicios eran de la misma raza.

De cualquier modo la isla aparece ya aquí situada en medio de un contexto geográfico con claras connotaciones míticas, pues no en vano se nos dice que toda esta región de Libia era la morada de estos Etíopes, "los más bellos de todos los hombres" que ya habían hecho su aparición en la imaginación griega desde los tiempos de Homero. Sus características míticas han sido sin embargo algo rebajadas y sólo su esplendorosa apariencia se presenta como un rasgo distintivo frente al resto de los mortales. Por lo demás aparecen como un pueblo más dentro del catálogo etnográfico que desde los comienzos jonios se había venido elaborando a la hora de describir los paises lejanos. La geografía y la historia habían contribuído de forma decisiva a realizar dicho acercamiento. Se hablaba de distancias precisas desde otros puntos bien conocidos o considerados puntos bien identificables dentro de un supuesto mapa real del mundo de aquellos tiempos. Se introducía en este ámbito una presencia humana bien tangible como la de los fenicios, conocidos por sus arriesgadas navegaciones de ultramar y por la pericia de sus transacciones comerciales por todos los puntos de la ecúmene. Cerne quedaba de este modo integrada

88 *Per. Pseud. Scyl.*, par. 112. Sobre el problema de datación de este Periplo, Peretti (1988).

también en el conjunto de las tierras habitadas, si bien se hallaba situada en uno de los confines, más allá de los cuales se abrían imponentes barreras físicas que resultaba imposible superar.

La isla aparece también mencionada, aquí de forma más escueta, en el célebre *Periplo de Hanón*, ya mencionado, donde se atribuye su descubrimiento e incluso su misma denominación a la expedición exploratoria encabezada por el almirante púnico[89]. Según algunos autores ésta sería la mención inicial de la isla al conceder carta de ley a la veracidad de la historia que el *Periplo* dice transcribir. Sin embargo dada la posibilidad de que dicha obra fuese compuesta en el siglo III en los medios alejandrinos, como parece lo más probable, sería la cita del PseudoEscílax, de mediados del IV a. C. la pionera en mencionar la susodicha isla. No sería tampoco de extrañar, si consideramos el *Periplo de Hanón* como una obra griega de ficción hábilmente construída, que su autor, conocedor de la aparición de la isla en el *Periplo* del PseudoEscílax, hubiera decidido incluirla en el supuesto viaje del cartaginés, otorgándole como era lógico y coherente en una expedición pionera por estos mares, la categoría de haber sido su descubridor. De esta forma se cubrían varios objetivos. En primer lugar se concedía credibilidad a una expedición que debía de haber encontrado lógicamente los puntos referenciales "reales" que eran de esperar en aquellos confines del orbe, en segundo lugar la isla, rodeada de cierto velo de misterio como punto limítrofe junto a un océano innavegable, contribuiría también con su aparición a lo largo del trayecto a dotar a éste de los elementos fantásticos imprescindibles en todo relato de estas características.

El rápido paso de Cerne al mundo de la fabulación se detecta en un pasaje de Estrabón, cuando censura la ingenuidad y contradiciones de todo un Eratóstenes al aceptar como buenos ciertos argumentos míticos relativos al ámbito geográfico que se abría más allá de las columnas de Heracles, incluyendo entre ellos la mención de la isla de Cerne, que el geógrafo de Amasia asocia a "otros lugares que hoy en día no se pueden localizar en ningún lugar"[90]. Da la impresión que Cerne, al igual que había sucedido con la Tule de Píteas, había entrado de lleno dentro del universo imaginario y fue a partir de su breve aparición en las obras antes mencionadas, fácil presa de fabuladores y poetas que además de asociar a su nombre ciertas maravillas llegaron incluso a cambiar radicalmente su localización trasladándola al otro confín del orbe, el oriental. Si hemos de creer a Plinio el Viejo esta traslación se habría iniciado ya con Eforo que hablaba de la imposibilidad de aproximarse a ella viniendo desde el mar Rojo a causa del calor existente más allá de las columnas[91]. Polibio en cambio la seguía situando en el lugar previsto, frente a las costas de Mauritania según nos informa en el mismo pasaje el enciclopedista latino[92]. Todavía Cornelio

---

89 *Perip. Han.*, 35 y ss.
90 Estr., I, 3,2.
91 Plin., *N.H.*, VI, 199.
92 Pol., XXXIV, 15, 9.

Nepote, siguiendo el mismo pasaje pliniano, la mantenía en esa ubicación, pero la propia secuencia del texto induce a pensar que desde entonces la isla empezó a estar asociada en la imaginación colectiva y literaria con otra serie de islas fantásticas que se creía se hallaban también en aquellos contornos. La cita de Paléfato relativa a sus habitantes, que son tachados como "cubiertos de oro", quizá en una evocación ya difusa de las riquezas mineras que se suponía que existían por aquellos contornos y que habían sido explotadas por fenicios y cartagineses, y su mención en el poema geográfico de Dionisio Periegeta, donde aparece asociada de nuevo a los míticos etíopes, constituyen claros ejemplos de cúal fue el destino de la isla dentro de la literatura antigua[93]. Su aparición como ciudad, capital de los Atlantes, en el mítico relato del libro III de Diodoro o su presencia como lugar donde surge la aurora en los poemas de Licofrón y de Nonno[94], confirman el desvarío sufrido por Cerne, transformada de incierta realidad geográfica frente a las costas de Africa en un simple confín fantástico, apto para la retórica o para cualquier clase de divagación poética o mítica.

Una isla en el Océano

La idea sobre la existencia de una isla fabulosa situada en el océano dotada con todas las bendiciones naturales y en la que reinaban unas condiciones de vida ideales empezó a tomar cuerpo en la literatura griega a partir de finales del siglo IV a. C. Bien es cierto que desde el principio se había venido hablando de unas islas de los Bienaventurados que eran la morada final de los héroes más excelentes que habían recibido al final de sus días ese premio por mano de los dioses, pero se las localizaba completamente dentro de una geografía mítica, en un difuso extremo occidente, sin que ninguno de los mortales pudiese llegar hasta ellas. Por el contrario, ahora se suministran algunos datos para su localización más concreta, como es su cercanía a las costas atlánticas de Africa más allá de las columnas de Heracles, e incluso se vinculaba su existencia, por medio de una circustancia perfectamente admisible como era su descubrimiento a manos de fenicios o cartagineses, al terreno de los hechos reales, sustrayéndola casi del todo de ese universo más religioso y puramente imaginario.

La primera referencia a esta isla la encontramos en el tratado paradoxográfico falsamente atribuido a Aristóteles que lleva por título Περὶ θαυμασίων ἀκουσμάτων[95]. Se habla aquí de una isla desierta situada en el océano que gozaba

[93] Palaeph., *Incred.* 33; Dio. Perieg., 219. En este último texto incluso se presentan serias dudas acerca de la posibilidad de que ni siquiera se tratase de una isla y formase parte del continente, *cf.* Jacob (1990), 122.

[94] Diod. III, 54, 4; Lyc. *Alex.*, 18 y Nonn. *Dyonis.* 33, 183-187. En general sobre la isla, Amiotti (1987). Sobre su posible identificación, Walbank (1979), 638

[95] *Mir. Ausc.*, 84. Sobre la cronología de esta obra, Giannini (1964), 133-135.

de todas las bendiciones de la naturaleza, con vegetación abundante, ríos navegables y frutos de todas las clases. Fue descubierta por los cartagineses que incluso llegaron a instalarse en ella por algún tiempo, pero en un momento dado sus dirigentes, temerosos de que se difundiera la existenca de dicho lugar y llegasen hasta la isla gentes de todas partes, decidieron prohibir bajo pena de muerte la navegación hasta allí y aniquilaron a la población que ya la habitaba con el objeto de mantener bien guardado el secreto de su situación de cara al exterior. Esta decisión de los dirigentes de Cartago ha provocado el escepticismo de los estudiosos modernos que tratan de explicar de diferentes, y a veces curiosas, maneras un procedimiento tan cruel y tajante[96].

Todo ello si decidimos conceder carta de ley histórica al episodio, lo que no parece estar del todo claro a la vista del lugar donde la noticia aparece, un tratado heterogéneo de curiosidades destinado a suscitar el asombro de los lectores a través de anécdotas sorprendentes en las que importa más la sensación de hallarse ante algo extraordinario que el contexto real o hipotético en que el acontecimiento tiene lugar[97]. Posiblemente esta noticia refleja la atmósfera de misterio que envolvía a ojos de los griegos toda la actividad marinera de los cartagineses en el Atlántico, celosos de mantener en secreto ciertas rutas comerciales o coloniales ante la intromisión de posibles competidores. Una atmósfera sin duda ideologizada por ciertos prejuicios helénicos, continuados luego en Roma tras el enfrentamiento directo de ambas potencias[98], que quizá sólo en parte se correspondía con la realidad pero que se refleja también en otros momentos y circustancias de la época. Así podría quizá también explicarse dentro de este ambiente la impresión sensacionalista que sin duda buscaba el autor del curioso *Periplo de Hanón*, al pretender que ponía en conocimiento de los griegos una navegación cartaginesa de carácter oficial hacia esas remotas regiones del Atlántico mediante una traducción al griego de la correspondiente estela púnica erigida en el ágora de Cartago en la que figuraba la narración del viaje[99]. Esa misma impresión de fascinación y misterio sobre todo lo que rodeaba el Atlántico, ya presente bien es cierto en la mitología helénica, y las actividades cartaginesas en este ámbito puede también comprobarse en las noticias dispersas que aparecen a este respecto en el mismo tratado pseudoaristotélico. Todo lo relativo a los dominios cartagineses adquiere allí en efecto tintes de lugares inaccesibles o maravillosos, vedados a la acción griega por el celo infatigable de los púni-

---

96 Así recientemente, Manfredi (1993), 73-77, propone como una de las explicaciones posibles, entre otras, el hecho de que los cartagineses hubieran considerado inviable la ruta hasta la isla a causa de su lejanía y hubieran por tanto decidido abandonarla a su suerte.

97 Sobre la literatura paradoxográfica, además de Giannini (1964), véase también Jacob (1981) y Gómez Espelosín (1995b).

98 Véase al respecto Prandi (1979).

99 Sobre el *Periplo de Hanón*, Desanges (1978), 39-85, donde figura la bibliografía anterior. Una reciente puesta a punto Desanges (1981). Ponen en duda la realidad histórica del Periplo, Germain (1957) y García Moreno (1989).

cos que supieron mantener en esta bruma ambigua de fascinación, terror y fantasía sus dominios en el mar exterior[100].

A la misma isla se refiere también un pasaje más extenso de Diodoro en el que hallamos una mayor riqueza de detalles de todo tipo[101]. El paisaje de la isla cobra una mayor entidad en la descripción del historiador siciliano. Lo que en el breve pasaje del tratado pseudoaristotélico eran unas simples pinceladas sobre la vegetación, los ríos y los frutos, se convierte en Diodoro en todo un cuadro paisajístico que guarda una cierta consistencia interna. Se habla así de un territorio compuesto por montañas entre las que sobresale una llanura de una belleza excepcional. La atraviesan ríos navegables que son además usados para la irrigación del terreno. Parques y jardines pueblan el espacio de la isla, adornados con árboles de todas las especies y regados con corrientes de agua dulce. La parte montañosa de la isla se halla cubierta de densos bosques compuestos por árboles frutales de todas clases surcados por agradables cañadas y fuentes abundantes. El elemento humano adquiere también su importancia dentro de este cuadro idílico, pues se nos dice que existen por doquier costosas villas privadas con jardines en cuyos pabellones adornados con flores pasan el tiempo sus habitantes banqueteando durante el verano en medio de la abundancia y el confort que rodea su vida por todos lados. El agua de la isla contribuye además a la salud y vigor de sus gentes. Existe caza de todas clases a su alcance y el mar les proporciona una pesca variada. Por fin el clima suave reinante produce toda clase de frutos a lo largo de todo el año de forma que la isla parecería una morada más apta para los dioses que para los hombres a causa de su excepcional εὐδαιμονία[102].

Este detallismo en la descripción del paisaje de que hace gala Diodoro ha llevado a algunos a pensar que podría haber utilizado una fuente cartaginesa que habría conocido el lugar de primera mano[103]. Otros en cambio, más cercanos quizá a la realidad de las cosas, han visto en muchos de estos detalles una simple amplificación retórica por obra de Diodoro del esquema tradicional de las islas afortunadas[104]. Esta apreciación realista choca además con los intentos baldíos por identificar sobre el mapa la susodicha isla, pues Madeira, el candidato principal, presenta problemas irresolubles hoy por hoy como son las dificultades técnicas que desde el punto de vista de la navegación existirían para arribar a la isla o la ausencia de res-

---

100 Así *Mir. Ausc.*, 37 (donde se alude como fuente al *Periplo de Hanón*), 113, 114, 134, 136. Llevados quizá de este ambiente muchos estudiosos modernos mantuvieron la tesis del bloqueo cartaginés del estrecho, impidiendo el paso más allá de las columnas de cualquier otro navegante que no tuviera dicha nacionalidad. Dicho bloqueo ha sido negado recientemente por la mayor parte de los autores, *cf.* Whittaker (1978), 80 y ss. y Huss (1993).

101 Diod., V, 19-20.

102 Sobre la noción de εὐδαιμονία ligada a una tierra y en particular a una(s) isla(s), Amiotti (1988), 169 y ss.

103 Así Manfredi (1993), 64 y ss.

104 Rebuffat (1978).

tos arqueológicos que permitan reconocer trazos inequívocos de este cuadro ideal[105]. Es más que probable que Diodoro se haya servido de una fuente anterior para su descripción general de la isla, sin lugar a dudas griega, que a la vista de su coincidencia de base con el pasaje del tratado del Pseudoaristóteles bien pudiera haber sido el historiador Timeo, considerado la fuente común en los casos frecuentes en que ambos autores coinciden[106].

A diferencia del tratado paradoxográfico, donde tan sólo importaba recoger la esencia de la noticia sin aportar más detalles, exprimiendo al máximo el contenido sorprendente de la misma a tono con el proceder habitual de esta clase de literatura, Diodoro debió reflejar con mayor exactitud el contenido de su fuente de referencia. Una mayor precisión que está por otra parte en consonancia con las características generales de la historia del siciliano, dedicada a explotar al máximo aquellos componentes mitológicos, historicistas, sensacionalistas o utópicos presentes en sus fuentes de información con el fin de ofrecer al lector general un tipo de historia global adecuada a sus expectativas, llena de colorido y erudición fácil y sin mayores pretensiones conceptuales que cierto afán moralista y ejemplarizante[107]. Su descripción de la isla oceánica sintonizaba bien con el espíritu de los tiempos, al contemplar la naturaleza como un conjunto de espacios ordenado dispuesto para el goce y disfrute del hombre, en el que los jardines o los parques artificiales desempeñaban un papel fundamental[108]. Se trataba a fin de cuentas de dar curso a esa visión idílica de la naturaleza que aparece de continuo en la poesía helenística y que acaparó el interés de los artistas a la hora de decorar los espacios domésticos urbanos. Incluso algunos aspectos puramente negativos dentro del panorama etnográfico-geográfico griego como eran las montañas[109], aparecen aquí descritas con tonos positivos que se traducen en un aprovechamiento ideal por parte de sus habitantes. Dentro de esta sintonía, Diodoro recarga las tintas sobre todos aquellos aspectos que denotan lujo y opulencia en la vida muelle que llevaban sus habitantes hasta el punto de que en algún caso podría dar la impresión de estar describiendo el tono de vida de las cortes helenísticas, cuyo porte excepcional y sus considerables dispendios incidieron sin ninguna duda en la imaginación colectiva del período en cuestión. Nuestro historiador, consciente quizá de los posibles excesos que este cuadro ideal podría suscitar y de las correspondientes asociaciones que podrían producirse en la imaginación de sus lectores, viene a culminar tal despliege con la afirmación de que podría por la apariencia tratarse de una morada de dioses más que de simples mortales.

---

105 Así lo reconocen de forma expresa autores como los antes mencionados, Amiotti y Manfredi, que creen sin embargo en la posibilidad de que algún día puedan superarse tales inconvenientes. El resto de las hipótesis más importantes se encuentran reseñadas en la monumental obra de Hennig (1944), 46 y ss.

106 Pearson (1987), 54 y ss.

107 Canfora (1990). También Sartori (1984).

108 Fowler (1989), 23 y ss.

109 A este respecto puede verse, Antonetti (1987).

También en consonancia con las nuevas tendencias del momento, en el terreno historiográfico y geográfico, Diodoro inserta su descripción dentro de un contexto perfectamente asumible desde estos dos campos. Sitúa así la isla en el Océano pero atenúa en alguna medida esta vaguedad descriptiva al indicar que se encuentra frente a las costas atlánticas de Libia a una distancia de ésta que no se atreve a precisar pero que cifra en numerosas jornadas (ἡμερῶν πλειόνων) de viaje. Resalta asimismo la utilidad inmediata desde un punto de vista humano de algunos de los rasgos naturales que adornan la isla como las corrientes de agua o el dulce clima reinante. Por otro lado las circustancias de su descubrimiento por obra de los fenicios dentro de un determinado contexto o la oposición entre etruscos y cartagineses por mantener el dominio de aquellos mares son elementos que integran todo el episodio dentro de la secuencia histórica. Esta preocupación historicista se pone de manifiesto a la hora de atribuir su descubrimiento a los fenicios en lugar de a los cartagineses, como hace el Pseudoaristóteles, haciendo entrar a estos últimos en escena en un momento posterior. De la misma forma es la oposición por el dominio de los mares entre las "talasocracias" etrusca y cartaginesa la que determina la postura final de los dirigentes de Cartago en lugar de la curiosa decisión que nos refiere el tratado paradoxográfico de dar muerte a los propios colonos cartagineses con el fin de mantener guardado el secreto. Ciertamente una drástica decisión de esta clase era mucho más relevante al espíritu recolector de este tipo de literatura que para el prurito historicista de un Diodoro empeñado en incardinar su historia dentro de parámetros creíbles.

Diodoro - o quizá su fuente- ha construido en suma un cuadro idílico y utópico sobre un viejo tema como era el de las islas en medio del Océano, morada de héroes y dioses, pero lo ha adaptado al sentir de los nuevos tiempos en los que primaban exigencias de carácter historicista o geográfico que no permitían vaguedades tan etéreas como las del mito y en los que alentaba en los espíritus un ansia de evasión a tierras ideales donde la perfecta conjunción del hombre con su entorno le proporcionaba todo aquello que le era necesario y convertía el duro trabajo cotidiano en una secuencia ininterrumpida de placeres. Nada nuevo en definitiva que no pudiera ser atribuido al elenco inventivo de los griegos sobre las tierras fabulosas.

Una nueva referencia a esta isla, en este caso dos, la encontramos en la biografía de Plutarco dedicada a Sertorio[110]. Huyendo de sus enemigos el general romano instalado en Hispania vino a dar en su viaje marítimo a la zona de Gades, una vez atravesado el estrecho. Allí le informaron unos marineros de la existencia en el Atlántico de dos islas separadas por un estrecho a las que denominaban Afortunadas, de las que acababan de regresar. La descripción vuelve a incidir en los mismos temas como son la bonanza excepcional del clima y la extraordinaria fertilidad de su suelo que permitía llevar una vida relajada y plácida a sus habitantes. Hay sin embargo una especial complacencia en resaltar aspectos climáticos con la mención explícita

110 Plut., *Sert.*, 8. Sobre este episodio, García Moreno (1992), 143 y ss.

de determinados vientos que ejercen su acción salutífera sobre las islas o impiden que sus condiciones de vida se vean deterioradas. De nuevo el espíritu de los tiempos y la formación particular de Plutarco, como buen aristotélico, en esta clase de temas que tanto habían interesado al filósofo del Liceo, prestó sin duda particular atención a este tipo de detalles metereológicos que otorgaban sin duda una cierta consistencia a toda la noticia y prestaban por tanto al relato entero un tono de verosimilitud que era en el fondo lo que Plutarco buscaba con este tipo de procedimientos.

En esa misma línea se hallan datos geográficos más precisos como el número de las islas - dos- , su separación por un corto estrecho de mar y su distancia de Africa, estimada en diez mil estadios, que sin duda superaban con creces toda la tradición anterior mucho más difusa en este sentido y bastante menos pormenorizada[111]. También el conocimiento de su existencia a través de las noticias de marineros de Gades constituye un detalle relevante a la hora de cimentar la consistencia histórica del relato. Sus actividades marítimas eran bien conocidas de todos en aquellos momentos y sus andanzas por el mar exterior ya habían dado lugar a leyendas como la que dió origen a la aventura de Eudoxo de Cízico recogida por Estrabón de Posidonio, según la cual se habrían encontrado los restos de un navío gaditano en las costas del Africa oriental[112].

Su anclaje en la realidad histórica se hacía además en este caso a través de la figura de Sertorio, que enterado en un contexto perfectamente creíble de la existencia de estas islas, tuvo la idea de viajar hasta ellas en busca de la calma y sosiego que los tiempos turbulentos que le había tocado en suerte vivir le hacían esperar con especial ansiedad, especialmente cuando los golpes de la fortuna iban decididamente en contra suya. Oportunamente, la codicia e incomprensión de los suyos le forzó a desechar tal proyecto y una vez más, como era de esperar por otra parte, las islas quedaban sumidas en el velo de misterio y fantasía que les era necesario para seguir conservando el encanto inevitable que atraía hacia ellas las miradas de todos aquellos que insatisfechos de su existencia mundana se aprestaban a buscar una estancia más acogedora y gratificante. La presencia del mito de las islas de los Bienaventurados planeaba ciertamente sobre toda esta clase de noticias y especulaciones y el propio Plutarco menciona de pasada el hecho de que los habitantes de esta parte de Hispania creían que era allí donde se localizaba la residencia de los bienaventurados cantada por Homero. Anteriormente encontramos ya esa conexión también en Diodoro, pero uno y otro trataron de ofrecer una visión de las mismas en la que sin perderse del todo el halo de fantasía que tal conexión implicaba, su imagen se aproximase al cómputo de las realidades geograficas, distantes y casi inalcanzables, pero conectadas a la realidad por el entramado histórico y geográfico que ayudaba a darles dicha consistencia.

---

111 Recuérdese a este respecto que tanto en el pasaje pseudoaristotélico como en el de Diodoro sólo se mencionaba un viaje de muchas jornadas sin precisar distancia alguna.

112 Sobre el episodio de Eudoxo de Cízico, Gómez Espelosín (1992) y García Moreno (1993).

La isla situada en medio del Océano constituyó sin duda un *tópos* literario a lo largo de toda la época helenística y del período romano subsiguiente como prueban el mencionado pasaje plutarqueo y las noticias existentes al respecto en autores latinos como Horacio, Mela o Plinio[113]. Su existencia se explica posiblemente dentro de la estela del mito de las islas de los Bienaventurados, traducido ahora a términos más realistas que permitieran trasladar un espacio puramente imaginario con claras derivaciones escatológicas al terreno de la geografía real del mundo habitado, tratando de mantener intactas algunas de las características del modelo como era su imagen de estancia ideal y paradisíaca. La idealización de la naturaleza, las apetencias utópicas, y el nuevo espíritu de los tiempos que obligaba a utilizar las referencias históricas y geográficas que se consideraban adquiridas y bien asentadas dentro del esquema del conocimiento general, contribuyeron a conformar el nuevo estereotipo en este proceso de adaptación. No estuvieron del todo ajenos ciertos requerimientos de carácter literario como el afianzamiento y difusión de nuevos géneros como el relato de viajes o la paradoxografía, que impusieron ciertos esquemas o estrategias de narración a la hora de presentar la noticia relativa a estas islas. No falta así en el relato de Diodoro la presencia de un elemento tan característico como es la acción de los vientos o la tempestad a la hora de trasladar al viajero hasta estos fabulosos parajes. Circunstancia por cierto que elimina de golpe los ingenuos intentos por dar consistencia efectiva a los datos suministrados que pudieran ayudarnos a situar sobre el mapa las beatíficas islas. Ello no significa que cataloguemos de ficción pura y simple todos estos relatos, pues sin duda alguna circularon noticias sobre la existencia de islas oceánicas relacionadas con el proceso de expansión, primero fenicio y luego cartaginés, por las costas africanas del Atlántico. Noticias que probablemente sólo se concretaron, en la medida en que ello resultaba posible, en los escuetos informes oficiales o en el relato puntual y pragmático de los comerciantes implicados. Su trascendencia al terreno literario es harina de otro costal y fue precisamente allí donde se tejieron en base a los rumores en circulación o a las informaciones más o menos veraces que podían recabarse en los puertos del Mediterráneo occidental los relatos esencialmente librescos que han llegado hasta nosotros, que iban seguramente destinados a un público culto que no solía deambular por aquellos confines.

La isla Blanca

Dentro también de una geografía a medio camino entre lo real y lo imaginario encontramos otras islas a lo largo de la literatura griega como la isla Blanca consagrada a Aquiles situada en el mar Negro. La leyenda parece que es antigua si tene-

[113] Hor., *Ep.* XVI, 41-64; Mela, *Chorogr.*, III, 102 y Plin., *N. H.*, VI, 202. Análisis de los correspondientes pasajes en Manfredi (1993), 79-115.

mos en cuenta que ya aparecía mencionada en la *Etiópida* como el destino final del cuerpo de Aquiles[114]. Independientemente de las distintas variantes que aparecen atestiguadas en la tradición mítica, su localización en el mar Negro parece una constante, si bien varía el lugar exacto, bien en las bocas del Danubio o en el estuario del Dnieper[115]. Existe incluso la posibilidad de que el lugar se confunda con un paraje denominado la "carrera de Aquiles" , que era al parecer una larga franja paralela a la costa según sabemos por Heródoto[116].

A la isla se asociaban historias fantásticas tales como la que nos da a conocer Filóstrato, según la cual los marineros escuchaban al pasar de noche junto a ella los cantos respectivos de Aquiles y Helena que contaban sus vidas en versos de Homero[117]. También se suponía que allí vivía el héroe casado con Helena o con Ifigenia junto con los dos Ayaces, Antíloco y Patroclo[118]. Sin embargo además de su situación en un punto bien concreto de la geografía real como era el Ponto Euxino, frente a una de las bocas de alguno de los principales ríos que desembocan en él, tenemos en Pausanias otra conexión con el mundo de los humanos. Según el Periegeta el primer hombre que habría arribado a la isla habría sido Leónimo de Crotona, un general de la ciudad suritálica que herido en una batalla acudió a Delfos en busca de remedio para su mal. La Pitia le aconsejó que fuera hasta la isla Blanca con el fin de encontrar a Ayax, que según la historia referida por Pausanias habría sido el responsable directo de su herida, para que fuese curado por el héroe. Leónimo regresó de la isla y relató a sus compatriotas que allí había visto a los héroes antes citados y que había recibido de parte de Helena el encargo de acudir a Hímera y decir al poeta Estesícoro que una maldición suya era la causa de su ceguera.

Pausanias es también el único que ofrece una somera descripción de la isla. Esta tenía al parecer un perímetro de veinte estadios, se hallaba cubierta de densos bosques y poblada de animales salvajes y mansos, y por último contaba con un templo dedicado a Aquiles y una estatua del héroe. Se trataba por tanto de una isla deshabitada con una naturaleza exhuberante en la que no priman sin embargo aspectos idealizadores como era el caso en las islas que hemos venido comentando hasta ahora. La escueta descripción apunta más bien a una de esas islas misteriosas en medio del mar, cubiertas con una densa vegetación y pobladas solamente por bestias salvajes, dominio exclusivo de una ninfa o diosa - recuérdese el caso de la isla de Circe donde se destacan también estos dos aspectos, bosque abundante y presencia de animales- que a una estancia idílica apta para la habitación humana en condiciones perfectas. De hecho la experiencia de Leónimo se presenta como un acontecimiento excepcional, llevado allí por la voluntad divina expresada a través de la Pitia délfi-

---

114 Huxley (1969), 145.

115 Así Paus., III, 19,12 (Danubio) frente a Estr., II, 5,22 (Borístenes). Allí la sitúa también Dionisio Periegeta, 542.

116 Hdt., IV,55.

117 Filóstr., *Her.*, 746

118 Para las diferentes tradiciones y variantes, Ruiz de Elvira (1988), 428.

ca, con el fin de expiar una cierta culpa, pues según refiere Pausanias en su historia, el general de Crotona había combatido contra el enemigo en el punto donde precisamente se suponía por parte de los locrios que se solía situar Ayax Oileo para luchar de su lado contra los Crotoniatas. Una historia en suma con evidentes asociaciones con el culto heroico y todo el conjunto de historias fabulosas con él asociado, lo que unido a las leyendas de marinos que refiere Filóstrato sobre la isla y a la visión ya del todo mítica que encontramos en Dionisio Periegeta nos induce a integrar la isla Blanca dentro de ese complejo mundo de lo imaginario en el que retazos de una geografía real, bien precisa aunque asociada con areas marginales del mundo helénico donde pudieron tener lugar fenómenos cultuales de sincretismo[119], pasaron a formar parte de un universo enigmático y misterioso con claras resonancias religiosas e inaccesible a los hombres en el que se movían a sus anchas mitografos, enciclopedistas y autores de relatos fantásticos.

La isla de Ares

Otra isla consagrada, esta vez a un dios, Ares, aparece mencionada en la saga de los Argonautas, situada frente a la costa sur del mar Negro. En ella habitaban al parecer unas aves hostiles que arrojaban sus plumas como dardos contra quienes por allí pasaban[120]. Es muy posible que como ha señalado Bacon se trate de una interpolación erudita del propio Apolonio de Rodas, quien sabedor de que Heracles en uno de sus trabajos había expulsado las mortíferas aves del lago Estinfalio hacia una lejana isla en el Ponto Euxino, decidiera introducirla en la secuencia narrativa del poema[121]. La isla cumple además una función narrativa dentro de la obra, dado que allí se encuentran los Argonautas con los hijos de Frixo que habían naufragado cerca de ella en su viaje de regreso a Orcómenos en busca de las riquezas de su padre[122]. El encuentro sirve además para proporcionar los guías adecuados a los expedicionarios en su viaje hasta la Cólquide y para subrayar la relación estrecha entre la historia de Frixo y la aventura de Jasón, principio y final de la leyenda del vellocino de oro.

En la isla había, según cuenta Apolonio, un templo sin tejado en el que solían hacerse ofrendas al dios en torno a un altar de piedras que se hallaba fuera del tem-

[119] Parece probado en efecto que en esta región del mar Negro existiera un culto a Aquiles como divinidad acuática poderosa y benefactora relacionada posiblemente con el Ηρως de Tracia, resultado ambos de la evolución de un culto más antiguo, quizá cimerio, que se rendía en estas regiones a una divinidad de esta clase. *cf.* Blawatsky y Kochelenko (1978). Sabemos además de un culto a Aquiles localizado en Olbia a partir de una carta inscrita sobre una lámina de plomo hallada en Berezan datada hacia los siglos VI-V a.C. *cf. DHA*, 1, 1974, 134-148.

[120] Apol. Rh., II, 1031 y ss., Mela, II, 98. La mencionan simplemente los periplos del pseudoEscílax y Escimno y Plinio en su *Historia Natural*, VI, 32 que la sitúa frente a Farnacia.

[121] Bacon (1925), 80.

[122] Apol. Rh., II, 1090 y ss.

plo. En el interior del recinto sagrado estaba erigido un monolito de piedra al que en tiempos pasados rendían culto todas las Amazonas. Con ello se entroncaba la existencia y función de la isla dentro del complejo mítico tradicional en el que las Amazonas desempeñaron siempre un importante papel en todo lo relacionado con esta zona del orbe. Sin embargo no debemos olvidar que la isla aparece mencionada sin más en el *Periplo del PseudoEscílax,* al que todos los indicios apuntan a situar a mediados del s.IV a. C. Por tanto es posible que la isla figurase ya, bien fuese como un hito más sin especiales características, dentro de los repertorios de geografía religiosa de los viejos Periplos, en los que tumbas o santuarios de héroes y templos dedicados a diferentes divinidades situados en promontorios señalados de la costa o las islas sagradas ocuparon un lugar destacado. Probablemente Apolonio decidió conceder a la isla un papel más importante que el de mera referencia aprovechando su situación dentro del itinerario de la nave Argo y la convirtió en un eslabón más de la historia donde tenían lugar acontecimientos significativos desde el punto de vista narrativo. Para ello la dotó de las características maravillosas pertinentes como era la presencia de las aves hostiles que allí habitaban, un recurso que aparecía plenamente justificado dentro de la tradición mítica a través de la saga de Heracles.

La isla de Diomedes

En la misma línea de la anterior, tenemos también noticia de la existencia de unas islas consagradas a Diomedes, situadas en el mar Adriático. La presencia de Diomedes en una isla del Adriático, donde era venerado como un dios, aparece atestiguada ya en un fragmento de Ibico que se ha conservado trasmitido en un escolio a Píndaro[123]. Sin embargo parece que fue Timeo quien elaboró la leyenda de forma algo más sistemática, dando lugar a las sucesivas versiones que luego acogieron sucesivamente Artemidoro y Estrabón, gracias a cuyo testimonio ha llegado hasta nosotros[124]. Se trata sin duda de un ejemplo más de esa operación de traslación al mundo griego occidental de mitos y tradiciones relacionadas con la guerra de Troya con el fin de dotar a esta parte del orbe de un elenco legendario del que carecía a causa de su relativa juventud respecto a la parte más oriental del helenismo.

La isla, naturalmente desierta como requería la ocasión, contaba al parecer con una tumba del héroe y un santuario consagrado al mismo de cuyo mantenimiento y vigilancia se encargaban unas aves de gran tamaño. Según la tradición aparentemente más antigua, la que aparece atestiguada en el tratado paradoxográfico atribuido a Aristóteles que remonta con toda probabilidad a Timeo, estas aves acogían de forma amistosa a los griegos que llegaban hasta la isla, en cambio se mostraban

123 Schol. Pind. Nem. X, 12, III 167-8 Dr= fr. 13 Page

124 Estr., V, I,9. *Cf.* Pearson (1987), 73 y ss.

abiertamente hostiles contra los bárbaros de las proximidades llegando a atacarles con sus picos cuando arribaban a ella[125]. Sin embargo más tarde fue sustituida por otra según la cual dichas aves distinguían entre hombres de bien y malhechores, convirtiendo la distinción étnica de los primeros testimonios en una discriminación de tipo moral más acorde con el sentir de los nuevos tiempos. Esta es la versión que presenta Estrabón[126], que deriva posiblemente de Artemidoro, quien habría procedido seguramente a modificar la tradición primitiva que distinguía entre griegos y bárbaros, acorde con un contexto histórico más colonial en el que las luchas con los indígenas justificaban la aparición de este tipo de historias tendentes a reforzar más las señas de identidad griegas y a legitimar su presencia exclusiva en determinados lugares con fundamentos religiosos que tenían su base en la leyenda heroica griega. De hecho es muy posible que se trate de una leyenda de carácter etiológico a juzgar por la secuencia de la historia, dado que a continuación se nos dice que estas aves nacieron de los compañeros de Diomedes cuando el héroe naufragó en la isla y fue muerto a traición por el reyezuelo indígena Dauno que gobernaba entonces por aquellas regiones. La hostilidad hacia los indígenas de la zona quedaría así explicada al remontar al engaño de que Dauno hizo objeto a Diomedes, provocando la muerte del héroe[127].

También Lico de Regio, otro historiador de la Magna Grecia, ofrecía una versión de las cosas similar, a juzgar por la noticia recogida en el tratado paradoxográfico de Antígono de Caristo, si bien existe una laguna en el texto que nos impide conocer la segunda parte de la historia[128]. A pesar de la modificación introducida por Artemidoro y recogida por Estrabón, fue la versión primera la que acabó al parecer imponiéndose, pues así la presenta Plinio el Viejo, quien añade a su vez las labores de limpieza y purificación del templo que estas aves realizaban cada día llenando de agua sus gargantas y humedeciendo sus alas[129]. La isla era además el único lugar del mundo donde podía encontrase esta clase de aves según el enciclopedista latino. Sin duda esta excepcionalidad y el carácter maravilloso de su comportamiento hicieron de la isla uno de los puntos de atracción de los tratados paradoxográficos en los que como hemos visto aparece mencionada en dos ocasiones. La presencia de la tumba y el santuario del héroe la incluían también dentro de esa geografía mítico-religiosa que a pesar de estar ya bien ubicada dentro de los límites bien precisos del orbe habitado e incluso de los mucho más familiares de la cuenca

[125] *Mir. Ausc.*, 79.

[126] Estr., VI, 3, 9

[127] Existe también otra variante de la historia según la cual Diomedes habría sido aliado del rey Dauno y habría incluso obtenido la mano de la princesa local, conectando de esta forma con el complejo de *tópoi* legendarios relacionados con la colonización, *cf.* Manfredi (1992), 167 y ss. Sobre la utilización política con fines propagandísticos del mito, Braccesi (1994), 85 y ss.

[128] Ant. Carys., 172 Giannini. Se trata sin duda de la misma noticia que aparece en el tratado pseudoaristotélico a juzgar por la secuencia de la historia, a pesar de que en este caso aparece algo más abreviada.

[129] Plin., *N.H.*, X, 127.

mediterránea, supo conservar siempre casi intactos aquellos elementos de misterio, fascinación y asombro que unas regiones todavía poco conocidas y habitadas por poblaciones hostiles suscitaron en la imaginación griega en aquellos primeros momentos en los que sólo el mito o la leyenda constituían una vía de integración adecuada[130].

Las islas del ámbar

Dentro del mismo tratado pseudoaristotélico encontramos también una noticia relativa a unas islas denominadas Electrides, situadas en la costa norte del Adriático, donde se hallaban dos estatuas consagradas, "trabajadas a la manera antigua"[131]. Ambas se creía que eran obra del mítico escultor Dédalo que las habría erigido cuando en su huida de Minos fue a parar a aquellos contornos. La formación de las islas se atribuía a los aluviones del Erídano, río que era considerado portador del ámbar y que en la imaginación griega recorría las regiones más occidentales de Europa[132]. Las islas quedaban así localizadas en la desembocadura de dicho río, un lugar rodeado de misterio en el que según la misma fuente existía una laguna muy especial, de agua caliente y con un olor particularmente fétido que provocaba que ningún ave pudiera sobrevolarla sin precipitarse en ella. Se asociaba además toda esta región con la leyenda de Faetón, que habría caido en la laguna cuando fue precipitado por el rayo de Zeus.

El lugar reunía todas las características para figurar en la nómina de tierras fabulosas, rodeadas de cierta aureola fantástica. Ya su proximidad a un río de clara raigambre mítica como el Erídano constituía un buen presupuesto para ello, más todavía si las propias islas habían sido formadas por sus aluviones. La presencia de la laguna con sus propiedades extraordinarias contribuía también a acrecentar sus posibilidades en este sentido. La presencia en las islas de las dos estatuas, de las que se resalta especialmente su factura claramente arcaica, atribuidas además a una figura mítica de ilustre prosapia como Dédalo, era igualmente un elemento importante. En este mismo terreno se hallaba su conexión fatal con la leyenda de Faetón, que constituía en suma una clara explicación etiológica del mítico producto que allí se producía. Por fin la mera existencia del ámbar, una de las materias más apreciadas cuyo origen se fijaba en los extremos del orbe, ligada a las islas, hasta el punto de

---

130 Sobre la presencia de la saga de Diomedes en la zona Adriática y sus diversas conexiones con otros complejos míticos, Manfredi (1992), 171-193 y Braccesi (1994).

131 *Mir. Ausc.*, 81

132 Hdt, III, 115, dudaba sobre su existencia efectiva, pensando que se trataba sin más de una creación de los poetas. Se le suele identificar con el Po. Posiblemente su asociación con el ámbar rememora una antigua ruta comercial de dicho producto que desde Jutlandia atravesaba Europa a través del Rhin para terminar desembocando en el Ródano. *cf.* Spekke (1957), 47 y ss. Sobre la relación del Eridano con el ámbar, Mastrocinque (1991).

darles su nombre, era motivo más que suficiente para convertir a esta región en un lugar excepcional y maravilloso, con todos los ingredientes necesarios de las tierras de los confines donde lo extraordinario y lo aterrador aparecían asociados en extraña convivencia.

Sacando partido de estas características para su propio relato, Apolonio de Rodas presenta en su poema una descripción del lugar ciertamente inquietante. Un pesado vapor emanaba del lugar en recuerdo de la candente herida de Faetón que impedía atravesar a las aves por encima. Las Helíades, transformadas en amplios álamos negros, lloraban apenadas la suerte de su hermano en quejas sonoras derramando las lágrimas del ámbar que se secaban al sol sobre la arena. Esta visión poética nos trasmite por encima de la estandarización del lenguaje épico en fórmulas y epítetos como la "oscura ensenada" una imagen del lugar sombría y turbadora en la que los elementos legendarios (muerte-castigo divino-transformación-lamento perpetuo y llanto) desempeñan un papel importante. No se olvide a fin de cuentas que también el bosque de Perséfone cercano al Hades es descrito en la *Odisea* con un aspecto similar - "esbeltos álamos negros y estériles cañaverales"- y no parece que debamos dudar de la imagen siniestra con que se presenta un lugar tan significativo[133].

Jacoby sugirió que el pasaje pseudoaristotélico podría proceder de Teopompo, incluido entre los θαυμάσια de sus *Historias Filípicas*[134]. Sin embargo el fragmento atribuido a dicho historiador en el que se mencionan dichas islas no se corresponde del todo con la noticia del tratado pseudoaristotélico. A juzgar por su contenido, donde se presta una atención preferente a los aspectos geográfico-etnográficos de la zona en cuestión, no alcanzamos a ver dónde hallarían cabida dentro de este pasaje los aspectos míticos, a los que la noticia del tratado paradoxográfico parece conceder especial relevancia. La noticia que aparece recogida en el Pseudoaristóteles figuraba sin duda entre los relatos fabulosos a los que alude Estrabón al tratar de estas regiones, poco dignos de crédito y que conviene dejar a un lado a la hora de reconstruir la verdadera historia[135]. En la misma línea del geógrafo de Amasia, Diodoro se hace también eco de estas leyendas a la hora de tratar de los lugares de donde procede el ámbar, pero sumido ya en un horizonte geográfico más despejado en el que la evidencia apuntaba mucho más al norte y consciente de las nuevas exigencias racionalistas, sitúa la isla en el mar Báltico y la denomina Basileia, un nombre propio que la aleja de la denominación mítica que recibían las islas del Adriático[136]. Los nuevos tiempos en que se movían tanto Estrabón como Diodoro no impedían a estos autores referir todavía con placer esta clase de historias míticas pero debían mostrarse acordes con las nuevas circunstancias que tendían a

---

133 *Od.*, X, 510.

134 *FGrHist* F 130

135 Estr., V, 1,9

136 Diod., V, 23. Cary y Warmington (1929), 38, la identifican con Heligoland.

trasladar los lugares fabulosos fuera de la órbita de un Mediterráneo cada vez mejor conocido y que era recorrido en aquel momento de una parte a otra por las legiones romanas.

La tradición que asociaba el orígen del ámbar con el río Erídano remontaba probablemente muy atrás, pues podría haber sido ya mencionado en conexión con la leyenda de Faetón y las fuentes del ámbar en un poema hesiódico que no ha llegado hasta nosotros[137]. La confusión existente al respecto queda puesta de manifiesto en las correspondientes observaciones de Heródoto cuando muestra su escepticismo sobre el caso[138]. Sin embargo la tradición que asociaba el mito de Faetón con el Adriático se encuentra ya en Esquilo, si bien todavía se mueve dentro de los contornos del mito[139]. Una tradición que ya en Eurípides aparece localizada en el Po y que según los hallazgos arqueológicos realizados en la zona encontraría una cierta confirmación en la realidad de los hechos, que podrían haber dado así origen o quizá más bien base efectiva a la hora de fijar la leyenda en aquellos contornos[140]. Esta base histórica, procedente de la mayor o menor importancia que este lugar tuviera dentro de una de las rutas comerciales del ámbar, unida al deseo evidente por parte de mitógrafos e historiadores de trasladar hasta el Occidente leyendas de cierto peso, fueron sin duda elementos determinantes a la hora de dar cabida a los elaborados relatos de esta clase que circulaban por doquier sobre las regiones del occidente helénico. Dentro de este cúmulo legendario debió figurar sin duda la noticia relacionada con las islas del ámbar y el mito de Faetón a juzgar por los comentarios críticos que el caso suscita en Polibio[141], quien apunta seguramente hacia Timeo[142], y más tarde ya de forma englobada en expresiones de carácter general en un Estrabón o un Diodoro. El tratado paradoxográfico, a cuyo autor le preocupaba sobre todo recoger noticias curiosas o sorprendentes en las que esta clase de elementos míticos desempeñaba un papel destacado, encontró en esta clase de autores, bien Timeo, Lico de Regio, o quizá otros que desconocemos, un vivero bien surtido en el que proveerse de esta clase de anécdotas.

Las Casitérides

Las islas del estaño, denominadas en griego Casitérides por el nombre del metal, aparecen en cierta forma también como una tierra fabulosa, bien sea por la indefini-

---

137 West (1966), 261.

138 Hdt., III, 115.

139 *Elíades*, fr. 69,71 y 73 N. *Cf.* Culasso Gastaldi (1979).

140 *Hipp.*, 732-742. *Cf.* Burelli (1979). Una identificación que remontaba ya a Ferécides, *FGrHist* 3 F 74. Sobre la identificación del Eridano con el Po, Braccesi (1977), 30-55 y Grilli (1975), 279 y ss.

141 Pol., II, 16.

142 No parece opinar de este modo Walbank (1957), 180, quien considera que Polibio sólo le ataca aquí de ignorancia y no de sensacionalismo.

ción y misterio que presentan a lo largo de la literatura griega[143]. Ya Heródoto alude a su velada existencia, manifestando su rotundo escepticismo al respecto[144]. A pesar de los esfuerzos que el historiador de Halicarnaso dice haber realizado en esta dirección para informarse sobre el asunto no consiguió recabar ninguna noticia fidedigna que le permitiera asegurar la existencia de un mar extremo en el que supuestamente se hallarían situadas dichas islas. Al igual que sucedía con el ámbar, también el estaño se suponía que procedía de las regiones más extremas del orbe y en concreto de las occidentales, que en tiempos de Heródoto se hallaban todavía envueltas en una cierta indefinición y vaguedad en contraste con lo que sucedía respecto al oriente[145].

Esta confesión de ignorancia hecha por Heródoto no impidió que el nombre de estas islas casi míticas, al menos en los primeros momentos, siguiera circulando con cierta fuerza. De hecho las vemos reaparecer en Estrabón, quien ya de forma aparentemente segura las sitúa en una localización determinada frente a las costas noroccidentales de Hispania[146]. Es practicamente el único testimonio que nos ofrece una descripción somera de las mismas. Fija incluso su número en diez y nos pinta a sus habitantes en una forma un tanto espectacular con ciertos tintes sombríos. Según el geógrafo griego en las islas habitan gentes que llevan capas negras, visten túnicas que les llegan hasta los pies, se adornan con un cinturón en torno al pecho y pasean con bastones parecidos a las Furias de la tragedia. Viven de sus rebaños a la manera de los nómadas y obtienen del comercio bienes elementales como la cerámica, la sal y los utensilios de bronce, entregando a cambio estaño, plomo y pieles.

La imagen que ofrece Estrabón de estas islas no parece ciertamente muy idílica y se adecúa más bien al carácter bárbaro que presenta toda su descripción de estas regiones del norte de la península ibérica. Sin embargo llama la atención el paralelo del aspecto algo tétrico de sus gentes vestidas de negro, paseando con bastones, semejantes a las Furias trágicas, con el que al decir de Polibio solía describirse a los habitantes de las riberas del río Erídano, vestidos también de negro por llevar luto por la muerte de Faetón. Descripciones ambas que recuerdan la manera tan peculiar de hacer historia al modo trágico mediante la presentación de escenarios ciertamente impresionantes[147]. De cualquier forma, su ubicación en uno de los extremos del orbe, donde todavía se confundía el mito con la realidad, a juzgar por el testimonio del propio Estrabón relacionado con el paso del río denominado Leteo que las tropas romanas habían franqueado muy recientemente, otorgaba a estos parajes una cierta aureola fantástica, concretada aquí en el aspecto un tanto tenebroso de sus

143 No nos interesa plantear aquí el debatido problema de su localización, para ello remitimos a los trabajos de Dion (1952) y de Ramin (1965).

144 Hdt., III, 115.

145 Sobre la falta de noticias en Herodoto sobre el extremo occidente, Nenci (1990) y Gómez Espelosín (1993).

146 Estr., III, 5, 11.

147 Walbank (1960).

habitantes. No en vano Estrabón recalca el carácter más bien reciente del descubrimiento de estos lugares, cuya ruta había permanecido oculta gracias a las estratagemas de los fenicios. El sumo celo con que guardaban este secreto queda además bien ilustrado con la anécdota que refiere a renglón seguido sobre el ejemplo dado por un mercader fenicio que llegó incluso a hacen encallar su propia nave con el objeto de que no pudieran seguirle las naves romanas que trataban de localizar su punto de destino.

El mejor conocimiento del Occidente europeo tras la conquista romana y con él el de las rutas comerciales del ámbar y el estaño fue trasladando hacia el norte esta localización o diversificando su procedencia por las regiones noroccidentales. Así aparece en Diodoro que menciona una isla denominada Ictis frente a las costas de Bretaña y vuelve de nuevo a las Casitérides, consideradas aquí como una fuente más junto a la propia Gran Bretaña sin aludir para nada al número de islas o a la apariencia de sus habitantes[148]. El nombre de las islas se mantuvo por tanto en la tradición y a juzgar por su furtiva presencia en Plinio asociadas al nombre de un desconocido Midácrito, que habría sido el primero en navegar hasta ellas trayendo desde allí el preciado metal, seguían conservando algo de ese velo de misterio inicial de tierra fabulosa de los confines donde existían las materias más preciadas[149]. De hecho, si el nombre de Midácrito es algo más que el resultado de una confusión textual[150], su persona debió figurar entre los grandes pioneros de la época arcaica que viajaron hasta los confines del mundo, a la manera del más conocido Coleo de Samos que fue el primero en navegar hasta Tartesos y obtener allí unas ganancias considerables. La reducción a una sola isla, a pesar de que en un pasaje anterior el mismo Plinio habla de islas, y su inclusión en un catálogo de descubridores míticos, nos lleva a pensar que el nombre de las islas o isla había permanecido rodeado de esa aureola fabulosa asociado al nombre del navegante que llegó hasta ellas por vez primera con indiferencia de que el correr de los tiempos hubiera disipado la penumbra existente y se hubieran aclarado las vías y lugares por los que discurría el comercio de tan preciada materia. Al igual que sucedió en otros casos como el del mencionado Tartesos o la India, el halo mítico que rodeaba estos lugares, vinculados a la visión de los confines, se mantuvo con fuerza en la tradición con independencia de los avances realizados en todas las direcciones.

---

148 Diod., V, 22 y 38.

149 Plin., *N.H.*, VII, 197. En IV, 119 aparecen mencionadas también al paso entre las islas de Hispania.

150 Esta fue la conjetura de Salomón Reinach (1899) = (1908).

PARAISOS Y LUGARES ESCATOLOGICOS

Entre las tierras fabulosas cabe considerar ciertamente aquellos espacios de carácter sagrado, vinculados más al mundo de las creencias y las ideas religiosas que al de una geografía siquiera imaginaria, que tan sólo sirve de soporte físico ineludible al escenario ideal representado por ellos. Pesa por tanto más la sensación de hallarnos ante un universo distinto, patrimonio exclusivo de dioses y héroes, al que adornan las inevitables virtudes de las estancias ideales que el intento lejano de estar describiendo un lugar específico y concreto, localizable en una geografía remota y dislocada. En algún caso sin embargo sirvieron como modelo para las futuras idealizaciones de los lugares de ensueño, que en muchas ocasiones no hacen más que repetir el prototipo creado con las Islas de los Bienventurados o recrean en términos más realistas escenarios divinos como la pradera de los dioses. Sin embargo a pesar de toda la carga religiosa, nunca perdieron del todo su vinculación con el mundo y fueron a establecer en lugares determinados, ciertamente inaccesibles para los humanos, como un monte elevado, una pradera allende el océano, unas islas situadas en este mismo lugar, o una profunda sima de la que nadie regresaba como era el caso del Hades, pero a la que en definitiva podía accederse a través de algunas conexiones terrenas como eran las célebres grutas que caracterizaban el paisaje griego. Montaña, islas o grutas, son en definitiva idealizaciones y mixtificaciones de este mismo paisaje que fueron la base real que inspiró sin duda esta clase de fabulaciones, escogiendo escenarios que por su grandeza, aislamiento o carácter siniestro pudieran convenir de forma especial como morada a los seres divinos a los que debían alojar[1].

El Olimpo, la morada de los dioses

Los griegos colocaban la morada de los dioses en el monte Olimpo, la cumbre más elevada de Grecia situada en los confines de Tesalia con Macedonia. Existe la posibilidad de que en la lucha primordial que se libró en los orígenes, los hijos de

---

[1] Sobre la importancia del paisaje en la mitología griega y su papel esencial a la hora de interpretar los mitos, Buxton (1994), 80-113.

Crono expulsasen a los Titanes y ocuparan la montaña que pasaría desde entonces a convertirse en la "morada siempre segura de los dioses"[2]. En la *Ilíada* no se ofrece una descripción explícita del Olimpo a pesar de las numerosas menciones que encontramos a lo largo de todo el poema. Se le presenta como un lugar vasto, espacioso, donde los dioses tienen su morada, de donde parten y a donde vuelven tras sus frecuentes andanzas y visitas por el mundo de los hombres. Se apunta incluso la posibilidad de una estancia compleja compuesta de varias puertas al modo de los grandes palacios micénicos. En otros momentos la impresión es que existen diferentes palacios para cada uno de los dioses, destacando por encima de todos el de Zeus, que se hallaría en lo más alto y del que en una ocasión se llega a mencionar su "broncíneo piso"[3]. Todo conduce por tanto a imaginar una estancia ideal a la manera de los grandes príncipes, donde la amplitud y el brillo constituyen los rasgos más relevantes. Sin embargo el Olimpo no deja de ser una montaña elevada, con riscos y replieges y cubierta frecuentemente de nieves. Estos epítetos que aparecen con cierta frecuencia diseminados entre los otros nos hacen suponer un escenario mucho más duro y difícil en el que resulta casi imposible imaginar la placidez con que discurre la vida de los dioses.

Por otro lado encontramos en la *Odisea* una descripción del Olimpo claramente idealizada. La morada de los dioses se presenta allí como un lugar en el que reina un clima ideal, con un cielo siempre claro y luminoso, carente por completo de viento, lluvia o nieve, y donde sus felices habitantes pasan todo el día en medio de diversiones[4]. Esta contradicción aparente entre un lugar ideal separado del todo del mundo de los hombres y al que sólo algunos mortales privilegiados pueden llegar llevados allí por los dioses, y las incomodidades que presenta para la vida diaria una montaña elevada, abrupta y nevada, ha suscitado cierta confusión entre los estudiosos modernos hasta el punto que algunos editores han propuesto incluso atetizar los mencionados versos del canto VI de la *Odisea*[5]. Sin embargo dicha incoherencia en la descripción homérica es efectivamente tan sólo aparente.

El Olimpo era sin lugar a dudas una montaña real que los griegos podían percibir con su aspecto ciertamente imponente incluso desde el mar, casi siempre cubierta de nubes y con sus cimas nevadas. El lugar presentaba por tanto todos los requisitos necesarios para situar en él la morada de los dioses. Su práctica inaccesibilidad y la sensación de retiro inviolable que sus cimas presentaban a los ojos de todos eran efectivamente inmejorables condiciones para que en esas cumbres discurriera oculta entre las nubes y la bruma la vida regalada de los inmortales. Así eran las cosas desde la perspectiva humana y era lógico por tanto que a la hora de referirse al

[2] Eso es al menos lo que parecen sugerir algunos testimonios como Hes., *Teog.*, 112 y ss., *Tr.*, 110 y ss. y otros más, *cf.* Ruiz de Elvira (1982), 54. En general Ganzt (1993), 120-123.

[3] *Il.*, VIII, 411 (varias puertas); *Il.*, XI, 77-78 (palacios de cada dios); *Il.*, XXI, 438 (broncíneo piso).

[4] *Od.*, VI, 42-45.

[5] Los defiende sin embargo Stieker (1969).

Olimpo primasen en ciertos casos los aspectos realistas de la descripción que apuntaban a sus nieves perpetuas o a su irregular configuración topográfica tal y como corresponde a una cumbre de esas características. Sin embargo a la hora de imaginar la morada en sí, fuera de su vinculación "geográfica" real que la ponía en relación con el mundo de los hombres y que explica los numerosos pasajes en los que los dioses ascienden al Olimpo o recorren al bajar de él las tierras de Pieria en primer lugar, las cosas se veían de un modo bien distinto. A partir de esos momentos primaban los aspectos ideales y la estancia divina se representaba a todas luces con los rasgos ideales que remitían por un lado al mundo de los palacios provistos de estancias espaciosas y grandes puertas que daban acceso a los diferentes aposentos, y por otro al de un lugar dotado de las condiciones climáticas perfectas concebidas desde una mentalidad mediterránea con cielos azules sempiternos nunca turbados por alguna de las inclemencias meteorológicas más comunes que tanto molestaban la vida diaria de los hombres. Las exigencias formularias de la versificación épica contribuyeron también a la mezcla inevitable de las dos concepciones introduciendo aquí y allá epítetos como "nevado" o adjetivaciones como "de muchos riscos", que sólo en una lectura "literal" de los poemas pueden inducir a una cierta distorsión de las realidades apuntadas.

Existía además, también dentro de esta doble perspectiva, una cierta confusión entre el Olimpo y el *ouranós*, la región etérea donde los dioses habitaban ya desprovistos de toda ubicación geográfica precisa. Da la impresión, a la vista de los testimonios que nos ofrecen los dos poemas homéricos, que hasta un cierto nivel ambas concepciones parecen coexistir sin problemas[6]. La composición compleja y escalonada de ambos poemas admitió en su seno la coexistencia efectiva de opciones diferentes que seguramente iban surgiendo de forma progresiva con el paso del tiempo dentro de la visión griega del mundo y de los dioses. Poco es efectivamente lo que se habla del Olimpo como morada divina después del ciclo épico, donde a juzgar por algunas referencias de los *Himnos homéricos* se mantiene viva la concepción idealizada, patente en expresiones como "Olimpo fragante de incienso" o " la hermosa sede del nevoso Olimpo"[7]. Se tiende a situar la morada de los dioses en zonas mucho más inconcretas o abstractas como el mencionado *ouranós*, con una injerencia progresiva de ideas de origen cosmológico que se alejaban considerablemente de la visión más "primitiva" y realista que establecía en una montaña elevada la residencia de los dioses. La intervención casi continua de los inmortales en las actividades humanas hacía necesaria una vinculación directa al mundo que permitiera dar cuenta en clave geográfica y concreta de sus idas y venidas. Era igualmente necesaria una atalaya privilegiada desde la que poder contemplar todo el discurrir de las acciones humanas, bien como mero espectáculo o a la espera de su oportuna inter-

---

6 Sale (1984).

7 *Him. Hom. a Herm..*, 322 e *Him. Hom. a Heracl.*, 7.

vención[8]. En un universo como el homérico, ligado de forma indefectible a las realidades concretas y palpables, el Olimpo aparece todavía como un estadio intermedio entre la tierra y el cielo. Las nubes remontan el Olimpo hacia el cielo cuando Zeus desata las tormentas y en el éter y las nubes es suspendida Hera cuando recibe el castigo de Zeus, pero al igual que la tierra, también el Olimpo es patrimonio común de los tres Cronidas que se repartieron el resto de las zonas del universo[9].

La espiritualización progresiva de las intervenciones divinas en la vida de los hombres alejó también su residencia del mundo real trasladándola a niveles mucho más etéreos y separados ahora del todo del mundo real. Sólo el prestigio de las designaciones homéricas mantuvo casi intactas las formas. Sin embargo la idea de un paisaje ideal en el que los dioses moraban alejados de todas las penas y calamidades humanas, rodeados de goces continuos y al que sólo unos pocos mortales tenían acceso, se mantuvo vigente. Se trataba tan sólo de buscar otros escenarios adecuados donde localizarlo. A fin de cuentas el paisaje olímpico reflejaba una constante del espíritu humano como es el sentimiento de frustración inevitable que deriva de la obligación de vivir en medio de unas condiciones cotidianas mucho más adversas.

Los Campos Elisios

Los campos Elisios, o quizá mejor la llanura elisia, es otro de los lugares maravillosos con características escatológicas. Encontramos una breve alusión al lugar en el canto IV de la *Odisea* cuando Proteo le predice a Menelao su destino final en esta estancia ideal[10]. El anciano del mar le indica al héroe que se encuentran situados en los confines de la tierra -πείρατα γαίης- junto al Océano y en ellos se dan unas condiciones de vida ideales desde un punto de vista climático. No hay nevadas y el invierno no es largo, tampoco hay lluvias pero la acción refrescante del Céfiro contribuye a moderar un ambiente aparentemente cálido. La descripción de los rasgos ambientales recuerda en buena medida al Olimpo, pero en este caso, por tratarse de una estancia menor las condiciones ideales aparecen algo rebajadas. De hecho el invierno está presente si bien se dice que éste no es largo, conformando de esta forma una cuadro más proximo a las condiciones reales, aunque optimizadas al máximo. Incluso la ausencia de lluvia, entendida en la descripciòn de la

---

[8] Así se destaca en varias ocasiones cómo el Olimpo es el lugar desde el que todo se ve, cf. *Il.*, XI, 81 y ss.; XIV, 153 y ss.; XX, 22 y ss.; en otros muchos pasajes da la impresión que los dioses se encuentran siguiendo efectivamente el curso de la batalla a juzgar por sus reacciones inmeditas, así VIII, 198 y ss. Sin embargo el Olimpo es también el lugar apartado del mundo desde el que los dioses permanecen ajenos a las acciones humanas sin enterarse de lo que ocurre, a pesar de sus intereses en ellas. Así Ares que no se entera de la muerte de su hijo, *Il.*, XIII, 523.

[9] *Il.*, XV, 20 y ss. (castigo de Hera); XVI, 364 (tormentas); XV, 193 (patrimonio común).

[10] *Od.*, IV, 563-569.

morada olpímpica como falta de inconvenientes climáticos, se trata aquí de compensar con la presencia de las brisas refrescantes del céfiro, que dentro de una concepción más realista debían cumplir una misión ineludible en la vida de los hombres.

Aparte de las bendiciones climáticas no se mencionan otras condiciones ideales que contribuyen a hacer más cómoda la vida de los hombres - ῥηίστη βιοτὴ- si bien podrían fácilmente deducirse de este cuadro ambiental bien modulado. No se detecta además en el lugar presencia humana alguna, ya que sólo el rubio Radamantis es mencionado como habitante fijo del lugar. Su figura es bien conocida como juez de los muertos en la tradición posterior donde aparece como paradigma de la justicia[11]. Su vinculación con Creta - sería hijo de Zeus y Europa y hermano por tanto de Minos- ha llevado a algunos a relacionar esta estancia ideal con las creencias religiosas de la isla, en las que la idea de un escenario ideal en el más allá habría ocupado una función destacada[12]. La sola presencia de Radamantis parece ser en todo caso un rasgo indicativo, bien de la ubicación del lugar o de su condición ideal o ultraterrena. Seguramente nos encontramos aquí con una alusión a una estancia semidivina donde sólo algunos héroes especialmente elegidos consiguen llegar, a la manera de lo que más tarde serán las islas de los Bienaventurados. De hecho es tan sólo Menelao entre los héroes aqueos el que es llamado a este destino privilegiado frente al sino común que alcanzan el resto de sus compañeros, entre ellos Aquiles y su propio hermano Agamenón, a quienes encuentra Odiseo en su visita al Hades. La razón concreta de este privilegio se la da también Proteo a Menelao al final de su alocución

> porque tienes por esposa a Helena y eres yerno de Zeus.

Era por tanto este parentesco indirecto con Zeus, a través de su matrimonio, el factor determinante a la hora de fijar su destino.

La brevedad del texto homérico no permite ir más lejos si bien son muchas las hipótesis y conjeturas que se han formulado sobre la compañía que Menelao habría podido encontrar en este privilegiado destino. Otros héroes de la saga troyana encontraron también posteriormente destinos ideales en islas, como Aquiles, o en lugares no especificados como Memnón. La tendencia a imaginar una morada ideal para toda esta raza especial se aprecia ya en Hesíodo con las mencionadas islas de los Bienventurados y fue un recurso al que otros más tarde recurrieron también en caso de necesidad, bien por motivos patrióticos o religiosos a la hora de implantar o propagar un determinado culto heroico. La condición particular de Menelao en este caso no deja efectivamente de sorprendernos, pero quizá se explica atendiendo a su relación con los hermanos de su esposa, los célebres Dioscuros, con quienes aparece

---

11 Así en Teognis 701; Pínd., *Ol.*, II, 75 y *Pit.*, II, 74

12 Sobre todo Nilsson (1950), 621 y ss. y Picard (1948), 161 y ss.

asociado en otras ocasiones gozando también de una vida futura especial en lugares señalados[13].

La propia palabra ha suscitado también un despliege considerable de ingenio y erudición. Desde explicaciones ajenas al griego como las de Bérard que lo relacionaba con el Abel o Padan Elousim hebreo o la de Thomson para quien evocaba los campos del dios ugarítico El, a la de quienes han querido encontrar una raiz indoeuropea, bien recurriendo a comparaciones con otras lenguas de esta familia como el lituano o el anglosajón, bien procediendo a reconstrucciones hipotéticas, pasando por los que han preferido hallar su explicación dentro de la propia lengua griega como ya lo hicieran los antiguos echando mano de todas aquellas palabras que pudieran aproximársele[14]. La que ha gozado de una mayor aceptación parece ser la que relaciona el término con ἐνηλύσιος, cuyo significado sería el de "alcanzado por el rayo", indicio de la divinización de un lugar o un personaje. De esta forma ἐνηλύσιος habría sido así objeto de una mala lectura y reinterpretado como "el que está en el Elisio", considerado así inmortal e incorruptible, un procedimiento léxico que no es ajeno por otra parte al proceder de la épica homérica[15].

La llanura elisia se presenta en todo caso como un lugar ideal alejado del mundo de los hombres por la barrera infranqueable del Océano, elaborado quizá a instancias del modelo olímpico para servir de morada a seres privilegiados como Menelao. La condición ideal del clima responde sin duda a los deseos de una comunidad mediterránea esencialmente agrícola que contempla la primavera como la estación perfecta, tratando de eliminar el resto de las estaciones o de suavizarlas al máximo, suprimiendo las nieves e introduciendo la acción refrescante de brisas marinas. También vinculado a esta condición geográfica surge el tema de la pradera ideal, insinuada quizá aquí en el término πεδίον, que se convertirá en uno de los topicos habituales de esta clase de representaciones ideales[16]. Su situación en los extremos de la tierra iniciaba ya este proceso de traslado hacia las fronteras del mundo o a un espacio exterior a él de los lugares ideales que en un principio se habían considerado localizados dentro de un ambiente más inmediato como el Olimpo o las islas egeas. El surgimiento dentro del imaginario griego de una idea del mundo cuyos difusos límites estaban poblados de toda clase de maravillas y prodigios pudo tener su incidencia en esta operación. El descubrimiento paulatino de un Occidente lejano y misterioso indujo a muchos a poner en relación estos confines mal conocidos y de los que llegaban noticias confusas y contradictorias con estas ideas, ya que podían

---

13 Así Alcmán Fr 7 PMG le presenta viviendo con los Dioscuros tras su muerte en Terapna, un lugar donde los dos jóvenes pasaban su tiempo cuando no se hallaban ni en el Olimpo ni en el Hades según sabemos por Píndaro, *Pit.*, 11, 61-64 y *Nem.* 10, 55-57.

14 Un resumen de estas explicaciones así como las correspondientes referencias bibliográficas se encontrará en Gelinne (1988), 227-228.

15 Así Burkert (1960/61). Sobre el origen de palabras siguiendo estos procedimientos, Leumann (1950), 109-110 y 122 y ss.

16 Al respecto, Motte (1973).

encontrar allí un escenario adecuado donde situar toda esta clase de especulaciones[17]. La presencia del mítico Océano y sus cualidades extraordinarias asociado en la imaginación griega a unos contornos geográficos que aparecían como descomunales e imponentes, espacio abierto además para toda clase de fantasías, abrió sin duda un camino fructífero a las especulaciones de este género que podían además reinterpretar los viejos datos de la tradición, como las refrescantes brisas del céfiro[18], de acuerdo con nuevas ideas religiosas y escatológicas más acordes con las necesidades y evolución de los tiempos.

Las Islas de los Bienaventurados[19]

Las Islas de los Bienaventurados - μακάρων νῆσοι- aparecen mencionadas por vez primera en Hesíodo cuando se refiere a la estirpe de los héroes, en su célebre descripción de las cinco edades[20]. Según el testimonio del poeta beocio en estas islas habitarían todos aquellos héroes que no perecieron junto a Tebas o en la guerra de Troya en un lugar situado en los confines de la tierra y lejos de los hombres por decisión de Zeus. Los héroes vivían allí felices, exentos de dolores y pesares, y rodeados de toda abundancia de bienes ya que el campo fértil les producía tres cosechas al año de frutos dulces como la miel[21]. La configuración del lugar es en buena medida muy similar a los Campos Elisios de que hablaba la *Odisea* hasta el punto que parece que ambos lugares quedaron asimilados en la conciencia griega a juzgar por algunos testimonios como el célebre epigrama sobre Menelao, atribuido a Aristóteles, que sitúa al héroe en las Islas de los Bienaventurados en lugar del Elisio o la referencia que aparece en la *Helena* de Eurípides[22].

La localización de las islas junto al Océano significaba trasladarlas a los extremos de la tierra, a una zona provista de ciertas cualidades especiales dentro de la imaginación helénica que tendía progresivamente a situar allí toda clase de fantasías y fabulaciones casi desde los inicios de su historia. Junto a las riberas del Océano moraban razas sagradas como los etíopes o los hiperbóreos, allí tenían su lugar de habitación seres monstruosos como las Gorgonas, y en sus aledaños, aunque de

---

17 Véase Fabre (1981).

18 Sobre el verbo ἀναψύχειν entendido como regenerar o reanimar, con lo que las brisas de Céfiro ayudarían a mantener con vida la parte inteligente del alma, Buffière (1956), 262 y Rudhardt (1971), 87-88.

19 Una buena parte de este capítulo corresponde, dada la afinidad temática, a las páginas que al mismo hemos consagrado en otro lugar, Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo Girvés (1995).

20 Hes.,*Tr.* 167 y ss.. Al respecto véase, West (1978), 172 y ss. donde se hallará mencionada la bibliografía más destacada sobre este tema. En general sobre las Islas de los Bienaventurados, Schulten (1946); García y Bellido (1967), 47-57 y el mencionado trabajo de Gelinne citado más arriba (1988).

21 Hes., *Tr.*, 170-173.

22 Arist., Frag. ed. Rose 640; Eur., *Hel.*, 1676-1679.

forma imprecisa, se localizaban otras regiones de características parecidas como el ya mencionado Elisio, el pais de las Hespérides o el jardín de los dioses donde Zeus y Hera celebraron su matrimonio. Hesíodo conocía sin duda la mención que hace Homero en la *Ilíada* de pueblos como los afortunados etíopes que en los confines del Océano gozan de banquetes continuos en compañía de los dioses[23] y en esos confines había ya imaginado él mismo en su *Teogonía* la concepción de monstruosos seres como Gerión, nacido de Crisaor y Calírroe, o los Titanes[24]. También sabía que las tierras de Libia, ubicadas quizá en un occidente igualmente confuso, producían en un grado de fertilidad extraordinaria[25]. Creyó por tanto que éste era el ámbito adecuado donde situar una estancia ideal para los héroes favoritos de los dioses, que supervivientes de las dos grandes catástrofes que para esta raza fueron la guerra de Troya y la expedición tebana, alcanzaron un destino inmortal.

Las condiciones climáticas ideales que habían primado de forma clara en las descripciones someras de las moradas divinas como el Olimpo o el Elisio, son sustituidas en la descripción hesiódica por una referencia más puntual a la fertilidad de la tierra que podía producir tres cosechas al año. Esta preocupación por la agricultura, incluso en una morada ideal, resulta lógica en una personalidad como la de Hesíodo, que demuestra a las claras su obsesión por este tema a lo largo de todo su poema. Sin embargo incide también en el estado de felicidad permanente que embarga a sus habitantes que viven allí "con un corazón exento de dolores", prestos a disfrutar de los bienes que la naturaleza les brinda con generosidad. La estancia casi etérea de los espacios divinos se torna aquí ya más humana con una preocupación esencial por un sustento fácil y una vida despreocupada, iniciando con ello el marco general de las visiones utópicas que tanta fortuna tuvieron a lo largo de la literatura griega. El aspecto humano de unos héroes que dejan a un lado el sufrimiento y las penas del mundo de los hombres para pasar a gozar de una existencia feliz que representa todo lo contrario de aquel queda así subrayado en la breve alusión del poeta beocio.

La condición excepcional de la estancia heroica quedaría equiparada a la mítica edad de oro si aceptasemos como auténticos tres versos que han aparecido en algunos textos papiráceos que mencionan el reinado de Crono sobre aquellos lugares[26]. La asimilación era de cualquier forma tentadora y probablemente se llevó a cabo en época temprana aunque, como parece, dichos versos deban ser rechazados de la versión original hesiódica. La identidad de los privilegiados habitantes de las islas con la primera raza de la humanidad según el catálogo hesiódico quedaba así garantizada. De cualquier forma, parece probable que esta concepción de una morada divina ideal a la que irían a parar también algunos humanos elegidos podría tener su origen

---

23 *Il.*, I, 423-24.

24 *Teog.*, 290 y 815 y ss.

25 Así *Od.*, IV, 86.

26 Sobre el problema suscitado por estos versos, West (1978), 194-195, quien achaca al deseo de introducir la figura de Crono dentro de este pasaje la creación de esta versión alternativa.

en ciertas creencias escatológicas de procedencia cretense o egipcia, con las que se han encontrado ciertos rasgos comunes. La propia aplicación del término μάκαρες, referido habitualmente a los dioses, para designar un lugar donde también habitaban mortales, nos induce a pensar que nos hallamos ante un caso de traslación de ideas asociadas con la vida de ultratumba hacia espacios que estaban anteriormente reservados tan sólo a los dioses. La progresiva aparición de ciertas creencias como el pitagorismo o el orfismo debieron incidir sin duda en este proceso hasta el punto de ir conviritiendo cada vez más lo que en un principio era sólo un reducto heroico reservado a los elegidos en un ámbito más extenso donde podían encontrar cabida las almas de aquellos que habían observado durante su vida una conducta recta y justa.

Dentro de esta línea se encuentra probablemente la mención de Píndaro a las islas de los Bienaventurados en su *Olímpica* segunda[27]. Las características del lugar son en principio las mismas que presenta la descripción hesiódica. Se insiste en efecto sobre una existencia libre de fatigas, que evita el duro trabajo de ganarse la vida, y sin lágrimas, libres ya de toda pena y cuidado. La duración igual de días y noches apunta también al ideal de la estación primaveral perfecta y eterna en la que se han dejado atrás las largas noches de invierno o los interminables días de estío. Sus habitantes son ahora en cambio mucho más numerosos pues al decir de Píndaro acuden allí los buenos - ἐσλοὶ - que con sus méritos se han hecho acreedores a esta estancia privilegiada "en compañía de los favoritos de los dioses". Da la impresión que el poeta tiene conciencia efectiva de esta progresiva apertura que ha permitido acceder a aquellos mortales "que se precian de cumplir sus juramentos" a lo que en principio era un coto reservado en exclusiva a los héroes, que siguen sin embargo ocupando el lugar otorgando una compañía ilustre a quienes allí llegaban.

Sin embargo la descripción de Píndaro presenta ciertas innovaciones al ofrecer un cuadro paisajístico idealizado con los rasgos típicos que presentará luego el *locus amoenus* en la literatura clásica[28]. Se habla de flores de oro que brillan, unas en tierra desde las ramas de árboles espléndidos y otras que las cria el mar. Con ellas los habitantes del lugar trenzan guirnaldas y coronas bajo los rectos designios de un justo Radamantis. Una actividad que prefigura ya de forma clara la estancia utópica ideal en la que el tiempo transcurre alegremente sin otra clase de cuidados o preocupaciones en medio de una sociedad presidida por la justicia[29]. Esta clase de elementos paisajísticos de carácter simbólico como la pradera florida de rosas purpúreas, los umbrosos árboles de incienso y los frutos dorados configuran la descripción de un lugar semejante, que bien pudiera ser también la estancia de los afortunados, en uno de los fragmentos de los *Trenos* pindáricos que ha llegado hasta nosotros[30]. Sus

---

[27] Pind., *Ol.*, II, 61-80

[28] Schönbeck (1962) y Steiner (1986), 87 y ss..

[29] Sobre las tierras utópicas en general, Trousson (1975). Sobre la utopía griega en particular, Baldry (1956), Giannini (1967) y Ferguson (1975) y Bertelli (1982) y (1991).

[30] Pind., *Thr.*, fr. 1.

habitantes se recrean allí además con competiciones deportivas como caballos y pugilato o con el juego de dados, y viven sumergidos en medio de un ambiente agradable en el que la música de la lira y la fragancia de las olorosas ofrendas que presentan en las aras de los dioses constituyen los principales ingredientes. El cuadro, algo idealizado, representa sin duda la forma de vida relajada y muelle de la aristocracia helénica en sus mejores momentos, a la que iban dirigidos los poemas pindáricos[31]. En su deseo de presentar una vida ideal para los bienaventurados a Píndaro no se le ofrece una imagen mejor y más plástica que aquella en la que los placeres habituales de una vida "digna", el atletismo y los banquetes, aparecen integrados en un ambiente idílico con claras resonancias religiosas, dado el lugar que ocupa en sus preocupaciones la piedad hacia los dioses.

Se trata sin duda de una dimensión moral y religiosa que no aparecía de forma tan patente en la descripción de Hesíodo. En palabras del poeta, a las islas van a parar también aquellos de los hombres que

> han tenido el valor de mantener por tercera vez en uno y otro mundo su alma absolutamente apartada de lo injusto

y sobre ellos reina Crono, aquí de manera inequívoca, que tiene junto a él a Radamantis, calificado de nuevo como el paradigma de la justicia. Se trata sin duda de un modelo ideal, alentado por inevitables preocupaciones estéticas y religiosas en el que han influido de forma clara las creencias órficas[32].

Posteriormente las islas de los Bienaventurados, sin dejar de ejercer su fascinación correspondiente sobre los espíritus cada vez más inclinados a reconocer en ellas la idea de una vida futura feliz para los virtuosos, pasan a un segundo plano hasta el inicio de la época helenística. En esos momentos las especulaciones geográficas, unidas a veces a la constante preocupación por dar carta histórica a los viejos mitos que se revela sobre todo en los historiadores y mitógrafos del occidente heleno, tienden a identificarlas con realidades confusas de una geografía insular aparentemente realista situada en el océano atlántico. Dejando a un lado el caso de Diodoro, que ha sido estudiado en otro capítulo, esta tendencia puede apreciarse en la geografía de Estrabón, más preocupado por explicar las razones que hicieron suponer a muchos que las islas se hallaban en aquellos contornos del extremo occidente que en su estricta localización, que sólo es mencionada de pasada. A su juicio la tendencia a localizar todas estas fábulas en el extremo occidente por parte de los poetas tiene su explicación en la riqueza y opulencia que caracterizaba estas regiones así como en su clima verdaderamente templado[33]. El geógrafo griego utilizaba estas noticias como un argumento más en favor de su tesis principal sobre la buena información de que disponía Homero sobre el carácter ubérrimo de estas regiones. En

---

31 Starr (1992), 31 y ss. En general sobre esta forma de vida, Donlan (1986).

32 Guthrie (1979), 159 y ss. En general, Rohde (1973), 87-127.

33 Estr., III, 2, 13 (C 150).

medio de preocupaciones eruditas o escolásticas como la defensa a ultranza de la buena fe y la ciencia ingenua pero válida de Homero, y preocupaciones de índole ideológica relacionadas con sus deseos de exponer un esquema claro de la dialéctica inevitable entre la conquista romana y la civilización, las islas pasaban a un segundo lugar como un tema más dentro de una amplia batería siempre disponible para esta clase de debates[34].

Algo parecido sucede con la mención de unas islas en la biografía de Sertorio escrita por Plutarco, en donde las islas Afortunadas a las que deseaba escapar el general romano rebelde eran identificadas por los indígenas de la región meridional de Hispania con la estancia de los Bienventurados[35]. De nuevo preocupaciones e intereses de otra clase se imponen aquí a cualquier mención explícita sobre la vieja estancia ideal de aquellos favorecidos por los dioses. Un resumen quizá de lo ocurrido a lo largo de estos debates eruditos y literarios en los que las islas ocupaban tan sólo un papel secundario o ancilar respecto a un esquema de más amplias dimensiones en el que primaban intereses mitográficos, paradoxográficos o incluso políticos, lo encontramos en las densas páginas que Plinio el Viejo dedica al asunto[36]. El enciclopedista latino recoge allí los datos suministrados por autores anteriores como Estacio Seboso o Juba, que las situaban con relación a otras islas, y al parecer proporcionaban también el número exacto, el nombre y las distancias de navegación[37]. Algunos han identificado dichas islas con las Canarias[38]. Sin embargo el relato de Plinio incide fundamentalmente sobre aspectos que tienen ya más que ver con elementos claramente paradoxográficos, como la diferente calidad de las aguas que se extraen de los árboles del lugar, un líquido amargo de los negros y un jugo agradable de beber de los de color más brillante, o maravillosos como el templo construido a base de una sola piedra, las nieves perpetuas o los perros de enorme tamaño que daban nombre a una de las islas. Sólo al final reaparecen los rasgos que aluden a la prodigalidad de la naturaleza, aunque en más modesta medida, y de todas formas el carácter ideal del lugar como refugio humano queda en cierto modo rebajado por la aparición en sus costas de grandes esqueletos corrompidos de los grandes monstruos que son expulsados por el mar. Sin duda los intereses muy diversos de Plinio han dado lugar a un conjunto heterogéneo en el que se entremezclan las diferentes corrientes literarias como los relatos de viaje, la paradoxografía y los *mirabilia*, que centraban su atención sobre esta clase de temas, y por tanto algo alejado de la imagen utópica que presentaba en el resto de las versiones hasta aquí examinadas.

---

[34] Sobre este problema véase en general el trabajo de Van der Vliet (1984), donde se recoge la bibliografía anterior, y el libro de Thollard (1987).

[35] Plut., *Sert.*, 8.

[36] Plin., *NH*, VI, 37, 202-204.

[37] A este respecto, García Moreno (1991).

[38] Véase al respecto el reciente libro de Martínez Hernández (1992), esp. el cap. 5. Del mismo autor también puede verse (1991). En general sobre el mito de las Islas Afortunadas, Santos Yanguas (1988) y Manfredi (1993).

Resultado de esta mezcolanza es también la noticia que facilita al respecto Pomponio Mela en su *Corografía*[39]. Tras situar a las islas de modo más vago, enfrente de la costa africana, alude a su fertilidad y a la vida fácil que dicha circustancia proporcionaba a sus habitantes, sin embargo no deja pasar por alto un claro elemento paradoxográfico, que recuerda en cierta medida al mencionado por Plinio. Mela refiere la existencia en una de las islas de dos manantiales de naturaleza extraordinaria. Quienes beben de uno de ellos se debilitan hasta morir de risa, y sólo consiguen la curación de tan extraña enfermedad si beben del otro de los manantiales. El *tópos* de las Islas había terminado convirtiéndose más en motivo de curiosidad por los extraños fenómenos que allí tenían lugar que por la naturaleza ubérrima y las condiciones de vida muelle que ésta proporcionaba a quienes por designio divino o como refugio de las penas y fatigas cotidianas conseguían habitar en ellas.

La cima de las deformaciones sufridas por el *tópos* de las islas de los Bienaventurados la encontramos, como no podía ser menos, en el genial Luciano, que a modo de parodia orquestada en todos los tonos posibles, nos ofrece una cómica visión del tema en sus nunca bien celebrados *Relatos Verídicos*[40]. Con su habitual talento, el sofista de Samósata recrea el estereotipo con toda la gama de elementos que se habían ido acumulando desde su creación para desembocar en el absurdo cómico que presenta ante nuestros ojos. La exageración calculada de los diversos rasgos que caracterizaban estos lugares y las claras alusiones a los diferentes elementos de tipo paradoxográfico que habían venido añadiéndose al modelo original, tal y como aparecen en Plinio o Mela, no tienen otro objeto que el de construir un engendro híbrido que provoque una sana hilaridad en todo aquel que, provisto del amplio arsenal de descripciones que habían abundado en la literatura griega, contemplaba ahora sus efectos, cómicamente exagerados, en esta brillante parodia.

Aquí desfilan una tras otra todas las características y elementos que habían venido configurando el paisaje ideal de estas Islas: los aromas de todas clases que llenaban el aire de estos lugares, los típicos elementos paisajísticos como ríos, praderas y bosques, ciertos toques de ambientación como las brisas o los cantos de pájaros, la presencia del justo Radamantis que ha de impartir veredicto sobre viejas pendencias heroicas, la condición inmortal de los que allí habitan que obliga a regresar a los que han penetrado en el lugar sin haber muerto todavía, las construcciones opulentas que ya habían aparecido en Diodoro, llevadas aquí a la exageración más evidente - los baños son casas de cristal y el agua rocío caliente- , la propia condición inmaterial de sus habitantes, la longevidad, el equilibrio climático con una eterna primavera y una cierta penumbra similar a la que antecede a la aurora, la inevitable presencia del Céfiro, la productividad extraordinaria del suelo que eleva aquí hasta doce o trece cosechas en el año la más modesta propuesta de dos o tres que había venido repitiéndose hasta ahora, los también inevitables elementos paradoxográfi-

39 Mela, III, 10, 102.

40 Luc., *VH*, 2, 5-29.

cos como los manantiales de agua y otros líquidos o las famosas dos fuentes, origen de su estado gozoso y festivo. De la facilidad de la vida propiciada por la generosidad de la naturaleza, Luciano hace todo un alarde de su genio cómico pues sitúa en el más completo absurdo toda esta clase de prerrogativas. Los vientos les sirven, las copas de vino están ya en los árboles y el vino surge de pronto en ellas, les coronan los pájaros al sobrevolar sobre sus cabezas y son las nubes las que, presionadas suavemente por el viento, les perfuman con la mirra que extraen de los ríos. Todo un cuadro en suma que Luciano completa mediante su ácido comentario sobre las presencias y ausencias de notorios personajes en el lugar o introduciendo en él ciertos lugares comunes de la tradición etnográfica y utópica como la práctica del amor en común o la comunidad de mujeres. Al igual que había hecho con otros géneros, Luciano ponía la guinda a toda una serie de despropósitos que a lo largo de la tradición habían ido convirtiendo el modelo de un lugar apartado y feliz en el que los héroes llevaban una vida descansada, que aparece por vez primera en la poesía homérica y cuyo origen quizá haya que buscar fuera de Grecia[41], en un *tópos* literario adaptable al gusto y sensibilidad de los nuevos tiempos.

El jardín de las Hespérides

Ya desde Hesíodo hace su aparición en la literatura griega la idea de un jardín maravilloso situado en los confines del mundo en el que se hallaban unos árboles cuyo fruto preciado consistía en unas manzanas de oro. Su localización aparente no ofrece dudas, pues según el testimonio del poeta beocio dicho jardín se hallaba situado "más allá del ilustre océano" junto a la morada de las Gorgonas en dirección de la Noche[42]. Sus únicos habitantes eran las guardianas del tesoro mencionado, las Hespérides, hijas de la Noche, que pasan así a integrarse dentro del complejo genealógico primordial en el que se mezclan abstracciones y divinidades más personalizadas de orden secundario entre las que se cuentan las Parcas, Némesis y Eris. No hay en Hesíodo ninguna referencia que nos permita siquiera imaginar una idea aproximada del lugar. Por no aparecer ni siquiera se mencionan los habituales términos que remiten a la pradera o al jardín, escenarios habituales en la tradición posterior de esta clase de espacios sagrados ideales[43]. Tan sólo los árboles productores del magnífico fruto y la condición cantora de las Hespérides permiten suponer un paisaje con ciertas características idílicas a la manera de lugares fabulosos como los campos Elísios o las islas de los Bienventurados.

Sin embargo no todo el lugar presentaba una apariencia idílica completa. Ya en Hesíodo se apunta la presencia de un terrible dragón como guardián de las manza-

---

[41] Gwyn Griffiths (1947).

[42] Hes., *Teog.*, 215

[43] Véase el libro de Motte (1973).

nas, mencionado de pasada en una de sus muchas genealogías en otro pasaje de la *Teogonía*[44]. Su morada sería en este caso, siguiendo la breve referencia hesiódica, una "sombría gruta" donde el terrible reptil surgido de la unión de Ceto y Forcis guardaba las manzanas de oro. A pesar de que en ningún momento el poeta pone en relación ambos pasajes, todo indica que nos hallamos ante facetas diferentes de un mismo caso. Hesíodo sitúa también el lugar en los confines de la tierra y menciona el mismo objeto fabuloso, las manzanas de oro. Esto significaría que el país de las Hespérides, lejos de constituir sin más un mundo paradisíaco a la manera de los anteriormente comentados, se concibe dentro de la imaginación hesiódica como un espacio ambiguo de características liminales en el que se mezclan por igual los elementos terroríficos y maravillosos. Su situación en el ocaso, hacia la noche, y su proximidad a la morada de las Gorgonas apuntan más bien hacia los aspectos inquietantes de un universo de características excepcionales separado del todo del mundo de los hombres.

Se ha identificado también el lugar con el jardín de los dioses, la llanura sagrada - ἱερόν πέδον- donde Zeus y Hera habrían consumado su unión amorosa y donde las Hesperides cuidan las manzanas de oro que la Tierra les concedió como regalo de boda. Poco es sin embargo lo que sabemos explícitamente de este lugar con excepción de las noticias procedentes de un fragmento de Ferécides trasmitido a través de un escolio a Apolonio de Rodas y una alusión casual que encontramos en el *Hipólito* de Eurípides[45]. En ambos pasajes se menciona de forma clara a las Hespérides que habrían sido designadas para cuidar de los preciados frutos, si bien en el fragmento de Ferécides se alude también al dragón, denominado aquí Ladón, y se localiza su sede junto a Atlas que ya aparecía asociado al lugar también en Hesíodo, indicando con ello su ubicación en uno de los confines del mundo, allí donde el cielo y la tierra se unen a través de la mítica figura[46].

Esta localización extremoccidental se confirmó con la inclusión de las Hespérides en la saga de Heracles donde constituye el último de los doce trabajos que el héroe se vio obligado a realizar bajo las órdenes de Euristeo. Esta inclusión es antigua y posiblemente figuraba ya en la *Gerioneida* de Estesícoro a juzgar por uno de sus fragmentos[47]. Se habla aquí de la casa de oro de las Hespérides y de una isla de los dioses, idèntificando quizá el ámbito divino donde se había producido el matrimonio sagrado con esos confines del mundo poco definidos, situados allende el océano a donde había ido a parar el héroe en sus dos últimos trabajos. Esta ampliación del ámbito de actuación de Heracles hasta los mismos confines de Occidente se produjo posiblemente en una época algo posterior a Hesíodo, quien no relaciona el jardín de las Hespérides con las hazañas del héroe griego por antonomasia. Su esfera

44 Hes., *Teog.*, 333.

45 Ferec., *FGrHist* 3 F 16 = Schol. Apol. Rh., IV, 1396; Eur., *Hipp.*, 742-751.

46 Sobre la significación de Atlas, *cf.* Ballabriga (1986), 75 y ss.

47 Estesícoro fr. 8, donde se alude a "la hermosa isla de los dioses, allí donde las Hespérides tienen su casa de oro".

de actuación, circunscrita en principio a un ámbito claramente helénico que tenía el Peloponeso como centro de operaciones, alcanzó después escenarios más occidentales a medida que las aspiraciones helénicas se iban también ensanchando hacia aquellos confines del orbe tras las primeras navegaciones del siglo VII a. C. y requerían por tanto el correspondiente refrendo de las hazañas del héroe como ilustre precedente que justificaba las actuaciones reales que en aquellos momentos se estaban llevando a cabo.

Sin embargo se trataba de un Occidente todavía a medio camino entre la geografía mítica y las escuetas referencias reales que empezaban a dibujar un difuso mapa imaginario de aquellos confines del orbe. Así queda reflejado en las contradicciones y confusiones que presenta el itinerario del héroe para llegar hasta las Hespérides según aparece descrito ya en el mencionado fragmento de Ferécides y posteriormente en la *Biblioteca* de Apolodoro. Un recorrido largo y confuso que lleva a Heracles a recorrer prácticamente todos los rincones de la ecúmene, donde aprovecha su presencia para llevar a cabo importantes acciones de "limpieza" o de civilización[48]. El héroe llega hasta el Erídano, situado de forma vaga en los confines noroccidentales, donde obtiene la información necesaria para encontrar a Nereo, único personaje que podría indicarle el camino a seguir para llegar hasta aquellas fabulosas tierras. Pasa después a Libia, a Egipto, Asia, Arabia y llega hasta el mar exterior. Allí en los confines del orbe encuentra a Prometeo, quien después de haber sido liberado por el héroe le da el consejo de que no acuda personalmente hasta las Hespérides. Por el contrario, según el parecer del titán, Heracles debería dejar que Atlas consiguiera por él las célebres manzanas, mientras esperaba su regreso sosteniéndole la bóveda celeste. Este itinerario retorcido que le obliga a pasar casi dos veces por el mismo lugar, y la reiterada necesidad de obtener información acerca de la localización de las Hespérides en personajes excepcionales como Nereo o el ya aludido Prometeo, reflejan sin duda la confusión existente en la imaginación griega sobre los confines del mundo, un espacio dilatado y difuso donde confluyen todavía de forma indistinta entidades aparentemente dispares desde el punto de vista real respecto a su localización posterior como el Caúcaso o la tierra de los hiperbóreos. Dentro de esta ceremonia de la confusión no debemos olvidar algunos datos que podían contribuir a ello como el hecho de que Atlas era hermano de Prometeo y por lo tanto al igual que él debía hallarse confinado en uno de los extremos del mundo, lo que podía conducir a algunos a asociar en un mismo conjunto indiferenciado la estancia donde se hallaban los dos titanes que habían sido sometidos por el castigo de Zeus. Su asociación con la morada de los dioses a la que se aludía en el fragmento de Estesícoro antes mencionado pudo igualmente conducir a otros a situar la acción en la tierra de los hiperbóreos, lugar favorito de Apolo, tal y como aparece recogido en Apolodoro que corrige así la opinión de aquellos que tendían a localizarla en Libia[49].

---

[48] Lacroix (1974).

[49] Apol., II, 5, 11.

Esta divergencia respecto a la localización de las Hespérides que aparece reflejada en el mitógrafo griego representa posiblemente un intento de reconducir la saga mítica hacia itinerarios más arcaicos, y por tanto más indefinidos e indiferenciados, saliendo al paso de los esfuerzos eruditos de los historiadores y mitógrafos que ya desde la época clásica habían tratado de situar en regiones bien concretas de la geografía real los escenarios de las grandes hazañas heroicas o habían intentado racionalizar de forma histórica su desarrollo. Este proceso de localización puntual podemos encontrarlo ejemplificado en Heródoto donde Atlas es ya una montaña circular muy elevada situada en el interior de Libia cuyas cumbres nunca pueden verse. No se han perdido del todo sin embargo los rasgos fabulosos que hablaban de un personaje mítico en los confines del orbe, tal y como decían los poetas, ya que el propio historiador menciona la versión existente entre los indígenas de la región según la cual dicha montaña era la columna del cielo, trasfiriendo así al ámbito bárbaro la explicación cosmológica y mítica del mencionado monte. Además, según el mismo Heródoto, algunos indígenas de la región, que se denominaban atarantes, maldecían al sol con toda clase de improperios porque los agobiaba con sus ardores[50]. Sin duda un recuerdo manifiesto del episodio de Heracles que en su viaje a estos confines se había rebelado contra el astro rey a causa de esta misma razón obteniendo del mismo la copa con la que pudo atravesar el océano y llegar a Eritía, el otro trabajo que hubo de realizar el héroe en estos confines occidentales del mundo.

Este proceso de historización del mito se aprecia todavía mejor en Diodoro que ofrece de la historia toda una interpretación en clave racionalista. Atlas, presentado aquí como uno de los hijos de Urano habría recibido su parte correspondiente en las regiones del océano y habría dado su nombre a los habitantes de la zona y a las grandes montañas de la región. Llevando hasta el extremo el espíritu exegético, Atlas habría perfeccionado la ciencia de la astrología y habría sido el primero en dar a conocer la teoría de la esfera, lo que aclararía a la perfección sus asociaciones míticas con la bóveda celeste[51]. En otro lugar convierte a Atlas en un rey que junto con su hermano Hespero, de cuya hija Hesperis tomó la tierra este nombre, poseía buenos ganados que sobresalían en belleza y eran de color dorado. Este último motivo junto con la homonimia evidente de manzanas y ovejas dio pie a las fabulaciones de los poetas sobre las célebres manzanas[52]. Las Hespérides serían aquí las hermosas hijas de Atlas, raptadas luego por el rey egipcio Busiris que al serle devueltas a su padre por Heracles, aquel en prueba de agradecimiento le prestó todo su apoyo en la realización de sus trabajos y le hizo conocer además los secretos de la astrología, ciencia en la que estaba versado.

La localización del jardín en Libia, que ya aparece como un item más del paisaje geográfico en el *Periplo del Pseudo-Escílax,* había dado lugar a relatos de esta índo-

---

[50] Hdt., IV, 184.

[51] Diod., III,60.

[52] Diod., IV, 27.

le en los que la tradición mítica quedaba traducida a un esquema mucho más prosaico y realista en el que lugares y personajes adoptaban los papeles y funciones que de ellos demandaban los nuevos géneros o el nivel de conocimientos de la época. Los intereses paradoxográficos hicieron también su aparición en escena y tanto las islas en las que supuestamente se había imaginado la morada divina como el célebre jardín libio o la montaña sagrada ocuparon también un espacio determinado dentro de esta clase de especulaciones. A ellos sin duda remite la expresión de Plinio cuando al mencionar la montaña en su correspondiente descripción de Libia la califica de *fabulosissimum* por haber sido objeto de toda esta clase de fabulaciones[53]. Una imagen a la que no parece mostrar una resistencia excesiva el enciclopedista latino dada la visión que presenta de la mítica montaña, elevándose hacia el cielo en medio de las arenas y cubierta en una de sus lomas por densos bosques recorridos por corrientes de agua donde se producían frutos de todas clases capaces de proporcionar entera satisfacción. Esta imagen idílica que recuerda sin duda la del jardín ideal se ve compensada con la extraña y sobrecogedora impresión de misterio que su aspecto produce entre quienes allí se acercan, presas del miedo por el silencio que reinaba de día en sus alrededores y de los fuegos y sonidos que se dejaban oir durante la noche. Una mezcla de sensaciones que devolvía el lugar a sus míticos orígenes hesiódicos, si bien reinterpretado aquí a través de la maraña de asociaciones que la leyenda, los intentos de racionalización del mito y los devaneos de una geografía en ciernes que no terminaba de encontrar su propio lenguaje científico le habían ido añadiendo con el correr de los tiempos.

El Hades: el mundo de los muertos

La existencia de un reino de los muertos parece un lugar común en casi todas las culturas. En el mundo griego, como casi todas las cosas, hace su aparición con los poemas homéricos, especialmente en la *Odisea*. Con ocasión del viaje de Odiseo al Hades con el objeto de recabar el consejo del adivino Tiresias a la hora de proseguir su camino de retorno a la patria, el poeta nos presenta una somera descripción del ámbito infernal, que a pesar de ser algo confusa y aparentemente contradictoria en sus diferentes apariciones, constituye el cuadro más completo con que contamos al respecto. Una imagen de la topografía del Hades, más o menos coherente, a pesar de algunas leves diferencias, se desprende efectivamente de los tres pasajes principales en los que el poeta se refiere al mundo de los muertos[54].

En primer lugar su localización en los confines del Océano parece un rasgo común a todos ellos. La presencia inevitable del río primordial que rodeaba la tierra

---

53 Plin., *N.H.*, V,6.

54 *Od.*, X, 508-515; XI, 13-22 y 157-158; XXIV, 11-14.

se deja sentir a lo largo de los diferentes pasajes. El Océano como límite del mundo de los vivos se constituye aquí como la frontera que es necesario traspasar para alcanzar una estancia que por su propia naturaleza trasciende el espacio humano. El mundo de los muertos, el "otro mundo" debía situarse necesariamente más allá de la barrera que delimitaba el orbe habitado dentro de esa imagen geográfica mítica y elemental que concebía el mundo como una isla rodeada por las aguas del río primordial. Ese es el camino que sigue Odiseo por indicación de Circe para llegar hasta el Hades y vuelve de nuevo a entrar en sus aguas cuando emprende el regreso hacia la isla de la diosa maga. Este era también el primer gran obstáculo que se interponía en el camino hasta el Hades para los humanos y así lo manifiesta la madre del héroe cuando acude asombrada ante la presencia de su hijo, todavía vivo, en aquellos parajes.

Una vez trasladado el mundo de los muertos a los confines del universo dentro de la imaginación griega, no parece que tenga una importancia especial su localización más precisa dentro de este complejo mítico-geográfico que constituían los confines, bien al otro lado del Océano o simplemente a lo largo de sus orillas en un lugar indeterminado[55]. Lo cierto es que Odiseo, una vez anclada la nave, arriba a un lugar desde el que el reino de Hades puede ser alcanzado a pie. No existe sin embargo absoluta coincidencia respecto al lugar mencionado. En el primero de los pasajes, cuando Circe le anuncia el camino que debe recorrer, la antesala del Hades se sitúa para Odiseo en el bosque de Perséfone, con sus "esbeltos álamos negros y estériles cañaverales"[56]. Por el contrario, en el canto siguiente, cuando el propio héroe es quien describe su ruta, una vez alcanzados los confines del Océano, arriba al pais de los Cimerios, un pueblo sumido en una noche eterna que nunca recibe los rayos del sol[57].

La discrepancia puede resultar sólo aparente si tenemos en cuenta la diferente perspectiva con que se describe el lugar. En efecto, desde la óptica de la diosa Circe el punto de referencia inmediato es ya un espacio divino que de alguna manera formaba parte del conjunto infernal, dada la presencia de la diosa en la morada de Hades. Se trata además de un bosque sagrado - ἄλσος- cuya breve referencia permite imaginar un entorno ciertamente inquietante en el que la vegetación pierde incluso la misión principal de producir frutos y servir de remanso de paz y de gozo para el hombre. Sin embargo cuando es el héroe el que relata su viaje, el punto focal se traslada a un ámbito diferente más humano como es la proximidad del pueblo y la ciudad de los Cimerios, un punto más, seguramente, dentro de la lógica itinerante que constituye el vagar de Odiseo por los mares y su encuentro con gentes un tanto especiales. No existe ninguna probabilidad de que debamos identificar este pueblo con las hordas bárbaras que arrasaron Anatolia a mediados del siglo VII a. C.

---

55 Véase el correspondiente estado de la cuestión que presenta Heubeck y Hoeckstra (1989), 75 y ss.

56 *Od.*, X, 509-512.

57 *Od.*, XI, 14-19.

poniendo fin con sus campañas al floreciente reino frigio[58]. Los Cimerios de Homero son un pueblo completamente mítico con el que el poeta indica quizá sencillamente que el héroe ha alcanzado en su navegación los confines extremos del mundo en su vertiente más occidental. El extremo occidente era a fin de cuentas un mundo de penumbra y de sombras, donde había situado también Hesíodo el reino de la Noche[59]. Si en un extremo oriente idealizado y mítico, donde el astro rey tenía su reino y hacía sus apariciones en el mundo de los mortales, se hallaban los bienaventurados etíopes que gozaban de continúo con la compañía de los dioses, era lógico que, dentro de esta concepción axial y simétrica del universo, existiera en el extremo opuesto un pueblo de las condiciones opuestas, sumido de continúo en la penumbra eterna sin más asidero en la realidad que su función compensadora dentro del mencionado esquema cósmico[60].

Un lugar importante dentro de la confusa topografía del Hades lo desempeñan los cursos de agua, descritos por la madre de Odiseo como terribles corrientes[61], concretados en dos ríos, el Piriflegetonte y el Cocito, que confluyen a su vez en uno mayor llamado Aqueronte. Es probable que a la hora de construir la imagen del mítico río tuviera cierta influencia la conciencia más real de las condiciones geográficas que caracterizaban el homónimo río del Epiro, de corriente profunda y riberas pantanosas que en un momento dado desaparecía bajo una garganta[62]. De hecho parece que posteriomente se asociaba el lugar con un oráculo de los muertos, según sabemos por el testimonio de Heródoto[63], y toda la región mantuvo durante buena parte del tiempo la imagen de tierras de los confines, donde se situaban incluso episodios de la saga de Heracles como el de Gerión que habían sido trasladados en un momento dado hasta el más remoto occidente[64]. En Homero sin embargo parece que nos hallamos ante un río mítico que marca los límites del reino de Hades, más allá de los cuales no pueden traspasar las almas de los muertos. Una frontera entre ambos mundos que delimitaba las esferas de acción de uno y otro ámbito. Esa es la imagen al menos que aparece en la tradición posterior más inmediata como es el caso de Alceo o Esquilo donde el Aqueronte aparece cumpliendo esta misión primordial[65]. Las noticias sobre unas regiones apartadas como las del Epiro, que todavía en plena época clásica resultaban mal conocidas, bien pudieron de cualquier

---

58 Heubeck y Hoeckstra (1989), 77-79. Sobre las diferentes identificaciones que se han venido proponiendo al respecto puede encontrarse un cómodo resumen en el trabajo de Ramin (1980), que sigue admitiendo la posibilidad de que Homero hiciera alusión a un pueblo concreto así denominado por los griegos, situado en un confuso norte.

59 *Teog.*, 744 y ss.

60 Así lo propuso ya en su día Heubeck (1963).

61 *Od.*, XI, 157-158

62 Sobre el lugar real, Tozer (1882), 120-121. Pausanias, I, 17,5 pensaba de hecho que Homero había ideado su noción del Hades de las características reales del lugar epirota.

63 Hdt., V, 92

64 Sobre las connotaciones extremas de estas regiones epirotas, Ballabriga (1986), 43 y ss.

65 Alc., fr, 38A Lobel Page; Esquilo, *Siete contra Tebas*, 854-60.

modo haber influido en la evocación de la imagen de estas aguas primordiales, si bien en un principio fue seguramente su concepción mucho más cósmica y difusa la que prevaleció dentro de la imaginación colectiva de la que forma parte el pasaje homérico correspondiente.

Sin embargo parece que dentro de este cuadro fluvial la Estigia, concebida en principio quizá como una laguna, es la que desempeña un papel fundamental dentro de la tradición relativa al Hades. Ya en la *Ilíada* se hace alusión a "sus abruptos cauces" y se la menciona como una de las aguas primordiales por las que los dioses realizan sus más elevados juramentos[66]. Dentro del cuadro de la *Nekuia* odiseica la Estigia aparece también como una de las corrientes del Hades, pues de ella se dice que procede el Cocito. En Hesíodo aparece como una hija del Océano y con él aparece también relacionada de forma estrecha desde un punto de vista acuático. Se trata aquí de nuevo del agua primordial que brota desde "un alto y escarpado peñasco", como brazo del Océano por la que los dioses hacen valer sus juramentos[67]. Al igual que ocurre con el Aqueronte, también la Estigia encontró un correlato dentro de la geografía real, en Arcadia, cuya imagen concreta pudo haber influido en la conformación de la idea mítica de estas aguas infernales, sin embargo como en el caso anterior, Hesíodo hace referencia a esas aguas primordiales y no es muy probable que hubiera conocido directamente la impresionante cascada del interior del Peloponeso[68]. No es casual en cambio el que se localice la Estigia en una región como Arcadia a la que se vinculan también otros mitos primordiales así como el hecho de que se trate de una zona de difícil acceso, hasta el punto que hubo de ser descubierta por Leake en sus viajes de exploración por el Peloponeso en el pasado siglo[69]. Como sucedía con el Aqueronte de Tesprotia, también la Estigia arcadia se encontraba ubicada en una región casi ignota, cuya imagen difusa y enigmática pudo contribuir en buena medida a conformar la idea de las aguas infernales sin necesidad de que el testimonio literario de los poetas, donde el componente mítico e imaginario adquiría una autonomía propia, estuviera basado directamente sobre ellas.

En el cuadro del Hades que presentan los poemas homéricos y más en concreto la *Odisea*, aparecen también otros elementos paisajísticos destacados que conforman la topografía infernal. Uno de ellos, la roca Leúcade, donde confluyen los dos ríos más arriba mencionados, contribuye sin duda a realzar la visión grandiosa y espectacular de la entrada al mundo de los muertos, influida quizá también de forma indirecta por la realidad geográfica concreta de la cascada del interior de Arcadia pero al igual que las aguas dotada ya de una autonomía propia dentro del imaginario colectivo a la hora de visualizar el paisaje infernal[70]. Las puertas de Helios y el pue-

[66] *Il.*, VIII, 368; XV, 37 y II, 755.

[67] *Teog.*, 785 y ss. Sobre sus poderes regeneradores, *cf.* Rudhardt (1971), 93-97.

[68] Paus. VIII, 18, 1-6. Tozer (1882), 117-120.

[69] Sobre William Leake, Eisner (1991), 104-105.

[70] Janssens (1961).

blo de los Sueños representan probablemente dos figuraciones más abstractas relacionadas con la posición crepuscular del mundo de los muertos. A diferencia del relato del héroe cuando se encaminaba hacia las regiones infernales, aquí nos encontramos con la descripción de la marcha de Hermes hacia el Hades en su calidad de Psicopompós o conductor de las almas de los muertos, y es por tanto la perspectiva adoptada, la ruta seguida por el dios dentro de una visión más escatológica, la que explica quizá las variaciones aparentes del itinerario. En su camino hacia el reino de las sombras las almas de los muertos deben atravesar el umbral de la luz, representado aquí por las puertas del Sol, donde culmina el ámbito de la vida humana regido por el gobierno del astro solar. Por otro lado, la condición inmaterial de los difuntos una vez traspasado el umbral de la vida les aproxima al mundo de lo inmaterial, como son los sueños. No resulta tampoco extraño el que dentro de una visión escatológica y grandiosa que trata de representar el camino seguido hasta el Hades, las almas atraviesen este mítico pais, cuyo linaje hace remontar Hesíodo a la Noche, de la que descienden también la negra Ker y Tánato, conformando así un cuadro coherente de este paisaje infernal. El propio Hesíodo recalca más adelante en su poema que "nunca el radiante Helios les alumbra con sus rayos", corroborando así su situación en una región extrema franqueada por las puertas del Sol, que daban así paso al reino de la oscuridad y la tiniebla[71]. Por fin el prado de asfódelo donde habitan las almas de los muertos, corresponde quizá a la representación paradisíaca de este ámbito infernal que aparece traducida a imágenes como la de los campos Elísios y que procede de concepciones escatológicas precedentes como la cretense o la egipcia, que sin duda hubieron de influir en la visión griega tal y como aparece reflejada en estos primeros testimonios.

La visión del Hades que presenta Hesíodo en su *Teogonía* se corresponde con la imagen cósmica de los confines donde se encuentra incluida. A la entrada de las "resonantes mansiones" coloca el poeta al terrible perro guardián, cuya misión era la de impedir que nadie traspasara los límites fijados[72]. La existencia de Cerbero, a la que ya alude Homero en la *Ilíada* refiriéndose a la bajada de Heracles al Hades para su captura, representa a otro nivel, en el que quizá priman más los elementos fabulosos procedentes del cuento popular, de ahí su aparición en la saga de Heracles, el mismo papel que cumplen las aguas infernales antes citadas de impedir el paso del mundo de los muertos al mundo de los hombres y fijar con claridad la total separación de uno y otro ámbito. Más adelante hará también su aparición la figura del barquero Caronte con una misión similar, si bien su presencia no se detecta en la literatura anterior al siglo V a. C., por lo que quizá refleja el influjo de nuevas ideas extraídas del folclore o de tradiciones populares[73].

La descripción de la topografía del Hades apenas encuentra otros ejemplos en la literatura posterior, si bien parece que según Pausanias, en los *Nóstoi* se podía haber

---

71 *Teog.*, 760

72 *Teog.*, 770 y ss.

73 Gantz (1993), 128.

hallado alguna clase de material relacionado con la muerte de Agamenón[74] y quizá Estesícoro en su poema titulado *Cerbero* pudo también haber incluído algo relativo al asunto. Sin embargo parece que lo que más interesa a los autores posteriores, especialmente a los trágicos, son las escenas que representan el encuentro de personajes en el Hades y sus correspondientes diálogos más que cualquier alusión a los rasgos de su topografía, probablemente bien establecidos desde los poemas homéricos al menos en vagas líneas generales. La imagen que obtenemos a través de ellos no es sin duda unitaria y del todo coherente pero sí refleja una cierta concepción grandiosa y espectacular de un mundo situado más allá de los límites del orbe en el que se sucedían diferentes parajes, cuyo interés particular estaba más en función de la perspectiva adoptada en la narración que de la estricta relación de una secuencia uniforme de un universo escatológico en el que debieron ir confluyendo a lo largo del tiempo imágenes e ideas procedentes de diversas tradiciones legendarias y religiosas de entre las cuales el poeta o los poetas siempre tuvieron la posibilidad de ejercer su selección en función de sus objetivos narrativos.

[74] Paus., X, 28,7.

TIERRAS BARBARAS

El mundo bárbaro no fue para los griegos solamente sinónimo de salvajismo o de atraso cultural respecto a la Hélade. Ya desde el principio, y posiblemente antes de que el término en sí tomara una acepción más decididamente hostil a partir de las guerras médicas[1], los pueblos bárbaros fueron objeto de las primeras idealizaciones de tipo etnográfico. Su imagen completamente ficticia y artificial, elaborada desde luego a partir de premisas perfectamente helénicas, apenas se correspondía con realidad alguna y obedecía más bien a otra clase de motivos. Las viejas aspiraciones humanas de hallar una sociedad justa y un lugar al abrigo de los males y problemas cotidianos encontraba así un referente inmediato sobre el que basar todo este tipo de especulaciones y al tiempo podía elaborar una especie de modelo cultural, dispuesto en todo momento a adaptarse a los diferentes patrones de conducta, según iban cambiando con el tiempo los ideales, las expectativas o las frustraciones. Esta imagen del bárbaro como el buen salvaje, que ha sabido desarrollar una forma de vida más acorde con los requisitos de una existencia feliz, se remonta posiblemente a las primeras manifestaciones de la literatura griega. Hacen así su aparición en la *Ilíada* homérica los piadosos etíopes, un pueblo que festeja continuamente en compañía de los dioses sin otros cuidados o preocupaciones[2]. Bien es cierto que en este caso, como ocurrirá más tarde con el caso de los hiperbóreos, se trata de pueblos que habitan en los confines del mundo y que pertenecen casi por completo al terreno de la geografía mítica, pero la tendencia a la idealización etnográfica se dio incluso en poblaciones más reales que se hallaban mucho más próximas al orbe griego y en principio al menos perfectamente localizables, como es el caso de las tribus que Zeus contempla cuando lanza su mirada desde el monte Ida en dirección al norte[3]. La vaga noción de la existencia de otros pueblos en comarcas muy lejanas que llevaban un modo de vida muy diferente al de los propios griegos impulsó sin duda esta tendencia. El desconocimiento casi absoluto del mundo circundante avalaba la

---

[1] Lévy (1984).

[2] Sobre los etíopes, MacLachlan (1992).

[3] *Ilíada*, XIII, 5-6, donde menciona a los "nobles hipemolgos" y a los abios, "los más justos de los hombres".

proyección hacia regiones casi inalcanzables de los viejos ideales que miraban con nostalgia a la desaparecida edad de oro[4].

El mejor y más amplio conocimiento de los pueblos bárbaros que tuvo lugar a lo largo de la época de las colonizaciones no redujo sin embargo las posibilidades en este sentido. Ciertamente se tuvo conocimiento de la existencia de poblaciones clamente hostiles que no recibían de forma hospitalaria a los recién llegados. Algunos territorios, especialmente en la región occidental del mar Negro o en los aledaños de la península de Crimea, fueron considerados lugares poco propicios para la instalación de establecimientos helenos a causa del temor que inspiraban sus habitantes[5]. El recelo y la desconfianza fueron sentimientos habituales que caracterizaron las relaciones entre griegos e indígenas en muchos de estos primeros establecimientos coloniales, tal y como ha quedado reflejado en multitud de anécdotas o en la propia configuración espacial de las nuevas colonias, situadas en pequeñas islas frente a las costas o provistas de especiales medidas de protección y defensa[6]. Sin embargo también a lo largo de este período encontramos indicios de clara idealización de las tierras bárbaras, sobre todo de las más inaccesibles, como los lejanos confines de Iberia, donde se situaba el mítico reino de Tartesos, al que sólo unos pocos privilegiados como los focenses o el legendario Coleo de Samos habían conseguido llegar, salvando la inmensa distancia existente[7]. También otros países más próximos y con los que desde antiguo existían relaciones pero cuyo acceso no resultaba fácil a los viajeros, bien por la distancia, el exclusivismo de su población o las dificultades políticas, fueron igualmente idealizados. Este fue el caso de Egipto o la India, que se convirtieron muy pronto en un vivero de tradición y sabiduría de los que bebieron regularmente todos los grandes sabios de la Hélade. Esta tendencia alcanzó incluso a las regiones más septentrionales, pobladas por nómadas salvajes que apenas contaban con los más elementales requisitos de lo que se consideraba la vida civilizada. De la lejana y fría Escitia procedían sabios como Anacarsis y en sus regiones más alejadas habitaban pueblos como los isedones, considerados personas justas entre los que las mujeres tenían los mismos derechos que los hombres[8].

Esta tendencia a idealizar a los pueblos lejanos, convertidos en prototipos morales o en modelos de conducta y organización social, no se vió tampoco seriamente

[4] Sobre la idealización etnográfica, Trüdinger (1918), 133 y ss. y Lovejoy y Boas (1965), 287 y ss.

[5] La mala reputación de Salmideso, un lugar de perdición para las naves que siempre acababan por embarrancar y ser saqueadas por los bárbaros de las proximidades constituye un buen ejemplo, *cf.* Cary (1949), 294 y ss.

[6] Anécdotas tales como la que refiere Plutarco (*Quaest. Graec.*, 29) sobre la relación entre los ilirios y la ciudad de Epidamno en el Epiro donde se instituyó el cargo oficial de vendedor con la finalidad de que fuera sólo a través de este personaje cómo los indígenas entrasen en contacto con la ciudad en sus asuntos comerciales, evitando así un contacto más generalizado. Sobre la separación de las comunidades puede verse el ejemplo que nos ofrece la ciudad de Empórion, *cf.* Gómez Espelosín, Pérez Largacha y Vallejo Girvés (1995).

[7] Sobre la mitificación e idealización del Occidente, Fabre (1981) y la obra citada en la nota anterior.

[8] Hdt., IV, 26.

afectada por el conflicto con los persas que contribuyó sin duda a agudizar la conciencia de separación radical entre el mundo griego y el bárbaro y a cimentar el sentimiento de la clara supremacía moral y táctica del primero sobre el segundo[9]. El afianzamiento progresivo de una cierta conciencia étnica, reforzado por la victoria conseguida de forma tan trabajosa, no eliminaba del todo la necesidad imperiosa de seguir trasladando hacia el mundo exterior los impulsos ideales que no podían ser realizados en el presente y las consiguientes frustraciones. El imaginario colectivo helénico se enriqueció de forma considerable en este sentido gracias al contacto con el imperio persa y a su sombra surgieron representaciones fabulosas de las tierras de los confines orientales como las que trasmitieron al mundo griego hombres como Escílax de Carianda, primero, o Ctesias de Cnido después. Tanto uno como otro estuvieron al servicio del Gran Rey, posiblemente de manera involuntaria, y se vieron por ello obligados a pasar una larga etapa de su vida en la corte persa, recorriendo en cierta medida los inmensos caminos del imperio. Su relato hizo de la India, la más remota de aquellas tierras, un país fabuloso y repleto de maravillas de todas clases, donde cobraba vida todo lo imaginable y se hacían realidad los portentos y prodigios más inesperados[10].

Sin embargo la idealización del imperio persa no se limitó a sus confines más extremos. La propia Persia fue considerada, quizá ya desde el principio, como un verdadero modelo de gobierno por una buena parte de la intelectualidad griega que veía en la figura del monarca persa una garantía de estabilidad política interna y un principio de autoridad necesario a la hora de asegurar el dominio y la hegemonía sobre los demás estados. La biografía novelada que dedicó Jenofonte al mítico fundador del imperio, el gran Ciro, constituye la traducción literaria de esta clase de posturas, realizada además en unos momentos particularmente difíciles para sostener una actitud semejante dado que Persia no había cesado de inmiscuirse dentro de la política interna de los estados griegos creando serias complicaciones y quebraderos de cabeza a sus más destacados adalides como eran espartanos y atenienses[11]. Sin embargo la idealización de Persia no quedó reducida al terreno de la especulación política en abstracto, en busca ahora de un nuevo modelo operativo que fuera capaz de superar la crisis que sufría el viejo sistema de las póleis. La magnificencia y el lujo de la corte persa, su proverbial abundancia en casi todos los terrenos, e incluso su propio escenario físico, como los célebres jardines artificiales conocidos como *parádeisos* fueron igualmente objeto de cierta idealización, bien fuera a través de una óptica deformada y paródica como la de los cómicos que presentaban a Persia bajo la imagen de un continuo festín gastronómico que suscitaba la envidia de un auditorio ateniense que era objeto en aquel

---

9 Sobre la importancia del conflicto con los persas en la imagen griega del bárbaro, Hall (1989), Romilly (1993) y Georges (1994).

10 Sobre la idealización de la India en general, Karttunen (1989).

11 Sobre la actitud de Jenofonte hacia el imperio persa, Hirsch (1985) y Georges (1994).

entonces de un sinfín de penalidades en este terreno a causa de la guerra del Peloponeso[12].

Pero no sólo en el terreno material de las comodidades y los suministros sin fin era Persia objeto de una admiración disimulada. También dentro de una perspectiva moral se consideraba que los persas se hallaban sometidos a un código de valores que no les permítia defectos tales como la mentira, la cobardía o el desafecto hacia sus progenitores, siendo además educados desde niños dentro de estas estrictas normas de conducta[13]. Una historia como la que nos cuenta Heródoto acerca de un tal Sataspes, obligado por Jerjes a circunnavegar Africa como castigo sustitutorio por una violación que había cometido en la corte, gracias a la intercesión de su madre, que era tía del rey, resulta en este aspecto significativa del grado en que los persas, y sobre todo el rey, valoraban a ojos de los griegos esta manera de proceder[14]. Forzado por la magnitud del proyecto y la soledad del viaje dio la vuelta cuando se hallaba a mitad del trayecto y regresó a la corte persa. Allí relató su andadura pero como Jerjes pensase que no le estaba diciendo la verdad fue finalmente mandado empalar por ello, obteniendo así la pena inicial que se le había impuesto por su delito.

Las conquistas de Alejandro favorecieron también un mayor conocimiento de las tierras de Oriente y pudo comprobarse sobre el terreno la inexactitud de algunas de las historias que se contaban acerca de estos países. Sin embargo, una vez más, quienes tuvieron el privilegio de haber vivido esta increíble experiencia y decidieron narrar por escrito sus aventuras, huyeron de forma clara del realismo descriptivo más imperioso y optaron en cambio por continuar con los viejos mitos de siempre acerca de los confines del mundo, enriqueciendo además de forma notable gracias a sus nuevos conocimientos el elenco de maravillas y curiosidades que podía contribuir a reforzar todavía más la condición fabulosa de aquellas regiones. La imagen idealizada de las tierras de la India adquirió además ahora nuevas dimensiones debido a las inclinaciones e intereses filosóficos de algunos de estos autores. Este fue el caso de Onesícrito que introdujo en la literatura griega a los gimnosofistas, individuos dotados de todas las cualidades del verdadero sabio que trasladaron el prestigio sapiencial de que hasta entonces sólo disfrutaba Egipto hasta las regiones extremas de la India, convertidas a partir de ahora en una visita inexcusable de cualquier peregrinación espiritual[15].

Los nuevos reinos helenísticos que se asentaron sobre aquellos territorios no hicieron variar el rumbo para nada. La política de segregación instituída por las nue-

---

12 Especialmente la Persia de Ferécrates, *cf.* Ateneo, VI, 269 c. Sobre esta temática en general, Baldry (1953).

13 Hdt., I, 136.

14 Hdt., IV, 43.

15 Sobre Onesícrito, Brown (1949). Un ejemplo claro de esta peregrinación hacia la India la lleva a cabo el taumaturgo Apolonio de Tiana tal y como relata Filóstrato en su biografía novelada de dicho personaje.

vas monarquías no facilitó las relaciones entre la etnia griega dominante y los pueblos indígenas, manteniendo por el contrario, y en ocasiones consolidando todavía más, las barreras de incomprensión que siempre habían existido entre unos y otros[16]. El bárbaro era ahora el campesino que laboraba de forma incesante en los inmensos predios reales o las masas heterogéneas que se iban concentrando en las nuevas aglomeraciones urbanas. La lectura de las chispeantes escenas de las *Siracusanas* de Teócrito nos permite apreciar el grado de estima y valoración con que los griegos de viejo cuño medían a los egipcios, dando las gracias al monarca por haber puesto freno de una vez por todas a la insolencia y barbarie de estas gentes[17]. Los barrios separados de las nuevas ciudades o los testimonios numerosos sobre los conflictos interminables que los abusos de los funcionarios griegos provocaban en el medio indígena son también indicios claros de la marginación y menosprecio con que los griegos instalados en estos nuevos territorios trataban a las etnias sometidas.

Sin embargo la idealización de las tierras bárbaras no varió su rumbo de forma sustancial. Los afanes escapistas de una sociedad agobiada ante las nuevas demandas de un mundo mucho más individualista y despiadado se tradujeron en las especulaciones utópicas que en forma de relato de viajes o de tratados pseudohistóricos circularon durante todo este período[18]. En esta clase de historias siempre aparecían países lejanos donde todavía resultaba posible llevar una vida regalada en medio de toda clase de comodidades y dispendios sin que los problemas y penalidades de la vida diaria nos agobiaran con su incómoda presencia. En la mayoría de los casos se trataba de islas situadas en medio del mar, lejos de todos los contornos geográficos más próximos, que albergaban una sociedad casi perfecta, como sucede en los dos ejemplos mejor conocidos que tenemos a nuestra disposición, el de la isla Panquea de Evémero o el de las islas del Sol de Jámbulo, ambos relatos conservados en el texto de la historia de Diodoro de Sicilia[19]. En otros casos sin embargo, como en la naciente novela, la fabulación se trasladaba a países más reales como el ya consabido Egipto, la todavía algo misteriosa Etiopía o la muy venerable Babilonia, indicando con ello que todavía en una época ya avanzada podía seguir imaginándose a estos países, ahora mucho mejor conocidos que antes y convertidos incluso en meta o escala de rutas comerciales bien establecidas, como tierras fabulosas con un toque de exotismo en el que encuadrar las aventuras amorosas y la serie incesante de penalidades por los que atravesaban estos nuevos héroes[20].

Sin embargo los nuevos ideales filosóficos de la época dirigían sus miradas también en otras direcciones. Más allá del gusto por lo exótico y de la fabulación sin límites a que propendía la consideración de los espacios ajenos dentro de la literatura hele-

16 Sobre la visión del bárbaro en el período helenístico, Lacy (1976).

17 Teócr., *Idil.*, XV, 45-50.

18 Sobre toda esta clase de literatura sigue siendo fundamental, Rohde (1914), 178-309.

19 Véase el lugar correspondiente a estos dos casos citados.

20 Sobre la novela griega, García Gual (1972), y Hägg (1983) y más recientemente, Morgan y Stoneman (1994).

nística, las nuevas corrientes de pensamiento como el estoicismo valoraban la sencillez y la humildad de algunas formas de vida bárbaras que aunque salvajes y primitivas en apariencia eran capaces no obstante de proporcionar un mayor grado de felicidad a sus habitantes que las sofisticadas costumbres y las confortables condiciones que ofrecía la nueva civilización[21]. Las tesis de un Posidonio, traducidas en la descripción de Agatárquides sobre los pueblos ribereños del mar Rojo, son ciertamente reveladoras de este nuevo impulso en la idealización de las tierras bárbaras bajo nuevos cánones éticos[22]. La civilización y sus requerimientos se vienen a oponer ahora a un modo de vida mucho más simple en el que priman sin embargo valores morales mucho más hondos que permiten al individuo llevar una vida mejor y más feliz.

No se abandonan sin embargo las viejas obsesiones. El primitivismo, considerado ahora como un valor en alza por sus connotaciones morales frente a la creciente decadencia del hombre civilizado, sigue apareciendo en la mente de muchos como un estadio perfectamente superable con la llegada de la civilización. Las conquistas romanas en el occidente europeo descubren la realidad poco prometedora de algunos pueblos bárbaros que viven en un estado de miseria poco envidiable, sometidos además a guerras continuas entre unas tribus y otras. La inmensa cantidad de riquezas que en un tiempo se había imaginado como un rasgo proverbial de estas regiones extremas aparecía ahora traducida en una realidad mucho menos prometedora. El desencanto sufrido por algunos generales romanos en sus campañas en la península ibérica resulta revelador en este sentido. El parco botín que Lúculo obtuvo en Intercatia, reducido a unos cuantos sayales, un poco de ganado y prisioneros, quedaba muy lejos de las expectativas que le habían traído hasta aquí en busca del oro y plata que según decían abundaba en el país[23]. La pobreza de algunas de las regiones septentrionales como la desconocida Irlanda eran motivo más que suficiente como para situarla fuera de los objetivos de conquista romanos, según nos dice Estrabón, dada la futilidad del esfuerzo por una tierra cuyas condiciones agrícolas y climáticas eran más bien poco propicias para la producción de riquezas[24]. Son sin embargo aquellas regiones con mayor nivel de desarrollo y de riqueza, provistas de todos los requisitos de la civilización, a pesar de su relativa lejanía, las que merecen la atención del geógrafo griego que elabora en este sentido un verdadero cuadro idealizado

---

21 Sobre el primitivismo estoico, Lovejoy y Boas (1965), 260 y ss. En general, Baldry (1961). Una versión todavía mucho más radical en este sentido era la de los Cínicos con su acerba crítica a los modos de vida imperantes y su desprecio manifiesto por las normas en uso, *cf.* Lovejoy y Boas (1965), 117 y ss. y en general, Blundell (1986), 203 y ss.

22 Sobre Posidonio y sus ideales a este respecto, Müller (1972), I, 310 y ss. y Müller (1993b). Sobre Agatárquides, Gozzoli (1978) y la introducción de Burstein a su traducción de su obra *Sobre el mar Rojo* (1989), 25 y ss. Podrían derivar de esta perspectiva e incluso de este mismo autor, los cuadros idílicos cuasi utópicos que encontramos en pasajes como Estrabón, IX, 4, sobre el territorio de los albaneses, o el de Apiano, *Lyb.*, 71, cuando describe Numidia, tierra de gente robusta y longeva a causa de la placidez del clima, de la dieta sencilla y del trabajo al aire libre.

23 App., *Iber.*, 54.

24 Estr., I, 4,4.

de las tierras del sur de la península ibérica. Su descripción de Turdetania como una tierra plena de abundancia y de sabiduría rememora en cierta medida la vieja imagen del mítico reino tartesio donde ya confluían las corrientes idealizadoras del período arcaico, convirtiendo el solar ibérico en un auténtico El Dorado que ahora revivía de nuevo bajo la perspectiva estraboniana.

Consideraremos ahora por separado algunos de los espacios que han sido privilegiados por la idealización griega a lo largo de los tiempos, tratando de definir los rasgos esenciales que dieron pie a dicho proceso así como el papel que han ido desempeñando en el curso del mismo los diferentes autores.

Egipto

La aparición de Egipto en el horizonte geográfico helénico se remonta seguramente muy atrás en el tiempo. Sin embargo es a lo largo del período arcaico cuando aparecen en la literatura griega los primeros indicios de idealización de este asombroso país, fruto seguramente del restablecimiento de aquellos viejos contactos de la época micénica a través de las primeras navegaciones hacia la región del delta con fines comerciales o militares en el papel de mercenarios al servicio del faraón[25]. En los poemas homéricos aparece Egipto dentro del horizonte brumoso, lleno de misterio y fascinación, que envuelve a los países lejanos en el universo épico. Con independencia de la realidad histórica concreta que traducen, bien el recuerdo de los contactos habidos en el período micénico o la reanudación de los mismos en los primeros momentos de la edad arcaica, lo cierto es que Egipto se presenta ya con todos los rasgos de una tierra fabulosa.

La única mención de Egipto en la *Ilíada* se reduce a la ciudad de Tebas, utilizada aquí como paradigma de riqueza y prosperidad casi infinitas, cuando Aquiles se niega a aceptar cualquier clase de acercamiento con Agamenón. El ofendido Pelida afirma con decisión que no aceptaría los regalos del Atrida ni aunque le ofreciera

.... cuanto afluye a Tebas
egipcia, en cuyas casas es en donde más riquezas hay atesoradas,
ciudad que tiene cien puertas y por cada una doscientos
hombres van y vienen con caballos y con carros[26].

Esa misma imagen se desprende del retrato, vago en sus contornos pero preciso en las referencias fabulosas, que Menelao hace del país en la descripción de su viaje ante Telémaco y el hijo de Néstor que aparece en la *Odisea*[27]. Egipto es nue-

---

[25] Sobre todo este período, Austin (1970).

[26] *Ilíada*, IX, 381-384. Lorimer (1950), 97-99 considera que este pasaje es una interpolación procedente de la *Odisea*.

[27] El viaje de Menelao aparece descrito en *Odisea*, III, 299-302; IV, 81-85; 125-132; 220-232 y 351-586. Sobre este relato, Gómez Espelosín (1994).

vamente aquí la tierra de las inmensas riquezas de la que proceden los preciados regalos que tanto el propio Menelao como su esposa Helena recibieron durante su estancia en el país y exhiben ahora orgullosos en su palacio de Esparta ante los visitantes. Es igualmente una tierra fértil que produce drogas de todas clases capaces de sanar y provocar los más sorprendentes efectos. Todos son allí médicos que sobresalen por encima de los demás pues son discípulos de Peón, que aparece en la *Ilíada* como el médico de los dioses[28]. Una tierra dotada con todas las bendiciones posibles como la riqueza o la salud y en estrecho contacto con los dioses, situada en un horizonte geográfico relativamente lejano todavía al que sólo los héroes consiguen llegar. Una visión en suma donde priman todavía aspectos puramente fantásticos como el episodio de Proteo y las focas, un claro indicador de que nos movemos todavía dentro del universo de los cuentos de viaje, un espacio ambiguo y complejo en el que se entrecruzan de manera indistinta la realidad, la fantasía y la leyenda.

Su inclusión dentro de la geografía fantática de los *nóstoi* hace de Egipto una de las referencias míticas inexcusables de estos primeros tiempos creando a su alrededor toda una aureola de tierra fabulosa que no se verá disminuida con el correr de los tiempos. Fuera ya del ámbito legendario hay que situar el célebre relato odiseico que el héroe inventa ante Eumeo, haciéndose pasar por un cretense que emprendió una expedición hacia Egipto en busca de fortuna y aventuras[29]. La riqueza de sus campos convierte al país en objeto de la codicia de los recién llegados, aparentemente deslumbrados por la pujanza de sus tierras. Aunque el conocimiento del país se limitaba a la región del delta y existieron sin duda dificultades de acceso que redujeron la implantación colonial griega al establecimiento de Naucratis, Egipto se convirtió en la referencia inevitable dentro del mundo de la ciencia y la logografía jonias[30]. Un centro de interés privilegiado donde los primeros viajeros podían encontrar todos los ingredientes necesarios para satisfacer del todo sus expectativas. Desde su propia configuración física, con el inmenso río que recorre el pais, le da forma y sentido, a los numerosos monumentos que se desplegaban ante los ojos del visitante, indicadores manifiestos de su antigüedad y opulencia, pasando por las extrañas costumbres de sus gentes que evidenciaban un modo de vida ciertamente distinto al de los griegos. Todo era por tanto motivo de sorpresa y admiración.

Esta actitud se refleja en buena medida a lo largo de la descripción del país que Heródoto nos ofrece en el libro II de sus *Historias*. De los *lógoi* bárbaros del historiador jonio, el dedicado a Egipto es sin lugar a dudas el más largo de todos. El propio Heródoto justifica esta amplitud:

---

[28] *Ilíada*, V, 401 y 899.

[29] *Odisea*, XIV, 245 y ss.

[30] Sobre la relación de Egipto con la ciencia jonia, Faure (1923) y Froidefrond (1971), 123 y ss.

> Voy a extenderme ahora en detalle sobre Egipto, porque, comparado con cualquier otro país, tiene muchísimas maravillas y ofrece obras que superan toda ponderación; por esta razón hablaré de él con especial detenimiento[31].

Egipto es en efecto un país repleto de maravillas por todas partes que despiertan el asombro el viajero. La propia configuración física del país en torno del gran río que lo atraviesa de parte a parte o la riqueza y feracidad de las tierras del delta con sus diferentes bocas que acaban confluyendo en el mar constituye ya de por sí suficiente motivo de asombro. El propio historiador resalta esta primacía absoluta del Nilo ante cualquier otro río y lo mismo vale para su desembocadura, una de cuyas bocas superaba con mucho al delta de otros ríos bien conocidos como el Meandro[32]. Esta fertilidad natural de las tierras del delta es la causa de que sus habitantes recojan el fruto de la tierra con menos fatiga que el resto de los hombres[33], aproximándose de este modo a la facilidad absoluta con que los hombres de la edad de oro podían obtener su alimento de la tierra. Esta abundancia de la tierra se corresponde también con su extensión, que obliga a medirla en esquenos, medida que según nos informa el mismo Heródoto utilizan quienes poseen tierra en extensión considerable, por encima de los que poseen mucha, que lo hacen en parasangas, por estadios si su riqueza es menor y por último en brazas aquellos que son manifiestamente pobres[34]. La bonanza de su clima les proporciona igualmente unas condiciones de vida ideales al no producirse un cambio brusco de las estaciones, origen de todas las enfermedades según la ciencia médica jonia. Los egipcios son de esta forma, en palabras del historiador, los hombres más sanos de todos después de los libios[35].

También los animales responden al mismo carácter fabuloso que caracteriza todo el país. Aunque no abundan especialmente, pese a su vecindad con Libia, tierra proverbialmente caracterizada por la abundancia de fieras, los que se dan en Egipto reúnen ciertas peculiaridades que los sitúan aparte de los más comunes que existen en otras partes del mundo. Desfilan así ante nosotros animales como el cocodrilo, el hipopótamo, el ibis o el ave fénix, todos ellos motivo de curiosidad que provocan una digresión en el curso del relato a causa de su condición extraordinaria. Pero incluso animales menos sorprendentes como el gato o las serpientes gozan de una predilección especial que les permite figurar con todos los honores dentro de la descripción herodotea debido a su carácter sagrado. Una fauna por tanto que lejos de constituir tan sólo el complemento de la alimentación humana o su rival en la caza, se transforma en un elemento sagrado, integrado de lleno dentro de su vida religiosa como prueban las prácticas de zoolatría descritas o la misma momificación de que son objeto tras su muerte.

---

31 Hdt., II, 35. Sobre el libro II de Heródoto existe una abundantísima bibliografía, por lo que remitimos de forma especial al comentario de Lloyd (1975) donde se hallará toda la información pertinente al respecto.

32 Hdt., II, 10.

33 Hdt., II, 14,2

34 Hdt., II, 6

35 Hdt., II, 77,3.

Sus habitantes por fin son igualmente objeto de una especial admiración a causa de su piedad, su sabiduría o su propia antigüedad, características todas ellas que suelen adornar a los pueblos utópicos. Su piedad se pone de manifiesto a través de la minuciosa descripción que Heródoto realiza de sus diferentes prácticas rituales, llegando a afirmar su supremacía en este campo sobre el resto de la humanidad[36]. Su sabiduría se revela tanto en el terreno teórico como en el de la vida cotidiana. Han realizado los descubrimientos esenciales en la vida del ser humano como el ciclo del año o las advocaciones correctas a los dioses, a quienes fueron también los primeros en levantar templos, erigir altares o dedicar estatuas en piedra. Han encontrado también la forma adecuada de interpretar los prodigios o de predecir el futuro y todos ellos son versados en alguna clase de enfermedad de forma que todo el país está repleto de médicos, lo que coadyuva junto con la temperancia del clima antes citada a la buena salud general de la población. Pero también en el terreno de la vida diaria dejan constancia de su sabiduría como en su respeto por las costumbres de sus antepasados o por la sana disposición que suelen adoptar en el curso de los banquetes, invitando a disfrutar del momento presente a los convivales después de pasear ante su mirada un cadáver de madera como signo inequívoco del seguro final que a todos aguarda[37]. Esta sabiduría proverbial, que se convertirá más adelante en el rasgo más distintivo de la imagen de Egipto, se pone también de relieve a través de la historia de los enviados eleos que orgullosos de las normas que habían impuesto en Olimpia viajaron hasta Egipto en la idea de que ni siquiera los egipcios, "los hombres más sabios que había" serían capaces de idear nada mejor. Una pretensión que se demuestra vana al proponerles los egipcios una modificación que afectaba al correcto funcionamiento de los juegos como era impedir la participación de atletas locales para evitar que resultaran favorecidos en detrimento de los extranjeros[38].

Su antigüedad queda patente a lo largo de todo el *lógos* egipcio mediante la exhibición de una historia ancestral y milenaria que en modo alguno podían aspirar a igualar los griegos. Las ridículas pretensiones de Hecateo en su encuentro con los sacerdotes egipcios, exhibiendo su descendencia de la divinidad en la decimosexta generación, se ve superada con creces cuando los sacerdotes le invitan a penetrar en el templo y contemplar el número de estatuas allí representado[39]. Son por tanto los más versados en relatos y tradiciones por su apego a la memoria de este pasado grandioso que luego más adelante despliega ante nuestros ojos en la parte final del relato[40]. Una antigüedad que los conecta además con los mismos orígenes de la humanidad, convirtiéndose de alguna manera en los depositarios verdaderos de todo el baga-

36 Hdt., II, 37.
37 Hdt., II, 78.
38 Hdt., II, 160.
39 Hdt., II, 143.
40 Hdt., II, 77.

je humano que ha venido acumulándose desde aquellos remotos orígenes frente a la relativa novedad de otros pueblos mucho más recientes en esta escala histórica.

Su misma organización social en castas perfectamente delimitadas con sus funciones precisas es también reveladora de la idealización que comporta toda la visión de Egipto, que luego más adelante acabará plasmándose en la estructura social ideal de la *República* platónica[41]. Una ordenación de la sociedad que sin duda colmaba los deseos de las aspiraciones de carácter utópico que desde comienzos del siglo V a. C. venían plasmándose en algunas formulaciones como las de Hipódamo de Mileto o Faleas de Calcedonia. Completa además este cuadro la aparición en escena de grandes gobernantes que con sus acciones, tanto en el interior como en el exterior, han ido acrecentando el prestigio, riqueza y seguridad del país. Ahí se inscriben las carreras de un Sesostris, verdadero conquistador del orbe y justo gobernante de su pueblo, o de un Amasis que a pesar de sus humildes orígenes supo ganarse el afecto de sus súbditos, colmó al país de prosperidad y riquezas, estableció en él colonos griegos e impulsó la vida en ciudades que en su tiempo llegaron a ser casi veinte mil[42]. Todas ellas cualidades que definen al monarca o gobernante ideal, defensor de su pueblo, promotor de la vida urbana y responsable de leyes sabias que fueron incluso imitadas en la Atenas de Solón[43].

Egipto reúne por fin dentro de sus fronteras toda clase de maravillas, bien naturales como el lago Meris o la isla flotante Quemis, o fruto de la acción humana como las pirámides, los enormes colosos que jalonaban los templos o el célebre laberinto. No en vano el país fue ya en la misma antigüedad objeto de visitas puramente turísticas en busca de la contemplación de tales maravillas[44]. Un país en suma a medio camino entre la realidad y la fábula, objeto de curiosidad, admiración, imitación y aprendizaje. En él se concentraban prodigios naturales tan sorprendentes como el Nilo, que había constituido desde antiguo un objeto de fascinación para la naciente ciencia griega, monumentos perennes de la grandeza humana como las pirámides y unos individuos como los sacerdotes cuya sabiduría podía dar respuesta a una serie de cuestiones tan importantes como el origen de la humanidad o de los dioses. El *lógos* egipcio de Heródoto constituye en definitiva un verdadero compendio de saberes acumulados hasta entonces que el autor presenta como fruto de una experiencia personal, tras su viaje a Egipto, perfectamente integrada dentro de los esquemas fundamentales que han guiado la elaboración de toda su historia[45]. Con independencia de que Heródoto hubiera realmente viajado hasta Egipto[46], la visión

41 Sobre este tema, véase el comentario de Lloyd (1988), III, 182 y ss.

42 Sobre Sesostris, Obsomer (1989). Sobre la figura de Amasis, *cf.* Lloyd (1975), III, 211 y ss.

43 Hdt., II, 177,2

44 Gómez Espelosín (1985), 23-24. Casson (1974), 85 y ss.

45 *Cf.* al respecto Lloyd (1990).

46 Véase al respecto la polémica suscitada por el trabajo de Kimball Armayor (1978) que pone en duda la estancia del historiador jonio en el país del Nilo a la vista de sus inexactitudes y de la imposibilidad de que realmente se llevase a cabo su pretendida entrevista con los sacerdotes egipcios. Sobre la postura del historiador a este respecto, más recientemente, Pritchett (1982) y (1993).

que nos ofrece del país tiene mucho más que ver con la imagen formada a lo largo de toda una tradición libresca- con todas las limitaciones que se deben conceder a dicho término al referirnos a mediados del siglo V a. C.-, con todos los interrogantes, misterios, incertidumbres y fabulaciones y en cuya conformación desempeñaron sin duda un papel destacado los componentes fabulosos o legendarios, que con una descripción veraz del mismo regida por unas reglas de claridad y precisión que resultaban del todo ajenas a los parámetros ideológicos y literarios que regían el comportamiento de nuestro historiador.

La contribución de Heródoto a la imagen fabulosa de Egipto en el mundo griego fue sin lugar a dudas considerable. Todas las especulaciones posteriores van a girar sobre el modelo establecido por el historiador de Halicarnaso a pesar de las variaciones que van a ir introduciéndose en dicho esquema, tendentes a ajustarlo a las necesidades de los nuevos tiempos. Este es el caso del debate político-intelectual del siglo IV a. C. sobre la constitución perfecta que tiene a Egipto como telón de fondo en más de un caso. Tanto Isócrates como Platón, las dos figuras más señeras de este período, se sirven del país del Nilo como referencia mítica a la hora de enfatizar las virtudes de determinado sistema de gobierno o de destacar los fallos del vigente en esos momentos dentro de la sociedad ateniense. El deseo de retornar a las fuentes originales del helenismo jugó en favor de Egipto, como ha señalado Froidefrond, ya que proporcionaba el testimonio más palpable de lo que pudo muy bien haber sido el pasado de Atenas, con la que se insistía en conectarla de alguna manera, y gracias a su sistema de gobierno había sido capaz de escapar a la decadencia que ahora se estaba acusando en la ciudad griega, sin olvidar tampoco las afinidades aparentes que presentaba con la pólis más representativa de las viejas tradiciones helénicas como era Esparta[47].

El elogio de Egipto que aparece en el *Busiris* de Isócrates tiene todas las trazas de no ir más allá del mero artificio retórico, dentro del cual Egipto gozaba de una posición preeminente. El tema no era nuevo, como revela el solo hecho de que el discurso de Isócrates se componga como respuesta a otra composición anterior de un tal Polícrates que a juicio de nuestro orador no había resultado exitosa y necesitaba por tanto de la corrección presente. Isócrates abunda por tanto en una veta ya bien conocida que había sido trabajada anteriormente por los pitagóricos, a cuya escuela se atribuye el supuesto modelo que habría inspirado la contestación del orador ateniense[48]. La imagen fabulosa de Egipto que presenta Isócrates en este discurso, la de un país situado en el lugar más bello del mundo, capaz de producir muchos y variados bienes para sus habitantes y protegido por la muralla natural del Nilo,

---

[47] Froidefrond (1971), 234. Egipto ya había sido anteriormente uno de los lugares privilegiados por parte de los sofistas en su intento por recoger con curiosidad y simpatía los ejemplos más destacados de νόμιμα bárbaros, *cf.* Jüthner (1923), 13 y ss.

[48] Así fue ya señalado por Delatte (1921), 45. Por el contrario Wilamowitz (1919), vol. I, 243-244 y vol. II, 116 n.3 pensaba más bien como fuente de inspiración en una Λακεδαιμονίων Πολιτεία.

que servía al tiempo de defensa natural y de sustento a sus moradores, regido además por un sistema de gobierno casi perfecto que elevaba a la cima del poder a los sacerdotes-filósofos, es a fin de cuentas la imagen tópica del país eterno que ya desde Heródoto, y probablemente antes, había seducido a la imaginación griega, deseosa de hallar un referente inmediato y real a sus elucubraciones políticas y filosóficas. El rey mítico nos es presentado bajo las diferentes perspectivas del gobernante sabio que sabe elegir el lugar adecuado, el legislador que articula la manera ideal de gobierno al dividir la sociedad en tres clases separadas, el descubridor que proporcionó el alimento suficiente a sus súbditos, el del filósofo incluso al dotar del ocio y bienestar necesarios a la clase sacerdotal, de forma que pudieran descubrir los secretos de la medicina con los que sanar a la población, dedicarse de lleno a los asuntos importantes o especular libremente en astrología, cálculo y geometría, y por fin el de un primer sacerdote encargado de fomentar la piedad de sus súbditos y el culto a los dioses. Son por tanto las especulaciones teóricas que dominaban en los medios intelectuales atenienses y griegos en general las que están en la base de este cuadro ideal de la sociedad egipcia, manteniéndose por tanto el alejamiento con una realidad cada vez mejor conocida y frecuentada que sólo de lejos podía dar pie a esta clase de fabulaciones[49].

Algo similar sucede en el caso de Platón. Como en el caso de Isócrates, Egipto forma parte del bagaje intelectual de un ateniense cultivado y su visión idealizada del país no tiene otro objeto que el de servir de instrumento, uno más, a su ejercicio de reflexión sobre la sociedad y la política ateniense del momento, permitiéndole reflejar un doble sentimiento de repulsión y admiración hacia lo que debería ser y era la ciudad en que vivía[50]. Con independencia de la realidad efectiva de su viaje a tierras del Nilo, lo cierto es que Platón refleja en sus escritos esa imagen tópica y semifabulosa de Egipto a la que antes aludíamos. Un país cuya geografía aparece del todo condicionada por un Nilo salvador, cuyo cuerpo social aparece dividido en grupos funcionales estrictos, que goza de una organización artística e intelectual envidiable y en el que la piedad hacia los dioses desempeña un papel fundamental en toda la vida de sus habitantes. Un esquema ideal, heredero de la tradición que representa de forma más conspicua Heródoto, convertido cada vez más en campo de operaciones intelectuales cuyo objetivo final no es otro que el de servir de espejo, con sus destellos y deformaciones, a una sociedad ateniense convulsa y aquejada de serios indicios de crisis en todos los terrenos. El discurso platónico sobre Egipto se refiere además fundamentalmente a Atenas y es por ello tan sólo un ropaje que camufla el verdadero interés del filósofo, que no es otro que el de la sociedad de su

---

[49] Los griegos eran sin duda conscientes de las enormes ventajas que el delta del Nilo presentaba tanto desde un punto de vista estrictamente agrícola como estratégico, dada su fácil defensa natural, sin embargo dichas constataciones prácticas apenas debieron incidir en un discurso intelectual y teórico que caminaba por otros derroteros mucho más imaginarios. Sobre la frecuencia de relaciones entre Grecia y Egipto a lo largo del siglo IV a.C., Mallet (1922), 77 y ss. y Cloché (1919) y (1921).

[50] Brisson (1987).

tiempo. Sin embargo este Egipto platónico marcará de forma sensible, como antes lo hiciera ya el de Heródoto, la perspectiva griega sobre dicho país[51].

Con la irrupción griega en Egipto tras la muerte de Alejandro las cosas cambian en el terreno histórico de forma sustancial, pues ya son muchos los que pueden adquirir una experiencia personal del país y sus gentes. Sin embargo Egipto seguirá conservando casi intacto el prestigio intelectual que había adquirido a lo largo de los tiempos y que se había visto reforzado últimamente con figuras como la de Platón. La idealización del país adopta sin embargo ahora un giro algo diferente. Aunque sigue siendo todavía a todas luces una tierra extraña y exótica, repleta de monumentos magníficos y fenómenos naturales sorprendentes, sus gobernantes son ahora grecomacedonios y a su corte afluyen continuamente poetas e intelectuales de todas clases cuyo principal oficio y beneficio reside en la loa y encomio de la casa real. La imagen de una tierra afortunada y fértil, regida por unos gobernantes justos es ahora tema principal de la propaganda regia tal y como aparece reflejado en los *Idilios* de Teócrito. Su célebre *Elogio a Tolomeo* es buena prueba de esta idealización del país del Nilo, ahora bajo el poder benefactor y próspero de un gobernante helénico:

> ....pero no hay tierra tan fértil como el Bajo Egipto, cuando el Nilo desbordado deshace los terrones empapados de agua, ni tiene tierra alguna tantas urbes de hombres que saben laborar. Tres centenas de ciudades se levantan allí, y tres millares sobre tres miríadas, y una tríada doble, a más de tres por nueve. Sobre todas impera el viril Tolomeo[52].

Dentro de esta línea cabe incluir igualmente la descripción pormenorizada de los grandes fastos reales que ilustraban la grandeza del poder tolemaico, la prosperidad del país, sus enormes riquezas y la amplitud y heterogeneidad de sus inmensos dominios. Es el caso de la célebre procesión organizada en Alejandría por Tolomeo II Filadelfo como instauración de unas fiestas en honor de su padre que servirían para exaltar a la dinastía entera, descrita por Calíxeno de Rodas y trasmitida a nosotros a través de una larga cita de Ateneo[53].

También la obra de Hecateo de Abdera dedicada a Egipto, de la que sólo conocemos algunos fragmentos[54] puede incluirse dentro de esta corriente propagandística en favor de la dinastía tolemaíca, que al mismo tiempo, y como consecuencia directa de la exaltación política y de la propia concepción de la monarquía dominante en el período helenístico[55], representaba una idealización del país del Nilo, tierra que era objeto del cuidado y protección de tan significados reyes. La obra de Heca-

[51] Hartog (1986), 959. Véase también el artículo de Joly (1982).

[52] Teócr., *Idil.*, XVII, 80-85 (Traducción de Manuel García Teijeiro, Biblioteca Clásica Gredos).

[53] Aten., V, 197 C-203 B. Sobre este tema, Rice (1983).

[54] *FGrHist* 264. Sobre la figura de Hecateo, Drews (1973), 123-132 y Murray (1970).

[55] Véase al respecto, Gómez Espelosín (1991).

teo volvía a incidir de nuevo sobre la vertiente fabulosa de Egipto como una tierra provista de maravillas de todas clases como las pirámides o la tumba de Oximandias, en la misma línea de Heródoto a quien en ocasiones repetía, añadiendo eso sí nuevas informaciones, fruto de sus propias investigaciones. Sin embargo la obra tenía otras perspectivas más amplias que el mero recuento de *mirabilia*. Se alaba la conducta justa de sus reyes, la excelente estructura social del país, su prosperidad económica, sus leyes equitativas y las prácticas educativas tan firmemente asentadas en el espíritu de la población. Esta excelencia de sus costumbres y la sabiduría de sus legisladores se pone también de manifiesto a través del relato de las hazañas de sus reyes, tema que al parecer constituyó una parte sustancial de su obra, si juzgamos por el libro I de Diodoro que, según la opinión más generalizada, derivaría en buena medida del perdido libro de Hecateo[56]. Egipto no es sólo una tierra pródiga en bienes y bien gobernada según se desprende de la obra de Hecateo. Es la tierra donde ha surgido la civilización y guarda por tanto el registro más amplio y completo de la memoria humana, el lugar donde los dioses se han encarnado para hacer efectivo dicho comienzo y darle forma y sentido. Teorías que sin duda fueron importadas de la tradición filosófica griega, de la que Hecateo era deudor, para dar forma más sistemática y consistente a la descripción veraz del país del Nilo, presentado aquí como el estado ideal, que superaba por tanto el viejo *lógos* herodoteo que todavía servía de referente modélico[57]. Una visión de Egipto por tanto una vez más mediatizada en la que primaban otra clase de intereses especulativos y propagandísticos que poco tenían que ver con la imagen más real e inmediata que se había ido adquiriendo con el tiempo y la creciente presencia griega en aquellas tierras.

La imagen idealizada de Egipto desde la perspectiva regia de los nuevos dinastas deja también su huella en las manifestaciones artísticas. A pesar de la incertidumbre existente sobre su fecha precisa la célebre taza Farnesio constituiría la pieza más representativa a este respecto. De indudable factura helenística, esta impresionante obra artística representa casi con toda seguridad una alegoría de la fertilidad del Nilo, identificado aquí con la solemne figura masculina que preside la escena, sentada con una cornucopia frente a la que aparece una figura femenina vestida a la manera de Isis, que según esta interpretación sería la personificación de la abundancia y prosperidad. El resto de las figuras que completan el cuadro podrían muy bien encajar dentro de todo este esquema de idealización del país, puesto ahora bajo el gobierno de los nuevos reyes. Se piensa en efecto que la figura central masculina podría identificarse bien con Horus en el papel asignado en el mito griego a Triptólemo, que enseñó a la humanidad el arte de la agricultura, o con alguno de los gobernantes tolemaicos, agentes directos del mantenimiento de esta prosperidad y abundancia, y el resto de las mismas representarían a las estaciones y los vientos,

---

56 Sobre este tema véase el amplio comentario dedicado por Burton (1972), especialmente la introducción al mismo, donde se hallará bibliografía al respecto.

57 Murray (1972), 207.

elementos imprescindibles sin cuyo seguro concurso el milagro del Nilo no sería hecho realidad[58].

Dentro de la corriente artística del momento en la que la imagen de Egipto aparecía idealizada o bien se destacaban sobremanera sus rasgos de exotismo deberíamos incluir igualmente los célebres paisajes nilóticos, como el bien conocido mosaico de Preneste, en los que el prodigioso río y todo el paisaje que despliega a su alrededor son la nota más característica y definitoria de dichas composiciones. Un gusto por lo exótico que se revelaba sobre todo en la extraña fauna del país, representada también de forma repetida en mosaicos y pinturas, así como tema favorito de un nuevo género literario, conocido como paradoxografía, en el que se destacaba de forma especial lo maravilloso, cuyos ecos se dejan ver todavía en obras más tardías como es el caso de la célebre *Historia de los animales* de Eliano[59].

La misma imagen de Egipto, una tierra idealizada repleta de maravillas en la que se revela la historia más antigua de la humanidad, aparece también en Diodoro, quien, a pesar de que visitó personalmente el país, utilizó sin embargo para la construcción de su relato fuentes anteriores como el mencionado Hecateo de Abdera o Agatárquides de Cnido. Todo el libro I de Diodoro es en efecto un compendio de la historia divina y ancestral del país del Nilo, que es presentado aquí con toda la aureola religiosa y sapiencial que caracterizó a Egipto casi desde los primeros tiempos de contacto con el mundo egeo[60]. A lo largo de las páginas de Diodoro Egipto se presenta ante los ojos del lector como el antepasado primordial en el que se compendia todo un resumen de la historia de la humanidad, según lo ha calificado Vidal-Naquet en su introducción a una reciente traducción de los dos primeros libros de la *Biblioteca*[61]. Las normas y costumbres que rigen la vida de los egipcios son objeto de una descripción idealizada que las presenta como el modelo que todos los demás pueblos, incluídos en esto los propios griegos, se han empeñado en imitar[62]. Egipto continúa siendo, a pesar de las reservas que el propio Diodoro pudiera tener sobre los relatos que incluye en su obra, un instrumento literario, presto siempre a la idealización por los rasgos esenciales que se le atribuyen, que de forma continuada se sigue utilizando como campo de pruebas donde pulir las deficiencias y sinsentidos de la propia sociedad helénica a través de un ejercicio retórico con evidentes connotaciones ideológicas[63].

---

[58] Sobre esta obra, Pollit (1989), 400-403.

[59] Sobre la paradoxografía, véase nuestra introducción a la traducción de los escritores de este género en la Biblioteca Clásica Gredos (en prensa), donde se hallará la bibliografía correspondiente.

[60] Véase sobre el tema el libro reciente de Bernand (1994).

[61] Vidal-Naquet en el prefacio a la traducción de M. Casevitz (1991).

[62] Véase especialmente los capítulos 69-98 del libro I. Véase al respecto el correspondiente comentario de Burton (1972).

[63] Véase el trabajo reciente de Lens y Campos Daroca (1993), donde se atribuye al propio Diodoro la responsabilidad en la visión de Egipto que plantea en su obra, proponiéndola como una mejor explicación que la célebre utopía etnográfica de Hecateo en la que piensa Murray (1972) siguiendo las ideas de Jacoby al respecto.

El aislamiento de Egipto, protegido por poderosas defensas naturales de todos los lados, fue sin duda uno de los rasgos sobresalientes que hicieron posible dentro de la imaginación griega el situar en su territorio un estado y una sociedad ideales que se bastaban a sí mismas y podían responder con creces al viejo ideal helénico de la autoctonía, reivindicado de manera constante para Atenas[64]. Esas magníficas condiciones geopolíticas que pudieron estar en la base del elogio de Diodoro, reaparecen también en la obra geográfica de Estrabón, que viajó por Egipto de la mano de su amigo Elio Galo, que fue segundo prefecto del país cuando estaba recién adquirido por Roma. La excepcional topografía egipcia vuelve de nuevo a causar el asombro del geógrafo que pone de manifiesto en su descripción del país sus mejores cualidades de observador del territorio ajeno. El aislamiento que estas condiciones le proporcionan facilita la paz reinante y favorece el desarrollo, dado que posee de forma natural esta clase de defensas que ponen al país al abrigo de invasiones y peligros externos. Una visión en suma distante, la del viajero, pero que revela su admiración por una tierra y unas gentes que para nada responden a los estereotipos forjados en la contemplación de los paisajes más propiamente helénicos[65].

El elogio de las condiciones naturales de Egipto, regado por el Nilo y poseedor de una civilización milenaria y venerable en la que la sabiduría de sus sacerdotes y la piedad de sus habitantes constituyen los rasgos distintivos, seguirá presente a lo largo de la literatura griega, como revela el curioso poema geográfico de Dionisio el Periegeta, donde aparecen ahora ya bien definidos desde un punto de vista retórico los diferentes *tópoi* geográficos acumulados a lo largo de toda la tradición sobre los diferentes países y gentes[66]. Una clara derivación o especialización hacia el terreno más exclusivamente religioso se deja sentir en la época imperial con el realce de lo que se han venido en llamar a partir de la calificación de Arnaldo Momigliano "sabidurías bárbaras"[67]. En este debate intelectual sobre la prioridad de la primera filosofía, Egipto era sin lugar a dudas un buen candidato al puesto de honor aunque debía competir duramente y a veces en clara inferioridad, con otras propuestas también defendibles como la India o Persia[68]. Las maravillas de Egipto han quedado ahora casi reducidas en la práctica a la temática religiosa, produciéndose numerosos escritos sobre el tema entre los que destacan aquellos especialmente interesados en prácticas cultuales esotéricas como todo lo relacionado con el Hermes Trismegisto[69], que siguen haciendo de Egipto una tierra fabulosa, si bien este concepto se aplica ahora tan sólo a una de las facetas primigenias que dieron pie a esta imagen ideal. Obras como las de Jámblico o Porfirio son buenos ejemplos de esta

---

64 Sobre esta cuestión puede verse el estudio de Loraux (1981), 35 y ss.

65 Bernand (1994), 24-28.

66 *GGM* I, 225 y ss. Sobre Dionisio puede verse la introducción de Jacob a su traducción (1990).

67 Momigliano (1975).

68 Hartog (1986), 962.

69 Festugière (1944), donde se proporciona una lista de los autores aludidos. Véase al respecto también el artículo de Makris (1987).

última tendencia del "milagro" egipcio, al igual que tratados como los de Plutarco sobre Isis y Osiris, donde el país del Nilo es el referente ideal de las prácticas religiosas o sapienciales y constituye al tiempo el mejor archivo donde rastrear la justificación y legitimidad de las propias creencias[70].

Este peso de la religión en el imperio se deja sentir igualmente en la novela griega a partir de un determinado período que parece que hay que fijar en algún momento del siglo II d. C. Sin embargo junto a esta imagen idealizada convive en la novela otra mucho más realista y siniestra del país del Nilo, la de una tierra de bandidos y rebeldes, donde podían resultar bien factibles toda clase de peripecias y aventuras, ingrediente esencial y característico del nuevo género[71]. La imagen de Egipto, que siempre conservó en la literatura griega un carácter de tierra fabulosa en la que predominaban los *mirabilia* de todas clases fue por tanto deteriorándose según avanzaba el conocimiento de la realidad histórica y se iba delimitando de forma progresiva ese carácter ideal. Por otro lado el hecho de que Egipto pasase a ocupar una posición secundaria dentro del panorama histórico, como una provincia más del imperio, no hizo más que acentuar este proceso del que quizá la novela, al menos en parte, constituye un buen ejemplo representativo.

Etiopía

La condición fabulosa de Etiopía aparece muy temprano en la literatura griega, remontándose nada menos que a los propios poemas homéricos. Ya al comienzo de la *Ilíada* se nos dice que Zeus en compañía de los demás dioses ha acudido

> al Océano a reunirse con los intachables etíopes para un banquete[72]

Esa es también la intención de Iris, la divina mensajera, en uno de los últimos cantos, cuando al ser invitada por los vientos a un festín rehúsa a causa de su viaje hasta el país de los etíopes, en los cauces de Océano, donde

> están ofreciendo hecatombes a los inmortales, para participar yo también del sacro festín[73].

La imagen que se desprende de estos primeros testimonios no es otra que la de una tierra fabulosa situada en los confines del mundo, junto al Océano que lo circunda, cuyos afortunados habitantes gozan en sus banquetes de la compañía de los dioses, a los que con cierta frecuencia ofrendan piadosos sacrificios.

---

[70] Véase por ejemplo el trabajo de Armstrong (1987).

[71] Brioso (1992).

[72] *Il.*, I,423-24.

[73] *Il.*, XXIII, 206-207.

Esta misma condición continúa manteniendo la tierra de los etíopes en la *Odisea*, si bien en la misma, seguramente obra de fecha algo posterior a la *Ilíada*, se aprecian algunas diferencias significativas. También en el primer canto aparece mencionado el país de los etíopes, a donde había acudido Poseidón para asistir a una hecatombe de toros y corderos. La referencia a su posición se limita en este caso a un vago "que habitan lejos", pero se añade a renglón seguido una breve nota aclaratoria en la que se nos informa que los etíopes, que son los hombres que habitan en los confines - ἐσχάτοι ἀνδρῶν- se hallan divididos en dos grupos

> unos donde se hunde Hiperión y otros donde se levanta[74].

Es decir, y según una interpretación primaria de dicha referencia, situados a lo largo de los confines orientales y occidentales del orbe. Esta afirmación del texto homérico ha suscitado largos debates ya en la misma antigüedad, según nos refleja Estrabón, quien concluye que la noción primera de Etiopía entre los griegos incluía toda la extremidad meridional del mundo que bordeaba las corrientes del océano[75]. En consonancia con esta primera tentativa de ubicar en el mapa, ciertamente fluído e imaginario de los primeros tiempos, a los etíopes, aparece también en la *Odisea* una escueta referencia a su posición relativa con otros pueblos mejor conocidos que han sido objeto de las andanzas de Menelao. El rey espartano relata su viaje por tierras lejanas en el siguiente orden

> Errante anduve por Chipre y Fenicia, errante fui a Egipto, a los etíopes, a los sidonios, a los erembos y a Libia...[76].

Con la conocida excepción de los erembos, que resultan completamente misteriosos, el resto de los pueblos mencionados son perfectamente identificables y responden aproximadamente a lo que podría ser un recorrido efectivo por las regiones orientales del mediterráneo, incluyendo el norte de Africa hasta el actual Sudán, donde habría que situar la Etiopía más real de las fuentes antiguas[77]. En suma, en la *Odisea* aparecerían entremezclados los datos, con claras referencias a la imagen mítica y fabulosa de Etiopía, que había hecho su aparición en la *Ilíada*, y unos leves apuntes a una localización más precisa y real, al sur de Egipto, como resultado de las primeras noticias que por aquel entonces debían llegar hasta el mundo griego acerca de apartadas regiones en las que podían obtenerse cuantiosas riquezas, si uno tenía el valor y la audacia de aventurarse por ellas o contaba con el soporte divino

---

74 *Od.*, I, 23-24

75 Estr., I, 2, 25-28, donde se recoge la polémica entre Aristarco y Crates. Esa imagen aparecía igualmente consistente con la representación del mundo que aparece en Eforo, donde los etíopes ocupan todo el lado sur del famoso cuadrilátero, *FGrHist* 70 F 30. Lesky (1948) y del mismo autor (1959), 35 explica esta doble referencia al habitat de los etíopes asumiendo que los antiguos mezclaban a las inevitables dosis de fantasía "früher Ionische Spekulation".

76 *Od.*, IV, 83-85.

77 Véase el comentario de S. West al pasaje mencionado en Heubeck, West y Hainsworth (1988), 198.

en sus acciones. Un cuadro vacilante en el que junto a la fabulación mítica y a la indefinición geográfica propia de los primeros tanteos, hacía también su aparición el eco de las primeras especulaciones sobre la organización espacial del orbe que se estaban llevando a cabo por aquellos tiempos, principios de la edad arcaica, en las ciudades de Jonia[78].

Con el correr del tiempo las cosas fueron cambiando sólo de forma relativa. Los contactos con Egipto, intensificados a lo largo del período arcaico y clásico, trajeron hasta la Hélade noticias de las regiones al sur de las tierras del Nilo y de las gentes de color que allí habitaban. Esa es la imagen que se desprende de uno de los fragmentos de Jenófanes, donde se dice que los etíopes son chatos y negros[79], reflejando de esta forma un acercamiento mayor a la realidad geográfica concreta que más tarde representó dicho término. Sin embargo la imagen de la Etiopía fabulosa, país donde el sol se levanta para emprender su recorrido por la bóveda celeste, pervive con igual fuerza según podemos apreciar en uno de los fragmentos de Mimnermo, en el que la tierra de los etíopes hace el contrapunto adecuado a las Hespérides, confín extremo occidental donde el sol se pone[80].

La misma imagen aparece también reflejada en la tragedia griega, con una creciente vinculación de la situación del país a las fuentes del Sol. No obstante los ecos difusos de una realidad cada vez menos desconocida se dejan igualmente entrever cuando se habla de una raza negra viviendo junto a las riberas de un río denominado Aithiops πρὸς ἡλίου πηγαις[81]. Esa misma posición, en el origen de la salida del sol, ocupan los etíopes en el *Faetón* de Eurípides, donde se menciona a los habitantes de piel negra vecinos de este imponente lugar[82].

Es sin embargo en Heródoto donde se refleja de forma más clara la mezcla de fabulación mítica y los ecos de una geografía real todavía mal conocida pero de la que se tenían cada vez más noticias a través de viajeros y mercenarios. Su imagen idealizada se deja patente a la hora de fijar los confines del mundo, de los que Etiopía es una de las partes constituyentes

> Hacia el sudoeste, por otra parte, se extiende Etiopía, la más remota de las tierras habitadas; pues bien dicho país produce oro en abundancia, enormes elefantes, toda clase de árboles silvestres, incluído el ébano, y, además, unos hombres de una talla, una apostura y una longevidad excepcionales[83].

---

78 Heidel (1937), 26 y ss. y Thomson (1965), 94 y ss.

79 F 16 Diels= Clemente, *Strom.*, VII, 22,1.

80 F 10 D = F 12 West = Aten., XI, 469f- 470 b

81 Esquil., *Prom. Enc.*, 808-810. Sin embargo en un fragmento del *Prometeo liberado* se habla de una laguna en las corrientes de Océano que sirve de sustento a los etíopes, fr. 192 Radt= VI Griffith. Sobre la geografía imaginaria de los trágicos en general y de Esquilo en particular, Bernand (1985), 89 y ss.

82 *Faetón*, 1-5 Diggle.

83 Hdt., III, 114. (traducción de C. Schrader, Biblioteca Clásica Gredos). Sobre el *lógos* etíope de Heródoto, Hofmann y Vorbichler (1979).

Esta visión de una tierra de los confines, con tintes claramente utópicos, presenta no obstante ciertas conexiones evidentes con la realidad más inmediata. Así el llamado *lógos* etíope se inscribe dentro del relato de las expediciones del rey persa Cambises y sirve al tiempo para ilustrar de manera efectiva la locura del mismo, que, como se comprueba en el presente caso, acabó conduciéndole al desastre. Etiopía aparece como un objetivo más dentro de los designios expansionistas de Cambises, que aspiraba también a conquistar a los cartagineses y amonios. Para llevar a cabo su proyecto decide enviar previamente a unos espías ictiófagos, pueblo de las proximidades, para que le proporcionasen la información precisa y tanteasen el terreno con antelación.

Sin embargo Heródoto no deja pasar la ocasión de tratar al paso las maravillas que se contaban acerca de aquellas lejanas tierras, que de manera un tanto imprecisa sitúa a orillas del mar del sur, es de suponer que en el extremo de Libia, a medio camino por tanto entre la realidad geográfica de Africa tal y como la entendieron los antiguos[84] y las ideas preconcebidas acerca de los límites de la ecúmene y las gentes que habitaban aquellos contornos. Menciona así aspectos destacados del escenario utópico como la belleza de sus habitantes, "son los más altos y apuestos del mundo", su longevidad - viven hasta ciento veinte años y algunos incluso más-, la forma ordenada de su gobierno - una monarquía cuyo trono lo ocupa aquel de sus habitantes que sobresalía sobre los demás en altura y potencia física- , su dieta alimentaria a base de carne cocida y leche, la abundancia de oro - hasta el punto que lo utilizan para fabricar los grilletes de los presos-, y por último lugares maravillosos como la célebre Mesa del Sol, una pradera siempre repleta de carne cocida que estaba a disposición de todo el mundo y que según la versión indígena que Heródoto dice aportar, era la propia tierra la que continuamente se ocupaba de reponer existencias, o la fuente de aguas lustrosas y leves que estaba en el origen de su buena salud.

El lugar reúne por tanto todos los componentes esenciales de una tierra fabulosa de los confines, desde la abundancia infinita de alimentos y la aparente justicia de su forma de gobierno hasta la condición de sus habitantes, superiores en talla y fuerzas a los demás y con una larga vida a sus espaldas, y la misma inaccesibilidad de su territorio, a cuya conquista debe renunciar Cambises tras la terrible experiencia de su frustrada expedición[85]. Sin embargo la imagen que Heródoto presenta del país no es del todo idealizada, si bien conserva básicamente los rasgos de una tierra de utopía. Su vena racionalista le lleva a admitir ciertas deficiencias como la existencia de presos o la falta de bronce, que por ello mismo se convierte en uno de los bienes más apreciados. La propia existencia de la llamada Mesa del Sol queda reducida en

---

84 Sobre este respecto, Werner (1993).

85 Sobre la posible fuente de carácter utópico que pudo estar en el origen de este *lógos* herodoteo, Hadas (1935). Sobre la influencia en esta visión utópica de los etíopes de las condiciones históricas reales del país en los primeros momentos, Snowden, Jr (1970), 144 y ss. y del mismo autor (1983), 46 y ss.

su relato al resultado del buen funcionamiento de los mecanismos sociales encargados de suministrar las provisiones, ya que son los propios magistrados quienes por la noche se encargan de reponer los alimentos consumidos durante el día. Incluso en su perfección aparente los etíopes no tienen más remedio que reconocer su inferioridad ante al menos uno de los símbolos de la dieta civilizada por excelencia como es el vino, cuando éste les es ofrecido por los enviados de Cambises.

Heródoto sin duda utilizó el pasaje de forma consciente dentro de la estructura moral de su Historia, sacando el máximo partido de la confrontación entre los dos mundos, el de la soberbia opulencia civilizada que aquí representa Cambises pero que sin duda refleja en el fondo la posición griega, frente a la sencillez bárbara de los pueblos extremos que reciben con ironía los avances de la cultura pretendidamente superior. Sus vestidos de púrpura y su perfume no revelan sino la falsedad esencial de sus habitantes que utilizan tales recursos para esconderse tras esta espectacular fachada, sus alimentos a base de estiércol- pues con él se siembran los campos de trigo- no permiten conseguir una vida larga, y admiran y estiman sobre todas las cosas un material que allí se utilizaba para fabricar los grilletes.

Sin embargo, fuera ya de este contexto narrativo en el que aparece el *lógos* etíope y del que Heródoto supo extraer toda la potencialidad moral y literaria de un relato tradicional elaborado desde instancias míticas y filosóficas, hallamos en el mismo historiador una imagen mucho más real de Etiopía, o al menos del mundo subnilótico que quizá desde muy temprano entró en contacto con el mundo griego y estuvo por tanto al alcance de sus posibilidades de conocimiento[86]. Aparecen así descritos unos etíopes mucho más reales en un pasaje de los últimos libros de sus *Historias,* donde el historiador jonio nos presenta un largo catálogo de las tropas auxiliares que acompañaban al contingente persa reunido por Jerjes para atacar a Grecia, dentro del que aquéllos figuraban entre otras muchas etnias como tropas auxiliares[87]. Se trata de tropas cuyos componentes iban cubiertos con pieles de leones y panteras, provistos de grandes arcos fabricados de ramas de palmera, con los que disparaban pequeñas flechas de caña, lanzas terminadas en un cuerno puntiagudo de gacela y mazas tachonadas de clavos, y se embadurnaban medio cuerpo con yeso y la otra mitad con minio a la hora de entrar en combate.

Esta pintura real de un país del sur, con población negra y costumbres exóticas, que nada tenía que ver con el retrato utópico que se había trazado en los primeros tiempos reaparece de nuevo en Estrabón, que los describe como una población nómada que anda escasa de casi todo[88]. Sin embargo una vez más no desapareció en modo alguno la idea de una tierra ideal de los confines meridionales del orbe en estrecha relación con el sol, causa principal de los beneficios y particularidades que

---

86 Véanse los libros de Snowden (1970) y (1983) y el trabajo de Lonis (1981), donde se hallará también bibliografía pertinente a este tema.

87 Hdt., VII, 69.

88 Estr., I, 2, 32.

la caracterizaban, que de alguna forma conectaba de nuevo, o quizá nunca lo perdió del todo, con la vieja imagen mítica a la que se alude en Homero y de la que encontramos evidentes ecos en el *lógos* etíope de Heródoto[89]. En efecto, no sólo Eforo situaba a los etíopes en los confines meridionales del orbe, provistos seguramente de todas las connotaciones que esta localización tenía para sus tierras y habitantes, sino que de nuevo podemos comprobar ecos evidentes de esta imagen ideal en las páginas de Diodoro, donde los etíopes nos son presentados como una población autóctona, los primeros que aprendieron a honrar a los dioses, motivo por el que sus sacrificios eran los que más agradaban a la divinidad, que les concedía a cambio sus divinos favores en forma de beneficios como la paz y la abundancia, en clara consonancia con el retrato homérico. No obstante en las mismas páginas, pero más adelante, Diodoro nos muestra una Etiopía que se adecúa algo más a la realidad histórica de los reyes sabios, con cuyos ecos han pretendido algunos conectar la imagen mítica de estas tierras[90]. Una prueba de esta continua reactualización de la imagen idealizada de Etiopía como una tierra ideal de los confines nos la proporciona la novela de Heliodoro, en la que el retrato del país se corresponde en buena medida con el viejo estereotipo a pesar de llevarse a cabo en una época ya tan avanzada en la que se tenían suficientes noticias e informaciones acerca de la Etiopía real, existente al sur del Nilo[91].

A medio camino por tanto entre la realidad y el mito, la imagen de Etiopía en la Antigüedad constituyó uno de los principales referentes del pensamiento mítico y utópico entre los griegos. A pesar de las interferencias y confusiones que se originaron ya en época antigua a causa de querer ensamblar las dos imágenes dentro de un conjunto homogéneo y coherente, la idea fundamental que acabó prevaleciendo en el imaginario helénico fue la de una tierra fabulosa situada en uno de los confines del orbe, provista de todas las bendiciones consiguientes como la abundancia y prosperidad de sus tierras o el carácter sobresaliente de sus habitantes que descollaban en justicia y piedad, cuya particular relación con el Sol estaba en la base de todas estas cualidades. Esta estrecha relación con el astro rey, que constituyó por encima de todo su característica más destacada, fue también la responsable directa de las confusiones existentes a la hora de tratar de situar sobre un mapa dichas tierras, oscilando entre el oriente propiamente dicho, llegando incluso a identificarse con la India, y el sur. Mitos asociados con las tierras etíopes como el de Memnón, para el que se dan ambas procedencias, o el de Andrómeda, son claros ejemplos de esta vaguedad que todavía sigue existiendo en plena época romana tal y como podemos comprobar en Ovidio, que representa a Perseo trayendo a la heroína desde los negros indios, localizando en un espacio difuso que se prolonga por los confines sudorientales el país de origen de la mítica princesa.

---

89 Sobre la Etiopía mítica y su especial vinculación con el sol, MacLachlan (1992).

90 Véanse los mencionados trabajos de Snowden (1970) y (1983).

91 Marengo (1988).

La India

La condición fabulosa de la India como una tierra de los confines del orbe hace su aparición en la literatura griega posiblemente de la mano de Escílax de Carianda, el almirante jonio que al servicio del rey persa Dario recorrió por vez primera sus aledaños en una expedición por el Indo[92]. No sabemos prácticamente nada del relato que hizo de su expedición salvo los ecos que haya podido dejar en las informaciones que manejaron sobre la India autores posteriores como Hecateo de Mileto o Heródoto[93]. A juzgar por algunas referencias que nos trasmiten algunos autores posteriores, Escílax debió incluir en su obra una serie de pueblos fantásticos como los esciápodos, los macrocéfalos, los otolicnos o los monoftalmos, que constituyeron más adelante una parte sustancial de la imagen fabulosa de aquellas tierras[94].

Si realmente Escílax llegó a desarrollar un relato de su expedición con intencionalidad literaria, muy diferente por tanto del informe oficial que pudo haber elaborado para Darío, no resultaría extraño que se hubiese dejado llevar por la imaginación a la hora de describir un país situado en los confines del mundo para la imaginación griega, y más teniendo en cuenta que se refería a unas regiones que posiblemente no llegó a conocer de primera mano como eran las tierras del interior -recordemos que llevó a cabo una navegación por sus costas-, sino tan sólo de oídas. En el relato de Escílax debieron por ello entremezclarse ya los ecos difusos de una geografía real pero desconocida en buena medida incluso quizá para algunos de sus informadores que pudieron haber sido persas, ciertas leyendas locales o tradiciones folclóricas no del todo bien interpretadas, y por fín el caudal imaginativo presente desde antiguo en el mito griego, dispuesto a poblar los espacios más apartados de seres fantásticos y extraordinarios. Si admitimos la posibilidad de que la célebre historia de las hormigas y el oro que encontramos en el *lógos* indio herodoteo proceda también de Escílax[95], su relato sobre la India habría estado plagado de elementos maravillosos, constituyendo la base sobre la que más tarde se iría cimentando la visión de la India como una tierra fabulosa en la que todo era posible, desde los prodigios naturales y humanos hasta la perfección social y la sabiduría extrema[96].

Es sin embargo nuevamente Heródoto quien nos proporciona una imagen más completa de la India tal y como figuraba por entonces dentro de la imaginación griega[97]. Dentro de su esquema del mundo, la India ocupaba el confín oriental y

[92] Sobre la figura de Escílax, Cary y Warmington (1929), 61-62.

[93] Hdt., IV, 44. Sobre Escílax, Gisinger (1929), Reese (1914), 35-53 y Karttunen (1989), 65-68.

[94] Así Filóstr., *Vit. Apol.*, III, 47; Harpocr., *s.v.* ὑπο γῆν οἰκοῦντες; Tzetzés, *Chil.*, 7. 629.

[95] Véase al respecto nuestra argumentación en Gómez Espelosín (1995d).

[96] Sobre la información de Escílax sobre la India y su significación posterior, Reese (1914), 39-52 y Karttunen (1989), 65-68.

[97] Hdt., III, 98-106. Véanse al respecto las obras de Reese (1914), 57-71, Karttunen (1989), 73-79 y Dihle (1990).

albergaba por ello, como todas las partes extremas del orbe, los recursos más preciosos[98]. Situada junto a la salida del sol poseía igualmente los animales más grandes y de sus árboles silvestres podía extraerse un copo de lana que superaba en finura y calidad a la de las ovejas. Sin embargo esta visión magnificada de una tierra extrema no comporta una valoración utópica o altamente idealizada si tenemos en cuenta que sus habitantes no parecen recibir los beneficios directos de esta situación, pues debían soportar el intenso calor de las mañanas, que les obligaba a permanecer dentro del agua para aliviar así su fuerza, o tenían que realizar peligrosas y arriesgadas expediciones para conseguir el oro, arrebatándoselo a las terribles hormigas en cuyo territorio se extraía. Por lo demás, la condición física de sus habitantes no parece despertar especial admiración por su talla o hermosura y su comparación con los etíopes, por el color negro de su piel, parece remitir más bien a la imagen real de aquel país que a la visión mítica y fabulosa que hacía de él un lugar predilecto de los dioses. Heródoto parece haberse interesado más por aquellos aspectos etnográficos que revelan exotismo e incluso barbarie extrema a la hora de describir a los indios. Son así presentados como gentes que se alimentaban a base de pescado o carne cruda, cuando no de hierbas, se vestían a base de juncos, devoraban a los enfermos o los abandonaban a su suerte y se apareaban en público como las reses. La pintura que se desprende de todo el relato no es por ello la de una tierra bendecida por la abundancia y la prosperidad, regida por monarcas justos y sabios y repleta por doquier de maravillas. El historiador jonio ha optado aquí por otra vertiente que le permite a la vez desplegar sus dotes narrativas, que buscan satisfacer la curiosidad y fascinación por las tierras más lejanas, y utilizar estas mismas informaciones con cierto sentido crítico al destacar las penurias que la condición extrema del país y sus aparentes ventajas acarrean en la persona de sus habitantes, obligados a llevar una vida que para pocos podría resultar envidiable.

A pesar del aparente revés que la información de Heródoto pudo significar, la imagen de la India adquirió toda su connotación ideal con la obra de Ctesias de Cnido, un médico griego que vivió durante largo tiempo en la corte persa a finales del siglo V a. C. Ctesias se hallaba en una posición ciertamente privilegiada para escribir sobre la India si tenemos presente que por aquel entonces el país formaba parte, como una provincia más, del imperio persa. Hasta la corte india llegaban enviados y embajadores de aquellas tierras a tributar sus honores al gran rey y a entregar los tributos correspondientes. El médico griego, que gozaba del favor de la reina madre y por ello de una posición destacada dentro de la corte, pudo muy bien estar al corriente de las informaciones y noticias que llegaban hasta ella a través de tales intermediarios o de los viajeros persas que por dichos motivos debieron adentrarse hacia aquellos territorios. Ctesias sin embargo optó, como era de esperar por otra parte, por dar pábulo a la fantasía ofreciendo una imagen de la India completamente fabulosa, la de una tierra abundante y prolífica en todos los terrenos, con una

[98] Hdt., III, 106.

vegetación y una fauna sorprendentes y habitada por pueblos singulares que constituyen toda una galería de rarezas y aberraciones[99].

A pesar de la pérdida de la obra, el resumen que de ella hizo el patriarca Focio, aún con todas las limitaciones que ello supone[100], nos permite entrever el carácter esencialmente fabuloso de la descripción de la India que hacía Ctesias. Fue muy leído en la antigüedad a pesar de la fama de mentiroso que le acompañó desde un principio. A lo largo de sus páginas desfilaban todo tipo de fenómenos sorprendentes. Fuentes llenas de oro líquido o en las que se coagulaba el agua al ser extraída o que arrojaban de nuevo al exterior a todos los que se lanzaban a ella; lagunas productoras de aceite; árboles cuyas raíces tenían propiedades magnéticas o producían el ámbar; animales extraordinarios como la marticora, con un rostro parecido al del hombre y que se defendía lanzando flechas desde su cola en cualquier posición, asnos mayores que los caballos, de cabeza purpúrea y con un solo cuerno sobre la frente, o gusanos gigantescos capaces de devorar enteros a camellos y bueyes; pueblos exóticos como los pigmeos que sólo se vestían con sus largas barbas y poseían un órgano sexual que les llegaba hasta los tobillos, o claramente fabulosos como los cinocéfalos, con cabeza de perro, que ladraban en lugar de hablar y llevaban una forma de vida agreste y salvaje, y los que no tenían ano, obligados por tanto a no comer ni beber dada su incapacidad de evacuar lo ingerido.

Este cuadro pintoresco de la India en el que predominan de forma clara los elementos fantásticos no está sin embargo desprovisto de ciertos rasgos ideales que hacen de aquellas tierras un cierto lugar de utopía, donde a la abundancia y prodigalidad de la naturaleza en todos los campos se unen también otros aspectos como la calidad de la vida humana y el predominio de la justicia. Muchas de las maravillas naturales que abundan en el país poseen cualidades salutíferas que permiten a sus habitantes una mejor forma de vida o los protegen de las inclemencias y desastres naturales. Así el hierro que se extraía de una de sus fuentes, fijado en tierra, era capaz de alejar las nubes, el granizo y los huracanes; el agua de la fuente que devolvía a quienes se arrojaban en ella servía para sanar las herpes blancas y la sarna; el cuerno del unicornio, utilizado como copa para beber, evitaba los espasmos y la llamada enfermedad sagrada; y la raíz del árbol denominado párebo se administraba como remedio contra los cólicos. Casi todos los pueblos son calificados de justos, mantienen una buena disposición hacia su rey, viven durante muchos años, no son presa de los dolores más habituales como los de cabeza, dientes u ojos, ni sufren úlceras o gangrena, y demuestran un evidente desprecio hacia la muerte, seguramente como prueba manifiesta de su sabiduría. Condiciones de vida sin duda ideales que conforman un cuadro de vida utópico dentro de un espacio extraordinario y sorprendente.

---

[99] Sobre la imagen de la India de Ctesias, además de los ya mencionados libros de Reese (1914), 71-92 y Karttunen (1989), 80-85, Wittkower (1942) y Romm (1989).

[100] Sobre este aspecto, Bigwood (1989).

No todo es sin embargo positivo en esta visión de la India que nos presenta Ctesias. A lo largo del resumen de Focio se dejan traslucir algunos problemas que pueden hacer que la vida allí resulte enormemente difícil. El calor reinante llega a ser asfixiante hasta el punto que algunos llegan a morir por su causa; la marticora, auténtico devorador de hombres, se convierte en un enemigo ciertamente temible; la ausencia de tormentas no les libera sin embargo de vientos y huracanes que lo arrasan todo; y en su suelo se producen venenos y pócimas mortales que ocasionan una muerte instantánea o males terribles, como el veneno de la serpiente o el excremento del pájaro llamado dicairo. Los productos preciosos que alberga el país no se encuentran tampoco al alcance y para llegar hasta ellos es necesario superar las pruebas que suponen peligros tan evidentes como las serpientes que se crían en las montañas de sardónice o los grifos que vigilan las regiones del oro. Incluso productos como el árbol del ámbar se ven afectados por un pequeño animal que devora su fruto. Probablemente en el relato de Ctesias se entremezclaban diferentes informaciones que quizá no han quedado del todo bien deslindadas en el resumen de Focio. Así frente al carácter aparentemente ideal de los cinocéfalos, reducidos a un estado primitivo de vida pero invencibles en la guerra por hallarse su region en unas montañas inaccesibles, longevos y organizados en un orden social aparentemente justo que permitía una cierta igualdad entre ellos, aparecían otras poblaciones menos utópicas como los pigmeos o aquellos que podían ocultar buena parte de su cuerpo con sus orejas, cuya propia apariencia buscaba ya provocar cierta comicidad, al destacar sobre todo los aspectos exóticos y chocantes, e incluso quizá también se trató de otros menos espectaculares, motivo por el que posiblemente fueron menos objeto de atención del resumen del patriarca, cuyas condiciones de vida eran más duras y por tanto más acordes con una realidad lejanamente presentida que ya antes habían sido objeto del interés griego en el *lógos* indio de Heródoto y quizá de otros autores anteriores. En el retrato de la India de Ctesias intervinieron seguramente diversos factores, desde el puro placer de fabular sobre un territorio desconocido y lejano que se hallaba en los confines del mundo, hasta los intereses variopintos como los que podían atraer la atención de un médico griego, la naturaleza y sus prodigios, acentuados en estas regiones de forma espectacular, las gentes y sus costumbres, ciertas dosis de filosofía política que especulaba sobre el estado ideal, la curiosidad típicamente jonia por todo lo extraño, y desde luego el peso inevitable de la tradición mítica, que ya desde antiguo había venido poblando estos espacios lejanos de los confines con toda clase de seres fabulosos.

La expedición de Alejandro pudo variar de forma radical la visión griega de la India. A pesar de que quienes escribieron sobre ella a partir de entonces estaban en una situación inmejorable por su presencia *in situ* y su mejor conocimiento de aquellas tierras, lo cierto es que la imagen que trasmitieron al público a través de sus obras continuó siendo básicamente la que Ctesias y sus predecesores habían forjado anteriormente. La India como tierra de maravillas, un escenario imponente donde la naturaleza desplegaba todo su potencial en todas las direcciones y la sede de unas

gentes sabias y justas que sabían administrar con prudencia los dones excepcionales de que disfrutaban. Al gusto por lo exótico y lo extraño se añadía ahora cierto tinte filosófico resultado de los nuevos tiempos que tendía a trasladar a estas latitudes lejanas los esquemas ideales de conducta basados en la temperancia y la austeridad. Un claro ejemplo de esta tendencia lo constituye Onesícrito, el piloto de la nave real, cuyas inclinaciones cínicas, condicionaron de forma evidente todo su relato de la conquista[101]. Su descripción del país de Musicano, que nos ha conservado en parte Estrabón[102], presenta en efecto todos los rasgos de un estado cínico ideal en la India, como ya señaló en su día Karl Trüdinger[103]. Dos son los elementos que se destacan de forma especial en este retrato idealizado, la prodigalidad de la naturaleza, capaz de producir toda clase de bienes, y la sabiduría con que sus habitantes regulan sus vidas. Los grandes árboles capaces de proporcionar sombra hasta a cuatrocientos hombres, toda clase de raíces y pócimas, beneficiosas las unas y dañinas las otras, especias y aromas que tonifican el aire, y unas aguas cuyas propiedades nutricias son las responsables directas de la peculiaridad de los animales existentes en aquellas tierras, constituyen las señas más representativas de su descripción. De sus habitantes destaca Onesícrito la longevidad, la frugalidad y buena salud, la organización de comidas públicas al estilo espartano, el ejercicio de la caza para obtener los alimentos, el empleo de los jóvenes como población laboral en lugar de esclavos, también al estilo de cretenses y espartanos, el cultivo de la medicina como única ciencia y la simplicidad de su sistema legal. Un cuadro ideal en suma que tiene mucho más que ver, como se puede apreciar por las comparaciones y referencias que se hacen, con las obsesiones griegas sobre la sociedad perfecta que habían conducido a idealizar sociedades como la cretense o la espartana, que con un retrato aproximado de un estado indio de aquellos momentos. A ello se venía a sumar el manifiesto interés de Onesícrito por todo aquello que podía resultar extraño o paradójico en un mundo que ya de por sí ofrecía a los amantes de la naturaleza un observatorio particular y privilegiado.

Una línea parecida siguió Megástenes, embajador seléucida al reino de Chandragupta a comienzos del siglo III a. C. que escribió un tratado sobre la India, del que deriva en buena parte el último de los libros de la *Anábasis de Alejandro,* obra de Arriano, dedicado por entero a dicho país[104]. El retrato que Megástenes hace de la India es también el de una tierra fabulosa con evidentes síntomas de idealización, cuyas últimas razones cabe quizá buscar en una cierta intención propagandística. Como ha señalado Andrea Zambrini nuestro autor "pretendía ofrecer una imagen idealizada de la India, creando una especie de espejo ideal, en el que el estado seléucida pudiera reencontrar su propia imagen ideal y perfecta, mediante la exaltación

[101] Sobre Onesícrito, Brown (1949), esp. cap. III. También Pearson (1960), 83-11 y Pédech (1984), 71-157.

[102] Estr., XV,1, 21-24 y 34.

[103] Trüdinger (1918), 138.

[104] Al respecto, Meunier (1922), Schwarz (1974) y Zambrini (1987).

de una realidad político-social extraña pero análoga por los complejos problemas históricos a la del reino seléucida"[105].

Por lo demás reaparecen en Megástenes casi todos los elementos fantásticos que habían poblado las páginas de Ctesias, con la inclusión de algunos pueblos nuevos, revelando así cúal era el otro polo de interés que captaba la atención del embajador griego. La India fabulosa poblada de seres extraordinarios se reactualizaba de nuevo pasando a ocupar de forma definitiva la delantera con relación a la imagen más realista que se iba haciendo sitio de forma progresiva con el avance de los tiempos[106]. Basta echar un vistazo a las críticas de Estrabón sobre los escritores que tomaron como tema a la India para darnos cuenta de hasta dónde habían llegado las cosas en lo que a los excesos de la fabulación respecta

> la totalidad de los historiadores que han escrito sobre la India son, en gran medida, unos falsarios; lo es de manera exagerada Deímaco, y en segundo lugar Megástenes, en tanto que Onesícrito, Nearco y otros por el estilo están todavía en pleno balbuceo......Sobre todo hay que desconfiar de Deímaco y de Megástenes: éstos son en efecto los que han contado historias sobre los hombres de orejas como camas, sobre los sin boca o los sin nariz, así como sobre los de un solo ojo, los zanquilargos y los de dedos que se doblan hacia atrás; revivieron también la homérica batalla de las grullas contra los pigmeos, que llaman de "tres palmos" y también hablaron éstos de las hormigas que excavan oro, de Panes con cabeza de alfiler, de serpientes que se tragan bueyes y ciervos, con cuernos y todo; en estas cosas suelen ponerse en evidencia unos a otros, como afirma también Eratóstenes[107].

Basta echar un vistazo a las páginas del libro VII de la *Historia natural* de Plinio el Viejo para comprobar cómo la India se había convertido en efecto en uno de los escenarios favoritos a la hora de desarrollar la inventiva e ingenio fabulador de numerosos escritores, entre los cuales sin lugar a dudas sobresalía a todas luces el ya mencionado Megástenes[108]. La India fue también objeto de atención preferente por parte de los escritores de temas maravillosos, conocidos como Paradoxógrafos, que sin duda encontraron en la literatura existente sobre aquellas tierras un material abundante del que sacar partido de cara a sus particulares intereses[109].

Esta fue sin embargo, a pesar de todas las críticas y excesos evidentes a que se llegó en algunos casos, la imagen que prevaleció en la literatura según podemos apreciar en obras de época imperial como alguno de los discursos de Dión de Prusa o la célebre biografía de Apolonio de Tiana, obra de Filóstrato, donde el viaje a la

---

105 Zambrini (1983).

106 Filliozat (1981).

107 Estr., II, 1,9 (C 70).

108 Plin., *Nat. Hist.*, VII, 23 y ss.

109 Véase al respecto nuestra traducción de estos escritores en Biblioteca Clásica Gredos (en prensa).

India del protagonista constituye uno de los elementos principales del relato. Dion de Prusa nos presenta una imagen maravillosa de la India recorrida por ríos de leche, vino, miel o aceite que fluyen libremente durante todo el año para todos a excepción de un mes, en que lo hacen tan sólo para el rey. Los alimentos, mejores y más accesibles, brotan por doquier al alcance de todos. La vida de sus habitantes transcurre entre cánticos y fiestas tendidos a la orilla de los ríos en verdes praderas. El canto armonioso de los pájaros sirve de telón de fondo a la placidez en medio de la que transcurre la fácil vida de sus gentes mientras un viento moderado regula la temperatura. Ni la vejez, ni la enfermedad ni la pobreza tienen lugar entre aquellos hombres afortunados que gozan además de una larga vida de hasta cuatrocientos años. Habitan sin embargo entre ellos, aunque apartados de todos estos deleites, los brahmanes, dedicados por entero a meditar y reflexionar, sometidos a terribles trabajos físicos y a soportar de grado tremendas pruebas de resistencia[110]. La India tierra de la utopía convive por tanto al lado de la nueva imagen ideada en tiempos de Alejandro, de la que fue posiblemente Onesícrito uno de los principales responsables, como era la tierra sede de la sabiduría verdadera donde debían llegar por necesidad todos aquellos que deseaban contrastar la suya propia.

Este es precisamente el motivo fundamental del viaje de Apolonio hasta aquel país, el de una peregrinación en busca de la legitimación de su condición de sabio por medio del encuentro con los sabios indios[111]. Filóstrato nos presenta un recorrido ante todo simbólico cuyas diferentes etapas son sólo el pretexto necesario para introducir los diálogos y disquisiciones que permiten revelar la sabiduría del protagonista sobre las diferentes cuestiones. Se trata por tanto de un paisaje emblemático lleno de reminiscencias fabulosas de las gestas de Alejandro como las estatuas de oro que Alejandro y el rey indio Poro dedicaron respectivamente en el templo del Sol o los altares erigidos en el punto final de la expedición donde estaba inscrita la decisión de Alejandro de dar por concluida su campaña. Estos hitos se habían incorporado ya dentro del imaginario griego a los demás indicios heroicos anteriores como los de Heracles o Dioniso, que el propio Alejandro había seguido a lo largo de su aventura por aquellos confines. Sin embargo en el retrato idealizado de Filóstrato no falta la consabida dosis de elementos maravillosos que habían constituido el principal referente de la India desde los primeros tiempos. Nos encontramos así con el bálsamo de los árboles que utilizaban los indios como ungüento nupcial, los peces pavorreal, el gusano blanco del que se extraía una clase de aceite cuya llama era inextinguible, el unicornio con cuyo cuerno se fabricaba una copa milagrosa capaz de proporcionar la inmunidad, una pequeña mujer, mitad negra y mitad blanca, árboles y plantas aromáticas de todas clases y por fin los fabulosos dragones, de los que se ofrece incluso una descripción pormenorizada.

---

110 Dio. Chris., XXXV, 18 y ss.

111 Sobre el viaje a la India de Apolonio, Smith (1914); Charpentier (1934); además de nuestras consideraciones en Gómez Espelosín (1995d).

Sin embargo el objetivo final del viaje es la colina de los sabios, situada entre el Hífasis y el Ganges, donde ni tan siquiera llegó Alejandro y hubieran fracasado en sus intentos por lograrlo Heracles o Dioniso. Se trata por tanto de un lugar especial y sacralizado del que Filóstrato nos ofrece una pintura con evidentes tintes oníricos. Los sabios habitan en una colina tan alta como la acrópolis de Atenas que se encuentra rodeada de una nube, donde se halla además un pozo del que emana un arcoiris cuando el sol incide a mediodía sobre su fondo azul, un cráter de fuego, donde se justifican las faltas inintencionadas, unas tinajas que contenían lluvia y vientos respectivamente, y unas imágenes de dioses entre las que se encontraban las de algunas deidades como Atenea, Apolo y Dioniso. Un escenario en suma adecuado para albergar a los brahmanes, quienes provistos de anillos y báculos mágicos son capaces de practicar la levitación en honor del sol.

Tanto Dion de Prusa como más tarde Filóstrato demuestran sin embargo una cierta preocupación por la veracidad esencial de sus respectivos relatos, ejerciendo una cierta crítica sobre algunos de los elementos más característicos de la imagen fabulosa de la India vigente desde antiguo en la tradición griega. Dion remite su relato a los que llegan de aquel país, si bien reconoce a renglón seguido que

> no son muchos los que llegan, sino algunos y por motivos comerciales y sólo se relacionan con la gente de la costa. Es la clase de indios más menospreciada, de la que los demás suelen hablar mal[112].

De esta forma parece poner ciertas limitaciones a la información disponible a la vista de la reducida dimensión que dichos contactos implicaban y a la presencia más que posible de elementos fabulosos en una narración hecha desde una perspectiva tan limitada. De hecho refiere a continuación el viejo cuento de las hormigas guardianas del oro, a manera de apéndice final a su excursus indio, en una muestra evidente del poderoso atractivo que seguía teniendo la imagen fabulosa de la India a pesar de las restricciones impuestas por los nuevos tiempos.

Filóstrato demuestra igualmente una cierta postura crítica hacia algunos de los elementos tradicionales que configuraban esta imagen fabulosa como los pueblos fantásticos con la excepción de los célebres pigmeos, a los que sitúa sin embargo más allá del Ganges, trasladando así su morada a lugares del todo inaccesibles y fuera por tanto de cualquier clase de comprobación factible, pues ni siquiera Apolonio había conseguido llegar hasta allí. Desmiente también de forma clara la existencia de seres tales como la marticora o el agua de oro que emanaba de unas fuentes, pero acepta en cambio las serpientes gigantescas de Nearco o las observaciones realizadas por Ortágoras acerca del firmamento especial que podía contemplarse desde aquellas latitudes[113].

---

112 Dio. Chris., XXXV, 22.

113 Filóstr., *Vit. Apol.*, III, passim.

En definitiva, la imagen fabulosa y fantástica de la India prevaleció de forma clara a lo largo de la literatura griega por encima de cualquier tentativa de aproximarse más seriamente a una realidad histórica y geográfica cada vez más real, que, sobre todo después de las conquistas de Alejandro y más especialmente a lo largo del imperio romano, mantuvo una presencia notable dentro del marco histórico existente con una frecuencia de relaciones y contactos de todas clases cada vez mayor. Sin embargo la fuerza de toda una tradición literaria, llena de encanto y fascinación por una de las regiones que ocupaba uno de los confines del orbe, la más oriental, en estrecha relación por tanto con el sol y profundamente impregnada de toda la significación mítico-religiosa del astro rey, se mantuvo indemne a todas estas circustancias y ocupó con fuerza prácticamente el mismo lugar, desde el principio hasta el fin dentro del imaginario griego[114].

Arabia

Arabia, o lo que los griegos conocían bajo este nombre, que en un principio no se extendia ni mucho menos a toda la península actual, ocupó también su lugar correspondiente entre las tierras fabulosas a causa sobre todo de las especias y aromas que se producían en su territorio[115]. No se trata sin embargo de una pintura idílica. Tal y como aparece en la descripción de Heródoto, sus habitantes deben afrontar serios peligros a la hora de conseguir estos preciados productos, evitando a las serpientes aladas que moraban en los árboles que producían el incienso, o a una especie de murciélagos que habitaban junto al lago donde se daba la canela, o a las aves de gran tamaño en cuyos nidos podía hallarse el cinamomo[116]. Una vez más el paisaje aparentemente ideal de un país fabuloso se compensaba con la existencia de los terribles peligros que acechaban a todo aquel que intentara hacerse con sus productos. Pero a pesar de todo nos encontramos ante un escenario de características extraordinarias, poblado de árboles particulares, lagos y escarpados riscos que presenta además ciertas cualidades específicas que lo convierten en un lugar ciertamente singular. Había sido esta la región donde se crió Dioniso, la tierra estaba bañada por una fragancia enormemente agradable y allí se criaban ovejas con colas largas y anchas.

Se atisban por tanto en medio de la equilibrada descripción de Heródoto, donde maravillas y peligros guardan un cierto balance, signos evidentes de la fascinación especial que suscitaban en la imaginación griega las tierras de los confines, si bien

[114] Dihle (1984). En general sobre la India dentro del imaginario griego y los procedimientos seguidos a la hora de diseñar su imagen fabulosa, Mund-Dopchie y Vanbaelen (1989).

[115] Sobre Arabia en la Antigüedad, Altheim, Stiehl (1964) y Eph´al (1982) y el volumen colectivo (1988).

[116] Hdt., III, 107-113.

en este caso las connotaciones míticas que encontraban además un buen motivo de narración en las difíciles condiciones que imperaban a la hora de adquirir cada producto, se impusieron de forma clara sobre toda otra consideración de tipo ideal. De todos modos la propia forma de denominación que se utilizó para designar aquellas tierras, εὐδαίμων ᾿Αραβία, tal y como aparece atestiguado en Eurípides y Aristófanes[117], revela en cierta medida la condición fabulosa que se les atribuía en general con independencia de los peligros evidentes que acechaban sus contornos.

La importancia creciente del comercio de especias y aromas hizo que aquellas tierras de los confines penetraran muy pronto dentro de la geografía real. Uno de los oficiales navales de Alejandro, un griego llamado Anaxícrates, condujo hacia el 324 a. C. una expedición hacia estas tierras, que al parecer resultó todo un éxito y permitió conocer toda la costa occidental de Arabia[118]. A lo largo de la primera mitad de siglo III a. C continuó la exploración de estos contornos y conocemos al menos el viaje de un tal Aristón, siguiendo la ruta de Anaxícrates, bajo las órdenes de Tolomeo II[119]. De hecho ya en época helenística se mencionan los diferentes pueblos que habitan la región e incluso se establecen algunas distinciones entre ellos. Lo que conservamos de la descripción geográfica de Agatárquides referente a estas tierras nos permite calibrar este mejor conocimiento de las mismas frente al vago retrato que había trazado de ellas Heródoto en el pasaje correspondiente de sus *Historias*.

A pesar de ello no se rebaja la condición fabulosa de estas tierras de los aromas y las especias. El relato de Agatárquides conserva en efecto rasgos evidentes de idealización como puede apreciarse en su descripción de la región habitada por los Sabeos[120]. Se trata de un país que produce la mayor parte de las cosas que consideramos de más valor y en cuyo suelo se crían una cantidad innumerable de rebaños de todas clases. Una dulce fragancia envuelve también por completo aquel territorio. Los espesos bosques de su interior proporcionan productos tan apreciados como el incienso y la mirra. Tal es la intensidad del aroma que invade todo el país que parece obra de la divinidad y desde luego constituye un hecho casi fuera del alcance de toda descripción humana. De hecho se destaca la diferencia esencial que separa la condición de las plantas de estas tierras de aquellas que se encuentran παρ' ἡμῖν, sometidas al inevitable proceso de maduración, de tal forma que quienes han tenido una experiencia directa de ellas llegan a pensar que han probado la mítica ambrosía, ya que son incapaces de descubrir otro nombre que resulte adecuado al carácter excepcional de dicho aroma.

Reaparecen no obstante en la descripción de Agatárquides los inevitables peligros que un paraíso de estas características suele encerrar, como las serpientes de mortal picadura o los riesgos que para la salud puede acarrear esta atmósfera odorí-

---

117 Eur., *Bacc.*, 16-18 y Aris., *Av.*, 144

118 Estr., XVI, 4, 4 (C768); Teofr., *H.P.*, IX, 4, 1-9. Sobre el tema, Högemann (1985), 80-87.

119 Tarn (1929). La actividad de los Tolomeos se dirigió sin embargo hacia la costa africana del mar Rojo y hacia las tierras del interior por motivos estratégico-comerciales, *cf.* Desanges (1978), 247-279.

120 Agatarq., F 99 b = Diodor., III, 46-47.

fera. Una vez más nos encontramos con la ley de las compensaciones referida a estos lugares extremos del orbe, aderezada aquí además con ciertos tintes de doctrina filosófica que predica la utilidad y placer que los bienes proporcionan a los hombres cuando se encuentran en la cantidad adecuada y en un cierto orden. Algo similar les sucede a sus monarcas que llevan una vida afortunada en apariencia pero se ven obligados por su condición a permanecer de continuo en el interior de su palacio si no desean ser lapidados por el pueblo en cumplimiento de un antiguo oráculo que les ordenaba proceder de este modo si llegaban a encontrarles fuera de sus aposentos reales.

Con tintes más reales pero no menos fabulosos se nos describe la opulencia de estas gentes que debido a su situación apartada - διὰ τὸν ἐκτοπισμόν- han podido disfrutar en paz de su prosperidad y fortuna, cumpliendo de esta forma una de las condiciones esenciales que caracterizan a todas las tierras fabulosas. El lujoso mobiliario que poseen o sus estancias construídas con partes de oro, plata, marfil y piedras preciosas, son el resultado visible de esta privilegiada posición, que les ha permitido además disfrutar de una felicidad imperturbable - εὐδαιμονία ἀσάλευτος- durante un largo período de tiempo por hallarse fuera del alcance de todos aquellos cuya propia codicia les hace considerar lo ajeno como un don del cielo que se encuentra también al alcance de sus deseos. Las consideraciones filosófico-políticas de Agatárquides, que miraba con ojos críticos el expansionismo sin escrúplos de los Tolomeos y quizá también el romano que se inició con posterioridad, le llevaron a presentar ante los ojos del lector el estado de felicidad sin par que caracterizaba estas tierras lejanas hasta la entrada en acción de los intereses ajenos que hicieron de ellas un objetivo más de su conquista[121]. La descripción de Agatárquides no renunciaba sin embargo a destacar aspectos más fabulosos e incluso paradoxográficos, muy en consonancia con el interés de los tiempos, como la condición sorprendente del mar de los alrededores, de un color blanco, o la existencia de islas igualmente prósperas en las que existían ciudades sin amurallar y en las que el ganado era también blanco y las hembras no tenían ninguna clase de cuernos.

De nuevo por tanto nos hallamos ante una imagen fabulosa de unas tierras en la que intervienen diversos elementos, que van desde la habitual fascinación que ejercieron las tierras de los confines adornadas con todos aquellos productos deseables, a la intrusión de determinados condicionantes ideológicos que presentan estos lugares como un espacio ideal que puede gozar de su fortuna en paz gracias a su posición apartada y lejos por tanto de las ambiciones de las grandes potencias del momento. Un cuadro en suma donde se combinan en dosis diferentes los aspectos míticos tradicionales, que hablaban de productos preciosos custodiados por seres terribles, con otros de naturaleza más claramente histórica, que presentan ecos evidentes de una realidad algo deformada por un conocimiento incompleto y remiten a

[121] Al respecto véase, Gozzoli (1978) y Verdin (1982/3). En general véase también la introducción de S. Burstein a su traducción de Agatárquides (1989).

la exploración y comercio con las regiones del sur del Mar Rojo en busca de los aromas y especias. Un tráfico comercial que si en un principio se retrotraían sus primeros cabos hacia las zonas marginales del orbe, ya que sólo se conocían bien las conexiones finales, acabó consolidándose al final del período helenístico y sobre todo a lo largo de la época romana como una ruta casi habitual por la que circulaban con regularidad esta clase de productos[122].

Persia

La condición fabulosa de Persia parece en principio algo mucho más discutible. Desde el principio fue para los griegos un país real situado en el Oriente que fue motivo de preocupación y temor constantes en base a las amargas experiencias históricas, en las que dicho imperio tuvo una parte determinante, que les tocó vivir a lo largo de los siglos V y IV a.C.. Sin embargo el mejor conocimiento de una realidad, tan sólo presentida al principio, y su inclusión como tema de fondo en los debates ideológicos que caracterizaron sobre todo los inicios del siglo IV a.C. particularmente en Atenas, convirtieron a Persia en un espacio ideal, sometido por tanto a cualquiera de las deformaciones inherentes a esta clase de procesos, desde la utopía política de Platón y la ficción novelesca de Jenofonte al retrato paródico y crítico de algunos cómicos que lo pintaban como el pais de la abundancia y blanco favorito de sus burlas.

El interés por el imperio persa se hizo manifiesto desde que apareció en el horizonte como amenaza latente para la vida de los griegos, especialmente de aquellos que habitaban las costas de Asia Menor, donde esta presencia de dejó sentir más temprano, incluso antes quizá de que la amenaza en sí se hiciera efectiva. Ecos de este interés por Persia se dejan sentir en los autores trágicos, especialmente en aquellas obras que tenían como tema de fondo el conflicto con los persas como las *Fenicias* de Frínico o los *Persas* de Esquilo, y en los autores de *Persika*, de los que apenas conocemos otra cosa que sus nombres[123]. Sin embargo, una vez más, es gracias a Heródoto como obtenemos las primeras informaciones de carácter continuo sobre el imperio persa. El retrato que del mismo nos ofrece el historiador jonio no reviste caracteres ideales que permitan incluir a Persia entre las tierras fabulosas, si bien tampoco aparece descrita con los tintes de un país hostil que representaba por entonces al enemigo por antonomasia del patriotismo helénico. A la curiosidad habitual

---

122 Así aparece al menos en el llamado *Periplo del Mar Rojo*, un manual para comerciantes escrito posiblemente a lo largo del siglo I d. C.que revela la extensión y regularidad del comercio romano con aquellas regiones. Véase al respecto la edición con comentario de Casson (1989), Sidebotham (1986) y Casson (1993).

123 Sobre la aparición de Persia en los trágicos, Hall (1989), 56-100. Sobre los autores de *Persika*, Drews (1973), 20 y ss. En general sobre el lugar de Persia en la literatura griega, Cantarella (1966) y Georges (1994), 47 y ss.

por las costumbres extrañas y variopintas de todos los pueblos no griegos, Heródoto suma aquí la fascinación evidente por la inmensidad de sus dominios y cierta admiración no escondida por algunos de los rasgos que caracterizan la conducta persa como su desmedido amor a la verdad, la piedad filial o su religiosidad. Incluso los monarcas persas, con la notoria excepción de Cambises, que concentra en su persona todos los aspectos negativos de la realeza como el despotismo o la crueldad, son representados con evidentes signos de objetividad e incluso de simpatía[124]. Para Heródoto de cualquier modo, Persia no era sólo un objeto de fabulación, como la India, Escitia o incluso Egipto. Constituía el referente esencial que servía de base a su historia del enfrentamiento entre griegos y bárbaros, un motivo de reflexión histórica hecho desde el otro lado aun con todas las limitaciones de un hombre implicado del todo dentro de los círculos atenienses que propugnaban por aquel entonces la supremacía de un modelo cultural que se había establecido además por primera vez precisamente con motivo de aquellas gloriosas victorias[125].

Este interés por lo persa dio paso a una serie de historias de otra clase como la de Ctesias, que tomaban como punto de atención los entresijos de la corte persa, con sus disputas de harem y sus turbulentas conjuras que no contribuían ciertamente a la idealización pero reflejaban la fascinación griega que en el fondo de todas estas críticas y parodias se dejaba sentir hacia el gigante oriental desde un mundo mucho más reducido en posiblidades y recursos que intentaba compensar estas deficiencias con la orgullosa respuesta de la propaganda patriótica que ahondaba las diferencias entre la forma de vida heléncia con sus sanos ideales y el modo de vida oriental, débil y depravado, condenado desde el principio al fracaso y la sumisión ante un adversario más fuerte. La evolución de los acontecimientos en suelo griego no colaboraba precisamente a reforzar dichos ideales y ante la ruina evidente del sistema "político", consumido por los enfrentamientos internos y por la creciente debilidad exterior ante las nuevas potencias que emergían en aquellos momentos como Macedonia, impulsaron la búsqueda de modelos alternativos que encontraron en el imperio persa uno de sus puntos preferenciales.

De esta forma, la Persia que aparece de fondo en una obra como la *Ciropedia* de Jenofonte se convierte en un país casi ahistórico, un espacio ideal donde tiene lugar la educación y la acción de gobierno de un rey sabio por antonomasia, figura que encarna ahora Ciro el grande. Una tierra en la que las coordenadas históricas dejan de regir de forma absoluta para convertirse en algo mucho más fluído y modelable de acuerdo con las intenciones moralizantes y educativas de Jenofonte[126]. Buena prueba de esta labor de abstracción ideal es el propio comienzo de la obra donde describe la denominada "ágora libre", un lugar central donde se encontraban el palacio real y los demás edificios de gobierno, aislado del todo de los mercaderes y sus tratos, con el fin de evitar que

---

124 Cantarella (1966), 493.

125 Jouanna (1981).

126 Al respecto, Hirsch (1985), Due (1989) y Georges (1994), 228 y ss.

su tumulto se mezcle con el buen orden de la gente que ha recibido educación[127].

La plaza que rodeaba a los edificios se hallaba dividida en cuatro partes, una para los niños, otra para los efebos, otra para los adultos y otra para aquellos que habían sobrepasado la edad militar. Estas clases definían y diferenciaban el proceso educativo y formativo entre los persas, así como sus labores de contribución a la comunidad por parte de cada una de ellas. Jenofonte conocía lo suficiente de Persia gracias a sus numerosos contactos e incluso había tenido experiencia directa de la inmensidad del imperio en su camino de retirada hacia el norte que describe en la *Anábasis*. Sin embargo, tanto estos conocimientos como su contacto directo, unos elementos que pudieron haber tenido incluso consecuencias negativas a la hora de proceder a valorar el imperio por las diversas circunstancias que concurrieron en su desastrosa campaña y en otras bien cercanas como la de Agesilao, protagonista principal de otra de sus obras, no incidieron de forma seria en la operación intelectual que le condujo a convertir la Persia del siglo IV a. C., sometida en la realidad a tensiones internas y a ciertas acechanzas procedentes del exterior, en una tierra ideal volcada en un pasado lejano donde en la persona de su rey, Ciro, se encarnaban los viejos ideales griegos sobre el buen gobierno.

Las tierras del Norte

La idealización de las tierras del norte comenzó también muy temprano en la imaginación griega. Buena prueba de ello es el célebre mito de los hiperbóreos que si bien no aparece en Homero, su existencia como tema literario se detecta al menos ya en la poesía de Hesíodo[128]. Es sin embargo el misterioso Aristeas de Proconeso, a quien Heródoto parece haber seguido en su descripción de las tierras del norte, quien debió tratar quizá más *in extenso* acerca de este pueblo ideal de los confines del orbe[129]. Aristeas, una especie de chamán que disfrutaba de ciertos poderes sobrenaturales, emprendió un viaje por las tierras al norte del mar Negro que luego describió en su poema titulado *Arimaspeas*, del que tan sólo nos han llegado algunos fragmentos. Según sabemos por el rápido resumen que hace Heródoto de este poema, los hiperbóreos habitaban en una región situada en el extremo norte a orillas de un mar y tras atravesar previamente las tierras de otros pueblos fabulosos como los arimaspos, que sólo tenían un ojo, y por encima de los grifos guardianes del oro[130].

---

[127] *Cyr.*, I, 2, 3

[128] La mención de los hiperbóreos en Hesíodo se limita a un sólo fragmento, procedente de un papiro de Oxirrinco y perteneciente al *Catálogo de las mujeres*, Fr. 150, 21 Merkelbach-West en el que se los califica de εὐίππων, "de buenos caballos".

[129] Sobre Aristeas, Bolton (1962). Sobre la fecha exacta de este autor, Ivantchik (1993).

[130] Hdt., IV, 13. Sobre la posible realidad del contenido de este poema, Phillips (1955).

No es ciertamente mucho lo que puede deducirse acerca de la naturaleza ideal de aquel pueblo a partir de tan escaso bagaje. No debía ser mucho lo que podía encontrarse en el poema de Aristeas si juzgamos por lo que el mismo Heródoto dice más adelante acerca de este mítico pueblo. Según este historiador ninguno de los pueblos de la zona proporcionan información sobre los hiperbóreos, ni siquiera los Isedones, al parecer la fuente principal de Aristeas que sólo fue capaz de llegar hasta su territorio, pues en su opinión,

> si así lo hicieran, también hablarían sobre el particular los escitas, al igual que hablan sobre los hombres que sólo poseen un ojo[131].

De hecho cuando Heródoto se dispone a elaborar un relato sobre ellos parece que opta por otra clase de alternativas como son las noticias que trasmiten los habitantes de la isla de Delos, a cuya isla llegaban desde tiempos ancestrales unas ofrendas sagradas procedentes de aquel país[132]. Así mismo parece dejar de lado, como es su costumbre a este respecto en otros pasajes, las noticias que contienen los poetas, principalmente Hesíodo y Homero en los *Epígonos*, autores a los que menciona de forma explícita como interesados en el tema pero de los que evita emplear cualquier información al respecto. Sea como fuere, el caso es que la descripción de Heródoto apenas nos permite esbozar un cuadro definido de la tierra ideal en que habitaba dicho pueblo como no sea su localización en el extremo norte junto a un mar que pudiera ser el océano exterior que rodeaba la tierra y su total separación del resto de los pueblos que habitaban aquellas regiones con quienes no parece que tuvieran ninguna relación ni que se mezclaran en sus emigraciones y contiendas mutuas, según el propio Heródoto recalca[133]. Probablemente su posición crítica frente a la poesía épica, a la que atribuye un papel central en las informaciones sospechosas que existen acerca de los confines y las regiones inexploradas como el Océano, el río Erídano, las Casitérides o las propias fuentes del Nilo, influyó decisivamente a la hora de abordar una cuestión que por sus características principales se situaba dentro del mismo terreno escurridizo de la fabulación poética[134].

La posición extrema de los hiperbóreos, situados junto al Océano, más allá de pueblos fantásticos como los arimaspos o de seres fabulosos como los grifos, y su aislamiento, roto tan sólo con motivo de las ofrendas delias, son ya de por sí rasgos manifiestos de su carácter ideal. Su propio viaje hasta la isla de Delos reviste igualmente cierto carácter excepcional, pues se nos remite a una época del pasado remoto en la que incluso dos de sus doncellas podían haber llegado hasta la isla en compa-

---

131 Hdt., IV, 32. (Traducción de C. Schrader, Biblioteca Clásica Gredos).

132 Hdt., IV, 33. Sobre la cuestión de las ofrendas hiperbóreas a Delos, Tréheux (1953), 278 y ss. Acerca de la ruta seguida, Biancucci (1973). En general sobre la integración de este relato con la leyenda en general de los hiperbóreos, Romm (1992), 60-67.

133 Hdt., IV, 13, 2 . Sobre el tratamiento de los hiperbóreos por Heródoto, Romm (1989).

134 Verdin (1977).

ñía de las propias diosas, Leto e Ilitía, en busca de un lugar adecuado para el parto de la primera de ellas. Incluso la segunda fase, en la que otras dos doncellas llegaron acompañadas de un cortejo para traer las ofrendas, fue pronto interrumpida ya que los enviados hiperbóreos nunca regresaron a su país. En consecuencia decidieron confiar las ofrendas a los pueblos vecinos que de frontera en frontera las iban pasando hasta llegar a la isla, manteniendo así el aislamiento y la seguridad que su posición privilegiada les confería por naturaleza. Por tanto, a pesar de las críticas aparentes y del recelo fundado que despertaba en Heródoto todo lo referente a los hiperbóreos, hasta el punto que llega a equiparar la situación de este pueblo del norte con unos supuestos hipernotios en el sur[135], su relato deja todavía entrever algunos de los rasgos ideales que caracterizaron desde un principio a este pueblo fabuloso[136].

Es en Píndaro, donde junto al mismo tipo de referencias que nos remiten a una tierra de los confines donde mora una comunidad sagrada sierva del dios Apolo, encontramos una referencia más precisa a las condiciones ideales que reinan en el país de los hiperbóreos. Así en su *Pítica* X el poeta refiere

> La música no está ausente de sus costumbres; por todas partes se agitan coros de doncellas, resonar de liras y silbos de flautas, y con sus cabellos ceñidos de aúreo laurel se divierten alegremente. Ni las enfermedades ni la vejez funesta afectan a su sacra estirpe; por el contrario sin fatigas ni luchas viven sustraídos a la más que justa Némesis.

En el mismo poema Píndaro recalca el aislamiento inabordable de este pueblo pues

> ni con naves ni yendo a pie podrías encontrar la senda maravillosa que conduce a donde los hiperbóreos se congregan.

a donde sólo los grandes héroes, como Heracles o Perseo, guiados por los dioses, pueden llegar para disfrutar de los banquetes y hecatombes que ofrecen al dios Apolo, bien sea de forma momentánea[137].

Una tierra en suma ideal, favorita de los dioses, en particular de Apolo, que se goza en los banquetes y hecatombes que allí se le ofrecen, y dotada de todas aquellas condiciones climáticas y paisajísticas que favorecen el desarrollo de una vida fácil, lejos del todo de los sufrimientos y penalidades que asolan la vida humana. El canto y la danza continuos con los que alegran sus días sus afortunados habitantes

---

135 Al respecto véase el artículo de Romm (1989).

136 La misma alusión a la historia de Abaris, un personaje excepcional que recorría la tierra sobre su flecha sin probar bocado alguno, es una prueba manifiesta del carácter fabuloso de este pueblo, entre cuyos moradores se contaban personajes de estas características. Sobre la figura de Abaris, Dodds (1951), 140 y ss.

137 Pind., *Pit.* X, 30 y ss. (Traducción de P. Bádenas de la Peña y Alberto Bernabé en Alianza).

constituye un elemento más de separación de la rutina diaria, forzada al trabajo, que suele ocupar las jornadas de los mortales. Existe por tanto un paralelismo evidente con otras estancias de naturaleza divina como los Campos Elisios o las Islas de los Bienaventurados que ofrecen también a sus felices moradores una existencia plácida allá en los confines del orbe o más allá incluso de aquellos, separados del mundo por una barrera infranqueable como el Océano. La tierra de los hiperbóreos, tal y como se perfila en la poesía de Píndaro, presenta todas las trazas de un espacio de estas características[138], situado también en los confines del orbe y separado del resto del mundo por la infranqueable barrera que constituían los montes Ripeos, auténtica frontera delimitativa con el mundo real y contingente. Su existencia como tal accidente significativo de la geografía mítica griega se detecta ya en la poesía de Alcmán, donde se les asocia a un paisaje con densos bosques y se les señala como la antesala de la noche[139]. Reaparecen más adelante en nuestra tradición asociados a las regiones del norte y a pesar de su carácter errático e indefinido resistirán durante largo tiempo los avances del conocimiento geográfico hasta el punto que todavía en pleno siglo II d. C. el geógrafo Tolomeo los seguirá situando en una región septentrional del mar de Azov donde tenían su sede las fuentes del río Tánais[140].

La información más completa sobre la tierra de los hiperbóeos la encontramos sin embargo en un autor posterior, ya de pleno período helenístico cuya obra tan sólo la conocemos a partir del uso que de ella pudo haber hecho el historiador Diodoro[141]. Se trata del tratado de este título -*Sobre los Hiperbóreos*- escrito por Hecateo de Abdera a comienzos del siglo III a. C. en el tono de una narración ficticia de carácter utópico[142]. Hecateo sitúa a los hiperbóreos en una isla del tamaño aproximado de Sicilia, en el océano hacia el norte. El suelo de la isla es fértil y capaz por tanto de producir toda clase de cosechas, al menos dos veces por año, gracias a su clima temperado. En la isla nació Leto, la madre de Apolo, motivo por el que sus habitantes honran de manera especial a este dios y son considerados como una especie de sacerdotes de su culto. Alberga también la isla un bello santuario de forma circular dedicado al dios y en la ciudad, también consagrada a esta misma divinidad, sus moradores se dedican por entero a tocar la cítara, con cuyo instrumento cantan himnos de alabanza al dios, glorificando sus hazañas. Los hiperbóreos poseen también un lenguaje que les es propio y mantienen una buena disposición hacia los griegos, en particular hacia los atenienses y delios, que se hicieron merecedores de esta actitud desde tiempos muy antiguos. Algunos griegos visitaron la isla y dejaron

138 De hecho en Baquílides se presenta a Creso llevado hasta allí por la acción salvadora de Apolo, tras liberarlo de la pira de Ciro, Baq., III, 24-60.

139 En realidad como "el pecho de la noche", Alcmán, Fr. 90 Page. Sobre los montes Ripeos, Bolton (1962), 40 y ss.

140 Dion (1976). También sobre este rasgo particular de la geografía hiperbórea y en general, como el artículo anterior, sobre todo el mito de los hiperbóreos, Ramin (1979), 55-71.

141 Diod., II, 47 = Hecateo de Abdera *FGrHist* 264 F 7.

142 Bertelli (1991), 516, donde supone que Hecateo lleva a cabo la recuperación del viejo mito, puesto de nuevo en boga por los viajes de Píteas hacia el norte a finales del s. IV a.C.

como recuerdo de su estancia costosas ofrendas votivas que llevaban inscripciones en griego. Por su parte, también algunos de los hiperbóreos como Abaris viajaron hasta Grecia con el fin de renovar los lazos existentes con la isla santa de Delos. Destaca también la peculiaridad de la visión de la luna que puede contemplarse desde aquellas latitudes, pues se la puede ver a poca distancia de la tierra y se aprecian pequeñas prominencias sobre su superficie a la manera de las que se encuentran en nuestro planeta. Concluye por fin el relato con la visita de Apolo a la isla cada diecinueve años, período que tardan las estrellas del firmamento en retornar a esa misma posición.

Incluso en el breve resumen de Diodoro se aprecian algunas características definitorias de la obra de Hecateo sobre los hiperbóreos que revelan un balance equilibrado entre la vieja tradición legendaria y las exigencias de los nuevos tiempos, tanto a nivel político como literario. Destaca así la identificación del país con una isla, que posiblemente ya se hallaba presente en la poesía de Píndaro, que califica de "isleños" a sus habitantes en un momento determinado de su relato mítico a lo largo de la *Pítica* X. La creciente importancia de las islas como escenarios adecuados a toda clase de fabulaciones, y especialmente las de carácter utópico, favorecía sin duda esta clase de ubicación[143]. Hecateo conservaba igualmente la atmósfera festiva y sacra de los habitantes de la isla que ya detectabamos igualmente en Píndaro, así como su localización septentrional que le lleva incluso a justificar la etimología del nombre con que se designaba a sus moradores[144]. Esta misma corriente racionalizadora se puede apreciar también en la explicación de su dedicación al dios Apolo o en la coincidencia de su visita con un determinado período astral. También se detecta a lo largo del relato cierta influencia de la literatura utópica, de la que quizá formaba parte esta obra[145], como es la forma circular del templo de Apolo o la posesión de una forma de lenguaje peculiar y exclusiva. Revela también su influencia el relato de viajes, cuya forma narrativa pudo muy bien haber adoptado Hecateo a la hora de narrar su historia, con síntomas tan manifiestos como las dosis elevadas de realismo con las que compensaba la irrealidad esencial del relato, aspectos que se dejan ver en la comparación con Sicilia para dejar constancia del tamaño de la isla, o con la visita de algunos griegos, probablemente elegidos, que dejaron allí muestras evidentes de su presencia. En este caso podría tratarse también de héroes griegos, cuyas huellas monumentales eran ahora "descubiertas" por todo el orbe, llegando incluso a abarcar en sus peregrinaciones las partes más remotas de la ecúmene[146].

---

143 Véase al respecto las consideraciones de Gabba (1981), 55 y ss. así como el correspondiente capítulo del presente libro.

144 Sobre otras propuestas al respecto, Macurdy (1916), donde aboga por su traslado a la región de Macedonia entendiendo el segundo término del compuesto como la forma del monte Bora en lugar de la del viento del norte, y Casson (1920), que rebate esta pretensión.

145 Así lo considera Bertelli (1982) y (1991).

146 Ese es el caso de la labor que algunos escritores como Asclepíades de Mirlea llevaron a cabo con las tierras de la península ibérica.

Resta considerar por último la presencia destacada de atenienses y delios, quienes seguían manteniendo los vínculos privilegiados que la leyenda local había ya establecido anteriormente y que hemos apreciado en Heródoto, con la adición significativa de Atenas, dueña de la isla desde un tiempo atrás. La obra de Hecateo en definitiva nos viene a revelar el espacio literario e ideológico al que habían acabado por confluir diferentes elementos y tendencias que en un principio estaban más diversificados. Así la inevitable atracción de las tierras de los confines; el mito de los bienaventurados con claras resonancias religiosas, la llamada poderosa de la utopía; ciertos aspectos del culto de Apolo relacionados con pretensiones localistas que habían adquirido con el tiempo prestigio y resonancia internacional; los ecos difusos de un conocimiento geográfico todavía en ciernes sobre las regiones del norte y el noroeste, ligado a viejas rutas comerciales por las que discurrían productos como el ámbar y el estaño, cuyos eslabones intermedios hasta llegar al Egeo habían ido variando desde las riberas del Danubio hasta las costas del Adriático, ocasionando con ello dobletes y confusiones en el imaginario helénico; y por fin la creciente demanda de mayores niveles de veracidad para unos relatos fabulosos que si en un principio habían estado confinados a la poesía, ya desde Heródoto, y quizá antes con Hecateo o Damastes de Sigeo, habían buscado su lugar dentro de los relatos de carácter histórico.

Sin embargo no sólo el mito hiperbóreo ocupaba las tierras del norte desde un punto de vista fabuloso. En un norte indefinido se localizaban también según el mencionado relato de Aristeas el país de los arimaspos, hombres de un sólo ojo, cuya principal misión consistía al parecer en arrebatar el oro que vigilaban los grifos[147]. Se trata sin duda de un motivo fabuloso, quizá perteneciente al folclore del Asia central[148] o a las leyendas orientales[149], que trasladado al imaginario griego deambuló por los confines nororientales, desde las regiones más al norte, en Aristeas, a la India, donde los situaba Ctesias. De hecho ni siquiera el propio Aristeas afirmaba haberlos contemplado con sus propios ojos ni haber estado en aquellas tierras. Toda su información al respecto procedía de los isedones, que era el pueblo extremo al que sus pasos le habían conducido. Pertenecen por tanto de lleno al terreno de los pueblos y tierras fantásticas, de cuya existencia tan sólo se tenían noticias verbales procedentes en su mayoría de viajeros arriesgados que afirmaban haber oído hablar acerca de ellos en las partes más extremas a las que habían llegado en su ruta o de los propios indígenas de la zona[150]. Un claro motivo de cuento de viajeros a la manera de las muchas historias de esta clase que aparecen en la obra de Heródoto,

---

[147] Hdt., III, 116 y IV, 13.

[148] Así lo supone Phillips (1955). Heródoto incluso llega a proporcionar una etimología para arimaspos de procedencia escita, *cf.* IV, 27. Sin embargo parece que se trata de un étnico iranio compuesto a partir de aspa "caballo", *cf.* Asheri (1990), 334.

[149] De hecho el grifo como motivo artístico donde aparece por vez primera es en el arte medio-oriental, *cf.* Delplace (1980).

[150] Así lo señala incluso el propio Heródoto, IV, 24 en un momento dado.

centradas en las dificultades que un pueblo determinado, habitante por lo general de los confines del orbe, debía afrontar a la hora de conseguir alguno de los productos preciados que abundaban en aquellas regiones.

En este mismo sentido cabe interpretar otra serie de pueblos extraños que habitaban aquellos contornos como los andrófagos, nómadas salvajes que no guardan ninguna clase de ley y, como su nombre indica, consumen carne humana; los melanclenos, siempre vestidos con negros ropajes en razón de su nombre; o los argipeos, individuos que nacen ya calvos, con la nariz chata y un mentón pronunciado. El caso de estos últimos merece algo más de atención por parte del historiador de Halicarnaso que cuenta cómo se alimentaban del fruto de un árbol tras mezclarlo con leche, tenían su morada habitual también debajo de un árbol, tanto en invierno como en verano, y llevaban una vida en paz dado que no eran objeto de los ataques de los vecinos a causa de su carácter sagrado. Su sentido de la justicia era tal que ejercían labores de arbitraje entre los pueblos vecinos y su país se convertía en lugar de refugio universalmente admitido por todos, de forma que quien allí llegaba se consideraba en lugar seguro. Los pueblos mencionados habitaban las zonas extremas del orbe. Más allá de los andrófagos tan sólo existía un desierto, mientras que una serie de marismas y una región deshabitada constituían los límites de los melanclenos. Los argipeos por su parte habitaban al pie de unas montañas elevadas, de acceso imposible “que cortan toda ruta y nadie puede franquearlas”[151], posiblemente en una referencia anónima a los que la tradición denominaba montes Ripeos. De hecho la barrera montañosa en cuestión vuelve a constituir una verdadera frontera de lo posible, pues más allá de ella se localizaban pueblos todavía más fantásticos, que escapan a la creencia del mismo Heródoto, como los hombres con pezuña de cabra o aquellos que dormían durante seis meses. El espacio marginal del orbe, siempre delimitado por imponentes e infranqueables barreras como el océano o una cadena de montañas elevadas, servía otra vez de escenario adecuado a estos seres fabulosos, producto natural de los destellos de la imaginación de los viajeros más arriesgados o de esa mezcla de fascinación y terror que suscitaban estas regiones extremas que se hallaban completamente fuera del alcance de los afanes humanos.

La barrera que separaba a estos pueblos del resto del orbe no era solamente de naturaleza física. También su origen étnico constituía un elemento diferenciador importante. Ninguno de ellos era escita, nombre con el que los griegos designaban al conjunto mejor o peor conocido de la serie de pueblos que habitaban las regiones al norte del mar Negro, con los que habían llegado a establecer una serie de contactos. Sin embargo también los propios escitas fueron en cierta medida objeto de idealización ya en época temprana. En la *Ilíada* se menciona a los

> nobles hipemolgos, que se nutren de leche y a los abios, los más justos de los hombres

---

[151] Hdt., IV, 25. Sobre los argipeos, Phillips (1960) y Gómez Espelosín (1995c).

entre los pueblos que habitan al norte del monte Ida desde donde Zeus contempla el mundo[152]. Ecos de esta idealización volvemos a encontrarlos en Heródoto cuando al referirse a los isedones los califica también de personas justas entre los que hombres y mujeres gozan de los mismos derechos o en su digresión sobre la imponente hidrografía del país que les hace disponer de los recursos más ventajosos. Sin embargo estos rasgos ideales que pudieran haber conformado una imagen ideal de Escitia quedan diluídos en un discurso etnográfico mucho más complejo en el que priman otro tipo de consideraciones que tienen que ver más con esa representación del Otro que, como ha estudiado bien François Hartog, constituye el espejo deformante que sirve a Heródoto de campo de experimentación y reflexión sobre la propia cultura griega[153].

Pero aún con todo, y dentro de la perspectiva básicamente realista con que Heródoto realiza su descripción de todas estas regiones, existen todavía espacios fabulosos como la región de los gerreos, lugar elegido por los escitas para situar las tumbas de sus reyes, que aparece situada en los confines de su territorio, o el lugar llamado Exampeo en el que existía una fuente de la que manaba agua amarga que enturbiaba el río Hípanis y donde podía contemplarse una enorme vasija de bronce construída a base de puntas de flecha que un rey escita ordenó reunir con el objeto de averiguar el número efectivo de sus súbditos[154]. Tampoco faltaban en estas regiones recuerdos imborrables de la visita de los grandes héroes griegos como Heracles, pues según contaban los indígenas, podía encontrarse en una roca cercana al río Tires la huella de uno de sus pies de un tamaño cercano al metro, impresa sobre la piedra[155]. Sin embargo, como el propio Heródoto reconoce previamente, el país apenas contaba con curiosidades destacables fuera de los ríos, que eran los más grandes y numerosos del mundo, o de la extensión de sus llanuras. La intensidad creciente de los contactos con estas regiones del Mar Negro y las tierras del interior, que ya habían iniciado los milesios en el período arcaico estableciendo colonias en sus costas, desembocó incluso en el establecimiento de poblaciones de carácter mixto como los calípidas, que al decir del propio Heródoto eran escitas helenizados que vivían en las proximidades de la ciudad de Olbia, o al surgimiento de algunos fenómenos de interacción cultural como los que parecen reflejar historias como las de Anacarsis o Esciles[156]. Esta situación favoreció sin duda el mejor conocimiento de estas regiones y fue relegando cada vez con mayor fuerza a los confines extremos, mucho peor conocidos, aquellos espacios imaginarios habitados por seres extraordinarios que constituían el paisaje habitual de las tierras desconocidas. No obstante este mejor conocimiento no significó que la descripción de estas regiones tuviera una equivalencia completa con la realidad de las mismas. La presión inevita-

---

152 *Il.*, XIII, 5-6.

153 Hartog (1980).

154 Hdt., IV, 71 y ss. (gerreos) y IV, 81(Exampeo).

155 Hdt., IV, 82.

156 Hdt., IV, 76-77 (Anacarsis); 78-80 (Esciles). Sobre la figura de Anacarsis, Breebaart (1987).

ble de toda la tradición y la exigencia de adecuar el espacio exterior a la imagen establecida convertían un discurso aparentemente extraño en una reflexión más sobre el propio mundo heleno y dejaban de lado la demanda, inexistente por otro lado en aquel entonces, de una geografía más realista del mundo bárbaro atenta a las circustancias históricas concretas de cada pueblo.

La tendencia a idealizar a los pueblos del norte se mantuvo viva a lo largo de la tradición griega a pesar de las noticias en sentido contrario que iban debilitando esta imagen idílica y les presentaban como un pueblo salvaje que practicaba costumbres tan execrables como el canibalismo o el despellejamiento de los enemigos capturados que servían de servilleta para sus monturas. Eforo se hace eco de esta aparente contradicción pero decide destacar aquellos aspectos que revelan una conducta ejemplar en estas gentes como el sentido elevado de la justicia que demuestran los escitas nómadas, un pueblo que se alimentaba de la leche de sus yeguas[157]. La frugalidad de su régimen de vida y su alejamiento de los asuntos relacionados con el dinero eran las condiciones ideales que, a juicio de Eforo, les permitía establecer las relaciones mutuas fundamentadas en la equidad, dado que todo lo poseían en común, mujeres y niños incluídos. De esta forma el pueblo en bloque reaccionaba al unísono contra cualquier amenaza del exterior, pues no poseían nada que les expusiera a sufrir la esclavitud. Entre estas gentes se contaba el sabio Anacarsis, cuya perfecta moderación e inteligencia penetrante fueron las cualidades que lo hicieron figurar entre los siete sabios de Grecia (García Gual (1989), 137-158). De acuerdo con la opinión de Trüdinger, la descripción que Eforo hacía de los escitas constituye el primer ejemplo de idealización de los pueblos primitivos dentro de la geografía científica[158]. Sin embargo es probable que nos hallemos ante un ejemplo típico de la historiografía de este período, dependiente en buena medida de las enseñanzas de Isócrates, que tenía en la instrucción moral uno de sus principales objetivos[159]. Probablemente Eforo tan sólo deseaba destacar de los escitas aquellas cualidades de las que podía extraerse una enseñanza moral, con independencia de que existieran igualmente entre ellos costumbres salvajes como el canibalismo que el mismo historiador parece también reconocer. De nuevo la capacidad de abstracción griega procedía a convertir unos rasgos determinados, que evidenciaban una conducta moral adecuada, en patrones de comportamiento que eran más propios de una concepción filosófica puramente helénica y que sólo utilizaban esa referencia exterior, bien fundamentada en la realidad o no, pero consagrada al menos por la tradición, como una forma cómoda de ilustración dentro de los procedimientos literarios y retóricos imperantes en cada momento. En esa línea, el tema de la sobriedad de los escitas, aislado ya de todo otro contexto etnográfico como el que aparecía en Heródoto y posiblemente también en Eforo, gozó de gran predilección entre los Cínicos que

---

157 Eforo *FGrHist* F 42 = Estr., VII, ,3, 9.

158 Trüdinger (1918), 140-141. Véase en contra la opinión de Van Paasen (1957), 257-258.

159 Al respecto, Barber (1935), 75 y ss.

hicieron del mismo uno de los puntos referenciales que caracterizaban su cuadro moral.

Las tierras de Occidente

El lejano occidente constituyó siempre un terreno ideal para la mitificación como hemos visto en capítulos precedentes a la hora de tratar de algunos de los mitos más célebres que se localizaban en aquellas regiones como el de la isla Eritía o el Jardín de las Hespérides. Sin embargo llegado un momento esta idealización de aquellas tierras de los confines occidentales comenzó a concretarse en un país determinado que los griegos denominaron Tartesos, situado junto al océano y al que caracterizaban los rasgos habituales de todas las tierras fabulosas[160]. La imagen que se desprende de las primeras noticias griegas acerca de este fabuloso reino es la de una tierra feraz, rica en metales preciosos, que se hallaba gobernada por monarcas sabios y longevos como el mítico Argantonio que siempre se mostró además bien dispuesto hacia los navegantes griegos que llegaron hasta su territorio[161].

No existe ciertamente una descripción pormenorizada de dicho país en toda la literatura griega sino tan sólo referencias y alusiones de carácter breve, tales como las que encontramos en algunos poetas arcaicos o en Heródoto[162]. Sin embargo todas ellas remiten en conjunto a una tierra de los confines occidentales que se había convertido en el punto esencial de referencia de todas aquellas regiones y que resultaba proverbial por su riqueza y la disposición favorable de sus habitantes. Es igualmente cierto no obstante que a lo largo de toda la tradición griega existe una imagen un tanto difusa acerca de aquella realidad occidental que se refleja en la fluctuación de las identificaciones de dicho término, al principio un río y más tarde ya un reino o una ciudad concreta, o en su precisa localización geográfica en las regiones del sur de la península ibérica. Tartesos nunca perdió del todo su condición casi mítica, tal y como había aparecido a la vista de los primeros navegantes griegos que trasmitieron noticias un tanto vagas acerca de aquellas regiones, y por ello ocupó un lugar destacado dentro del imaginario griego de las tierras fabulosas a expensas de los cada vez más abundantes conocimientos que se tenían de aquellas partes del sur de Iberia, especialmente tras la conquista romana de la península.

La conciencia de la existencia de una tierra fabulosa, en la que a las bendiciones de la naturaleza correspondía también la sabiduría y sentido civilizador de sus habitantes, permaneció viva a lo largo de la antigüedad y dio paso, con el avance de las

---

160 En general sobre este problema, G. Cruz Andreotti (1991), donde se hallará recogida la abundante bibliografía anterior sobre este asunto.

161 Sobre la imagen de Tartesos en la literatura griega, Plácido (1993). En general sobre la imagen de la península en el mundo grecorromano, Gómez Espelosín, Pérez Largacha, Vallejo Girvés (1995).

162 En general, Blázquez (1969) y De Hoz (1989).

legiones romanas en el sur de la península y su temprana romanización, a su concreción en la región de Turdetania, que de una forma global venía a ocupar las tierras que habían sido anteriormente la sede del mítico Tartesos. Nos encontramos así con la imagen ideal de Turdetania que aparece dibujada en el libro tercero de la *Geografía* de Estrabón, cuyo retrato pormenorizado responde casi del todo al esquema de los paisajes utópicos que tanto habían abundado en la literatura helenística anterior, situados siempre en los confines del orbe, si bien el geógrafo griego reactualiza los contenidos de forma más acorde con el estado de los conocimientos y la realidad manifiesta de un tráfico comercial intenso que fluía por aquellas tierras[163]. La imagen mítica de Iberia queda ahora ya reducida a las tierras meridionales de la misma, pues ya de entrada el geógrafo descarta la mayor parte de su territorio por hallarse cubierta de

> montañas, bosques y llanuras de suelo pobre que ni siquiera disfruta del agua uniformemente[164].

Sin duda debía pesar lo suyo la posición paroceánica de estas tierras, con todas las connotaciones míticas que ello comportaba, manifiestas a lo largo de la tradición y puestas igualmente de relieve en historiadores más recientes como Polibio al describir Lusitania, a pesar de que nunca visitó en persona dicha región, pero sí las partes meridionales de la península que bordeaban el mar exterior[165].

Al decir de Estrabón este país

> no permite hipérbole si se lo compara con todo el mundo habitado, gracias a su fertilidad y a los bienes de la tierra y el mar y sus habitantes son tenidos por los más cultos entre los iberos, puesto que no sólo utilizan escritura, sino que de sus antiguos recuerdos tienen también crónicas históricas, poemas y leyes versificadas de seis mil años[166].

El país se encuentra lleno de ciudades, "se dice que llegan a doscientas"[167] y sus tierras producen todos los bienes que son propios de la vida civilizada: trigo, vino, aceite de gran calidad, cera, miel, pez y toda clase de sustancias adecuadas para tintes. La madera surte en abundancia a los astilleros, hay minas de sal y se producen excelentes salazones que no envidian para nada a los más celebrados de la región del Mar Negro. El ganado abundante produce una lana de gran belleza y son raras las alimañas. Los peces y pescados son de gran tamaño, superior al de las mismas especies marinas que se encuentran en los mares griegos, y los atunes afluyen en abundancia a las costas, alimentados además por una curiosa bellota marina que produce un fruto suculento. La riqueza metalífera es tal que supera toda descripción

---

163 Cruz Andreotti (1993).

164 Estr., III, 1, 2. (traducción de Mª José Meana y F. Piñero en Biblioteca Clásica Gredos).

165 Pol., XXXIV, 8, 4 = Ateneo VIII, 330 e. Walbank (1979), 601, piensa que pudo tratarse de un error por parte de Ateneo al confundirla con Turdetania. En sentido contrario, Gómez Espelosín, Pérez Largacha, Vallejo Girvés (1995), cap. II.

166 Estr., III, 1, 6.

167 Estr., III, 2, 1.

> pues ni el oro, ni la plata ni el cobre ni el hierro en ningún lugar de la tierra se ha comprobado hasta ahora que se produzcan en tal gran cantidad ni de tan alta calidad[168].

Esta abundancia en recursos minerales había ya constituído un tema casí tópico de la historiografía helenística, pues a juzgar por el propio Estrabón, ya Posidonio se entusiasmaba en hipérboles a la hora de describirla[169]. Ya anteriormente autores como Eforo o Timeo debieron utilizar en sus obras respectivas, referencias de esta clase a la riqueza minera sin par de la península ibérica hasta el punto que Polibio en su deseo de marcar las distancias con sus predecesores afirma no haber recurrido a esta clase, habitual a lo que parece, de procedimientos[170]. Sin duda los fenómenos naturales patentes en la península ibérica y en especial en las regiones meridionales limítrofes con el océano habían despertado el interés y la atención de los eruditos helenísticos que se enzarzaron en agrias polémicas a costa de la veracidad y precisión de esta clase de temas. Eratóstenes, que no estuvo nunca en la península, la incluyó sin embargo en sus obras, dando crédito según Estrabón a las afirmaciones de Píteas, y en consecuencia recibió las críticas de Artemidoro, que sí visitó en persona aquellas regiones, acusándole de falsedad en la mayor parte de sus asertos[171]. La fabulación existente en aquellos contornos acerca del tamaño del sol al sumergirse en el mar o sobre el ruido estridente que producía en su caída, sedujo ciertamente a algunos de estos autores como Posidonio, quien al parecer dió acogida en su obra a tales creencias[172].

El criterio racionalista de Estrabón le conduce a no prestar crédito a tales afirmaciones pero ello no le impide admitir la posibilidad de que Homero hubiera tenido noticias acerca de la riqueza y fertilidad de estas tierras del poniente, siendo precisamente esta clase de noticias las que habrían dado lugar a la elaboración poética que el poeta llevó a cabo sobre tales regiones[173]. De la misma manera explica también las referencias existentes en autores posteriores. La gran prosperidad de Iberia, descubierta primero por los fenicios y explotada luego por los cartagineses, dio paso a leyendas tales como la longevidad de sus gentes, a la que aluden Anacreonte y Heródoto. Estrabón sin embargo, integrado en un nuevo esquema político, como era el del imperio de Roma, que condicionaba claramente toda su perspectiva moral y literaria, concluye su repaso a la condición fabulosa de estas tierras conectando dicha condición privilegiada al grado elevado de romanización que habían alcanza-

---

168 Estr., III, 2, 8.

169 Estr., III, 2, 9.

170 Pol. III, 57, 2. Walbank (1957), 394 piensa que el historiador alude en este caso a autores como Dicearco, Píteas y Eratóstenes, cuyas obras habrían sido objeto de una crítica más extensa en su perdido libro XXXIV. Acerca de este libro, Pédech (1956).

171 Estr., III, 2, 11.

172 Estr., III, 1, 5.

173 Estr., III, 2, 12. *Cf.* Prontera (1993).

do sus gentes, que han asimilado perfectamente el modo de vida romano y "ni siquiera se acuerdan ya de su propia lengua", hasta el punto que "poco les falta ya para ser todos romanos". El proceso romanizador que había culminado la conquista encontraba así su mejor auditorio en las regiones del sur, donde su situación privilegiada y su alto nivel de civilización propiciaban ciertamente el encuentro con la cultura de los nuevos dueños del orbe, depositarios manifiestos de de esta clase de virtudes[173].

Lidia

El histórico reino de Lidia, situado en la parte más occidental de Asia Menor y por tanto punto de contacto y referencia inmediatos para los griegos de la zona de Jonia, fue también en cierto modo objeto de una cierta idealización en la literatura griega. La imagen que obtenemos del país a través de los poetas arcaicos parece ir encaminada en este sentido, especialmente si tenemos presente que Lidia, y en particular su capital Sardes, era para ellos el referente esencial de la riqueza y la opulencia infinitas, así como el paradigma del poder militar imponente. Las alusiones a Lidia en estos primeros poetas de la lírica griega son ciertamente constantes. Para Safo por ejemplo, Lidia constituye la representación suprema de todo lo máximo y deseable, hasta el punto que para enfatizar el profundo amor que siente por su hija Cleis, utiliza el nombre de Lidia como contrapeso significativo a la hora de poner de manifiesto el balance apropiado de sus sentimientos

Tengo una preciosa niña, que a las flores de oro
puede parangonar su belleza, mi muy amada Cleis.
No la daría yo ni por toda la Lidia ni por la deseable...(152D)[174].

Esa misma referencia a Lidia, esta vez a su pujanza militar que puede llegar a constituir un verdadero espectáculo, la emplea también Safo a la hora de resaltar su afecto por la ausente Anactoria

Cómo preferiría yo el amable paso de ella
y el claro resplandor de su rostro ver ahora
a los carros de guerra de los lidios en armas
marchando al combate. (27D).

[173] Sobre la posición de Estrabón a este respecto, Laserre (1983), Thollard (1987) y Jacob (1991), 147-166.

[174] Las traducciones de los fragmentos de los líricos pertenecen a la Antología de C. García Gual publicada en Alianza (1980).

Sin salirnos del universo afectivo de la poetisa lesbia encontramos otra referencia a Lidia, esta vez a su capital, Sardes. Allí ha ido a parar una de las muchachas que formaban parte de su *thíasos* y que tan intensos sentimientos despertaron en su corazón. Safo la recuerda con nostalgia, a través de las palabras y emociones de otra de sus compañeras, sobresaliendo en medio de las elegantes mujeres lidias con el vehemente deseo de recabar su presencia, sin embargo la realidad acaba por imponerse pues

el vasto mar que nos separa
no deja llegar hasta nosotras su llamada (98D).

Ciertamente desde nuestra perspectiva actual la distancia efectiva que mediaba entre la capital lidia y la vecina isla de Lesbos no daría pie, ni siquiera en la más ingenua magnificación poética de los sentimientos de distancia, a una expresión semejante. Sin embargo esa distancia aparentemente franqueable aparece a la mente de Safo como un abismo de separación que justifica esta clase de sentimientos. Posiblemente, una vez más, Lidia era esa referencia lejana, a pesar de su proximidad geográfica, rodeada todavía de un cierto velo de fascinación por las riquezas y el lujo que caracterizaban su corte real y el mundo de la nobleza circundante. Sardes era segurmente la capital de la moda y la elegancia de aquel entonces, un lugar a donde iban a parar unas cuantas de las jóvenes griegas educadas en el círculo de Safo, que más tarde contraían matrimonio con nobles lidios de la zona, y de todos es bien conocido el grado de deslumbramiento que desde estos centros de prestigio y poder dimana hacia aquellas zonas en principio más atrasadas que los toman como punto de referencia ideal.

Esa misma visión mitificadora, tomada ahora en su vertiente negativa, como prototipo de encumbramiento excesivo o de hueca ostentación, pero a la postre igualmente significativa de la operación intelectual consistente en rodear un lugar determinado de cierta magnificencia especial con relación al propio ámbito familar, la encontramos en otros poetas arcaicos como Alcmán o Jenófanes. El primero de ellos alude a esta posición particular de la capital lidia a la hora de calificar a un individuo utilizando la táctica de la contraposición, siendo esta procedencia un indicativo suficiente de su especial condición en franco contraste con las primeras atribuciones:

No era un hombre rústico
ni torpe - ni siquiera entre sabios-
ni un tesalio de origen,
ni un pastor de Erisique;
mas procedía de la encumbrada Sardes (13D).

El segundo de los poetas mencionados utiliza la referencia lidia para criticar la indolencia y el lujo inútil, aprendido de los lidios, de sus propios conciudadanos de

Colofón (3 D). La imagen de la Jonia afeminada y muelle, que prontó entró en competencia con la imagen más viril y austera del griego continental, debe mucho sin duda a esta proximidad al reino de Lidia, origen de esta clase de refinamientos y dispendios que eran considerados típicamente orientales y contrarios por tanto al espíritu griego, más "europeo" de quienes habían permanecido en el continente sin un contacto permanente con los imperios de Oriente[175].

Esa misma visión mitificadora, aunque ahora ya más reducida, sobre todo tras la derrota del rey Creso ante los persas a finales del siglo VI a.C., aparece también en el *lógos* lidio de Heródoto[176]. Si bien la región no presenta a los ojos del historiador griego demasiadas maravillas dignas de mención, la historia de la misma, y especialmente su casa real constituye todavía el enorme vivero de referencias morales a través de las cuales Heródoto nos va trasmitiendo sus valoraciones y reflexiones acerca de cuestiones tan decisivas como la inevitabilidad del destino o el sentido de la verdadera vida feliz. La figura imponente de Creso ocupa en efecto un importante papel en la historia herodotea, hasta el punto de constituir una referencia mítica más dentro de la misma, casi parangonable a la de otros personajes que sobrepasan con creces los límites estrechos del personaje real para pasar a convertirse en un auténtico paradigma del comportamiento humano, con todas sus virtudes y defectos, sus miserias y grandezas, sus ventajas y limitaciones[177]. Sólo un país como Lidia que había gozado de esa posición privilegiada por los avatares de la historia griega en la región asiática y se había alzado a ese pedestal idealizado que hemos comprobado en las referencias y alusiones de los poetas líricos de la época, pudo haber albergado a un personaje tan especial y haber dado pie para convertirlo, en una operación intelectual más de las muchas con las que operaron los griegos de este período y que Heródoto supo muy bien recoger, en un individuo por encima de sus propias circunstancias históricas.

Libia

La imagen del continente africano, denominado en un principio Libia por los griegos, es deudora también en buena medida del mismo complejo de elementos míticos y fabulosos que predominó en la descripción del mundo bárbaro dentro del imaginario helénico. Ya en el principio del período arcaico aparece como una tierra lejana y desconocida, objeto del interés de los primeros navegantes griegos que esperaban encontrar allí la riqueza agrícola y ganadera que faltaba en sus lugares de origen. Esta es al menos la imagen que se desprende del relato del viaje de Menelao

---

175 Para las relaciones de Lidia con el mundo griego sigue siendo válida la ya vieja obra de Radet (1893). También Dunbabin (1957), 62 y ss.

176 Hdt., I, 93 y ss. Sobre el *logos* lidio, Talamo (1985) y Lombardo (1990).

177 Evans (1991), 44-51.

en la *Odisea* cuando al recordar su itinerario por las regiones orientales del Mediterráneo menciona entre ellas a Libia como punto final del recorrido

> Libia donde los corderos enseguida crían cuernos, pues las ovejas paren tres veces en un solo año. No andan allí faltos de amo ni de pastor, de queso ni de carne, ni de dulce leche pues siempre están dispuestas para dar abundante leche[178].

Una tierra por tanto de promisión situada al otro lado del mar, todavía mal conocida pero que atraía ya desde muy temprano las miradas y la atención de los navegantes griegos en busca de botín y aventuras. Sin embargo la fama de su prosperidad agrícola debió atraer igualmente a quienes pensaban en proyectos de una mayor envergadura como era la fundación de una colonia en aquellos territorios. La historia de la fundación de Cirene, tal y como nos la relata Heródoto[179], muestra cómo todavía en esos momentos la situación precisa de Libia y los caminos que conducían hasta ella a través del mar eran algo prácticamente desconocido que no invitaba en un principio a los colonos a emprender la aventura en esa dirección. Más tarde, cuando la insistencia del oraculo de Delfos en su mandato a los de Tera de fundar allí una colonia se hizo ya apremiante, aquellos decidieron acudir a Creta en busca de algún marinero de la propia isla o extranjero que hubiese llegado alguna vez hasta aquellos parajes. La tarea no resultó ni mucho menos sencilla, pues después de mucho deambular por la isla hallaron por fin a un pescador de la ciudad de Itanos, un tal Corobio, que pudo conducir la expedición de Tera en busca del destino fijado por el oráculo délfico. Con independencia de la veracidad esencial de dicha historia y sus posibles interpretaciones, lo que aquí nos interesa resaltar es la condición de país semifabuloso y desconocido que Libia mantenía por aquel entonces dentro de la conciencia griega general, hasta el punto de que tales pasos sean objeto detenido de la consideración de Heródoto y aparezcan como elementos significativos a la hora de elaborar su historia de la fundación de Cirene.

Poco es lo que sabemos de aquellos escritores griegos que hicieron de Libia el objeto principal de sus obras como Caronte de Lámpsaco o Hecateo, y por ello debemos una vez más basar todo nuestro análisis de la visión griega de estas tierras sobre el correspondiente *lógos* libio que aparece en las páginas del historiador de Halicarnaso[180]. Este relato ha sido objeto de concienzudos análisis positivistas por parte de algunos estudiosos en la idea de apoyar mediante evidencias procedentes de la arqueología o de la etnografía moderna las noticias que el historiador griego nos proporciona acerca de aquellas regiones[181]. No es nuestra intención enmendar aquí la plana a tan reputados especialistas, que seguramente tienen buena parte de

178 *Od.*, IV, 85-89.

179 Hdt., IV, 150 y ss. Al respecto Calame (1988) ; (1990) y Malkin (1994), 169 y ss.

180 Berti (1988).

181 Gsell (1916), Berthelot (1927), 144-180, Camps (1985) y Pritchett (1993), 254-259.

razón en sus pretensiones de equiparar las noticias que proporciona Heródoto con referencias de la realidad histórica, sino tan sólo señalar la parte importante a nuestro entender que dentro del *lógos* libio debe su razón de ser a la visión imaginaria griega de las tierras bárbaras.

Heródoto sin duda poseía información acerca de las tierras del norte de Africa a través de la ciudad de Cirene, a la que parece que llegó a lo largo de sus viajes[182], y por ello es muy posible que a la hora de elaborar su correspondiente relato haya tenido en cuenta dichos elementos, algunos de ellos puramente reales, fruto de la simple observación personal, otros oídos al socaire en conversaciones privadas con ciudadados griegos de la colonia, o llegados hasta allí a través de las noticias confusas que viajeros y comerciantes que se habían aventurado hacia las tierras del interior, difundieron acerca de su insólita experiencia. Sin embargo sus intereses iban por otro camino a la hora de construir su relato que el de reflejar con toda exactitud una geografía desconocida y sin interés específico para sus lectores griegos más allá de aquellos puntos referenciales que traducidos en el retrato ideal de aquel espacio bárbaro podían mover a la reflexión moral o simplemente suscitar la curiosidad y el entretenimiento.

De esta forma el *lógos* libio de Heródoto nos presenta los trazos inequívocos de una tierra fabulosa, escasamente idealizada en el aspecto utópico pero con los suficientes elementos imaginarios como para constituir un espacio más dentro de esa geografía ideal y puramente ficticia en el fondo de las regiones extragriegas de la ecúmene. Ante nosotros desfilan una serie de pueblos curiosos que presentan unas costumbres llamativas que merecen la atención preferencial del historiador en su breve recorrido por estas tierras. Rasgos evidentes de exotismo como el de las mujeres de los adimárquidas que tras arrancar los piojos de sus cabellos los daban un mordisco y los escupían en venganza por su acción parásita anterior, o las curiosas formas de "peinado" que adoptaban algunas de estas tribus al afeitarse una parte de la cabeza y dejar crecer el pelo en el resto de la misma, con diferentes variaciones entre unos y otros, a la izquierda, a la dercha, delante, detras y en el centro. En este mismo terreno hemos de situar el habitual interés del historiador por las costumbres guerreras o funerarias de algunos de estos pueblos, como el que porten en las batallas escudos elaborados con pieles de avestruz o el que los nasamones entierren sentados a sus muertos.

No ocupan un lugar menos importante aquellas obsesiones típicamente griegas como la referente a la comunidad de las mujeres que aparecen reflejadas por doquier a lo largo de las *Historias,* atribuídas a diferentes pueblos[183]. Las costumbres nupciales de los nasamones que establecían que la novía debía pasar previamente por las manos de todos los invitados a la boda, la extrema promiscuidad de los maclies o la estima en que se tenía a la que había mantenido mayor número de

182 Myres (1953), 4 y ss., Brown(1988) y Lloyd (1990), 236 y ss.

183 Rosellini y Saïd (1978).

relaciones sexuales entre las mujeres de los gindanes, apuntan sin duda en esta dirección. Así mismo, dentro de este complejo ideológico relacionado con la posición de la mujer y su status dentro de la sociedad, podemos incluir igualmente la prueba ritual de las doncellas entre los mismos maclies que comprobaban su virginidad a través de un combate mantenido entre ellas a base de piedras y garrotes, siendo catalogadas como impuras aquellas que habían perecido en el curso de la prueba. Más que la precisa atribución de una costumbre de esta clase a un determinado pueblo indígena o a otro, el interés de Heródoto y de sus lectores estribaba más bien en el reflejo dramáticamente ilustrado de esta clase de obsesiones que latían con fuerza dentro de la propia mentalidad helénica.

Dentro de este mismo plano cabría considerar también la insistencia puesta en aspectos de la vida de los nasamones tales como sus juramentos sobre aquellos de sus conciudadanos que habían sido los más ecuánimes y valientes, poniendo las manos sobre sus tumbas, o la forma en que realizaban los acuerdos, dándose de beber uno a otro con sus respectivas manos cuando disponían de líquido o si no lamiendo el simple polvo del suelo. Sin duda la enorme importancia de los juramentos y los acuerdos en la vida cotidiana griega, y posiblemente también las dificultades que conllevaba su estricto respeto y mantenimiento en una cultura donde el arte del engaño o la astucia desempeñaban un destacado papel hasta el punto de tener en Odiseo un verdadero modelo de conducta[184], eran en definitiva los referentes últimos de esta clase de observaciones.

No faltan tampoco dentro de este cuadro referencias a pueblos de indiscutible procedencia mítica en la tradición griega como los lotófagos, a pesar de que ahora, lejos ya de su contexto poético, aparecían perfectamente integrados dentro de la secuencia etnográfica, llegando a describirse el fabuloso fruto de una manera ciertamente realista que facilitaba su inserción y aceptación plena mediante la comparación con otros productos más familiares como el lentisco. Este es también el caso de las célebres mujeres guerreras, las míticas Amazonas, camufladas aquí ahora en el etnónimo indígena de los záveces, uno de los muchos pueblos que aparecían situados más allá de la frontera de credibilidad asumible que el propio historiador establece a lo largo de su relato, utilizando como límite definitorio el célebre río Tritón, que divide de esta forma el conjunto de lo más familar y asumible, de aquel otro mucho más lejano y desconocido, sujeto por tanto más a la fabulación y la fantasía de los propios informantes indígenas[185]. Es precisamente este mismo río el que establece la línea de demarcación entre la parte de Libia mejor conocida en la que existía una fauna relativamente normal, o al menos parangonable con el resto de las

[184] Walcott (1977).

[185] Esta táctica delimitadora de zonas relativas de veracidad la lleva a cabo Heródoto en otros muchos pasajes de una forma sutil, hasta el punto que ha despistado con ello a los estudiosos modernos y ha conducido a posturas quizá en exceso radicales, pero sumamente sugerentes y enriquecedoras como la de Fehling (1989). Hemos procedido a un análisis de este estilo en otro lugar, referido al mundo de los argipeos, Gómez Espelosín (1995c).

regiones de la ecúmene, y aquella otra parte occidental más desconocida en la que moraban bestias imponentes como las serpientes gigantes, leones, elefantes, osos, áspides, asnos cornípedos y seres claramente fantásticos como los de cabeza de perro, y aquellos otros sin cabeza con los ojos en el pecho, u hombres y mujeres salvajes. Una región en suma abierta del todo a los excesos de la imaginación más desbordada y por ello un lugar apto donde ubicar aquellas aberraciones fantásticas que desde muy temprano habían comenzado a desfilar por la poesía griega a juzgar por el testimonio de Hesíodo o de Aristeas de Proconeso.

Al igual que sucedía en otras regiones de los confines, el accidente geográfico excepcional que limita las zonas mejor conocidas y aquellas otras que eran objeto fácil de la fabulación, aparece estrechamente relacionado con historias míticas de reconocida raigambre helénica. En este caso el río Tritón y el lago asociado al mismo, la laguna Tritónide habían recibido en un momento del pasado remoto la visita significativa del héroe Jasón, que acabó en aquellos parajes tras haber sido desviado por los vientos de su ruta cuando iba camino de Delfos desde su patria natal de Yolcos. Una presencia mítica que convierte de golpe al lugar en un escenario emblemático de la geografía fabulosa griega recorrida por los héroes, cuyo peso se dejará sentir posteriormente a la hora de elaborar la historia mítica asociada a una geografía más concreta, acorde con los conocimientos avanzados que se iban adquiriendo de forma creciente con el correr de los tiempos[186].

Jalonan también toda la geografía de Libia ciertos lugares de carácter emblemático que a lo largo de una faja de arena que abarcaba desde la altura de la Tebas egipcia hasta las columnas de Heracles se van sucediendo casi a intervalos fijos de una distancia de diez días de camino. Cada uno de ellos aparece situado sobre una loma, que eran en realidad tan sólo bloques de sal formados por terrones cristalizados en cuyas cimas brotaban manantiales de agua fresca y dulce. Se suceden de este modo el pueblo de los amonios que cuentan con una curiosa fuente, denominada fuente del sol, cuya agua iba progresivamente enfriándose con el correr del día, pasando de la tibieza matinal y el frío del mediodía hasta llegar a hervir a borbotones una vez llegada la medianoche; Augila, un paraje poblado de palmeras donde el pueblo de los nasamones acudía a recolectar dátiles; la loma de los garamantes, un pueblo que rehuía el contacto de la civilización y no poseía armas de guerra, en cuyo territorio habitaba una curiosa raza de bueyes que pacían hacia atrás a causa de la forma de sus cuernos curvados hacia delante, y cuya particular afición consistía en dar caza a los etíopes trogloditas, que eran los más rápidos a la carrera y se alimentaban de serpientes y lagartos, emitièndo como lengua un sonido parecido al chirrido de los murciélagos; el pais de los atarantes, unas gentes sin nombre propio

---

186 Es el caso de Dionisio Escitobraquión que situará en estas regiones, y en concreto en el lago Tritónide, algunos de los mitos griegos más celebrados, tal y como aparece reflejado en las páginas de la historia de Diodoro. *cf.* Rusten (1982) y la parte correspondiente de este mismo libro donde se tratan sus fabulaciones utópicas.

que maldecían al sol cuando quemaba en exceso y lo injuriaban a menudo por los agobios y ardores que provocaba; y por fin la tierra de los atlantes en cuyas cercanías se encontraba la montaña del Atlas, que tenía una forma estrecha y circular y cuya cumbre no podía divisarse desde el suelo ya que se hallaba siempre oculta entre las nubes, a la que los indígenas consideraban la columna del cielo, unas gentes también particulares que no se alimentaban de seres vivos ni tenían visiones en sueños. Llegado a este punto Heródoto confiesa su incapacidad de seguir más allá en su relato a pesar de que reconoce que dicha faja arenosa se extendía hasta mucho más allá de las columnas de Heracles, abriendo con ello de nuevo un espacio de fabulación absoluta que concede de manera inmediata credibilidad automática a todo lo que precede, dada su aparente fundamentación en el firme conocimiento del historiador.

Todo este abanico abigarrado de pueblos y lugares sometido a una más que sospechosa regularidad en sus intervalos, presentaba así a los ojos del auditorio un espacio ciertamente fabuloso en el que aparecían elementos tan característicos como la Fuente del sol o el monte Atlas, que además de su valor simbólico independiente dentro del imaginario griego, representaban el papel de hitos determinantes que marcaban el inicio y el final de toda la secuencia imaginaria de las lomas de sal y sus respectivos pobladores. Un espacio en definitiva en el que se entremezclaban diferentes elementos como las rarezas y curiosidades naturales muy propias de la ciencia jonia y del gusto paradoxográfico posterior como la susodicha fuente, los mencionados bueyes que retrocedían al pacer o la curiosa forma de alimentación a base de reptiles de los etíopes trogloditas que les hacía emitir unos sonidos adecuados a dicha dieta en lugar de una lengua humana articulada; o ciertas alusiones de carácter mitológico como la peculiar rebeldía de los atarantes contra el sol que recordaba sin duda la actitud retadora de Heracles cuando se disponía a marchar por aquellas tierras en busca de las vacas de Gerión y la misma presencia de una población etíope, que a pesar de su extraña dieta conservan sin embargo cualidades excepcionales de la mítica raza como la suprema velocidad, obligando a sus captores a utilizar el carro como única forma de darles caza.

No faltan tampoco los consabidos paisajes idílicos, si bien dada la naturaleza general del país, en el que predominaban los desiertos, éstos se encuentran más bien dispersos y aislados como la colina de las Cárites, cubierta de bosques en franco contraste con el resto de la región, como señala el propio Heródoto, o la isla Círavis, llena de olivos y viñas. Mayor continuidad ofrecen comarcas como la que riega el río Cínipe, que iguala a la mejor región en producción de trigo y no se parece en nada al resto de Libia, o la región lindante con Cirene, zona ya cultivada y ocupada de lleno por griegos, que llega a producir hasta tres cosechas anuales.

Un cuadro general por tanto ciertamente fabuloso, si bien en su elaboración han podido intervenir ciertamente elementos tomados de una realidad más próxima o lejana, mejor conocida o deficientemente interpretada, pero cuya intención queda clara en algunas de las observaciones generales que recorren todo el relato, como

abundante número de pueblos que constituían Libia y su enorme diversidad, rasgo definitorio de todas las tierras lejanas y por ello fabulosas en una buena medida, la salud proverbial de sus gentes, considerados por Heródoto los más sanos del mundo, su carácter pionero en determinados aspectos religiosos que han pasado más tarde a ser adoptados por los griegos como las égidas o los gritos rituales, y por último el carácter autóctono de sus habitantes. Son precisamente las dos poblaciones autóctonas que pueblan esta parte del orbe, como libios y etíopes, los únicos que han resistido el avance imparable del expansionismo persa al quedar relegados a zonas marginales y extremas, difíciles por tanto a la hora de acceder a ellas y lejos así de las ambiciones más comunes que centran el interés y la pasión de las gentes del mundo conocido y civilizado. Un espacio ideal en suma, abierto a toda clase de prodigios y maravillas, surcado en el pasado por los héroes de antaño y que presenta indudables signos de carácter primordial que lo sitúan fuera del alcance de otros escenarios más familiares y comunes.

Este carácter semifabuloso de Libia se mantuvo vivo en la literatura griega pero quedó reducido de forma fundamental a sus elementos mitológicos y teratológicos. La postura de los intelectuales de Cirene, principal ciudad griega implantada en Libia, fue la de resaltar los orígenes míticos de la colonia tratando de helenizar dentro del mismo esfuerzo anticuarista los orígenes de los pueblos indígenas que empezaron a adquirir imaginarios parentescos con los héroes de antaño[187]. Esta tendencia a la conexión mítica del solar africano con la leyenda griega ya aparecía de hecho en el *lógos* herodoteo cuando recuerda que los maxies se hacían descender de los troyanos[188], pero fue seguramente explotada a conciencia en época posterior cuando los intereses patrióticos de la nueva fundación y su demanda de prestigio internacional dentro del concierto helénico pusieron en marcha operaciones intelectuales de esta clase. El papel desempeñado por Libia dentro de la leyenda griega adquirió entonces un señalado desarrollo, quizá concretando o racionalizando la tendencia que ya desde antiguo hacía de estos parajes extremo occidentales la morada de seres monstruosos como las Gorgonas y el gigante Anteo o la sede del fabuloso jardín de las Hespérides. Episodios de la saga de Heracles o de la de Perseo empezaron a tener su concreción en aquellas regiones, haciendo de Libia una tierra fabulosa cuyo suelo era capaz de dar cabida a seres y fenómenos del todo extraordinarios. Concepción ésta que puede estar en el trasfondo del curioso *Periplo de Hanón* y su presentación fantástica de los parajes oceánicos del continente africano con columnas de fuego que llegaban hasta el cielo, lagunas interiores rodeadas de vegetación exuberante donde podían contemplarse por la noche extrañas luces y aterradores sonidos, y mujeres salvajes que resistían con violencia inusitada cualquier intento de captura[189]. Bien fruto de

---

187 Este fue el caso de autores de *Lybika* como Teocresto, Acesandro, Agroitas, o Menecles de Barca, *cf.* Berti (1988), 148 y ss.

188 Hdt., IV, 191.

189 García Moreno (1989).

una tradición intelectual indígena que deseaba conectar las viejas leyendas libias con el universo de la saga heroica griega, bien una extensión más de la geografía fabulosa e imaginaria existente desde los inicios en la propia tradición helénica, cada vez más actualizada y ajustada a los nuevos conocimientos, lo cierto es que esta imagen fabulosa de Libia en su vertiente mítico anticuarista perduró a lo largo de toda la Antigüedad, como podemos detectar a través de textos tan significativos a este respecto como la *Vida de Sertorio* de Plutarco cuando recuerda la tradición local existente sobre la tumba de Anteo que el propio general romano se encargó de exhumar, o el excursus libio existente en el *Bellum Iugurthinum* de Salustio donde se da cabida a esta clase de fabulaciones[190].

La vertiente teratológica fue, como dijimos antes, la otra corriente en que el carácter fabuloso de Libia pervivió dentro de la literatura griega. Con el mejor conocimiento de la región por obra de la conquista romana y la presencia *in situ* de historiadores griegos como Polibio, fue éste uno de los aspectos que más llamaron la atención del continente africano, considerado ya desde Heródoto y posiblemente desde antes, una tierra propicia para albergar bestias de todas clases[191]. Una tendencia cada vez más fuerte que se verá reforzada sobre todo a lo largo del siglo I a.C. con obras como las de Ipsícrates de Amisos, Alejandro de Mindos, Tanusio Gémino y el rey númida Juba II, interesados de forma especial en dar a conocer las maravillas que en este sentido albergaba la tierra de Libia. También esta corriente contaba con antecedentes más antiguos que podemos encontrar sin ir más lejos en los tratados aristotélicos, donde se encuentra el célebre aserto "Libia siempre produce algo novedoso", que hizo sin duda fortuna a la hora de recabar la información disponible sobre la fauna del mundo habitado en todos aquellos que se interesaban por este campo concreto del saber[192]. Libia se convirtió de este modo en un auténtico museo de rarezas y curiosidades zoológicas presto siempre a asombrar a un auditorio bien dispuesto a acoger toda esta clase de maravillas, sobre todo tras el éxito evidente que había tenido el llamado género paradoxográfico desde el comienzo del período helenístico, una corriente que se deja sentir en obras como la *Historia de los animales* de Eliano o en los numerosos pasajes de Plinio donde se alude repetidamente a la fauna de estas regiones africanas[193].

---

190 No es nuestro objeto el tratar el problema de las fuentes del historiador latino a este respecto, asunto para el que remitimos a García Moreno (1991).

191 Véase el elenco que el de Halicarnaso presenta a este respecto dentro de su *lógos* libio, IV, 191, 3 y ss. Al respecto Camps (1985).

192 Romm (1992), 88 y ss.

193 Werner (1993).

LA HELADE IDEAL

La tendencia a idealizar no se limitó a las islas de los confines o a las tierras bárbaras más o menos lejanas. Incluso los propios paisajes griegos, mucho más familiares y próximos a la percepción directa de sus habitantes, fueron también objeto de idealización y convertidos, siquiera en una mera operación intelectual o emotiva, en tierras fabulosas que representaban el escenario más adecuado para una vida feliz y afortunada. Ciertamente en ellas no se daban las bendiciones incontables de la naturaleza que se atribuían a los países de los confines del orbe ni las maravillas o prodigios que podían encontrarse a cada paso en tierras bárbaras como la India o Egipto. Ahora se trataba de lugares apacibles, incluso encantadores en algunos momentos, que, por sus leyes y forma de gobierno o por gozar de un clima extraordinariamente templado y una mezcla adecuada de las estaciones, permitían que los hombres que allí habitaban alcanzasen una forma de vida ideal que podía constituirse como un modelo a imitar. La historia mítica, el aislamiento, el prestigio cultural y los afanes políticos desempeñaron sin duda un papel decisivo en esta clase de procesos de idealización pero en todo caso revelan una tendencia innata al espíritu griego como era la de imaginar paisajes ideales, propios o ajenos, más o menos accesibles que evocaban viejos sueños de grandeza pasada y permitían albergar alguna esperanza en un futuro incierto.

Creta

Un caso evidente de idealización dentro del mundo griego lo tenemos en la isla de Creta, el viejo solar del gran Minos, que desde siempre había estado presente en la conciencia mítica de los griegos. A pesar de que los griegos de la época clásica ignoraban la existencia de la civilización enormemente avanzada que se había desarrollado en la isla a lo largo de la primera mitad del segundo milenio, existía la conciencia de su pasada grandeza, tal y como la vemos reflejada en la *Arquelogía* de Tucídides, y habían quedado indicios en el mito que de alguna manera revelaban la importancia primigenia de la isla, que había sido nada menos que la cuna de Zeus. En la *Odisea* homérica aparece ya una visión de Creta que viene a reflejar esta opulencia:

> Creta es una tierra en medio del ponto, rojo como el vino, hermosa y fértil, rodeada de mar. En ella hay numerosos hombres, innumerables, y noventa ciudades en las que se mezclan unas y otras lenguas. En ella están los aqueos y los magnánimos cretenses autóctonos, en ellas los cidones y los dorios, divididos en tres tribus y los divinos pelasgos. Entre estas ciudades está Cnosos, una gran urbe donde reinó durante nueve años Minos, confidente del gran Zeus[1].

Aparte de su importancia histórica en aquellos lejanos tiempos, de la que se guardaba recuerdo a lo largo de todo el período clásico[2], Creta era también el centro de atención principal a la hora de considerar los mitos y prácticas religiosas más importantes. Desde Creta habían llegado hasta Delfos los ritos de purificación, según se nos cuenta en el *Himno homérico a Apolo*[3], y de la isla procedían también algunos de los especialistas más afamados en purificación o en las artes proféticas como Caramanor que había purificado a Apolo tras la muerte de Pitón, o Epiménides, que había prestado sus servicios en Atenas[4]. La isla gozó también de gran prestigio en el campo de las artes pues no en vano en ella había nacido el legendario Dédalo, a cuya escuela se atribuían las obras de arte más destacadas y en ella se habían desarrollado también por vez primera fenómenos como la música coral o la danza[5].

Sin embargo fue a partir del siglo IV cuando la idealización de Creta empezó a adoptar un cariz algo diferente, basada fundamentalmente en la excelencia de sus leyes y su gobierno, siendo presentada incluso como el modelo adecuado a seguir en una obra como las *Leyes* de Platón[6]. Aparece vinculada además a Esparta, con cuya forma de gobierno e instituciones se establecen evidentes paralelos, si bien se señalan ciertas diferencias entre ambas que hacen del régimen de Creta algo menos acabado y perfecto que la constitución lacedemonia[7]. En las consideraciones de Aristóteles a este respecto, el aislamiento de la isla, "en medio del mar" que ya señalaba el poeta, constituye uno de los condicionantes principales que facilita la existencia de un régimen de estas características, pues evita las rebeliones internas y la protege del exterior, si bien el mismo autor señala defectos evidentes en la misma que la distancian demasiado de lo que pudiera parecer una tierra fabulosa, uno de cuyos elementos definitorios suele ser esta posición alejada del resto del orbe.

Ecos evidentes de este proceso de idealización de la isla pueden apreciarse en algunos de los tratados paradoxográficos que han llegado hasta nosotros, como el

---

[1] *Od.*, XIX, 172-179. (Traducción de Jose Luis Calvo, Editora Nacional).

[2] Así en Hdt., III, 122; Tuc., I, 4 y 8; Plat., *Leg.* 706 ab; Arist., *Pol.*, 1271 b 37

[3] *Himn. Hom. Apol.*, 388 y ss. *Cf.* Defradas (1954), 72 y ss.

[4] En general Farnell (1927), 26.

[5] Sobre la importancia de Creta a este respecto, Demargne (1947).

[6] Al respecto, Morrow (1960). Sobre la visión de Creta a partir de estos momentos, Van Effenterre (1948). Recientemente véanse las consideraciones al respecto de Lens (1994).

[7] Arist., *Pol.*, 1271 b y ss.

atribuído falsamente a Aristóteles, donde se señala que en la isla no existe ninguna clase de alimañas nocivas ni tampoco bestias salvajes a causa de haber sido el lugar en el que nació Zeus[8]. En esta misma línea cabe interpretar el pasaje de otra de estas obras, la conocida como *Paradoxógrafo Florentino,* en el que se establece la primacía cretense en el hecho de poseer leyes por haberlas recibido Minos directamente de Zeus, tras haber frecuentado durante nueve años su gruta[9]. Así mismo se señala en este último pasaje la dura educación comunitaria que los niños cretenses recibían como formación para la guerra, reflejando de esta forma la doble corriente que hacía de la isla un lugar ideal, tomando como base por un lado sus ancestrales tradiciones religiosas, que la hacían patria originaria de Zeus y sede de un monarca sabio, Minos, que había recibido sus leyes del dios, y por otro el carácter comunitario y rígido de sus instituciones educativas, que en paralelo con las de Esparta, la situaban como modelo de los intelectuales que deseaban un cambio profundo en las estructuras organizativas de la pólis ateniense.

Por lo general, además, esta visión idealizada del sistema constitucional de la isla choca de forma evidente con la valoración mucho menos elevada que de la vida y las costumbres cretenses se tenía por aquel entonces y particularmente a lo largo del período helenístico, tal y como nos revela Polibio, que considera a los cretenses, junto a los etolios, como los auténticos paradigmas de un comportamiento taimado, mendaz y poco fiable[10]. Se trató por tanto de una mera operación intelectual llevada a cabo en un momento de crisis del sistema "político" que impulsará la creación o redescubrimiento de nuevas formas ideales de comunidad y gobierno, tal y como aparecen en autores como Platón y Jenofonte, salidos ambos de los medios socráticos, donde posiblemente se empezaron a gestar este tipo de especulaciones. La isla de Creta, prestigiosa como era en el mito, donde ocupaba una posición destacada, y con un papel señalado en ciertas tendencias místico-religiosas, era sin duda un lugar adecuado donde situar una forma de comunidad bien organizada, a la vista de su aparente aislamiento del resto de la Hélade y del olvido manifiesto en que la isla había recaído tras el período arcaico, pasando a desempeñar una posición gris y secundaria dentro del concierto helénico[11]. Las miradas casi desesperadas que buscaban fuera de la pólis clásica espacios ideales y soluciones a sus problemas ya

---

8 *Mir. Ausc.*, 83.

9 Par. Flor., 58.

10 Pol., VI, 45, niega que la constitución cretense pueda parangonarse con la espartana, tal y como han sostenido otros autores anteriores, entre los que menciona a Eforo, Jenofonte, Calístenes y Platón, para pasar a afirmar a continuación, VI, 46 que "en este país (Creta) el lucro inmoral y la estafa han arraigado tanto, que de todos los hombres sólo entre los cretenses no hay ganancia que resulte infame" (traducción de M. Balasch, Biblioteca Clásica Gredos). Un ejemplo concreto de la consideración que los cretenses le merecen a Polibio lo encontramos en el episodio de la captura de Aqueo en Sardes, VIII, 15-21. Al respecto véanse nuestras consideraciones en Gómez Espelosín (1992).

11 Recuérdese que sus ciudades apenas habían prestado apoyo en la guerra contra los persas y durante la guerra del Peloponeso se había mantenido prácticamente al margen, dividida en sus lealtades a uno y otro bando.

endémicos encontraron en la isla lejana, pero próxima y familiar al mismo tiempo, un referente apropiado a esta clase de preocupaciones.

Esparta

El caso de Esparta es semejante al de Creta, si bien en este caso no existía el pasado glorioso que se atribuía a la isla ni se daban tampoco los referentes de carácter religioso que afectaban a aquella. Realmente nunca llegó Esparta a convertirse del todo en una tierra fabulosa, como quizá sí lo fue Creta, al menos en un primer momento en que se la vinculaba con esas leyendas que hacían de sus bosques y montañas las moradas adecuadas de ninfas y dioses y un terreno propicio para gestar individuos dotados de características especiales como los ya mencionados Caramanor y Epiménides. Sin embargo la incluímos en nuestro repertorio a causa de la idealización de que fueron también objeto dentro de la propia Grecia su forma de gobierno y su sistema de organización social, convirtiéndose en el modelo teórico y referencial de una buena parte de la intelectualidad crítica ateniense que buscaba alternativas al caduco sistema democrático que empezaba a dar por entonces, finales del V a. C y principios del IV, síntomas evidentes de descomposición[12].

Este no es ciertamente el lugar adecuado para tratar ni siquiera de pasada acerca de la naturaleza de la constitución y las leyes espartanas o de la mayor o menor correspondencia existente entre la representación que de ellas se tuvo en estos medios filolaconios atenienses y la realidad histórica efectiva[13]. Tan sólo pretendemos señalar la existencia de un caso claro de idealización dentro del espacio propiamente griego, reducido una vez más al terreno de la constitución y el ordenamiento político, ya que la cercanía y buen conocimiento que se tenía del país en el resto de la Hélade impedían del todo el convertir Esparta en una tierra fabulosa dotada de otra clase de condiciones que no fueran aquellas debidas a la sola acción del hombre, y en concreto de un sólo hombre sabio como era el mítico legislador Licurgo a quien se atribuía la creación de esta constitución ideal[14]. De hecho las costumbres espartanas y en especial su sistema educativo, se convirtieron en uno de los tópicos habituales en los tratados políticos y se aplicaron incluso estas supuestas costumbres e instituciones a las sociedades utópicas diseñadas ya en otra parte, fuera del orbe helénico, por considerar que dicha legislación respondía a las necesidades y exigencias de una comunidad asentada sobre unas bases sólidas que garantizasen la armonía interna y la continuidad frente a las disputas constantes y el estado de debilidad permanente a que se veía abocado el sistema político existente[15].

12 Al respecto, Pozzi (1991).

13 Una visión sinóptica reciente la tenemos en MacDowell (1986), donde se hallará citada la bibliografía anterior pertinente al caso.

14 Remitimos para todo ello a las célebres obras de Ollier (1933-1943) y Tigerstedt (1965-1978).

15 Dawson (1992), 21 y ss.

La victoria espartana sobre Atenas en el 404 al final de una larga contienda reforzó las expectativas puestas en su sistema por parte de todos aquellos que ya antes habían comenzado a mirar con ojos críticos las debilidades y carencias de la democracia ateniense. La superioridad de las instituciones laconias se ponía ahora de manifiesto de manera contundente. Las costumbres existentes en la ciudad lacedemonia sobre la vida familiar y el sistema de propiedad constituían la base del éxito espartano en opinión de portavoces tan señalados de las filas filolaconias como Critias o Jenofonte, que alababan también otra clase de prácticas de tipo colectivista como la institución de los comedores comunes - las célebres *syssitiai*- o la comunidad de bienes, extendida incluso a las mujeres e hijos, que como es bien sabido, constituía uno de los rasgos definitorios del estado utópico y era al tiempo una de las costumbres que se destacaban de forma especial en las descripciones etnográficas de los pueblos bárbaros que la practicaban[16].

La derrota posterior de Esparta y su pérdida de hegemonía rebajaron sin embargo de forma sensible las pretensiones idealizadoras de los filolaconios que habían llegado incluso a plasmar en formulaciones utópicas abstractas como las de Faleas de Calcedonia las cualidades del sistema espartano[17]. Sus valedores se limitaron entonces a proponer como modelo a imitar la disciplina moral espartana, tal y como hizo Jenofonte, o la validez universal de su sistema político basado en la constitución mixta -*mikté politeia*- que constituía una forma intermedia entre los polos opuestos de la democracia y la oligarquía, reuniendo y seleccionando las virtudes inherentes a ambos sistemas[18]. Esparta fue por tanto también en este caso origen de un proceso de especulación política que dio lugar a un espacio ideal desde el punto de vista constitucional y organizativo que constituía la referencia modélica a imitar. Sin embargo, una vez más también, la Esparta que servía de modelo referencial era en buena medida un país irreal, producto de la ficción filosófico-política de los medios socráticos, que desencantados de la democracia ateniense y traumatizados además por los terribles sucesos que desembocaron en la condena a muerte del maestro, buscaban desesperadamente un punto de anclaje algo más real que las meras especulaciones utópicas donde poder depositar sus expectativas e ilusiones de una sociedad mejor y más sabia.

Atenas

Dentro del proceso de idealización de las tierras griegas, Atenas ocupa lógicamente un lugar destacado. Con la consolidación de la democracia y la victoria sobre

---

16 Al respecto, Rosellini y Saïd (1978) y Dawson (1992), 18 y ss..

17 Faleas fue posiblemente un oscuro sofista, discípulo de Trasímaco de Calcedonia que estuvo activo a finales de la guerra del Peloponeso. Véase, Lana (1950).

18 Al respecto véase la obra de Aalders (1968).

los persas, la pólis del Atica se convirtó en una de las potencias de la Hélade, orgullosa de un pasado, que cada vez se magnificó más para darle esplendor y grandeza, y consciente de su superioridad sobre las demás ciudades del Egeo a las que fue además sometiendo de forma progresiva a su dominio a través de la ficción político-propagandística de la liga ático-délica. Ya en los trágicos griegos se pone de manifiesto este proceso de idealización que afecta incluso a su paisaje, poco agraciado en la realidad a la vista de las campiñas feraces de otras tierras y sus caudalosos ríos que faltaban por completo del escenario ateniense. El paisaje del Atica se convierte sin embargo en un objeto de poesía que recalca sus virtudes acentuando quizá más los aspectos emotivos que se desprenden de su contemplación para quien arriba hasta ellos provisto de un ánimo favorable a ello.

Encontramos de esta forma pasajes tan significativos como el célebre coro del *Edipo en Colono* de Sófocles, donde a las delicias paisajísticas se vienen a sumar las evocaciones religiosas que otorgan al escenario unas características excepcionales, muy por encima de una realidad más prosaica, que sirve de lugar de acogida al desafortunado héroe de la saga tebana

En este país de buenos caballos, extranjero
has alcanzado la mejor morada de la tierra,
el blanco Colono, donde
el melodioso ruiseñor
con más frecuencia trina
en lo hondo de los verdes valles,
entre la oscura hiedra
y la inviolable enramada
de muchos frutos del dios,
protegida del sol y de los vientos
de todas las tempestades; por donde
el báquico Dioniso anda
a menudo en compañia de
sus divinas nodrizas.

Y florece siempre cada día
bajo el rocio del cielo
en hermosos racimos el narciso,
en antigua corona de las dos grandes diosas,
y el azafrán de reflejos de oro.
Aquí no amenguan las insomnes
aguas vagas de la corriente
del Cefiso, sino que siempre
cada día viene a fecundar
a prisa con su pura agua

los llanos de la tierra extensa.
Y no aborrecen a esta comarca
los coros de las Musas ni
Afrodita la de riendas de oro

Una cosa hay aquí tal la que yo
no oí que en la tierra de Asia
ni en la gran isla dórica de Pélope
jamás creciera, una planta
indomable que de sí misma rebrota,
terror de las lanzas enemigas,
que sobre todo crece en esta tierra,
el olivo de glaucas hojas,
nutridor de nuestros hijos,
al cual ni joven ni viejo
destruirá por su mano con violencia.
El ojo vigilante de Zeus
protector de los olivos
siempre le guarda, y también
Atenea la de ojos de lechuza.

Y otra alabanza tengo que decir,
la mejor, de nuestra tierra madre,
don de un gran dios y mi mayor orgullo:
¡ que es de buenos caballos, de buenos potros,
buena en el mar.
Oh hijo de Cronos tu en tal honor
la asentaste, soberano Posidón,
al hacer por vez primera en este país
el freno que doma a los caballos;
y el admirable remo de buen bogar,
ajustado a nuestras manos,
brinca veloz por el mar
en pos de las Nereidas de cien pies[19].

De todo el texto se desprende una imagen de una tierra bendecida y protegida por los dioses que la han proporcionado ventajas aparentemente nimias como el olivo pero cuya posesión le rinde no pocas ventajas y la diferencia del resto de la Hélade, en particular de Esparta y de Jonia, a las que alude el poeta en una de las estrofas. No faltan por otro lado los habituales elementos que infunden una sensación de placidez con las alusiones a los verdes valles, a los muchos frutos del dios, a

[19] *Edip. en Col.*, 668-719. (Traducción de Mariano Benavente Barreda, col. Hernando).

las corrientes de agua o al trino de los pájaros. Una imagen en suma idílica que retrata un lugar del Atica pero en cuyas intenciones globales se descubre un proceso de idealización mucho más amplio que abarca a toda la región ateniense, favorita de los dioses, que la han visitado a menudo y muestran su favor hacia ella con dones fundamentales como el olivo, el freno de los caballos o el remo marino.

La conciencia ateniense de la autoctonía hacía remontar hasta el mítico Erecteo su linaje y enlazaba de esta forma su país con la edad primigenia de los dioses que frecuentaban esta tierra. Esa es la visión que se desprende de otro coro trágico, esta vez de la *Medea* de Eurípides[20].

> Los hijos de Erecteo desde antiguo fueron prósperos e hijos de dioses felices, de una tierra santa y no devastada, nutridos de la sabiduría más ilustre, caminando siempre con soltura por el resplandeciente éter, en donde, una vez, dicen que las santas Piérides, las nueve Musas engendraron a la rubia Armonía
>
> Y cuentan que Cipris, alcanzando las bellas corrientes del Cefiso, difunde sobre su tierra las auras dulces y suaves de los vientos y que siempre, ceñidos sus cabellos con una corona perfumada de rosas, envía a los Amores como compañeros de la sabiduría, colaboradores de toda virtud.
>
> ¿Cómo la ciudad de los ríos sagrados, la tierra acogedora de los enemigos te va a recibir a ti, la asesina de sus propios hijos, la impura entre las impuras?

El coro con su mensaje de alabanza de la tierra del Atica pretende persuadir a la maga de la Cólquide para que no busque refugio en la ciudad a la vista del terrible crimen cometido ya que no resultaría apropiado para una tierra dotada de tales cualidades que había sido desde sus orígenes un lugar visitado por los dioses el acoger a un ser que ha cometido tamaño crimen[21]. El Atica se había convertido por tanto en un lugar escogido por los dioses que habían elegido dicha región ya en tiempos antiguos que ni siquiera alcanzaban la memoria de los propios atenienses tal y como señala Platón en el *Timeo*, dentro del relato mítico de Critias, a causa de que

> la buena mezcla de las estaciones que se daba en ella podría llegar a producir los hombres más prudentes [22].

Un mito el de la autoctonía que constituía uno de los rasgos fundamentales en las señas de identidad ateniense y que servía al tiempo para encumbrar la tierra del Atica sobre todas las demás a causa precisamente de este carácter primigenio y sagrado[23].

---

[20] *Med.*, 824-855. (Traducción Alberto Medina González, Biblioteca Clásica Gredos).

[21] Ya en en Esquilo, *Eumen.*, 869, aparece la idea de Atenas como la tierra más querida de los dioses.

[22] *Tim.*, 24 d

[23] Sobre la autoctonía ateniense, que no puede ser ni mucho menos tema a tratar en este espacio, puede verse el libro de Loraux (1981), 35 y ss.; Rosivach (1987) y Tyrrell y Brown (1991), 138-144.

Si la idealización mítica queda reducida en buena medida en opinión de Tucídides, que aporta bien distintas razones para la continuidad de la población en el Atica como la pobreza de su suelo que desviaba la atención de los invasores[24], no ocurre lo mismo con la política tal y como podemos apreciar bien en el célebre discurso fúnebre pronunciado por Pericles que el mismo historiador recoge en el libro II de su *Historia*[25]. Atenas, considerada la ciudad más autárquica de todas, poseía una constitución que en nada envidiaba a las de los demás sino que era incluso modelo a imitar por ellos. Los atenienses disfrutaban de la igualdad de derechos así como de las ventajas materiales y espirituales que dicha situación comportaba, ya que a la ciudad arribaban toda clase de productos. Sus ciudadanos se preparaban para la guerra sin agobios y siempre sabían adoptar el curso adecuado de las acciones en el momento preciso. Atenas podía considerarse por ello la auténtica escuela de toda la Hélade, pues

> cada ciudadano de entre nosotros podría procurarse en los más variados aspectos una vida completísima con la mayor flexibilidad y encanto[26].

La tierra ideal de los orígenes, bendecida con la presencia divina que la había elegido por morada, se transforma ahora en un producto mucho más reciente, obra de la acción de los hombres que han sabido laborar con sus empresas un pasado glorioso y un presente digno de toda envidia donde puede conseguirse una vida completa en todos los aspectos. Atenas presenta así, en la visión de Tucídides, puesta en boca de Pericles, la imagen clara de un estado ideal que permite realizar al ser humano todas sus potencialidades, sin merma alguna del desarrollo paralelo de todos sus semejantes[27].

Jonia

La Grecia de Asia, en particular la parte central de su banda costera, Jonia, fue sin duda también objeto de cierta idealización dentro del imaginario helénico. Su situación en la desembocadura de fértiles valles fluviales proporcionaba de entrada un paisaje bien diferente al de las ásperas tierras de la Hélade continental, donde los cursos de agua no abundaban precisamente y no podía hablarse con frecuencia de la frondosidad de su vegetación. Jonia gozaba además de un clima temperado que a los ojos de los griegos representaba el punto intermedio ideal entre el frío del norte y los calores del sur. Ya Heródoto se hizo eco de esta posición privilegiada pues los jonios

---

24 Tuc., I, 2.

25 Tuc., II, 35-47.

26 Tuc., II, 41. (traducción de Antonio Guzmán, Alianza).

27 Canfora (1988), 43-51.

> ...han acertado a erigir sus ciudades en la zona que goza de un cielo y un clima más favorable pues ni las regiones situadas más al norte ni las del sur tienen unas condiciones semejantes a Jonia[28].

En esta misma situación insiste el desconocido autor del célebre tratado hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares* ahondando en su caso algo más en las razones profundas que explican esta posición privilegiada:

> Afirmo que Asia es muy distinta de Europa en la naturaleza de todos los productos de la tierra y, también, en la de sus hombres. Efectivamente, en Asia todo es más hermoso y mayor; el país está más cultivado y el carácter de sus habitantes es más dulce y sosegado. La causa de esto es la mezcla de las estaciones......en efecto ni está excesivamente abrasada por el calor ni se reseca a causa de la sequía y la falta de agua, ni sufre la violencia del frío, ni resulta húmeda y empapada a consecuencia de las muchas lluvias y la nieve. Naturalmente las cosechas son abundantes allí, tanto las nacidas de semillas, como las de plantas que ofrece la tierra de por sí misma. .....los animales que allí crecen son magníficos como cabe esperar y, sobre todo, paren mucho y alimentan muy bien a sus crías. Los hombres son robustos, muy hermosos de aspecto, muy altos y muy poco diferentes entre sí en aspecto y estatura. Naturalmente, esa situación es muy parecida a la primavera, por su propia naturaleza y por la templanza de las estaciones[29].

Un cuadro en suma que se corresponde en buena medida con el esquema ideal de las tierras fabulosas, donde la prosperidad y la fertilidad del suelo se corresponde con la belleza y talla de sus habitantes.

La pujanza de toda la zona en el período arcaico pudo en cierto modo haber contribuído también a esta visión idílica del país, cuyas ciudades fueron además pioneras en tantos campos de la cultura griega. El lujo de sus habitantes era proverbial entre los del continente que llegaron incluso a tacharles de cierto grado de afeminamiento oriental que amenzaba seriamente con menoscabar su condición esencial de griegos. El paso de la región bajo la órbita del imperio persa y el ascenso imparable de las póleis del continente como Atenas o Esparta debió relegar a un segundo plano las cualidades climáticas, paisajísticas y ambientales que habían hecho de toda esta región uno de los lugares privilegiados de la geografía helena, en abierto contraste sobre todo con las ventajas menos contundentes que en este terreno ofrecía el viejo solar continental. Las razones ideales se trasladaron entonces, como ya hemos visto, a otra clase de instancias en las que por encima de la acción de una naturaleza no excesivamente generosa se exaltaban las virtudes y capacidades del hombre para forjar dentro de ella una sociedad perfecta.

---

[28] Hdt., I, 142.

[29] *Sobre aires, aguas y lugares*, 12. (traducción de J.A. López Férez, Biblioteca Clásica Gredos).

Arcadia

La idealización de Arcadia como escenario bucólico parece sin duda un fenómeno tardío que muchos atribuyen a Virgilio y que no habría tenido precedentes anteriores en el campo de la literatura griega[30]. Sin embargo, con independencia de que existiera o no una Arcadia bucólica anterior en la tradición helénica, bien fuera antes o después de Teócrito[31], lo cierto es que esta región central del Peloponeso ofrecía a los ojos griegos un interés particular relacionado con la antigüedad primordial de sus habitantes que se reclamaban descendientes de la estirpe heroica más antigua de todas. Situada en el centro del Peloponeso, rodeada de altas montañas y con un suelo que tenía una elevación también mayor que la de los territorios vecinos, se hallaba en una posición marginal y aislada que pudo en alguna medida haber contribuído a su extrañamiento y magnificación dentro de la conciencia helénica. Su territorio daba cabida a lugares que adquirieron ciertas connotaciones siniestras dentro de la leyenda griega como la laguna Estigia, que era considerada sagrada y manaba de ella un agua mortal, o la de Estinfalo, donde habitaban las terribles aves carnívoras que hubo de aniquilar Heracles en uno de sus trabajos, o el monte Erimanto, donde moraba también el terrible jabalí al que el héroe hubo de dar caza.

Era además una tierra que los dioses habían elegido para su nacimiento como era el caso de Zeus en el monte Liceo, Poseidón en la fuente Arne, donde Rea le dió a luz, o Hermes, que cuando nació fue lavado por las ninfas de los montes junto a las tres fuentes, el lugar denominado Tricrena. Se decía incluso que en una de sus fuentes, en la denominada Olimpíada, era donde había tenido lugar la batalla de los dioses contra los gigantes. Arcadia era también la tierra natal del misterioso Pan, un dios de los pastores cuya mitad inferior tenía forma de macho cabrío que provocaba el pavor en los mortales con su grito estridente. Dada la condición montañosa y boscosa de su territorio era también tierra de osos y lobos, una fauna que tuvo igualmente una incidencia especial en las leyendas produciendo extrañas historias como la de Licaón, convertido en lobo tras haber sacrificado a un niño recién nacido en el altar de Zeus y haber derramado como libación su sangre, o la de Calisto, hija del mencionado Licaón que fue metamorfoseada en osa y convertida más tarde en una constelación astral[32].

---

[30] Así lo cree Snell (1965), 395 y ss. Sin embargo no eran de esta opinión Wilamowitz que piensa a su vez que pudo haber existido una Arcadia anterior que habría sido el modelo del poeta latino, *cf.* Cristobal (1980), 483-484 en donde se halla un estado de la cuestión al respecto.

[31] Reitzenstein (1893), 132 y ss. defiende la existencia de un modelo de Arcadia bucólica anterior a Teócrito. Jachmann (1952), defiende por el contrario que habría existido una bucólica Arcadia anterior a Virgilio pero no a Teócrito. *Cf.* recientemente, Bauzá (1993), 195 y ss.

[32] La mayoría de las noticias sobre los mitos y leyendas asociados con Arcadia se encuentran fundamentalmente en el libro VIII de la *Geografía* de Estrabón y en el correspondiente a la *Periégesis* de Pausanias, que es casualmente también el libro VIII. Remitimos por tanto a ellos de forma general con el objeto de aliviar la carga de notas puntuales a la hora de reforzar cada una de las referencias que aparecen en el texto.

Sus habitantes eran también considerados los más antiguos entre los griegos y a una de sus ciudades, Licosura, se la tenía por la más antigua de todas las ciudades humanas. A este carácter primordial y primigenio se unía la buena fama que se habían ganado sus gentes por el humanitarismo y hospitalidad de sus costumbres así como por el respeto y veneración que practicaban hacia todo lo divino, según nos refiere Polibio, que era originario de la región. La ley obligaba a los niños a acostumbrarse desde la infancia a entonar himnos y peanes con los que glorificaban a los héroes y dioses del país, y los jóvenes se entrenaban al son de la flauta y practicaban danzas con las que obsequiaban más tarde a los demás ciudadanos en el teatro. Esta obsesión por la música no era sin embargo el ejemplo de un modo de vida idílico a la manera de los paisajes ideales relacionados con la edad de oro. Por el contrario, según nos explica el mismo Polibio, la práctica de la música tenía como objetivo principal paliar y suavizar la dureza y severidad de la naturaleza del país, amansando de este modo la rudeza fundamental de su espíritu[33].

La importancia de Arcadia en la leyenda griega fue por tanto considerable y buena prueba de ello es el hecho de que la región figure en un lugar destacado dentro del complejo mítico sobre los orígenes de Roma que se desarrolló sobre todo a comienzos del imperio, gracias a Virgilio y Dionisio de Halicarnaso[34]. Según el mencionado historiador, Arcadia era la cuna de todas las grandes familias heroicas y era por ello el lugar adecuado al que mitógrafos y poetas acudieron en busca de refrendos legendarios con que dar lustre a los humildes orígenes de la ciudad del Lacio[35]. La importancia que el tema arcádico adquirió en estos momentos se debió en buena medida a los deseos propagandísticos de enraizar en suelo griego los orígenes romanos, pero sin duda no partían de cero en esta postura. Probablemente también resultaron determinantes en esta posición preeminente de Arcadia algunos otros factores como el lugar dominante de la región dentro de la leyenda griega; algunos rasgos sobresalientes de su paisaje como los antes mencionados; algunos fenómenos de carácter maravilloso que empezaban a ser tema de los tratados paradoxográficos muy en boga en el período helenístico, como el monte Cilene con sus mirlos blancos o el río Aroanio con sus peces que cantaban como tordos; la extrañeza evidente de algunos de sus cultos como los del Zeus Liceo al que todavía en época macedonia se le hacían sacrificios humanos; el primitivismo proverbial de sus gentes, a las que se había catalogado ya desde Heródoto como "comedores de bellotas"[36]; el escaso nivel de urbanización con muy pocas ciudades destacables ya que vivían fundamentalmente en aldeas; y la buena fama de que gozaban sus habitantes, a la que aludía Polibio, algunos de los cuales habían ya figurado entre los modelos ideales de constitución y justicia, como era el caso de los de Mantinea[37]. Arcadia

---

[33] Pol., IV, 20-21.

[34] Baladié (1980), 295.

[35] Dion. Hal., I, 61. Véase al respecto Bayet (1920).

[36] Hdt., I, 66.

[37] Hdt., IV, 161.

impresionó sin duda a los griegos por todos estos motivos y si bien no podemos considerarla una tierra fabulosa con plenos derechos a causa de razones tan evidentes como la proximidad geográfica y el reducido impacto político que tuvo dentro del panorama helénico, siempre debió ser considerada como un lugar especial, misterioso y fascinante, con una geografía imponente, llena de evocaciones míticas, y unas leyendas antiquísimas que debieron dar que pensar a más de uno. Quizá no es pura casualidad el que alguien como Pausanias reconsidere su postura crítica sobre las leyendas griegas, a las que consideraba al comienzo de su obra como tonterías, precisamente a raíz de su exposición de las leyendas relativas a esta región de Grecia y adopte ante ellas una actitud mucho más reflexiva y considerada[38].

Sicilia

La isla de Sicilia fue también objeto de idealización dentro del imaginario griego a pesar de su temprana entrada dentro del horizonte helénico con las primeras fundaciones coloniales en el siglo VIII a. C. que terminaron convirtiéndola en una parte más de pleno derecho de la Hélade. La isla contaba con rasgos geográficos sobresalientes que pudieron coadyuvar a esta idealización temprana por parte de los primeros navegantes en la forma de una tierra fabulosa en aguas del lejano occidente. El imponente volcán del Etna atrajo sin duda las miradas asustadas de todos los que arribaban a sus proximidades, prestos a situar en sus fauces algunos de los más siniestros terrores de la mitología griega como el monstruoso Tifón o el gigante Encélado, sepultados allí tras su fracasada contienda contra los dioses olímpicos. También el estrecho de Mesina que la separa del sur de Italia pudo contribuir a este proceso, pues el peligro que supone para los navegantes y los animales marinos que rondan en sus proximidades debió alentar la fantasía y el miedo de los marineros y convertir pronto aquellos parajes en un tema más de fabulación donde situar monstruosas bestias a la manera de las homéricas Escila y Caribdis. Por fin la riqueza y feracidad de su suelo, que alentó enseguida el deseo de asentamiento, propició también el surgimiento de algunas leyendas que tendían a situar en la isla la patria de divinidades agrícolas como Deméter o la morada de gigantes rudos y salvajes al estilo de los Cíclopes que apenas sabían utilizar de manera civilizada la enorme riqueza que estaba a su alcance.

Este proceso de mitificación no fue sólo el resultado de la fabulación marinera de aquellos primeros navegantes griegos que llegaron hasta sus costas. Una vez ya instalados en ella y constituídas las primeras póleis en el seno de la isla, se sintió la necesidad acuciante de dotar a este nuevo territorio de un pasado venerable dentro de la saga helénica con el fin de cimentar en sólidas bases el nuevo patriotismo griego que comenzaba a surgir en estas regiones. Algunas localidades como Enna recla-

[38] Paus., VIII, 8, 3.

maban para sí la gloria de haber sido el lugar de nacimiento de Deméter, otros dioses como Afrodita y Hefesto empezaron también a gozar de una relación privilegiada con la isla, y por último algunos de los principales héroes de la saga griega hicieron del lugar un escenario más, a veces privilegiado, de sus aventuras, como es el caso de Dédalo y Minos e incluso de Heracles[39]. A pesar de que la isla no aparece como tal mencionada en los poemas homéricos, muy pronto se comenzó a situar en ella una buena parte de las aventuras marinas de Odiseo y empezaron así a adquirir relevancia dentro de la tradición mitológica griega algunos de los lugares de su entorno como las islas Lípari, el estrecho de Mesina, o el Etna. Ya Tucídides identifica a la isla con la mítica Trinacria, la isla consagrada al Sol, donde éste albergaba sus ganados guardados por sus dos hijas Faetusa y Lampetia, que fue visitada por Odiseo y avistada al menos por los Argonautas[40]. Una identificación que sin duda refleja en buena medida el nivel de idealización mítica al que la isla había sido sometida y en cierta forma también el éxito de la misma cuando era claramante reconocida por un griego del continente sin vinculaciones directas con ella como era el caso del historiador ateniense.

No fue ajena a este deseo de idealización de la isla la actividad de algunos de los tiranos de la misma que fueron objeto del canto encomiástico de poetas como Píndaro o Baquílides por su triunfo en los juegos panhelénicos. La exhaltación de la isla como tierra elegida de los dioses se correspondía con la gloria inmortal que alcanzaba el vencedor. Sicilia es así en la poesía pindárica "fecunda en rebaños" o la isla

> que el señor del Olimpo, Zeus, concedió a Perséfona! Le prometió con un movimiento de su melena que, excelente por la feracidad de su suelo, ensalzaría a la fértil Sicilia por las opulentas cumbres de sus ciudades[41].

A veces incluso recrea en torno al Etna un paisaje de características infernales que recuerdan de forma metafórica la topografía del Hades

> ...el nivoso Etna, columna del cielo, peremne nodriza de punzante nieve. Vomitan sus entrañas purísimos veneros de fuego inaccesible; sus ríos vierten de día un requemado flujo de humo, mas en la oscuridad una roja llamarada voltea rocas con estrépito hasta la honda llanura de la mar[42].

La incorporación de Sicilia dentro de la órbita griega y la creciente importancia que adquirieron las ciudades asentadas en su suelo no impidió sin embargo que la

---

39 En general sobre la significación mítica de Sicilia, Bérard (1963), 303 y ss. Sobre la importancia de Sicilia en la saga de Heracles, Jourdain-Annequin (1992). Sobre la significación de estos mitos para la identidad helénica de los habitantes de la isla, de la misma autora (1988-1989).

40 Tuc., VI, 2, 2. Esta designación fue tambien utilizada por los poetas helenísticos como Teócr., *Idil*. XXVIII, 18 y Calím., *Him*., III, 57.

41 Pind., *Nem*. I, 13-15. (traducción de P. Bádenas y Alberto Bernabé, Alianza)

42 Pind., *Pit*. I, 20-25. Sobre el paisaje pindárico, Steiner (1986), 87-98.

isla permaneciera dentro de una cierta nebulosa en un horizonte lejano y próximo al mismo tiempo que no facilitaba un conocimiento generalizado de la misma. Esta situación de incertidumbre e ignorancia acerca de las exactas condiciones de la isla se puso de manifiesto a la hora de emprender la célebre expedición contra ella durante la guerra del Peloponeso. La mayoría de las gentes de Atenas desconocían casí todo sobre Sicilia, según Tucídides:

> la mayor parte de ellos desconocía la extensión de la isla y que el número de sus habitantes era considerable, fueran griegos o bárbaros, así como que emprendían una guerra de importancia no inferior a la que estaban sosteniendo contra los peloponesios[43].

El mismo historiador alude a su antigua población, los cíclopes y los lestrigones, tema que ha sido objeto de la atención de los poetas, poniendo en evidencia cómo la atribución de estas poblaciones míticas a la isla era ya un tema que venía desde antiguo y constituía ya en su tiempo un tema bien conocido que le parecía innecesario tratar. Quizá las tradiciones míticas relativas a Sicilia sustituían así en la mentalidad popular griega del continente de aquellos momentos cuaquier otra noticia sobre la isla, a pesar de los frecuentes contactos y del cúmulo de informaciones que aquellos habían significado a lo largo de la historia más reciente.

Fue sin embargo la acción mitificadora de los historiadores del occidente griego, en particular de Timeo muy posiblemente, la que rodeó la isla de toda esta aureola fabulosa, tratando de sistematizar en un orden coherente las viejas tradiciones que quizá de forma mucho más sumaria y alusiva remitían a la isla como escenario de las grandes hazañas heroicas[44]. Fue precisamente este historiador siciliano el que indentificó también la isla con la mítica Trinacria, fundamentando su tesis en los tres promontorios de la misma, y parece que hay que atribuir también a él la invención del paso de los Argonautas por ella, en lo que fue luego imitado por Apolonio de Rodas, dotando así a su patria de un glorioso pasado mítico al figurar dentro de una de las principales leyendas heroicas[45].

Lo cierto es que Sicilia empezó a ocupar un lugar relevante dentro de la tradición de los relatos maravillosos, conocida como Paradoxografía, según se comprueba en el tratado más célebre del género que ha llegado casi íntegro hasta nosotros, el denominado *Mirabiles Auscultationes* que fue atribuído a Aristóteles[46]. Sicilia fue incluso el tema central de algunos otros autores como Ninfodoro de Siracusa que

---

[43] Tuc. VI, 1. (traducción de Antonio Guzmán, Alianza).

[44] Eco de estas corrientes es muy posiblemente el pasaje de Diodoro dedicado a la isla, V, 2-6 donde las viejas tradiciones son ordenadas y sistematizadas con el objeto de constituir un relato coherente.

[45] *Cf.* Escol. a Apol. Rhod., IV, 971. Delage (1930), 245-246.

[46] Sobre la importancia del elemento mítico en la historia de Timeo, Pearson (1987), 53 y ss. También Vattuone (1991), 303 y ss. Sobre los posibles ecos de Timeo en el tratado pseudoaristotélico, Geffcken (1892), 83 y ss.

escribió un tratado sobre las cosas asombrosas de la isla o Polemón que dedico una obra a sus ríos asombrosos[47]. Por fin la isla se convertirá también a comienzos del período helenístico en el escenario natural idílico de los pastores de Teócrito, constituyendo una prefiguración de lo que más tarde, en una formulación mucho más estereotipada y artificiosa, será el *locus amoenus* de la poesía bucólica latina[48]. La nueva estética helenística que tendía a idealizar una naturaleza cada vez más lejana del tráfago y confusión de las grandes urbes que empezaban por entonces a ser norma en los modos de vida generales se hallaba sin duda en la base de tales estereotipos[49], pero no hay que descartar tampoco en modo alguno que el poeta fuera especialmente sensible a la belleza del paisaje de su tierra natal o se sintiese atraído por la tradición legendaria en este sentido que había hecho de su isla una tierra fabulosa, protegida de los dioses, frecuentada por los héroes y la cuna de una brillante historia que la había aupado muy temprano a los primeros lugares dentro del panorama helénico.

Otros lugares

Dentro de la geografía griega existieron también otros lugares que si bien no podemos catalogar como tierras fabulosas en el sentido más global del término, sí gozaron por otra parte de un *status* particular en la imaginación helena. Este podría ser el caso de la isla de Lemnos, que ocupó siempre una posición especial dentro de las leyendas griegas. La condición volcánica de la isla y los gases que desprendía favorecieron la ubicación en ella del culto del dios Hefesto, que según la leyenda habría ido a caer allí cuando Zeus le arrojó desde el Olimpo al tratar de defender a su madre Hera[50]. Allí le acogieron los sintios, nombre que otorga Homero en este mismo pasaje a los habitantes prehelénicos que habitaban la isla, calificados en la *Odisea* como "de lengua salvaje"[51]. La isla aparece asociada al ciclo de los Argonautas donde los héroes encuentran una sociedad regida tan sólo por mujeres, dado que habían asesinado a sus maridos a causa de su alejamiento por el mal olor que Afrodita les había enviado por haber descuidado su culto. En esta isla es también abandonado Filoctetes cuando por causa de una mordedura de serpiente la herida de su pie exhalaba un hedor insoportable. La imagen de Lemnos, tal y como aparece en el *Filoctetes* de Sófocles, presenta un alto grado de idealización que nada tiene que ver con la realidad aparente de aquellos momentos. Como ha señalado Bernand, el

---

47 Sobre estos autores, Giannini (1964) y nuestra introducción acompañada de la traducción de sus fragmentos en *Paradoxógrafos griegos*, Biblioteca Clásica Gredos (en prensa).

48 Al respecto véase, Schönbeck (1962).

49 Hugues Fowler (1989), 23 y ss.

50 *Il.*, I, 590-594. Sobre la naturaleza de Hefesto y su asociación con este escenario, Burkert (1985), 167-168.

51 *Od.*, VIII, 294.

poeta trágico subordina toda la descripción a dos elementos fundamentales, como el "desierto" que rodea al abandonado héroe y la condicion liminal de los márgenes en la que el joven Neoptólemo lleva a cabo su aprendizaje[52]. El paisaje de la isla se transforma de este modo en un escenario adecuado que permita expresar al máximo la desesperada soledad del protagonista.

Sin embargo la elección del mismo no era casual y probablemente Sófocles contó en su favor con la tradición legendaria que hacía de la isla un lugar extraño e inquietante, que al igual que Sicilia unía la fertilidad de su suelo, capaz de dar acogida a una población numerosa, a elementos naturales mucho más alarmantes como su naturaleza volcánica con el temor consiguiente que despertaba esta circustancia en un medio como la cuenca del Egeo, no desacostumbrado precisamente a esta clase de riesgos. Estas condiciones naturales, unidas a la naturaleza no griega de su población original[53], hicieron de la isla el lugar adecuado donde situar, dentro de un horizonte geográfico relativamente familiar, algunas de las leyendas que por su condición requerían un espacio extraño y marginal, donde su existencia podía ser fácilmente admitida sin demasiados miramientos.

Otra isla que también gozó de una posición particular fue Eubea, cuyas especiales condiciones físicas la convirtieron en tema central de debate de la especulación geográfica griega[54]. Aunque situada muy cerca de los centros de poder como Atenas o Beocia, la isla presentaba ciertas condiciones excepcionales como las corrientes contrarias del Euripo que tanto interesaron a la ciencia griega, desde Aristóteles a Eratóstenes, la actividad sísmica de su suelo, las fuentes termales y una serie de fenómenos sosprendentes como los ríos Cereo y Neleo que producían lanas de distintos colores en el ganado que abrevaba en ellos, o la piedra que se hila y se teje de las cercanías de Caristo, la riqueza en mármol, o la llanura de Lelanto que albergaba una mina de naturaleza extraordinaria donde se daban al unísono el cobre y el hierro[55].

Resta por fin considerar la isla de Cerdeña, que si bien no se integró del todo dentro del ámbito helénico fue también objeto de cierta fabulación, tal y como aparece descrita en una breve digresión del libro X de la *Periégesis* de Pausanias[56]. La isla era considerada fértil y bien poblada, semejante en tamaño y prosperidad a las más celebradas. Su historia mítica fue seguramente también tema de interés de los historiadores de occidente, y de Timeo en particular, que dotaron a la isla de un

---

52 Bernand (1985), 108 y ss.

53 En la isla se encontraron diferentes enterramientos de cremación que revelaban un material no griego como hachas y cuchillos de hierro y un tipo de cerámica muy parecida al bucchero etrusco, pueblo con el que por cierto se relacionaba ya en la antigüedad la isla como patria original del este pueblo itálico, *cf.* Della Seta (1927).

54 Al respecto, Aujac (1994).

55 Las distintas referencias, procedentes de Estrabón pueden hallarse en el artículo antes mencionado de Aujac (1994).

56 Paus., X, 17.

pasado notable griego con la expedición de Aristeo, hijo de Apolo y Cirene[57]. Las condiciones geográficas de la isla, con montañas casi inaccesibles en su interior y profundos barrancos, y una costa desprovista de buenos puertos que facilitaran la llegada de navegantes, contribuyeron seguramente también a este proceso de extrañamiento. Pausanias dice que el aire que allí se respira es turbio y malsano a causa de la sal cristalizada y del viento del sur, circustancia que no favorecía ni mucho menos el acercamiento y población de la isla. Sin embargo se hallaba desprovista de serpientes y de plantas venenosas con excepción de una que provocaba la muerte a quien la probaba en medio de risas. Esta última circustancia así como la característica particular de sus carneros cuyos cuernos se enroscaban por encima de las orejas, apunta a la condición "paradoxográfica" de la isla, que a lo que sabemos figuró como tema en esta clase de literatura a causa de sus peculiaridades[58]. La isla era además poco conocida dentro del ámbito helénico, tal y como señala el mismo Pausanias, que justifica de este modo su digresión al respecto, y sin duda esta circustancia contribuyó de igual manera a que Cerdeña figurase como una tierra extraña y perdida, en los confines del territorio de la Hélade, con todas las posibilidades casi intactas para proceder a la fabulación de la misma, si bien esta misma cercanía impedía otorgarle cualidades más extraordinarias.

[57] Pearson (1987), 66-68. Ya Biante proponía a los jonios que partieran y colonizaran Cerdeña, la mayor de las islas, donde vivirían felices y ejercerían su dominio sobre otros. *Cf.* Hdt., I, 170.

[58] Así aparece en el tratado pseudo aristotélico del *Mirabiles Auscultationes*, 100, donde se habla de las extrañas construcciones de la isla, atribuidas a Yolao, del antiguo nombre de Ichnusa a causa de su forma, muy parecida al contorno de la huella humana y de la labor agrícola de Aristeo, que supo sacar partido de su fertilidad a pesar de que se hallaba ocupada previamente por unas aves de gran tamaño. La nota política final que alude al dominio cartaginés de la isla remite posiblemente a un contexto siciliano del período, quizá a comienzos del siglo III a.C. en que griegos y púnicos luchaban por la hegemonía en aquellas regiones del Mediterráneo. Seguramente hay que atribuir el origen de la noticia a Timeo.

FABULACIONES UTOPICAS

Dentro de una relación de las tierras fabulosas que circularon a lo largo de la literatura griega ocupan un lugar destacado aquellas fabulaciones de carácter esencialmente utópico en las que se diseñaba un país completamente imaginario aunque situado en los confines de la geografía real que servía de escenario a una sociedad perfecta. En más de un caso son simples rememoraciones del mito de la edad de oro al que se han venido a añadir ciertas formulaciones teóricas más elaboradas y del que han desaparecido casi por completo las connotaciones religiosas y especialmente aquellas de cariz escatológico que tanta relevancia tenían en mitos como el de las islas de los Bienventurados. A diferencia de esta clase de fabulaciones, de carácter tradicional y difícilmente atribuíbles en su creación a un estrato determinado de esta misma, las que aquí nos proponemos considerar tienen su origen en una formulación individual obra de un autor concreto. Son la obra de autores como Platón, Teopompo, Evémero o el misterioso Jámbulo, que en un momento determinado decidieron adoptar un tipo de relato de esta naturaleza para dar forma a su visión de una sociedad ideal, si bien las intenciones finales de unos y otros son bien distintas. Lo que en Platón no era quizá más que la trasfiguración al terreno mítico de un discurso político más general sobre la misma Atenas, que fue luego parodiado con cierta complacencia en Teopompo, en Evémero y Jámbulo, que escriben ya dentro del todo del período helenístico, en el que parece que tuvo cierta relevancia esta clase de literatura utópica impulsada por la presión y el agobio de los nuevos tiempos[1], responde posiblemente a otra clase de motivaciones que tienen que ver más con el deseo de cambio hacia una sociedad mejor o el simple deseo escapista de un mundo imperfecto, entreveradas eso sí de ciertas aspiraciones filosóficas muy al uso de los tiempos[2].

La Atlántida

Sin duda el primer lugar de esta clase de fabulaciones utópicas lo ocupa la celebérrima Atlántida de Platon. El relato pseudohistórico que el filósofo presenta a lo

---

[1] Sobre la importancia de las utopías en esta época, Mosse (1969); Ferguson (1975), 122 y ss.; Aalders (1975), 64 y ss. y Green (1990), 382 y ss.

[2] Dawson (1992), 160 y ss.

largo de su diálogo incompleto el *Critias* y anticipó en algún modo en el *Timeo,* ha tenido, como es bien sabido, una honda repercusión en todos los terrenos[3]. No es este el lugar adecuado para analizar el tan discutido producto de la imaginación platónica. Tan sólo nos proponemos aquí destacar aquellos rasgos de la utopía platónica que sintonizan de forma clara con el esquema fundamental de lo que hemos venido considerando una tierra fabulosa.

La Atlántida según Platón se hallaba situada en una isla delante de las columnas de Heracles, de un tamaño superior a Africa y Asia juntas[4]. Las características de la isla resultan ya de entrada sorprendentes. El centro de la misma estaba ocupado por una llanura "que se dice que era la más bella de todas y de buena calidad" y a su vez en el centro de ésta había una montaña baja en la que habitaba Evenor, nacido de la tierra, que vivía allí con su esposa Leucipe. Ambos tuvieron una hija, Clito, que al morir sus padres se unió a Poseidón, a quien la isla había correspondido a la hora del reparto del mundo entre los distintos dioses[5]. El dios remodeló la isla de forma que pudiera proteger a su esposa, aislando la colina central por medio de una serie de anillos alternos de tierra y mar, todos ellos a la misma distancia. La isla resultaba así del todo inaccesible ya que no había por entonces ni barcos ni navegación. Dotó además a la isla de dos fuentes, una de agua fría y otra de agua caliente, e hizo que surgiera de la tierra alimentación variada y suficiente para sus habitantes. Engendró a continuación cinco generaciones de gemelos varones y dividió la isla en diez partes, entregando la casa materna al mayor de ellos y haciéndole a su vez rey de los demás.

La estirpe de Atlante, que así se llamaba el rey principal, fue numerosa y distinguida y se mantuvo a lo largo de muchas generaciones. Poseían abundantes riquezas y disponían de todo lo necesario sin necesidad de salir de la propia isla, a pesar de que también les llegaban productos de todas partes gracias a su imperio. La isla en efecto producía metales como el oricalco, el más valioso de todos con excepción del oro, y sus bosques les proporcionaban madera abundante y servían para dar también cobijo a un número suficiente de animales domésticos y salvajes, incluído el elefante, "que es por naturaleza el más grande y el que más come". La isla producía así mismo toda clase de fragancias y alimentos, en sus diversas especies, como legumbres, aceites y frutas, y todo ello en una cantidad ilimitada. A esta pujanza y prosperidad de la naturaleza correspondía la magnificencia y boato de los edificios que los Atlantes habían construido. El palacio central era asombroso por la grandeza y belleza de sus obras, pues cada uno de los que lo habían ocupado había tratado de superar a sus predecesores. Levantaron puentes en los anillos de mar que ponían en comunicación unas zonas con otras y rodearon el palacio con

[3] Dentro de la amplísima bibliografía al respecto y dejando de lado aquellos desafortunados intentos de localización de la mítica isla, un cómodo resumen de todo el tema puede hallarse en Gill (1980)

[4] *Tim.*, 24 e

[5] *Crit.*, 113 c y ss.

una muralla provista de puertas y torres. Las piedras utilizadas eran de colores diversos como blanco, negro y rojo, y con ellas construyeron también sus casas combinando los colores para solaz de su vista. La muralla exterior la recubrieron de hierro y el interior con casiterita fundida y oricalco "que poseía unos resplandores de fuego".

El palacio, que se hallaba situado dentro de la acrópolis, tenía en su centro un templo inaccesible consagrado a Clito y Poseidón que estaba rodeado por una valla de oro. Hasta allí llegaban todos los años los frutos de la estación en forma de ofrendas desde las diez regiones en que estaba dividida la isla. Un templo de Poseidón, de dimensiones enormes, se hallaba cubierto de plata salvo en las cúpulas que lo estaban de oro. Su decoración interior, con el techo de marfil, estaba compuesta de plata, oro y oricalco y presentaba por tanto a la vista una apariencia multicolor. Las paredes, columnas y pavimento eran también de oricalco. Albergaba una imagen de oro del dios que tocaba el techo con la cabeza a causa de su altura y otras muchas estatuas, ofrecidas como exvoto por los particulares. Alrededor del templo se hallaban también estatuas de oro de todos aquellos que habían pertenecido a la familia de los diez reyes así como otras muchas que provenían de los otros reyes de las regiones que estaban bajo su dominio.

El resto de las construcciones guardaba proporción y magnificencia con el templo. Así era el palacio y una serie de edificaciones que hicieron alrededor de las fuentes. Levantaron también cisternas al aire libre y cubiertas para los baños calientes y ordenaron todas ellas de forma conveniente. Las había reales, privadas, públicas, unas para mujeres y otras incluso para los caballos y animales de tiro. Canalizaron estas corrientes de agua hacia el bosque de Poseidón, donde se hallaban árboles multiples y variados, de belleza y altura sobrenatural, y hacia los círculos exteriores de la isla. Allí construyeron también templos, jardines y gimnasios, unos para los hombres y otros para los caballos. La importancia de los mismos se confirmaba por la existencia de un hipódromo en el centro de la isla mayor, donde los caballos podían competir con libertad. Los guardianes vivían en las casas de alrededor en una aproximación al centro que resultaba proporcional a la fidelidad de los mismos hacia el rey, siendo los más destacados en este terreno los que habitaban en el interior mismo de la acrópolis junto a los reyes. Los astilleros se encontraban llenos de trirremes y toda la zona del puerto estaba llena de barcos y comerciantes llegados de todas partes que proporcionaban un continuo bullicio y actividad a esta parte de la ciudad.

La llanura donde la ciudad se hallaba emplazada estaba rodeada de montañas,

> que superaban por su número, grandeza y belleza a todas las que hay ahora y que tenían en ellas muchas ricas aldeas de vecinos, ríos, lagos y prados, que daban alimento suficiente a todos los animales, domésticos y salvajes, bosques variados en cantidad y especies que proveían abundantemente para todas y cada una de las obras.

La propia llanura tenía casi la forma de un cuadrilátero rectangular recorrido por canales que servían para transportar los productos de las montañas hacia la ciudad. Recogían además dos cosechas, la de invierno con las aguas de la lluvia, y la de verano con las corrientes que producía la tierra conducidas luego a través de los canales mencionados. Toda la región se hallaba dividida en distritos que estaban a su vez asignados a diferentes jefes, encargados de proveer en caso de guerra un contingente de tropas determinado. Los reyes se regían por medio de las disposiciones de Poseidón y las leyes de los primeros reyes que figuraban por escrito en una columna de oricalco que estaba guardada en el templo de Poseidón en el centro de la isla, donde tenían lugar reuniones cada cinco y seis años respectivamente para honrar por igual los períodos de tiempo pares e impares. Realizaban unos sacrificios particulares con un toro, mediante los cuales garantizaban la legitimidad de los juicios y tenían el mandamiento de no atacarse unos a otros y ayudarse en caso de que alguien tratara de destruir la estirpe real.

Esta potencia se mantuvo largo tiempo en pie en tanto la naturaleza divina de la que eran partícipes desde su origen predominó sobre el carácter humano.

> Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que, excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circustancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posiciones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que sobrios reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común, pero que con la persecución de la honra y los bienes exteriores, éstos decaen y se destruye la virtud con ellos[6].

Con este predominio del factor humano, la raza de los atlantes se pervirtió y alcanzaron un nivel de desvergüenza y soberbia por lo que fueron castigados por Zeus, quien tras una derrota a manos de la primitiva Atenas, que consiguió por sí sola impedir el avance expansionista del imperio atlántico, provocó un violento terremoto y a continuación un diluvio que hicieron desaparecer la isla hundiéndola en el mar[7].

El relato platónico contiene, como vemos, casi todos los elementos que caracterizan a una tierra fabulosa. Su ubicación oceánica, que en principio la ponía fuera del alcance de los hombres al no existir entonces navegación alguna, constituía la base de su aislamiento, reforzado más tarde por la obras que Poseidón llevó a cabo mediante la construcción de los anillos concéntricos de tierra y mar que rodeaban la colina central. Una condición que aparece más adelante confirmada con la erección

---

[6] *Crit.*, 120 e - 121 a (traducción de Francisco Lisi, Biblioteca Clásica Gredos). Esta misma traducción se ha venido utilizando a lo largo de todo el texto.

[7] *Tim.*, 25 c-d.

de una muralla tan imponente que seguía preservando la seguridad de la parte central de la isla aun cuando ya afluían hasta sus puertos toda clase de gentes debido al creciente imperio de los atlantes. La feracidad de la naturaleza era sin duda otra de las características que adornaban esta tierra, pues tanto la llanura como las montañas que la rodeban producían toda clase de bienes naturales, de forma que permitían mentener a la ciudad atlántica una existencia completamente autárquica, que con independencia de los productos que afluían desde el exterior a causa de su imperio, se encontraba bien provista de todo lo necesario. La tierra atlántica producía igualmente todos los productos preciados, tanto minerales, como el celebrado oricalco, como aromáticos, y todo ello en una belleza y cantidad ilimitadas.

Sin embargo también la acción humana ha modelado el paisaje, contribuyendo de forma decisiva a su belleza y productividad. Consiguen así dos cosechas anuales gracias a las labores de irrigación de la llanura principal a través del sistema de canales que recorre toda ella. Han construído jardines y bosques que adornan y complementan los dones divinos como las dos fuentes de agua con que Poseidón dotó en un principio a la isla. Los fastuosos palacios, los imponentes templos y las agradables casas particulares de diversos colores constituyen un escenario ideal en el que las realizaciones humanas se corresponden a las bendiciones de la naturaleza en una armonía difícilmente superable. Los baños, tanto de invierno como de verano, y los gimnasios dotan a sus habitantes de toda clase de confort y comodidades en medio de una vida aparentemente desprovista de problemas y penalidades. Se rigen además por leyes justas y bien establecidas que remiten en su origen al ordenamiento divino dispuesto por Poseidón, auténtico patrono de la isla. Todos los elementos en suma de una tierra de utopía a la manera de la mítica Esqueria, la patria de los feacios, también consagrada a Poseidón, con la que mantiene evidentes paralelos[8], si bien se han introducido otra clase de consideraciones e intereses que hacen de la fabulación platónica un complejo diferente al de las viejas utopías épicas.

El mito platónico de la Atlántida no es efectivamente una fabulación sin más pretensiones que la de encantar a un auditorio con el ensueño de una tierra lejana y fabulosa. Como bien ha señalado Vidal-Naquet no podemos aspirar a entender dicho relato si no es en conexión con la historia primitiva de Atenas que se dibuja en paralelo a la descripción del continente perdido[9]. Su relato aparece de hecho a caballo entre dos diálogos, el *Timeo*, donde se expresa una parte de la física platónica, y el *Critias*, y es por tanto pertinente del todo a las intenciones que subyacen a uno y otro sin que resulte posible entenderla fuera de sus respectivos contextos narrativos y filosóficos. Platón ha elaborado un modelo que le permite por un lado poner en práctica, discursiva al menos y dotada de una realidad aparente, el estado ideal diseñado en la *República* que acaba de resumir por boca de Sócrates al

---

[8] Así lo destacó en su día Pallotino (1952), aunque se excedió en sus consideraciones al introducir su relación con Creta. *Cf.* Vidal-Naquet (1983).

[9] Vidal-Naquet (1983), 319. Gill (1980), XVII y ss.

comienzo del *Timeo*, y por otro, contrastar por medio de esta alegoría política los problemas que la propia sociedad ateniense ha ido experimentando a lo largo de su evolución política desde un estado autóctono, protegido por los dioses y basado sobre todo en su buen ordenamiento interior, hacia un poder imperialista, basado en la potencia de sus naves que ha terminado por fin abocándola al desastre[10].

No provoca extrañeza el éxito obtenido por el mito platónico si tenemos en cuenta la capacidad fabuladora del filósofo que ha sabido además en este caso dotar a su historia de todos los ingredientes realistas adecuados que le permitan esperar el ser aceptada como un relato real. Un primer refuerzo narrativo con el que cimentar la aparente veracidad de la historia consiste en trasferir la responsabilidad última del relato a la figura de Solón, consagrado por aquel entonces como uno de los poetas sabios de la Hélade, y remitir en última instancia las fuentes del mismo nada menos que a Egipto, cuyas tradiciones empezaban a ser consideradas ya desde hacía tiempo como la garantía de la sabiduría y la antigüedad primordial[11]. Ha desplegado además a lo largo de todo el relato toques realistas como la mención del elefante, un animal enorme pero real en definitiva que le permite ilustrar de forma óptima las capacidades extraordinarias de que disfrutaba la tierra de los atlantes sin tener que recurrir a ningún tipo de animales fabulosos, teniendo en cuenta que el susodicho paquidermo representaba todavía en el mundo griego una criatura extraña y curiosa por aquel entonces[12]. Toda la historia se mueve dentro de los límites de lo posible y sólo el diseño demasiado esquemático y regular de las distintas construcciones permite sospechar que nos hallamos ante una muestra evidente de uno de tantos esquemas utópicos o ciudades ideales que por aquel entonces se habían hecho frecuentes[13]. Sin duda en el relato de Platón habían influído de forma poderosa descripciones como las de Heródoto sobre algunas de las capitales persas y en particular Ecbatana, dispuesta en círculos concéntricos, o la mítica Babilonia, cuyas fortificaciones espectaculares pudieron también haber inspirado en buena parte la imagen platónica de la ciudad de los atlantes[14]. Incluso es posible que la perfecta red de canalizaciones que garantizaba el transporte y el riego de la llanura tuviera su origen en los sistemas de canalización existentes en oriente. Sin embargo, y aun constatando el peso decisivo que pudieron haber tenido todas estas influencias a la hora de configurar el cuadro de esta tierra ideal, sometida también al declive hesiódico de la degeneración de las razas, el resultado final es la obra de una imaginación prodigiosa como la de Platón que supo aunar en un solo cuadro elementos tan diversos, consciente además de la importancia que para la recepción de su relato tenía la intromisión de elementos reales y su presentación legitimada por una tradición venerable como la egipcia.

---

10 Leveque y Vidal-Naquet (1964), 134 y ss.

11 Joly (1982) y Brisson (1987).

12 Romm (1989).

13 Leveque y Vidal-Naquet (1964), 123 y ss.

14 Hdt., I, 98 (Ecbatana) y 178 (Babilonia). Ya Friedländer (1954) y Bidez (1945), lanzaron la idea de que la Atlántida platónica es tan sólo una trasposición ideal del Oriente y del mundo persa.

A pesar de que sus intenciones últimas se hallaban limitadas por el contexto narrativo, político y filosófico en el que el mito aparece, el encanto otorgado al mismo ha sido tal que su historia ha traspasado con creces aquellas primeras premisas[15].

La Merópide

Otra fabulación semejante, que quizá debemos entender como una parodia de la Atlántida platónica, es la que el historiador Teopompo incluyó dentro de sus *Historias Filípicas*, de la que tenemos noticia gracias al resumen que nos ha trasmitido Eliano dentro de sus *Historias variadas*[16]. Sileno relataba al rey frigio Midas la existencia de un continente enorme situado en el exterior del mundo conocido y por tanto más allá del océano que rodea las tierras de la ecúmene. En él habitaban seres cuya talla era el doble de la habitual entre los mortales y que vivían una vida dos veces más larga. Contaba con numerosas y grandes ciudades y la forma de vida de sus gentes y las leyes por las que se regían eran completamente opuestas a las que operaban en el mundo de este lado del océano.

El relato concentraba su atención en dos de las muchas ciudades que ocupaban el suelo de este inmenso continente exterior. Una de ellas, denominada *Piadosa*, representaba la versión extraoceánica del viejo mito de la edad de oro. Sus habitantes vivían en paz y en medio de una gran opulencia, obtenían los frutos de la tierra sin necesidad de recurrir al trabajo agrícola con el arado y los bueyes. Siempre gozaban de buena salud y estaban protegidos de todas las enfermedades. Al final sin embargo, parece que su vida acababa, si bien esto sucedía en medio del gozo y la satisfacción. La justicia caracterizaba todo su proceder y los dioses les visitaban a menudo, quizá a la manera en que los etíopes o los hiperbóreos recibían las periódicas visitas de Poseidón o Apolo.

La otra ciudad, denominada *Belicosa*, presentaba sin embargo un cariz bien diferente. Sus habitantes eran muy combativos, se hallaban continuadamente en armas y guerreaban sin cesar sometiendo a los pueblos limítrofes. La causa de muerte más habitual era por tanto la guerra, bajo los golpes de garrotes o de piedras, ya que eran invulnerables al hierro. A pesar de que poseían en abundancia oro y plata, no tenían ninguna estima por estos metales pues el oro era considerado entre ellos más vil de lo que el hierro es entre nosotros. Su afán expansionista les llevó incluso en una ocasión a emprender la travesía del océano y a intentar la conquista del mundo habitado que se hallaba al otro lado. Sin embargo renunciaron pronto a su objetivo cuando tras haber arribado a la tierra de los hiperbóreos supieron que esta raza era considerada la más afortunada y feliz entre los hombres, pues consideraban despreciables

---

15 Sobre la geología y geografía del mito atlántico como refuerzos de su aparente credibilidad, Stewart (1970), 416-420.

16 *V.H.*, III, 18. Sobre esta fabulación, Rhode (1914), 219-222, Lana (1951), Aalders (1978) y Pédech (1989), 180-183.

las ventajas que podrían conseguir con su expedición si aquellas gentes que a sus ojos vivían una vida miserable ocupaban la primacía en la consideración de los hombres.

Por fin en el relato se menciona la existencia de unos hombres llamados *Méropes*, que habitaban numerosas y grandes ciudades, pero apenas nos refiere nada acerca de los mismos. Sí llama su atención en cambio la existencia de un lugar muy particular, situado en los confines de su territorio, al que denominaban "Sin retorno" ('Ανοστος) que tenía la forma de una sima enorme. Todo el lugar estaba bañado por una especie de media luz, rojo turbia, a medio camino entre la luminosidad y las tinieblas. Discurrían por allí dos ríos en cuyas riberas crecían unos árboles enormes que producían sus correspondientes frutos. Aquellos que se hallaban en las orillas del río denominado de la *Pena* tenían como resultado que quien los probaba pasaba toda su vida en medio de llantos y lamentos hasta que le llegaba el momento de su muerte. Por el contrario, si alguno probaba los del otro río, el del *Placer*, veía cesar de inmediato toda clase de deseos y pasiones hasta sumirse en una especie de dulce olvido. Además, los mismos frutos tenían la propiedad de rejuvenecer de forma progresiva a quien los probaba, haciéndole recorrer las diferentes etapas de la vida en sentido inverso hasta que, una vez devuelto de nuevo al estado germinal inicial, el sujeto en cuestión desaparecía del todo.

Tal es el relato que Eliano de forma más o menos resumida y reelaborada ha recogido en su obra. No tenemos por tanto ninguna garantía de que en la obra original de Teopompo figurase de esta misma forma, con mayor detallismo evidentemente, sin que hayan influido de modo determinante los propios intereses narrativos de Eliano, ni tampoco de que no hayan variado de forma sustancial los polos de interés al pasar de una obra a la otra. Esta historia figuraba al parecer incluída dentro del libro VIII de sus *Filípicas* en el que abundaban los relatos maravillosos y las digresiones de todo tipo[17]. Por ello es muy probable que su finalidad no fuera en principio otra que la de divertir por medio de una fábula más en la que se detectaban evidentes ecos de otras obras anteriores como la ya referida Atlántida platónica[18] y quizá algunas otras del mismo tipo que desconocemos por no haber llegado hasta nosotros, pero cuya popularidad se pone de manifiesto en las burlas manifiestas de que fueron objeto en la comedia antigua[19].

Nos encontramos para empezar con ciertas incoherencias. A partir del resumen de Eliano no queda muy claro si los *Méropes* era el nombre con el que designaba a todos los habitantes del continente, o bien si por el contrario se trataba de un pueblo diferente, uno más de los muchos que habitaban en aquel inmenso territorio. A la vista de dicho resumen da la impresión que el centro de atención principal en la

---

17 Al respecto, Giannini (1964), 102- 104, Pédech (1989), 174 y ss., y Shrimpton (1991), 15-22.

18 Así lo señaló ya Rohde (1914), 220-221 y en esta misma dirección fueron también Gisinger en su correspondiente artículo de la Pauly Wissowa, (1931) y Laqueur (1934).

19 Véase más adelante.

obra original de Teopompo lo constituía sobre todo la dualidad existente entre las dos ciudades principales, *Piadosa y Belicosa*, así como el contraste manifiesto entre las formas respectivas de vida de una y de otra. De hecho parece que al autor sólo le interesaba destacar del fabuloso continente su situación extraoceánica, una circustancia que abría un campo privilegiado para la libre fabulación, especialmente a la vista de las nuevas teorías y conocimientos que postulaban la existencia de esta antiecúmene[20], y las características excepcionales de sus habitantes, lógicamente en consonancia con una localización que les ponía fuera de la órbita de las condiciones estrictamente humanas sin que ello supusiera que podía tratarse de una raza diferente a la de los humanos. Eran por tanto las condiciones que reinaban en las dos ciudades mencionadas las que ocupaban la parte central del relato de Teopompo y quizá con ello eran también objeto de una mayor extensión.

Por su parte, el detalle final concerniente al lugar denominado "Sin retorno" parece que obedece fundamentalmente al deseo de incluir en la narración el inevitable elemento paradoxográfico que queda bien ilustrado en la existencia de los dos ríos con propiedades bien diferentes. No se olvide además que el susodicho lugar se hallaba situado en los confines de la tierra de los *Méropes*, una localización más que adecuada para situar un lugar semejante si tenemos en cuenta que más allá de la misma no existía nada -de ahí el nombre que recibía- y por ello podría pensarse que se trataba de un lugar con ciertas connotaciones escatológicas donde la forma de muerte podía adoptar vertientes bien distintas en consonancia con la ribera elegida. Sus intereses por lo maravilloso son bien manifiestos, dado que el libro VIII pudo haber circulado en solitario como tratado paradoxográfico[21], y por ello no resultaría demasiado aventurado afirmar que Teopompo no renunció a la posibilidad de añadir a su fábula político-paródica de las dos ciudades un elemento adicional de estas características, que en buena lógica debía situar en los confines.

Parece probable que la parte central de la historia concentrase toda la intencionalidad moral o satírica de nuestro autor, pues es en ella donde se detectan las reminiscencias literarias más evidentes y resultan más comprensibles las alusiones paródicas. Como ya anticipamos, toda la descripción sobre la vida en la ciudad *Piadosa* constituye una clara trasposición de la edad de oro, situada ahora en una clara ubicación geográfica. Las demandas de los nuevos tiempos y los nuevos géneros, más cuando se trataba de otorgar cierto grado de verosimilitud a la historia expuesta, exigían sin duda ciertas adaptaciones. Por su parte, la ciudad *Belicosa* constituye un ejemplo claro de parodia política no reñida al parecer con las mismas pretensiones de verosimilitud a tenor del detalle numérico- sus habitantes no eran menos de dos millones- un dato relevante, dado el grado de mortandad que esta raza sufría a causa

---

20 Moretti (1990).

21 Así lo sostuvo Laqueur (1934), col. 2212 y más tarde Jacoby, *FGrHist* II D, 365. Sobre los fragmentos de naturaleza paradoxográfica de Teopompo, véase nuestra traducción en *Paradoxógrafos griegos*, Biblioteca Clásica Gredos (en prensa).

de las continuas guerras. Su invulnerabilidad al hierro es también un elemento que puede ser interpretado bajo esta perspectiva de verosimilitud si tenemos en cuenta que esta condición les obligaba a morir de forma más bestial, sometidos a los golpes de maderas y piedras, una circustancia que se compadece mal con un mundo de características extraordinarias. La abundancia de oro y plata y su escasa valoración son seguramente otro indicio claro de esta postura irónico- crítica de nuestro autor con respecto a la beligerante villa del poderoso continente exterior. Por fin, su renuncia a la conquista del mundo habitado a causa de las escasas perspectivas que se les auguraban tras su visita inicial a la tierra de los hiperbóreos, un lugar que estaba considerado habitualmente entre los paraísos utópicos, representa el punto más elevado de este clímax irónico al reducir prácticamente a la nada las pretensiones humanas de felicidad y abundancia que se concretaban en la imagen de aquellas lejanas tierras septentrionales comparadas con la realidad opulenta del continente exterior que ya tenían a su alcance. Sin duda que otra clave de lectura bien pudiera ser también la de convertir en ridículas las expectativas de una cultura esencialmente guerrera como era aquella, ya que llegado un momento las ansias de expansión no tienen ya ningún objeto ya que los posibles nuevos dominios no representan ganancia alguna con relación a lo que ya se posee. Su horizonte quedaría de este modo reducido a la progresiva exterminación mutua a lo largo de las guerras sucesivas que irían librando entre sí estos nuevos atlantes.

Esta es una lectura. Pero quizá tampoco debemos descartar que la tan cacareada influencia cínica en la obra del historiador de Quíos haya afectado de forma seria los postulados e intenciones latentes en esta fábula[22]. La vida de los hombres de *Piadosa* podría en efecto reflejar también el ideal cínico de justicia y piedad con la visita frecuente de los dioses a sus continuas fiestas. En esta misma dirección cabría entender también la eliminación de las pasiones que el río de la *Pena* proporcionaba a quienes probaban el fruto de los árboles que crecían en sus orillas[23] y desde luego se explicaría también desde esta misma perspectiva el rechazo de la invasión del mundo habitado por parte de los guerreros de *Belicosa*, al comprobar que la vida que los hiperbóreos llevaban, feliz pero tranquila y austera, no respondía a sus expectativas de riqueza y no presagiaba por tanto nada bueno si aquellos eran considerados los más afortunados entre los hombres.

Lo más probable es que en la intención de Teopompo se combinasen diversos factores que hacían de este relato un elemento adecuado al conjunto del libro en el que estaba inscrito, un libro, el VIII como ya se ha repetido dedicado por completo a los *Mirabilia*. Su deseo manifiesto de divertir al lector con digresiones y relatos de esta índole se complementaba bien con intenciones más filosóficas o morales entre las que cabe quizá señalar su oposición al esquema ideal platónico y ciertos ecos de

---

22 La influencia del cinismo fue señalada en su día por Hirzel (1892). Rohde (1893), lo rechazó de plano, quizá en forma demasiado radical.

23 Pédech (1989), 182.

las nuevas enseñanzas cínicas, arropado todo ello en un nuevo tipo de discurso como era la fábula maravillosa de naturaleza utópica que iba a encontrar algo más tarde en el período helenístico cierto número de seguidores. En suma, un cuento fantástico no desprovisto de intenciones irónicas, como parece probar el que el portavoz de la historia sea un personaje tan singular como Sileno, muy adecuado para una perspectiva semejante[24], que en la medida que podemos valorarlo a través del resumen de Eliano, no renunciaba tampoco al planteamiento de ciertos problemas morales[25].

Panquea

El relato utópico más célebre de la literatura helenística es posiblemente el de Evémero, un autor de finales del siglo IV a. C. y comienzos del III, que nos ha llegado a través de las páginas de la historia de Diodoro[26]. Su fama a lo largo de toda la Antigüedad fue considerable si tenemos en cuenta que fue traducida al latín por Ennio y todavía en pleno siglo IV d. C. Lactancio era capaz de leer la versión original de la misma[27]. La forma literaria escogida para su narración fue al parecer la del relato de viajes, que por aquel entonces empezaba a desarrollarse como género, auspiciado seguramente por la estela dejada por las conquistas de Alejandro. Según sabemos por el propio Diodoro, Evémero, que emprendió largos viajes bajo las órdenes del rey Casandro, en uno de ellos llegó hasta unas islas situadas en el océano meridional, al sur de las costas de Arabia, de donde parece que había partido en su navegación, una de la cuales llevaba por nombre Panquea[28]. Evémero al parecer describió su visita a la isla en una obra que llevaba por título *Sagrada Inscripción* (Ἱερὰ Ἀναγραφή), centrando al parecer su interés en el culto religioso de sus habitantes y en particular sobre la estela de oro existente en un templo de Zeus donde se hallaban inscritas las hazañas de Urano, Crono y el propio Zeus. En ella se ponía de manifiesto la curiosa teoría, que más tarde fue denominada a raíz de

24 Podría ser significativo a este respecto la sustitución de un personaje como Sócrates, principal personaje y portavoz en los diálogos platónicos, por la figura de Sileno con quien como es sabido se le comparaba e incluso se representaba a veces su figura con los rasgos de éste. El cambio operado en el marco originario del relato, la discusión entre sofistas y personajes relevantes en los diálogos platónicos y quizá en otra clase de literatura del género en que se ponían en boca de esta clase de personajes constituciones ideales, por una historia referida por Sileno al rey Midas, cuando fue capturado por éste, de vieja tradición ya en la literatura y el arte antiguo, *cf.* Gantz (1993), 138, sería a este respecto bien indicativo de las intenciones críticas y paródicas de Teopompo.

25 Según Aalders (1978), Teopompo habría pretendido presentar una imagen pesimista de la condición humana basada en una vida miserable que reposa al tiempo sobre el placer y el dolor.

26 Diod., V, 41-46, principalmente. Sobre nuestro autor, Vallauri (1956); Ferguson (1975), 102-110; Braunert (1968), 54 y ss. y Bertelli (1982), 559-561.

27 Sobre su influencia en autores posteriores, Brown (1946).

28 Diod., VI, 1,4. Sobre la importancia de esta clase de literatura en este momento, Rohde (1914), 178 y ss.

este autor precisamente evemerismo, según la cual los antiguos dioses habían sido originariamente benevolentes y justos monarcas, deificados más tarde por sus agradecidos súbditos a causa de los beneficios que habían recibido de ellos durante su gobierno[29].

Sin embargo su relato incluía también la descripción de la isla principal y el modo de vida de sus habitantes, que por constituir uno de los más claros ejemplos de tierra fabulosa, es objeto de nuestra atención en estas páginas. La isla de Panquea estaba habitada por gentes de origen autóctono además de otros extranjeros que eran oceanitas, indios, escitas y cretenses. Una de sus ciudades, la más importante, era Panara, que sobresalía de las demás por su prosperidad (εὐδαιμονία) y era también la única que se regía por sus propias leyes y no tenía rey (αὐτόνομοι καὶ ἀβασίλευτοι). Cada año elegían tres magistrados que salvo en lo concerniente a la pena capital emitían justicia sobre todos los demás asuntos. Sin embargo aquellos temas de mayor importancia los remitían a los sacerdotes que se hallaban en la cúspide de toda la organización político-social.

A escasa distancia de la ciudad se hallaba el templo de Zeus Trifilio, del que eran considerados suplicantes los habitantes de Panara. El templo en sí, admirable por su antigüedad, magnificencia y situación, se hallaba situado en medio de una llanura cubierta con árboles de todas clases, incluídos aquellos que no tenían otra finalidad que la de agradar la vista dado que no producían ningún tipo de frutos. Toda la región circundante estaba provista de fuentes, pero destacaba en especial una en las proximidades del recinto sagrado cuya magnitud daba incluso lugar a un río por el que podían navegar los barcos. Gracias a él toda la llanura estaba cubierta de densos bosques, donde pasaba su tiempo una gran cantidad de gentes durante el verano que se deleitaban con los cánticos de los pájaros de todas las especies que anidaban en aquellos. Había además jardines y praderas con plantas variadas y flores que hacían del lugar una digna sede para los dioses del país. Los árboles producían de forma generosa sus frutos que servían así de alimento suficiente a los habitantes de esta isla. Ello se complementaba con la plantación de numerosas viñas que trenzadas entre sí y a gran altura proporcionaban una visión relajante sin más.

El escenario propio del templo no era menos imponente. Construído a base de mármol blanco guardaba las proporciones adecuadas en anchura y tamaño. Estaba sostenido por gruesas columnas, separadas por ingeniosos relieves que decoraban los intervalos y en su interior albergaba magníficas estatuas de los dioses, destacables tanto por la calidad en su ejecución como por la magnitud de su tamaño. Hasta el templo conducía una gran avenida a cuyos lados se alzaban grandes vasijas de bronce sostenidas por bases cuadradas, que terminaba en las fuentes del río antes mencionado. Sus aguas, extraordinariamente claras y dulces tenían además propiedades salutíferas. Sólo los sacerdotes, que habitaban alrededor del templo, tenían

29 Sobre el evemerismo, que no es el objeto de nuestra atención aquí, Graf (1993), 191-192. En este sentido puede verse también Rusten (1982), 104 y ss. y Müller (1993a).

permitido el acceso hasta la fuente que se hallaba rodeada de un costoso muelle de piedra. Toda la llanura circundante había sido consagrada a los dioses en una buena parte y con los ingresos que se obtenían de su explotación se sostenía la celebración de sacrificios. Más allá de la mencionada llanura se alzaba una montaña elevada consagrada a los dioses a la que denominaban "trono de Urano" u "Olimpo Trifilio" y sobre la que los sacerdotes celebraban una vez al año un sacrificio con gran solemnidad. Más allá de esta montaña y por el resto de Panquea había una innumerable multitud de animales de toda especie, desde elefantes, leopardos y gacelas a otros muchos diferentes y admirables por su aspecto y ferocidad. Había también tres importantes ciudades, el país era fértil en frutos y poseía gran cantidad de viñedos y sus habitantes eran belicosos.

La constitución de la isla consistía básicamente en una división en tres castas. La primera de ellas la componían los sacerdotes, que actuaban como líderes en todos los asuntos referentes a la comunidad. La segunda la formaban los granjeros, encargados de las labores agrícolas. Los productos obtenidos eran puestos a disposición de la comunidad pero aquellos diez que hubieran realizado dichas labores de la mejor manera eran recompensados como forma de estimular a los demás. La tercera estaba compuesta por los soldados y los pastores, que a cambio de una paga protegían a la ciudad los primeros, y entregaban las bestias criadas para el sacrificio los segundos con una precisión y exactitud admirables. Todo era puesto en común, quedando reducida la propiedad privada a la posesión de una casa y un huerto, y eran los sacerdotes los encaragados de la distribución equitativa de los bienes entre los habitantes de la isla. Vestían además con tejidos suaves, dado que la lana de sus ovejas se distinguía sobre todo por esta cualidad, y llevaban adornos de oro, como collares, brazaletes y anillos, tanto los hombres como las mujeres. Los sacerdotes destacaban sobre los demás no sólo en su aspecto mucho más lujoso sino en la parte que les correspondía de los bienes comunes, ya que recibían el doble de lo establecido para los otros. A cambio sin embargo de tales privilegios, no se les permitía salir fuera de los recintos sagrados e incluso se autorizaba a darles muerte si alguno era capaz de encontrarlos fuera de esos límites.

La isla poseía además ricas minas de oro, plata, cobre, estaño y hierro, pero ninguno de ellos podía ser exportado fuera de ella. Había igualmente un gran número de ofrendas a los dioses hechas de oro y plata, todas ellas de gran antigüedad. Los umbrales del templo se habían construído también a base de estos mismos metales junto con marfil y madera de cedro y además podían contemplarse maravillas tales como el lecho del dios, enteramente hecho de oro y con gran magnificencia, y la mesa del mismo que correspondía igualmente en calidad y prestancia. Por fin en el centro del lecho se encontraba la inscripción de oro que con letras sagradas relataba las hazañas de Urano y de Zeus, a las que más tarde fueron añadidas por Hermes las de Artemis y Apolo.

Nuevamente no estamos en la mejor disposición para reconstruir de la forma adecuada el relato original de Evémero a través del resumen, muy posiblemente rec-

laborado en alguna medida, que nos ofrece Diodoro[30]. Pero seguramente, a juzgar por lo que podemos leer en las páginas de Diodoro, la intencionalidad de su obra era ciertamente compleja. Existen algunos "desajustes" que desde luego impiden un seguimiento secuencial de toda la historia. A pesar de que la forma literaria elegida parece haber sido la del relato de viajes, entonces en boga, no queda clara a lo largo de la narración diodorea la posición personal del autor -una circunstancia que sí se dará en cambio con el caso de Jámbulo (véase a continuación)-, ya que en momento alguno se deja traslucir cúal pudo haber sido el papel desempeñado por Evémero en la isla, salvo el de mero testigo mudo de los acontecimientos. De cualquier modo, parece evidente que en la obra se describía con cierto detalle un país de naturaleza fabulosa en el que se entremezclaban elementos procedentes de la vieja tradición helénica como la de las tierras de los bienaventurados, que además solían encontrarse en islas, pero que a veces se situaban en países de los confines como los etíopes. Esta rememoración de deja ver en algunos de los paisajes idílicos que aparecen a lo largo del relato como la llanura que rodeaba el templo de Zeus Trifilio o en la presencia originaria de los dioses que han dejado sus huellas en los monumentos principales de la isla. Aparecen también en el relato huellas evidentes de las idealizaciones bárbaras, que sobre todo durante el período helenístico cobraron especial fuerza a través de autores como Hecateo de Abdera con respecto a Egipto o Megástenes sobre la India. La moda egiptianizante se deja sentir sobre todo en la veneración particular que merecen las viejas inscripciones que se hallaban depositadas en el templo, escritas "en letras que los egipcios denominaban sagradas", así como en la influencia del modelo ideal de la sociedad egipcia que había empezado a circular por entonces gracias a la acción de la propaganda tolemaica[31], así como las nuevas exigencias religiosas que hacían de la divinización del monarca uno de sus puntos principales.

Sin duda también debieron intervenir en el diseño de la obra los modelos ideales que desde el siglo V a. C. habían planeado los filósofos e intelectuales griegos en busca de una forma de organización perfecta que viniera a sustituir a una cada vez más enferma pólis. El modelo platónico expuesto en la *República* con su división de la sociedad en tres clases pudo en efecto haber tenido en este caso una incidencia particular. Evémero sin embargo no construyó sólo un estado ideal sin más. Panquea no es del todo un paraíso a pesar de la naturaleza casí idílica de su paisaje y las ventajas que se desprenden para sus habitantes tanto por los dones que la naturaleza les proporciona como por los beneficios que obtienen de la forma racional y justa de gobierno por la que se rigen. Una parte del país se encuentra infestada de bandidos, gentes sin ley y atrevidas que se hallan siempre a la espera de caer por sorpresa sobre los desprevenidos granjeros. Es precisamente contra esta clase de peligro interior contra el que la clase de los soldados se apresta a proteger a los habitantes de la

[30] Braunert (1965).

[31] Bertelli (1982), 661 y Hartog (1986).

isla, pues en momento alguno se menciona otra utilidad de esta clase guerrera ni se deducen por ningún sitio cualquier tipo de ansias expansionistas como las de los Atlantes o los habitantes de la ciudad *Belicosa* en Teopompo. Dentro de la propia sociedad panquea existe también el crimen, aunque quizá en una medida muy reducida, ya que los tres magistrados de la ciudad ejercen función de jueces pero no tienen, se nos advierte, competencias sobre casos en los que se trata de imponer la pena capital.

A la hora de diseñar su relato casi utópico Evémero ha dejado que penetren en él, de forma más o menos intencionada, algunos elementos que rebajan considerablemente el *status* ideal de su estado y se avienen mucho mejor con las condiciones imperantes en la realidad histórica. En este sentido hemos de entender el soporte económico que al parecer precisan los sacrificios realizados en el templo, razón por la que una parte considerable de la llanura queda reservada desde el punto de vista productivo a tales efectos. Pueden interpretarse igualmente en esta misma dirección otra clase de "intromisiones" de la realidad en el cuadro ideal de la sociedad panquea, como la necesidad de incentivar mediante recompensas a los agricultores con la finalidad de que sirvan de modelo a los demás o el control estricto que al parecer se llevaba con la entrega por los pastores de las reses destinadas al sacrificio y al patrimonio común, insistiendo en la exactitud y precisión con que el asunto se llevaba a cabo (μετὰ πάσης ἀκριβείας). De igual modo habría que entender la disposición de las tropas en fortines y puestos de vigilancia situados a intervalos regulares para impedir las acciones de saqueo de los bandidos o la función principalmente religiosa que la clase sacerdotal desempeñaba, a pesar de sus prerrogativas en los demás campos. Seguramente el influjo del nuevo contexto político en el que Evémero se movía se dejó sentir de forma evidente a la hora de modelar su diseño y a pesar de sus intenciones idealizadoras no pudo evitar la presencia ineludible de estas nuevas realidades políticas y religiosas, que reclamaban además su lugar correspondiente dentro de esta clase de ficciones filósófico-novelescas.

Pero aún con todas estas demandas Evémero supo no obstante mantener su estado utópico a buen resguardo de la contingencia histórica o del paralelo real evidente dotándolo de rasgos que lo alejaban de lo inmediato y perceptible y lo aproximaban por el contrario a las idealizaciones de antaño. En este sentido cabe señalar el aislamiento proverbial de estos lugares situados en un océano meridional, que aunque ahora resultaba ya un espacio mejor conocido tras las experiencias de los capitanes de Alejandro y algunas empresas tolemaicas[32], continuaba siendo sin duda el lugar adecuado donde situar lugares ideales, a la vista de los nuevos y prometedores descubrimientos y las elucubraciones a que éstos daban lugar. La irrupción de los nuevos saberes geográficos y astronómicos que se desarrollaron en Alejandría no fue del todo ajena a la nueva ubicación de estas tierras fabulosas y a las características

---

32 Véanse a este respecto las páginas correspondientes de las respectivas introducciones de Burstein a su traducción de Agatárquides, (1989), 1 y ss. y de Casson (1989), 11 y ss.

climáticas y medioambientales de que gozaban sus territorios, contribuyendo así a acrecentar el sabor realista de que precisaban a la hora de presentar sus relatos como resultados de una experiencia vivida, narrada *a posteriori* por sus protagonistas. Un aislamiento que se confirma también en la imposibilidad de exportar los productos valiosos, especialmente metales, que allí se producían, una circunstancia en la que el autor insiste, posiblemente a la vista de que algo así resultaba prácticamente impensable en un momento en el que ya se habían puesto en marcha grandes circuitos comerciales de esta clase. Por último, la posición particular de sus sacerdotes, obligados a permanecer enclaustrados en los límites del recinto sacro con la inminente amenaza de morir si transgredían dicha norma, viene igualmente a separar la existencia de esta clase aparentemente privilegiada de sus paralelos inmediatos en la realidad de su tiempo, ya en Egipto o en el imperio seleúcida, que no contaban ni con mucho con trabas semejantes de esta envergadura.

La obra de Evémero, en definitiva, aun a pesar de las deficiencias manifiestas que presenta la versión que nos ofrece Diodoro, responde de lleno a las exigencias de los nuevos tiempos en los que se inserta, tanto desde el punto de vista formal, un relato de viajes con pretensiones de veracidad y evidentes efectos realistas que ayudasen a digerir las partes del relato menos verosímiles, como desde el de su contenido, con una representación de un estado ideal en el que se adivinan sin embargo algunos de los rasgos que definen las nuevas realidades políticas y en concreto a la monarquía tolemaica, en cuyo reino parece que Evémero pudo haber compuesto su obra[33]. Un cuadro ideal que se completa con las inevitables referencias tradicionales a los paisajes idílicos, muy a tono además con la corriente bucólica de la poesía alejandrina, o la presencia indirecta de los pueblos de los confines y toda la carga de idealización que se les atribuía desde antiguo en la literatura griega. Son así los escitas y los indios, junto con unos desconocidos oceanitas, representantes quizá de las poblaciones marginales extremas que no contaban en su favor con la tradición venerable de los antes mencionados, los principales integrantes de la población de Panquea. A ellos se sumaban los cretenses, invitados de honor en este caso si se trataba de probar la vinculación existente con la mítica isla griega a la que se atribuía la cuna de las tradiciones religiosas más venerables. Una relación privilegiada para la que se aportan también apoyos documentales, muy a la moda de las pretensiones literarias del momento y de la incidencia de los nuevos saberes antes referida, como son los ecos existentes en la lengua de los panqueos a la hora de designar los asuntos relacionados con la divinidad o las buenas relaciones de parentesco que mediaban entre las dos islas. La importancia del relato divino expuesto en la inscripción sagrada, que daba además título a la obra, requería esta clase de relaciones y al tiempo constituye un indicio más de las pretensiones

---

33 Así parece que se desprende del hecho de que Ateneo lo indique como originario de Cos y de la especial resonancia que su obra tuvo en Alejandría a juzgar por las referencias críticas de Calímaco, *Yambos*, Fr. 191 Pfeiffer. *Cf.* Fraser (1972), vol. I, 289 y ss.

complejas de Evémero a la hora de perfilar una historia que iba seguramente mucho más lejos que una simple novela utópica, de las muchas que por entonces pudieron estar en boga.

Las islas del Sol

Quizá la más célebre de las fabulaciones utópicas del período helenístico sea la atribuída a un misterioso Jámbulo que nos ha trasmitido nuevamente Diodoro en una forma algo más completa y acabada[34]. Da la impresión, en efecto, que el historiador se limita a resumir lo que habría sido en principio el relato autobiográfico del propio protagonista, ya que además de hacer algunas referencias al mismo como tal, dicho resumen ofrece una cierta secuencialidad narrativa, con un principio y un final, a diferencia de lo que sucedía con el relato de Evémero comentado más arriba. La historia comienza así con la presentación del mencionado Jámbulo, un hombre que había aspirado desde su infancia a conseguir una educación pero que a la muerte de su padre, un comerciante, se vio obligado a dedicarse por entero a dicho oficio.

La trama en un principio ofrece todos los rasgos de la novela de aventuras. Así, cuando el protagonista se dirigía hacia la región de Arabia productora de especias fue raptado por unos bandidos que les obligaron a ejercer como pastores. Más tarde sin embargo fueron hechos cautivos por algunos etíopes que decidieron utilizarlos como chivos expiatorios para la purificación de su país. Dicho rito ancestral, pues se remontaba hasta seiscientos años atrás, consistía en enviar hacia el mar abierto a los cautivos en un bote con capacidad para dos hombres y provisiones suficientes como para seis meses en dirección hacia el sur. Con el tiempo, según creían los etíopes, arribarían a una isla afortunada (εὐδαίμων) en la que habitaban gentes honestas (ἐπιεικεῖς) y donde podrían llevar una vida feliz (μακαρίως ζήσεσθαι). El logro de su objetivo reportaría también beneficios a los propios etíopes que disfrutarían de paz y prosperidad durante seiscientos años, por lo que en caso de que fracasaran en su intento y decidieran regresar al país recibirían por ello los más severos castigos.

Tras cuatro meses de penosa navegación, los cautivos consiguieron avistar la isla en cuestión, que era de forma redonda y tenía un perímetro de cerca de cinco mil estadios. A su llegada los indígenas los recibieron en medio del asombro pero los acogieron de forma favorable y compartieron con ellos todos los bienes que la

---

34 Diod., II, 55-60. Sobre la utopía de Jámbulo en general pueden verse, además de las consabidas páginas de Rohde (1914), 241 y ss., Winston (1956) y del mismo autor, (1976); Ferguson (1975), 124 y ss., Bertelli (1982), 561 y ss. Un exhaustivo análisis del relato, especialmente desde el punto de vista de la terminología empleada y su posible significación dentro del léxico filosófico, ha sido realizado por Baldasarri (1973).

isla producía. Estas gentes tenían un aspecto corporal y una forma de vida que difería del todo de la del resto de los hombres. Eran todos de la misma apariencia y de gran altura, pero tenían los huesos flexibles de forma que podían doblarse y luego volver a su estado tendido como los nervios. Sus cuerpos eran tiernos pero vigorosos, pues tenían la capacidad de agarrar un objeto con tal fuerza que no era posible desasirlo de sus dedos en manera alguna. No tenían vello en ninguna parte de su cuerpo con excepción de la cabeza, cejas, párpados y el mentón. Destacaban también por su belleza y la armonía y proporción de sus cuerpos. Poseían además algunas particularidades anatómicas como la abertura de sus orejas, más espaciosa que la habitual y dotada con una especie de válvulas que les permitía cerrarlas, o su lengua doble que les capacitaba para reproducir toda clase de sonidos, incluídos los cantos de los pájaros, e incluso mantener al mismo tiempo una conversación con dos personas distintas.

El clima de la isla era el más templado, dado que al habitar en el ecuador no sufrían los excesos ni del calor ni del frío. De esta forma los frutos maduraban durante todo el año y los días tenían la misma duración que las noches, estando siempre el sol al medio día en el zenit por lo que no proyectaba sombra sobre objeto alguno. Vivían organizados en grupos basados en el parentesco y en cierto tipo de sistema político que nunca sobrepasaban los cuatrocientos miembros. Pasaban su vida en las praderas, dado que la tierra les proporcionaba el sustento de forma automática y suficiente gracias a la fertilidad de la isla y a la dulzura del clima. Elaboraban de esta forma una especie de pan de gran dulzura a base del fruto de un junco. En la isla abundaban también las fuentes de agua caliente y fría, siendo utilizadas las primeras para el baño y el descanso y las segundas para la bebida y para reforzar la salud de los habitantes a causa de sus propiedades en este sentido.

Estas gentes eran además versadas en toda clase de saberes, con particular atención hacia la astrología, y poseían una clase especial de alfabeto de veintiocho caracteres que podían reducirse solamente a siete, ya que cada uno de estos adoptaba cuatro variedades diferentes. Escribían además de arriba abajo y eran extraordinariamente longevos, llegando a alcanzar la edad de cientocincuenta años sin que hubieran sufrido ningún tipo de enfemedad. De hecho aquellos a los que sobrevenía alguna clase de mal eran forzados por una ley a suicidarse. Su vida se hallaba igualmente regulada en cuanto a la duración pues no podían sobrepasar la edad antedicha, ya que llegado ese momento estaban obligados también por ley a darse muerte, si bien lo hacían de una manera dulce y nada traumática. Efectivamente se daba entre ellos un tipo especial de planta que tras tenderse sobre ella les llegaba la muerte de forma imperceptible y suave como si fuera un sueño. Poseían en común mujeres e hijos y cuidaban este sentido comunitario de tal forma que al nacer los niños los cambiaban entre ellos de forma que ni siquiera las madres que les estaban dando lactancia fueran capaces de reconocerlos. Evitaban así el surgimiento de rivalidades entre ellos y las contiendas civiles, sin cesar en todo tipo de intentos que sirvieran para reforzar esta armonía interna.

Había también entre ellos curiosos animales por la forma de sus cuerpos y las propiedades de su sangre. Se menciona así la existencia de una especie de tortuga, de forma completamente redonda, que tenía cuatro ojos y cuatro bocas distribuídos en forma diagonal a lo largo de su cuerpo y una gran cantidad de patas de forma que podía moverse en cualquier dirección. Su sangre además tenía la cualidad de pegar en su sitio cualquier miembro del cuerpo que hubiera sido seccionado. Cada grupo social criaba además una especie de gran pájaro que tenía la finalidad de comprobar la buena naturaleza de los recién nacidos. Les colocaban sobre ellos y de este modo procedían a seleccionar para su crianza solamente a aquellos niños que soportaban el vuelo sin ninguna clase de temores.

Cada grupo estaba gobernado por el más anciano, como si fuera una especie de rey, siendo sucedido en el desempeño de estas funciones por el que le seguía en edad cuando le llegaba el término establecido a sus días. El mar que rodeaba la isla tenía fuertes corrientes y mareas pero era de sabor dulce y en su cielo no se avistaban las estrellas habituales que podemos contemplar entre nosotros. El número de islas del archipiélago era de siete y todas ellas se hallaban a la misma distancia entre sí y mantenían las mismas leyes y costumbres.

A pesar de las apariencias y las posibilidades que su entorno podía proporcionarles, sus habitantes llevaban una vida sencilla y sólamente recababan aquello que precisaban para su mantenimiento. Su dieta era frugal y desconocían todos los adornos y excesos del arte culinario. Rendían culto divino al ambiente circundante, al sol y a los cuerpos celestes. Pescaban peces y cazaban aves y en la isla crecían abundantes árboles frutales, olivos y viñedos de los que obtenían vino y aceite en gran cantidad. Incluso las serpientes, de gran tamaño, podían servir de alimento ya que no eran venenosas y tenían una carne comestible y extraordinariamente dulce. Elaboraban sus vestidos a base de un junco de fina sustancia mezclado con conchas machacadas que producían el aspecto de la púrpura. Tenían además determinadas las clases de comida que debían tomar en días establecidos, distribuyéndose entre ellos las diferentes tareas, como la pesca, las labores artesanales y todas aquellas actividades que tenían por objeto el servicio de la comunidad. Entonaban también himnos y plegarias en honor de los dioses durante las fiestas que se celebraban entre ellos, con particular atención al sol, del que tomaban el nombre tanto las islas como sus habitantes. Enterraban a sus muertos en la arena de la playa en el momento de la marea baja, de forma que cuando ésta subía, la arena fresca se amontonaba sobre ellos haciendo así las veces de una sepultura.

Jámbulo y su compañero permanecieron durante siete años en esta isla, tras de los cuales fueron expulsados de ella ya que no se habían adaptado a sus costumbres por haber sido educados en los malos hábitos. De nuevo por tanto debieron emprender la larga travesía por mar durante cuatro meses hasta que naufragaron sobre las costas de la India, donde murió su compañero, pero Jámbulo consiguió llegar hasta una aldea desde la que los nativos le llevaron hasta el rey de la región, Pataliputra, que era además favorable a los griegos y mostraba evidentes ansias de conocimien-

to. Tras su estancia allí, Jámbulo atravesó el país y toda Persia para llegar de nuevo sano y salvo hasta Grecia, donde se dispuso a contar todas sus aventuras pensando que eran dignas de mención.

El relato, como vemos, adoptaba la forma típica de los cuentos de viaje con la narración de las aventuras en primera persona por boca del protagonista que las había vivido y que casualmente solía siempre ser el único superviviente de la expedición. El compañero de Jámbulo, que lo había acompañado a lo largo de todas sus aventuras y durante su estancia de siete años en la isla, muere sin embargo al llegar a la India, precisamente cuando ya se habían salvado, lo que permite al autor disfrutar de una completa omnisciencia que en ningún momento puede ser contrarrestada por la versión alternativa de otro de los testigos presenciales. Un recurso literario tan viejo como la *Odisea*, donde el héroe arriba en solitario hasta las costas de los feacios y puede allí contar con absoluta autoridad su historia al rey Alcínoo, después de haber ido perdiendo de forma sucesiva a lo largo de sus andanzas a todos sus compañeros de viaje. El paralelo podría incluso extenderse en esta ocasión a la estancia de Jámbulo en la corte india, donde parece que también contó sus aventuras a un rey que como el viejo Alcínoo se hallaba en buena disposición hacia los extranjeros y en las condiciones de aceptar su relato por la educación que poseía. La escena del naufragio y la conducción por los nativos de la aldea hasta el rey quizá tan solo reactualizan en función de los nuevos tiempos los viejos esquemas del relato odiseico, sustituyendo la princesa feacia y una isla fantástica por una realidad mucho más asumible como eran en aquel entonces los nativos de una aldea costera y un rey filoheleno de la India, con la que existían por entonces los contactos suficientes[35].

No tenemos la certeza de que el tal Jámbulo fuese un personaje real ni podemos tampoco determinar con seguridad la época en que vivió. El nombre parece sirio y los únicos indicios cronológicos que obran en nuestro poder son tan sólo un *terminus ante quem*, que constituye Diodoro, y un posible *terminus post quem*, que sería deducible de la mención del rey filoheleno de la India y en concreto de la región de Pataliputra, algo poco imaginable con anterioridad a los escritos de Megástenes que estuvo en dicha corte en calidad de embajador seleúcida a comienzos del siglo III a. C. De cualquier forma, con independencia de que en el relato puedan haber incidido en forma diversa y muy difícil de calibrar elementos procedentes de una experiencia real de navegación por los confines del océano Indico en las costas cercanas a la India, lo cierto es que el relato que nos ha trasmitido Diodoro tenía mayores pretensiones que las de reflejar una simple experiencia real por increíble que esta pudiera parecer[36].

---

35 Recuérdese a este respecto la embajada de Megástenes a la corte de esta misma región. Sobre la presencia en general de los griegos en la India sigue teniendo validez la vieja obra de Tarn (1951). Recientemente, Sherwin-White y Kuhrt (1993), 91 y ss.

36 Véase Schwarz (1982), donde se estudian los posibles paralelos con la realidad histórica.

La historia de Jámbulo nos presenta a todas luces una tierra fabulosa en la que aparecen todos los elementos característicos de esta clase de fabulaciones. Su aislamiento parece evidente a la vista de su situación en el Océano, al final de una larga y penosa navegación de más de cuatro meses. Las islas además estaban rodeadas por un mar con grandes olas y corrientes, y su latitud extrema quedaba confirmada por el panorama astral que podía divisarse en su firmamento, completamente distinto del que podía avistarse desde nuestras latitudes. Esta separación del mundo habitual se acentúa todavía más con el aspecto de sus gentes, que tienen incluso una apariencia del todo diferente con características físicas y anatómicas extraordinarias. Las formas de vida animal son igualmente diferentes y allí se encontraban especies cuya naturaleza desafiaba incluso toda verosimilitud[37]. La naturaleza se mostraba fértil y pródiga en toda clase de bienes, de forma que daba lugar a una existencia feliz y plácida sin necesidad de recurrir al duro trabajo para conseguir el sustento. Vivían una larga vida sin apenas enfermedades y en paz y demuestran su veneración y respeto por los dioses en los festivales que se celebraban en su honor. Tenían una organización social perfecta capaz de mantener la armonía entre ellos y aseguraba sin problemas la continuidad de las instituciones. Su vida discurría en medio de un clima templado que garantizaba la producción permanente de cosechas y frutos y no faltaban tampoco las praderas idílicas donde solazarse o las inevitables fuentes dobles que permitían el baño y la bebida y aseguraban además la salud por medio de sus propiedades salutíferas.

No se trata sin embargo una vez más de un cuadro idílico a la manera del viejo mito de la edad de oro o de las islas de los Bienventurados. La perfección de las formas físicas y el buen funcionamiento del sistema social no esconden limitaciones tales como la existencia de enfermedades, aunque parece que se daban en reducida medida, o la presencia de la muerte tras una vida longeva, si bien ésta se consumaba, a la manera de la edad de oro, mediante un proceso dulce que no implicaba dolores ni traumas. Por otro lado esta sociedad ideal se asienta sobre principios de eugenesia que eliminaban de raíz a los seres débiles, incapaces nada más nacer de soportar un vuelo por los aires a lomos de un gran pájaro, o dictaminaba por ley la preservación de la especie a base de la autoeliminación de aquellos que resultaban lisiados o sufrían alguna clase de enfermedad. Su armonía social se basa igualmente en ciertas represiones tempranas como el amor innato de las madres por sus hijos, eliminado también de raíz al cambiar a los recién nacidos durante el proceso de lactancia. Este mismo sistema muestra también sus fallas al no consentir la presencia de elementos ajenos que a la larga resultaban nocivos para su buen funcionamiento, como se comprueba con la expulsión final de Jámbulo y su compañero por no haber sido educados desde un principio dentro de este medio.

No se trata tampoco de un paraíso absoluto en el que sus gentes disfrutaban sin límite de los bienes a su alcance o en el que pasaban sus días en medio de la más

---

[37] Así lo recalca el propio autor, II, 59, 4.

completa inactividad placentera. Su régimen de vida estaba establecido de forma rigurosa y se distribuían entre sí de forma cíclica las tareas necesarias para una supervivencia normal. Un comportamiento ascético y una obsesión por la concordia, que revelan a las claras la intromisión en la obra de Jámbulo de las ideas filosóficas del momento, de matriz cínico-estoica, que seguramente han inspirado buena parte del relato[38]. Debieron incidir igualmente en su diseño ideal las concepciones utópicas anteriores que se habían puesto de manifiesto en obras filosóficas como las de Platón o en relatos de características similares como el de Evémero. La preocupación por una forma de organización social perfecta que pudiera eliminar los inconvenientes de la naturaleza humana tenía ya una larga tradición dentro del pensamiento helénico y a buen seguro dichos modelos teóricos no estuvieron ausentes en la concepción original de Jámbulo, que pudo buscar incluso una cierta parodia de los mismos al presentar un mundo tan perfecto, pero con un coste humano elevado y que impedía el acomodo al mismo de las personas de carne y hueso como el protagonista, a pesar de su buena disposición espiritual, recalcada al comienzo de la historia.

Ciertamente el autor no buscaba tan sólo divertir a su auditorio, a pesar de haber utilizado para ello la forma literaria adecuada como era el relato de viajes y haber recurrido sin reparos a los elementos maravillosos necesarios, incluídos aquellos de tipo paradoxográfico como la fuente doble, las particularidades anatómicas de sus habitantes o la existencia de una fauna fantástica[39]. Jámbulo presentaba su relato como el resultado de una experiencia real y para ello se sirvió también de los recursos habituales del género como la mención de ciertas precisiones de carácter geográfico, acordes con los conocimientos geográficos de la época, como la situación en el océano meridional frente a las costas de la India; astronómicos, como la alusión a un firmamento diferente al habitual que implicaba por tanto una latitud bien distinta, o la explicación de su clima templado y la igual duración de días y noches al hallarse en la zona del ecuador[40]; o científicos, con la descripción detallada de ciertas particularidades físicas de la curiosa fauna que podían indicar un conocimiento de primera mano basado en la propia experiencia. La preocupación por la sabiduría ancestral de estas sociedades, expresada aquí por su dedicación a la astrología y por su peculiar sistema de escritura, que ya se había puesto de manifiesto en el relato de Evémero, es igualmente indicativa de los deseos de actualización que rigen en la historia de Jámbulo en todos los campos.

Unas intenciones de veracidad que quizá traducen algo más que un simple artilugio literario. En consonancia con los principios de naturaleza filosófica que parecen

---

38 Así Ferguson (1975), 126 y ss.; Bertelli (1982), 562-563. En este sentido, Bidez (1932) 280 y ss. y el mencionado trabajo de Baldasarri (1973) donde se relacionan los términos empleados con los conceptos centrales de estos sistemas filosóficos.

39 Hemos de recordar que en este sentido Jámbulo aparece destacado por Luciano en su crítica de los fabuladores junto con figuras clave como el propio Odiseo o Ctesias, Luc., *V. H.*, I, 3

40 Sobre esta clase de procedimientos, Janni (1978).

impregnar todo el relato, que se dejan sentir sobre todo en la terminología empleada[41], revelan un propósito diferente como era el de presentar bajo la forma literaria adecuada y con los condimentos necesarios a la hora de divertir una imagen de la sociedad ideal en la que quedaban patentes sus virtudes y defectos. Un mundo en definitiva que lejos de estar al alcance del hombre de carne y hueso, bien fuera en tierras lejanas y apartadas, se hallaba en el interior de sí mismo si era capaz de ajustar su forma de vida a las demandas de la propia naturaleza y establecer con los demás unas relaciones pacíficas y estables que garantizasen la armonía social y la concordia. A medio camino entre la utopía crítica, a la manera de las que hicieron célebre el género durante la época moderna como la de Tomas Moro, el relato fantástico sobre la India y las tierras de alrededor, puesto en boga tras las conquistas de Alejandro y que había alcanzado su apogeo con obras como las de Megátenes o Deímaco[42], el cuento de viajes y aventuras que ayudaba a insertar dentro de un esquema narrativo coherente la visión del estado ideal al contextualizarlo dentro de una experiencia realista, y el tratado filosófico-moral, en el que se ponen de relieve los nuevos principios y preocupaciónes por una vida mejor, el relato de Jámbulo, en la medida en que podemos valorarlo a través del resumen de Diodoro, constituyó en este campo un hito fundamental, ciertamente original ya que había conseguido aunar en una sola obra unos elementos que en principio parecían tan dispares.

Hespera

Hemos de incluir dentro de este apartado otra de las ficciones de naturaleza utópica del período helenístico que nos ha llegado también a través de las páginas de Diodoro y que parece que hay que atribuir a un tal Dionisio Escitobraquión, autor al parecer de obras de esta clase en las que imperaba de forma clara el componente mitológico[43]. Dentro de su obra sobre Libia dicho autor incluía la descripción de una isla denominada Hespera a causa de su localización extremo occidental que fue conquistada por las Amazonas. La isla se hallaba situada en la laguna Tritónide, en las proximidades del océano que rodeaba la tierra y muy cerca también de Etiopía y del monte Atlas. Su tamaño era enorme y estaba repleta de árboles frutícolas de todas clases, que aseguraban la alimentación de sus habitantes. En ella se criaba también gran cantidad de ganado, particularmente ovejas y cabras, de las que obtenían leche y carne para su subsistencia. Sin embargo no cultivaban la tierra ya que la agricultura no había sido todavía descubierta entre ellos. La isla poseía también ciudades, una de las cuales denominada Mene estaba habitada por los etíopes ictiófagos y consagrada a los dioses. En ella tenían lugar grandes erupciones de fuego y

---

41 Baldasarri (1973).

42 Estr., II, 1, 9.

43 Diod., III, 53, 4-6. Acerca de este autor, Rusten (1982). *Cf.* Ferguson (1975), 123-14.

se daban las piedras preciosas que los griegos apreciaban. Dadas sus especiales condiciones, fue la única parte de la isla que permaneció a salvo de la conquista amazónica.

Ciertamente no es mucho lo que podemos deducir de la escueta referencia de Diodoro. Interesado en esta ocasión en la relación mítica que sobre las Amazonas y sus conquistas por el orbe relataba al parecer Dionisio, Diodoro menciona sólo de pasada la existencia de la susodicha isla y apenas podemos entrever cuáles eran las intenciones precisas de su autor y la relevancia que tenía dentro de todo el relato original. Que se trata sin duda de una tierra fabulosa lo atestigua su localización en los extremos del mundo junto a todas las referencias tradicionales que legitimaban dicha ubicación dentro del imaginario helénico. Aparecen así como referencias locales la tierra de Etiopía, seguramente en su más completa acepción mítica de pais sagrado de los extremos meridionales del orbe, el monte Atlas, de clara reminiscencia cosmológica al estar considerado como una columna del cielo como podemos apreciar a través de las correspondientes páginas de Heródoto[44], o la misma laguna Tritónide que también contaba con cierta prosapia mítica[45].

El paisaje de la isla, aun con ciertas dosis de primitivismo, como era la falta de campos cultivados, sí presenta en cambio los rasgos tradicionales de abundancia y fertilidad que parecen satisfacer del todo a sus habitantes. Un paisaje que todavía acentúa más sus condiciones maravillosas en la ciudad de Mene, consagrada a los dioses y habitada precisamente por un pueblo que en la tradición mitológica griega había acogido sus banquetes, dotada de erupciones volcánicas y repleta de piedras preciosas. De nuevo aparecen reactualizadas aquí ciertas constantes míticas de larga tradición en la literatura griega con referencias a los nuevos tiempos y saberes como la calificación de ictiófagos a unos etíopes, originariamente genéricos en la tradición mítica, pero que habían sido ahora objeto reciente de más cuidadas descripciones como la de Agatárquides. También su descripción de fenómenos naturales relacionados con el volcanismo o la mineralogía, que empezaron a convertirse desde finales del siglo IV a. C. en temas de interés de la ciencia griega y aparecían como tópicos habituales en toda esta clase de historias, incluidas las más "serias" como las de Polibio o Posidonio, revelan el proceso de actualización al que la obra de Dionisio se vio sometida, a pesar de la preponderancia del tema mitológico.

Se nos escapan por completo las intenciones precisas de su autor fuera de su intento por reescribir desde un punto de vista racionalista las viejas historias míticas acorde con la realidad de los nuevos tiempos, pero desde luego no estaban ausentes de su diseño los relatos utópicos como el de Evémero ni las idealizaciones de lo primitivo como forma de vida perfecta que se ve sorprendida por el uso de la fuerza de una cultura pretendidamente superior. El paralelismo de las Amazonas con los Atlantes platónicos y la brusca desaparición del lugar a la manera casi del mítico

[44] Hdt., IV, 184.

[45] Gsell (1915), 77 y ss.

continente, abogan igualmente por una influencia casi segura de aquella fabulación filosófica y su inevitable encanto. Sin embargo el interés por los mitos y sus diferentes interconexiones parece en este caso haber sido uno de los elementos más relevantes a la hora de concebir la obra de Dionisio.

Nisa

Procedente del mismo autor, encontramos tambien en las páginas de Diodoro una referencia a la isla de Nisa, la patria originaria de Dioniso[46]. Según la larga historia que Diodoro reproduce sobre las hazañas del joven dios, éste fue ocultado en aquella ciudad por Amón, que temía los celos de Rea si llegaba a conocer el nacimiento de este hijo bastardo. Dejando a un lado la historia mítica, nos interesa especialmente la descripción de la isla que Dionisio llevó a cabo en su obra, reproducida en Diodoro con mayor o menor detalle. La isla se hallaba en medio del río Tritón y sus costas eran escarpadas por todos lados salvo por uno en que existía un paso estrecho denominado, "puertas Niseas". La tierra de la isla era rica, estaba atravesada por suaves prados y regada por abundantes corrientes de agua. Poseía toda clase de árboles frutales y la viña silvestre en gran abundancia. Toda la región tenía además un aire puro y fresco, extremadamente saludable. Por dichos motivos sus habitantes vivían la vida más larga de todas aquellas regiones. La entrada a la isla era como una especie de cañada, protegida de los rayos del sol por la sombra generosa de los árboles elevados que de forma apretada crecían en los alrededores, dejando que sólo la luz atravesara su denso ramaje. A lo largo del recorrido había además fuentes de un agua extraordinariamente dulce que convertían el lugar en un sitio agradable para quien quisiera deambular por él.

Más hacia el interior existía una enorme cueva de gran belleza. Por encima de ella se alzaban unos riscos de inmensa altura formados por rocas de diversos colores dispuestas en bandas y que despedían un brillo considerable. A la entrada crecían toda clase de árboles, tanto aquellos destinados a dar frutos como los que no tenían otra finalidad que la de resultar gratos a la vista. En ellos anidaban pájaros de todas clases de brillantes colores y sonoros cantos. El interior de la cueva, bañado por los rayos del sol y cubierto de plantas y flores, despedía también la fragancia de algunas de ellas como la casia. Allí podían verse también los lechos de algunas ninfas, elaborados de forma sabia por la propia naturaleza a base de flores. Hojas y flores eran además peremnes y nunca se veía ninguna de ellas caída por los suelos. Un lugar en definitiva apropiado para un dios tanto por su hermoso aspecto como por la fragancia que allí podía respirarse.

Toda la descripción responde sin lugar a dudas al típico cuadro del *locus amoenus,* con arraigada presencia ya en la literatura griega, pero no faltan tampoco aque-

---

[46] Diod., III, 68, 4 -69.

llos elementos que vienen definiendo a las tierras fabulosas como el aislamiento en medio de un río y el carácter escarpado de sus costas que impedía el acceso fácil, salvo por la entrada denominada "puertas niseas", la fertilidad del suelo, la onmipresencia de fuentes, la abundancia de frutos salvajes, el clima templado y sano y la longevidad de sus habitantes. Parece sin embargo que el objetivo principal del autor residía en esta ocasión en la descripción de un lugar adecuado para el nacimiento del dios, olvidándose por ello de cuestiones más secundarias para sus intereses como el *status* político de las gentes que habitaban la isla o su forma de organización social. Da la impresión, sobre todo a juzgar por el resumen que nos presenta Diodoro, que se trata de definir un escenario ideal a la vieja usanza de la pradera o jardín de los dioses, y para ello se recurre a los elementos habituales con que se contaba para esta clase de pasajes en toda la tradición literaria, sobre todo a raíz de la floreciente literatura de viajes al estilo de los casos anteriormente tratados, que seguramente proporcionaban excelentes ejemplos a seguir. En el presente caso parece que se impuso sobre todo lo demás un cierto afán de fabulación, basado en el gusto por lo extraordinario, muy propio de la época, aunque arropado esta vez por la afición y erudición mitológica que se había constituído entre los nuevos saberes[47], cuya finalidad principal no era otra que la de divertir, tal y como ya señaló Estrabón en su crítica a estos autores, entre los cuales parece que hay que incluir también a Dionisio Escitobraquión si es que aceptamos la identificación propuesta con el autor de una "Ciudad de Dioniso" que al parecer mencionaba Apolodoro de Atenas en una lista de autores sobre geografía fabulosa, que eran merecedores de esta clase de reproches[48].

La isla de Pera

Quizá debieramos incluir también dentro de este mismo apartado la isla denominada Pera a la que se refiere Crates, el filósofo cínico, y de la que tenemos noticia gracias al poema que del mismo autor nos ha conservado Diógenes Laercio[49]. La isla se encontraba en medio de un vapor color de vino, era hermosa y fértil, pero completamente sucia y sin albergar en ella ninguna clase de bienes. Tan sólo se podían hallar allí tomillo, ajo, higos y pan en rebanadas que tenían como ventaja inmediata el que sus habitantes no mantuviesen entre sí guerras ni precisasen de la posesión de armas con el fin de adquirir dinero o fama. Esta aparente escasez de bienes la situaba además fuera de las miras de todos aquellos que podían en un principio buscar habitar un paraíso dorado en el que la vida no presentaba problemas de ninguna clase. Quedaban así fuera necios, parásitos, glotones y esclavos de sus ape-

---

47 Jacob (1994).

48 Estr., I, 2, 35; VII, 3,6. Así Rusten (1982), 113-116.

49 Diog. Laerc., VI, 85.

titos sexuales, dejando suponer por contra que quienes se molestaban en llegar hasta ella lo hacían convencidos plenamente de que no era esa la forma de vida a encontrar y buscaban en cambio un tipo de existencia bien distinta en la que primaban las necesidades del espíritu.

La ficción imaginaria de Crates tiene manifiestas connotaciones cínicas al situar su particular paraíso en una isla en la que la austeridad es la única garante de una vida afortunada y la causa inmediata del mantenimiento de la paz y la concordia entre sus habitantes, que al no estar poseídos de los deseos y ambiciones más típicos del ser humano, no necesitan para nada el uso de las armas y parecen llevar una existencia afortunada en perfecta armonía con la naturaleza, tal y como predicaban los principales portavoces de dicha escuela filosófica[50].

---

50 Sobre la utopía cínica, García Gual (1987) y Dawson (1992), 111 y ss.

TIERRAS DE FANTASIA

En estrecha conexión con las fabulaciones utópicas analizadas en el capítulo anterior, pero supeditadas esta vez del todo al dominio absoluto de la fantasía, encontramos en la literatura griega ejemplos evidentes de tierras fabulosas, situadas esta vez en ninguna parte, construídas con un gran despliege de recursos imaginativos y destinadas en principio a sorprender a su auditorio o a suscitar en el mismo la risa, parodiando en forma ingeniosa, pero también a veces sutil, los excesos a que había conducido el ansia de fabulación. En otros casos se trata tan sólo de ahondar más si cabe dentro de esa afición por lo extraordinario y maravilloso que dio lugar al género de los relatos paradoxográficos, encontrando por doquier, no sólo en los lugares más apartados del orbe, tierras llenas de prodigios naturales que suscitaban el asombro y la fascinación de su auditorio. Unas tierras en definitiva que beben sin duda de toda una tradición vigente a este respecto a lo largo de la literatura griega, pero que concentran su atención sobre los casos más recientes, bien en forma de utopías políticas racionalizadas o expresadas a través de una novela de aventuras al estilo de la de Jámbulo, interesados como estaban sus autores de forma especial en resaltar esa crítica paródica de los modelos precedentes y destacar de forma evidente sus excesos, aunque no renunciaron tampoco a aprovechar la misma corriente de la que aquellos se habían beneficiado con anterioridad, para despertar con sus ficciones el mismo tipo de interés y reacciones que sus supuestos modelos habían suscitado.

Tierras de Jauja

Una de las primeras ensoñaciones de carácter utópico que encontramos en la literatura griega corresponde al mito de la edad de oro, que aparece ya formulado en Hesíodo[1]. Sin embargo es en los autores de la comedia antigua, donde podemos atisbar la primera aparición en el terreno literario de estos países de cucaña o tierras de Jauja donde son posibles toda clase de bondades[2]. Se trata ciertamente de exageraciones manifiestas que tienden a provocar la risa, explotando a fondo la comicidad implícita en esta clase de situaciones cuando se comparan con una realidad existente

---

1 Sobre el mito de la edad de oro, Guthrie (1957), 63-79 y Dawson (1992), 13-14.

2 Sobre la parodia de la edad de oro en la comedia, Lovejoy y Boas (1965), 38-41.

mucho menos pródiga, en la que han llegado incluso a ser frecuentes los problemas de simple abastecimiento. No hemos de olvidar en efecto el contexto político de la comedia, que se mueve dentro del ambiente de la Atenas del último cuarto del siglo V a. C., cuando la ciudad se hallaba en plena guerra contra Esparta y al abandono periódico de los campos por los campesinos se sumaban las penalidades de abastecimiento de una población urbana cada vez más sobrecargada a causa de las acciones de guerra[3].

La puesta en escena de estos países de Cucaña tenía sin duda una función eminentemente cómica, pero en ellos se expresaban también los deseos y aspiraciones profundas de la plebe ática, cansada de la guerra y de los sufrimientos que ésta originaba, que hallaba en este tipo de fabulaciones un cierto consuelo, además de deleite, a sus fatigas cotidianas. En cierto modo, tal y como ha señado Bertelli, podría decirse que se trata de "un utopia dei poveri"[4], destinada en parte a contrarrestar los diseños más teóricos y abstractos aunque no menos ideales que en aquellos tiempos corrían entre los círculos intelectuales atenienses. Son de hecho los aspectos puramente materiales del viejo mito de la edad de oro los que se destacan aquí con especial énfasis, como la abundancia de comida en grados inconcebibles y la completa ausencia de todo trabajo necesario para conseguirla. Se concibe así la existencia de tierras fabulosas, situadas generalmente en el pasado mítico y remoto o en lugares que resultan a primera vista impensables como el Hades o simplemente alejados como Persia, convertida aquí en el estereotipo evidente de la opulencia infinita[5].

Desgraciadamente no han llegado hasta nosotros las obras de estos autores, con la conocida excepción de Aristófanes, y debemos limitarnos a valorarlas a través de las citas que figuran recogidas en un largo pasaje de Ateneo[6]. Todos ellos coinciden en dibujar el paisaje idílico de una existencia feliz en la que destacan de forma particular el aspecto culinario, con la mención concreta de sabrosos platos que caían de los árboles o pájaros asados que volaban hacia las bocas de los comensales, y el autómatismo de los diversos enseres, incluídos claro está los propios utensilios de cocina, que hacían del trabajo una simple cuestión de ordeno y mando a la espera de que los susodichos objetos se aprestaran a cumplir con la tarea fijada. Destaca en este sentido Ferécrates, que sitúa el escenario de toda esta abundancia en lugares algo más concretos que la simple mirada atrás, hacia un remoto pasado en el que gobernaba Crono, llegando incluso en su parodia a utilizar para ello el propio Hades, trasferido momentaneamente hasta las minas del Laurión en el Atica, donde los esclavos debían desarrollar un duro trabajo en más que difíciles condiciones, que se convierte ahora en un lugar por el que discurren ríos de caldo y vienen hasta la boca los tordos asados, o una Persia fabulosa donde la abundancia llueve literalmen-

[3] Sobre el contexto político de la comedia sigue resultando esencial el célebre libro de Ehrenberg (1951). En particular, Cantarella (1969)

[4] Bertelli (1982), 522.

[5] Baldry (1953). Fauth (1973).

[6] Aten., VI, 267 e-270 a.

te del cielo con suculentos manjares cayendo de los árboles como hojas caducas[7]. Mero divertimento sin más aparentemente, pero en el que se mezcla también evidentemente el profundo desencanto hacia una realidad presente del todo insatisfactoria que obligaba a los menos favorecidos a volver su vista atrás, añorando una edad de oro perdida en la que las cosas sucedían de bien distinta forma, y que había arraigado al parecer en las capas populares de la población[8], y la reacción airada, expresada aquí en términos de hipérbole cómica o de agudos contrastes, contra las idealizaciones propuestas desde medios fundamentalmente aristocráticos, que apenas contemplaban las necesidades perentorias que acuciaban a la población, como remedio a los males del presente.

Sin embargo es Aristófanes el único que nos permite valorar a través de obras completas esta clase de fabulaciones. Los aspectos utópicos de algunas de sus obras como *Lisístrata*, *Asambleístas* o *Las Aves*, son de sobra bien conocidos[9] y no es el tema preciso que concita nuestro interés en estas páginas. Sin embargo en la última de ellas Aristófanes nos ofrece el diseño de una tierra fabulosa, la de las Aves, donde los protagonistas emprenden la búsqueda de un lugar tranquilo (τόπος ἀπράγμων) que les aleje de los procesos judiciales y de las intrigas políticas que dominaban por completo en aquellos momentos la vida ateniense. La solución es ciertamente escapista, pues sólo la tierra de las aves, *Nefelokokugia*, situada a medio camino entre el mundo de los dioses y los hombres, les ofrece garantías a este respecto y es a donde deciden encaminar sus pasos en busca de esta tierra ideal en la que conseguir una vida mejor[10].

La tierra de las aves no es el todo una tierra fabulosa aún en su irrealidad pues apenas existe si no en la imaginación de los personajes que tratan de convertir de inmediato el aire que separa a hombres y dioses en un nuevo territorio políada, dominado esta vez por las aves, que en la estela del modelo ateniense que se trataba de satirizar, impusiera su poder sobre los dos ámbitos cortando el paso entre ellos. Ambos protagonistas instan así a la fundación de esta ciudad aérea en la que las aves prometen a sus futuros habitantes un sinfín de bondades que enlazan a todas luces con los viejos ideales de un país de cucaña. Se ofrecen así salud, riquezas, paz, juventud, risas, danzas y fiestas, en una recreación aristofánica del tópico tratado por sus compañeros de género. Sin embargo, Aristófanes da aquí un paso más al imaginar la existencia de este país de la abundancia añorado desde siempre por la humanidad en un medio tan irreal como el propio aire, en el que tan sólo las aves mantienen el equilibrio. Una irrealidad que se ve aquí además reforzada por los claros intentos "imperialistas" de viejo cuño ateniense de convertir el éter en una nueva

---

[7] Ferécrates, Fr. 10, 10 a y 130 Edmonds. También en Turio, la nueva colonia ateniense de la Magna Grecia, que gozaba de fama de prosperidad.

[8] Véase a este respecto Versnel (1987).

[9] Sobre todo, Bertelli (1983) y David (1984).

[10] Un amplio estudio sobre los valores utópicos de esta comedia es el de Corsini (1987) y Zimmermann (1991).

Atenas cósmica que imponga por igual su dominio sobre hombres y dioses, pasando las aves a ocupar el lugar divino a través de un relato sofístico que les concede la primacía a causa de su antigüedad primordial, por encima de dioses y hombres. Una alusión paródica esta última dirigida contra los relatos "primitivistas" que hablaban de la autoctonia ateniense y de una historia ancestral de los orígenes, tal y como aparecen en los diálogos platónicos del *Timeo* y el *Critias*. La broma concluye con la fiesta habitual que pone fin a la comedia en la que se entremezclan las referencias a una realidad desdeñosa que ofrece escasas alternativas de cambio con el juego constante de imágenes cómicas y alusiones irónicas que hace de las comedias de Aristófanes un ejemplo único donde la fantasía, la poesía y la crítica política y social contemporánea componen un complejo artístico difícil de superar[11].

Tierras maravillosas y de prodigios

La geografía fantástica griega, en la que predominaban de forma clara las maravillas de toda clase por encima de cualquier otro interés, apenas ha llegado hasta nosotros si tenemos en cuenta que las obras más destacadas del género se han perdido de forma irrecuperable y que tan sólo tenemos noticias muy escuetas acerca de ellas. Sirva como ejemplo el célebre caso de Antífanes de Berge, que al parecer hablaba en su obra acerca de un país en el que el frío helaba las palabras en invierno y más tarde en verano podían escucharse esas mismas palabras, ya descongeladas con la llegada del calor[12]. La fantasía de dicho autor había superado al parecer todos los límites y su nombre se convirtió en el calificativo proverbial utilizado para catalogar la mentira contumaz o la fabulación sin fundamento alguno de veracidad[13]. Dentro de ese mismo *status* situaba también Estrabón a todos aquellos autores, entre los que incluye a Hesíodo, Alcmán y Esquilo, que habían hablado en sus obras de tierras habitadas por pueblos completamente fantásticos como los pigmeos, los cabeza de perro, los que se hacían sombra con sus orejas, quienes tenían los ojos en el pecho o los que poseían un solo ojo, o de lugares tan fantásticos como los montes Ripeos, de la montaña Ogiyo y de la estancia de las Gorgonas y de las Hespérides[14]. Todo un catálogo de fantasías y aberraciones, producto en su mayor parte de la imaginación desenfrenada del ser humano, y de la griega en particular, que siempre había poblado las regiones desconocidas de seres extraordinarios. Seguramente, en un principio esta saga de pueblos y lugares fantásticos no se localizaban en parte alguna concreta de la tierra, ya que pertenecían de pleno derecho a una geografía

---

11 McLeish (1980), 157 y ss.

12 Sobre este tema y su autor, Weinreich (1942).

13 Así lo encontramos en Estrabón, II, 4, 2, quien refiere que este era el calificativo de Eratóstenes hacia Evémero, autores ambos que son puestos también por el geógrafo al mismo nivel de falsedad absoluta, *cf.* I, 3, 1 y II, 3, 5.

14 Estr., VII, 3, 6, refiere el catálogo elaborado por Apolodoro de Atenas.

mítica intemporal y sin espacio definido donde las coordenadas de todo tipo brillaban por su ausencia. Sin embargo, más adelante, posiblemente tras las primeras exploraciones e intentos de expansión ultramarina que tuvieron lugar a lo largo del período arcaico, fueron siendo situados en las regiones más remotas del orbe según avanzaban los conocimientos geográficos y se reducía a los extremos del mundo las zonas de *terrae incognitae*[15].

El conocimiento progresivo de las regiones limítrofes fue trasladando a ellas una buena parte de estas fabulaciones y ya se ha visto en los capítulos precedentes cómo fueron ocupando su lugar correspondiente en cada uno de estos territorios. Sin embargo el gusto por lo maravilloso y lo extraordinario *per se* se acentuó todavía más, como es bien sabido, tras las grandes conquistas de Alejandro y empezaron a surgir en el medio literario alejandrino tratados sobre lugares maravillosos, que constituyeron el género conocido como Paradoxografía, que abarcaban prácticamente toda la tierra conocida, incluyendo también ciertas regiones del mundo habitado más inmediato como algunas zonas de la propia Grecia, el sur de Italia o Sicilia. La gama de intereses era ciertamente amplia e incluía por igual el medio físico, los ríos, lagunas, grutas, bosques, montañas, como el animal o vegetal con todas las variedades y curiosidades a que éste daba lugar, e incluso el puramente humano, prestando atención a las costumbres más exóticas y sensacionales de los pueblos bárbaros o destacando aquellos fenómenos prodigiosos que contradecían las leyes de la naturaleza[16]. Un poco ciertamente a la manera de los viejos tratados de etnografía jonia, de los que apenas conocemos otra cosa que los ecos que han podido dejar en la obra de Heródoto, pero acrecentado ahora por el boom de los nuevos descubrimientos y el auge de las nuevas ciencias de la naturaleza que con los trabajos del Liceo habían empezado a florecer por todas partes[17]. Un lugar destacado ocupan las tierras de Occidente, Sicilia e Italia, donde se localizaban innumerables fenómenos curiosos de todas clases y que fueron el objeto central de obras como la de Ninfodoro, ya mencionada anteriormente. Sin embargo seguían siendo las tierras limítrofes del mundo habitado las que atraían la atención y el interés de estos autores, tal y como revelan obras como la de Isígono o Nicolás de Damasco, que contenían una amplia gama de las costumbres y los lugares más curiosos[18].

Ciertamente podríamos catalogar como fabulosas todas aquellas tierras sobre las que se situaban esta clase de fenómenos, pero lo cierto es que tan sólo se referían a lugares bien concretos de las mismas, una laguna, un río o una gruta, donde tenía lugar el hecho objeto de su interés paradoxográfico, y no a la totalidad de ellas. Sin embargo sí aparecen a lo largo de estos tratados algunos indicios más claros que nos remiten a todo un país en concreto, en el que se producían algunas de las caracterís-

---

15 Romm (1992), cap. 5.

16 Sobre la Paradoxografía y sus intereses véase la bibliografía antes citada a este respecto.

17 Vegetti (1991).

18 Para los correspondientes fragmentos sobre ambos autores remitimos a la edición de Giannini (1965) así como a nuestra traducción en la Biblioteca Clásica Gredos.

ticas que definen a esta clase de tierras. Sirva como ejemplo la tierra de los Umbros, de la que se dice en el célebre tratado atribuído a Aristóteles conocido como *Mirabiles Auscultationes* que allí el ganado paría tres veces al año, su suelo producía frutos mucho más numerosos de los que se habían sembrado y sus mujeres eran de una fecundidad extraordinaria, dando a luz de forma simultánea a dos y hasta tres hijos[19]. En otros casos se trata de lugares maravillosos situados de nuevo en los confines del orbe conocido. Así en este mismo tratado se menciona igualmente un lugar conocido como el monte Uranio, situado de forma vaga en el imperio de los cartagineses, que se hallaba poblado de bosques y flores que emanaban un agradable aroma a las regiones vecinas, recreando una vez más el viejo *tópos* del *locus amoenus* , si bien en este caso adobado con todo el misterio que recubría inevitablmente las regiones de los confines occidentales, asociadas a un escenario geográfico excepcional, compuesto a base del imponente océano y de elevadas montañas que sobrecogían el ánimo de los marinos y viajeros, capaz de albergar toda clase de prodigios. Un ambiente que vemos ya reflejado en algunos de los pasajes del célebre *Periplo de Hanón,* cuando avistan desde la costa una columna de fuego que subía hasta el cielo desde una elevada montaña, a la que denomina su anónimo autor, "el Carro de los dioses"[20]. Una clase de relatos que, a juzgar por las referencias que encontramos en las páginas de Heródoto al monte Atlas, debían abundar ya en el siglo V y fueron luego aprovechados al máximo por esta clase de literatura fantástica, a la que sin duda también pertenece de lleno el mencionado Periplo[21].

Otra pérdida importante a este respecto es la de Antonio Diógenes, un autor desconocido que escribió una especie de relato novelesco titulado *Maravillas más allá de Tule*[22]. A lo largo del mismo debían desfilar países maravillosos de cuya descripción no han quedado apenas huellas en el resumen del patriarca Focio, que es la forma en la que ha llegado hasta nosotros el relato de Diógenes. Sin embargo se mencionan a lo largo del mismo lugares como la propia Tule, las partes más septentrionales de la tierra, donde los días o las noches llegaban a durar un año, una ciudad de Iberia donde la gente podía ver de noche pero eran en cambio ciegos por el día, e incluso las cercanías de la propia luna. Productos todos ellos de la mera ficción desbordada de su autor que ha aunado dentro de un mismo relato elementos bien diferentes pero supeditados todos ellos a un objetivo principal cual era el de sorprender a su auditorio mediante la exhibición sin trabas de toda clase de fantasías, quizá con un cierto sentido paródico del género, a la vista de algunos pasajes señalados que apuntan en esta dirección, pero que resulta difícil calibrar sin embargo a partir del breve resumen de Focio.

---

19 *Mir. Aus.*, 80.

20 *Mir. Aus.*, 113

21 Sobre el carácter ficticio del *Periplo de Hanón,* Germain (1957). En general, Desanges (1978), 39-85 y García Moreno (1989).

22 Sobre esta obra puede verse, Di Gregorio (1968). Sobre su relación con las *Historias Verdaderas* de Luciano, Morgan (1985).

La imaginación de Luciano

Dentro de los relatos fantásticos ocupa la primacía sin lugar a dudas el genial Luciano, que en sus *Historias Verdaderas* trenzó una divertida parodia de esta clase de fabulaciones en las que la imaginación disparada ya sin freno alguno había alcanzado excesos considerables[23]. Ya en el preámbulo deja claras sus intenciones de construir una verdadera fábula, una historia completamente imaginaria que dice haber inventado del todo y que no es resultado ninguno de un viaje hasta los lugares que describe, a la manera de los autores más célebres del género que pretende satirizar. Desfilan así ante nosotros diferentes escenarios de corte claramente fantástico donde se igualan sus intenciones críticas con el despliege de recursos imaginativos. Llega así en su viaje hasta una isla maravillosa en la que encuentra una estela de bronce donde podía leerse en un griego borroso el testimonio de la presencia en el lugar de Heracles y Dioniso, los dos viajeros míticos más celebrados, que habían servido de excusa narrativa para un buen número de estas fantasías, de la clase de las que hemos encontrado en Dionisio Escitobraquión. En ella también había un río de vino de abundante corriente que servía a la vez como prueba de la estancia del dios en la isla. En el río podían verse incluso unos peces que sabían también a vino y producían por tanto la embriaguez si uno comía de ellos, llevando de esta forma la parodia de esta clase de motivos al absurdo más disparatado dentro de su impecable lógica narrativa. Las fuentes del río eran unas extrañas vides cuya parte superior estaba formada por mujeres totalmente perfectas desde la cintura y de cuyos dedos nacían sarmientos cargados de racimos. Sus besos, al igual que sucedía con los peces, producían la embriaguez de quien los recibía.

Tras un viaje por el aire, arriban nada menos que a la luna, situada en medio del aire como otra isla, esta vez flotante, de forma redonda y resplandeciente de luz. Allí habitaban los cabalgabuitres, hombres que cabalgaban a modo de caballos sobre buitres enormes cuyas plumas eran mayores que el mástil de un navío mercante. Luciano demuestra una vez más la fuerza de su imaginación mediante la descripción detallada de los extraños seres que allí habitaban y especialmente la curiosa forma en que nacían dado que en la luna no existian las mujeres. Se habla así de gentes que actuaban hasta los veinticinco años como esposas y después como maridos, quedando embarazados en la pantorrilla. Se menciona también a los arbóreos que nacen de las bellotas caídas de un arbol carnoso surguido al plantar en la tierra los testículos humanos. No existe allí la muerte pues el hombre tras la vejez se disuelve y se convierte en aire. Su dieta a base de aspirar el humo de las ranas asadas es común para todos y beben un aire exprimido en copas. No poseen tampoco orificio anal en el lugar adecuado y sí en cambio encima de la pantorrilla, lugar en el que tenía lugar el embarazo. Consideran hermosos a los calvos y les salen unas barbas sobre las rodillas y una col en las nalgas a modo de cola. De sus narices

---

23 Fusillo (1988).

fluye miel y sudan leche, circunstancia que les permite fabricar queso con gran facilidad. Extraen de las cebollas un aceite denso con el que fabrican perfume, tienen vides que producen agua y utilizan sus vientres como alforjas, ya que pueden abrirlos y cerrarlos a discreción. Los ricos se visten con ropas de vidrio mientras que los pobres lo hacen con hilado de bronce, metal que es abundante allí. Tienen además los ojos desmontables y pueden incluso intercambiárselos entre sí y unas orejas como hojas de plátano. Por fin Luciano alude al palacio real en el que había un espejo situado sobre un pozo en el que podía contemplarse toda la tierra. La parodia de los lugares idílicos a la manera de la vieja edad de oro, localizados en islas fabulosas o en el confín de las regiones del orbe, habitadas por curiosas poblaciones como las que encontramos al referirnos a las islas del Sol, son aquí caricaturizadas llevando al extremo todas las fantasías detectables en este tipo de historias, para acabar de convertirlas en el absurdo manifiesto, pero cómico al máximo sin duda, que Luciano presenta aquí a sus lectores.

Sin embargo la fantasía de Luciano no parece tener límites y en el curso de su viaje se suceden lugares y pueblos a cual más increíble. Pasan después junto al Zodíaco, un país que era "frondoso y fértil, bien dotado de agua y otras riquezas". Más tarde en el descenso hacia la tierra llegan a la ciudad de las lámparas, un lugar habitado exclusivamente por esta clase de objetos que les acogen con hospitalidad, y a la ciudad de los Nubecuclillos en la que el viento les impide detenerse. Ya en el mar son tragados por una ballena, en cuyo interior encuentran una isla cubierta de un denso bosque con árboles de todas las especies y tierras cultivadas. En el centro del mismo encuentran un templo de Poseidón y a otras gentes que les muestran las ventajas de la isla como sus vides que producen un vino dulcísimo, un manantial de agua fresca y una laguna, donde había peces de todas las clases. Sin embargo en la misma habitaban igualmente otras gentes menos hospitalarias con las que aquellos se encontraban en guerra como los saladores, con ojos de anguila y rostro de bogavante, los tritoncabritos, con medio cuerpo humano y el otro parecido al del pez espada, los manosdecangrejo, los cabezatunes, los coladuras y los aletasdebarbada.

Una vez fuera ya de la ballena llegan a una isla llena de vides que tenía la forma de un enorme queso compacto situada en medio de un mar de leche. En su centro se alzaba un templo de Galatea, nombre adecuado a un contexto similar, y su reina era Tiro, siguiendo el juego de palabras con la composición de la isla. Aparece más tarde ante su vista la isla de Corcho, cuyos habitantes con pies en forma de corcho podían correr libremente sobre las aguas del mar. Arriban después a la isla de los afortunados, que constituye una recreación paródica del viejo *tópos* helénico. Allí pueden asistir a los juicios que celebran conocidos personajes de la mitología o de la historia. La ciudad era toda de oro y el muro de esmeralda. Las puertas, siete en total, eran de una sola pieza de madera de cinamomo. Los cimientos y el suelo eran de marfil. Había además templos de todos los dioses construídos de berilo y enormes altares de amatista. Un río de mirra corría a su alrededor y utilizaban como baños casas de cristal caldeadas con brasas de cinamomo. Sus habitantes sólo tenían

cuerpos en apariencia y no envejecían dado que permanecían con la misma edad con la que habían llegado hasta el lugar. Vivían en medio de una luz ténue semejante a la aurora matinal y sólo conocían una estación, la primavera, y un único viento, el céfiro. El país, como era de esperar, poseía flores y plantas de todas clases. Sus vides producían doce cosechas al año y sus árboles frutales hasta trece ya que durante un mes daban fruto en dos ocasiones. La célebre abundancia proverbial de estos lugares alcanza aquí ya el grado de paroxismo, ya que las espigas producen el pan ya apto para el consumo y en los alrededores de la ciudad hay trescientas sesenta y cinco fuentes de agua y otras tantas de miel, quinientas de mirra, siete ríos de leche y ocho de vino.

No menos fabulosa es la descripción que presenta del Elisio, la llanura en las afueras de la ciudad donde celebran sus fiestas. Se trata en efecto de un prado bellísimo rodeado de un espeso bosque que brinda a todos su sombra. Los lechos son de flores y los vientos les sirven en todo. Unos árboles de cristal producen copas de todos los tamaños que de forma inmediata se llenan de vino y las gentes son coronadas por los pájaros que expanden sobre ellos flores de los prados vecinos mientras revolotean cantando. Unas nubes repletas de mirra desprenden sobre ellos su perfume bajo una suave presión de los vientos. Cantan himnos y poemas con la asistencia del mismísimo Homero y los poetas más celebrados. Cuando éstos cesan en sus cantos les substituye un coro de cisnes, golondrinas y ruiseñores, acompañado por todo el bosque bajo la dirección del viento. Tienen además dos fuentes, la de la Risa y el Placer que les proporcionan la actitud adecuada para las celebraciones.

Expulsados de la isla tras siete meses de estancia, una cifra que sin duda recuerda la estancia de Jámbulo en las islas del Sol, recorren otros lugares como la isla siniestra donde recibían sus castigos los malvados. Rodeada de un olor terrible a azufre y de un aroma como de hombres asados, la isla era rocosa y pelada, árida sin árboles ni agua. El país era sumamente feo y su suelo se hallaba repleto por todas partes de cuchillos y picas. Los ríos que fluían en esta ocasión eran de fango, sangre y fuego en consonancia con el carácter del lugar. Llegan después a la isla de los Sueños que como éstos al ser completamente irreal retrocedia cuando uno quería aproximarse hasta ella. La ciudad se encontraba rodeada por un bosque de adormideras y mandrágoras en el que sólo moraban los murciélagos. Fluía por allí un río llamado Noctámbulo y había dos fuentes, denominadas una Dormilona y la otra Todanoche. Estaba rodeada por un muro alto y polícromo semejante en color al del arcoiris. En su interior se hallaban los templos de la Noche, la divinidad que más veneraban en el lugar, y del Gallo, y el palacio de Hipno. Sus habitantes los sueños eran de diversa índole, unos hermosos y de buen ver y otros pequeños y feos.

Tras una estancia allí de treinta días emprenden de nuevo su viaje que les lleva a través de los calabazapiratas y aquellos montados en delfines, de un mar en forma de bosque de pinos y cipreses que no tenían raíces y a atravesar una sima inmensa que les transporta por fin a un mar más suave y familiar. Llegan después a la isla de los bucéfalos, con los que se ven obligados a luchar. Pasan a continuación delante

de unos hombres que navegaban con sus propios cuerpos tendidos boca arriba utilizando su miembro viril como mástil de la vela y llegan hasta una isla habitada por mujeres, todas hermosas y jóvenes, pero con patas de burro que se alimentaban de los extranjeros que llegaban hasta ellas, en una recreación cómica del episodio odiseico de Circe. Por fin arriba al otro continente, el que se encuentra frente al mundo habitado, pero Luciano, llevando al extremo su juego literario y la parodia ingeniosa de los relatos fabulosos, pone fin a su historia prometiendo dar cuenta de aquellas nuevas aventuras en unos libros venideros, a todas luces inexistentes, tal y como solían tener por costumbre algunos de estos autores, dejando en la expectativa a sus lectores con la esperanza de poder continuar un día sus historias y dejar bien claro también que la posibilidad misma de continuarlas todavía dejaba buen márgen para la fabulación.

En definitiva nos encontramos ante un desfile fantástico sin precedentes a través del cual Luciano pasa revista a todos los tópicos de esta literatura recreando con un gran ingenio algunos de los episodios más conocidos y celebrados de toda la literatura anterior, desde la mismísima *Odisea* hasta los más recientes productos del género fantástico como el de Antonio Diógenes, pasando por toda la literatura etnográfica tradicional al estilo de Heródoto y los relatos fabulosos de Ctesias y los historiadores de Alejandro. Una apoteosis en fín de la fantasía y de los recursos de la imaginación de su autor que ponen a prueba la risa del lector al tiempo que le advierten de la facilidad enorme con que podía camuflarse bajo pretensiones aparentemente serias de veracidad un relato fabuloso que no era a la postre otra cosa que una sucesión de patrañas y burdas mentiras, trabadas unas a otras con cierta habilidad narrativa e insertas todas ellas dentro de un esquema argumental, tal y como había enseñado el maestro primero de tales relatos, que no era otro que el celebrado Odiseo, de quien Luciano se constituye aquí en el más destacado de sus discípulos, utilizando dichas enseñanzas con una finalidad que en parte, posiblemente sólo en parte, era bien distinta del viejo poeta épico.

La isla de Crono

Con justicia debe figurar también dentro de esta relación de las tierras fantásticas la llamada Isla de Crono a la que alude Plutarco en su tratado sobre el rostro de la luna[24]. En un diálogo entre el cartaginés Sila y Lamprias, el primero introduce el relato acerca de una isla situada en dirección occidental de Britania, donde según contaban los indígenas se encontraba Crono encarcelado por Zeus. La naturaleza de la isla, que recibe el nombre homérico de Ogigia, y la dulzura del aire que la circunda son ciertamente admirables. Quienes en ella habitan, llegados hasta allí en un

[24] *Mor.*, 941-945. Sobre la interpretación de este diálogo, Görgemanns (1970). Véase también la introducción y comentario a cargo de Del Corno y Lehnus (1991).

principio para cumplir con un deber ritual hacia el dios, pasan su tiempo ocupados en celebraciones y sacrificios o inmersos en discusiones filosóficas ya que la isla les proporcionaba sin pena ni esfuerzos toda clase de bienes en gran abundancia. La mayor parte de sus habitantes han decidido permanecer allí a causa de estas bendiciones a pesar de que pasados treinta años al servicio del dios se les permitía abandonar la isla y regresar de nuevo a su casa. El propio dios, Crono, duerme en una profunda cueva que brilla como el oro, sobre la que los pájaros derraman ambrosía que se esparce desde allí como si fuera una fuente a toda la isla, que es bañada de esta forma por la fragancia de su perfume. Allí podía además aprenderse astronomía igual que el resto de la filosofía, profundizando el estudio de la naturaleza.

Parece que todo el relato de Sila se remitía a un extranjero que desde allí había viajado hasta nuestro mundo, llegando hasta Cartago, donde Crono recibía un culto especial, y dio pábulo a sus extraordinarias historias sobre aquella parte del mundo. De nuevo por tanto la técnica del relato de viajes servía como marco literario introductorio de una fábula en la que destacan sobre los habituales elementos fabulosos ciertas connotaciones religiosas que buscan para su desarrollo un escenario irreal y fantástico, aunque situado esta vez en consonancia con las nuevas especulaciones sobre las zonas más septentrionales del globo[25]. Existen sin embargo a lo largo del relato ciertas incoherencias que confirman esta primera impresión de que Plutarco se muestra una vez más interesado sobre todo en el contenido filosófico del diálogo y descuida en alguna medida la precisión a la hora de diseñar el escenario idóneo, que requiere tan sólo determinados elementos a base de la lejanía geográfica y del mito tradicional para convertirse de golpe en el contexto adecuado a sus intenciones. Buen conocedor de la literatura anterior y a tono con los nuevos saberes geográficos, sitúa su escenario en el confín occidental hacia el norte y menciona algunas de las intuiciones que desde la expedición de Píteas se habían conocido sobre estas regiones como la existencia de un mar helado o la brevedad de las noches estivales. Sitúa también allende las islas el otro continente, intuído ya desde Crates de Malos[26], cuyos ríos inmensos producen con sus aluviones un mar fangoso, y pone en boca de un cartaginés una historia de estas características, sabedor posiblemente del aura de Cartago en este sentido al haberse realizado desde allí grandes expediciones occidentales, algunas de las cuales como el célebre *Periplo de Hanón* habían alcanzado una gran popularidad a través de su conversión literaria entre el público griego. Todo adobado con ciertos elementos de naturaleza filosófico-religiosa cuyos antecedentes más inmediatos cabe buscarlos quizá en el *Timeo* platónico, como ya vio bien Hamilton[27], y los más lejanos probablemente en el viejo mito de las islas de los bienaventurados, atestiguado en Hesíodo.

---

[25] Véase a este respecto el apéndice II de la traducción italiana mencionada en la nota anterior. Sobre la relación de esta historia con una posible intuición preliminar de las tierras de América del Norte y el absurdo inherente de esta clase de intentos, Ebner (1906), 65-95.

[26] Moretti (1990)

[27] Hamilton (1934).

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Aalders G. J. D. (1968), *Die Theorie der gemichten Verfassung im Altertum*, Amsterdam

Aalders G. J. D. (1975), *Political Thought in Hellenistic Times*, Amsterdam

Aalders G. J. G. (1978), " Die Meropes des Theopomp", *Historia*, 27, 317-327.

Adams P. G. (1962), *Travelers and Travel Liars (1660-1800)*, Berkeley-Los Angeles.

Adrados F. R. (1980), *Lírica griega arcaica (poemas corales y monódicos 700-300 a.C.)*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid

Altheim F. y Stiehl R. (1964), *Die Araber in der alten Welt*, I, Berlín

Amiotti G. (1987), " Cerne: 'ultima terra'" en M. Sordi, ed., *Il confine nel mondo classico*, Milán, 43-49

Amiotti G. (1988), "Le Isole Fortunate: Mito, utopia, realtà geografica", M. Sordi ed., *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán, 166-177

Antonetti Cl. (1987), " Agraioi et agrioi. Montagnards et bergers: un prototype diachronique de sauvagerie", *DHA*, 13, 199-236

Armstrong A. H. (1987), " Iamblichus and Egypt" en *Les études philosophiques*, 2-3, 179-188

André J. M. y M. F. Baslez (1993), *Voyager dans l´Antiquité*, París.

Asheri D. (1990), Erodoto. *Libro III. La Persia*, ed. de D. Asheri y S. Medaglia, col. Lorenzo Valla, Milán

Aujac G. (1966), *Strabon et la science de son temps*, París

Aujac G. (1988), "L´Ile de Thule, mythe ou realité", *Athenaeum*, 66, 329-343.

Aujac G. (1994), "L´Eubée, l´ile des merveilles" en A. M. Biraschi, ed. *Strabone e la Grecia*, Perugia, 213-236

Austin M. M. (1970), *Greece and Egypt in the Archaic Age*, Cambridge

Bacon J. R. (1925), *The Voyage of the Argonauts*, Londres

Baladié R. (1980), *Le Péloponnèse de Strabon*, París

Baldasarri M. (1973), " Intorno all´ utopia di Giambulo", *Rivista di Filosofia Neo-Scolastica*, 65, 303-333 y 471-487

Baldry H. C. (1953), "The Idler´s Paradise in Attic Comedy", *G&R*, 22, 49-60

Baldry H. C. (1956), *Ancient Utopias*, Southampton

Baldry H. J. (1961), "The Idea of the Unity of Mankind", en *Grecs et barbares*, Entretiens sur l´Antiquité Classique Fondation Hardt Tome VIII, Ginebra, 167-195

Ballabriga A. (1986), *Le Soleil et le Tartare*, París

Barber G. L. (1935), *The Historian Ephorus*, Cambridge

Bauzá H. (1993), *El imaginario clásico. Edad de oro, Utopía y Arcadia*, Universidad de Santiago de Compostela

Bayet J. (1920), " Les origines de l´Arcadisme romain", *Mélanges d´archéologie et d´histoire de l´Ecole de Rome*, 38, 63-143.

Bérard J. (1963), *La Magna Grecia*, (trad. it.) Turín

Bernand A. (1985), *La carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque*, París

Bernand A. (1994), *Leçon de civilisation*, París

Bertelli L. (1982), "L´utopia greca", en L. Firpo ed., *Storia delle idee politiche economiche e sociali, vol. I l´antichità classica*, Turín, 463-581

Bertelli L. (1983), "L´ utopia sulla scena: Aristofane e la parodia della citá", en *Civiltá classica e cristiana*, 4, 215-261

Bertelli L. (1990), "Geografia e paesagio nell´utopia greca" en S. R. Ghibaudi y F. Barcia, edd., *Studi politici in onore di Liugi Firpo*, Milán, 317-339.

Bertelli L. (1991), "L´ utopia" en G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza, edd., *Lo spazio letterario della Grecia antica, vol. I La produzione e la circolazione del testo, tomo I, La Polis*, Roma, 493-524.

Berthelot A. (1927), *L´Afrique saharienne et soudanaise*, París.

Berti N. (1988), "Scrittori greci e latini di 'Lybika' : la conoscenza dell´ Africa settentrionale dal V al I secolo a. C. ", en M. Sordi ed., *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán, 145-165.

Biancucci G. B. (1973), " La via iperborea", *RFIC*, 101, 207-220.

Bidez J. (1932), "La cité du monde et la cité du soleil chez les stoïciens", *Bull. de l´ Acad. Royal de Belgique*, 18, 244-294

Bidez J. (1945), *Eos ou Platon et l´orient*, Bruselas

Bigwood J. M. (1989), "Ctesias´ Indica and Photius", *Phoenix*, 43, 302-316

Blawatsky W. D.y Kochelenko G. A. (1978), "Quelques traits de la religion des Scythes", en *Hommages à M.J. Vermaseren*, París, 60-66

Blázquez J. M. (1969), "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos", en *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 91-110

Blázquez J. M. (1983), "Gerión y otros mitos griegos en Occidente", *Gerión*, 1, 21-38.

Blundell S. (1986), *The Origins of Civilisation in Greek and Roman Thought*, Londres

Bolton J. D. P. (1962), *Aristeas of Proconnesus*, Oxford

Bosi R. (1982), *Cités grecques d´Occident*, trad. franc. París.

Braccesi L. (1977), *Grecita adriatica*, Bolonia

Braccesi L. (1994), *Grecita di frontera. I percorsi occidentali della legenda*, Padua

Braunert H. (1965), "Die Heilige Insel des Euhemeros in der Diodor-überlieferung", *RhM*, n. s. 108, 255-268

Braunert H. (1968), "Staatstheorie und Staatsrecht im Hellenismus", *Saeculum*, 19, 47-66

Breebaart A. B.(1987), " The Figure of Anacharsis in Herodotus", en *Clio and Antiquity. History and Historiography of the Greek and Roman World*, Hilversum, 32-39.

Brioso M. (1992), " Egipto en la novela griega antigua", *Habis*, 23, 197-215

Brisson L. (1987), " L´Egypte de Platon", *Les Etudes Philosophiques*, 2-3, 153-167

Broche G. (1935), *Pythéas le massaliote*, París

Brown T. S. (1946), " Euhemerus and the Historians", *Harvard Theological Review*, 39, 259-274

Brown T. S. (1949), *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley.

Brown T. S. (1988), "Herodotus´ Travels", *Ancient World*, 17, 67-75.

Buffière F. (1956), *Les mythes d´Homère et la pensée grecque*, París

Burelli L. (1979), "Euripide e l'Occidente" en *I Tragici greci e l'Occidente*, Bolonia, 131-140

Burkert W. (1960/61), " Elysion", *Glotta*, 39, 208-213

Burkert W. (1985), *Greek Religion*, trad. ingl., Oxford

Burkert W. (1977), " Le mythe de Géryon: Perspectives préhistoriques et tradition rituelle" en B. Gentili e G. Paioni, *Il Mito Greco. Atti del Convegno internazionale (Urbino 7-12 maggio 1973)*, Roma, 273-283

Burkert W. (1987), *Mito e rituale in Grecia*, trad. it., Roma

Burstein S. M. (1989), *Agatarchides of Cnidus. On the Erithraean Sea*, Hakluyt Society, Londres

Burton A. (1972), *Diodorus Siculus. Book I A Commentary*, Leiden

Buxton R. (1994), *Imaginary Greece. The Context of Mythology*, Cambridge.

Calame C. (1988), "Mythe, récit épique et histoire: le récit hérodotéen de la fondation de Cyrène" en C. Calame ed., *Metamorphoses du mythe en Grèce antique*, Ginebra.

Calame C. (1990), "Narrating the Foundation of A City: The Symbolic Birth of Cyrene" en L. Edmunds ed., *Approaches to Greek Myth*, Baltimore, 277-341.

Camps G. (1985), " Pour une lecture naïve d 'Hérodote. Les récits lybiens (IV, 168-199)", *Hist. Historiographie*, 7, 38-59.

Canfora L. (1988), *Tucidide. L'oligarca imperfetto*, Roma

Canfora L. (1990), " Le but de l'historiographie selon Diodore", en *Purposes of History. Studies in Greek Historiography from the 4th to the 2nd Century B.C.*, Lovaina, 313-322.

Cantarella R. (1966), "La Persia nella letteratura greca" en *La Persia e il mondo greco-romano*, Accademia Nazionale dei Lincei, Roma, 489-501.

Cantarella R. (1969), " Aspetti sociali e politici della commedia greca antica", *Dioniso*, 43, 313-352

Carpenter R. (1966), *Beyond the Pillars of Heracles*, Nueva York

Cary M. (1949), *The Geographic Background of Greek and Roman History*, Oxford

Cary M. y Warmington E. H. (1929), *The Ancient Explorers*, Londres

Casevitz M. (1991), *Diodore de Sicile, Naissance des dieux et des hommes*, Les Belles Lettres, París

Casson L. (1974), *Travel in the Ancient World*, Toronto

Casson L. (1989), *The Periplus Maris Erythraei*, Princeton

Casson L. (1993), "Graeco-Roman Trade in the Indian Ocean" en S. Vryonis Jr., ed., *The Greeks and the Sea*, Nueva York, 67-76

Casson S. (1920), " The Hyperboreans", *CR*, 34, 1-3

Charpentier J. (1934), " The Indian Travels of Apollonius of Tyana" en *Skrifter utgivna av. K. Humanistika Vetenskap-Samfundet i Uppsala*, 29, 6-66

Cloché P. (1919), " La Grèce et l'Egypte de 405 à 342/1 av. J.C.", *RE* I, 210-258; II, 1921-1924, 82-128.

Corsini E. (1987), " Gli Uccelli di Aristofane: utopia o satira política?", en R. Uglione, ed., *Atti del Convegno nazionale si studi su La cittá ideale nella tradizione classica e biblico-cristiana*, Turín, 57-135

Cristobal V. (1980), *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Tesis Doct. Univ. Complut., Madrid

Cruz Andreotti G. (1991a), " Estesícoro y Tartesos", *Habis*, 22, 49-62

Cruz Andreotti G. (1991b), *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del Occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*, Diss. Málaga

Cruz Andreotti G. (1993), "Estrabón y el pasado turdetano: La recuperación del mito tartésico", *Geographia antiqua*, 2, 13-31

Culasso Gastaldi E. (1979), " Eschilo e L´Occidente", en *I Tragici greci e l´Occidente*, Bolonia, 49-56

David E. (1984), *Aristophanes and Athenian Society of the Early Fourth Century B.C.*, Leiden

Dawson D. (1992), *Cities of the Gods. Communist Utopias in Greek Thought*, Nueva York

De Hoz J. (1989), "Las fuentes escritas sobre Tartessos" en M. E. Aubet, ed., *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 25-43.

Defradas J. (1954), *Les Thèmes de la propagande delphique*, París

Del Corno D. y Lehnus L. (1991) en Plutarco, *Il volto della luna*, Milán

Delage E. (1930), *La géographie dans les Argonautiques d´Apollonios de Rhodes*, Burdeos

Delatte E. (1921), *Essai sur la politique pythagoricienne*, Lieja

Della Setta A. (1927), " Arte tirrenica di Lemno", *EA*, 629 y ss.

Delplace C. (1980), *Le griffon de l´archaïsme à l´époque impériale*, Bruselas

Demargne P. (1947), *La Crète dédalique*, París

Desanges J. (1978), *Recherches sur l´activité des Mediterranéens aux confins de l´Afrique*, Roma

Desanges J. (1981)," Le point sur le Périple d´Hannon: Controverses et publications récentes", *Enquetes et Documents*, VI, Nantes, 13-29

Desanges J. (1983), " Des interpretes chez les Gorilles. Réflexions sur un artifice dans le Périple d´Hannon", *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 267-270

Di Gregorio L. (1968), " Sugli 'ΑΠΙΣΤΑ ΥΠΕΡ ΘΟΥΛΗΝ'' di Antonio Diogene", *Aevum*, 42, 199-211

Dihle A. (1984), " The Conception of India in Hellenistic and Roman Literature", en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg, 89-97

Dihle A. (1990), "Arabien und Indien", en *Hérodote et les peuples non grecs*, Entretiens sur l´Antiquité classique, tomo XXXV, Vandoeuvres-Ginebra, 41-61

Dion R. (1952), "Le problème des Cassitérides", *Latomus*, 11, 306-314

Dion R. (1971), " Où situer la demeure de Circé?", *BAGB*, 479-533

Dion R. (1976), " La notion d´ Hyperboréens. Ses vicissitudes au cours de l ´Antiquité", *BAGB*, 2, 143-157

Dion R. (1977), *Aspects politiques de la géographie antique*, París

Dodds E. R. (1951), *The Greeks and the Irrational*, Berkeley

Donlan W. (1986), *The Aristocratic Ideal in Archaic Greece*, Lawrence, Kansas.

Dowden K. (1992), *The Uses of Greek Mythology*, Londres.

Drews R. (1973), *The Greek Accounts of Eastern History*, Cambridge, Mass.

Due B. (1989), *The Cyropaedia. Xenophon´s Aims and Methods*, Aarhus

Dunbabin T.J. (1957), *The Greeks and their Eastern Neighbours*, Londres.

Ebner E. (1906), *Geographische Hinweise und Anklänge in Plutarch Schrift "De facie in orbe lunae"*, Munich

Ehrenberg V. (1951), *The people of Aristophanes. A Sociology of Old Attic Comedy*, Oxford

Eisner R. (1991), *Travelers to an Antique Land*, Ann Arbor

Eph´ al I. (1982), *The Ancient Arabs*, Jerusalem-Leiden.

Evans J. A. S. (1991), *Herodotus, Explorer of the Past*, Princeton.

Fabre P. (1981), *Les Grecs et la connaissance de l´occident*, Lille

Farnell L. R. (1927), "Cretan Influence in Greek Religion", en S. Casson, ed., *Essays in Aegean Archaeology*, Oxford

Faure J. A. (1923), *L´Egypte et les présocratiques*, París

Fauth W. (1973), "Kulinarisches und Utopisches in der griechischen Komödie", *Wiener Studien*, n. s., 7, 39-62.

Favier J. (1991), *Les grandes découvertes*, París.

Fehling D. (1989), *Herodotus and his Sources. Citation, Invention and narrative Art*, Trad. ingl., Bristol.

Ferguson J. (1975), *Utopias of the Classical World*, Londres

Festugière A. (1944), *La révélation d´ Hermés Trismégiste*, París

Filliozat J. (1981), "La valeur des connaissances gréco-romaines sur l ´Inde", *Journal des savants*, 97-135

Fraser P. M. (1972), *Ptolemaic Alexandria*, Oxford

Friedlander P. (1954), *Platon*, I, Berlín

Froidefrond Ch. (1971), *Le mirage égyptien*, Aix-en-Provence

Fusillo M. (1988), "Le miroir de la lune. L´Histoire vraie de Lucien de la satire à l´utopie", *Poetique*, 73, 109-135

Gabba E. (1981), "True History and False History in Classical Antiquity", *JRS*, 71, 50-62

Ganzt T. (1993), *Early Greek Myth. A Guide to Literary and Artistic Sources*, Baltimore

García Gual C. (1972), *Los orígenes de la novela*, Madrid.

García Gual C. (1987), *La secta del perro. Diógenes Laercio. Vidas de los filósofos cínicos*, Madrid.

García Gual C. (1989), *Los siete sabios de Grecia y tres más*, Madrid.

García Moreno L. A. (1989), "Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: En torno al periplo de Hanón" en *Congresso internacional Bartolomeu Dias e a sua epoca*, Oporto, vol. II, 237-257

García Moreno L. A. (1991), " Plutarco, Sertorius,8,2,3 y los orígenes de la geografía paradoxográfica latina", en J. García López y E. Calderón Dorda eds., *Estudios sobre Plutarco:Paisaje y naturaleza*, Madrid, 27-35

García Moreno L. A. (1992), " Paradoxography and Political Ideals in Plutarch´s Life of Sertorius", en Ph. A. Stadter, ed., *Plutarch and the Historical Tradition*, Londres, 132-158

García Moreno L. A. (1993), "Supuesta presencia de navegantes hispanos en el Océano Indico en los siglos II y I a.C.", *Actas del Tercer Congreso de Hispanistas de Asia, Universidad de Seisen, Tokio, 8-10 de Enero*, 1993, Tokio, 960-970.

García y Bellido A. (1967), "Las islas de los Bienaventurados o islas afortunadas", *Veinticnco estampas de la España antigua*, Madrid, 47-57.

Gatz B. (1967), *Weltalter, goldenen Zeit und sinnverwandte Vorstellungen*, Hildesheim.

Geffcken J. (1892), *Timaios´ Geographie des Westens*, Berlín

Gelinne M. (1988), "Les Champs Elysées et les Iles des Bienheureux chez Homère, Hésiode et Pindare", *LEC*, 56, 225-240.

Georges P. (1994), *Barbarian Asia and the Greek Experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon*, Baltimore.

Germain G. (1957), " Qu´est que ce que le Périple d´Hannon? Document, amplification littéraire ou faux intégral?", *Hesperis*, 44, 205-248
Giannini A. (1964), " Studi sulla paradossografia greca II. D
a Calimaco all´ eta imperiale: La letteratura paradossografica", *Acme*, 17, 99-140.
Giannini A. (1965), *Paradoxographorum Graecorum*, Milán
Giannini A. (1967), "Mito e utopia nella letteratura greca prima di Platone", *RIL*, 101, 101-132.
Gill Ch. (1980), *Plato: The Atlantis Story*, Bristol
Gisinger F. (1929), s.v. "Skylax", RE IIIA, col. 619-646.
Gisinger F. (1931), *s.v.* Μεροπίς γῆ XV, col. 1056-1065
Gisinger F. (1967), RE, IX A,2 , col. 2051-2052.
Gómez Espelosín F. J. (1985), *Viajeros de la Antigüedad,* Cuadernos de Historia 16 nº 218
Gómez Espelosín F. J. (1991), " ¿ Reyes y dioses? La percepción de la monarquía en el Egipto helenístico", *Aegyptiaca Complutensia I De Narmer a Ciro,* Alcalá de Henares, 131-143
Gómez Espelosín F. J. (1992a), "Eudoxo de Cízico o el cuento del lobo", *Polis,* 4, 143-155
Gómez Espelosín F. J. (1992b), "La captura de Aqueo en Sardes (Pol. VIII, 15-21)" *Gerión,* 10, 65-83
Gómez Espelosín F. J. (1993), "Iberia as a Barbarian Land: Perception as a Stereotype", *AncW*, 24, 131-142
Gómez Espelosín F. J. (1994), "Relatos de viajes en la Odisea", *Estudios Clásicos*, 106, 7-31.
Gómez Espelosín F. J. (1995a), "Realidad y Ficción en los relatos de viaje de la literatura griega" en *La cultura del viaje. II Semana canaria sobre el mundo antiguo*, La Laguna (en prensa)
Gómez Espelosín F. J. (1995b) *Paradoxógrafos griegos*, Biblioteca Clásica Gredos (en prensa).
Gómez Espelosín F.J. (1995c), "Mas allá de la Pólis: A la busca de espacios ideales" en *Imágenes de la Pólis. I Reunión de historiadores del mundo griego*, Madrid (en prensa).
Gómez Espelosín F. J. (1995d), "L´Inde dans les récit de voyage grecs" en *Anthropologie indienne et répresentations grecques et romaines del´Inde*, Besançon (en prensa)
Gómez Espleosín F. J. (1995e), "El mundo de los Titanes o la nostalgia del paraiso perdido", *Pólis*, 7, (en prensa).
Gómez Espelosín F. J., Pérez Largacha A. y Vallejo Girvés M. (1995), *La imagen de España en la Antigüedad* , Madrid (en prensa)
Görgemanns H. (1970), *Untersuchungen zu Plutarchs Dialog De facie in orbe lunae*, Heidelberg
Gozzoli S. (1978), " Etnografia e politica in Agatarchide", *Athenaeum*, n.s. 56, 55-79
Graf F. (1993), *Greek Mythology. An Introduction*, trad, ingl., Baltimore
Green P. (1990), *Alexander to Actium,* Londres
Gresseth G. K. (1970), "The Homeric Sirens", *TAPA*, 101, 203-218
Grilli A. (1975), "Eridano, Elettridi e via dell´ambra" en *Studi e ricerche sulla problematica del ambra*, I, Roma, 279 y ss.
Griffith M. (1983), *Aeschylus. Prometheus Bound*, Cambridge
Gsell S. (1915), *Hérodote*, Argel (Ed. anast. Roma, 1971)
Guthrie W. C. K. (1957), *In the Beginning. Some Greek Views on the Origins of Life and the Early State of Man*, Londres.

Guthrie W. C. K. (1979), *Orfeo y la religión griega,* Trad. esp. Buenos Aires
Gwyn Griffith J. (1947), "In Search of the Isles of the Blest", *G&R,* 16, 122-126
Hadas M. (1935), "Utopian Sources in Herodotus", *CP*,30, 113-121
Hägg Th. (1983), *The Novel in Antiquity,* Berkeley-Los Angeles
Hall E. (1989), *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition throught Tragedy,* Oxford
Hamilton W. (1934), " The Myth in Plutarch´s De facie (940F-945D)", *CQ,* 28, 24-30
Hartog F. (1980), *Le miroir d´Hérodote. Essai sur la représentation de l´autre,* París
Hartog F. (1986), " Les Grecs egyptologues" *Annales ESC,* 5, 953-967.
Hawkes C. F. C. (1975), *Pytheas : Europe and the Greek Explorers,* The Eighth J.L.Myres Memorial Lecture, Oxford
Heidel W. A. (1937), *The Frame of the Ancient Greek Maps,* Nueva York
Hennig R. (1944), *Terrae Incognitae,* Leiden
Heubeck A, West S. y Hainsworth J. B. (1988), *A Commentary on Homer´s Odyssey,* vol. I, Oxford
Heubeck A. y Hoekstra A. (1989), *A Commentary on Homer´s Odyssey, vol. II, Books IX-XVI,* Oxford
Heubeck A. (1963), "Κιμμερίοι", *Hermes,* 91, 490-492.
Hirsch S. W. (1985), *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire,* Hanover y Londres
Hirzel R. (1892), "Zur Charakteristik Theopomps", *Rh M,* 47, 378 y ss.
Hofmann I. y Vorbichler A. (1979), *Der Aethiopenlogos bei Herodot,* Beiträge zur Afrikanistik Bd. 3, Viena
Högemann P. (1985), *Alexander der Grosse und Arabien,* Munich
Hugues Fowler B. (1989), *The Hellenistic Aesthetic,* Bristol
Huss W. (1993), *Los Cartagineses,* trad. esp. Madrid
Huxley G. L. (1969), *Greek Epic Poetry,* Cambridge Mass.
Ivantchik A. (1993), " La datation du poème l´ Arimaspée d´ Aristéas de Proconnèse", *L´Ant. Clas.*, 62, 35-67
Jachmann G. (1952), 'L´Arcadia come paessagio bucolico", *Maia,* n.s. 5, 161-174.
Jackson Knight F. (1970), *Elysion.On Ancient Greek and Roman Beliefs concerning Life after Death,* Nueva York.
Jacob Ch. (1980/1), " Paysages hantés et jardins merveilleux. La Grèce imaginaire de Pausanias", *Ethnographie,* 71, 5, 35-67.
Jacob Ch.(1981), " De l´art de compiler à la fabrication du merveilleux. Sur la paradoxographie grecque", *Lalies,* 2, 121-140
Jacob Ch. (1990), *La description de la terre habitée de Denys d´Alexandrie ou la leçon de géographie,* París
Jacob Ch. (1991), *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne,* París
Jacob Ch. (1994), "Les savoirs des mythographes", *Annales HSS,* 2, 419-428
Janni P. (1978), " Il sole a destra: estrapolazione nella letteratura geografica antica e nei resoconti di viaggio", *SCO,* 28, 87-115
Janssens E. (1961), "Leucade et le pays des morts", AC, 30, 381 y ss.
Joly H. (1982), "Platon égyptologue", *Revue Philosophique,* 2, 255-266
Jouanna J. (1981), "Les causes de la défaite des barbares chez Eschyle, Hérodote et Hipocrate", *Ktema,* 6, 4-15.

Jourdain-Annequin C. (1988/89), "Etre un grec en Sicile: Le mythe d'Héraclès" en *Atti del VII Congresso internazionale di studi sulla Sicilia antica, Kokalos*, 34-35, vol. I, 143-166

Jourdain-Annequin C. (1992), " Héraclès en Occident" en C. Bonnet y C. Jourdain-Annequin, edd., *Héraclès. D úne rive à l'autre de la Méditerranée. Bilan et Perspectives*, Bruselas-Roma, 263-291

Jüthner J. (1923), *Hellenen und Barbaren*, Leipzig

Karttunen K. (1989), *India in Early Greek Literature*, Helsinki

Keay J. (1991) ed., *History of World Exploration*, Royal Geographical Society, Nueva York

Kimball Armayor O. (1978), "Did Herodotus ever go to Egypt", JARCE, 15, 59-73

Lacroix L. (1974), "Héraclès, héros voyageur et civilisateur", *Bull. de la Classe de Lettres de l'Acad. de Belgique*, 60, 34- 59

Lacy Ch. (1976), *The Greek View of Barbarians in the Hellenistic Age, as Derived from Representative Literary and Artistic Evidence from the Hellenistic Period,* University of Colorado

Lana I. (1950)," Le teorie egualitarie di Falea di Calcedone", *Rivista critica di storia della filosofia*, 5, 265-276

Lana I (1951), " L'utopia di Teopompo", *Paideia*, 6, 3-22

Laqueur R. (1934), *s.v.* "Theopompos", 9, V A, col. 2213.

Laserre F. (1983), " Strabon devant l'Empire Romain" en *ANRW*, II, 30, 1, 867-896.

Lens J. (1994), "La mitificación de Creta en la cultura griega del siglo IV" en *Actas del VIII Congreso español de Estudios Clásicos*, vol. III, Madrid, 219-222

Lens J.y Campos Daroca J. (1993), " La Geografía de Egipto en Diodoro de Sicilia", *Emérita*, 61,1, 137-157

Lesky A. (1947), *Thalatta. Der Weg der Griechen zum Meer*, Viena.

Lesky A. (1948), "Aia", *Wien. Stud.*, 57, 28

Lesky A. (1959), "Aithiopika", *Hermes*, 87, 35

Leumann M. (1950), *Homerische Wörter*, Basilea

Leveque P. y Vidal-Naquet P. (1964), *Clisthène l'athénien. Essai sur la représentation de l'espace et du temps dans la pensée politique grecque de la fin du VI siècle à la mort de Platon*, Besançon

Lévy E. (1984), " Naissance du concept de barbare", *Ktema*, 9, 5-14

Lloyd A. B. (1975), *Herodotus. Book II*, 3 vols., Leiden

Lloyd A. B. (1990), "Herodotus on Egyptians and Lybians" en *Hérodote et les peuples non grecs*, Entretiens su l'Antiquité classique, Tome XXXV, Ginebra, 215-244.

Lombardo M. (1990), " Erodoto storico dei Lidi", en *Hérodote et les peuples non grecs*, Entretiens de la Fondation Hardt, XXXV, 171-214.

Lonis R. (1981), "Les trois approches de l'Ethiopien par l'opinion gréco-romaine", *Ktema*, 6, 69-87

Loraux N. (1981), *Les enfants d'Athéna. Idées athéniennes sur la citoyenneté et la division de sexes*, París

Lorimer H. (1950), *Homer and the Monuments*, Londres

Lovejoy A. O.y Boas G. (1965), *Primitivism and Related Ideas in Antiquity*, Nueva York

L'Arabie et ses mers bordieres, I Itinéraires et voisinages, Travaux de la Maisonde l'Orient nº 16, París, 1988

MacDowell D. M. (1986), *Spartan Law*, Edimburgo

MacLachlan B. (1992), "Feasting with Ethiopians: Life on the Fringe", *QUCC*, n.s. 40, 1, 15-33
Macurdy G. H. (1916), " The Hyperboreans", *CR*, 30, 180-183
Makris N. (1987), "Hermès Trismégiste et l'Egipte" en *Les études philosophiques*, 2-3, 169-178.
Malkin I. (1994), *Myth and Territory in the Spartan Mediterranean*, Cambridge
Mallet D.(1922), *Les rapports des Grecs avec l'Egypte*, Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'archéologie orientale du Caire
Manfredi V. (1992), *Mare Greco. Eroi ed esploratori nel Mediterraneo antico*, Milán
Manfredi V. (1993), *Le Isole Fortunate*, Roma.
Marasco G. (1978), *I viaggi nella Grecia antica*, Roma.
Marengo S. M. (1988), " L'Etiopia nel romanzo di Eliodoro", en P. Janni, E. Lanzillotta, edd., *ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ, Atti del secondo Convegno Maceratese su Geografia e cartografia antica*, Roma, 107-120.
Martels von Z. (1994), *Travel Fact and Fiction. Studies on Fictious Literary Tradition, Scholarly Discovery and Travel Writing*, Leiden.
Martínez Hernández M. (1992), *Canarias en la mitología*, Santa Cruz de Tenerife
Martínez Hernández M. (1994), "Islas escatológicas en Plutarco", *Estudios sobre Plutarco: Ideas religiosas*, Madrid, 81-107
Martínez Hernández M. (1995), "Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval" en *Homenaje al Profesor Luis Gil* (en prensa)
Mastrocinque A. (1991), *L' ambra e l'Eridano. Studi sulla letteratura e sul comercio dell'ambra in eta prerromana*, Trento
Matthews V. J. (1974), *Panyassis of Halikarnassos. Text and Commentary*, Leiden
Mazza F. (1988), " L'immagine dei Fenici nel mondo classico" en *I Fenici. Catalogo della mostra nel Palazzo Grassi*, Milán, 548-567
McLeish K. (1980), *The Theatre of Aristophanes*, Londres
Merkelbach R. (1969), *Untersuchungen zur Odyssee*, Munich
Mette H. J. (1952), *Pytheas von Massalia*, Berlín
Meuli K. (1921), *Odyssee und Argonautika*, Berlín, 97-114 = *Gesammelte Schriften*, Basilea, 1975
Meunier J. (1922), " Les sources de la monographie d'Arrien sur l'Inde", *Musée Belge*, 5-24
Momigliano A. (1975), *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization*, Cambridge
Moretti G. (1990), *Agli antipodi del mondo. Per la storia di un motivo scientifico-leggendario*, Trento
Morgan J. R. (1985), " Lucian' s True Histories and the Wonders beyond Thule of Antonius Diogenes", *CQ*, 35, 475- 490
Morgan J. R. y Stoneman R. (1994) eds., *Greek Fiction. The Greek Novel in Context*, Londres
Morrow G. R. (1960), *Plato' s Cretan City. A Historical Interpretation of the Laws*, Princeton
Mosse Cl. (1969), " Les utopies égalitaires à l' époque hellénistique", *RH*, 93, 297-308
Motte A. (1973), *Prairies et jardins de la Grèce antique. De la religion à la philosophie*, Bruselas
Moulinier L. (1958), *Quelques hypothèses relatives à la Géographie d'Homère dans l' Odyssée*, Aix-en Provence

Müller K. E. (1972), *Geschichte der antiken Ethnographie und ethnologischen Theoriebildung*, Wiesbaden, 2 vols.
Müller R. J. (1993a), " Überlegungen zur ῾ΙΕΡΑ ΑΝΑΓΡΑΦΗ des Euhemeros von Messene", *Hermes*, 121, 276-300
Müller R. (1993b), "Das Barbarenbild des Poseidonios und seine Stellung in der philosophischen Tradition", *Emérita*, 61, 1, 41-52.
Mund-Dopchie M. y Vanbaelen S. (1989), " L´Inde dans l´ imaginaire grec", *LEC*, 209-226
Murray O. (1970), "Hecataeus of Abdera and Pharaonic Kingship", *JEA*, 56, 141-171
Murray O. (1972), "Herodotus and hellenistic Culture", *CQ*, 22, 200-213.
Myres J.L. (1953), *Herodotus Father of History*, Londres.
National Geographic (1987), *Into the Unknown. The Story of Exploration*, Washington
Nenci G (1990), "L´Occidente barbarico" en *Hérodote et les peuples non grecs*, Entretiens sur l´Antiquité classique de la Fondation Hardt, tomo XXXV, Ginebra, 301-318
Nilsson M. P. (1933), *Homer and Mycenae*, Londres
Nilsson M. P. (1950), *Minoan- Mycenaean Religion*, Lund
Obsomer Cl. (1989), *Les campagnes de Sésostris dans Hérodote*, Bruselas
Ollier F. (1933-43), *Le mirage spartiate*, 2 vols. París
Page D. J. (1973a), "Stesichorus: The Geryoneis", *JHS*, 93, 138-154
Page D. L. (1973b), *Folktales in Homer´ s Odyssey*, Cambridge Mass.
Pallotino M. (1952), "Atlantide", *Archeologia Classica* 4, 229-240
Pearson L. (1960), *The Lost Histories of Alexander the Great*, Filadelfia
Pearson L. (1987), *The Greek Historians of the West. Timaeus and his Predecessors*, Atlanta
Pédech P. (1956), " La géographie de Polybe: Structure et contenu du livre XXXIV des Histoires", *LEC*, 24, 3-24
Pédech P. (1984), *Historiens compagnons d´Alexandre*, París
Pédech P. (1989), *Trois historiens méconnus. Théopompe, Duris, Phylarque*, París
Pennington P. (1979), *The Great Explorers*, Londres
Peretti A. (1988), "Dati storici e distanze marine nel Periplo di Scilace", *SCO*, 38,13-137.
Phillips E. D. (1955), " The Legend of Aristeas. Fact and Fancy in Early Greek Notions of East Russia, Siberia and Inner Asia", *Artibus Asiae*, 18, 161-177.
Phillips E. D. (1960), " The Argippaei of Herodotus", *Artibus Asiae*, 23,124 y ss
Picard Ch. (1948), *Les religions préhelléniques*, París
Plácido D. (1993), "La imagen griega de Tarteso" en J. Alvar y J.M. Blázquez, edd., *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 81-89.
Pollit J. J. (1989), *El arte helenístico*, trad. esp., Madrid
Porter Ph. W. y Lukermann F. E. (1976), " The Geography of Utopia", en D. Lowenthal y M. J. Bowden, edd., *Geographies of the Mind.Essays in Historical Geography*, Nueva York, 197-223
Pozzi D. C. (1991), " The Polis in Crisis", en D. C. Pozzi y J. M. Wickersham, edd., *Myth and the Polis*, Ithaca y Londres
Prandi L. (1979), " La fides punica e il pregiudizio anticartaginese" en M. Sordi ed., *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell´antichità*, Milan, 90-97
Pritchett W. K. (1982), "Some Recent Critiques of the Veracity of Herodotus", en *Studies in Ancient Greek Topography*, part IV, Berkeley- Los Angeles, 234-285.
Pritchett W. K. (1993), *The Liar School of Herodotus*, Amsterdam.

Prontera F. (1993), " Sull' esegesi ellenistica della geografia omerica", en G. W. Most, H. Petersmann y A. M. Ritter, edd., *Philanthropia kai Eusebeia. Festschrift für Albrecht Dihle zum 70. Geburstag*, Göttingen, 387-397.

Radet G. (1893), *La Lydie et le monde grec au temps des Memnades*, París.

Ramin J. (1965), *Le problème des Cassitérides*, París

Ramin J. (1979), *Mythologie et Géographie*, París

Ramin J. (1980), "Les Cimmériens d'Homère", en R. Chevallier ed.,*Colloque Histoire et Historiographie*, París, 1-10

Rebuffat R. (1978), " Arva beata petamus arva divites insulas", *Mélanges Heurgon*, 887-889

Reese W. (1914), *Die griechischen Nachrichten über Indien*, Leipzig.

Reinach S. (1899), "Midas et Midacritus: un nouveau texte sur l'origine del'étain", *L'Anthropologie*, 397-409= *Cultes, mythes et religions*, III, París, 1908, 322-337

Reitzenstein R. (1893), *Epigram und Skolion*, Giessen

Rohde E. (1893), " Zum griechischen Roman" *RhM*, 48, 116 y ss

Rhode E. (1914), *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig.

Rhode E. (1973), *Psique*, trad. esp. Barcelona.

Rice E. E. (1983), *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*, Oxford

Romilly J. de (1993), "Les barbares dans la penseée de la Grèce classique", *Phoenix*, 47, 283-292.

Romm J. (1989a), " Herodotus and Mythic Geography: The Case of the Hyperboreans", *TAPA*, 119, 97-113

Romm J. (1989b), "Belief and Other Worlds: Ktesias and the Founding of the 'Indian Wonders' ", en G. E. Slusser y E.S Rabkin, edd., *Mindscapes. The Geographies of Imagined Worlds*, Carbondale and Edwarsville, 121-135

Romm J. (1989c), "Aristotle's Elephant and the Myth of Alexander's Scientific Patronage", *AJPh*, 110,4, 566-575.

Romm J (1992), *The Edges of the World in the Ancient Thought*, Princeton.

Rose G. P. (1969), " The Unfriendly Phaeacians", *TAPA*, 387-406

Rosellini M. y Saïd S. (1978), " Usages de femmes et autres nomoi chez les 'sauvages' d'Hérodote: Essai de lecture structurale", *ASNP*, ser. III, 8, 3, 949-1005

Roseman Ch. R. (1994), *Pyhteas of Massalia. On the Ocean*, Chicago

Rosivach V. J. (1987), " Autochthony and the Athenians", *CQ* n.s. 37, 294-305

Rudhardt J. (1971), *Le thème de l'eau primordiale dans la mythologie grecque*, Berna

Ruiz de Elvira A. (1988), *Mitología Clásica*, Madrid, 2ª ed. corr.

Rusten J. S. (1982), *Dionysius Scythobrachion*, Colonia

Sale W. M. (1984),"Homeric Olympus and its formulae", AJP, 105, 1-28

Santos Yanguas N. (1988), "El mito de las islas afortunadas en la Antigüedad", *Memorias de Hitoria Antigua*, 9, 165-175

Sartori M. (1984), " Storia, "Utopia" e mito nei primi libri della Bibliotheca Historica di Diodoro Siculo", *Athenaeum*, 62, 492-536.

Schönbeck G. (1962), *Der Locus Amoenus von Homer bis Horaz*, Diss., Helpt/Mecklenburg

Schoo I. (1969), *Hercules' Labors. Fact or Fiction ?*, Chicago

Schulten A. (1946), "Las islas de los Bienaventurados" *Ampurias*, 78, 5-22.

Schwarz F. F. (1974), "Arrian's Indike on India : Intention and Reality", *East and West*, 25, 181-200.

Schwarz F. F. (1982), " The Itinerary of Iambulus. Utopianism and History", en G. D. Sontheimer y P. Kota Aithal, edd., *Indology and Law. Studies in Honour of Professor J. Duncan M. Derrett*, Wiesbaden, 18-55

Segal C. P. (1962), "The Pheacians and the Symbolism of Odysseus´ Return", *Arion*, 1,4, 17-64

Sherwin-White S. y Kuhrt A. (1993), *From Samarkhand to Sardis. A New Approach to the Seleucid Empire*, Londres

Shewan A. (1919), "The Scheria of the Odyssey", *Cl.Q*, 13, 4-11 y 57-67.

Shrimpton G. S. (1991), *Theopompus the Historian*, Montreal-Kingston

Sidebotham S. E. (1986), *Roman Economic Policy in the Erythra Thalassa 30 B. C.- A. D. 217*, Leiden

Smith V. A. (1914), " The Indian Travels of Apollonius of Tyana" , *Zeitschrift der deutchen morgenländischen Gesellschaft*, 68, 329-344

Snell B. (1965), *Las fuentes del pensamiento europeo*, trad. esp. Madrid

Snowden Jr F. M. (1970), *Blacks in Antiquity. Ethiopians in the Graeco-Roman Experience*, Cambridge, Mass.

Snowden Jr. F. M.(1983), *Before Color Prejudice. The Ancient View of the Blacks*, Cambridge, Mass.

Spekke A. (1957), *The Ancient Amber Routes and the Discovery of Eastern Baltic*, Estocolmo.

Starr Ch. S. (1992), *The Aristocratic Temper of Greek Civilization*, Oxford

Steiner D. (1986), *The Crown of Song. Metaphor in Pindar*, Nueva York

Stewart J. A. (1970), *The Myths of Plato*, reimpr., Hertford

Stieker R. (1969), "Die Beschreibung des Olympos", *Hermes*, 97, 136-161

Susemihl F. (1891), *Geschichte des griechischen Litteratur in Alexandrinerzeit*, Leipzig

Talamo C. (1985), "Erodoto e la tradizione sul reino di Lidia", *Histoire de l'Historiographie*, 7, 150-161.

Tarn W.W. (1929), "Ptolemy II and Arabia", *JEA*, XV, 9-25

Tarn W. W. (1951), *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge

Thollard P. (1987), *Barbarie et Civilisation chez Strabon*, París

Thomson J. O. (1965), *History of Ancient Geography*, Nueva York

Tigerstedt E. N. (1965-78), *The Legend of Sparta n Classical Antiquity*, 3 vols. Estocolmo-Upsala

Tozer H. F. (1882), *Geography of Ancient Greece*, Londres

Tréheux J. (1953), "La realité des offrandes hyperboréennes" en *Studies presented to D. M. Robinson*, Washsington, 278 y ss.

Trousson R. (1975, *Voyages aux pays de nulle part. Histoire littéraire de la pensée utopique*, Bruselas

Trüdinger K.(1918), *Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie*, Basilea

Tyrrell W. B.y Brown F. S. (1991), *Athenian Myths and Institutions. Words in Action*, Nueva York

Vallauri G. (1956), *Evemero di Messene*, Turín

Van der Vliet E. Ch. L. (1984), " L´ethnologie de Strabon : Idéologie ou tradition ? " en F. Prontera, ed., *Strabone. Contributi allo studio delle personalita e dell´opera*, Perugia, 29-86

Van Effenterre H. (1948), *La Crète et le monde grec de Platon à Polybe*, París

Van Paassen Ch. (1957), *The Classical Tradition of Geography*, Groningen

Vattuone R. (1991), *Sapienza d'occidente. Il pensiero storico di Timeo di Tauromenio*, Bolonia

Vegetti M. (1991), "Aristotele, il Liceo e l'enciclopedia del sapere" en G. Cambiano, L. Canfora y D. Lanza, edd., *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I. Tomo I, Roma, 587-611.

Verdin H. (1977), "Les remarques critiques d'Hérodote et de Thucydide sur la poésie en tant que source historique", en *Historiographia antiqua.Commentationes Lovanienses in honorem W. Peremans septuagenarii editae*, Lovaina, 53-76

Verdin H. (1982/83), " Agatarchide et la tradition du discours politique dans l'historiographie grecque" en Van't Dack et alii, edd. *Egypt and the Hellenistic World*, Lovaina, 407-420.

Versnel H. S. (1987), "Greek Myth and Ritual: The Case of Cronus" en J. Bremmer, ed., *Interpretations of Greek Mythology*, Londres, 121-152.

Vidal-Naquet P.(1983), "Atenas y la Atlántida" en *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, trad. esp. Barcelona, 304-329

Vilatte S. (1989), " L'insularité dans la pensée grecque: au carrefour de la Géographie, de l'Ethnographie, de l'Histoire", *RH*, 281,1, 3-13

Vilatte S. (1991), *L'insularité dans la pensée grecque*, Besançon

Vryonis Jr. S. (1993), "The Greeks and the Sea: An Introduction" en S. Vryonis,Jr., ed., *The Greeks and the Sea*, Nueva York, 3-21.

Walcott P. (1977), "Odysseus and the Art of Lying", *Anc. Soc.*, 8, 1-9.

Walbank F. W. (1957), *A Historical Commentary on Polybius*, vol. I, Oxford

Walbank F. W. (1960), "History and Tragedy", *Historia* 9, 216-234.

Walbank F. W. (1972), *Polybius*, Berkeley-Los Angeles

Walbank F. W. (1979), *A Historical Commentary on Polybius*, vol. III, Oxford

Weinreich O. (1942), *Antiphanes und Münchhausen*, Viena-Leipzig

Werner R. (1993), " Zum Afrikabild der Antike", en K. Dietz, D. Hennig y H. Kaletsch, edd., *Klassische Altertum, Spätantike und frühes Christentum. Adolf Lippold zum 65. Geburstag gewidmet*, Würburg, 1-36

West M. L. (1966), *Hesiod. Theogony*, Oxford

Whittaker C. R. (1978), "Carthaginian Imperialism in the fifth and fourth century B.C.", en P.D.A. Garnsey y C.R. Whittaker, eds, *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge

Wilamowitz U. (1919), *Platon*, Berlín

Winston D. (1956), *Iambulus : A Literary Studi in Greek Utopianism*, Diss. Columbia Univ.

Winston D. (1976), "Iambulus' Islands of the Sun and Hellenistic Literary Utopias", *Science-Fiction Studies*, 3, 3, 219-227

Wittkower R. (1942), " Marvels of the East", *Journal of the Warburg and Courtauld Inst.*, 5, 159-197

Zambrini A. (1983), " Idealizzazione di una terra: Etnografia e propaganda negli Indika di Megastene", en *Forme di contatti e processi di trasformazioni nelle societa antiche*, Scuola Normale Superiore, Pisa-Roma, 1105-1118

Zambrini A. (1987), " A proposito degli Indika di Arriano", *ASNP*, 17, 1, 139-154

Zimmermann B. (1991), "Nephelokokkygia: Reflessioni sul utopia comica" en W. Rössler y B. Zimmermann, *Carnevale e Utopia nella Grecia antica*, Bari, 55-101.

TIERRAS FABULOSAS DEL MUNDO ROMANO Y CRISTIANO

Margarita Vallejo Girvés

PRESENTACION

La fantasía, una de las características innatas al hombre, en nada ajena a su comportamiento, siempre ha conducido al hombre por caminos de sombra y de luz, tendentes a la búsqueda de tierras o lugares ideales o fantásticos o a la concepción de épocas -pasadas y futuras- donde se materialicen deseos y esperanzas imposibles de verse realizadas en el mundo actual.

El hombre romano, sea de tradición pagana o cristiana, como humano que es, no se resiste a dejarse llevar por la imaginación, por la fantasía, si bien por las características de la época parezca menos predispuesto a la invención de nuevas teorías acerca de tierras de jauja, o de salvación. Pero lo cierto es que seguidor de una u otra religión se dejará conducir por su mente para que otorgue forma y materialice dentro de ella todo aquello a lo que aspira, en aquello en lo que sueña, en definitiva en aquello que la cruel realidad niega.

Nuestro protagonista, habitante y partícipe de la civilización romana, es también heredero de la griega, lleva a sus espaldas las tradiciones y esperanzas de todos sus antepasados mediterráneos; y como tal heredero continuará repitiendo y creyendo, en no pocas ocasiones, en las tierras fantásticas y fabulosas que los griegos situaban más allá de los confines del mundo conocido para ellos, o donde se dibujaban montañas de oro custodiadas por fantásticos animales y lugares donde la fertilidad de los campos hacía innecesario su cuidado[1]. Pero también, como hombre de su tiempo, donde el mundo conocido y dominado es mayor que el explorado por el hombre griego[2], expresa sus reservas sobre la imagen fabulosa de tal o cual tierra transmitida en diversas ocasiones por la civilización helenística, en el más amplio sentido del término[3]. Es más, no duda en mostrar sus reservas sobre la existencia real de las mismas, como es el caso del tardío Cosmas Indicopleustes, o en reproducirlas, pero dejando entender que estas ideas ya han sido criticadas, como se puede comprender con la justificación de Mela donde expresamente indica no sentir vergüenza de

---

[1] Visiones por otro lado seguramente alentadas por las lecturas que se pudieran hacer al respecto, como indican D. S., I, 4, 2-4; III, 38, 1 y XVIII, 52, 6 (*cf.* Sacks (1990), 55) o Gel., 9, 4, si bien este último concluye, en relación a la literatura paradoxográfica, que es de la que habla, del escaso fruto que su lectura puede proporcionar para la vida del hombre.

[2] Chevalier (1988), 345.

[3] Gabba (1981), 55.

seguir a ciertos escritores que describirían no tanto tierras, como "hombres" de características fantásticas[4], o considerando legendarias ciertas informaciones que por ejemplo Tácito reproduce pero sobre las que no se pronuncia por no haberse comprobado *in situ*[5], o mostrando sus reservas, como es el caso de la postura de Cicerón ante la teoría de la Luna habitada y llena de ciudades[6]. En definitiva puede decirse que la visión del mundo romano es algo más real que la griega, como evidentemente era de esperar[7], pero no puede olvidarse en este mismo contexto que en la literatura latina persistió la idea de la existencia de algunos lugares fantásticos y fabulosos, o cuanto menos distintos[8].

Es principalmente por esta razón, por la pervivencia de los elementos creados por la imaginación griega -pues creemos que quedará de manifiesto que no son muy numerosas las ocasiones en las que el hombre romano contribuirá con nuevos temas míticos o fabulosos a los ya creados con anterioridad[9]-, y por la propia necesidad del hombre de tener una esperanza en un lugar o época distinta y mejor que la suya por lo que el romano en muchas ocasiones se resiste a dejarse convencer de la inexistencia real de estos lugares. Por ello, pero también por el hecho innegable y básicamente asumido de que otros elementos y tierras imaginarias han perdido ese calificativo desde el mismo momento en que se ha tomado contacto real con el lugar donde la mente antigua las había ubicado, es por lo que el estudio de cuál es el concepto de tierra y pueblo fabuloso o fantástico en Roma podrá diferir un tanto de lo que el lector habrá comprendido de la lectura de capítulos anteriores. En definitiva, a más tierras conocidas menos posibilidad de ubicar en ellas paraísos perdidos, si bien es cierto que, como indica Emilio Gabba, aun a pesar de que el mundo conocido sea mayor, con ello, con la lejanía de las nuevas tierras y las costumbres extrañas a Roma de muchas de ellas se abre un nuevo terreno para el ejercicio de la fantasía y de la imaginación[10]. Ahora bien, aun teniendo en cuenta esto último, no es posible negar en primer lugar la evidencia de que en el mundo romano van a coexistir una visión fabulosa o fantástica y una visión real de un mismo pueblo o lugar y en

---

4 Mela, 1, 6, 55.

5 Tac., *Ger.* 45, 1 y 46, 6.

6 Cic., *Ac.* II, 39, 123, si bien confunde a Jenófanes con Anaxágoras (*cf.* ed. J. S. Reid, Londres 1885, 321). Esta teoría de la habitabilidad de la Luna es antigua y muy seguida, incluso por los autores latinos tardíos, como es el caso de Macr., *Com. Somm. Scip.* I, 11, 7.

7 Freneaux (1974), 140-141.

8 Vasaly (1993), 136-137.

9 Rawson (1985), 253.

10 Gabba (1981), 53; *cf.* Vasaly (1993), 136-137, en la misma línea pero a partir de los relatos de viajeros o comerciantes con lugares muy lejanos pero ya esencialmente reales; un ejemplo claro es la postura de Cic., *Ver.* III, 207, cuando aun admitiendo que el conocimiento del Océano es considerable, todavía habla de pueblos remotos o escondidos y desconocidos (*cf.* Freneaux (1974), 133-135, analizando la interpretación dual del Océano en las obras de Cicerón, en ocasiones misterioso, en ocasiones real y cercano). También Prop., 2, 10, 17-20, refiere similar postura cuando habla de que hasta la India está sometida por Augusto, pero concluye *¡Y si un país se sustrae en alejados confines...!*.

segundo que algunos de los mitos clásicos se desmoronaron incluso durante la vigencia del mundo mediterráneo greco-romano[11].

Pero no es sólo ésta la razón por la que en la mente del hombre romano se produce un cambio cualitativo en la percepción de lo imaginario. La mutación de las creencias religiosas a lo largo de la historia del pueblo romano, y concretamente en su período imperial, donde el cristianismo irrumpirá no sólo como fuerza política sino también, como es propio de toda religión, como moldeador de la mente del hombre, de sus anhelos, esperanzas y temores, contribuirá igualmente en alto grado a que en nuestras lecturas nos encontremos de forma simultánea con la negación de la existencia de tierras y pueblos fantásticos que la Antigüedad había hecho perdurar y con la aparición de nuevas tierras que cabe también calificar de fantásticas, localizadas en múltiples ocasiones en el famoso lugar-tópico de las tierras más allá del Océano que circundaba la tierra, pero otras ubicadas fuera de nuestro mundo, en un plano superior, situado entre la morada de Dios y la tierra, un lugar etéreo pero repleto de elementos fantásticos con las mismas características, aunque expresamente diferenciadas, que podrían presentar el Jardín de las Hespérides, las Islas de los Bienaventurados o Afortunadas. De igual modo la misma ideología cristiana, con la creencia en los milagros retomará, obviamente desde otro punto de vista, el ejercicio de la imaginación del hombre presentando situaciones anómalas o extraordinarias que no se dan en la vida cotidiana del hombre, contribuyendo de este modo a la perduración de lo imaginario en la humanidad.

Dicho esto cabe interrogarse, ya que éste es nuestro principal punto de estudio, si realmente el hombre romano creyó alguna vez en la existencia de tierras fantásticas o de mundos fabulosos. La respuesta no puede ser más nítida: desde luego que sí, y no sólo por repetir de una manera automática esas tradiciones heredadas, sino porque como ya dijimos al principio es algo innato a la humanidad, es necesario para soportar el acontecer diario. El hombre es por definición un ser disconforme con el mundo que le ha tocado vivir; por excelentes que sean las condiciones de su vida, de su acontecer cotidiano, siempre aspirará a mejorarlas. Y no nos referimos con ello al afán de superación personal, sino a otros elementos: a buscar una escapatoria mental a las dificultades mundanas, lo que llamaríamos hoy evadirse de los problemas cotidianos para así contrarrestar las enfermedades, la peste, la pobreza, la tiranía, las guerras civiles[12], etc...; a alcanzar un mundo en el que poder vivir sin trabajar, en el caso de la vida terrenal, o a lograr un lugar de características excepcionales para la vida en el más allá, elemento propio de la mayor parte de las creencias religiosas que han presidido el acontecer histórico de la humanidad. En definitiva las ideas creadas por la mente del hombre, en su parcela fantástica, fueron, son y serán necesarias para el mantenimiento de la realidad humana; no es desde luego

---

[11] Gracco Ruggini (1993), 468-469; éste será precisamente uno de los puntos por los que nos interesaremos.

[12] *Cf. infra*, especialmente *El mito de la Edad de Oro*.

una expresión maniqueísta de la concepción humana, no estamos identificando el Bien con lo creado por la fantasía y el Mal con la realidad; no es una concepción tan radical, porque de ser así la humanidad hubiera caído rápidamente en la locura, pero sí pensamos que esas épocas o lugares utópicos y fantásticos son extremadamente necesarios para sobrellevar la cotidianeidad. Y el hombre romano, el que va a ser el conductor de nuestro estudio, es, como humano, partícipe de esta concepción.

Y si es partícipe de esta concepción, ¿cómo interpreta, cómo dibuja el hombre romano esa fantasía? ¿Qué relación puede establecerse en Roma entre las hipotéticas tierras aún desconocidas y la ubicación en ellas de seres de características fabulosas, en ocasiones anómalas, o una concepción maravillosa o idealizada de las mismas? ¿Persigue el hombre una tierra fantástica dentro del mundo, dentro de la Tierra o se inclina por dibujarla fuera de ella, en un plano superior o elevado? ¿Si la localiza en la Tierra, la ubica en las tierras ya conocidas o en otras que hipotéticamente están en ella pero que aún son desconocidas para la humanidad o de las que se ha perdido toda conciencia real? ¿Y si va más allá, y si en lugar de una tierra en este mundo y en esta época, localiza su tierra fantástica en nuestro mundo pero en una época futura? Todo ello, todos estos interrogantes que hemos planteado deberán ser contestados afirmativamente en el caso del hombre romano. Su concepción de una tierra fantástica, aun a pesar de ser menor que la griega, es múltiple y variopinta.

Esta última reflexión debe llevarnos a plantear cómo cabe definir, por lo menos desde el punto de vista romano que es el que ahora nos interesa tener en cuenta, una tierra fantástica y fabulosa. Los textos, esencialmente latinos, que vamos a presentar en estos capítulos, y los que se han presentado en los anteriores, creemos que pondrán de manifiesto de una forma nítida que no siempre lo fantástico y fabuloso debe identificarse con lo rico, con lo exhuberante.

Por lo que atañe al mundo romano pensamos que quedará claro que desde luego en la mayoría de las ocasiones en que el individuo deja correr su imaginación, ésta deriva en la concepción de un mundo armonioso, fértil, exhuberante, rico en metales preciosos, pero también veremos cómo en otras ocasiones la imaginación romana nos va a conducir por el camino de lo grotesco, o cuanto menos de lo inconcebible desde un punto de vista racional. Ahora bien, de todo ello resultará igualmente evidente que ambas fabulaciones no son producto únicamente de Roma; es obvio que de ella tomaron los hombres de la Edad Media las figuras grotescas que vemos aparecer en la decoración de las Catedrales o en los capiteles de los claustros[13], pero también resultará claro que Roma tomó, adoptó o asimiló tales características de la imaginación y de la fabulación griega.

Otro elemento a tener siempre en cuenta, cuya importancia para esta interpretación ya hemos anticipado, es el grado de influencia de las creencias religiosas en la

---

[13] Bouet (1986), 46-47, en relación a lo que podríamos llamar "fuentes de información" del arte y literatura medievales.

predisposición del individuo a desarrollar su fantasía. Característica de la mayor parte de ellas, y especialmente de muchos cultos y creencias que penetraron en el universo del hombre romano, es la creencia en la vida en el más allá. En no pocas ocasiones la difusión del culto a una divinidad extraña o ajena al ámbito romano dependía de su concepción de la vida en el más allá; baste sino recordar el desarrollo del culto isíaco que ofrecía unas condiciones de vida en el más allá menos sombrías que las terrenales. Ahora bien, queda claro que aquí la fantasía del individuo no corría libre, sino que partía de unas mismas pautas, de unas premisas previamente dibujadas por los inspiradores de tal o cual creencia; en este caso, dentro de esas premisas religiosas, el individuo sólo podrá obligar a su imaginación a buscar variaciones personales sobre una tierra o época de características fabulosas ya creadas por la imaginación o la inspiración de otros.

No es necesario ir demasiado lejos en la búsqueda de creencias religiosas que aunen los elementos que acabamos de describir. Piénsese sino cuántas veces han sido descritas las Islas de los Bienaventurados, cuántas veces se ha presentado el Paraíso cristiano con variaciones sobre un mismo esquema, cuántas veces el Mundo de los Justos ha venido a la mente y a la pluma de los escritores cristianos con mínimas variaciones sobre la concepción original[14].

En el mundo romano no encontramos únicamente estas concepciones de tierras fabulosas presentes pero al tiempo ajenas a este mundo, ya que conocemos también idealizaciones de lugares reales. Idealizaciones que siempre tienen una razón de ser, generalmente motivada con la relación del autor de tal concepción con la tierra que describe, o con el deseo de elogiar un lugar donde ha surgido un individuo que ha querido ser visto como un "salvador". Se trata lógicamente de alabanzas a una tierra, las *laudationes*, que una y otra vez, al igual que nos vamos a encontrar en múltiples ocasiones, repiten los mismos tópicos, los mismos elementos siempre de carácter agrario o climático, sea alabando a Italia, loando a Britania y a Hispania o invocando la grandeza de la India. En definitiva es un tema recurrente, del que encontraremos múltiples ejemplos en la literatura latina clásica y tardía que ahora nos ocupa.

Todo ello, estas repeticiones constantes más o menos modificadas pero en el fondo iguales, en definitiva estos tópicos de la fantasía que veremos en varios de los casos que nos proponemos presentar, en principio nos deberían invitar a admitir que la imaginación del ser humano llegó pronto a su fin, que la mente del hombre a la hora de imaginar, de fantasear, tiene sus limitaciones, como tiene limitaciones, aparentemente, la fuerza física. Pero es evidente que no, la propia historia del hombre lleva a negar automáticamente esta propuesta; aunque de tradición cristiana el mundo de los infiernos de la imaginería medieval o las pinturas del Bosco son claros ejemplos de ello. Por ello, por la imaginación apocalíptica medieval y aún posterior, por la *Utopía* de Tomas Moro, por el *Viaje al Centro de la Tierra* de Julio Verne o por *Un Mundo Feliz* de Aldous Huxley, es preciso tener presente que en

14 Cristóbal (1992), 140-141.

todo momento, en toda época o período de la humanidad el hombre tiende a materializar de una forma imaginaria sus temores o pesadillas, a buscar aquello que anhela o a encontrar una explicación fantástica a aquello que no puede demostrar con la razón. Lo hizo en el año 500 antes de Cristo, lo hicieron nuestros antepasados romanos, medievales y renacentistas, lo hacemos en nuestros días y es de esperar que lo sigan haciendo nuestros descendientes en el año 3000.

* * *

La presencia de lo fabuloso, de lo fantástico en el mundo del hombre romano, en su imaginación, con todas y cada una de las definiciones que queramos darle es, como ya hemos dicho, palpable; pero no puede analizarse como un todo, y no sólo porque su origen sea griego, propiamente romano o romano cristiano, sino porque las diferencias temporales o de ubicación son evidentes y los motivos que pudieron provocar su surgimiento o el éxito de la propuesta diversos.

Por otra parte las fantasías, las diversas concepciones fabulosas de tierras y gentes que vamos a analizar aquí nos van a conducir desde la recepción de la herencia griega hasta la transmisión romana de esa herencia y de sus elementos originarios, siempre en el terreno fantástico, a los hombres de la Edad Media, que encuentra su momento de transición en la Antigüedad Tardía; época cuya presentación es igualmente necesaria para comprender algo que ya resaltábamos con anterioridad: la pervivencia de la inquietud imaginativa del ser humano.

Desde este punto de vista, y alterando un tanto la presentación que se ha hecho en los capítulos anteriores, nos proponemos analizar y seguir en su evolución diversas concepciones de tierras fantásticas que se encuentran en la literatura grecoromana.

Nuestro análisis va a comenzar con aquellos elementos fabulosos presentes en la ideología romana cuyos antecedentes, cuyos orígenes se encuentren en el mundo griego pero simplemente incidiendo en el modo en que recogieron estos elementos o los adaptaron a la mentalidad romana, para a continuación tomar como puntos de análisis aquellas percepciones fantásticas o fabulosas en las que Roma o sus hombres hayan realizado aportaciones originales significativas, sea desde el punto de vista pagano sea desde el punto de vista cristiano. Resultará también evidente que son numerosos los puntos en común entre los diversos tópicos que hemos elegido, pero como ya hemos comentado ello se debe a la transmisión consciente o inconsciente de las mismas inquietudes, temores o deseos de los hombres, no importa el momento en que se viva.

Ahora bien, salvo en algunos apartados, comprobaremos que se trate del tema que se trate, lo fabuloso se traduce generalmente en los mismos elementos constantes, aun a pesar de que en múltiples ocasiones sean absolutamente contrarios a las leyes de la Naturaleza[15]: la miel abundante, la feracidad natural de la tierra, las dos

15 Thomas (1982), 41.

cosechas anuales, la temperatura moderada durante todo el año, la riqueza metalífera, la ausencia de animales dañinos, etc...; y ello se dibuja en las Islas Afortunadas, en el Paraíso cristiano, en la Tierra de Saturno o en la Edad de Oro, o en las alabadas Italia, Hispania, Britania o India. Son, es claramente comprensible, las máximas aspiraciones de una humanidad cuyos principales medios de vida estaban relacionados con los frutos de la tierra[16]. Son las tierras donde el hombre puede alcanzar la felicidad, como parecía reconocer Isidoro de Sevilla, cuando al describir las impresionantes riquezas naturales de las Islas Afortunadas comentaba "*es como si se las considerara felices y dichosas por la abundancia de sus frutos*"[17].

No obstante, resultará igualmente evidente en uno de los capítulos que presentaremos, que el hombre, en uso de su imaginación, se deja llevar por sus temores, por sus demonios -y también desde luego por percepciones erróneas de la realidad-, y puede llegar a presentar lugares donde la población tenga una apariencia totalmente grotesca desde el punto de vista del canon humano que el hombre mediterráneo conocía, que en definitiva es el nuestro.

Denominador común -excepto en un caso- de tales fabulaciones es también la indeterminación geográfica y lejanía temporal o física de los lugares cuyas características o cuyas formas de vida son envidiadas por aquellas gentes que las describen o que oigan o lean estas descripciones[18]; como veremos en repetidas ocasiones, en el mundo romano, como el griego, existió la clara tendencia a idealizar a los pueblos lejanos, física y temporalmente hablando[19], aunque también es verdad que con la idea etnocéntrica que tenían los romanos vamos a conocer lugares lejanos físicamente hablando donde las características serán totalmente negativas en relación con las romanas[20]. Pero resulta igualmente evidente la motivación, doble, que tuvieron para presentarlas en un plano geográfico o temporal distino. En primer lugar la lejanía física e incluso su prácticamente imposible acceso quería esconder la realidad de la irrealidad de ese mundo anhelado; en segundo lugar, la distancia temporal busca no sólo ocultar esa irrealidad sino mantener al hombre en el plano de su vida cotidiana, de su mundo, con la esperanza de que vendrá un tiempo, una época en que todas las precariedades actuales se verán sustituidas por una dicha y abundancia sin nombre. El *Mito de las Edades*, concretamente en su parte conocida como *Edad de Oro*, es el punto más significativo de esta reflexión[21].

---

16 Gaster (1973), *passim*.

17 Isid., *Etym.* XIV, 6, 8 (trad. J. Oroz-Reta y M. A. Marcos Casquero, dos vols., *BAC*, Madrid 1982); *vid. infra*.

18 Martínez (1992), 12, utilizando básicamente el tema insular.

19 *Cf.* Trüdinger (1918), 133-134; Ferguson (1975), 122; Poinsonette (1979), 432.

20 Por ejemplo Sol. XXII, 2-3, respecto a Hibernia, a la que describe como una isla prácticamente inhabitable, con gente salvaje y belicosa, poblada por aves extrañas y en la que la miel está totalmente ausente, elemento como se sabe muy significativo ya que se considera como uno de los alimentos definidores de los lugares ideales. *Cf.* en relación a la localización en zonas extremas de lugares de características negativas, Vasaly (1993), 136-138.

21 Vasaly (1993), 139.

ISLAS MITICAS, FABULOSAS Y FERACES

Las mismas características físicas de una isla, su aislamiento, la dificultad evidente para arribar a muchas de ellas, el gran número que en la Antigüedad se creía que existían sin haber conseguido explorarlas, aquellas islas que estaban separadas por grandes distancias de tierras itálicas, hispanas, etc..., facilitaban la ubicación "imaginaria" en ellas de lugares paradisíacos donde la divinidad convivía con el hombre, donde éste, en ocasiones ya como ser más o menos etéreo disfrutaría de lo que se le había prometido durante su vida, o de lugares donde reinaba la armonía, donde se daban las características físicas deseadas por el hombre, esto es, la fertilidad natural más absoluta y la ausencia de la necesidad del trabajo para subsistir. En definitiva una concepción un tanto particular del *Locus Amoenus* -no en vano son ámbitos privilegiados ajenos a los avatares de la historia[22]- que nos llevará en diferentes ocasiones a relacionarlo con diversos puntos de esta obra.

Tomando el tema de los lugares donde los hombres habitarían después de la muerte, debe tenerse en cuenta que ese mismo "engaño" ideológico requería otro nuevo "engaño", esta vez también en el terreno físico, en el geográfico. Si el hombre, teóricamente, no podía alcanzar estos paraísos sin pasar previamente por la muerte del cuerpo, tampoco en vida tendría que poder alcanzar aquellos lugares, por lo tanto su localización en un lugar lejano aislado, de difícil acceso y sin límites ni ubicación muy definidos eran las características requeridas[23].

La herencia griega

Todo ello ya lo intuyó y lo utilizó profusamente el hombre griego, como se ha podido comprobar en los capítulos anteriores. El hombre romano pagano, seguidor de creencias religiosas similares e incluso en muchas ocasiones iguales, no busca ni crea otros lugares paradisíacos insulares; es evidente que los necesita, pero se sirve, puesto que los considera aún útiles -téngase en cuenta que aún no se habrían llegado a descubrir las islas que tendríamos que llamar de "descanso"-, de los que ha heredado de Grecia. Es un elemento más de los que integraron el legado griego transmitido a Roma o buscado por ésta, y como es lógico la literatura latina es fiel reflejo

22 Bauzá (1993), 116-117.

23 Ferguson (1975), 122; Amiotti (1988), 166; Gabba (1991), 106-107; Gracco-Ruggini (1993), 469.

de esta herencia griega, si bien como veremos muestra menor entusiasmo por varios de estos tópicos.

Los autores latinos, muchos de ellos anticuaristas como Plinio o Mela y sus seguidores como Solino, Marciano Capella o Isidoro de Sevilla, recogen en sus obras alusiones a islas más o menos míticas concebidas por la civilización helénica: la isla de las Gorgonas, las Islas de los Bienaventurados son citadas por estos autores aunque sin describirlas en detalle[24]. Por su parte Virgilio, Séneca, Horacio o Silio Itálico retoman estos temas como tópicos literarios[25], en ocasiones teniendo muy presente el acontecer histórico y político de Roma.

Isla mítica heredada, en este caso caracterizada por la feracidad de sus tierras, es, siguiendo a Mela, Eritía -sin ninguna alusión a Gerión-, pero también tienen las mismas connotaciones otras muchas, cercanas a ella, cuyo nombre no conoce pero de las que sí sabe, curiosamente, que producen nada menos que siete cosechas anuales[26].

Y no puede desde luego olvidarse la utilización latina de uno de los temas míticos y fantásticos por excelencia, los *Campos Elísios*. Virgilio, en el pasaje de la *Eneida* en que Eneas, después de ser orientado por Anquises, llega a los *Campos Elísios* los describe también como un lugar desde luego fabuloso:

> "lugares placenteros y deliciosas campiñas de los bosques afortunados. Allí un aire más generoso cubre los campos con luz purpurea..."[27].

Una perspectiva novedosa: Las Afortunadas

En un análisis de las Islas Míticas que se encuentran en la literatura latina no podemos olvidar aquellas con las que un romano, Sertorio, quiso tener relación: las *Fortunatae Insulae*, ya que presentan una particularidad en relación a la concepción helenística. Así en relación a este punto J. Ferguson ha señalado que la identificación entre las Islas de los Bienaventurados, los Campos Elísios y las Afortunadas es evidente[28], pero que en la presentación literaria latina de estas últimas se les confiere un sentido más geográfico y real, matización que resulta evidente en varios de los autores que aluden a estas islas[29].

---

24 Plin., *Nat.* 5, 2-3; 6, 36, 201; 19, 63; Mela 3, 99-101; Sol. LVI, 10-11 y 13-19; Mart. Cap. VI, 702; Isid., *Etym.* XIV, 6, 10, aunque describe las Hespérides. Y debe tenerse en cuenta la mención de Procop., *Goth.* VIII, 20, 48-56 (= IV, 20), a *Britia*, una isla a la que iban las almas de los muertos después de atravesar el mar.

25 *Cf.* Martínez (1992), *passim*; Bauzá (1993), *passim*.

26 Mela 3, 6, 47; *cf.* Str. III, 2, 11.

27 Verg., *A.* V, 638-641 (trad. de J. de Echave-Sustaeta, *Biblioteca Clásica Gredos*, Madrid 1992). *Vid. infra* para su consideración también como *Locus Amoenus* propiamente dicho.

28 Ferguson (1975), 157; García Moreno (1992), 27-28. *Vid.* Plu., *Sert.* 8, 5: "*...Por todas estas razones incluso los bárbaros piensan que estas islas son los Campos Elísios y el lugar de los Bienaventurados que Homero hizo famosos en la Odisea*". *Cf. infra* respecto a la identificación cristiana.

29 Martínez (1992), 57; Amiotti (1988), 176-177.

Las Islas Afortunadas son una de las máximas definiciones de un mundo fabuloso; uno de esos paraísos terrenales presentes en cualquier descripción geográfica salida de un escritor latino, pues la formulación griega de las Afortunadas o de los Bienaventurados fue tan exitosa que los autores latinos apenas se molestaron en presentar modificaciones a su descripción. El texto de Pomponio Mela:

> "Las Islas Afortunadas producen frutos nacidos por propia iniciativa y, reproduciéndose unos sobre otros, alimentan a sus habitantes, que no se preocupan por nada, más abundantemente que otras ciudades cultivadas. Una de ellas sobresale mayormente por la extraordinaria naturaleza de dos manantiales: los que prueban uno se debilitan por la risa hasta morir, el antídoto para los así enfermos es beber del otro"[30],

es claro ejemplo del escaso dinamismo de la imaginación pagana en este sentido, pues en él encontramos de nuevo como característica principal la fertilidad innata de la tierra, sin necesidad de ser cultivada para alimentar a sus habitantes. Por todo ello tal vez quepa pensar que no se trata tanto de falta de dinamismo cuanto de conformismo con la definición de esos lugares paradisíacos, precisamente porque cubrían con estas descripciones todas sus aspiraciones.

La coincidencia en el objetivo final de todos los sueños y aspiraciones del hombre pudo ser uno de los elementos que facilitara la unión en Horacio de varios de los tópicos que caracterizan los lugares fabulosos o fantásticos en un sólo lugar -Islas de los Bienaventurados, los Campos Elísios, Edad de Oro-, precisamente en las *Divites Insulae*; esa es precisamente la explicación por la que no vamos a encontrar apenas ninguna innovación en su presentación, aunque obviamente sí en su relación temporal:

> "Vosotros, los que tenéis valor, dejaos de femeniles lamentaciones y volad más allá de la costa etrusca. Nos aguarda el anchuroso Océano; tratemos de alcanzar los campos, los felices campos, y las islas Afortunadas donde cada año la tierra sin ser arada produce sus cosechas e incluso la viña no podada florece siempre; germinan también las ramas del olivo, nunca estéril, y los negros higos adornan su propio árbol; fluye la miel de las huecas encinas, y los arroyos bajan saltando de las altas montañas ligeros y con fluir rumoroso. Allí sin ser obligadas, acuden las cabras a los cubos de ordeño y el rebaño amigo ofrece sus henchidas ubres, y el oso al atardecer no gruñe alrededor de los apriscos y la fértil tierra no aparece hinchada por nidos de víboras. Y muchas más cosas admiraremos dichosos: cómo el lluvioso Euro no arrasa los campos con sus lluvias, ni la pingüe simiente se quema en una tierra reseca, pues el rey de los dioses del cielo atempe-

---

30 Mela 3, 10, 102 (trad. de C. Guzmán Arias, Murcia 1989); Plu., *Sert.* 8. La presentación de Plin., *Nat.* 6, 36-37, 202-205, difiere un tanto de la de Mela, ya que las características fabulosas de estas islas son menores en el relato de Plinio, concluyendo incluso éste calificando alguna de ellas -la llamada "Canaria"- como "infesta" por los animales que arroja el mar a sus costas. Sin embargo que Plinio otorga cierto carácter mítico o fabuloso a su presentación de las Afortunadas es comprensible cuando sabemos que las describe inmediatamente después de las islas más o menos míticas del "Mar Etiópico"; *cf.* Desanges (1987), 277-278.

> ra lo uno y lo otro. No se dirigió hacia allí la nave Argos con sus remeros ni la impúdica Cólquida puso su pie en ella. No dirigieron hacia allí sus proas los marinos sidonios y tampoco el fatigado grupo de Ulises. Ninguna enfermedad daña al ganado ni los calores inmoderados de astro alguno consumen los rebaños. Júpiter mantuvo aparte esas costas para las gentes piadosas cuando corrompió con el bronce la Edad de Oro; con el bronce, y después con el hierro, endureció los tiempos, de los que a los hombres piadosos se concede la feliz evasión de la que yo soy el oráculo"[31].

No obstante parece claro, a pesar de la unión de estos varios tópicos, que para Horacio no se trata de una zona real sino más bien de un lugar imaginario donde poder llegar con la imaginación y huir de la realidad que asustaba al hombre romano de la época de César y Augusto[32].

Esta presentación de Horacio, que en cierta forma es comprensible dadas las características de esas zonas, también la encontramos por ejemplo en el *Panegírico de Juliano* de Mamertino quien, en la misma línea, comenta:

> "Se dice que los justos habitan tierras situadas en el Océano y que llevan el nombre de Islas Afortunadas, porque en estos lugares el suelo, sin labor ninguna, produce trigos, porque las viñas visten naturalmente las vertientes de las colinas, porque los frutos cargan los árboles espontáneamente, porque, de ordinario, en lugar de las hierbas, brotan las legumbres"[33].

En el conjunto de los autores a los que venimos aludiendo sí encontramos una evidente novedad en su presentación de las Islas Afortunadas, que incluso se hará más patente en los autores tardíos, y especialmente entre los cristianos; se trata de la más concreta localización geográfica de estas islas que nos proporcionan Salustio -y Plutarco-, Mela, Plinio, Floro o el mismo Solino al indicarnos que están por ejemplo a mil estadios de Cádiz, o más allá de las también míticas Gorgonas, a 40 días de navegación[34].

La relativa falta de innovación a la hora de presentar estos lugares fabulosos insulares se hace aún más evidente en autores tardíos, y aún más entre los cristianos, quienes utilizan estos mismos tópicos de las Islas Afortunadas. Este es el caso de Isidoro de Sevilla, cuyo retrato de éstas es, si cabe, aún más fabuloso si bien su ubicación es expresamente más real:

---

31 Hor., *Epod.* 16, 41 y ss. (trad. M. Fernández-Galiano y V. Cristóbal, ed. Cátedra, Madrid 1990); *cf.* Martínez (1992), 33, 58 y 63, y Bauzá (1993), 113-116.

32 Manson (1978), 56; Amiotti (1988), 175-176; Bauzá (1993), 114-116 y *cf. infra* respecto a la Edad de Oro.

33 *Discurso de Cl. Mamertino al Emperador Juliano* XXIII (trad. de F. de P. Samaranch, ed. Aguilar, Madrid 1969).

34 Sal., *Hist.* fr. 100-101; Mela 2, 2, 102; Plin., *Nat.* 202-205; Flor. 2, 10; Sol. LVI, 13-19. *Vid.* Amiotti (1988), 172-175; García Moreno (1989), 245-246, con matizaciones sobre las diferentes propuestas, índicas y atlánticas, para su localización geográfica. Id., (1992), 29-32, con el análisis del hipotético trayecto desde las costas africanas o hispanas hasta las Afortunadas.

"Las Islas Afortunadas nos están indicando con su nombre, que producen toda clase de bienes; es como si se las considerase felices y dichosas por la abundancia de sus frutos. De manera espontánea producen frutos los más preciados árboles; las cimas de las colinas se cubren de vides sin necesidad de plantarlas; en lugar de hierbas, nacen por doquier mieses y legumbres. De ahí el error de los gentiles y de los poetas paganos, según los cuales, por la feracidad del suelo, aquellas islas eran el paraíso. Están situadas en el Océano, en frente y a la izquierda de Mauritania, cercanas al occidente de la misma y separadas ambas por el mar"[35].

Esta gran concreción sobre su localización geográfica y real es lógica si se tiene en cuenta que muchas de las características fabulosas que se otorgan a estas islas son muy semejantes a las conferidas al Paraíso cristiano[36], por lo que en consecuencia se haría sumamente difícil mantener o justificar la existencia de lo que podríamos llamar dos paraísos terrenales. Téngase así en cuenta por ejemplo no sólo el hecho de que en ambos lugares la tierra produzca frutos de *motu proprio*, sino la coincidencia en ambos lugares de incluso mínimos detalles, como es el hecho de que si en las Islas Afortunadas de Mela encontramos dos manantiales, uno cuyas aguas pueden llegar a provocar la muerte, y otro que produce la salvación de ese condenado[37], en el Paraíso cristiano encontramos también esa dualidad, concretada en la presencia de dos árboles, uno el de la vida terrenal, el otro el de la vida celestial[38], es decir, el de la salvación del alma.

Esta es precisamente la reflexión que hace Isidoro de Sevilla desde su punto de vista cristiano cuando admite que si bien el Paraíso y las Islas Afortunadas presentan claramente características semejantes, realmente se trata de lugares absolutamente distintos; es más, termina su presentación de estas islas oceánicas concretando aún más su ubicación física, que ya Mela y otros habían localizado frente al Atlas. En conclusión, Isidoro exagera las características fabulosas de las Afortunadas que ya había presentado Mela, pero ahora su localización es muy real porque es preciso hacerlas más o menos reales y presentes; no puede permitir que se vean como el Paraíso que, como inalcanzable que es, en otro pasaje ha situado indefinidamente "*en tierras orientales*"[39].

Relacionado con este tema debemos considerar el modo en que los autores cristianos, y concretamente Juan Crisóstomo, de principios del siglo V, toma el tema

---

35 Isid., *Etym.* XIV, 6, 8; *cf.* Gaster (1973), *passim.*

36 *Vid. infra*, pero sobre todo Martínez (1992), 16.

37 Plin., *Nat.* VI, 203, utiliza también esta misma dualidad en el caso de una de las Islas Afortunadas; allí ubica a unos árboles negros que producen agua amarga, mientras que de los blancos mana agua agradable de beber. Le sigue Sol. LVI, 13-19.

38 *Gen.* II, 7; *cf.* Cos. Indic., *Topog. Christ.* IX, 23.

39 Isid., *Etym.* XIV, 3, 2. Es más, en el capítulo X de la *Navigatio* de San Barandán (s. IX) el Paraíso, ubicado en el Océano occidental, está precedido por una isla, que recibe en el relato el calificativo de *Insula Deliciarum*, con connotaciones que remiten claramente a temas míticos del pasado pagano (*vid.* Bouet (1986), 74-76).

pagano de las Islas de los Bienaventurados; para el mundo pagano esta idea maravillosa de los Campos Elísios y de las Islas de los Bienaventurados se ubicaban en el extremo-occidente, muy lejanos físicamente, sin embargo Juan Crisóstomo retoma este tema haciendo real la existencia de un lugar donde habitan los Bienaventurados: para él no está ubicado en lejanos lugares sino en las puertas de Antioquía donde habitan los santos anacoretas, que son considerados por él como los verdaderos bienventurados[40].

* * *

No debemos ir más allá en el estudio de la creencia del hombre romano en islas míticas o fabulosas o aún misteriosas; su propia racionalidad, o mejor su propia conciencia de la realidad circundante, en nuestra opinión se lo impidió. Para no extendernos demasiado, pues se trata de un tema que ha generado abundante bibliografía, piénsese en el hecho de que Plinio, reproductor de muchas fantasías y creencias antiguas acerca de pueblos aún desconocidos, nos dice tajantemente que las Islas Electridas, las fuentes del ambar a las que los griegos habían situado en el Adriático[41], jamás existieron en esos parajes. Ciertamente nos dice que se encuentran en otros -prueba evidente de su credulidad o de su afán enciclopedístico que le impedía omitir dato o notica alguna de la que tuviera conocimiento, por increíble que ésta fuera-, pero la realidad inmediata del Adriático no permitía ni tan siquiera una mínima fabulación situada en la zona[42]. O incluso en el caso de las míticas Casitérides, de las que ya se ha tratado en un capítulo anterior, pues mientras de nuevo Plinio parece dudar de su existencia[43], para Estrabón han quedado ya descubiertas gracias a Publio Craso[44].

Pocas son por lo tanto las islas definibles como fabulosas o míticas venidas del pasado en cuya existencia física el hombre romano pueda creer todavía. Como ya hemos dicho el avance en el terreno de la exploración geográfica provocó el derrumbe de muchos misterios[45], la desaparición de lugares míticos, donde desde

---

40 J. Crisost., *In Math. hom.* 70, 5 - 72, 4. *Vid* Festugière (1959), 345-346 y 415-418, con la postura en contra de San Jerónimo, y *cf.* también *infra Locus Amoenus* donde se analiza el texto de Juan Crisóstomo.

41 D. S. V, 23, y *vid. supra.*

42 Véase por ejemplo Tac., *Ger.* 45, 4-8, refiriendo que los "pueblos estíos", a los que ubica en el Báltico, son los únicos que buscan el ámbar, o Plin., *Nat.* 4, 103, al comentar que algunos autores antiguos las localizaban en las islas que circundan Britania en su límite septentrional. Sobre el desmantelamiento romano del mito de las Islas Electridas como adriáticas, aun a pesar de que autores como Ovid., *Met.* 2, 323 y ss. las utilicen como motivo eminentemente poético, *vid.* Chevalier (1988), 358.

43 Plin., *Nat.* 4, 34.

44 Str. III, 5, 11.

45 Nos parece en este sentido muy significativo el análisis de R. Fréneaux (1974), 131-141, donde, a propósito de varios pasajes de obras ciceronianas en los que se menciona el Océano, pone de manifiesto que precisamente el avance de la humanidad fue el que provocó la desaparición de viejos mitos y de temores ubicados en tierras y aguas desconocidas por ser hasta entonces inalcanzables; no obstante *cf. supra.*

antiguo se había querido ubicar una tierra fabulosa así como la resistencia de muchos romanos a localizar nuevos "paraísos perdidos"[46]; la exploración directa de esa zona devolvía a la cruda realidad al explorador si es que pensaba que había encontrado el "Paraíso Perdido" o la tierra del cultivo y cuidado innecesarios. Al espíritu del hombre no le resta más elección que acomodarse -no sin presentar resistencia[47]- a los nuevos descubrimientos, aún a pesar de que sus viejos mitos se derrumben; o, como ocurre con Horacio o Juan Crisóstomo, redefinir con algunos elementos novedosos, antiguos tópicos para posibilitar su perpetuación.

---

[46] Vasaly (1993), 138-139, en época de Cicerón.

[47] Gabba (1981).

ISLAS Y TIERRAS CUSTODIADAS

No todos los lugares fabulosos trazados por el mundo griego desaparecen o "caen en desuso" en Roma.

Hasta ahora hemos comprobado que las tierras donde se situaban lo que podríamos llamar genéricamente "paraísos terrenales" eran inalcanzables no sólo por su esencial lejanía e insularidad sino también por la escasa definición de su localización, pero también hemos visto que aun a pesar de ello el mito en Roma fue en cierta forma derrumbándose. Sin embargo en los autores de la Antigüedad greco-romana encontramos todavía una arraigada creencia en la existencia de lo que cabría calificar de "lugares custodiados" y en consecuencia inaccesibles o cuanto menos de muy difícil acceso.

Estos ámbitos, que no son sólo insulares puesto que también los encontramos localizados en tierra firme -concretamente en montañas o en comarcas ocultas por ellas, puesto que son utilizados profusamente para ubicar en ellos, precisamente por el difícil acceso, lugares donde se desarrollan fenómenos maravillosos, exóticos, paradoxográficos[48]-, presentan siempre muy similares características, que de una u otra forma, y a pesar de su riqueza, los convierten en no aptos para su habitación. Es evidente por lo tanto que las connotaciones fabulosas o fantásticas están presentes, en mayor o menor medida, en su descripción.

Las custodiadas por grifos y dragones

Fabulosas o fantásticas son sin lugar a dudas las tierras custodiadas por aquellos animales medio aguilas medio leones llamados grifos, cuyas primeras referencias las encontramos como era de esperar en la literatura griega[49]. Parece desde luego que el único cometido de estas criaturas fuera custodiar tierras riquísimas en oro, otro de aquellos elementos deseados por el hombre, que junto con la feracidad de

[48] Martínez (1992), 12.

[49] Por ejemplo Hdt., IV, 13 y 27; Ctesias, 46B en Phoc., *Bibl.* 71 (p. 138).

los campos y la abundancia de miel compuso en muchas ocasiones el panorama de una tierra fantástica o fabulosa. Así, tomando los testimonios de San Jerónimo o de San Isidoro, como guardianes los encontramos, junto con los dragones y otros seres monstruosos, en la India, impidiendo que el hombre se acercara a los montes de oro:

> "...y las montañas de oro, cuyo acceso está prohibido a los hombres por los dragones, los grifos y monstruos de cuerpos enormes, lo que nos muestra con qué guardianes se enfrenta la avaricia!"[50].

También son, para Pomponio Mela, los únicos guardianes de una comarca de los Montes Ripeos, donde no sólo abunda el oro sino que además es una tierra muy fértil, aunque, a causa de esa custodia, inhabitable:

> "hay una comarca de tierra muy fértil pero inhabitable, porque los grifos, cruel y obstinada raza de salvajes, aman admirablemente y guardan admirablemente el oro extraído de lo más profundo de la tierra y son hostiles a los que intentan extraerlo"[51].

El carácter fabuloso de esta tierra para el hombre es desde luego innegable, pues reúne dos de las máximas aspiraciones terrenales del romano: el dinero y el alimento; ya tendrían el *panis* del que nos hablaban Juvenal y Frontón[52], mientras que la petición de *ludi* se convertiría en nuestra opinión en innecesaria dadas las connotaciones de la vida en estas tierras. Pero resulta curioso que todas aquellas tierras donde el hombre puede hacer realidad sus máximas aspiraciones siempre presenten un inconveniente a la hora de pretender alcanzarlas: el difícil acceso por la insularidad o los accidentes geográficos y los guardianes; obviamente todo tiene una explicación: puesto que era necesario mantener la ficción, era también necesario crear, al tiempo que la fantasía, los impedimentos.

---

[50] Ieron., *Epist.* CXXV, 3, 3; Isid., *Etym.* XIV, 3, 7, tomando la referencia parcialmente de Ael., *NA.* IV, 27. Este testimonio de S. Jerónimo da pie para hablar de la pervivencia de animales más o menos fantásticos como guardianes en la tradición cristiana, concretamente en la iconografía medieval donde custodian la entrada a los templos (*cf.* Baldock (1992), 126). Como se puede observar ésta es una de aquellas ocasiones en las que los autores cristianos admiten fantasías o creencias de la Antigüedad clásica, por la evidente razón de que su función está acorde con la creencia cristiana; en este caso lo utilizan en contra de la avaricia.

[51] Mela 2, 1, 1. El papel de los grifos como "animales custodios" parece ser un tema recurrente en cualquier relato de viajes hacia lo desconocido; piénsese por ejemplo en el encuentro del monje San Barandán en su viaje hacia el Paraíso con un grifo que le impide su navegación (Bouet (1986), 44-46. Episodio 4).

[52] Juv., 10, 75 y ss., Fron., *Str.* 5, 11.

Las custodiadas por serpientes

Dentro del mismo marco de las tierras inacesibles y custodiadas por animales creemos que puede incluirse el pasaje de Mela en el que nos presenta la isla balear de *Colubraria* -Formentera-:

> "Enfrente está Colubraria, de la que se me presenta recordar que, a pesar de que está repleta de un tipo numeroso y dañino de serpientes y es por ello inhabitable, sin embargo, es segura e indemne para los que entran en ella dentro de un espacio que han marcado con tierra ibicenca; pues las mismas serpientes, que suelen atacar a los que llegan, evitan desde lejos y con terror la mirada de esta tierra como si fuera veneno"[53].

Desde luego *Colubraria* era una isla absolutamente real para los romanos, por lo que resulta aún más chocante comprobar cómo de una u otra forma la fantasía está presente en la concepción latina de esta tierra, pues de ese modo creemos que debe interpretarse no sólo el hecho de que las serpientes -animales de antiguas connotaciones fantásticas y mágicas[54]- impidan su habitación, sino que sea precisamente la tierra de otra isla, Ibiza, la que permita acercarse y entrar en ella[55].

Las islas o tierras custodiadas por animales fueron uno más de los elementos que la imaginación de los hombres de la Edad Media debieron tomar de Roma, de la Antigüedad. No se trata sólo de que encontremos en las catedrales e iglesias medievales las imágenes de animales fabulosos a los que nos referíamos más arriba, sino que en el relato de un viajero en busca de la Tierra Prometida, como fue San Barandán, encontramos su arribada a tres islas ocupadas totalmente por animales más o menos de connotaciones fantásticas -demonios pigmeos, ratones del tamaño de un gato o gatos monstruosos- que impiden la presencia del hombre[56].

Talge, 'la divina custodiada'

Aunque no isla custodiada, sí es Talge, localizada en el Mar Caspio, desde luego una isla respetada:

> "..es feraz sin cultivo, ubérrima en todo tipo de cereales y frutos, pero las gentes que la rodean tienen por ilícito y como un acto de profanación coger lo que allí se

53 Mela 2, 126. Contrariamente Estrabón III, 5, 1 (*Ophiousa*) califica a esta isla de desierta pero sin ningún tipo de connotación ulterior.

54 Sobre estas "propiedades mágicas" de la serpiente *vid.* Vázquez Hoys (1981), con la bibliografía.

55 Esta connotación mágica de Ibiza debe estar directamente en relación con las características que de ella nos da Mela: fértil en trigo y abundante en todo tipo de frutos; *vid.* también *infra*.

56 *Cf.* Hernández (1992), 300.

cría porque consideran que está dispuesto para los dioses y que ha de conservarse intacto para los dioses"[57].

De nuevo volvemos a encontrar un elemento que ya es habitual en la caracterización de una tierra fabulosa, la feracidad -Mela la llama ubérrima-, pero más fantástico es que los habitantes de las islas de alrededor no sólo no tomen ninguno de esos frutos sino que ni tan siquiera se acerquen a ella por considerarla "lugar de dioses" y sus frutos "manjares divinos". Entra aquí en esta ocasión en juego un elemento importante: el respeto que el hombre demuestra o debe demostrar a la divinidad; el hombre de los alrededores de esta isla conoce su existencia y su riqueza, pero aún así, aún teniendo el hombre que trabajar o labrar sus campos, con el esfuerzo que ello supone, no osará tocar algo cercano porque es precisamente perteneciente de forma exclusiva a la divinidad. Este es desde luego el mensaje que puede entenderse de este significativo texto de Mela, pero aún esconde otro, este último más relacionado con la connotación fantástica, porque si antes veíamos que era la lejanía física la que impedía su acceso, en esta ocasión la lejanía es sustituida por una "prohibición divina".

57 Mela 3, 6, 58; Ptol., VI, 9, 8. *Cf.* Hermann, *RE* IV, A 2, 2068, *sub* "Talge".

ISLAS MAGNIFICAS

Intimamente relacionadas con la islas y tierras custodiadas que hemos presentado en el anterior epígrafe, las llamadas tierras e islas riquísimas presentan similares connotaciones, ya que su riqueza o magnificencia estriba en ser tierras metalíferas o agrícolas excelentes. Los ejemplos que vamos a presentar aquí son en su totalidad islas, una mediterránea, las restantes ubicadas en el Océano Indico, y en consecuencia en el límite del mundo conocido; lugares siempre aptos para la localización en ellos de zonas o comunidades alejadas de la visión cotidiana o normal del hombre mediterráneo.

Todas ellas presentan también un denominador común, aunque que en esta ocasión no son islas custodiadas ni a las que se impida el paso. Son islas cuya habitación es posible, conocidas directamente por el hombre romano, por lo que en consecuencia su relación con un relato imaginario es menor que en los casos anteriores que hemos analizado hasta el momento; no obstante creemos que quedará claro su tono fantástico para unas, ideal o matizadamente utópico para otras desde el momento en que como ya hemos visto un ámbito isleño, por su aislamiento, aun a pesar de que se trate de un aislamiento real y cercano, es uno de los lugares preferidos para ubicar fenómenos naturales que se aparten de la cotidianeidad cercana[58].

Ibiza y Tánatos

Una de estas islas cercanas pero presentada con un cierto grado de connotación fantástica o fabulosa es Ibiza. Ya hemos comentado los aspectos fabulosos de esta isla en relación al caso de Formentera, a la que consideramos "isla custodiada" a pesar de su infertilidad, pero conviene profundizar un poco más sobre ello. Así, Pomponio Mela nos presenta a la mayor de las Pitiusas como una isla fértil en trigo, copiosa en lo demás, libre de animales peligrosos -los conejos tan dañinos

58 Gabba (1981), 56-57; Id. (1991), 106-109; Martínez (1992), 11.

para Baleares incluso morían, según Plinio, en la costa ebusitana[59]- y cuya tierra es mágica para la de Formentera[60]. Sin embargo es obvio que la calificación de fabulosa aplicada a las características naturales de la isla de Ibiza debe ser tomada desde un punto de vista matizado, que está motivado, como explicaremos más adelante, por la cercanía de la isla al público que pudiera conocer la obra de Mela.

No es éste el único caso que conocemos cuya presentación literaria reside en la abundancia de frutos, ausencia de serpientes y carácter mágico de su tierra para estos animales aun cuando se localice en otro lugar menos lejano. Así conocemos la referencia a la isla de Tánatos, cerca de Britania, cuyo texto reproducimos para demostrar la absoluta similitud existente entre este pasaje y el de Mela referente a Ibiza / Formentera:

> "Tánatos es una isla del Océano, en el estrecho gálico, separada de Britania por un pequeño estuario. Sus campos son ricos en trigo y su tierra es feraz. Se la denomina Tánatos por la muerte que provoca a las serpientes: no hay una sóla serpiente, y adonde se lleva tierra de aquella isla al punto acaba con la serpiente que allí hubiere"[61].

Crise, Argire y Taprobane

Aún se presentan más determinantes y ejemplificadores los casos de las islas de Crise, Argire y Taprobane.

Crise y Argire, que han querido ser identificadas con Malaca y Sumatra respectivamente[62], son presentadas por Pomponio Mela y Plinio aunque ensalzando no la riqueza agrícola de ambas sino la metalífera. Así Mela nos relata:

> "Frente al Tamo está la isla de Crise; frente al Ganges, Argire una de suelo de oro -así lo transmiten los antiguos-, la otra de plata y, según parece principalmente, o su denominación procede de este hecho o la leyenda del nombre"[63].

También conocemos la presentación que de estas mismas islas hace Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*; presentación que parece un tanto más real ya que aun-

---

59 Plin., *Nat.* 8, 226. Según Isid., *Etym.* XIV, 6, 16, en Creta también morían los animales dañinos que entraban en la isla.

60 Mela 2, 7, 125-126. *Cf.* Plin., *Nat.* 3, 78 y 35, 202; Sol. XXIII, 11 y *supra.*

61 O "*Tonatis*" (*vid.* Macdonald, *RE* VI, A ", 1709). Isid., *Etym.* XIV, 6, 3. En los mismos términos Sol. XXII, 8. Ptol. II, 3, 4 alude a ella, así como el *Anon. Rav.* V, 31, p. 423. 4, aunque sin ningún tipo de referencia fantástica. *Vid.* Rivet (1974), 66.

62 Guzmán Arias (1989), 161, n. 1068; *cf.* Tomaschek, *RE* II, 1, 802, *sub* "Argyre".

63 Mela 3, 7, 70; Plin., *Nat.* 6, 80.

que no niega que la apariencia del suelo sea dorada o plateada comenta la causa de esta característica: su abundancia en metales[64].

Taprobane, a la que se identifica con Sri-Lanka, es presentada por Mela, Plinio e Isidoro de Sevilla[65], entre otros, pero en esta ocasión encontramos en sus relatos connotaciones de índole matizadamente fantástica, más en el primero y tercero que en el segundo, si bien siempre tratándose de unas características fabulosas seguramente determinadas por su cercanía a la mítica India y a los límites del mundo conocido. Así, Mela nos dice de ella que o bien se trata de una isla muy extensa o, por el contrario, del primer lugar del "otro orbe", ignorancia que justifica porque, según él, nadie la había bordeado[66]. Esa misma alusión a la existencia del "otro orbe" constituye un elemento que es posible relacionar en cierta forma con la imaginación del hombre, porque probablemente debe interpretarse como una de las tierras más allá del Océano, oriental en este caso, presentadas desde antiguo[67].

Plinio, que depende de autores más antiguos -en esta ocasión de Megástenes-, presenta una concepción un tanto más racional de la misma, ya que nos dice tajantemente que se trata de una isla ubicada entre oriente y occidente[68]; no en vano es consciente de que se ha tenido contacto con ella[69]. De la misma manera, aunque nos habla de que *"ha sido desterrada por la naturaleza a los confines del mundo"*[70], que en principio, y como ya hemos visto, implicaría la posibilidad de poder localizar en esos confines tierras más o menos míticas y fabulosas[71], Plinio aproxima la vida de sus habitantes a la de cualquier pueblo más o menos mítico; en definitiva, la sitúa entre la frontera de lo real y lo mítico. Así es cierto que nos habla de la vida feliz, tranquila y longeva de sus habitantes (alcanzan los cien años) y como hemos visto de su riqueza en oro y perlas -más aún que en la India-, pero concluye con la presentación de costumbres, como la valoración del oro y de la plata, la presencia de alguna forma de gobierno, la posibilidad de que exista delincuencia, el trabajo en los campos de sus habitantes o la ausencia de viñas[72], ele-

---

[64] Isid., *Etym.* XIV, 6, 11.

[65] Mela 3, 7, 71. También Plin., *Nat.* 6, 24, 81; Isid., *Etym.* XIV, 6, 11.

[66] *Cf.* Plin., *Nat.* 6, 24, 81, indicando que ya fue bordeada en tiempos de Alejandro Magno, cuando se constató que se trataba de una isla. La consideración de tierras semi-conocidas como integrantes del "*Otro Mundo*" no es infrecuente, téngase por ejemplo presente la definición que Flor. I, 45, 16, da de Britania con ocasión del interés de Julio César por este archipiélago; *vid.* Paulian (1982), 63; Zecchini (1987), 255-259, aunque buscando el motivo en la ideología cesariana cercana a la *Imitatio Alexandri* (Nenci (1992), 182). Ahora bien, esta calificación de "tierras del otro mundo" puede ser interpretado como una metáfora, tal como hizo Serv, *Virg. Ecl.* I, 16 (*cf.* Nicolet (1988), 78-79 y 248-249 n. 23).

[67] *Vid. infra.*

[68] *Loc cit. supra. Cf.* Solino LIII, passim.

[69] Plin., *Nat.* 6, 24, 84-91 (en época del emperador Claudio). *Cf.* Gracco Ruggini (1993), 455 y n. 41.

[70] Plin., *Nat.* 6, 24, 89.

[71] De hecho en el siglo VIII d. C., precisamente a causa de esta ubicación al borde de la ecúmene, se llegó a relacionar a Taprobane con el mundo de los Antípodas (*vid.* Gambin (1989), 193 y *cf. infra*).

[72] Plin., *Nat.* 6, 24, 89-91.

mentos que en definitiva conformaban una vida en exceso complicada y que lógicamente excluía la posibilidad de que la isla fuera considerada totalmente utópica. En cierta forma puede decirse que Plinio idealiza determinadas características de la isla y sus habitantes, pero no puede ir más allá ya que la relación directa que se había establecido con sus gentes impedía presentarla como un lugar totalmente utópico o ideal[73].

Es Isidoro de Sevilla quien nos presenta a la isla con unas connotaciones tan absolutamente ideales[74] que permiten acercar el ámbito isleño de Taprobane habitado por los hombres no sólo a la concepción de islas riquísimas sino también a la del *locus amoenus*, ya que la interconexión entre ambos conceptos parece evidente. Isidoro vuelve a referirse a una isla repleta de perlas y piedras preciosas pero añade que conoce dos veranos y dos inviernos[75], y lo que es aún más sorprendente, nos menciona la existencia de dos ámbitos de la isla, separados por un río; Isidoro utiliza aquí uno más de esos elementos heredados, ya que como es sabido el agua puede definir ámbitos o paisajes: en este caso vemos cómo en uno de ellos habitan los hombres, pero en el otro los animales salvajes; encontramos aquí la unión de dos usos del agua como delimitadores de ámbitos más o menos fantásticos, ya que primero se trata de una isla y además, dentro de la isla es el agua el elemento que diferencia lo que podríamos llamar armónico de lo caótico[76].

Si tenemos en cuenta el momento en que Isidoro elabora su obra y el retrato fantástico que nos proporciona de Taprobane, encontraremos un elemento que llama la atención en su relato, de la misma manera que nos lo llamaba al comparar los testimonios de Plinio y Mela.

Orosio, que escribía dos siglos antes que Isidoro, decía de Taprobane únicamente que tenía diez ciudades[77], y a mediados del siglo VI d. C. Cosmas Indicopleustes en su *Topographia Christiana* nos habla de Taprobane como una realidad cercana, aun admitiendo que se trata, de nuevo, de un lugar ubicado en los confines de la tierra; es más nos habla de un comerciante llamado Sóprates que trafica con

---

[73] *Vid.* Gabba (1981), 59-60 y Vasaly (1993), 138-139 y n. 16, calificando el relato de Plinio de parcialmente utópico aunque realista; Gracco Ruggini (1993), 455 n. 41, considera que la concepción fantástica de estas características se debería ya a las fuentes literarias, más antiguas, que Plinio utiliza.

[74] Presentación que poco después retomará Theodulfus, *Carm.* VII, 4-5 (*MGH. Poetae Latini Medii Aevi* I, Münich 1978).

[75] Como se puede comprobar son éstas unas características que venimos viendo repetidas, pero también son propias del Paraíso cristiano; por ello resulta curioso que en un mapa elaborado en 1473, el *Rudimentum Novitiorum*, aparezca representada esta isla junto al Paraíso, flotando, de hecho, en uno de los cuatro ríos que la tradición indicaba que partían de él hacia las tierras conocidas (*cf.* Gambin (1989), 193-194).

[76] En los pasajes citados *supra* de Plinio, encontramos que, siguiendo a Megástenes, comenta que un río divide en dos a la isla, pero no proporciona esa división tan fantástica a la que alude Isidoro. *Vid.* sobre esta utilización del agua en la concepción ideal de un lugar determinado Gabba (1981), 57 y Thomas (1982), 15.

[77] Oros., *Hist. Adv. Pag.* I, 2, 16. *Vid.* Janvier (1982), 77. *Cf.* Plin., *Nat.* 6, 24, 85, quien afirmaba la existencia de cincuenta.

Ceilán así como de las comunidades cristianas existentes en ella[78]. No aparece en estas descripciones ningún elemento que permita considerar a la isla como un ámbito fantástico o de condiciones maravillosas e ideales para la vida; por el contrario es totalmente real y, aunque lejana, conocida. Sin embargo como hemos visto Isidoro la presenta maravillosa, atemperada y rica en metales, etc..., todos ellos elementos que nos han llevado a incluirla en la relación de tierras e islas riquísimas[79]. Habría desde luego que explicar esta divergencia en función de las propias fuentes de información de Isidoro y de su afán por seguir el saber de la más clásica Antigüedad[80].

Volviendo al tema de la ausencia de animales dañinos en una parte de la isla que nos relata Isidoro vemos de nuevo que se trata de una característica idéntica a la de Ibiza, también libre de aquellos seres tan perjudiciales para el mantenimiento de la vida del hombre.

La existencia de una zona de la isla caracterizada por la ausencia de animales dañinos entra evidentemente dentro de las posibilidades reales, pero no es menos cierto que es también un anhelo del hombre, sobre todo de aquél cuyo sustento depende de los frutos que puede arrancar de la Naturaleza; por ello consideramos que precisamente son estas características las que permiten apuntar que la fabulación o la fantasía jugó un importante papel a la hora de presentar esta tierra -téngase por ejemplo en cuenta para comprender esta relación que la ausencia de animales dañinos es una constante en cualquier concepción de un mundo más ideal[81]-, por otra parte, como ya hemos visto, también lejana al ámbito inmediatamente romano o mediterráneo.

Podemos también aquí, aun a pesar de esta característica similar entre Taprobane e Ibiza, aludir a un elemento relacionado con la imaginación y la cercanía o lejanía del hombre destinatario de esas obras al área presentada. Si nos detenemos en la lectura de los textos a los que hemos hecho alusión, reiteradamente tanto Isidoro como Mela aluden, en relación a las islas del Indico, a "*se dice*", "*dicen*", que evidentemente, junto con su lejanía, posibilita el desarrollo de un mayor grado de fabulación respecto a las características que estas zonas pueden presentar. No ocurre así en el caso de Ibiza, ya que la cercanía e inmediatez geográfica del destinatario de la obra de Mela impide al autor, en un alto grado, exagerar las características excelentes que quiere otorgar a la tierra de la isla.

No deja de ser significativo el hecho de que hasta bien entrada la época renacentista Taprobane continuara siendo representada, incluso en la cartografía, como un

[78] Cosm. Indic., *Topograph. Christ.* II, 45 y 49-50; XI, 15-17 y 21. *Cf.* Wolska (1962), 2-9, para la relación del autor con la isla.

[79] Isla que en la Edad Media, por la relación que se buscaba entre ella y el Paraíso cristiano, vio como era descrita de un modo todavía más maravilloso (*Cf.* Kappler (trad. esp. 1986), 96-97).

[80] Fontaine (1983), 807-830.

[81] Ferguson (1975), 164; por ejemplo ésta es una de las características del mito de la Edad de Oro o de la concepción del *locus amoenus*, temas ambos que serán analizados con posterioridad.

lugar de características fabulosas -obviamente siguiendo las descripciones que hemos comentado-, prueba evidente de lo arraigado de la antigua concepción[82]. El cambio de denominación, pasando a llamarse Zeilon, Zaylam o Seylan supuso ya su entrada en un mundo geográficamente real, ajeno a toda connotación de tipo fantástico, fabuloso o mítico[83].

---

[82] B. Clausi (1982), 750-751, n. 44.

[83] *Vid.* sobre esta evolución Gambin (1989), 195-200. Sobre los distintos nombres de Ceilán *vid.* Sorrentino (1980), 187-194.

LOS ETIOPES, LAS ISLAS Y TIERRAS TORRIDAS Y LOS ANTIPODAS

En la presentación de varios de los lugares y tierras fantásticas que venimos haciendo se ha podido ver como una de las constantes que caracterizan un lugar o época ideal es una temperatura equilibrada; las temperaturas extremas son perjudiciales para el hombre y en consecuencia no son, en principio, compatibles con la existencia en ellas de un lugar ideal[84]. Sin embargo en la literatura griega, y parcialmente en la latina, que hereda su concepción, encontramos varias referencias a pueblos que son considerados míticos o ideales precisamente por esa cercanía al sol, entre los que destacan por su larga tradición y presencia como tópico literario, los "etíopes". Del mismo modo hemos incluido en este capítulo el análisis de las 'islas y tierras tórridas' y de los 'antípodas' por una razón directamente relacionada con la presentación que de ellas hacen las fuentes literarias que conducen este estudio: en la mayoría de las ocasiones la exposición es iniciada con las referencias a los etíopes para posteriormente mencionar las tierras tórridas, que son las que impiden alcanzar la tierra de los antípodas.

Los Etíopes

La coexistencia entre el mito y la realidad de los etíopes, que se ha estudiado en capítulos anteriores, va a ser transmitida por la literatura griega a la latina, al mundo romano, tratándose de una influencia favorecida desde luego por la curiosidad que despertaban las costumbres extrañas de pueblos como los de Meroe, con los que desde el interés africano de Octavio Augusto se tenían frecuentes contactos diplomáticos, militares e incluso comerciales[85]. Así autores como Virgilio, Séneca o Estacio utilizan el tema recurrente de la utopía etiópica homérica en sus obras[86],

---

[84] *Vid.* Reynen (1964), 99; Thomas (1982), 12. Ahora bien, Verg., *G.* 3, 365-380, califica de vida tranquila y satisfecha la que llevan los habitantes de Escitia, aun a pesar de desarrollarse ésta en un clima extremo y hostil; *cf.* también *infra*.

[85] *Vid.* Plin., *Nat.* 6, 35, 181 y ss. *Cf.* Snowden (1970), 109-111 y 131-143.

[86] Verg., *A.* 4, 206-208 y 480-482; 6, 792-797; Id., *Ecl.* 10, 64-68; Sen., *De Ira* III, 20, 2; Stat., *Theb.* 2, 134-137; V, 426-428; VI, 261-262, variando el lugar donde se ubica al pueblo etíope, si bien siempre son lugares remotos para los mismos romanos. *Cf.* MacLachlan (1992), 15-16. Sobre la "unidad" en la literatura antigua entre "etíopes" e "indios", *vid. supra*.

mientras que los tardíos Macrobio o Marciano Capella, tomando su información de autores anteriores, aún mantienen el tópico al hablar de una "Etiopía Oculta"[87].

Al igual que en el caso de otro pueblo fantástico, los antípodas, cuyas particularidades vamos a analizar en este mismo capítulo, en el mundo romano se va a conocer una resistencia a abandonar la imagen mítica que de los etíopes había transmitido la literatura griega[88]; una resistencia provocada por las clases más culturizadas de la sociedad romana y desde luego por los propios autores que la transmitían, posiblemente debiendo interpretarse como una respuesta a la realidad desagradable de su mundo, que es uno de los objetivos perseguidos por aquel que cree o concibe un paraíso ideal o una tierra fabulosa[89]. Pero también se va a comprobar que el cada vez mayor contacto de Roma con unas de esas gentes a las que se quiere llamar etíopes[90] va a contribuir, especialmente desde época de Augusto y sobre todo en el siglo III d. C., a la percepción real de este pueblo, sin ningún tipo de connotación fantástica o fabulosa, apareciendo incluso como un pueblo militarmente peligroso; un ejemplo bastante significativo de esta visión dual de los etíopes en la literatura latina[91], si bien en la tardía, lo encontramos en Macrobio quien en un pasaje al que ya hemos aludido refiere la existencia de un pueblo etíope mítico y fabuloso mientras que en uno anterior, mucho más realista, nos habla del calor de la zona etiópica que agota la resistencia de los cuerpos[92].

La aproximación al tema etiópico, básicamente a través de la exégesis bíblica, también la vamos a encontrar en la literatura cristiana, donde Orígenes o el propio Gregorio Nazianceno influidos por los relatos bíblicos de Salomón y la Reina de Saba nos hablan de los etíopes en similares términos a los que podríamos encontrar en la literatura griega clásica; es el caso de Gregorio Nazianceno que alude a los "*etíopes que viven al final de los extremos de la Tierra*"[93]. Ahora bien, junto a esta continuidad de la imagen mítica de los etíopes, también encontramos en los mismos autores una desmitificación de estas gentes pues refieren de ellas que tienen el cuerpo negro por naturaleza pero que su alma es negra a causa de los pecados come-

87 Mart. Cap. VI, 702; Macr., *Com. Som. Scip.* II, 10, 11; *cf.* Maslakov (1983), 100, referente al anticuarismo de Macrobio.

88 Lesky (1959), 38.

89 Gracco Ruggini (1979), 119-120 y R. Lonis (1981), 82-83; Thompson (1989), 91-92, haciendo hincapié en que el motivo que ocasionó la perpetuación de esta utopía etiópica fue precisamente la necesidad de disponer de un paraíso que permitiera una huida mental.

90 André (1949), 159-160.

91 André (1949), 161-162.

92 Macr., *Com. Som. Scip.* II, 7, 19 y 10, 11; *vid.* Plin., *Nat.* 2, 80, 189, que relaciona la "negritud" etiópica con su cercanía al sol. *Cf.* Snowden (1960), 25-26 e Id., (1970), 131-143.

93 Orig., *Comm. in cant. canticorum* II, 367-369; Greg. Naz., *Oratio* XL, (*PG* XXXVI, 396-397); *cf.* Courtès (1979), 22 y Thompson (1989), 90-91.

tidos[94]. Obviamente esta última perspectiva tiene en nuestra opinión una razón de ser, íntimamente relacionada con el paganismo y con la consideración hacia Etiopía como zona de evangelización en los primeros tiempos del Cristianismo: como es lógico esta doctrina no podía mantener viva la idealización de un pueblo al que se había considerado extremadamente privilegiado por las divinidades paganas; téngase para ello en cuenta que Cirilo de Alejandría llega a decir todo lo contrario que Homero y la historiografía clásica, pues concluye que los etíopes no estaban iluminados por la luz divina[95], comentario que por otra parte tampoco deja de tener connotaciones fantásticas.

La decadencia de la concepción fantástica de los etíopes es claramente patente en la literatura tardía algo menos comprometida con el Cristianismo, tanto en la griega como en la latina; así el autor de la *Expositio Totius Mundi et Gentium*, en el pasaje LXII, nos habla de ellos como habitantes de las tierras límites africanas, desiertas pero habitadas en parte por una "*raza perversa de bárbaros que se llaman Maziques y Etíopes*"[96], mientras que para Cosmas Indicopleustes el mundo etiópico, en el más amplio sentido del término, pero referido especialmente al reino de Axum, es una realidad absolutamente cercana y concreta[97].

En definitiva es muy cierto, siguiendo a L. Gracco Ruggini que el mito clásico del país etiópico paulatinamente se va a desmoronar en la literatura latina, básicamente a causa del contacto directo que se ha tenido con este pueblo[98].

Islas del Sol

La cercanía al sol no sólo sirvió a la literatura griega y latina para concebir la existencia de pueblos fabulosos como los etíopes sino que también vamos a encontrar en ellas la referencia a tierras tórridas e inhabitadas o islas quemadas por el sol y en consecuencia prácticamente mortales.

---

94 Orig., *Com.. in Cant. Canticorum* II, 377 (*cf.* Snowden (1969), 31-32 y Gracco Ruggini (1979), 122-123 y n. 54); Paul. de Nola., *Carm.* XXVIII, 249-251. En el mismo sentido podríamos interpretar los varios episodios recogidos por los primeros autores cristianos que relatan la aparición de varios diablos en forma de *niger puer*; por ejemplo el que tienta a San Antonio en el desierto (Athan., *Vit. Antonii* 6 (*PG* XXVI, 849-852)), o el que se le aparece, según San Agustín, a un médico catecúmeno (August., *C. D.* XXII, 8); *vid.* para un análisis de estas personificaciones Gracco Ruggini (1979), 127-133, atendiendo también a las notas. De igual forma todos estos pasajes parecen estar presentes en el episodio 1 de la tardía *Navigatio* de San Barandán, cuando éste ve al diablo en forma de *infans ethiopis* (*vid.* Bouet (1986), 30).

95 Cir. de Alex., *Psalm.* 73, 14 (*PG* LXIX, 1188), y *cf.* Snowden (1970), 197-215 y Thompson (1989), 90.

96 *Cf.* Morè (1982), 720 n. 100; este pueblo es uno de los escasos ejemplos que encontramos en esta obra referida a *gentes externae* al Imperio Romano.

97 Cosm. Indicopl., *Topograph. Christ.* III, 169; *vid.* Munro-Hay (1981).

98 Gracco Ruggini (1993), 468-469.

En una ocasión Mela nos habla de unas "Islas del Sol" situadas en las bocas del Indo *"inhabitables hasta tal punto que el sofoco del aire que las rodea mata al instante a los que la franquean"*[99]. Del mismo modo Plinio, en el libro sexto de su *Historia Natural*, recoge la idea ya antigua de la existencia de unas islas llamadas "*(S)Adanu*", a las que no se podía llegar a causa del mismo motivo: el calor del sol impedía toda navegación hacia ellas[100]. Pero este autor y Mela ya han comentado en otras ocasiones aspectos fantásticos o fabulosos de tierras meridionales, índicas o cercanas a las etiópicas o trogodíticas como sería el caso de las Islas Adanu, por lo que estos fragmentos pueden quedar integrados en la misma perspectiva fantástica que venimos proponiendo; ahora bien no es menos cierto que las condiciones de navegación de la Antigüedad podrían haber facilitado esta concepción de inaccesibilidad patente en la presentación de ambas islas[101].

De todas formas no podemos dejar de destacar la distinta utilización de la cercanía al sol de griegos y latinos. Los primeros idealizan estas tierras, concretadas por ejemplo en la de los etíopes o en la misma utópica *Isla del Sol* de Yámbulo[102], situadas hacia el Ecuador, con un clima moderado, unos campos feraces y cuyos habitantes llevarían su longeva existencia sin ninguna clase de problemas ni tensiones[103], mientras que algunos de los segundos fabulan en torno a la cercanía del sol en términos muy distintos ya que para ellos es un clima extremo, que imposibilita la habitación de esa tierra o incluso impide la aproximación a ella. Son evidentemente concepciones opuestas.

Las tierras tórridas y los Antípodas

Queda fuera de toda duda que el exceso de calor o de frío, esto es las temperaturas extremas son fenómenos de los que el hombre tiende a huir o se ve abocado a ello, por ser básicamente no adecuados a sus características fisiológicas. Precisamente va a ser esta inadecuación humana la que va a permitir el desarrollo de otra fabulación -aunque con cierto carácter científico-, la concepción de otras tierras y hombres o seres más o menos fantásticos[104], generalmente ubicados en los confines

99 Mela 3, 7, 71; *cf.* Plin., *Nat.* 6, 97 y Sol. LIV, 4, donde describen una *Insula Solis*, en la que después de hablar de un sol rojo, indican que todos los animales, sin excepción, perecen sin que se sepan a ciencia cierta las causas.

100 Plin., *Nat.* 6, 34, 175-176, islas a las que se identifica con la Península de Adén; el único que creía posible alcanzarlas era Juba II de Mauritania (al que sigue Sol. LVI, 7, apartándose aquí de la opinión de Plinio). *Vid.* Desanges (1987), 281.

101 Se complementarían aquí el aspecto científico y el literario de la concepción latina del Indo y de la India; *cf.* Chevalier (1988), 356-357.

102 *FGrHist* 673, F89.

103 Ferguson (1975), 124-127 y 174-176; MacLahlan (1992), 26-27.

104 Como veremos en múltiples ocasiones son precisamente los lugares con temperaturas suaves y constantes los que son escenarios de lugares idílicos o paradisíacos; en contraposición las áreas de climas extremos son muy a menudo consideradas como tierras de trabajo sacrificado.

del mundo conocido -como anteriormente los etíopes- o aún más allá. Se trata de la existencia de los Antípodas[105] cuya concepción está íntimamente relacionada con la de las zonas terrestres según su temperatura así como con la teoría de la esfericidad de la tierra.

Al igual que en la mayoría de las ocasiones anteriores, el tema de los Antípodas no es nuevo en la literatura romana pues encontramos numerosas referencias en la literatura griega, atribuyéndose por algunos su concepción a Platón ya que quieren ver una alusión a ellos en el *Timeo*[106], y por otros a los pitagóricos[107]. Lo cierto es que para los griegos la división de la esfera terrestre en varios círculos[108] les llevó a suponer que todo aquello que conocían en su mundo se reproducía simétricamente en la zona opuesta, más allá de aquellas tierras tórridas que era imposible franquear[109]; ese mundo simétricamente opuesto e inaccesible era el de los Antípodas[110].

Los autores latinos como Pomponio Mela, Plinio, Salustio, Virgilio y otros muchos, incluso tardíos como Macrobio, retoman el tema de la división del mundo en varias zonas[111] para hablar primero de una tierra tórrida inhabitada, cuya distribución se desconoce, y a continuación, aprovechando esa ignorancia, de la existencia de una tierra similar a la nuestra, la de los Antípodas, pero donde se invierten las estaciones, de tal manera que cuando en nuestro mundo es verano en el de ellos es invierno y cuando en el primero es de día en el segundo reina la noche[112].

Este desconocimiento va a ser precisamente el elemento determinante que de pie a la concepción de un mundo y de unos seres distintos a los que conocemos, los Antípodas, con unas características físicas de connotaciones más o menos fabulosas, como son que las plantas de sus pies eran contrarias a las de los hombres, o que grababan sus huellas al contrario, o que tuvieran los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo o que las plantas crecieran con las hojas boca abajo[113].

---

[105] Nos referiremos aquí a aquellos que ocuparían la zona opuesta de la tierra conocida, ya que la otra acepción, la de pueblos con las plantas vueltas y con ocho dedos pero ubicados en Libia, es analizada en el siguiente capítulo. *Vid.* sobre estas acepciones Friedman (1981), 47.

[106] Pla., *Ti.* 62, 2 D - 63 A; *cf.* D. L.. III, 24, quien indica que Platón fue el primero en utilizar el término "antípodas" en una discusión filosófica.

[107] *Cf.* D. L. VIII, 26. *Vid.* Berger (1903), 186.

[108] *Cf.* Str. II, 2, 1-3 y II, 5, 3. No todos coinciden en el número de zonas terrestres, oscilando entre cinco y siete.

[109] *Cf.* Str. II, 5, 10. Opinión sobre la que Posidonio estaba en contra, pues creía en la existencia de unas tierra tórridas pero habitables (Cleom. I, 6, p. 31 y ss.; Str. II, 2, 2). La misma opinión expresará Gem., *Elementa Astronomica* XVI, 25-31 (*cf.* Str. I, 2, 24).

[110] Nicolet (1988), 78.

[111] Cic., *Som. Scip.* VI, 13 y 20 y ss; Mela 1, 1, 4; Plin., *Nat.* 2, 172; Verg., *G.* 1, 231-244; Sal., *Jug.* 19, 5-6; Hyg., *Astr.* 1, 8, 2; Macr., *Com. Som. Scip.* II, 5, 22; Mart. Cap., VI, 602-608; Isid., *Etym.* XIV, 5, 17.

[112] Cic., *Ac.* II, 39, 123; Lucr. 1, 1058 y ss.; Verg., *G.* 1, 231-251; Mela 1, 1, 4; Hyg., *Astr.* 4, 1, 2; Mart. Cap. VI, 602-608 y VIII, 874; Macr., *Com. Som. Scip.* II, 5, 22, etc...

[113] Cic., *Ac.* II, 39, 123; Lact., *Inst.* III, 24, aunque como veremos este último no cree posible la existencia de tal pueblo.

La teoría de la existencia de los Antípodas es uno de los casos que ocasiona una fuerte división -Plinio lo califica de "violento debate"- entre por un lado la ciencia o la gente cultivada, que no consideraba su existencia cuestionable, y por otro lado el común del pueblo romano, que la negaba[114]; así es muy significativo un pequeño comentario de Cicerón:

> "también dices que hay un pueblo opuesto a nosotros en la parte contraria de la tierra, con las plantas de sus pies contrarias a las nuestras, a los que se llama antípodas. ¿Por qué estás más irritado conmigo que no me rio de tus teorías que con aquellos que cuando las oyen creen que estás loco?"[115].

Pero también es muy curiosa la razón de la negativa del sencillo hombre romano a creer en su existencia: según Plinio el pueblo creía que con semejante concepción de la tierra de los Antípodas sus habitantes deberían caerse; no deja de ser tampoco reseñable el argumento de Plinio para defender su existencia, pues concluye "*ellos no se preguntan por qué no nos caemos nosotros*"[116], tal vez en una clara alusión al etnocentrismo romano al que nos hemos referido en las primeras páginas[117].

En este tema de los Antípodas encontramos otra particularidad que nos permite una vez más relacionarlo con la concepción de pueblos o zonas de connotaciones más o menos fantásticas, porque a pesar de aludir continuamente al desconocimiento de las características de esas zonas torridas y aún de más allá[118], no se duda en afirmar que allí habitan unos seres a los que se llama *Antípodas*, es decir "con los pies opuestos" a los del hombre que está realizando la descripción. Estamos desde luego ante un ejercicio imaginativo del hombre antiguo, en este caso el científico -si se nos permite utilizar este término-, en el que suple su desconocimiento de la realidad por la creación de otra 'realidad', básica o totalmente imaginaria, aunque quiera presentarla como fundamentada en cálculos científicos.

Ahora bien, creemos que es adecuado plantear la posible motivación del desarrollo de este episodio que desde luego cabe calificar de fantástico ya desde el momento en que los habitantes de esa tierra se llaman Antípodas, con el significado que esta palabra conlleva, y desde el momento en que no sólo es imposible llegar a ella sino incluso aproximarse. En nuestra opinión todo ello puede relacionarse de nuevo con la dualidad tantas veces utilizada en la imaginación antigua; no hay ninguna descripción de esa tierra ni tan siquiera de cómo se piensa que ésta es, simplemente se alude la inversión de las estaciones[119]. Vuelve a surgir en esta ocasión el tópico de la ubicación en zonas de la tierra infranqueables de lugares más o menos fantásticos, como eran las Islas de los Bienaventurados, el Paraíso Cristiano o en

114 Plin., *Nat.* 2, 161; *cf.* Gem., *Elementa Astronómica* XVI, 2 (*cf.* Wolska (1962), 211-212).

115 Cic., *Som. Scip. loc. cit.* (trad. M. Vallejo Girvés).

116 Plin., *Nat.* 2, 161.

117 Vasaly (1993), 133; *cf.* Eliade (1959), 12-17.

118 Por ejemplo Mela 1, 1, 4.

119 Mela 1, 9, 54.

esta ocasión el Mundo de los Antípodas; todos ellos presentan el denominador común de ser presentados como reales pero pasarán a ser inmediatamente calificados de inaccesibles.

La existencia de los Antípodas fue negada por la tradición cristiana, primero por no haber noticia histórica alguna al respecto pero ante todo porque era de todo punto inconcebible la existencia de un pueblo aislado, por esa tierra tórrida, del mundo de Cristo, es decir de un mundo donde, visto desde un punto de vista etno-mediterráneo, no había llegado la palabra de Cristo[120]. El testimonio de Lactancio que se pregunta:

> "¿Hay alguien tan ignorante que crea que hay hombres cuyos pies están por encima de sus cabezas? ¿O que todo lo que hay a nuestro lado puede estar al revés? ¿qué las plantas y los árboles crezcan al revés y que la lluvia, la nieve y el granizo caigan hacia arriba sobre la tierra?"[121].

no deja lugar a dudas del rechazo que producían estas teorías, pero es aún más clarificador el de San Agustín que nos dice:

> "En cuando a la existencia de antípodas, es decir de hombres que marcan sus huellas contrarias a nuestros pies, por la parte opuesta de la Tierra, donde sale el sol cuando se nos oculta a nosotros, no hay razón alguna que nos fuerce a creerlo. Nadie dice que haya conocido ésto por noticia histórica alguna sino que se conjetura..."[122].

Del mismo modo Isidoro de Sevilla, siguiendo en su percepción al obispo de Hipona, atribuía la creación de estos pueblos a "*conjeturas debidas a las elucubraciones de los poetas*"[123], y por esa misma razón Cosmas Indicopleustes, a mediados del siglo VI, negaba la existencia de esa "Tierra Tórrida" que había posibilitado la creación de este pueblo fantástico del que nos ocupamos, esgrimiendo la misma razón: su existencia debía mucho a la ficción y a los cuentos fabulosos[124]. La reacción cristiana contra las teorías que defendían la existencia de los Antípodas fue tal que incluso se condenó oficialmente esta doctrina[125], por lo que no deja de sorprender que Beda el Venerable sí parezca aceptarla al concluir con "*ninguno de nosotros puede visitarles ni ninguno de ellos puede llegar hasta aquí*". Pero de ello se com-

---

120 Kappler (trad. esp. 1986), 29-30.

121 Lact., *Inst.* III, 24.

122 August., *C. D.* 16, 9 (trad. S. Santamarta del Río y M. Fuertes Lanero, BAC, Madrid 1978); *vid.* Friedman (1981), 47-48.

123 Isid., *Etym.* IX, 2, 133.

124 Cosm. Indicopl., *Topograph. Christ. Praef.* I; *cf.* Wolska (1962). 211-212.

125 Papa Zacarías, *Epist. XI ad Bonifacium archiep.* (*PL* LXXXIX, 946-947), de la primera mitad del siglo VIII. *Cf.* G. Boffito (1905), *passim;* Friedman (1981), 221 n. 23.

prende que los autores cristianos caen rápidamente en una contradicción pues dicen creer en el Paraíso, cuya existencia nadie ha comprobado en vida, que ubican en la parte oriental de la llamada "Tierra más allá del Océano" y sin embargo no creen en esas tierras más o menos míticas o fabulosas[126], aunque es evidente que ello se explica, como veremos, por razones lógicas de tratarse el Cristianismo de una religión revelada.

126 Wolska (1962), 259, especialmente en relación a las contradicciones de Cosmas Indicopleustes en este sentido en particular.

LA CONTINUIDAD DE LO GROTESCO EN LA IMAGINACION

Buena parte de los pueblos fantásticos que la literatura antigua nos ha transmitido se caracterizan no por ser felices, disfrutar de una existencia relajada, sin trabajo y sin los rigores del frío ni del calor extremo, sino por ser físicamente anómalos en relación a la concepción del hombre mediterráneo. Del mismo modo la idea de la fauna -y la vegetación- en la literatura antigua tampoco es ajena a una formulación física que transgrede las leyes de la naturaleza. Todo ello está como era de esperar en íntima relación con el conocimiento limitado que el hombre antiguo, y aun el romano, tenía de la superficie en la que vivía[127].

La humanidad fantástica

El mundo de la cultura griega conoce la *Esfinge* de Edipo, el *Minotauro* de Teseo, *Pegaso* el caballo alado, está repleto de menciones a faunos, sátiros, centauros, cícloples, pero también a hombres con orejas o pies enormes, sin ojos, sin nariz, etc... Y como es constante la literatura latina también va a tomar de la griega esos elementos fantásticos, si bien en esta ocasión vamos a comprobar que se producen fuertes matizaciones, pudiéndose incluso concluir que en algunos casos se introduce su existencia en los relatos pero siendo claramente palpable que no se trata de creencias que se mantengan sino que son elementos útiles para demostrar la erudición o conocimiento de obras antiguas de los autores; en otras ocasiones, como ocurre con Lucrecio, se niega la existencia de algunos de estos seres fabulosos pero se admite la de otros[128].

En cierta forma también puede interpretarse en este sentido la considerable utilización de la fauna fantástica en la iconografía de época imperial, presente por ejemplo de un modo notable en la decoración de la *Terra Sigillata* donde encontramos seres mitad hombres mitad animales, sátiros, sirenas, grifos[129]. Son elementos que,

---

[127] Bianchi (1981), 230; 236-237.

[128] *Vid. infra.*

[129] Puesto que no es nuestra intención profundizar en este punto remitimos al reciente artículo de Demarolle (1993), especialmente 193-194 y 198-202, donde se estudia la aparición de estos animales y seres fantásticos entre los motivos decorativos de la *Terra Sigillata*, principalmente en la de factura gala.

aunque desde luego imaginarios, pertenecen ya a la cultura del hombre antiguo, consciente o no de su inexistencia; unos seres imaginarios, en cierta forma grotescos, que van a ser motivo decorativo en los mosaicos del puerto de Cartago de principios del siglo V[130], que van a conocer una presencia constante en el arte de los siglos posteriores y que incluso encontramos en vajillas galas del siglo XIX, cuya leyenda es "El espíritu de los animales", en las que se presentan escenas cotidianas de la vida del hombre pero en las que los protagonistas tienen cabezas y manos de monos, perros, gallinas, lobos, cerdos, etc...

Volviendo al tema que nos ocupa, es decir la presencia en la literatura latina de seres, humanos o animales, con características cuanto menos impactantes, no resultará sorprendente que sean los mismos autores que venimos utilizando -entre los que se debe integrar aquí a Lucrecio- los que también nos transmitan en sus obras comentarios acerca de estos seres fabulosos que por otra parte, y como era de esperar, han retomado en no pocas ocasiones de la literatura griega. Ahora bien, en esta ocasión más que presentar todos y cada uno de estos seres fantásticos que encontramos en esta literatura consideraremos en nuestro análisis aquellos aspectos más significativos, de tal forma que podamos lograr una visión de conjunto y lo suficientemente amplia del tema.

Obviamente lo fabuloso es por definición aquello que supone un cambio radical respecto a lo que rodea al hombre. Ya hemos visto cómo se han presentado como tierras fabulosas aquellas en las que no es necesario el trabajo agrícola, que no conocen los rigores de los climas extremos, que son inaccesibles, etc..., pero también incluimos como algo fabuloso o fantástico todo aquel elemento que se aleje física o moralmente de lo que es el hombre mediterráneo de la Antigüedad[131]. Entre ellos están esos seres monstruosos de los primeros momentos del mundo que Lucrecio presentaba del siguiente modo:

> "Numerosos portentos en aquella época se esforzó la tierra en crear, formados con rostro y miembros extraños; el andrógino, medio entre los dos sexos, ni el uno, ni el otro, alejado de ambos; unos seres privados de pies, por el contrario, otros desprovistos de manos, o también seres mudos, sin boca, y los que se hallaban ciegos y sin ojos o cuyos miembros se adherían pegados a todo el tronco de modo que no podían realizar cosa alguna, ni encaminarse a parte alguna, ni tomar lo que les era indispesable"[132].

El posicionamiento de Lucrecio respecto a esta existencia de "hombres" o "seres fantásticos" debe ser matizado. En el pasaje que acabamos de reproducir queda perfectamente reflejado cómo Lucrecio admitía que en la "juventud" de la Tierra ésta

---

130 August., *C. S.* 16, 8, 1: "*...toda esa caterva de hombres o especies de hombres pintados en los mosaicos del puerto de Cartago, tomados de libros de historias curiosas*".

131 Gabba (1981), 53.

132 Lucr. 5, 837-848 (trad. I. Roca Melia, ed. Akal, Madrid 1990).

pudo equivocarse y crear seres monstruosos, pero no podemos olvidar que en la misma obra en la que acepta este extremo niega la existencia de lo que Benabou ha denominado "monstruos fabulosos", esto es, de la mitología (centauros, etc.[133]...) con la racionalidad como bandera: no se pueden combinar dos especies de características tan dispares[134].

Para concluir con el análisis de la postura de Lucrecio no nos resistimos a anticipar que las razones que aduce para admitir la existencia de seres anómalos a causa de errores o ensayos de la Naturaleza son muy semejantes a las que utilizará Agustín de Hipona como argumento para llegar a la misma conclusión.

En este punto es por lo tanto donde debemos analizar las razas de seres y animales "monstruosos" que aparecen en la literatura griega y que se desarrollan y consolidan en la latina, especialmente en la pluma de Plinio el Viejo, quien los considera ocasionados por la ingenuidad y el desorden de la Naturaleza[135].

En los libros V a VII de su *Naturalis Historia* encontramos múltiples referencias a pueblos fantásticos[136] -mayoritariamente presentados ya por autores como Heródoto, Ctesias[137] o Megástenes pero cuyas características grotescas son en ocasiones exageradas por Plinio- como por ejemplo los *sátiros*[138], los *atlantes*, que están por debajo del nivel de la civilización humana[139], los de la región de *Abaria*, que viven en Libia y tienen las plantas de los pies con ocho dedos y vueltas tras los talones[140], los *machylies* o hermafroditas[141], los *astomi*, que carecen de boca y se alimentan con el olfato[142], los *blemmyae*, cuyas facciones, al carecer de cabeza, están en su torso[143], los *epiphagi* con los ojos en los hombros, los *cyclopes* o *arimaspi*, de gran altura y con un sólo ojo[144], los *cynoscephali* u hombres con cabeza de perro a los que asimila más al género animal que al humano, los *gigantes*, los *hippopodes* o de pies de caballo, los *sciapodi* con una sóla pierna[145].

---

133 *Cf.* Lucr. 2, 699 y ss; 4, 725-732; 5, 888 y ss.

134 Benabou (1975), 144-146.

135 Plin., *Nat.* 7, 2, 32; *cf. infra* en este mismo capítulo, pero sobre todo J. Desanges (1987), 289-290, donde analiza los textos plinianos sobre este tema desde el punto de vista posidoniano respecto a que la fecundidad desordenada, especialmente en las zonas meridionales, produce seres monstruosos. En una postura similar, aunque argumentando como otra razón el carácter enciclopedístico de la obra de Plinio, Benabou (1975), 150.

136 No vamos a incluir en esta ocasión a los pueblos considerados antropófagos puesto que se trata de una forma de vida que también se daba en zonas muy bien conocidas por el hombre antiguo.

137 Gómez Espelosín (1994), 119, 121.

138 Plin., *Nat.* 5, 8, 46; 6, 35, 197; 7, 2, 24.

139 Plin., *Nat.* 5, 8, 45; *vid.* Bianchi (1981), 239, que pone de manifiesto el mayor grado de fabulación de este autor en relación a Heródoto IV, 184, que ya recogía la existencia de este pueblo.

140 Plin., *Nat.* 7, 2, 11; características que llevaron a confundirlos con los antípodas o a darles tal nombre (*vid.* Isid., *Etym.* III, 24 y *cf.* Friedman (1981), 47).

141 Plin., *Nat.* 7, 2, 7 y 15.

142 Plin., *Nat.* 6, 35, 188 y 7, 2, 25.

143 Plin., *Nat.* 5, 8, 46.

144 Plin., *Nat.* 7, 2, 10; *cf.* Hdt. IV, 13.

145 Plin., *Nat.* 7, 2, 24, también llamados *Monocoli* por tener un solo ojo, como los cíclopes.

Pomponio Mela, Solino, Macrobio o Marciano Capella son también autores latinos en cuyas obras están presentes alusiones a estos seres fantásticos. Así además de encontrar citas a muchos de los pueblos o razas referidos por Plinio[146], Mela y Solino, cuya obra *Collectanea Rerum Memorabilium* puede ser considerada como "*el arquetipo sobre la monstruosidad humana*"[147] nos hablan por ejemplo de los *neuros,* ya conocidos a través de Heródoto, quienes pueden convertirse en lobos[148]. Y como era también de esperar los recoge el saber enciclopédico de Isidoro de Sevilla en su libro III de las *Etimologías*; vamos a reproducir el texto donde el obispo hispalense habla de estos seres ya que no es amplio en exceso y recoge alguno de los pueblos más característicos y representativos del bestiario antiguo:

> "Los cynoscéfalos deben su nombre a tener cabeza de perro; sus mismos ladridos ponen de manifiesto que se trata más de bestias que de hombres. Nacen en la India. También la India engrenda cíclopes. Y se les denomina 'cíclopes' porque ostentan un ojo en medio de la frente. Se los designa también con el nombre de 'agriophagîtai' porque sólo se alimentan con carne de fiera. Se cree que en Libia nacen los blemmyas, que presentan un tronco sin cabeza y que tienen en el pecho la boca y los ojos. Hay otros que, privados de cerviz, tienen los ojos en los hombros. Se ha escrito que en las lejanas tierras de Oriente hay razas cuyos rostros son monstruosos: unas no tienen nariz, presentando la superficie de la cara totalmente plana y sin rasgos; otras ostentan el labio inferior tan prominente que, cuando duermen, se cubren con él todo el rostro para preservarse de los ardores del sol; otras tienen la boca tan pequeña, que solamente pueden ingerir la comida sirviéndose del estrecho agujero de una caña de avena. Dicen que hay algunas que no poseen lengua y utilizan para comunicarse únicamente señas o gestos. Cuentan que en la Escitia viven los panotios, con orejas tan grandes que les cubren todo el cuerpo... Según dicen, en Etiopía viven los artabatitas, que caminan, como los animales, inclinados hacia el suelo; ninguno supera los cuarenta años. Los sátiros son hombrecillos de nariz ganchuda, cuernos en la frente y patas semejantes a las de las cabras... Dicen que en Etiopía existe el pueblo de los esciopodas, dotados de extraordinarias piernas y de velocidad extrema... En Libia habitan los antípodas, que tienen las plantas de los pies vueltas tras los talones y en ellas ocho dedos..."[149].

---

146 Por ejemplo Mela 1, 4, 23; 1, 8, 43; 1, 8, 48; 3, 6, 55-58 donde menciona a la mayoría de estos pueblos; Mart. Cap. VI, 667, en referencia a los sátiros; Sol. XV, 20, sobre los *arimaspi*; XXX, 4, sobre los cinoscéfalos y 12, en relación a los pueblos que carecen de nariz; XXXI, 1-2, sobre los atlantes; XXXI, 5-6, sobre los blemmies y sátiros.

147 *Vid.* Bianchi (1981), 244-246; Stahl (1962), 138.

148 Mela 2, 1, 14; Sol. XV, 1-2. *Cf.* Her. IV, 105, 2.

149 Isid., *Etym.* III, 15-24. Sobre todos ellos *vid.* R. Wittkower (1964), 167.

En definitiva se trata de una presencia literaria muy antigua y que va a ser transmitida a la Edad Media[150], cuyos bestiarios no hacen más que reproducir las llamadas "razas plinianas", e incluso las encontramos como motivo iconográfico, escultórico o literario en obras de épocas muy poco anteriores al siglo de la Ilustración[151].

Pero también interesa resaltar aquí varios elementos que ligan a estos seres fantásticos aún más a la esfera de la concepción fabulosa que queremos tener presente. Uno de ellos es precisamente la ubicación de todos ellos o bien en los límites de la ecúmene o bien en áreas conocidas pero donde es prácticamente imposible penetrar. Así es muy significativo el comentario de Pomponio Mela cuando inmediatamente antes de hablar de pueblos como los atlantes, blemmies, ganfasantes etc... nos ha indicado que todos ellos, "*si se puede creer en su existencia*", se localizan a continuación de una comarca amplia, vacía e inhabitable[152], circunstancia que en principio imposibilita toda comprobación. Ahora bien paradójicamente alguien debe haber podido penetrar en ese territorio ya que es posible hablar de estos pueblos; otra cosa es que sea una simple invención que no es preciso comprobar. En el mismo sentido está la afirmación de Plinio para quien no debe causar sorpresa, debido a la mítica relación de esta zona con el hijo de Vulcano, que en las regiones más lejanas y desconocidas de la Etiopía se encuentren monstruosidades humanas y animales; en definitiva es el fuego, el calor el que configura las formas de la naturaleza[153].

Ciertamente todos estos pueblos se localizan preferentemente en las áreas más alejadas, semidesconocidas y remotas de Africa, de Asia, de Escitia y las tierras septentrionales y desde luego de la India, donde como es sabido ya se han localizado otras tierras fantásticas; lugares donde la comprobación sobre la veracidad de la existencia de estos seres es prácticamente imposible y donde, en consecuencia, es posible situar aquellos seres surgidos de la imaginación prodigiosa del hombre antiguo[154], favorecida desde luego por lo que debieron ser apreciaciones erróneas de la realidad.

La relación entre formas de vida anómalas y la lejanía de sus lugares de habitación y también con la imaginación queda perfectamente patente en unas significativas frases de Tácito al concluir su relato sobre la experiencia de la flota de Germánico en c. 16 d. C. en el mar septentrional:

> "...Contaban cada cual mayores maravillas cuanto de más lejos venían; encarecían la violencia grande de la tempestad, pintaban aves de las que jamás se tuvo

---

[150] Téngase en cuenta el análisis de Roncoroni (1982), 151-168, quien concluye que ya desde Solino todo el saber enciclopédico de Plinio es sacrificado en favor únicamente de una recolección de todos los *mirabilia* plinianos.

[151] Véase al respecto Friedman (1981); Vegetti (1982), 130 o Kappler (trad. esp. 1986); brevemente Bouet (1986), 46-47.

[152] Mela 1, 4, 23.

[153] Plin., *Nat.* 6, 35, 187; *cf.* Benabou (1975), 149.

[154] Bianchi (1981), 228.

noticia, monstruos marinos, formas diversas de animales y de hombres, cosas o vistas por los ojos o imaginadas por el miedo"[155].

Por otro lado encontramos aquí el polo opuesto a la idealización de la lejanía. En las primeras páginas ya comentábamos que el hombre antiguo, en este caso el romano, calificaba de una forma dual a las tierras lejanas; unas las idealizaba considerándolas lugares maravillosos y utópicos, pero otras, y éste parece ser el caso que nos ocupa, aparecían ante sus ojos con unas características sumamente negativas. Convencían al auditorio con el elemento "ellos y nosotros" y en consecuencia no era extraño atribuir características físicas monstruosas a pueblos lejanos, remotos y prácticamente desconocidos sino totalmente[156].

Ahora bien, no sólo debía jugar en favor de la concepción anómala de estos seres el etnocentrismo romano sino también ciertas experiencias reales de viajeros que hubieran arribado a esas zonas o a áreas cercanas; experiencias reales en las que el temor a lo desconocido pudo llevar, y es una constante, a concepciones erróneas sobre la geografía o la población de las zonas visitadas. Toda novedad produce asombro -piénsese en la sorpresa y curiosidad que despertó la primera jirafa que fue vista en Roma[157]- y si además ésta es vista de lejos o se dan por ciertas noticias de segundos y terceros no debe resultar extraño que se dibujaran seres totalmente monstruosos en relación al patrón establecido.

Es innegable que ya los propios romanos tenían dudas acerca de su existencia. Son en este sentido ejemplificadoras las negativas de Lucrecio a aceptar la existencia, en algún momento de la historia de la tierra, de centauros, de animales de doble naturaleza o cuerpo, o de las Escila, cuyo cuerpo sería pez en su mitad[158], o la pequeña reflexión de Tácito, que reproducimos a continuación:

> "Lo demás es ya legendario: que los helusios y oxiones tienen rostro de rasgos humanos, cuerpos y miembros de animales. Lo dejaremos en el aire como algo no comprobado"[159],

pero no hay lugar a dudas de que si la creencia en estos seres perduró se debió, además del desconocimiento general de la zona donde se les localizaba, a aquellos libros que recogían tales episodios; libros griegos, de Aristeas de Proconeso, de Isígono de Nicea, de Ctesias de Cnido, de Onesícrito, Filostéfano y Hegesías, llenos de relatos maravillosos que Aulo Gelio vio en el puerto de Brindisi y que leyó en dos noches o como los que citaba San Agustín tratándolos de *libros de historias curiosas*[160].

---

[155] Tac., *Ann.* 2, 23-24 (trad. J. L. Moralejo, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1979).

[156] Friedman (1981), 26 y 35 y Vasaly (1993), 136-138.

[157] Plin., *Nat.* 8, 27, 69.

[158] Lucr., 5, 878-609.

[159] Tac., *G.* 46, 6 (trad. J. M. Requejo, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1988); *cf. Ann.* 2, 23-24.

[160] Gel., 9, 4; August., *C. D.* 18, 8, 1.

En varios de los capítulos anteriores se ha podido comprobar que cuando abordamos el análisis de la perspectiva cristiana de las diversas tierras fabulosas y fantásticas siempre aparecía en ella un alto grado de recelo e incluso se negaba su existencia real; en esta ocasión sin embargo no ocurre lo mismo. El adalid del rechazo está ahora abierto a reconocer la existencia de estos pueblos con características anómalas; nos estamos refiriendo a Agustín de Hipona quien en los libros decimoquinto a decimoctavo de su *De Civitate Dei* después de recoger con amplitud las noticias sobre estos pueblos transmitidas por la literatura anterior argumenta, basándose en la procedencia del hombre de un sólo ser, Adán, y en la existencia entre los propios súbditos del Imperio de gentes con curiosas anomalías físicas, en favor de la posibilidad de la existencia real de tales seres, si bien no se pronuncia en exclusiva en este sentido. Así encontramos reflexiones como:

> "¿Puede admitirse que de los hijos de Noé, o más bien del primer hombre, del que ellos nacieron, se hayan propagado algunas clases de hombres monstruosos que nos refiere la historia de los pueblos?... En Hipona-Diarrito hay un hombre que tiene las plantas de los pies en forma de luna, con sólo dos dedos en cada pie, y lo mismo en las manos. Si hubiera un pueblo con estas particularidades, pasaría a la historia por lo curioso y chocante. ... No debe parecernos absurdo que, así como hay en algunas razas hombres-monstruos, así pueda haber en todo el género humano pueblos-monstruos. Para concluir con prudencia y cautela: o los monstruos tan raros que se citan de algunos pueblos no existen en absoluto; o si existen, no son hombres, y si son hombres, proceden de Adán"[161];

reflexiones que convertían a estos pueblos en potenciales miembros de la comunidad cristiana[162]. Pero resulta curioso que sea precisamente San Agustín el que acepte la posible existencia de estos seres porque están en "este mundo" y sin embargo rechace la de los Antípodas porque están en el "otro mundo"; el motivo parece claro pues a los primeros es posible evangelizarlos mientras que esto, a causa de la inaccesibilidad de su mundo, era imposible para los segundos.

De hecho estas reflexiones debieron tener éxito y a ello pudieron contribuir casos como por ejemplo el de la presencia en la Antioquía de principios del siglo VI de una mujer de la que se decía que pertenecía a la raza de los gigantes; mujer que debía constituir una atracción ya que había viajado, lucrativamente, a lo largo y ancho del Imperio[163].

Es un hecho admitido que con las exploraciones geográficas que tuvieron lugar desde el siglo XV aquel residuo que pudiera quedar en la mente del hombre para creer en aquellos seres que habían concebido los antiguos griegos y romanos fue diluyéndose con el conocimiento directo de las zonas donde se habían ubicado y con la comprobación de que allí habitaban seres con costumbres distintas, exóticas pero

161 August., *C. D.* 16, 8, 1-2. *Vid.* Kappler (trad. esp. 1986), 240-241.

162 Friedman (1981), 88-90.

163 Mal. 412.7 (ad a. 518). *Vid.* Kappler (trad. esp. 1986), 241 y ss.

con características físicas similares. Esto nos da pie para comentar la idea de que la existencia de estos pueblos pudo ser real, al menos en un cierto sentido. J. B. Friedman al concluir su estudio sobre las llamadas "razas plinianas" afirma que todas ellas pudieron tener una base real, una razón de ser; esto es, las percepciones erróneas de los viajeros pudieron llevar a presentar como totalmente anómalas o fabulosas ciertas características de algunos pueblos, como por ejemplo los *blemmies* de quienes dice que su presentación como hombres con el rostro en el pecho obedecería a que lucharían con escudos con motivos similares a las facciones humanas[164]. Y Benabou se hace eco, junto a esta explicación, de un nuevo argumento: para él los casos más anómalos tienen su razón de ser en una 'tradición imaginaria' difícil de anular[165].

La fauna fantástica

Por último no podemos dejar de mencionar aunque brevemente la otra clase de "monstruos" que según los antiguos podía producir la naturaleza, y es que el género animal tampoco escapaba a sus caprichos. Así, ubicados en lugares de similares características a los poblados por pueblos fantásticos[166], además de los grifos por ejemplo Plinio y Mela volvían a hablar, como ya había hecho Ctesias, de hormigas gigantes[167]. Solino y Plinio hablarán también de la *marticora*, un fabuloso animal con tres filas de dientes, rostro humano y otras características tomadas de diversos animales[168]. Los dos antes mencionados e Isidoro de Sevilla comentan la existencia de perros gigantes capaces de hacer frente a enormes toros[169]. Solino entre otros muchos nos presenta también otro animal fantástico, el llamado *monoceros*, al que califica como *monstruo* de horrible mugido, cuerpo de caballo, patas de elefante y cabeza de ciervo con un cuerno en medio de la frente[170].

Y como era de esperar los autores posteriores sumamente influidos por estos relatos, eminentemente plinianos, también incluirán en sus obras la descripción de animales de características fantásticas, bien los mismos -encontramos alusiones a las hormigas y a los perros gigantes, a los grifos, a los pigmeos-, bien algo novedosos -como tortugas y serpientes gigantes, gallinas con lana en China[171], o los ratones del tamaño de un gato o gatos monstruosos que se encuentra San Barandán en su *navigatio*[172].

---

164 Friedman (1981), 24-25 y 197-198.

165 Bebanou (1975), 150, siguiendo a R. Lenoble (1969²), 163.

166 Por ejemplo Sol. LII, 34, comenzaba su relato sobre la India del siguiente modo "*tiene muchos y maravillosos animales*".

167 Plin., *Nat.* 8, 771 Mela 3, 7, 62; Sol. XXX, 23.

168 Plin., *Nat.* 8, 75; Sol. LII, 37.

169 Plin., *Nat.* 8, 149; Sol. XV, 6; Isid., *Etym.* IX, 2, 65.

170 Sol. LII, 39-40. *Cf.* B. Clausi (1982), 757 y n. 60 con la bibliografía al respecto.

171 Kappler (trad. esp. 1986), 148-152.

172 *Cf.* Hernández (1992), 300.

Al igual que en casos anteriores considerarán que estas características fabulosas del mundo animal tenían su origen esencialmente en percepciones erróneas o sugeridas por el temor a enfrentarse con sorpresas, en las que no parece caer por ejemplo Quinto Curcio cuando en lugar de describir los animales extraños que Alejandro habría encontrado en los ríos de la India comparándolos con parámetros conocidos, concluía escuetamente con un "*otros animales desconocidos a las demás naciones*"[173].

En la misma línea pero necesitado de un análisis independiente no podemos olvidar en este capítulo el estudio de las terribles criaturas y bestias que se describen en el libro del *Apocalipsis*, y que incluimos aquí por haber sido compuesto en dominios del Imperio Romano. Situado en un mundo futuro, que deberá sufrir terribles catástrofes hasta alcanzar la paz y la tranquilidad -punto que nos interesará en nuestro estudio de la Edad de Oro- el *Apocalipsis* menciona langostas semejantes a caballos con caras de hombres, cabellos de mujer y dientes de león[174], caballos con cabeza de león y colas a su vez con cabezas[175], dragones con siete cabezas y diez cuernos[176], panteras con diez cuernos y siete cabezas, boca de león y patas de oso[177]. En definitiva, monstruos situados ahora en un mundo futuro y terrible -como sus características físicas-, en lugar de en uno lejano y contemporáneo, pero que como puede comprobarse en la pequeña enumeración que hemos presentado tienen muchos puntos en común con algunos de los animales fantásticos que la anterior literatura antigua describía.

---

173 Curt. 8, 9.

174 *Apoc.* 9. 7-9. No podemos dejar de pensar aquí en las hormigas gigantes, en la marticora, en el monoceros, etc...

175 *Apoc.* 9. 17 y 19.

176 *Apoc.* 12. 3-4 y 17. 3.

177 *Apoc.* 13. 1-2.

LAS FABULOSAS TIERRAS REALES. LAS '*LAUDATIONES*'

No todas las tierras caracterizadas por algún tipo de particularidad fantástica o fabulosa en la literatura antigua, y en concreto en la latina, están ubicadas expresamente en lugares inaccesibles o en remotos extremos del mundo conocido. En esta literatura nos topamos con unas tierras, regiones, ámbitos etc... absolutamente reales, cercanos e inmediatos al público al que puede ir dirigida la obra en cuestión, caracterizados con tales ribetes fantásticos -sería más adecuado calificarlos de fabulosos- que apenas nada tienen que ver con la particularidad de su realidad. Se trata de lo que se conoce como *Laudationes* de algunos lugares; *laudationes* que están presentes desde luego en la literatura griega -recuérdese los elogios a Egipto, a la India, a Turdetania- y como es norma habitual también en la latina, tanto clásica[178] como tardía, en ésta incluso en mayor número.

Ya en otros capítulos anteriores ha quedado claro que el objetivo de estas *laudationes* era ensalzar un determinado territorio poniendo de manifiesto las virtudes geográficas, agrícolas y humanas que le eran propias pero exagerándolas hasta el extremo de que desde luego la descripción real del lugar nada tenía que ver con el resultado de la presentación literaria del mismo; es decir se trataba de la imposición de un paisaje ideal sobre uno totalmente real, contemporáneo y cercano[179]. De todo ello, como se ha visto y se volverá a comprobar, resultará la exposición de unas tierras cuya riqueza y fertilidad sin igual hace que las incluyamos en este estudio sobre las tierras fabulosas de la Antigüedad; además, como en otras ocasiones anteriores, veremos cómo este tema en particular presenta diversos puntos en común, aunque también divergentes, con tópicos tan directamente relacionados con lo fabuloso como puedan ser el *locus amoenus* o la *Edad de Oro*.

En un reciente artículo a propósito de la concepción de la geografía de Egipto en la obra de Diodoro Sículo se comentaba que desde la obra de Menandro, *Sobre los fines epidícticos,* habían quedado establecidos una serie de "esquemas tópicos para la descripción de un país", entre los que se señalaba la asombrosa fertilidad natural de la tierra, unas extraordinarias defensas naturales, un clima absolutamente atem-

178 Piénsese por ejemplo en el elogio de la India que encontramos en Pomponio Mela 3, 7, 61-62, que procede con toda seguridad de Arr., *Ind.* XVI (GGM I, 327).

179 Schönbeck (1962), 155-166, a propósito también del *locus amoenus*.

perado, etc...[180], es decir unas características que ya nos son muy familiares puesto que aparecen prácticamente en todos los capítulos de este trabajo, y a las que habría que añadir la ausencia de animales dañinos, elemento tomado de la concepción del mito de la Edad de Oro y, algo muy importante, la participación del hombre en esa tierra fabulosa[181]. Pero pasemos ahora a analizar, tomando como punto de partida estos elementos, los textos latinos en los que encontramos este tipo de alabanzas.

Italia, Britania e Hispania

Posiblemente sea la *laudatio* que Virgilio dedica en su *Segunda Georgica* a Italia[182] el punto de partida latino del cual los autores posteriores tomaron sus elementos[183]; en ella encontramos todos aquellos tópicos, que hemos enumerado con anterioridad, capaces de hacer grata la vida del hombre, capaces de convertir el lugar en algo parecido a un *locus amoenus*[184]: la primavera eterna, las dos cosechas anuales, la excelente irrigación del terreno, la defensa natural, la riqueza metalífera, la fortaleza de sus pobladores; además, en la grandeza de esta Italia alabada aparecen como determinantes las obras hechas por el hombre, como son las ciudades, plazas fuertes, obras públicas...[185]. Esta descripción tan fabulosa de la Italia de finales del siglo I a. C. escrita por Virgilio reune la mayoría de los elementos propios de la Edad de Oro, que tan profusamente desarrollará este poeta, incluso localizándola en la propia Península Itálica[186]:

> "... Aquí reina una primavera eterna y el verano existe en los meses a él ajenos; dos veces al año hay crías nuevas y dos veces los árboles dan fruto. Y sin embargo, están ausentes los furiosos tigres y la raza cruel de los leones y el acónito no engaña a los desgraciados que lo cogen; ni la escamosa sierpe arrastra sobre el suelo sus inmensas rocas, ni se contrae en espiral en tan prolongado espacio. Añade tantas ilustres ciudades y las obras públicas conseguidas con gran trabajo, tantas plazas fuertes construidas por mano de hombre sobre abruptas rocas y los

[180] Lens Tuero y Campos Daroca (1993), 141-142, siguiendo el artículo de Pernot (1981), 101-109.

[181] Thomas (1982), 41.

[182] Que debe comparse con Verg., *G.* 2, 3, 349-383 y 4, 125-146, con *laudationes* a Escitia y Tarento respectivamente, si bien en el primer caso se alude al clima extremo (*cf.* Thomas (1982), 37-39 y 79).

[183] Alabanzas a Italia, si bien bastante más moderadas aunque siempre presentada como un tierra agradable las encontramos por ejemplo en Vitr. 1, 6, 11; Var., *R.* 1, 2, 3-6; Plin., *Nat.* 37, 201-202; Quint. 3, 7, 26; Rut. Nam. II, 17-40. *Cf.* Canter (1938), 457-466; Thomas (1982), 39.

[184] Bauzá (1993), 116, a propósito de este texto de Virgilio.

[185] *Cf.* Putnam (1975), 171-199, para quien esta *laudatio* virgiliana a Italia presenta también puntos negativos, como puede ser la alusión velada a conflictos. Compárese por otra parte este elogio de Italia con el que aparece en *Expos. Tot. Mund. et Gent.* LV-LVI, donde habla de su abundancia, de sus grandes ciudades y de que está gobernada por la Providencia (*cf.* Molé (1982), 731-736).

[186] *Vid.* al respecto de esta utilización dual de Virgilio, Otis (1963), 164; Thomas (1982), 40-41 y Pavan (1984), 416.

ríos que corren al pie de antiguas murallas. ¿Sería preciso recordar el mar que baña nuestro país al norte y al que lo baña al sur? ¿O acaso los grandes lagos? ¿O a tí, Lurius, el mayor de todos, y a ti, Bénaco, que te levantas con olas y bramido como un mar? ¿Recordaría yo los puertos, el dique añadido al lago Lucrino y el mar enojado con formidable estruendo allí donde la onda Julia, rechazado el mar, resuena a lo lejos y donde el oleaje del Tirreno penetra hasta las aguas del Averno?

Esta misma tierra nos mostró en sus venas arroyos de plata y minas de cobre y de ella fluyó abundante el oro. Ella fue la que ha sacado a la luz una raza robusta de hombres, los marsos y la juventud sabélica, y el lígur, acostumbrado a la fatiga, y los volcos, armados de dardo corto..."[187].

Pero a pesar de ser esta *laudatio* la primera cronológicamente hablando nos parece mucho más significativa la alabanza a Britania que encontramos en el anónimo *Panegírico de Constantino*, ya que su caracterización como tierra fabulosa es absoluta:

"¡Oh Bretaña, afortunada y más dichosa ahora que todas las demás tierras, tú que fuiste la primera que vio a Constantino elevado al rango de César! Con razón la naturaleza te ha dotado de todas las ventajas de clima y de suelo: tú no conoces ni los excesivos rigores del invierno, ni los ardores demasiado vivos del verano; tus tierras son tan fecundas que te aseguran los dobles presentes de Ceres y de Liber; no hay en tus bosques animales monstruosos, ni serpientes peligrosas en tu suelo, antes una innumerable multitud de rebaños mansos, con sus mamas hinchadas de leche y con espesos vellones. Y lo que ciertamente hace amar la vida, tus días son muy largos y ninguna de tus noches deja de tener algo de luz[188], pues la llanura que se extiende al extremo de tus costas no proyecta sombra alguna y la vista del cielo y de las estrellas va más allá de los límites de la noche: el mismo sol, que a nosotros nos parece acostarse o ponerse, parece allí estar a ras del horizonte... Las regiones que están en la vecindad de los cielos son, sin duda, más sagradas que las regiones situadas en medio de las tierras, y está más al alcance de los dioses enviar un emperador de una comarca en que la tierra acaba"[189].

Unas connotaciones fabulosas que además vamos a ver surgir de nuevo y si cabe con más fuerza primero en las alabanzas a Hispania del *Panegírico de Teodosio*, donde de nuevo se incluye entre los elementos que hacen grande a Hispania no sólo sus características físicas convenientemente presentadas para alcanzar el objetivo laudatorio perseguido sino también las "numerosas ciudades"[190] y posteriormente en *De Laude Spaniae* de Isidoro de Sevilla, que vamos a reproducir por ser un texto totalmente clarificador:

---

[187] Verg., *G.* 2, 140-169.

[188] *Cf.* Tac., *Ag.* 12 (trad. J. M. Requejo, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1988).

[189] *Paneg. de Constantino* IX, 1-5 (trad. F. de P. Samaranch, ed. Aguilar, Madrid 1969), fechado en el 310 d. C.; en la misma línea el *Paneg. de Constancio* XI, 1-2.

[190] *Paneg. de Teod.* IV, 2-4; compárese con el retrato mucho más moderado y racional, aunque no exento de idealización, que Pomponio Mela 2, 6, 68, hace de la misma Hispania.

"Tu eres, oh España, sagrada y madre siempre feliz de príncipes y de pueblos, la más hermosa de todas las tierras que se extienden desde el Occidente hasta la India. Tú, por derecho, eres ahora la reina de todas las provincias, de quien reciben prestadas sus luces no sólo el ocaso, sino también el Oriente. Tú eres el honor y el ornamento del orbe, y la más ilustre porción de tierra, en la cual grandemente se goza y espléndidamente florece la gloriosa fecundidad de la nación goda. Con justicia te enriqueció y fue contigo más indulgente la Naturaleza con la abundancia de todas las cosas creadas, tú eres rica en frutos, en uvas copiosa, en cosechas alegre; te vistes de mieses, te sombreas de olivos, te coronas de vides. Tú eres olorosa en tus campos, frondosa en tus montes, abundosa en peces en tus costas. Tú te hallas situada en la región más grata del mundo, ni te abrasas en el ardor tropical del sol, ni te entumencen rigores glaciales, sino que, ceñida por templada zona de cielo, te nutres de felices y blandos céfiros. Tú, por tanto, engendras todo lo que de fecundo producen los campos, todo lo que de valioso las minas, todo lo que de útil y hermoso los seres vivientes. Ni has de ser tenida en menos por aquellos ríos a los que la esclarecida fama de sus rebaños ennoblece. Ante ti cederá el Alfeo en caballos y el Clitumno en vacadas, aunque el sagrado Alfeo ejercite todavía por los espacios de Pisa a las veloces cuádrigas, para alcanzar las palmas olímpicas, y el Clitumno inmolara antiguamente muchos novillos en los sacrificios del Capitolio. Tú, fertilísima en pastos, ni ambicionas los prados de Etruria, ni te admiras, pletórica en palmas, de las arboledas de Molorco, ni envidias en las carreras de tus caballos a los carros de Élide. Tú eres feracísima por tus caudalosos ríos, tú amarilleas en torrentes que arrastran pepitas de oro, tú tienes la fuente engendradora de buenos caballos, tú posees los vellones teñidos con púrpura indígena que centellean a la par de los colores de Tiro. En ti se encuentra la preciosa piedra fulgurante en el sombrío interior de los montes, que se enciende con resplandor parecido al del cercano sol. Eres, además, rica en hijos, en piedras preciosas y púrpura y, al mismo tiempo, fertilísima en talentos y regidores de imperios, y así eres opulenta para realzar príncipes, como dichosa en parirlos..."[191].

La combinación entre lo ideal y lo real: La motivación política

El elemento que desde un primer momento llama poderosamente la atención de todos los textos que hemos utilizado y que diferencia este capítulo del resto de los que analizaremos -especialmente el de la Edad de Oro- es que se trata, como ya hemos dicho, de alabanzas en tiempo presente a tierras reales y absolutamente cercanas, puesto que encontramos impresionantes elogios a la isla de Britania, a Hispania, a Italia, a Judea[192]; es decir tierras totalmente integradas en el ambiente cultural de la latinidad clásica y tardía. En consecuencia los autores son de antemano

[191] Trad. de C. Rodríguez Alonso, *Las Historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla. Estudio, Edición crítica y traducción*, León 1975.

[192] Este último caso en Isid., *Etym.* XIV, 3, 21, en una evidente trasposición del Paraíso a Jerusalem, tal como ya se encuentra en Ezek. XXVIII, 12-15; *vid.* Ferguson (1975), 147.

conocedores de que el público es a su vez consciente de que se hallan ante un relato totalmente fantaseado o fabulado de la realidad; los autores saben perfectamente que no pueden recurrir a indicar que han tomado la información de viajeros que han contemplado esa tierra maravillosa, de ahí que por ejemplo no encontremos mención alguna al cuidado innecesario del campo y las cosechas, elemento que como es sabido está presente en cualquier descripción de una tierra con características tan impresionantes que la convierten en fabulosa. Y sin embargo, como hemos visto, no es uno sólo el caso de *laudatio* el que encontramos en la literatura latina.

No obstante en varios de ellos, a pesar de su evidente e inmediata realidad geográfica, se encuentra presente una característica que los aproxima a esas tierras fabulosas que hemos visto concebidas más o menos en pleno aislamiento o lejanía. Así por ejemplo según el autor anónimo del *Panegírico de Constantino* Britania -además de su insularidad, que como hemos visto en repetidas ocasiones es una constante a la hora de querer presentar una tierra fabulosa- disfruta de esas condiciones privilegiadas porque está ubicada en una comarca "*en la que se acaba la tierra*" y en la que, por esa razón, el contacto con los dioses parece posible[193]; del mismo modo la Hispania del *Panegírico de Teodosio* es calificada como "*un mundo distinto*" porque permanece "encerrada", esto es aislada, gracias a sus peculiares características geográficas. La razón también resulta evidente para nosotros: era preciso que existiera alguna diferencia en relación con las tierras circundantes para que fuera alabada como región privilegiada.

También existe un denominador común en estas alabanzas ya que todas ellas tienen una razón de ser, generalmente de tipo político: siempre aparecen relacionadas con alguién, de modo individual o colectivo, que, salido de esas tierras a las que se alaba, ha salvado un Imperio o pueblo, o con alguien destinado a hacerlo; y es que un salvador no puede proceder más que de un lugar donde la vida sea absolutamente placentera y tranquila, ya que precisamente lo que busca el salvador es lograr la paz y la prosperidad para el pueblo al que ha de conducir. Al tiempo, y como es comprensible, también se trata de un recurso literario para agradecer a esa tierra el hecho de que haya engendrado a este "héroe".

Este es precisamente el otro elemento que une pero al tiempo aleja a estas tierras presentadas como fabulosas del resto de las que sí son absolutamente caracterizadas como tales. Las une, además de los elementos de tipo geográfico-natural que hemos visto, el hecho de que por ejemplo tanto en la *Tierra de Saturno* como en ésta debe nacer o surgir un hombre que convierta la tierra en un lugar placentero[194]; pero aun-

---

193 Téngase para esto en cuenta que ya Flor. 1, 45, 16, hablaba de Britania como "Otro Mundo"; *cf.* Paulian (1982), 63. Además la unión de lo humano y lo divino es una constante en estos vergeles (Gaster (1973); Bauzá (1993), 199); recuérdese también el caso de la antigua utopía etiópica en su directa y cercana relación con la divinidad (*vid. supra*).

194 Hecho que aparece claramente en Virgilio, tanto en su segunda *Georgica* como en *A.* 6, 790-798 (*cf. infra*).

que Virgilio, los autores de los Panegíricos o Isidoro de Sevilla nos han presentado una imagen absolutamente idealizada de diversos ámbitos geográficos inmediatos, en todos ellos es claramente comprensible que se trata de un recurso para exaltar la figura del o de los que se ven como salvadores, léase Octavio Augusto, Constantino, Teodosio o el pueblo godo[195].

En otro orden de cosas, pero relacionado con el contexto político, no queremos dejar de señalar que las mismas tierras alabadas permiten comprender la apertura del mundo romano, pues se pasa del eminentemente itálico al mediterráneo-europeo. El poder de Roma como dominadora de un imperio procedía de Italia, y Virgilio cantó la excelencia de esta tierra; con el tiempo los emperadores surgieron en las provincias, de ahí que encontremos alabanzas a Britania o Hispania. Todo ello refleja perfectamente la supremacía conseguida por el poder provincial que, como es conocido, permitió, en cierta forma, la continuidad del Imperio.

Pero en definitiva y a pesar de la oscilación entre lo imaginario y lo real que hallamos en los citados textos, parece evidente que todas estas tierras, tal como aparecen caracterizadas, suponen la realización del sueño de cualquier hombre pues son la viva imagen de la paz, la tranquilidad, la armonía y la prosperidad. Desde este punto de vista son obviamente "tierras fabulosas", pero la inmediata cercanía de estas tierras al pueblo lleva a que estos retratos sean vistos como una fabulación de los poetas, como un recurso poético con finalidades eminentemente políticas.

195 Bauza (1993), 116-117.

EL RECUERDO DEL PARAISO CRISTIANO

Entramos ahora en el estudio del tema que representa para el mundo cristiano el lugar fabuloso por excelencia: el *Paraíso*; un tema siempre presente en la literatura cristiana, tanto griega como latina, que entronca con la tradición bíblica, pero también con el mito pagano de la *Edad de Oro*, en tanto que se trata de un mito que vive en el pasado pero del que muchos esperan disfrutar en el futuro[196], y desde luego con el de los *Campos Elísios* y con el de las *Islas de los Bienaventurados*, ya que se trata de la interpretación cristiana de estos[197]. Al fin y al cabo en todos ellos se sitúa al hombre en contacto armónico con la naturaleza[198].

La descripción del *Paraíso* o *Jardín del Edén* en el *Libro del Génesis*[199], ubicándolo "al oriente", en las "tierras más allá del Océano", y adornado con toda clase de riquezas naturales es recogida, como es obvio, por todos los apologetas y exegetas cristianos pero también por otros autores cristianos algo menos comprometidos con los comentarios bíblicos.

La tipología del Paraíso

Puesto que nuestra intención aquí es presentar aquellas tierras fantásticas o fabulosas en las que creyeron los hombres de la Antigüedad, es preciso reflexionar sobre si podemos comprender en la presentación que se hace del Paraíso cristiano la llamada "tipología del Paraíso", es decir si los elementos o tópicos que conferían ese carácter se encuentran en la configuración literaria de este "Edén"[200]. La respuesta como es evidente debe contestarse en un sentido positivo, tal como se deduce de varios textos, como es el caso del de Lactancio[201]:

---

196 Bouet (1986), 76; Ferguson (1975), 147; Bauzá (1993), 24.

197 Así, *Dracon.* III, 753-754; *cf.* Martínez (1992), 16.

198 Cristóbal (1992), 140.

199 *Gen.* II, 7-15.

200 Martínez (1992), 68.

201 Que por cierto también retomará el tema de la Edad de Oro (*cf. infra*).

> "...vergel fecundo y agradable; este vergel, colocado en el oriente, lo llenó de todo tipo de arbustos y de árboles, para que el hombre se alimentara con los variados frutos de ellos y, libre de todo trabajo..."[202].

Vuelven de nuevo a surgir los tópicos de carácter natural que se han venido considerando como elementos determinantes de una tierra fabulosa: fecundidad, tranquilidad, cuidado de los campos innecesario[203], a lo que habría que añadir la "templanza constante", el *ver adsiduum*, que incluye, entre otros, Isidoro de Sevilla en su descripción: "*... no existe allí ni frío ni calor, sino una templanza constante*"[204].

En la misma línea, pero menos conocida, es la impresionante descripción del Paraíso que hace Ecdicio Avito (c. 450-525 d. C.) del Paraíso en el libro I de su poema bíblico, y que recoge todos los elementos que acabamos de citar. Consideramos oportuno reproducir unos fragmentos del mismo:

> "Más allá de la India, donde el mundo comienza, donde se dice que las extremidades del cielo y de la tierra se encuentran, existe un jardín inaccesible rodeado por horizontes sin límites... Allí el invierno no acude en la regular sucesión de las estaciones, ni el calor del verano sigue al frío del invierno..., un clima templado mantiene una primavera eterna. El viento del sur nunca sopla; en el claro cielo las nubes nunca aparecen puesto que se disipan en la eterna calma. La tierra no necesita lluvia y ésta nunca cae, porque las plantas se mantienen con su propio rocío, que es muy abundante. La hierba verde está presente en todas partes y la cálida tierra aparece con una belleza encantadora. En las colinas los arbustos y árboles están siempre en flor..., los frutos, que entre nosotros necesitan todo un año para crecer, allí lo hacen cada mes. El sol no estropea la delicada blancura de los lirios, ni ninguna mano toca las violetas... Y puesto que no se conoce ni el duro invierno ni el calor del verano, la primavera con sus flores y el otoño con sus frutos están presentes todo el año... En este Paraíso los árboles desprenden una aromática fragancia... Las orillas de sus ríos están repletas de preciosas esmeraldas, y todas las gemas, que desea toda la vanidad del mundo, son allí consideradas como guijarros de piedra. Jardines de flores producen gran variedades de colores, y adornan las extensas llanuras con la diadema real de la propia naturaleza..."[205].

---

202 Lact., *Inst. Div.* II, 12, 15 (trad. E. Sánchez Salor, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1990), a completar con Ieron., *Epist.* 116, 31 e Isid., *Etym.* XIV, 3, 2-3 (*cf.* Ringbom (1958), 290 y ss.). También Prud., *Cathem.* III, 95-110, y Dracon. I, 196-206, aunque con una gran influencia de los *loci amoeni* reseñados por Virgilio en la Eneida; *vid.* para ello Courcelle (1955), 33-34.

203 Existe una diferencia entre este texto y *Gen.* II, 15, ya que en este último se hablaba expresamente de que Dios puso al hombre en el Jardín del Edén "*para que lo labrase y cuidase*"; posiblemente esta diferencia se debería a la influencia de los mitos paganos del Paraíso, en el que expresamente se indica lo innecesario del cultivo y cuidado de la tierra. Ahora bien, por ejemplo San Agustín incluye como precepto en su regla monástica el trabajo manual, dado que Adán y Eva debían trabajar en el Edén (August., *De Opere Mon.* XXIX, 37; *cf.* Brown (1969), 142-143).

204 Isid., *Etym.* XIV, 3, 2.

205 Ecdicio Avito, *Poem* I, 211-258; *cf.* Kuhnmuench (1929), 347-354.

Por lo tanto era un lugar totalmente agradable para la vida del hombre. De hecho un autor cristiano, también del siglo V, el obispo pelagiano Julián de Eclanum[206], resaltaba el primitivismo de la relación entre el hombre y la naturaleza existente en el Paraíso: traza, a partir de la idea del Paraíso, un retrato idealizado de la vida campesina, inspirándose directamente en la obra pastoril de Virgilio; de hecho para él "*Adán es un pacífico campesino en un placentero jardín*", que tiene a la divinidad como *amable dueño*[207].

Su indeterminación geográfica

Al mismo tiempo el Paraíso recreado por los autores cristianos del Imperio Romano presenta también otras varias características que permiten incluirlo con mayor razón entre las tierras fantásticas o fabulosas: la constante de su ubicación, como otras tierras fabulosas, en ese Oriente lejano, fecundo y semi-mítico; su inaccesibilidad, puesto que no sólo está ubicado indeterminadamente en tierras orientales más allá del Océano -cuyas aguas son imposibles de franquear[208]-, sino que a causa del "pecado de Adán y Eva" el lugar se encuentra custodiado por llamas y ángeles que impiden al hombre acercarse, tanto en espíritu como en carne; su indeterminación geográfica, que le asemeja con el tema de las *Islas de los Bienaventurados*.

Esta indeterminación geográfica era uno de los elementos que utilizábamos cuando estudiamos la presentación que Isidoro de Sevilla hacía de las Islas Afortunadas[209]. Los elementos en común entre éstas y el Paraíso eran notables; por ese mismo motivo Isidoro se vio obligado a indicar que no se trataba del mismo lugar y en consecuencia a precisar más la ubicación de las Afortunadas, al tiempo que localizaba difusamente el Paraíso en tierras orientales, pero eso sí, descrito, a partir de testimonios bíblicos, con todo lujo de detalles.

Pero al igual que hemos visto en otras ocasiones, también en este caso debieron plantearse dudas acerca de la existencia real del Paraíso. Muchos estudiosos de la Biblia llegaron a considerar que después de la salida del Paraíso, las menciones acerca del futuro retorno del hombre al mismo debían interpretarse en un sentido espiritual o alegórico, y no en un sentido real[210]. Pero por contra encontramos en San Agustín una verdadera apología de la existencia del Paraíso como lugar real[211], postura que de nuevo choca con la que ya hemos visto en otras ocasiones en el parecer del obispo de Hipona; recordemos que negaba la existencia de los Antípodas

---

206 *Vid.* Genn., *De Vir. Ills.* 45 (*PL* LVIII, 1084).
207 *Op. Imp.* VI, 12-20; *cf.* Brown (1969), 382.
208 Cosm. Indicopl. *Topograph. Christ.* II, 43.
209 *Vid. supra.*
210 *Comentario de la BAC a De Civ. Dei* p. 966-967, n. 17.
211 August., *C. D.* 13, 21.

porque nadie había llegado hasta ellos y por lo tanto no había podido enseñarles la "fe verdadera", por la misma razón creía posible la existencia de seres anómalos porque estaban "en este mundo" y eran futuros seguidores de Cristo. Ahora aunque se afirme la imposibilidad de acceder a esa tierra fabulosa que se llama Paraíso, para San Agustín no se puede dudar de su existencia real porque ha sido Dios el creador. La misma postura podemos encontrar en otros autores, como por ejemplo en Cosmas Indicopleustes, quien como vimos rechazaba la existencia de los Antípodas, y sin embargo admite sin lugar a dudas la existencia real de una ahora inaccesible "tierra más allá del Océano", donde, según él, vivieron diez generaciones de hombres después de la expulsión del Paraíso, que tambien ubica en la parte oriental de esta misma tierra[212].

La localización del Paraíso en tierras orientales no es la única que se conoce en la literatura cristiana, ya que en un texto muy tardío como es la *Navigatio de San Barandán*, del siglo IX, encontramos cómo el monje irlandés que protagoniza el relato parte hacia Occidente, hacia el interior del Océano, para encontrar el Paraíso, la tierra prometida[213], que es presentado con idénticas particularidades que cuando era localizado en tierras orientales. Pero además es igualmente de difícil acceso ya que el monje debe bajar a la profundidad de las tinieblas para alcanzar el objetivo[214], que es esa

> "tierra inmensa y recubierta de árboles cargados de frutas como en otoño" y "de toda suerte de piedras preciosas"[215].

Es decir es el país de la luz sin fin, de la abundancia, de la fraternidad[216]; en definitiva una tierra absolutamente fabulosa, como la mayoría de las que hemos visto hasta el momento.

---

212 Cosm. Indicop., *Topograph. Christ.* II, 24 *passim*. *Cf.* Wolska (1962), 259. *Vid.* también *Exp. Tot. Mund. et Gent.* IV e *infra*.

213 Recuérdese que precisamente lo que podríamos llamar "Paraíso pagano", esto es las *Islas de los Bienaventurados* o los *Campos Elísios* se situaban para el mundo greco-romano en el Occidente (*cf.* para la distinta ubicación de todos ellos Martínez (1992), 90).

214 Curiosamente Serv., *A.* 5, 735, comentaba que según los poetas los *Campos Elísios* se encontraban en un lugar subterráneo lleno de felicidad (*cf.* Martínez (1992), 39).

215 *Navigatio*. Episodio 10. Compárese con la descripción del Paraíso que se encuentra en Benedicto, *El viaje de San Brandan*, vv. 1729-1784, presentado con mayor lujo de detalles, donde la exageración de las condiciones excepcionales del lugar es la nota predominante.

216 Bouet (1986), 76.

EL MITO DE LA EDAD DE ORO

Si existe una tierra fabulosa por excelencia para el hombre romano sin duda es la que caracteriza la Edad de Oro pues parece hecha a propósito para dar bienestar al hombre[217]; una tierra donde está presente una eterna primavera, donde la fecundidad de los campos es espontánea y los frutos abundantes, donde los ríos llevan leche y vino, donde la miel mana de los árboles, donde no hay animales dañinos; una tierra situada a su vez en una época en la que está ausente cualquier tipo de gobierno, de guerra y de sufrimiento, donde reina la armonía entre los hombres, entre estos y la naturaleza y a su vez con los dioses[218], en definitiva una tierra alegre y tranquila, un lugar absolutamente idílico y en consecuencia fabuloso.

Ahora bien a pesar de que el mito de la Edad de Oro alcanza su máxima expresión y desarrollo literario, con innovaciones sobre el tema tan interesantes y determinantes que permiten un análisis individual, e incluso un desarrollo social en un mundo dominado políticamente por Roma, concretamente durante las últimas décadas de la República y los primeros momentos del Principado de Octavio Augusto, su nacimiento como tópico de lugar o época fabulosa se remonta muy atrás en el tiempo. La interpretación romana de la Edad de Oro procede, a través de poetas como Ennio quien lo utiliza profusamente[219], del mito griego de las *Edades del Hombre* que encontramos desarrollado por primera vez en Hesíodo[220]; pero a su vez éste parece tener su origen en Oriente, ya que los mismos elementos que le dan carácter están presentes no sólo en la mitología irania sino también en el Antiguo Testamento bíblico[221], especialmente en el libro de Isaías[222].

Junto a esto, si tenemos presentes los elementos que caracterizan a la tierra de la Edad de Oro no dejaremos de comprobar de inmediato que se trata de los mismos tópicos que han determinado la mayoría de los mundos y tierras fantásticas que se han tratado en capítulos anteriores; no en vano todos ellos preconizan un contacto

217 Poinsotte (1979), 474.

218 Brisson (1992), 41.

219 Ennio, en su traducción de los escritos de Evémero, que exponía la historia y genealogía de los héroes y dioses; *vid.* Pavan (1984), 413.

220 Hes., *Op.* vv. 106-116. *Vid.* para el "Mito de las Edades" en Hesíodo, West (1978), 106 *passim.*

221 Martínez (1992), 58; Bauzá (1993), 25.

222 Is. XI, 1 y LI, 3.

armonioso entre la naturaleza y el hombre, pero en la que éste es el rey[223]. Los Campos Elísios, las Islas de los Bienaventurados, las Afortunadas, el Paraíso cristiano y como veremos también los *Loci Amoeni* que trataremos a continuación son todos ellos casos que participan de las características de la tierra que acompaña a la Edad de Oro[224]. La diferencia inmediata entre ellos podrá residir en los condicionamientos temporales o geográficos que se otorgan a cada unos de los temas anteriores.

Su desarrollo en la literatura latina

Como ya hemos dicho el tema que nos ocupa ahora es propio de la literatura de época griega, desde Hesíodo, y posteriormente helenística; tema que es asumido por el conjunto de la sociedad[225], y que está presente, aunque con unas connotaciones altamente particulares, en la literatura latina; por ello, puesto que lo que nos interesa en este capítulo es conocer la perspectiva romana, vamos a resumir brevemente las principales características comunes de la Edad de Oro para inmediatamente centrarnos en los motivos del acusado desarrollo que conoció este mito entre los literatos latinos del cambio de era, que serán básicamente Catulo[226], Horacio, Virgilio, Ovidio y, aunque sólo en cierta medida, Lucrecio[227].

La Edad de Oro, en la que habría reinado Cronos, era para Hesíodo, el creador del mito en sí, la primera y más idílica de las cinco *Edades del Hombre*, fases anteriores de la historia de la humanidad[228]. Sería en este momento una "tierra de otro mundo" pero en el sentido temporal y no geográfico, ya que se localizaba en un

---

223 Cristóbal (1992), 140.

224 Thomas (1982), 21-23; Martínez (1992), 33 y 63; Bauzá (1993), 24.

225 Pavan (1984), 412-413.

226 Aunque no se encuentra en la poesía de Catulo ninguna alusión a la Edad de Oro o a los *Saecula Sacra*, autores como Brisson (1988), 917 y sobre todo en Id., (1992), 9 y 25-36, ven en su *Carmen* LXIV, 38-42, que relata la unión entre la diosa Tetis y el mortal Peleo, la primera manifestación literaria latina de la Edad de Oro, que vendría motivada por el amor desgraciado del poeta. Sin embargo encontramos ciertos elementos en los vv. 38-41 que limitan un tanto esta percepción, ya que queda perfectamente reflejado que es preciso el cuidado de campos y animales para el sostenimiento humano (se abandona esta labor para celebrar la citada unión), elementos que como vemos no son precisos en el mundo de la Edad de Oro.

227 Su concepción es un tanto particular, bastante alejada de lo que nos proponemos tratar aquí, por lo que únicamente diremos que para Lucrecio, concretamente en 5, 1384-1411, la *Edad de Oro*, que no define del mismo modo que el resto -de hecho en 5, 1294 y ss. critica esa definición-, es la época primitiva de la historia de la Humanidad, por lo que en consecuencia aquella es irreversible; una concepción acorde con su creencia en la linealidad de la historia. *Vid.* para ello Grimal (1969), 368-370 y Brisson (1992), 17-23.

En otro orden de cosas se pueden encontrar recogidas todas las referencias latinas a la Edad de Oro en Bauzá (1993), 38.

228 Sin embargo es preciso tener en cuenta que hay diversas propuestas sobre el número de "edades" en la Antigüedad; *vid.* para ello Gatz (1967), 35-36 y 58-59, entre otras.

pasado remoto y se caracterizaba por la armonía, la justicia, la fecundidad y la tranquilidad, una tierra de recolección que nunca necesitaba ser cultivada[229]. Una tierra añorada que es vista con pena y tristeza desde la perspectiva de la desagradable realidad[230].

Precisamente será la situación político-social de Roma en la segunda mitad del siglo I a. C. uno de los motivos, junto con la añoranza del hombre de ciudad que era el romano por la naturaleza[231], por los que el mito de la Edad de Oro va a tener una fortuna inusitada y en consecuencia un desarrollo excepcional en la literatura latina[232]. La sociedad romana, como queda perfectamente reflejado en la literatura de la época, vivía en aquellos momentos en perpetua desazón y desconcierto; a dos guerras civiles seguirá la instauración de un sistema político en definitiva novedoso, el Principado, cuyas consecuencias eran aún absolutamente desconocidas. No es pues de extrañar que se intentara huir de la realidad[233] buscando en el pasado lugares felices y dichosos donde refugiarse y olvidar las penas o transportando a ámbitos lejanos y remotos, o llevando al futuro la concepción de un lugar similar donde ni los problemas de la realidad circundante, ni ninguna otra clase de problemas tendrán cabida. En definitiva creando en la imaginación otro mundo fabuloso[234].

Las características sociales y naturales tradicionales de la Edad de Oro están presentes en la concepción romana de la misma, pero, como se deduce de lo anterior, existe una novedad al respecto; y es que cada posicionamiento personal, incluso en el terreno socio-político, va a equivaler a una concepción distinta de ese mundo fabuloso que se traduce en la Edad de Oro. Antes hemos referido que eran básicamente cuatro los poetas responsables de que Roma retomara este mito; pues bien, cada uno de ellos tienen posicionamientos distintos al respecto[235], e incluso uno de ellos, Virgilio, presenta diversas concepciones temporales sobre la viabilidad de la Edad de Oro en función de su cambiante opinión sobre el momento político que estaba viviendo Roma.

Siendo para todos los poetas una tierra que puede calificarse perfectamente de deliciosa y fabulosa, lo cierto es que encontramos sensibles diferencias tanto en su concepción temporal como geográfica. Para Horacio, buscando un lugar para escapar de la realidad -que no es más que la consecuencia de la guerra civil entre César y Pompeyo-, la tierra de la Edad de Oro no se encuentra en el pasado ni en el futuro, aunque sí existen ciertos elementos en su obra que pueden relacionarse con este últi-

---

229 Hes., *Op.* vv. 112-119. *Cf. infra* a propósito de Virgilio sobre una innovación en esta ausencia de *labor*.

230 Guittard (1980), 176. Un resumen del mito griego en Pavan (1984), 412-413; Martínez (1992), 58 y ss. y Bauzá (1993), 21-25.

231 Brisson (1982), 8, pero *vid.* también *infra* en relación al *locus amoenus*.

232 Guittard (1980), 178; Thomas (1982), 24-25.

233 Gabba (1981), 59; Thomas (1982), 133.

234 Brisson (1992), 7-9.

235 Brisson (1992), 9 y 188-189.

mo[236]. Así en *Epod.* 16, 41 y ss. vemos cómo la escapatoria de esa realidad es huir hacia ese mundo brillante de la Edad de Oro; pero esta evasión consiste en una huida mental[237], aunque es al tiempo geográfica pues sitúa la tierra *aurea* deseada en las Islas de los Bienaventurados, en las *Divites Insulae*, cuyas connotaciones fabulosas e idílicas ya se han comentado ampliamente en capítulos anteriores[238].

La concepción de la tierra idílica de la Edad de Oro en la poética ovidiana es tal vez la más acorde con la tradición hesiódica de este mito:

> "La edad de oro fue creada en primer lugar, edad que sin autoridad y sin ley, por propia iniciativa, cultivaba la lealtad y el bien. No existían el castigo ni el temor, no se fijaban, grabadas en bronce, palabras amenazadoras, ni las muchedumbres suplicantes escrutaban temblando el rostro de sus jueces, sino que sin autoridades vivían seguros. Ningún pino, cortado para visitar un mundo extranjero, había descendido aún de sus montañas a las límpidas aguas, y no conocían los mortales otras playas que las suyas. Todavía no estaban las ciudades ceñidas por fosos escarpados; no había trompetas rectas ni trompas curvas de bronce, ni cascos, ni espadas; sin necesidad de soldados los pueblos pasaban la vida tranquilos y en medio de la calma. También la misma tierra, a quien nada se exigía, sin que la tocase el azadón ni la despedazase reja alguna, por sí misma le daba todo; y los hombres, contentos con alimentos producidos sin que nadie los exigiera, cogían los frutos del madroño, las fresas de las montañas, las cerezas del cornejo, las moras que se apiñan en duros zarzales, y las bellotas que habían caído del copudo árbol de Júpiter. Había una primavera eterna y apacibles céfiros de tibia brisa acariciaban a flores nacidas sin simiente. Pero además la tierra, sin labrar, producía cereales, y el campo, sin que se le hubiera dejado en barbecho, emblanquecía de espigas cuajadas de grano. Corrían también ríos de néctar, y rubias mieles goteaban en la encina verdeante"[239].

Con la presencia de las mismas características, vemos aquí, y en otros textos, que para Ovidio esta tierra y estos tiempos idílicos son ya irrecuperables[240], pero los motivos que llevaron a este autor a retomar el mito de la Edad de Oro, que él ve con pena y añoranza, son los mismos que hemos visto en Horacio y que veremos en otros autores: contemplaba la escena política y social romana presente y futura de un modo tan absolutamente pesimista, que el único consuelo, si es que se puede calificar así, que le resta a Ovidio es recordar que la humanidad vivió otros tiempos muchísimo más felices. Pero la desesperanza en Ovidio alcanza desde luego límites

[236] Fraenkel (1966), 52 y ss.; Brisson (1992), 66-67.

[237] Manson (1978), 56.

[238] *Vid. supra*, pero también Manson (1978), 56; Amiotti (1988), 175-176; Brisson (1992), 67-70; Bauzá (1993), 52 y 114-116.

[239] Ov., *Met.* 1, 89-112 (trad. A. Ruiz de Elvira, CSIC, Madrid 1983 (1988)); *cf.* Bauzá (1993), 52-94.

[240] Así se comprende el dolor que expresa Ov., *Met.* 15, 96-144. Loupiac (1992), 94, la califica de "tipo hesiódico".

extremos porque para él no existe esperanza alguna de que ese mundo fecundo, tranquilo y armonioso de la Edad de Oro retorne en un momento futuro de la historia del hombre; desde luego fue una tierra idílica, un mundo fabuloso pero que estaba localizado temporalmente en un pasado fabuloso, y que ya no existía ni existiría más.

Las características físicas de la Edad de Oro en la poesía de Virgilio son básicamente idénticas a todas las que encontramos en autores anteriores: fertilidad espontánea[241], ausencia de temores, convivencia con los dioses, etc.... Sin embargo es este autor el que reúne en sus obras diversas concepciones sobre la Edad de Oro; y no nos referimos únicamente a si consideraba posible el retorno de esa época, sino a que también encontramos una diferente ubicación geográfica de esa tierra e incluso ciertas características que dan un tono absolutamente particular a la tierra fabulosa de la Edad de Oro virgiliana[242].

Todos los estudios apuntan a que la consideración de Virgilio hacia la época en que vivía marcó profundamente su concepción de la Edad de Oro. Desde luego el poeta estaba de acuerdo en que en el pasado remoto de la humanidad había existido una época en que la tierra que rodeaba al hombre debía ser definida básicamente como fabulosa e ideal; Virgilio admitía la pérdida pasada de esta tierra fabulosa, pero su obra está en cierta medida repleta de optimismo, presente y futuro. Así Virgilio tanto en la *Cuarta Egloga* como en la *Eneida* cree firmemente en que ese mundo idílico se ha de recuperar; sin embargo existe una sustancial diferencia pues en la primera encontramos que para el poeta ha de llegar en un futuro próximo -concepción que vendría determinada por las esperanzas despertadas para la República por la "Paz de Brindisi" del año 40 a. C.-[243]:

> "Ya llega la última edad anunciada en los versos de la Sibila de Cumas; ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos. Ya vuelve la virgen Astrea y los tiempos en que reinó Saturno; ya una nueva raza desciende del alto cielo. Tú, ¡oh casta Lucina!, favorece al recién nacido infante, con el cual concluirá, lo primero, la edad de hierro, y empezará la de oro en todo el mundo; ya reina tú Apolo. Bajo tu consulado ¡oh Polión!, tendrá principio esta gloriosa edad y empezarán a correr los grandes meses; mandando tú, desaparecerán los vestigios, si aún quedan, de nuestra antigua maldad, y la tierra se verá libre de sus perpetuos terrores. Este niño recibirá la vida de los dioses, con los cuales verá mezclados a los héroes, y entre ellos le verán todos a él, y regirá el orbe, sosegado por las virtudes de su padre. Para tí, ¡oh niño!, producirá en primicias la tierra inculta hiedras trepadoras, nardos y colocasias, mezcladas con el risueño acanto. Por sí solas volverán las cabras al redil, llenas de ubres de leche, y no temerán los ganados a los corpulentos leones. De tu cuna brotarán hermosas flores, desaparecerán las serpientes y las falaces yerbas venenosas; por doquiera nacerá el amomo asirio, y cuando lle-

241 Brisson (1992), 78-79.
242 Pavan (1984), 413; Brisson (1992), 109.
243 Pavan (1984), 423; Brisson (1992), 109.

> gues a la edad de leer las alabanzas de los héroes, y los grandes hechos de tu padre, y de conocer lo que es la virtud, poco a poco amarillearán los campos con las blandas espigas, rojos racimos penderán de los incultos zarzales, y las duras encinas destilarán rocío de miel. Todavía quedarán, sin embargo, algunos rastros de la antigua maldad, que moverán al hombre a provocar en naves las iras de Tetis, a ceñir las ciudades con murallas y abrir surcos en la tierra. Otro Tifis habrá y otra Argos, que llevará escogidos héroes; otras guerras habrá también, y por segunda vez caerá sobre Troya un terrible Aquiles. Mas luego, llegado que seas a la edad viril, el nauta mismo abandonará la mar y cesarán en su tráfico las naves; todo terreno producirá todas las cosas. La tierra no consentirá el arado, la vid no consentirá la podadera y el robusto labrador desuncirá del yugo los bueyes. No aprenderá la lana a teñirse con mentidos colores; por sí mismo el carnero en los prados mudará su vellón, ya en suave púrpura, ya en amarilla gualda; con solo pastar la yerba se vestirán de escarlata los cordilleros. ¡Corred, siglos venturosos!, dijeron a sus husos las Parcas, acordes con el incontrastable *numen* de los Hados. Ya es llegado el tiempo; crece para estos altos honores, ¡oh cara estirpe de los dioses, oh glorioso vástago de Júpiter! Mira cómo oscila el mundo sobre su inclinado eje, y cómo las tierras y los espacios del mar, y el alto cielo y todas las cosas se regocijan con la idea del siglo que va a llegar"[244],

mientras que en la *Eneida* Virgilio considera que ese mundo ideal ya es prácticamente un hecho ante la labor desplegada por Octavio Augusto:

> "Este es, éste el que vienes oyendo tantas veces que te está prometido, Augusto César, de origen divino, que fundará de nuevo la edad de oro en los campos del Lacio en que Saturno reinó un día..."[245] .

En este pasaje de la *Eneida* queda también patente otra innovación en lo que se refiere a la concepción tradicional de la Edad de Oro y que a su vez es también poco frecuente en la definición de "tierra fabulosa" que venimos presentando. Salvo en el capítulo que hemos dedicado a las *laudationes*, las tierras fabulosas e idílicas con las que soñaban los hombres de la Antigüedad estaban situadas bien en un pasado o futuro remotos bien en un lugar absolutamente lejano e incluso inalcanzable en ocasiones; sin embargo en esta ocasión Virgilio la sitúa en un futuro absolutamente inmediato, prácticamente en el presente y a la vez éste se hace realidad en la propia Italia[246].

Ciertamente estos dos elementos desconciertan un tanto, ya que la realidad se encargaría de desmentir básicamente todas las descripciones de Virgilio, pero todos ellos encajan perfectamente si pensamos que realmente el poeta espera que la Italia que surga del gobierno de Augusto sea un lugar idílico en comparación con el panorama político, económico y social que se había vivido hasta entonces. Desde este

244 Verg., *Ecl.* 4.

245 Verg., *A.* 6, 790-798. *Cf.* Pavan (1984), 418.

246 Otis (1963), 164.

punto de vista es innegable que la Italia que nos describe Virgilio, que ya ensalzó en similares términos en la *Segunda Georgica*[247], es una tierra razonablemente fabulosa, propia de la Edad de Oro; una delimitación geográfica en Italia a la que habrían contribuido decisivamente el hecho de que tradicionalmente a Italia se la llamara *Saturnia Terra*[248] y el que esa península sea una zona de clima moderadamente templado[249], característica que como hemos visto es propia de la Edad de Oro y de cualquier otro mundo que quiera definirse como idílico y fabuloso.

Al hilo de esta relación causa-efecto propuesta por Virgilio entre Augusto y la nueva Edad de Oro localizada ahora en Italia, encontramos en el *Discurso aniversario* de Mamertino en honor de Maximiano Augusto lo que también podemos calificar de tierra fabulosa en la época presente, ahora en el conjunto del Imperio, surgida también por la llegada de un nuevo emperador:

> "Puedes hablar aún de la salubridad de estos tiempos y de la fertilidad de las tierras... ¡cuán grande era, antes de que vosotros devolvierais al Estado su salud, la escasez de las cosechas y cuán grande era el número de muertos debido al hambre y a las enfermedades que por todas partes se nos echaban encima! Pero, tan pronto como vosotros habéis hecho lucir vuestra luz sobre los pueblos, han comenzado a soplar por el mundo auras bienhechoras que no acaban. Ningún campo engaña al campesino, si no es por cuanto su fertilidad sobrepasa las esperanzas. Los hombres ven alargarse su vida y ven que su número aumenta. Las mieses rompen los graneros en que son guardadas y, sin embargo, ¡las tierras cultivadas duplican su extensión! Donde había bosques, hay ya tierras de siembra: ¡no nos bastamos para la recolección y la vendimia!"[250].

Es desde luego un discurso lleno de retórica con la única intención de alabar a los gobernantes[251], pero no dejan de ser los mismos elementos que hemos destacado en repetidas ocasiones para definir un mundo fabuloso; ahora bien este fragmento es la evidencia de que la concepción ideal de un mundo mejor basado en la fecundidad de la naturaleza y en lo innecesario del trabajo agrícola se mantuvo a lo largo de la Antigüedad[252].

Su desarrollo en la literatura cristiana

Por último nos queda analizar, dentro de este capítulo que hemos dedicado a la Edad de Oro su concepción por parte del mundo cristiano, puesto que éste también

---

247 Verg., *G.* 2, 140-169.

248 Guittard (1980), 178; a *Saturnia Terra* habría que añadir *Hesperia, Ausonia* además de lógicamente *Italia*.

249 Vasaly (1993), 134, n. 7.

250 *Discurs. Max.* XV, 2-4 (Mamertino) (trad. F. de P. Samaranch, ed. Aguilar, Madrid 1969).

251 Curtius (1955), 278.

252 Aunque *cf.* Loupiac (1992), 92-106, cuando analiza desde el punto de vista político la presencia de la necesidad del trabajo del hombre en las *Georgicas* de Virgilio.

encierra la creencia de la venida de un mundo futuro en el que no habrá hambre ni sed, ni el sol producirá ya ardor, donde no habrá más lamentaciones ni muertes, donde habrá árboles que produzcan doce cosechas al año y donde no habrá animales dañinos[253]. Este "nuevo mundo cristiano" viene también caracterizado por la llegada nuevamente del reino de Cristo, circunstancia que podemos contraponer a la instauración del reino de Saturno, que caracteriza la Edad de Oro propiamente dicha.

En el mundo pagano, como acabamos de ver, no había unanimidad respecto al retorno de esa época y tierra idílica; todos parecían estar de acuerdo en que ya había existido con anterioridad, en un pasado remoto, pero no eran ya tan unánimes las opiniones respecto a su posible retorno. Sin embargo la creencia cristiana en lo que podríamos llamar su particular Edad de Oro presenta un extremo que le une con el pasado remoto[254] pero también otro que le relaciona con el futuro. El vínculo o la representación de la Edad de Oro pasada vendría a ser para el cristiano el Jardín del Edén mientras que la representación futura vendría a ser el del mundo surgido tras el Juicio Final[255].

Ahora bien, esta novedad que podríamos calificar de "temporal" no debe hacernos olvidar que existe un evidente denominador común entre lo que puede llamarse la óptica cristiana de la Edad de Oro con el concepto literario pagano del mismo tema. Este denominador común es obviamente el paisaje representado en ambos mitos pues el mundo surgido del Juicio Final recuerda enormemente al que era propio de la Edad de Oro: es claro y brillante, con una tierra fecunda y fértil, con abundancia de miel, con arroyos de vino y leche, con ausencia total de trabajo, con una traquilidad total que se extiende a la ausencia de crimen, de impiedad, de bestias y animales dañinos.

En este sentido, el de la por otra parte nada extraña presencia de esos elementos comunes, podemos ver los textos de Lactancio presentando el mundo del día después del Juicio Final como una Edad de Oro, en los que no duda en utilizar para su descripción de ese mundo idílico y futuro aquello que dijeron los poetas sobre el tema, básicamente Virgilio, y la Sibila:

> "...Entonces serán apartadas del mundo las tinieblas que cubrían y tapaban el cielo, la luna tendrá la claridad del sol, y el sol será siete veces más brillante de lo que es ahora. La tierra dará muestras de su fecundidad y producirá espontáneamente fertilísimos frutos; las rocas de los montes rezumarán miel, por lo arroyos correrá el vino y los ríos inundarán con leche; el propio mundo, por fin, gozará; toda la naturaleza se alegrará al ser arrebatada y librada del dominio del mal, de la impiedad, del crimen y del error. Las bestias no se alimentarán de sangre en este tiempo, ni las aves de sus presas sino que todo estará tranquilo y plácido. Los leones y los terneros estarán juntos en los mismos pesebres, los lobos no raptarán

---

[253] *Apoc.* 7. 16; 21. 2; 22. 1; 22. 15.

[254] Guittard (1980), 176.

[255] Ferguson (1975), 147-149; Pavan (1984), 413.

> ovejas, los perros no cazarán, los gavilanes y águilas no dañarán, los niños jugarán con las serpientes. Sucederá, en fin, lo que los poetas dijeron que sucedió en los tiempos dorados durante el reinado de Saturno...."[256].

Por otro lado también la utilización por parte de los escritores cristianos del tema de la Edad de Oro localizada en el futuro tiene un evidente motivo relacionado con la situación que se viviría en el presente. Así es muy significativo que sea en época de los problemas que los cristianos tuvieron con Domiciano cuando se redactara el *Apocalipsis*, cuya conclusión final es ese mundo nuevo idílico; aunque precedido de la destrucción total del mundo tal y como era conocido; situación por otro lado también presente en los *Libros Sibilinos*, que "*prometían la destrucción de Roma y la llegada de un salvador que instauraría la justicia y la prosperidad*"[257]. El objetivo era consolar a los cristianos de las persecuciones y mantener abierta la esperanza en el futuro, asegurando que en él se encontrará una tierra absolutamente fabulosa e idílica que compensará de todos los problemas sufridos en el pasado; del mismo modo es Lactancio, un autor cristiano muy sensibilizado por el tema de las persecuciones -recordemos su *de Mortibus persecutorum*- el que vuelve a utilizar, con el mismo objetivo, el tema de la esperanza futura, materializada en un mundo fabuloso e idílico.

---

[256] Lact., *Inst. Div.* VII, 24, 7-9.

[257] *Orac. Syb.* II, 27 y ss; *cf.* Pavan (1984), 413.

LOCUS AMOENUS

Isidoro de Sevilla comentaba que según Varrón los *loci amoeni*, los lugares amenos eran aquellos que estaban hechos especialmente para amar y para ser amados[258]; lugares cuyas características son exageradas e idealizadas y cuya única utilidad para el hombre vendría a ser el proporcionarle descanso y tranquilidad[259].

Desde luego ésta es una percepción acertada, pero si pensamos en la presentación de las características geográficas que nos dan diversos autores de la Antigüedad sobre lo que ellos llaman *loci amoeni* -lugares donde abundan "*aves, ríos, brisa, bosque, flores, sombra*"[260]; o son de "*temperatura agradable y sana, de una atmósfera pura, de dulces brisas y de un viento extremadamente placentero, y de una abundancia de bosques...*"[261], y otras varias que iremos citando pertinentemente[262]- comprobaremos no sólo que el *locus amoenus* es un lugar cuya existencia real es ciertamente cuestionable sino que salvo alguna excepción todos aquellos temas que hemos tratado con anterioridad merecerían ser incluidos en este capítulo[263]; especialmente el mito de la Edad de Oro ya que se considera que varias descripciones de lugares que son calificados de *amoeni*, como por ejemplo la Arcadia, presagian la llegada de la Edad de Oro[264]. Sin embargo existe una sutil diferencia entre ellos pues aunque ambos comparten la idealización de la naturaleza, los arroyos de un *locus amoenus* propiamente dicho no llevan vino y leche sino agua, aunque cristalina; si bien su temperatura es suave se alaba o elogia la existencia de lugares donde disfrutar de la sombra, prueba evidente de que el sol ejercía su labor, y además, generalmente, tampoco se niega taxativamente que el trabajo fuera totalmente innecesario. Es decir, se trata de una tierra fabulosa comparada con el trabajo habitual de la naturaleza[265], que produce más de un disgusto al hombre, pero no lo es tanto

---

258 Isid., *Etym.* XIV, 8, 33.

259 Curtius (trad. esp. 1955), I, 276.

260 *Ant. Lat.* I, 2, núm. 809 (Tiberiano).

261 Amian. XXIII, 6, 67.

262 Un estudio pormenorizado de los elementos que dan carácter al *locus amoenus* como idealización de la naturaleza en Schönbeck (1962), 18-60.

263 Martínez (1992), 33.

264 Schönbeck (1962), 132-154; Pennacini (1984), 142.

265 *Cf.* Thomas (1982), 17, para quien el *locus amoenus* está cercano a lo maravilloso pero no lo alcanza totalmente.

si pensamos en las características de los otros lugares que hemos definido como fabulosos.

Por ello vamos a intentar analizar únicamente varias acepciones de *locus amoenus* que se encuentran en la literatura latina y tardía: cómo ven los latinos el lugar que se consideraba, literariamente hablando, por excelencia el más idílico de todos cuantos existían, esto es el *Valle de Tempe*; cómo Virgilio crea también su *locus amoenus* particular, esto es la *Arcadia*; y cómo en buena parte de la literatura latina pueden encontrarse descripciones tan fastuosas de regiones, granjas, bosques y jardines, reales o imaginarios, que de hecho merecen ser calificados de *amoeni*. Por último analizaremos también una curiosa variación en la concepción del tópico que ahora nos interesa y que tiene lugar en la primera literatura cristiana, y más concretamente en los escritos de Juán Crisóstomo.

La formulación latina del *Locus Amoenus*

Salvo en lo que se refiere a este último punto, es posible aislar de entre todas las descripciones de lugares que de una u otra forma pueden calificarse de *amoeni* ciertos elementos comunes; y no nos referimos con ello a las propiedades tan impresionantes de la naturaleza, que no son otra cosa que una idealización absoluta de las características naturales de un lugar real[266] sino a un elemento que ha sido uno de los hilos conductores de nuestro estudio, esto es la ubicación remota, lejana o de difícil acceso de estas "campiñas" fabulosas: unas veces son lugares absolutamente imaginarios, como es el caso de la Arcadia de Virgilio, por lo que su innacesibilidad es evidente, pero otros son aunque reales, islas, campos o lugares situados en valles que están a su vez rodeados de montañas que obviamente dificultan su acceso y que dicho sea de paso sería el dato que permitiría afirmar que ese lugar, y no los de los alrededores, presentara esas características tan fabulosas, y por último otros lugares que se sitúan en una de esas zonas que por excelencia han acogido en la literatura antigua ámbitos fabulosos, fantásticos, utópicos e idílicos, esto es las zonas de Oriente.

El *locus amoenus*, que como decimos no es más que el resultado literario de idealizar la naturaleza de un determinado lugar, está presente en la literatura griega desde que en la *Odisea* se alabaron las características de los Jardines de Alcínoo o de los alrededores de la cueva donde habitaba Calipso[267], pero el que es considerado así por excelencia es el valle de *Tempe*[268]; tanto es así que la expresión *Valle de Tempe* pasó en la literatura helenística y desde luego en la posterior latina a ser

[266] Curtius (trad. esp. 1962), 280.
[267] *Od.* V, 64-74 y VII, 112-132; *cf.* Schönbeck (1962), 70-111; P. Grimal (1969), 64-65.
[268] *Cf.* Pennacini (1984), 142.

sinónimo de "fresco valle" o "lugar ameno"[269] perdiendo en la mayoría de los autores -excepto en Livio- todo el significado geográfico real de esa expresión[270].

Pero a su vez en la literatura latina, que es la que ahora nos interesa tener en cuenta, encontramos una dualidad de significados en las descripciones del Valle de Tempe; así hay quienes como Catulo o Plinio el Viejo alaban y elogian las características idílicas y fabulosas de este valle, interpretado en un sentido ideal pero geográfico:

> "...El Valle de Tempe... donde se elevan montañas de suaves pendientes... el valle que se extiende entre ellas está repleto de bosques frondosos. Por él discurre el cristalino Peneo con sus apacibles y verdes orillas, acompañadas por el armonioso canto de las aves..."[271],

prueba evidente de la fama que este lugar había alcanzado como fabuloso, a pesar de que no se desconocía la naturaleza real del valle tesalio[272], pero también de que era un tema especialmente amado por la población romana[273]. Y hay otros, la mayoría, que tomando ese tópico de la literatura griega ensalzan e idealizan las características geográficas de determinados lugares, generalmente valles o lugares de difícil acceso, que distan realmente de ser como los han presentado.

La literatura latina está repleta de esas descripciones de valles, jardines o bosques a los que se aplica invariablemente el calificativo de *amoenus* o en ocasiones de *Tempe*, que como hemos visto pasó a ser su sinónimo; así vemos como entre otros Virgilio por ejemplo con:

"En cambio paz segura,
y un sabroso vivir libre de engaños
y el acopio profuso de sus dones
tiene el agricultor. Aquella holgura
y alma serenidad de la campaña,
umbrosas espeluncas, vivos lagos,
el fresco Tempe
los mugidos
del perezoso buey, los apacibles
sueños gozados bajo amenas sombras
a su dicha no faltan"[274],

y Petronio con su retrato de la "avenida de los plátanos":

---

[269] *Vid.* Malaspina (1990), 116.

[270] Malaspina (1990), 117 y 123-125 para el análisis de la propuesta liviana al respecto.

[271] Plin., *Nat.* 4, 8, 31 (trad. M. Vallejo); también Catul. 64, 285-302, en similares términos.

[272] Sobre la "geografía real" e historia de este valle tesalio *vid.* Stählin, *RE* V, A, 1, cols. 474-479, *sub* "Tempe". Malaspina (1990), 114-118 y n. 40.

[273] Malaspina (1990), 114-118 y n. 40.

[274] Verg., *G.* 2, 468-474.

"Había derramado sus sombras veraniegas el plátano ondulante, y con él también el laurel coronado de bayas, y el tembloroso ciprés, y los pinos bien podados con su copa estremecida. Entre el arbolado jugueteaban las aguas caprichosas de un arroyo espumoso que arrastraba piedrecillas en sus plañideras ondas.

Digno marco del amor: díganlo si no el ruiseñor del bosque y la golondrina de querencias ciudadanas que, describiendo círculos sobre el césped y las tiernas violetas, animaban los campos con sus trinos..."[275],

siguen este esquema, pero en nuestra opinión no es menos aclarador y significativo un pequeño poema del ya tardío Tiberiano[276]:

"Por el fresco, hermoso valle, de florido cesped
serpeando iba un riachuelo de lucientes guijas.
En lo alto, al blando soplo de la brisa, ondeaban
los laureles azulados y los verdes mirtos,
y la muelle grama
abajo daba lindas flores
colorados azafranes y azucenas cándidas;
un perfume de violetas invadía el bosque.
Entre flores y pimpollos, don de Primavera
presidía la que es reina de color y aroma,
la opulenta, la aurea rosa, gala y prez de Díone.
En los árboles brillaban gotas mil de alfójar
por aquí y allá corrían, con murmullo blando,
arroyuelos que arrastraban cristalinas ondas.
En las cuevas, verde hiedra se prendía al musgo;
y las sombras resonaban con los dulces trinos
y gorjeos de incontables pajaros canoros.
El murmullo del arroyo se sumaba al canto
de las frondas remecidas por el suave céfiro.
El viajero allí se embriaga de perfume y música
pues hay aves, ríos, brisa, bosque, flores, sombra"[277].

Entre los valles alabados por la literatura latina, en este caso más tardía, encontramos el lago de Como, pues es presentado por Claudiano pero especialmente por Casiodoro con el mismo amor y admiración que ya hemos observado en los textos anteriores; en este caso, como en el del Lago di Garda que nos presenta Catulo, vemos cómo también se aprecia y ensalza la belleza de sus lagos.

En su alabanza al Lago de Como, Claudiano se admira de las sombreadas orillas llenas de olivos pero también de sus frescas y bravas aguas, a las que llega a

275 Petr., *Sat.* CXXXI, 8.

276 *Vid. PLRE* I, 911, *sub.* "Tiberianus".

277 *Anth. Lat.* I, 2, núm. 809 (Tiber.).

describir como olas del mar[278]. Es sin embargo la descripción que Casiodoro hace del mismo paisaje en su *Varia* XI, no exenta de motivación política, la más hermosa y la que recoge los elementos que hemos visto que daban forma al *locus amoenus*:

> "...su belleza parece hecha para proporcionar únicamente placer. En su parte posterior está repleto de campos cultivados útiles tanto para pasear como para proporcionar abundantes alimentos; en su parte anterior se disfruta de la amenidad de sesenta millas de agua dulce donde el espíritu se gratifica con deleite y donde no aparecen tormentas que alejen la pesca. Verdaderamente debe recibir el nombre de Como, disfrutando de los regalos que lo adornan... El lago está ubicado en el fondo de un gran valle; imitando la forma de una concha sus espumosas orillas presentan un color blanco; a su alrededor los picos de las altas montañas parecen una corona. Sus orillas están exquisitamente adornadas con grandes y ricas villas y rodeadas por un cinturón perenne de un bosque de olivos. Junto a ellos, las viñas cubren las laderas de las montañas y más arriba aparecen los bosques de castaños; por las laderas los torrentes de aguanieve bajan hasta el lago..."[279].

Localizaciones en Horacio, Virgilio y Tácito

Otros lugares absolutamente reales son presentados bajo un prisma idílico evidentemente exagerado; es el caso de Horacio y posteriormente de Tácito. Horacio nos transmite su impresión de que la granja que posee es un lugar absolutamente fabuloso y apacible[280]. Es presentada como un verdadero *locus amoenus*: todo en ella, que está situada significativamente en un valle rodeado de montañas, es agradable, fecundo, tranquilo; no le falta ninguna de las características propias de un lugar como el que nos ocupa[281].

Esta idealización como sabemos no es un *unicum* en la obra de Horacio pues anteriormente hemos visto cómo en el *Epodo* 16 dibujaba un lugar, las Afortunadas, donde ubicaba los Campos Elísios que eran presentados como el paradigma de la idealización; es evidente que existe una conexión entre ambos, conexión que parece residir en la propia posición personal de Horacio, ya que si ese mundo ideal de las

---

278 Claud., *De Bell. Goth.* 319 y ss.

279 Cass., *Var.* XI, 14 (trad. M. Vallejo). *Vid.* Canter (1938), 468.

280 Hor., *Ep.* 1, 16, 1-16. *Vid.* los completos estudios sobre esta epístola en particular de Schönbeck (1962), 155-166 y Thomas (1982), 16-17, con un abundante aparato bibliográfico en ambos casos; brevemente puede verse Canter (1938), 466.

281 *Cf.* Voit (1975), 412, considera que Horacio aplica aquí no sólo las características del *locus amoenus* propiamente dicho sino también las de la Edad de Oro, que tan interrelacionadas están (*vid. supra* en este mismo capítulo).

Afortunadas era únicamente un lugar creado por la mente para huir "mentalmente" hacia él, también en su granja nos dibuja un mundo fabuloso, aunque en menor grado, que existe realmente y donde además puede retirarse del caos del mundo y refugiarse en un entorno que nos presenta como paradisíaco[282].

En la misma línea de Horacio encontramos otra superposición de un paisaje ideal inventado a uno absolutamente real y conocido; se trata de la presentación expresa como *amoena* de la isla de Capri en uno de los capítulos que Tácito dedica en sus *Annales* a la figura de Tiberio[283]. Vista desde el prisma propuesto por Tácito la isla es riquísima, goza de un clima atemperado y de suaves brisas, además su acceso es difícil no sólo por tratarse de un entidad insular sino porque los vientos que la rodean lo entorpecen aún más. Este sería precisamente el motivo que explicaría que Tácito nos dibujara esta isla, que ha sido escogida por Tiberio para huir de los problemas del Imperio y dedicarse al *otium*, con unas características tan fabulosas y tan extrañas a la cercana y real Península Itálica[284].

Si Horacio y Tácito han idealizado un lugar cuya existencia real es evidente, Virgilio va a presentar un mundo o paisaje ideal que únicamente existe en la imaginación del poeta. Nos estamos refiriendo a la Arcadia[285], aunque como sabemos Virgilio también ha considerado como *amoeni* otros lugares, por ejemplo los Campos Elísios[286].

La *Arcadia*, que es uno de esos lugares que presagiarían la llegada de la Edad de Oro[287], es posiblemente el más hermoso *locus amoenus* imaginario creado por la literatura latina[288]; el Valle de Tempe era algo heredado pero no así la Arcadia. Se trata de un "paraíso soñado", un mundo atemporal, idílico, bucólico y pastoral, en el que la naturaleza y los dioses son los únicos compañeros del hombre; un lugar nacido a propósito para dar placer al hombre, un lugar de evasión[289], libre de toda turbulencia, para que olvide sus preocupaciones y se dedique al descanso, al ocio (danza, música, canto) y al amor[290]. Se trata en consecuencia de un lugar que es y debe ser incluido entre los fabulosos, aunque en esta ocasión totalmente artificiales, que creó la literatura antigua.

---

282 *Vid.* Thomas (1982), 24-25.

283 Tac., *Ann.* 4, 67, 1-2.

284 Thomas (1982), 126-130.

285 *Vid.* Barra (1984), 273 y Brisson (1992), 89, entre otros, para quienes la Arcadia de Virgilio esconde un elogio a la fértil llanura del Po.

286 Verg., *A.* 6, 638-641. *Cf.* al respecto Pennacini (1984), 141; Martínez (1992), 51. Una postura que por cierto luego siguieron poetas cristianos como Prudencio, *Cathem.* III, 96-110, que identifica el *locus amoenus* con otro lugar sagrado, esto es el Paraíso (*cf.* Pennacini (1984), *loc. cit.*).

287 Pennacini (1984), 142; Brisson (1992), 89.

288 Verg., *Ecl.* 7, 1-14 y 42-49; 8, 1-45; 10.

289 Recuérdese el *Epodo* XVI de Horacio.

290 Jachmann (1952), 161-174; Grimal (1969), 65 y 382-386; Barra (1984), 272-273; Cristóbal (1992), 133-134 y 139; Bauzá (1993), 195-199.

La Tierra de los Seres de Amiano Marcelino

Continuando con los puntos que nos hemos propuesto analizar, veremos que en la literatura latina, en este caso más tardía, se aplican, aunque lógicamente con menos frecuencia, las características del *locus amoenus* a pueblos lejanos, situados curiosamente en Oriente; en esta ocasión no sólo se elogian las características naturales sino también la vida de los hombres que la ocupan, por lo que se acerca bastante a la calificación de lugares utópicos. Este es el caso de la tierra de los "*Seres*", a la cual Amiano Marcelino otorga los mismos elementos -temperatura agradable y sana, atmósfera pura, dulces brisas, viento placentero, abundancia de bosques, existencia apacible y pacífica que desconoce la guerra[291]- que hemos visto como propios de todos aquellos *loci amoeni* que hemos tratado hasta el momento[292].

Tal idealización de la forma de vida y de la tierra de los *Seres* por parte de Amiano Marcelino, que desde luego retoma la idea helenística del amor por lo paradisíaco[293], no deja de ser curiosa teniendo en cuenta que este pueblo mantenía contactos más o menos directos con el pueblo romano desde hacía varios siglos[294]. Pero aun con ello seguía siendo un lugar eminentemente desconocido además de lejano; por ello si pensamos que en la época en que Amiano Marcelino escribe, finales del siglo IV, el Imperio vive un continuo desorden explicaremos fácilmente que un escritor "tan real" como el que nos ocupa volviera a idealizar a un pueblo y a una tierra lejana, aunque con escasas posibilidades de ser llamada utópica ya que ese contacto eminentemente comercial que se mantenía -a pesar de que el propio Amiano niega la existencia de este comercio- lo impedía[295]. Pero no impedía que se idealizaran sus características, para lo que además existiría en nuestra opinión otra razón, en esta ocasión de índole ideológica o política, pues pensamos que teniendo en cuenta el continuo conflicto que el Imperio Romano mantenía con el Sasánida, tan cercano a la China real, que no parece ser otra que el pueblo de los *Seres*, intentaría convencer a los súbditos del Imperio de la necesidad de continuar con ese conflicto ya que más allá estaba ese pueblo que llevaba una existencia tan amena y placentera, en definitiva una tierra fabulosa.

El *Locus Amoenus* en la literatura cristiana

Nos resta analizar para concluir este capítulo la diversa concepción de *locus amoenus* que está presente en la literatura cristiana; así vamos a encontrar por un lado testimonios que suponen básicamente una continuidad en la presentación de los

291 Amian., XXIII, 6, 67.
292 Fontaine (1977), 114, n. 245; y siguiéndole Poinsotte (1979), 475 y n. 206.
293 Fontaine (1977), 114, n. 245; *cf.* Grimal (1969), 85-86.
294 Poinsotte (1979).
295 Poinsotte (1979), 464-474.

elementos que en la literatura anterior dieron carácter propio a esos lugares y por otro testimonios que desde luego suponen una innovación, puesto que se van a calificar de *amoenae* áreas que en absoluto merecerían tal consideración desde el punto de vista de los criterios que dieron forma a este mito del *locus amoenus*.

El primer caso es el que nos encontramos en la descripción que en la anónima *Expositio Totius Mundi et Gentium* aparece del pueblo de los *Camarini*, que se ubica indefinidamente en "estas partes de Oriente" donde previamente el redactor, de acuerdo con la tradición, ha situado el Jardín del Edén[296]. Su aspecto es desde luego el de una tierra maravillosa y fabulosa -no siembran ni labran, es excelente en toda clase de minerales- y además es cuasi-utópica -sus habitantes, de una longevidad impresionante pues todos fallecen al alcanzar los 118 ó 120 años, son piadosos y buenos y se gobiernan sin autoridad suprema-; pero sin embargo existen algunos elementos que la alejan un tanto de esa calificación: nos dice que sus habitantes estarían, debido al poderoso ardor del sol, totalmente quemados si no se bañaran continuamente en el río. Esto no es desde luego propio de un *locus amoenus* donde la temperatura es suave y constante[297].

Creemos que este elemento anómalo que entorpece desde luego la vida de un mundo que merecería calificarse sin duda alguna de fabuloso tiene una evidente razón de ser, que no es otra que la necesidad del autor de diferenciar de algún modo el Paraíso cristiano de este pueblo de los *Camarini* tan cercano y tan similar a aquel. El mito del Paraíso debía ser mantenido en todo momento -ya vimos la misma postura en Isidoro de Sevilla-, por lo que los lugares cercanos a él debían guardar cierto parecido pero nunca ser idénticos; por ello nosotros, aunque no sin reservas, calificamos este lugar de *locus amoenus*, si bien en definitiva no deja de ser una tierra fabulosa, que además está situada en un lugar donde tradicionalmente se han venido localizando otras tierras no menos fabulosas o fantásticas, Oriente.

Otra acepción de *locus amoenus* que encontramos en la literatura cristiana es la que hemos calificado de innovadora pues aunque la descripción de la tierra que se define como tal es similar a todas aquellas que han merecido ser presentadas como *loci amoeni*, sabemos sin embargo que realmente el lugar en cuestión no es tan idílico como se ha descrito. Se trata del elogio que de la vida de los monjes y eremitas del desierto hace Juan Crisóstomo, cuyo texto vamos a reproducir dado que lo consideramos altamente significativo:

> "... [la vida es] ajena a toda preocupación, libre de envidias y malquerencias y de todo vicio; llena, en cambio, de buena esperanza y de trofeos de victoria. No hay

296 *Exp. Tot. Mund. et Gent.* IV-VII; *vid.* ante todo Molé (1982), 713, para comprender el sentido imaginario que se otorga a los *Camarini*. Por otro lado no podemos dejar de mencionar que ésta es una obra llena de contradicciones ya que si en los primeros capítulos se dedica a describir la vida de pueblos y tierras fabulosas -de cuya existencia real se puede dudar-, en el resto no hace sino enumerar las riquezas de las tierras del Imperio, desde Siria hasta Hispania o Galia.

297 Philonenko (1980), 373 y 375-377; Molé (1982), 731-733.

allí turbación, no hay enfermedad, no hay ira para el alma. Todo es calma, todo es paz... Contempla el vuelo de los pájaros, los árboles que agitan su fronda, oye el susurro del céfiro y los torrentes que se precipitan por entre los barrancos.. Si ellos (los monjes) se han ido a habitar los desiertos, ha sido para enseñarte a tí a despreciar el tumulto del mundo..."[298].

Que Juan Crisóstomo presenta el desierto donde se retiran los monjes como un *locus amoenus* nos parece innegable; piénsese sino en esa alusión a la ausencia de preocupaciones, en la permanente presencia de la tranquilidad y de la felicidad pero sobre todo en los árboles frondosos, las brisas tranquilas y los torrentes, todos ellos elementos que determinan un *locus amoenus* y que recuerdan sobremanera los cantos de Virgilio en su *Segunda Georgica* respecto a la tranquila y privilegiada vida de los labradores, cuyo entorno es para este autor un verdadero *locus amoenus*[299]. Pero como es evidente el desierto carece de todos ellos.

Desde un punto de vista real el desierto es todo menos un *locus amoenus* en el sentido tradicional del término; pero al igual que para el caso anterior del pueblo de los *Camarini,* esta descripción tan idílica que Juan Crisóstomo hace de la vida de los monjes del desierto y del lugar donde ésta se desarrollaba tiene también una motivación específica, que según A. J. Festugière no sería otra que contraponer la vida exaltada de la ciudad a la vida tranquila en ese desierto; para este autor ese desarrollo de la poesía de la vida monástica idílica en el desierto, que era vista como un "paraíso perdido" -algo con lo que no estaba de acuerdo en modo alguno San Jerónimo[300]- no hacía más que retomar el tema helenístico de la poesía pastoral y bucólica[301]. En definitiva no hacía más que presentar el lugar del desierto donde habitaban los monjes como un *locus amoenus*, utilizando el recurso de sobreponer un paisaje ideal e inventado a otro real.

---

298 J. Crisost., *In Math. hom.* 70, 5-72, 4 (trad. D. Ruiz Bueno, BAC, Madrid 1955-1956).

299 *Cf.* Verg., *G.* 2, 468-474.

300 *Vid.* Ieron., *Epist.* V-XVII, donde el desierto al que se retiran los monjes de Siria es árido, repleto de escorpiones y en el que no están ausentes las tensiones de la vida humana; *cf.* Festugière (1959), 416-418.

301 Festugière (1959), 345-346.

BIBLIOGRAFIA

Amiotti, G. (1988), "Le Isole Fortunate: mito, utopia, realtà geografica", en M. Sordi ed., *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán, 166-177.

Bauzá, H. F. (1993), *El imaginario clásico. Edad de Oro, Utopía y Arcadia*, Santiago de Compostela.

Baldock, J. (1992), *El simbolismo cristiano. ¿Qué es, cual es su finalidad y cómo desentrañar su lenguaje?*, trad. esp. Madrid.

Barra, G. (1984), "Arcadia", *Enciclopedia Virgiliana* I, Roma, 272-273.

Benabou, M. (1975), "Monstres et hybrides chez Lucrèce et Pline l'Ancien", E. Poliakov ed., *Hommes et bêtes. Entretiens sur le racisme*, París, 143-152.

Berger, H. (1903), *Geschichte der wissenschaftlicher Erkunde der Griechen*, Leipzig.

Bianchi, E. (1981), "Teratologia e Geografia. L'*Homo Monstruosus* in autori della 'Antichitá' Classica", *ACME* XXXIV, II, 227-249.

Boffito, G. (1905), *L'eresia degli Antipodi*, Roma.

Bouet, P. (1986), *Le fantastique dans la littérature du Moyen Age. La navigation de Saint Brenda*, Caen.

Briquel, D. (1992), "Virgile et les Aborigènes", *REL* 70, 69-91.

Brisson, J. P. (1992), *Rome et l'Age d'Or. De Catulle à Ovide, vie et mort d'un mythe*, París.

Brisson, J. P. (1988), "Rome et l'âge d'or: Dionysos ou Saturne?", *MEFRA* 100, 917-982.

Brown, P. (1969), *Augustine of Hipo. A Biography*, Berkeley.

Canter, H. V. (1938), "Praise of Italy in Classical Authors I", *The Classical Journal* 33, 1938, 457-470.

Carcopino, J. (1930), *Virgile et le Mystère de la quatrime Eglogue*, París.

Chevalier, R. (1988), *Voyages et Déplacements dans l'Empire Romain*, París.

Clausi, B. (1982), "Scuola e geografia nella tarda antichità: Il 'Versus de Asia et de Universi Mundi Rota', *La Trasformazioni della cultura nella tarda antichità. Atti del Convegno tenuto a Catania*, Università degli Studi, dos vols, 737-780.

Commagen, S. (1962), *The Odes of Horace*, New Haven.

Courcelle, P. (1955), "Les Pères de l'Église devant les enfers virgiliens", *AHMA* 30, 33 y ss.

Courtes, J. M. (1979), "The theme of 'Ethiopia' and 'Ethiopians' in patristic litteratur", en *The Image of the Black in Western Art* II, 1, Cambridge, 9-32.

Cristóbal, V. (1992), "Búsqueda de Campo, Hastío de Ciudad. Pasión Antigua y Contemporánea", en A. Guzmán, J. F. Gómez Espelosín, J. Gómez-Pantoja eds., *Aspectos Modernos de la Antigüedad Clásica y su aprovechamiento didáctico*, (Alcalá de Henares-Madrid 1990), Madrid, 131-143.

Curtius, E. R. (1955) *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. esp. Méjico, dos vols.

Demarolle, J. M. (1993), "Imaginaires: Le Bestiarie de la sigillée ornée au Haut-Empire", *DHA* 19.2, 187-212.

Desanges, J. (1987), "Les sources de Pline dans ses description de la Trogodytique et de l'Ethiopie (*NH* 6, 163-197)", J. Pigeal ed., *Pline l'Ancien. Temoins de son Temps*, Salamanca-Nantes, 277-292.

Eliade, M. (1959), *Cosmos and History. The Myth of the Eternal Retourn*, trad. ingl. Nueva York.

Ferguson, J. (1975), *Utopias of the Classical World*, Londres.

Festugière, A. J. (1959), *Antioche Païenne et Chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, París.

Fontaine, J. (1977), *Ammien Marcellin. Histoire IV (Livres XXIII-XXV). Commentaire*, París.

Fraenkel, E. (1966), *Horace*, París.

Fréneaux, R., (1974), "Géographie Cicéronienne: La notion d'Oceanus dans les "Discours", R. Chevalier ed., *Littérature greco-romaine et géographie historique. Mélanges à Roger Dion*, París, 131-141.

Frye, N. (1963), *Fables of Identity: Studies in Poetic Mythology*, Nueva York.

Gabba, E. (1981), "True history and false history in Classical Antiquity", *JRS* 71, 50-62.

Gabba, E., (1991), "L'insularita nella riflessione antica", en F. Prontera ed., *Geografia storica della Grecia Antica*, Bari, 106-109.

Gaster, T. H. (1973), *Leyenda, mito y costumbre en el libro del Génesis*, Barcelona.

Geffcken, J. (1892), "Saturnia Tellus", *Hermes* 27, 381-388.

Gambin, M. Y. (1989), "L'Ile Taprobane: Problème de Cartographie dans l'Océan Indien", en M. Pelletier ed., *Geógraphie du Monde au Moyen Age et à la Renaissance*, París, 191-200.

García Moreno, L. A. (1989), "Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: en torno al Periplo de Hannón", *Actas del Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época II, 237-257.*

García Moreno, L. A. (1992), "Plutarco, *Sertorius* 8, 2-3 y los orígenes de la geografía paradoxográfica latina", en J. García López y E. Calderón Dorda eds., *Estudios sobre Plutarco: paisaje y naturaleza*, Madrid, 27-35.

Gatz, H. (1967), *Weltalter, goldene Zeit und sinnerverwantte Vorstellungen*, Hildesheim.

Gómez Espelosín, F. J. (1994), "Estrategias de veracidad en Ctesias de Cnido", *Preactas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, I, Vitoria, 117-125.

Gracco Ruggini, L. (1972), "Leggenda e realtá degli Etiopi nella cultura tardoimperiale", *IV Congresso Internazionale di Studi Etiopici* I, Roma, 144-193.

Gracco Ruggini, L. (1979), "Il negro buono e il negro malvagio nel mondo classico", en M. Sordi ed., *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell'antichità*, Milán, 108-135.

Gracco Ruggini, L. (1993), "Conoscenze e utopie: i popoli dell'Africa e dell'Oriente", *Storia di Roma III. L'età tardoantica I. Crisi e trasformazioni*, Turín, 443-486.

Green, C. M. C. (1993), "De Africa et eius incolis: The function of Geography and Ethnography in Sallust's History of the Jugurthine War (*BJ* 17-19)", *Ancient World* 24. 2, 185-197.

Grimal, P. (1969), *Les Jardins Romains*, París.

Guittard, M. Ch. (1980), "Saturnia Terra: Mythe et Realité", R. C. Chevalier ed., *Collôque Histoire et Historiographie Clio*, París, 177-186.

Guthrie, K. C. (1957), *In the Beginning: Some Greek Views on the Origins of Life and the Early State of Man*, Londres.

Herman, *RE* IV, A 2, 2068, *sub* "Talge".

Hernández González, F. (1992), "Algunas diferencias entre la *Vita Sancti Brendani* y la *Navigatio Sancti Brendani*", *Fortunatae* 3, 287-304.

Jachmann, G. (1952), "L'Arcadia comme paesaggio bucolico", *Maia* 5, 161-174.

Janvier, Y. (1982), *La Géographie d'Orose*, París.

Kuhnmuench, O. (1929), *Early Christian Latin Poets from the Fourth to the Sixth Century*, Chicago 1929.

Lens Tuero, J. y Campos Daroca, J. (1993), "La Geografía de Egipto en Diodoro de Sicilia", *Emerita* LXI, 1,137-157.

Lesky, A. (1959), "Aithiopika", *Hermes* 87, 27-38.

Lonis, R. (1981), "Les trois approches de l'Ethiopien pour l'opinion gréco-romaine", *Ktema* 6, 69-87.

Loupiac, A. (1992), "Le *labor* chez Virgile: Essai d'interpretation", *REL* 70, 92-106.

Nenci, G. (1992), "*L'imitatio Alexandri*", *POLIS* 4, 173-186.

Macdonald, G. *RE* VI, A 2, 1709, *sub* "Tanatos".

MacLachlan, B. (1992), "Feasting with Ethiopians: Life on the Fringe", *Cuaderni Urbinati di Cultura Classica* 40, 1, 415-433.

Malaspina, E. (1990), "La Valle di Tempe: descrizione geografica, modelli letterarie e archetipe del 'locus amoenus'", *Studi Urbinati B: Scienze umane e sociali* 63, 105-135.

Manson, M. (1972), "L'enfant et l'Age d'Or. La IVe. Eglogue de Virgile", en R. Chevallier ed., *Présence de Virgile*, París, 49-62.

Marengo, S. M. (1988), "L'Etiopia nel Romanzo di Eliodoro", *ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ*, P. Jani y E. Lanzillota eds., Roma, 105-120.

Martínez Hernández, M. (1992), *Canarias en la Mitología. Historia Mítica del Archipiélago*, La Laguna.

Maslakov, G. (1983), "The Roman Antiquarian Tradition in Late Antiquity", ed. B. Croke y A. M. Emmett, *History and Historians in Late Antiquity*, Rushcutters Bay, 100-106.

Munro-Hay, S. (1981), *Aksum. An African Civilization of Late Antiquity*, Edimburgo.

Molé, C. (1982), "La tensioni dell'utopia. L'organizzaione dello spazio in alcuni testi tardoantichi", *La Trasformazioni della cultura nella tarda antichità. Atti del Convegno tenuto a Catania*, Università degli Studi, dos vols, 691-736.

Nadeau, J. Y. (1970), "Ethiopians", *CQ* XX, 339-349.

Nicolet, Cl. (1988), *L'Inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire Romain*, París.

Otis, B. (1963), *Virgil. A Stydy in Civilized Poetry*, Oxford.

Paulian, A. (1982), "Ovide et l'Atlantique (L'influence et ses prolongements)", R. Chevalier ed., *Collôque prèsence d'Ovide*, París, 57-64.

Pavan, M. (1984), "Aurea", *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma, 412-418.

Pennacini, A. (1984), "Amoenus", *Enciclopedia Virgiliana*, I, Roma, 141-142.

Pernot, L. (1981), "Topique et topographie: l'espace dans la rhétorique épidictique grecque à l'époque imperiale", en Ch. Jacob y F. Lestringant eds., *Arts et legendes d'espaces*, París, 101-109.

Philonenko, M. (1980), "CAMARINES ET MAKAPINOI. De la *Narratio* de Zosime à l'*Expositio Totius Mundi*", *Perennitas. Studi in Onore di Angelo Brelich*, Roma, 371-377.

Plácido, D. (1992), "La imagen del extremo occidente en la historiografía griega tardoimperial", *Erytheia* 13, 7-16.

Poinsotte, J. M. (1979), "Les Romains et la Chine: Realités et Mythes", *MEFRA* XCII, 1, 431-479.

Putnam, M. C. J. (1975), "Italian Vergil and the Idea of Rome", *Janus. Essays in Ancient and Modern Studies*, Ann Arbor, 171-199.

Rawson, G. (1985), *Intelectual Life in the Late Roman Republic*, Baltimore.

Reynen, H. (1964), "Klima und Kranheit auf den Inseln der Seligen", *Gymnasium Beihefte* 4, 77-104.

Ringbon, L. I. (1958), *Paradisus terrestris. Myt, Bild och Verklighet*, Helsingfors.

Rivet, A. L. F. (1974), "Some aspects of Ptolemy's Geography of Britain", en R. Chevalier, *Littérature gréco-romaine et géographie historique*, París, 55-79.

Roncoroni, A. (1982), "Plinio tardoantico", *Plinio il Vecchio sotto il profilo storico e letterario. Atti del Convegno*, Como 1979, 151-168.

Sacks, K. S. (1990), *Diodorus Siculus and the First Century*, Princeton.

Schönbeck, G. (1962), *Der Locus Amoenus von Homer bis Horaz*, Dis. Heidelberg.

Snowden Jr., Fr. M. (1960), "Some Greek and Roman Observations on the Ethiopians", *Traditio* 16, 19-38.

Snowden Jr., Fr. M. (1970), *Blacks in Antiquity. Ethiopians in the Greco-Roman Experience*, Cambridge.

Sorrentino, A. (1980), "Su alcuni nomi di Ceylon", *AION* 2, 187-194.

Stahl, W. H. (1962), *Roman Science*, Madison.

Stählin, *RE* V, A, 1, 474-479, *sub* "Tempe".

Thomas, R. F. (1982), *Lands and Peoples in Roman Poetry. The Ethnographical Tradition*, Cambridge 1982.

Thompson, L. y Ferguson, J. (1966a), "Classical Contacts with West Africa", *Africa in Classical Antiquity*, Ibadan Univ Press, 1-25.

Thompson, L. y Ferguson, J. (1966b), "Eastern Africa and the Graeco-Roman World", *Africa in Classical Antiquity*, Ibadan Univ. Press, 26-61.

Thompson, L. (1989), *Romans and Blacks*, Londres.

Tomaschek, *RE* II, 1, 801, *sub* "Argyre".

Trüdinger, K. (1918), *Studien zur Geschichte der griechisch-römischer Ethnographie*, Bale.

Vasaly, A. (1993), *Representations. Images of the World in Ciceronian Oratory*, Berkeley.

Vázquez, A (1981), "La serpiente en el mundo antiguo I. La serpiente en las religiones mediterráneas", *Bol. Soc. Esp. Amig. Arqu.* 14.

Vegetti, M. (1982), "Zoologia e Antropologia in Plinio", *Plinio il Vecchio sotto il profilo storico e letterario. Atti del Convegno*, Como 1979, 117-131.

Voit, L. (1975), "Das Sabinum in 16. Brief des Horaz", *Gymnasium* 82, 412-426.

West, M. L. (1978), *Works and Days. Edited with Prolegomena and Commentary*, Oxford.

Wittkower, R. (1942), "Marvels of the East. A study in the History of Monsters", *Journal of the Warburg and Courtauld Institute*, 5, 161-197.

Wolska, W. (1962), *Recherches sur la Topographie Chrétiene de Cosmas Indicopleustes. Théologie et science au VIe. siècle*, París.

Zechini, G. (1987), "I confini occidentali dell'Impero Romano: La Britannia da Cesare a Claudio", en M. Sordi, ed., *Il confine nel mondo classico*, Milán, 250-271.